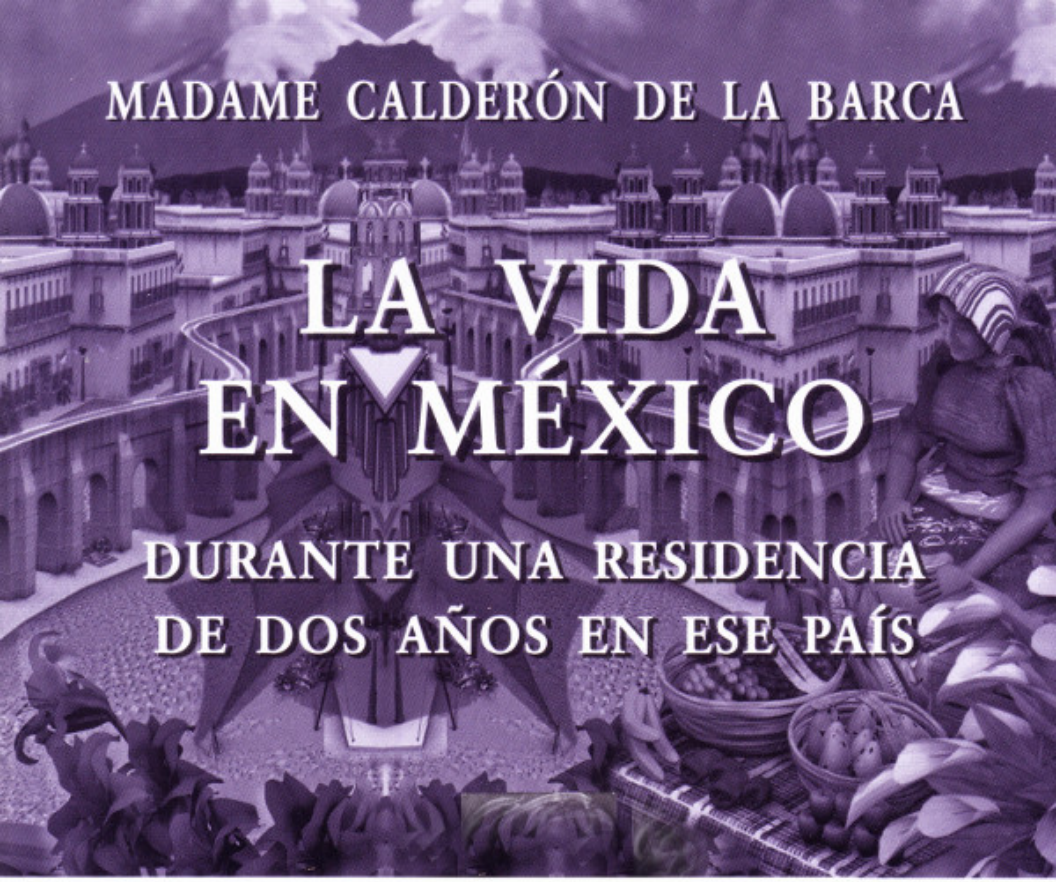
MADAME CALDERÓN DE LA BARCA

LA VIDA EN MÉXICO

DURANTE UNA RESIDENCIA DE DOS AÑOS EN ESE PAÍS



TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
FELIPE TEIXIDOR

La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país, de Frances Erskine Inglis, ocupa un lugar sobresaliente en la extensa nómina de libros que son llamados de «viajes», a pesar de que muchos de los extranjeros que visitaron el país no lo hicieran en calidad de tales, como no lo hizo esta autora, de nacionalidad escocesa, casada con don Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México.

Llegó el matrimonio al puerto de Veracruz el 18 de diciembre de 1839, y permaneció dos años y veintiún días en la República. Durante ese tiempo, la señora Calderón de la Barca sostuvo una copiosa correspondencia con su familia, residente entonces en la ciudad de Boston. De este acervo epistolar escogió la escritora cincuenta y cuatro cartas para ser publicadas en inglés, las que, traducidas al español, forman el cuerpo de este libro.

El 28 de abril de 1842 la señora Calderón de la Barca firmó la última de sus cartas. No se dio cuenta, al hacerlo, que había puesto punto final a uno de los mejores libros que haya escrito sobre México un extranjero.

epublibre
X ANIVERSARIO

Madame Calderón de la Barca

LA VIDA EN MÉXICO

Durante una residencia de dos años en ese país

ePub r1.0
Titivillus 03.06.2023

Título original: *Life in Mexico, During a Residence of Two Years in that Country*

Madame Calderón de la Barca, 1843

Traducción: Felipe Teixidor

Prólogo: Felipe Teixidor

Editor digital: Titivillus

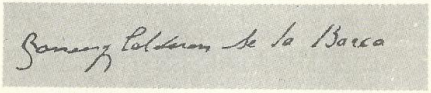
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
La vida en México
Prólogo
Prefacio
La vida en México
Carta primera
Carta II
Carta III
Carta IV
Carta V
Carta VI
Carta VII
Carta VIII
Carta IX
Carta X
Carta XI
Carta XII
Carta XIII
Carta XIV
Carta XV
Carta XVI
Carta XVII
Carta XVIII
Carta XIX
Carta XX
Carta XXI
Carta XXII

Carta XXIII
Carta XXIV
Carta XXV
Carta XXVI
Carta XXVII
Carta XXVIII
Carta XXIX
Carta XXX
Carta XXXI
Carta XXXII
Carta XXXIII
Carta XXXIV
Carta XXXV
Carta XXXVI
Carta XXXVII
Carta XXXVIII
Carta XXXIX
Carta XL
Carta XLI
Carta XLII
Carta XLIII
Carta XLIV
Carta XLV
Carta XLVI
Carta XLVII
Carta XLVIII
Carta XLIX
Carta L
Carta LI

Carta LII
Carta LIII
Índice alfabético
Sumario de las cartas
Notas



• FRANCISCA ERSKINE INGLIS DE CALDERÓN DE LA BARCA, MARQUESA DE CALDERÓN DE LA BARCA

PRÓLOGO

La Vida en México, durante una residencia de dos años en ese país, de Frances Erskine Inglis, ocupa un lugar sobresaliente en la extensa nómina de libros que hemos dado en llamar de «viajes», a pesar de que muchos de los extranjeros que visitaron el país no lo hicieran en calidad de tales, como no lo hizo nuestra autora, de nación escocesa, casada con don Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México.[1]

Llegó el matrimonio al puerto de Veracruz el 18 de diciembre de 1839, y permanecieron dos años y veintiún días en la República. Durante ese tiempo la señora Calderón de la Barca sostuvo una copiosa correspondencia con su familia, residente entonces en la ciudad de Boston. De este acervo epistolar escogió la escritora cincuenta y cuatro cartas para ser publicadas en inglés, las que, traducidas de nuevo al español, forman el cuerpo de este libro.

Es cosa notable que con ser este libro tan gustado en México, y quizá aún más de ingleses y norteamericanos desde las dos primeras ediciones, impresas en Boston el año de 1843, y con la misma fecha y diferencia de meses, en Londres,[2] se carezca de una biografía o, en sus veces, de suficiente material disperso, pero de sustancia, para presentar en estas líneas preliminares los

pormenores de la vida y de la obra literaria de una escritora que, si en su género bien merece el tratamiento debido a un clásico, las Historias de Literatura Inglesa hasta ahora publicadas, no mencionan siquiera su nombre.

El breve prefacio que para este epistolario escribió el historiador Guillermo H. Prescott, tan celebrado por su obra acerca de la conquista de México, se reduce a una circunspecta presentación de una dama obligada a guardar el incógnito,[3] y cuyas cartas fueron escritas, «en verdad, sin intenciones, en su origen, de publicarlas, por increíble que pueda parecer la afirmación», esto dicho en las mismas palabras de Prescott.

Para los lectores mexicanos, y en el círculo de amistades de Frances Erskine en Norteamérica, el anónimo era un secreto a voces. Bastaba leer las páginas primeras del libro, si acaso no se hubiesen descifrado antes las iniciales de la portada que correspondían al apellido de su consorte. No sucedería lo mismo en su ciudad natal, Edimburgo, de la que salió muy joven y pocos podían recordarla, y menos descubrir en las ya famosas letras iniciales: *C. de la B.*, a una compatriota.[4] Sin embargo, es precisamente en Inglaterra donde por primera vez La Vida en México aparece con el nombre de la escritora. Pero como si el anónimo deseara rendirse sólo a pausas, o queriendo los editores evitarles a los libreros y al público confusiones entre el españolísimo nombre y el autor, y aun con el título de *La vida es sueño*,[5] suprimieron *De la Barca* para quedarse con un discreto *By Madame Calderón*.[6]

La bibliografía inglesa se enriquece con un nuevo autor, pero sus rasgos biográficos permanecerán en una reserva de la que no han de salir hasta muy entrado el siglo xx. De los amigos de Boston,[7] Prescott es el único en escribir acerca de *Life in Mexico*,[8] y si descorre el velo del anónimo, es a medias, pues no menciona el nombre de soltera ni la nacionalidad de la autora, que es

presentada simplemente como la señora Calderón de la Barca, esposa del muy recordado Ministro de España en Wáshington.

En México la trataron de cerca varios escritores: El Conde de la Cortina conocía a don Ángel desde Madrid, y figuraron los Calderón entre los amigos íntimos de la familia Cortina durante su residencia en la capital de la República; consta que don Carlos María de Bustamante le obsequió un ejemplar de «Las mañanas de la Alameda», y que le fue grato conocer en persona al Ministro español;[8 bis] y don Lucas Alamán tuvo oportunidades a porrillo para conversar con ella en casas mexicanas frecuentadas por ambos. Y, sin embargo, ninguno de ellos escribirá jamás una línea para evocar el recuerdo de una mujer tan prominente y singular en la sociedad de la época. Un yucateco ilustre nos ofrece la excepción: don Justo Sierra O'Reilly, quien la conoció en Wáshington en 1847. Hemos de referir en otro lugar la impresión que al autor de la primera novela romántica mexicana[9] le produjo la señora Calderón de la Barca, expresada en breves comentarios pero preciosos para la semblanza de la escritora.

Si por accidente la nombran los que sólo la conocieron a través de su obra, es con una parquedad no exenta de resentimiento, en donde no cabe el más leve testimonio de su figura y de sus ajetreos mientras residió en el país. Apenas ha cumplido el libro un año de vida, cuando el malogrado escritor Martínez de Castro[10] cita el nombre de la Calderón de la Barca a propósito de las «Memorias de México» escritas por Lówenstern:[11] «… existen —dice— otros (viajeros), y no son pocos, que a semejanza de los pintores de brocha, tan sólo saben pintar de blanco lo que es negro, y más frecuentemente lo contrario. Nuevo linaje de correveidiles son éstos, que hacen profesión de traer y llevar nuevas, unas veces demasiado añejas y otras falsas… Pero, volviendo al símil, a mí al menos me parecerá siempre una profanación el confundir a madame Stäel, o a Lady Montagu, con madama Calderón de la Barca…». Unos brochazos en el retrato que

hizo del general Victoria, provocan la indignación de Manuel Payno, quien supone que la sencillez y el trato juvenil de don Guadalupe «acarrearon las sátiras de madama Calderón, sin consideración a unas venerables canas, nacidas en medio de los combates y del fragor de la metralla».[12] Payno pudo conocerla personalmente, pero no se acordó de ella al escribir, día a día, la extraordinaria y turbulenta comedia mexicana del siglo XIX, conocida por todos bajo el nombre de «Los Bandidos de Río Frío». Y en consideración a la autoridad del personaje, señalemos dos referencias de Altamirano. Es la primera de 1868: «Después (de Humboldt) casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Löwernstern y la señora Calderón de la Barca hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndole sus sátiras menipeas contra nosotros».[13] En la que sigue, escrita por los ochentas, el escritor, ya en la madurez, ha templado con agua el vino y éste ha perdido la fortaleza del de los años mozos: «Después de Humboldt —repite — hay mil viajeros y aun viajeras que han escrito acerca de México, unos apasionados o burlones, como el de Löwernstern y el de madama Calderón…».[14]

Los escritores extranjeros, y se entiende que nos vamos a referir a los autores de libros sobre México aparecidos entre 1844 y 1860, son menos parcos; a veces más injustos, pero ninguno aporta datos biográficos dignos de considerarse. El francés Mathieu de Fossey, por ejemplo, en su «Viaje a México»,[15] pontifica a sus anchas: «Tampoco concederé a la señora Calderón de la Barca los requisitos del buen crítico, aunque, es verdad, ha vivido más tiempo en este país que Mr. Michel Chevalier; pero no concurrieron en ella las condiciones necesarias para conocerlo todo y juzgar bien. Siempre que se ha fiado de las noticias que le daban sus criados, u otros extranjeros cómo ella, ha incurrido en exageraciones; y cuando le causaba admiración un orden de cosas, que no obstante se encuentran en la ley común, y no puede

existir de otro modo, ha citado como disparates ciertas circunstancias, a menudo indiferentes por sí, sacrificando así la síntesis al análisis, sin advertir que perdía de vista la filosofía del carácter nacional. En fin, ha juzgado al país por el momento presente, sin tener en cuenta lo pasado, tan cerca todavía, ni los adelantos que se han obtenido».

Resume M. de Fossey sus juicios años después y, *sabre au clair*, escribe el siguiente párrafo, del que dejamos la parte final en francés para conservar su sabor: «… *madame* Calderón de la Barca, inglesa por nacimiento, y *basbleu* por sus costumbres, sólo se ocupa de futilidades: *elle n'entend rien a la synthése*».[16]

Si los norteamericanos suelen ser más benévolos, es debido, quizá, al hecho de que la mayoría de ellos al llegar a México se encuentran en un país católico por primera vez, y como protestantes que son, prejuzgan, y creen encontrar en algunas páginas de *Life in Mexico* argumentos que justifican el menosprecio que les causan los sentimientos religiosos del pueblo. La magnificencia arquitectónica de las iglesias, el esplendor de las ceremonias, las manifestaciones del culto, y sobre todo, la devoción a la Virgen de Guadalupe,[17] resultan incompatibles con su «barbarie civilizada»,[17 bis] más patente todavía al contrastar con el espíritu mexicano. Y si todos prodigan elogios a la autora, ninguno de ellos parece interesarse en la íntima personalidad de quien les abasteció de tantas notas de pie de página.

El inglés William Parish Robertson, de la Comisión de Tenedores de Bonos Españoles y Americanos, no obstante de haber conocido en México a muchos amigos de la pareja diplomática española, se deja en el tintero lo que, *in situ* y en 1849, pudieron contarle acerca de la señora Calderón de la Barca y de la impresión causada por su libro entre las familias mexicanas. Robertson, autor de *A Visit To Mexico*,[18] a su paso por Washington en 1852, de regreso a Inglaterra, fue a hacerle una visita a don Ángel, que por segunda vez representaba a España ante el gobierno

de los Estados Unidos. Presentóse con una carta de un amigo común, de don Manuel Escandón. El ministro le invitó a cenar junto con su familia: «… presidía la talentosa *madame* Calderón, que es un dechado de perfecciones… ya podréis imaginar la noche tan agradable que pasamos. La señora, me siento orgulloso al decirlo, es mi paisana, y pertenece a una de nuestras familias escocesas más antiguas». Lo cual no ofrece ninguna novedad. En cambio, el médico militar norteamericano M'Sherry, que estuvo en la ciudad de México en 1847, nos da a conocer, en su curiosísimo libro intitulado *El Puchero: or A Mixed Dish from Mexico*,[19] una referencia, la única que poseemos de un testigo de la época: el sentir de una señora mexicana que conoció a la Calderón de la Barca en el Palacio de Minería. Dice M'Sherry: «He leído últimamente *La Vida en México* de *madame* Calderón; es una obra encantadora, de colores demasiado subidos, quizá, pero se halló rodeada de las circunstancias más favorables, y si todo le parece de color de rosa, esto fue muy placentero para ella y ha resultado más entretenido para sus lectores. Conozco aquí un matrimonio excelente que la conocieron por primera vez en el Gran Baile de los Ingleses mencionado en la obra;[20] dice la señora que la Calderón de la Barca ha sido muy injusta para con el bello sexo de México, y que este es el sentimiento general, pero es mi opinión que el cuadro que ella pintó no puede ser más verídico».

Sería inútil acopiar más citas. Los rasgos personales de la autora no trascienden al público. Las dos ediciones de *Life in Mexico* de 1843, y la abreviada de 1852, fueron desapareciendo de las librerías y empezaron a codiciarlas los bibliófilos. En México, sólo una minoría tiene acceso al libro, la que conoce la lengua inglesa, y de sus amigos, mortificados algunos por sus observaciones, y todos incapaces, muy a la española, de tomar la pluma para conservar y entretener amistades, ¿quiénes la recuerdan apenas transcurridos diez años de que saliera del país?

Su memoria se fue desvaneciendo como la imagen de un espejo olvidado, al paso que las viejas familias mexicanas que la conocieron iban desgajándose y desaparecían con ellas los recuerdos personales: cartas, retratos… Todo se confabula: cambian de mano las haciendas de los Adalid; San Antonio, la suntuosa finca de la Marquesa de Vivanco, padece de nuevo los estragos de la guerra y es testigo de las últimas batallas del 47; el Conde de la Cortina se arruinaba con estilo de gran señor, y la usura desnuda las paredes de su quinta y le vacía las gavetas de las papeleras; quebró Real del Monte, y regresaron a su tierra los ingleses que recibían sueldos fabulosos; los grandes espadones mataban el tedio del exilio firmando manifiestos; la «Reforma» desquicia las puertas de los conventos, quebrantando la clausura; se empañaba el lustre de las joyas en los altares; y los candeleros, los marcos de las lunas, las macerinas y azafates, los cubiertos, platos y bandejas de noble plata mexicana, convertidos en pesos fuertes, corrían por los mercados de la China.

Pero ella también ha puesto su parte para que el mundo la olvide; podemos decir que lo desea. Olvido no tanto para la esposa del diplomático y Ministro de Estado español, convertida al catolicismo, como para la escocesa de curosidad insaciable; para la amazona que tendió el caballo a los vientos de llanos y quebradas; la misma que escribió las cartas de La Vida en México cuando aun pertenecía a una secta protestante. Y en su firmeza de permanecer ignorada, la coraza del anónimo se hace más impenetrable. En 1856, la Casa Appleton, de Nueva York, publica un libro con este título: *The Attaché in Madrid; or, Sketches of the Court of Isabella II. Traslated from German*. Es de la Calderón de la Barca y el último que ha de escribir. Ignorado en México, pasará inadvertido entre los sajones. En España nadie tiene tiempo ni ganas de hojearlo siquiera; además, el libro viene escrito en inglés y la «Gloriosa» está llamando a la puerta. Pero qué más da. Ya no le faltan a la Calderón muchos años para dejar el siglo. En-

viuda y entra a un convento de Francia, que abandona en obediencia a reales súplicas para educar a una Infanta. La Revolución del 68 le hace salir de España, y seis años después vuelve al Palacio Real de Madrid, en donde vivirá recluida hasta su muerte…

Las primeras y más sustanciales noticias de la vida de la señora Calderón de la Barca, débense al escritor norteamericano Henry Baerlein y preceden a la edición de 1913 publicada por la Casa Dent, de Londres. Aunque el autor hace ensalada de dos temas: el biográfico y el comentario de las «Cartas», la Introducción tiene meollo y ha sido de provecho para muchos, entre ellos para el que esto escribe.

En México, pertenece a don Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, el mérito de haber sido el primero en presentar al público de habla española la figura de la señora Calderón de la Barca, proporcionándole un horizonte más amplio; ligándola al mundo en el cual vivió y a las condiciones del país, cuando éste apenas cumplía, en política, la mayoría de edad. Publicó su trabajo al frente de la primera traducción al español de *La Vida en México*, hecha por don Enrique Martínez Sobral, de la Real Academia Española, editada por Bouret en 1920. Cúpole también al señor marqués de San Francisco el honor de prolongar en inglés una edición londinense.

Imposible citar aquí los principales artículos aparecidos después en periódicos y revistas, o las opiniones manifestadas incidentalmente en libros. De más notorio beneficio será señalar la excelencia de La Vida en México, para disponer la voluntad y el gusto del discreto lector. Al entrar en ella le aseguramos buena vendimia. Pero en diciéndole nosotros nos pueden recusar. Vale más ceder la palabra a aquellos que se acordaron de la Calderón de la Barca con elevados pensamientos. Sea el primero don Manuel Toussaint, dilecto amigo cuya pérdida aun lloramos: «Ningún viajero —dice— en ningún tiempo, ha hecho una descrip-

ción más detallada y más sugestiva de nuestro país… Se diría un naturalista que con potente microscopio analiza a los hombres y a las cosas. Pero conforme vamos penetrando en el libro, otras cualidades más humanas se nos ofrecen: en primer lugar, ese anhelo de encontrar todo lo bueno, ese corazón franco, siempre dispuesto a la sonrisa y a la emoción, esa sinceridad de juicio que habla de lo malo sin exagerarlo y está siempre dispuesto al entusiasmo discreto y fino que una mujer culta puede sentir frente a la naturaleza, sobre todo. Los libros de viaje son, por lo general, o una caricatura desdeñosa o una sarta de falsos elogios aduladores. Muy pocas veces, como en este caso, sentimos la vida del que escribe, latiendo al unísono con las desventuras o dichas del país que visita…».[21]

Y en seguida este párrafo del historiador don Arturo Arnáiz y Freg, en donde las palabras finales son particularmente justas: «Insistiré en los aciertos que muestran las espléndidas semblanzas que dibujara sobre los más notables estadistas mexicanos, y, *especialmente, haré hincapié en el hondo cariño que, al fin, nuestra patria logró despertarle*».[22]

Con tan pertinentes pareceres cerremos este exordio, para ofrecer unos apuntes biográficos de Frances Erskine Inglis, marquesa de Calderón de la Barca, título que le fue concedido por Alfonso XII en 1876.

★ ★ ★

Lo que vamos a presentar son unos apuntes biográficos mal urdidos. No pareciéndonos justo callarlo, lo decimos desde ahora para que nadie se llame a engaño cuando a la tela, que se ofrece sin salir aún del telar, se le corten los hilos o se marañe. Es en Europa y en Norteamérica donde están las fuentes para esclarecer la penumbra en la vida de la Calderón de la Barca, y si nos movieron grandes deseos de acudir a ellas, nunca tuvimos licencia para cumplirlos. Pero algo hemos añadido a lo ya conocido:

varias noticias curiosas por primera vez utilizadas aquí en referencia a la autora de La Vida en México, procedentes de libros y periódicos, y un solo documento: copia del acta de defunción de la Marquesa.

Frances Erskine Inglis nace en Edimburgo, capital de Escocia, el año de 1806.[23] Fueron sus padres William Inglis de Maners y Manerhead, abogado ante la corte, y Juana Steen. Del matrimonio nacieron tres hermanos: William, Alexander y Andrew, y cinco hermanas: Richmond, Kate, Harriet y Lidia. Frances, o Fanny, como familiarmente la llamaban, era, entre las hermanas, la segunda.

Frances, Kate, William y Alexander murieron sin sucesión. Richmond, casada con un McLeod, dejó dos hijas: Emmeline, casó con Jammes Carlisle, de Wáshington, y Kate, casada con el Conde de Bourboulon, diplomático francés del Tercer Imperio.

Andrew dejó dos hijas; la mayor casó con el Barón Von Gumpenberg, comandante del ejército bávaro, y Harriet con William Addison, médico de Pitsburgo, y tuvieron dos hijos: Alejandro y Guillermo, que no dejaron sucesión, y cuatro hijas: Juana, esposa de Mateo Graph, que tuvo dos hijos y cinco hijas; Elisa, dicha Leila, casó con don José Fernández Gómez, diplomático español, y tuvieron un hijo, don Santiago Fernández Jiménez.[24] Frances murió soltera; Eveline, casó con el conde Alfredo Fontana, y tuvieron tres hijas: Lydia, casó con don Juan Llorente, de la carrera diplomática española, y dejaron un hijo.

William Inglis tuvo la mala fortuna de salir fiador de un noble escocés, el cual, al declararse insolvente, arrastró en su ruina al padre de Frances. Todo el mundo sabe cómo se hilaba delgado en Inglaterra en el siglo xix en cosas de deudores. Ante el peligro de ser huésped de una Newgate escocesa,[25] optó Inglis por Boulogne, graciosamente descrita por el gran Smith como «la ciudad de las deudas, poblada por gentes que nunca entendieron

de aritmética».[26] Allí terminaron sus días, rodeado de los suyos, en 1830, y fue sepultado en Netly, cerca de Southampton. La viuda, en compañía de sus hijas, Frances, Kate, Harriet y Lydia, emigra a los Estados Unidos de Norteamérica, y se establece en la ciudad de Boston, en donde abre un Colegio para señoritas.

En el primer tercio del siglo XIX, Boston es «una buena ciudad para vivir… donde existen un refinamiento y una vida cultural muy apreciables, y en la que no se percibe, cuando menos a simple vista, la pobreza o una total ignorancia».[27] El cuadro es demasiado «republicano» y precisa de más colorido la ciudad, que desde el siglo XVII es llamada «la metrópoli de toda la América Inglesa»; reflejo, en la Colonia, de lo gótico en el enredijo de sus calles; precursora en fundar escuelas, universidades y bibliotecas públicas; en difundir las noticias en letra de molde; cuna de Benjamín Franklin; la de mayor fama en las efemérides de la Independencia Americana; orgullosa de las dinastías de los grandes mercaderes que la hicieran opulenta; y, finalmente, era una ciudad con un pasado tradicional bastante para que alcanzara en ella el sustento de cada día, sin desdoro de sus buenos papeles, una familia escocesa venida a menos.

El colegio de la señora Inglis en Chesnut Street,[28] se distinguía por una novedad: la de ser dirigido por mujeres, pues era costumbre de que fuesen maestros los que cuidaban de la educación del bello sexo bostoniano. Y no es aventurado suponer que los conocimientos de las hijas, sus maneras europeas, el poseer el idioma francés, adquirido en los años de residencia en Boulogne, hicieran del nuevo establecimiento un centro preferido por la sociedad de Boston, en donde la familia Inglis ganó, más que dinero, amistades excelentes y perdurables. En este punto mencionemos, entre las más significantes, la de George Ticknor, personalidad de excepción en el mundo de la cultura en la Norteamérica de aquellos tiempos. Al igual que los jóvenes ingleses de familias ricas, emprendió el «Grand Tour» por Europa. Mas sin

imitarlos en lo frívolo, empezó de estudiante en la Universidad de Gottinga, y como estudiante de las costumbres y el idioma de los países que visitaba, recorrió Inglaterra, Francia, Suiza, Italia y España. Pasó cuatro años en el Viejo Mundo, desde 1815 a 1819, y pudo conocer de cerca y aun intimar con las celebridades literarias y políticas de la época. Su permanencia en la Península fue decisiva para el futuro del hombre de letras que había de ser, y su amor por lo español hizo que su nombre figure para siempre con honra en la historia de la literatura española.[29] En Ticknor, que poseía una biblioteca riquísima en antiguos libros españoles, encontró nuestra autora un brillante conversador con un arsenal inagotable de anécdotas derivadas de su amistad con Byron, madame de Staël, Walter Scott, con nuestro Humboldt, con Chateaubriand, Ángel de Saavedra, el pintor Madrazo y aun con la Condesa de Teba. Y fue en la casa de Ticknor donde Frances Inglis conoció a otro prócer bostoniano que debía cambiar el curso de su vida.[30]

El prócer es Guillermo H. Prescott, que en esos días se afanaba en terminar un libro, anunciación de otro que le dará más fama aún que el primero. Pero no escribe, dicta, pues está casi ciego;[30 bis] y el libro es la «Historia de los Reyes Católicos». Verdaderos amigos desde el primer momento, ligados por afinidades de clase y de cultura y confidencias literarias, Frances es recibida cariñosamente por la familia del historiador y en el círculo de sus amigos íntimos. Mas nunca pudieron imaginar que esa amistad quedaría sellada por dos libros, los dos sobre México. El uno, obra viva; vivo trasunto del pasado, el otro. ¡Sorprendente capricho del destino! ¿Cómo podía adivinar el futuro autor de la «Historia de la Conquista de México», en esa muchacha escocesa a su corresponsal de mañana? Pues será ella quien le proporcionará en abundancia los colores, y también las sombras, para pintar a los indios y los paisajes del trópico y de la meseta;[31] podrá fundar sobre verdad, por muchos documentos llegados a sus manos,

gracias a su amiga, y si se relaciona con los más distinguidos historiadores mexicanos, a ella se lo debe. Y si por acaso esto no fuere bastante, sus cartas, publicadas en Boston y en Londres, ganan luego el favor del público, y otra vez se divulga el nombre del país desde el cual fueron escritas. De esta suerte, cuando el «Ensayo sobre la Nueva España», de Humboldt, empezaba a empolvarse en los anaqueles de los clásicos, llega *Madame Calderón* con su libro y prepara el terreno para la obra de Prescott, y México volverá a maravillar al mundo.[32]

Para que coincidieran en el tiempo hechos tan notables, tuvo que salir en letras de molde la *Historia de los Reyes Católicos*. Los primeros ejemplares de la obra salieron en la Navidad de 1837, y el 6 de abril del año siguiente Prescott escribe una carta a Ticknor, entonces en Europa, en donde le dice: «Me ha beneficiado… la manera en que el libro ha sido recibido por más de un español inteligente de entre los que aquí residen, en particular por el ministro español, don Ángel Calderón de la Barca, el cual me ha enviado, en obsequio, unos libros y ha expresado la intención de traducir mi *Historia* al castellano. Es por esto que hice una visita a Nueva York…[32 bis] Pues bien, pude darme cuenta de su "españolismo", y me encantó poder estar con él; es un *caballero* muy digno y franco, que ha renunciado a su puesto por rehusarse a jurar la última Constitución liberal.[33] Hombre de mérito, sostiene correspondencia con los eruditos españoles más destacados; por lo tanto, me puede ser útil, sin duda alguna, para cualquier proyecto que pueda presentarse después. Me dijo que había enviado un ejemplar de la obra a la Real Academia de la Historia, y hubiera presentado otro a la Reina de no haber renunciado…».[34]

Era don Ángel Calderón de la Barca oriundo de la ciudad de Buenos Aires. Si es cierto que a los catorce años se alistó en el ejército del general Palafox para pelear en contra de los franceses, la fecha de su nacimiento sería la de 1794.[35] Estuvo presente en

la defensa de Zaragoza, y prisionero de guerra al rendirse la heroica ciudad, enviáronle a Francia, en donde la caída de Napoleón le libertó de sus prisiones. No regresó a España, desde luego, y es posible que fuese entonces cuando se inició como traductor,[36] socorrido, ingrato y noble recurso de ganarse la vida en el exilio. De su vuelta a Madrid, y cómo dio principio a su carrera política y diplomática, todo lo ignoramos. Tampoco nos es posible precisar la fecha de su llegada a Wáshington en funciones de plenipotenciario español.[37]

No pudo prever el Ministro dimisionario las consecuencias al ofrecer sus servicios para traducir la «Historia de los Reyes Católicos», pues en los buenos deseos, nunca cumplidos, se le fue la soltería. «Don Ángel, advierte Sierra O'Reilly, había logrado vencer en la lucha que por algún tiempo sostuvo con el matrimonio, y llegó a tocar a cierto punto de la vida en que ya no es muy fácil decidirse a cambiar de hábitos para echarse al cuello una coyunda; pero durante su primera residencia en Wáshingtón, como ministro de España, no pudo resistir a los encantos de la escocesa, y se resignó a presentarle la mano».[38] Calderón de la Barca debió de conocer a su futura esposa en la casa de Prescott en su primer viaje a la ciudad de Boston, verificado en la primavera de 1838, y en ese mismo año se casaron. Tenía Frances entonces treinta y dos años.[39] ¿Influirían en ella su edad, no poca para esperar mucho, o las buenas prendas del pretendiente, o ambas cosas a la vez, y en Calderón un flechazo de Cupido, tardío pero certero, para apresurar el matrimonio, a pesar de que los dos profesaban distinta religión? Andaba don Ángel, en los cincuenta, era de humanidad bien proporcionada; con el empaque del diplomático adornado de ciertos títulos literarios, y, por español, doblemente bien recibido entre los hispanistas de Boston. Poseía, además, algún capital aunque a poco se esfumó al declararse en quiebra el Banco norteamericano en donde le tenía colocado. Podía considerársele como un buen partido; lo

confirma el retrato que de su carácter nos dejó el escritor yucateco ya citado: «El señor Calderón es uno de los hombres más amables e insinuantes que he conocido. Habiendo nacido en Buenos Aires, tiene un gusto decidido en llamar *paisanos* suyos a todos los hispanoamericanos, sin perjuicio de defender con un calor vivísimo, no ya los intereses españoles, puesto que en ello no haría sino cumplir con su deber y satisfacer sus simpatías, sino hasta algunas preocupaciones de la antigua escuela, que no están en boga por cierto. El señor Calderón de la Barca tendría algo más de cincuenta años, es de una erudición inagotable, sabe la crónica diplomática y maneja el arte como pocos. Mr. Buchanan[40] y él se profesan recíprocamente una ojeriza implacable, encubierta siempre bajo los modales más decentes y caballerosos. Don Ángel, que había seguido la carrera de la diplomacia por muchos años y sabía el flaco de los hombres encumbrados que dirigían la política de los países más notables, se permitía acerca del ministro americano algunas alusiones muy picantes y graciosas. Como había sido ministro español en México, y se había puesto en contacto inmediato con nuestros prohombres, yo no me cansaba de escuchar sus comentarios y observaciones. Por de contado, que mi hombre era enemigo irreconciliable del sistema republicano, y muy frecuentemente lo tomaba por blanco, no de sus discusiones, porque don Ángel no tenía costumbre de discutir con nadie, sino de sus larguísimas diatribas, expresadas, sí, con mucha gracia, habilidad y copia de sofismas muy incisivos. Confieso que tenía yo muy particular gusto de oírle disertar sobre ese tema, porque las inflexiones de su voz, su lenguaje castizo y correcto, sus discursos llenos de imágenes me recreaban agradablemente…».[41]

Para el otro retrato, el que más nos interesa, hemos de acudir a la misma fuente. Sin proponérselo, Sierra O'Reilly, al registrar en su *Diario* lo que sólo fue un agradable episodio de su residencia en Wáshington, nos deja el obligado *pendant* que merece el es-

poso en todo salón en donde figuren los retratos de familia. Escribe al correr de la pluma, pero el boceto está lleno de vida: «En la primera visita que tuve el honor de hacerle (a don Ángel), me presentó a la señora Calderón, su esposa. Madame Calderón me era ya conocida como escritora, pues había leído un libro suyo sobre México escrito con bastante talento y gracia, si bien algunas de sus opiniones no me parecían muy justas. Madame Calderón me recibió con la cortesía y amabilidad que le son características y hacen tan agradable su trato social. Su familia toda era escocesa, y desde algunos años antes había emigrado a Baltimore, en donde la señora su madre, que murió de una manera muy penosa durante mi residencia en el país,[*] y las señoritas sus hermanas, todas en extremo amables y muy ilustradas, dirigían un establecimiento para la educación del bello sexo, que disfrutaban en la ciudad de merecida nombradía… Muy reciente era su enlace cuando don Ángel fue trasladado a México en su calidad de ministro plenipotenciario, y Madame Calderón se hallaba en aptitud de dar algunos tintes subidos al cuadro que se propuso trazar de aquellas impresiones. No sé yo si se habrá arrepentido de ciertos golpes dados en ese cuadro de México; lo que puedo afirmar es que no le gusta mucho que se hagan alusiones a su libro, y evita la ocasión de hablar de él. Madame Calderón pertenece a la comunión episcopal; y aunque la discreción y prudencia de su esposo jamás le permitieron dirigirle sobre esto la más ligera observación, ni aun cuando don Ángel pasaba por el *amargo trance* (son literalmente sus palabras) de acompañarla los domingos hasta la puerta de la iglesia protestante, y luego dirigirse él a la católica; con todo, la buena señora se convenció sin duda de las verdades católicas, pues pocos días antes de mi llegada a Wáshington había aceptado la comunión romana. El señor Calderón de la Barca me refería este suceso con un entusiasmo tan sincero, que hacía mucho honor a su corazón y probaba su verdadero catolicismo. Madame Calderón habla con soltura los principales

idiomas modernos; es de una instrucción exquisita, y era el alma de la brillante sociedad que en su casa se reunía».[42]

Extrañará el lector la falta de un retrato físico, y pues de una mujer se trata, ningún deseo más natural como el de inquirir si era o no una mujer bella. De su belleza nadie dice una palabra; sólo se pondera su cultura, el ingenio y la exquisita educación. Pero hubo retrato. Baste la siguiente mención de Prescott: «Me hallo ahora en los menesteres de ser "pintado" y "esculpido"… Me daré por satisfecho si el parecido sale igual al suyo. La vi el otro día, cuando usted no podía verme. *What a confort such a speaking portrait of an absent friend!*».[43] El que aquí publicamos, el primero y el único que conocemos de la señora Calderón de la Barca, es una fotografía tomada en plena madurez. Su cara, muy escocesa,[44] revela clara inteligencia. Opacó a la de su marido, el cual, pese a sus relevantes cualidades, sólo ha pasado a la pequeña historia como el primer Ministro plenipotenciario que tuvo España en México después de la Independencia.

De su casamiento en Boston, y por ser casamiento «mixto» no pudo celebrarse en la iglesia, no tenemos datos ningunos. Quizá tuvo lugar la ceremonia de la boda en casa de Prescott o en la misma biblioteca de Ticknor. Lo cierto es que don Ángel tuvo que regresar a Wáshington a hacerse cargo de los asuntos de la Legación, mientras llegaba su sucesor y amigo íntimo, don Pedro Alcántara y Argáiz.[45] Y no volvemos a saber de ellos hasta el 2 de agosto de 1839. Desde Brigthon, donde están de temporada huyendo del calor de Wáshington, le escribe don Ángel a Prescott, comunicándole, entre otras cosas, que su viaje a México se ha aplazado hasta octubre. Así fue, en efecto. El 27 de dicho mes y año sale el matrimonio del puerto de Nueva York. Desde ese mismo día empieza la señora Calderón de la Barca a escribir sus cartas. Firmó la última el 28 de abril de 1842. No se dio cuenta, al hacerlo, que había puesto punto final al mejor libro que jamás haya escrito sobre México un extranjero.

★ ★ ★

Alicaído de espíritu regresaba don Ángel a Norteamérica. Sus actividades diplomáticas en México habían tenido un fin desairado, y se perdía su caudal en los enredos de una quiebra. Todo permite pensar que, tras de una breve estancia en Nueva York, siguiera hacia Boston, en donde les aguardaban, además del deseado rescoldo de la familia de Frances, la hospitalidad de dos antiguos y leales amigos: Prescott y Ticknor, y que en esa ciudad permanecieran la mayor parte del tiempo. Mas la espera de un cambio político en España pondría a prueba la paciencia del ministro cesante, y convencido de que nadie iba a acordarse en Madrid de un diplomático perteneciente al partido moderado, mientras fuera Regente el duque de la Victoria, emprenden a fines del mes de abril de 1843 viaje a Europa, desembarcando en Liverpool. Se va don Ángel a Londres y después a París, para tantear desde esas capitales, antes de llegar a Madrid, la vida que a la Regencia de Espartero le restaba. Dejó la señora Calderón de la Barca a su marido en Liverpool, para seguir desde allí su jornada a Escocia.

Las cartas que escribió desde México nunca hicieron mella en su predilección por el ejercicio literario, en el que alcanzó la maestría. A bordo, desde Escocia, en cualquier parte en donde se encuentre, será siempre una fiel corresponsal de su madre y de sus amigos.[46] Y desde Spyeland, cerca de Edimburgo, quiere hacer partícipe a Prescott de las primeras impresiones de su retorno a la patria: «Casi como en un sueño, le dice, o como alguien sentado en la alfombra de *Las Mil y una Noches*, que de pronto se encontrase transportado a una región remota, así yo le escribo desde el sitio campestre en donde nos hallamos ahora. Parece que fue ayer cuando me despedí de usted en Chesnut Street. Y ahora aquí me encuentro escribiéndole, rodeada de paisajes de tal manera distintos que casi me siento azorada. No es como si estuviere en un lugar extraño, cualquiera que sea la dife-

rencia. Es el encontrarme, después de casi una vida en América, rodeada de las cosas y de las personas con las que me crié, y esto es lo que me produce esa sensación de estar soñando, de melancolía y agrado a la vez; en realidad, no puedo describir mis sentimientos y no lo intentaré. Tuvimos una excelente travesía en el "Hibernia", la más corta que se ha hecho hasta ahora del Atlántico…».[47] Se acentúa el dejo de tristeza cuando deambula por las calles de la ciudad que la vio nacer: «… Edimburgo (me parece), después de tan larga ausencia, una muy hermosa ciudad. Pero me paseo por ella realmente como si fuera en un sueño, como un ente incorpóreo que volviera a visitar el mundo. He pasado frente a nuestra vieja casa de Queen Street…».[48] Su hermano Henry la lleva a pasear por el campo, y una hermana de su madre, Anne Stein, esposa de Sir Alexander Duff, la invita a su Castillo de Dalgety. Y a cielo abierto recuerda la vastedad del paisaje americano; pero prefiere la bellísima lozanía de la campiña escocesa, por más pintoresca.

En el mes de julio Calderón se reúne en Edimburgo con su esposa, y antes de terminar el año de 1843 les encontramos establecidos en Madrid, en donde ya no gobierna Espartero. Son varias las cartas que la autora escribió desde la Villa y Corte. Llama la atención no encontrar en ellas recuerdos de México, cuando España debía avivarle tantos, y cuyos sucesos políticos se prestaban fácilmente a comparaciones,[48 bis] pero, en cambio, no faltan breves y entretenidas estampas madrileñas que viene al caso conocer para darle más cuerpo a esta somera biografía. La primera carta que escribe a Prescott desde España está fechada el 8 de octubre: «Después de bastantes dificultades y discusiones, nos encontramos por fin instalados en una casa, o, mejor dicho, en el primer piso de un enorme caserón, pues aquí nadie toma una casa por entero. Nuestro piso es muy bonito y está muy bien amueblado, al menos para Madrid. Esta gran casa se encuentra en la Plazuela de Santa María, cerca de Palacio. Enfrente de noso-

tros se mira la iglesia de Santa María, la más vieja de Madrid, *diton*.[48 ter] A nuestra derecha corre la calle, muy empinada y estrecha, llamada, con propiedad, *Calle de los Actores*. A nuestra izquierda vive el general carlista Maroto, y Palacio está a un tiro de piedra; y nos rodean los *Palacios* del Duque de Osuna, de los Marqueses de Santa Cruz, de Malpica, de Camarasa, todos pertenecientes a *Grandes de España*; el 2.° (piso) le ocupa el Marqués de Quintana, un viejo jugador cuyo carruaje viene a dejarlo a las seis de la mañana…; en el 3.° viven el Conde y la Condesa de Oliva, recién casados, y en un perdido rincón un Consejero de Fernando VII, retirado. Todas las tardes, a las cinco, una banda de música y el galope de la tropa anuncian que se acerca la Reina, que pasa camino del Prado en su coche descubierto, tirado por seis caballos. Va a su lado la pequeña Infanta… Ella y su hermana se ven muy bonitas… pero todavía no he visto a la Reina de cerca, pues, por haber estado tan ocupados, no he tenido tiempo de ser presentada. En este momento ha salido Calderón para ver a su *Tutor*, el Duque de Bailen, y fijar el día. En lo que a la política se refiere, es algo que está más allá de mis entendederas… Pase lo que pase, Calderón ha tomado la determinación de no intervenir en ella, y sólo seguir la *carrera* si se presenta una buena oportunidad para ello…; mientras, tratamos de permanecer lo más quietos posible, aunque para Calderón mantenerse ignorado es tan difícil cómo lo sería ponerle al Palacio una cortina enfrente, pues es tan conocido como cualquier edificio público de Madrid… Tengo entendido que le está escribiendo, o intenta hacerlo. Acaba de llegar para llevarse a sus *dos* sobrinas[49] al Prado, pues aun está con nosotros Virginia de Lizane (?), una clásica belleza española, aunque nacida y educada en Londres. Su hermana, la Marquesa de Albaida, todavía no ha llegado de Valencia para llevársela. Me avisan que debo tener lista mi correspondencia para los E. U.[50] Primero que todo, claro, he terminado mis

cartas para el número 5 de Chesnut Street; por lo tanto, ahora sólo me toca dar fin a las demás…».[51]

Y en noviembre del mismo año le decía:

«Me dio mucho gusto el recibir su amable carta desde Pepperell, y con dedos muy fríos sentarme a contestarla con los pies sobre un brasero, mientras el ruido de una tropa que pasa me lo permita, pues ha de saber usted que hoy hemos tenido un *Te Deum* en la iglesia de la Virgen de Atocha, con la asistencia de la Reina, el cuerpo diplomático… y todos los principales Grandes de España. Acabo de regresar de la ceremonia, y el repique de las campanas, la música militar, que aquí es en verdad excelente; las calles con vallas de soldados y de los balcones colgando ricos reposteros, todo ha contribuido a que el viejo Madrid se haya visto excepcionalmente brillante. Acabamos de enterarnos de que Argáiz ha sido retirado de Wáshington. Esto nos vendría muy bien por dos años más o menos… pero me temo que no se lo darán, pues todos lo quieren aquí; ya sea en Madrid o en una Misión más complicada que la de Wáshington. Sin embargo, veremos qué es lo que se puede hacer… hace poco más de una semana Calderón llegó a casa temprano del Palacio del Duque de Frías, en donde había cenado, trayéndonos la noticia del audaz atentado contra el general Narváez, del que probablemente ya se ha enterado usted, y el cual, de haber triunfado, hubiera sido sin duda el preludio de la más horripilante revolución… Es un verdadero héroe y su sangre fría y energía en el momento fueron sorprendentes. Su único pensamiento fue salvar a la Reina, en caso de que alguna traición fuera tramada en contra de ella… En final de cuentas, los cobardes asesinos probablemente han salvado a España; pues al día siguiente, a causa de la gravedad del caso y después de los más vehementes y brillantes discursos en las Cortes, la Mayoría de edad de la Reina fue proclamada con un entusiasmo universal. Hasta Calderón, que como usted sabe lo ve todo *en noir*, llegó del Senado trayéndonos la noticia, gritando

"¡Viva Isabel II!", y nunca lo había visto tan contento desde su llegada a Madrid. Y hasta nos llevó al Prado, donde nos encontramos al coche de la Reina que venía entre gritos ensordecedores de "¡Viva la Reina!", y con todas las campanas de Madrid echadas a vuelo».[52]

Pero don Ángel no pudo, pese a su categoría y a las ilusiones que su mujer se forjara, eludir el cumplimiento del exacto ceremonial a que estaba sujeto todo pretendiente a un destino del gobierno, y, no obstante pertenecer al partido moderado y muy bienquisto en los círculos más allegados a la Reina Madre doña María Cristina, pasó trabajos, y en un tris estuvo de ir a dar al «inmenso panteón de los cesantes». Quiso darle González Bravo la Subsecretaría de Estado al ocupar la cartera. No aceptó, por considerarlo una degradación después de ocho años de Ministro plenipotenciario. Le propusieron para el Ministerio de Estado, pero se interpuso Narváez, y corrió el rumor de que el citado González Bravo iba de Ministro a los Estados Unidos. En estas ansias le asiste su esposa. Recibía en la casa a políticos y cortesanos pendientes también de los favores gubernamentales, y que acuden por si acaso el cesante de hoy se fuera a convertir en el valedor de mañana; y se resigna ante la «horrible costumbre española de que algunos visitantes llegan sin ser invitados, no a comer, sino a *veros comer*».[53] A sus gustos y facultades musicales se deben su entrada a Palacio para ofrecer, con su sobrina Kate, un concierto de arpa y piano que agradó a todos, y a la Reina particularmente. Mas los días transcurren angustiosos y aburridos. Cada vez que su esposo regresa por las noches a la casa, cree que ya le convencieron para aceptar la cartera de Hacienda, o «una Embajada a la costa del África, o es Gobernador nombrado de las Filipinas, o Intendente del Palacio».[54] Cualquier cosa menos la incertidumbre.

Alcanzaron por fin el puesto diplomático que los dos más deseaban: la Legación en Wáshington. Y antes de abandonar la co-

ronada Villa, la curiosidad, en ella congénita, le hace visitar, en los gélidos y ventosos días de marzo, El Escorial. Desde allí le escribe una larga carta a Prescott: «Nuestros planes, le dice, son los siguientes: salir de Madrid hacia el 25 de este mes para Valencia, en donde dejaremos a Virginia con su hermana la Marquesa de Albaida; estaremos con ella cerca de dos días; iremos después por mar a Barcelona, y desde ese puerto embarcamos para Marsella; luego París, el Havre, Fécamp, Londres, Edimburgo y Liverpool. Pero como Calderón le ha prometido al Marqués de Viluma, el nuevo Ministro nombrado en Londres, de quedarse con él algún tiempo para ponerlo *au courant des affaires* (pues, aunque es todo un caballero, no sabe nada de inglés y muy poco de diplomacia), no nos embarcaremos para los Estados Unidos hasta junio, si no es que más tarde».[55]

Con esta carta se cierra toda una época, y se agota al mismo tiempo la fuente de información más segura de que hasta ahora nos hemos valido. Porque en lo sucesivo, la señora Calderón de la Barca dejará de cartearse con su madre, y rara vez lo hará con sus amigos. Durante los años que corren desde 1844 hasta 1853, representa de nuevo el papel de esposa de un diplomático; pero la capital de los Estados Unidos no es México ni Madrid. Wáshington es una ciudad aburrida, fea y sucia. ¿Qué puede escribirles? Si algo ocurre que valga la pena de ser contado, podrá hacerlo de viva voz cuando le venga en gana hacer el viaje; su familia vive en Baltimore, y los confidentes preferidos, Prescott, y Ticknor, residen en Boston. En la correspondencia de estos dos últimos, y también en el *Diario* de Sierra O'Reilly, podremos seguirle la huella de aquí en adelante. Sabemos de su llegada a Norteamérica, primero por una carta que Ticknor le escribe a don Pascual de Gayangos: «Calderón y su esposa se encuentran en Boston, según me ha dicho nuestro amigo Prescott, en buena salud y muy felices. Estamos muy contentos de tenerlos de nuevo aquí, y el gobierno está muy satisfecho de que Calderón haya

vuelto una vez más como Ministro. Sus relaciones fueron siempre aquellas que son tan provechosas para el país que envía la Misión como para el país que la recibe».[56] Días más tarde Prescott se dirige también a Gayangos: «han llegado nuestros amigos los "Calderón". A él le vi una sola vez y apenas durante una hora, pues se vio obligado a ir inmediatamente a Wáshington… Madame Calderón ha pasado aquí un día con nosotros… Me hizo una descripción de Madrid, llena de vida, y de su política; y de usted también, la más amable por cierto, se lo puedo asegurar… Aquí su situación es agradable… sus haberes, los cuales son muy decentes, se los pagan con regularidad a través de las loterías de Cuba, así es que su cargo es tan honroso como de provecho».[57]

Después, sólo breves noticias, proporcionadas por el mismo Prescott: «Acabo de regresar de una excursión a Newport, el balneario en donde nuestros buenos amigos Calderón están viviendo en diplomático esplendor… Hallé a *Madame* muy atareada con los preparativos de un baile de fantasía, que tuvo verificativo mientras estaba yo allí. El pobre Calderón se abría paso entre la concurrencia, suspirando más de una vez por la quietud de sus habitaciones de dormir. No se encuentra muy bien, pero su mujer está tan alerta y *spirituelle* como siempre. Le han tratado con verdadera falta de misericordia en el *London Quarterly*;[58] pero creo que posee una cantidad bastante de filosofía para que la dejen sin cuidado los revisteros. Es demasiado inteligente para temerles, y mientras el público esté de su parte, puede reírse de los críticos».[59]

«Calderón está en Wáshington; su esposa se encuentra aquí (en Boston), tan animosa como siempre».[60] «No sé nada de los Calderón, los cuales nunca vienen al Norte después de que su familia nos abandonó. Es muy probable que el próximo año pueda yo ir al Sur y verles entonces…».[61] «He visto con frecuencia a

los Calderón, y los hallé en buen estado de salud. Tienen mesa excelente y dan comidas muy agradables».[62]

De Sierra O'Reilly se La reproducido antes lo que a la señora Calderón de la Barca y a don Ángel les corresponde. Falta una curiosa referencia, que, si no tiene que ver directamente con la escritora, descubre el ambiente creado a su alrededor por la personalidad de su marido. Dice el ilustre yucateco: «Después de salir del Despacho de Negocios Extranjeros, se empeñó el doctor Parrot, que nos esperaba… en que fuésemos a hacer una visita al señor don Ángel Calderón de la Barca, ministro plenipotenciario de España, amigo suyo, que había manifestado algún deseo de conocernos… Desde esta primera visita que le hice fui recibido como un amigo de su casa, y la buena sociedad que en ella se reunía fue de las que más frecuenté durante mi residencia en Wáshington… Ya deja entenderse, con esto, que no quedé disgustado del recibimiento que me hizo, y llegué a tener tal confianza y familiaridad con este buen caballero, que en las numerosas visitas que tuvo la bondad de hacerme, le recibía sin ceremonia en mi propio dormitorio, y frecuentemente cuando me hallaba en la cama todavía. "Pero, paisano —no cesaba de exclamar don Ángel—, ¡es posible que los *yanquees* hayan plantado el pabellón de las estrellas hasta en el Palacio de los Virreyes de México!". Era, en efecto, una cosa inexplicable para el señor Calderón, y aun creo para todo el mundo, aquella especie de sacrilegio que él veía en la profanación del *Palacio de los Virreyes*. Yo confieso que el accidente de haber sido ese Palacio de los virreyes españoles, no era para mí lo que hacía más odioso el caso de la profanación; mas, sin embargo, no podía menos de convenir en la mayor parte de los fundamentos, a que servía como de corolario, la triste y patética exclamación del Ministro de S. M. C.».[63]

Quizás fue en ese mismo año de 1847 cuando ocurrió la trágica muerte de la madre de la señora Calderón de la Barca, a que se refiere Sierra O'Reilly. Meras conjeturas, sin embargo, pues

nuevamente se abre una laguna que llega hasta 1853, en que Calderón es llamado por su Gobierno para encargarse de la cartera de Estado en el Ministerio presidido por el general Francisco Lersundi.[64] Se embarca el matrimonio en el puerto de Nueva York el 13 de agosto en el barco de vapor «Wáshington».[65] Les acompaña una hermana de Fanny, Kate. Arriban a Cowes y, por Francia, siguen el viaje a España, en donde les esperan, encubiertos por las amenidades de la corte, sobresaltos y peligros que han de poner en apurado trance la persona misma del pacífico don Ángel.

Antes de que don Ángel y su esposa llegaran a Madrid, el Gabinete de Lersundi había pasado a mejor vida. Llama la Reina al Conde de San Luis,[66] y al constituir éste su Ministerio conserva a Calderón con la misma cartera.[67] Meses después, el gobierno le hace senador vitalicio.

Y mientras el señor Ministro despacha en Palacio los negocios de Estado,[68] ¿por dónde van los pasos de la señora Calderón de la Barca en ese Madrid isabelino? En el invierno de 1853-1854, todo en la Corte se reviste de un fausto extraordinario. Saraos reales y en las casas de los próceres; el Real abre sus puertas para que la apoteosis de Verdi enloquezca a los aficionados, y el Carnaval fue lucidísimo, poniendo la muestra la Reina Madre doña María Cristina con un gran baile de trajes. El Teatro del Príncipe, con la famosa actriz Teodora, cuyos admiradores comparan a Rachel; los dos Romeas en el de Lope de Vega, y en el Circo la zarzuela, gozan de sus mejores temporadas. El Cuerpo Diplomático contribuye a tanta fiesta con sus recepciones y con dos memorables desafíos: el del Duque de Alba con el hijo del Ministro de Norteamérica, y el del propio Ministro norteamericano, Mr. Soulé[69] con el Embajador de Francia, el marqués de Turgot, que sale del lance con una bala en la rodilla. A estas diversiones hay que añadir otra más íntima y fina, con el sello personal de nuestra autora, y que fue uno de sus éxitos más señalados entre la

buena sociedad de México: las tertulias semanales, en donde se bailaba y se hacía música. Las que dio en Madrid se vieron concurridas por la gente de «buen tono», y por todo el mundo de la política. Pero su temperamento y su posición oficial le obligan a más. Tiene que visitar, ver y conocer. Y en Semana Santa contempla maravillada a «Grandes de España, banqueros y diplomáticos», cubrirle de oro y plata la mesa petitoria que preside en la iglesia de San Antonio. Cuando nace una Infanta, que murió a poco de nacida,[70] forma parte del cortejo que acompaña los restos mortales a El Escorial para depositarlos en el pudridero; la ceremonia le impresiona profundamente y sobre ella escribe las mejores páginas del libro que nos sirve de guía. Pudo asistir al estreno de *Rigoletto* en el Teatro Real,[71] en donde oía ópera envuelta en chales y abrigos, imitando a las demás señoras, pues el frío en la sala era insufrible. En el Circo se encanta con la zarzuela *Buenas Noches Señor Don Simón*,[72] y une sus aplausos a los de Martínez de la Rosa, asiduo concurrente. Habrá adivinado el lector que la señora Calderón de la Barca visitaría también, siguiendo el patrón de cuando su estancia en México, todos los conventos de monjas; y cuantos establecimientos de caridad existían entonces en Madrid. Y que a estas visitas se sucedían otras menos edificantes, como la asistencia a las corridas de toros y fiestas populares; entre las más movidas, el entierro de la sardina en Carnaval, y la Romería de San Isidro.

No olvida, en sus deberes sociales, la parte que le debe a la política, aunque en ella sólo figure como expectadora. Asiste a la histórica sesión del Senado en donde 105 votos de senadores, contra 69, derrotaron el Ministerio de Sartorius. Este, en vez de dimitir, obtuvo de la Reina el decreto de suspensión de las sesiones de las Cortes. Desde ese momento, todos los partidos políticos de España conspiraron en contra del Gobierno. Sin obcecarse por el puesto político que desempeña su marido, sus dotes de observación y el fino «olfato» periodístico que posee, le permiten

en esos días ligar cabos y prever los graves acontecimientos que se avecinan. Se sirve para ello, como lo hiciera antes en México en dos revoluciones, de hojas sueltas, libelos, periódicos clandestinos, y de los rumores que corren por los salones y las calles de Madrid.

Es posible que en abril de 1854, el Ministro de Estado aprovechara el cerrojazo parlamentario para trasladarse, por breves días, a París en compañía de su esposa. Podemos deducirlo por el viaje que emprende a la misma ciudad el supuesto autor de su libro, o sea el *Attaché*. Si le hace decir que le recibieron los Emperadores, es de suponer que fue al matrimonio a quien le concedieron audiencia especial, en gracia a la antigua amistad de don Ángel con la Condesa de Teba, entonces de Montijo,[72 bis] y madre de la Emperatriz Eugenia. A su regreso, la señora Calderón de la Barca se siente mil veces más en casa en la calle de Alcalá que en los Bulevares; mejor en el Prado que en los Campos Elíseos… Sus presentimientos quisiera vencerlos por lo que ven los ojos, pues, «en apariencia, todo sigue como antes. La gente llena el Teatro Real para oír *María de Rohan*.[73] El Prado se ve más alegre que nunca, ahora que los diputados y senadores disponen de más tiempo. La Reina se inclina sonriente cuando su coche pasa entre la multitud… Pero no hay duda de que la venganza, apenas adormecida, anida en muchos corazones». No tardó la oposición en protestar con las armas en la mano, y la Reina despide al Conde de San Luis.

La noticia de la caída del Ministerio, el lunes 17 de julio de 1854, es conocida por el pueblo de Madrid en la Plaza de Toros. «Cerca de las cinco de la tarde», dice la señora Calderón de la Barca, por boca del *Attaché*, en su libro ya citado, «me fui a pie con M… en dirección a la Plaza, y era patente una gran efervescencia entre la multitud que salía de ver la corrida. Formando grupos, empezaron a invadir la calle de Alcalá y las principales calles que van a dar a la Puerta del Sol… Circulaban unas hojas

excitando al pueblo para que atacara las casas de los Ministros y de la Reina Madre… Los gritos de "¡Muera Cristina!", "¡Muera la ladrona!", "¡Muera San Luis!", eran más persistentes…». Era el principio de una gran conflagración.

«El acontecimiento», escribirá más tarde don Ángel «me sorprendió desapercibido y tuve que salir del Real Palacio donde estaba situada mi oficina para ocultarme y salvar mi persona».[73 bis] El pueblo descarga su furor en las casas del banquero Salamanca, del Conde de San Luis, en el Palacio de María Cristina de la calle de las Rejas, destruyendo cuanto en ellas se contiene.[73 ter]

En las Legaciones se esconden los ex ministros. En una de ellas se encuentra Calderón, lo mismo que su mujer y su cuñada. «En la calle del Barquillo», y vuelve a hablar el *Attaché*, «en donde vive el Ministro de Estado, todo se hallaba *in statu quo*; los muebles, intactos, el portero en su sitio… Hemos preguntado por la familia. "Salieron", contestó el portero… No fue posible sacarle más… Supimos después que se encuentran en la "casa de las siete chimeneas", como le llaman a la Legación de Austria, y dicen que Calderón de la Barca pudo escapar de Palacio, en donde estuvo escondido tres días, a la Embajada francesa… Fui a la Legación de Austria… allí está la familia todavía, y *entre nous*, creo que también está con ella Calderón. Pude darme cuenta de que habían adosado una escalera a la pared del jardín de la Legación austríaca colindante con el del Ministro dinamarqués; estoy convencido de que la han colocado intencionalmente para el caso de que la multitud quisiera catear las Legaciones, lo que han intentado más de media docenas de veces…».

Con la llegada de Espartero, a quien la Reina se ha confiado para salvar el trono y la persona de la Reina madre, la Revolución triunfa, y al desaparecer las barricadas de las calles, volaron de sus escondrijos los ex ministros. Calderón se salvó gracias a la ayuda de un francés. Tiñéndose las canas de un negro azabache,

se hizo pasar por un tratante en vinos de Burdeos, y no dejó el disfraz hasta verse del otro lado del Bidasoa. Esto ocurría en los últimos días de agosto. A principios de septiembre, la señora Calderón de la Barca, en compañía de su hermana Kate, salía de Madrid a las doce de la noche en la Diligencia que la conducía a Francia.

No debió de durar mucho el exilio. El 14 de julio de 1856, el Gobierno del Duque de la Victoria era sucedido por el general O'Donnell, y en octubre del mismo año ocurre la llamada *crisis del rigodón*,[74] de la que sale un Ministerio muy al gusto de la camarilla de Palacio. Le presidía Narváez. Pudieron abrirle ya el camino del regreso al ex Ministro de Estado, los elementos *moderados* que estuvieron con O'Donnell. En todo caso encontraría puerta franca con Narváez, que venía a borrar las huellas de la Revolución del 54.

Consta, por lo menos, que a fines de 1858 estaban de vuelta en España. Volvió al Senado Calderón, pero ni a él ni a su esposa les gustaba vivir en Madrid. Y aviniéndose con la natural inclinación a la vida campestre de Fanny el carácter apacible de don Ángel, quizá amargado ahora por el último revés político, escogieron la villa de Zarauz[75] en el país vasco, para huir, cuantas veces les fuere posible, del tráfago de la corte. Daban término a la casa-quinta que habían levantado en ese lugar, cuando le llegó la muerte a Calderón de la Barca en la ciudad de San Sebastián en 1861.[76]

Retirada en un convento de Anglet, en los aledaños de Biarritz, la señora Calderón de la Barca fue requerida por la Reina para que se hiciera cargo de la educación de la Infanta Isabel.[77] No sabemos cuándo empezó en sus funciones de mentora, pero cesaron temporalmente en 1868 al casarse la Infanta con el Conde de Girgenti.[78] El 13 de mayo se verificó la boda y el 30 de septiembre del mismo año, después de la rota de Alcolea, salía Isabel II

del Palacio de Oriente al cabo de treinta y cinco años, día por día, de ser Reina de España.

Siguiendo la suerte de los monarcas españoles, la señora Calderón de la Barca no quiso separarse de la familia real, y compartió con ella el destierro; primero en Pau, más tarde en París. En 1871 falleció el Conde de Girgenti,[79] y desde entonces Fanny no dejó más a la Infanta viuda. Acompañándola, regresa a Madrid al restaurarse la Monarquía en 1874. A los dos años, el rey don Alfonso XII le concede el título de Marquesa. De su vida oficial en Palacio no tenemos la menor noticia. Sujeta a la rutina de una etiqueta muy rígida, fácilmente puede imaginársela el discreto lector. ¡Pero qué excepción entre los pedagogos palaciegos! A un acendrado catolicismo, a la cultura sólida y refinada de una escritora, y a ratos poeta, al dominio de varios idiomas, y a sus conocimientos musicales y a la cabal ejecutante, se juntaba la amenidad de sus relatos, que lo mismo podían versar sobre las tradiciones de Escocia como de los ritos religiosos en los antiguos pueblos americanos, o de la diversidad de gentes que había visto y conocido; de los sucedidos y particularidades de su vida en otras tierras, entre las cuales figura la más legendaria por su lejanía y celebrada riqueza, por sus panoramas, las costumbres, lo pintoresco de los trajes, y tantas otras cosas que al escribir unas cartas se le quedaron en el tintero, y ahora podía decir libremente en la intimidad que le brinda un Palacio mudo y vacío desde que le abandonó la corte isabelina. No cabría aquí una biografía, por breve que fuere, de la Infanta Isabel, que tanta popularidad gozó en España y aún en los países que le correspondió visitar. Queden reconocidos, sin embargo, en estas páginas dos de sus rasgos sobresalientes: el gusto por la música y el mecenazgo que supo ejercer para provecho de muchos jóvenes músicos españoles. Benéfica influencia, sin duda alguna, de la Marquesa de Calderón de la Barca y dama de S. A. R.[79 bis]

Se anunciaban, parecía, años más sosegados en este último tramo de la vida de la Marquesa. Pues ni en esa cuasi clausura laica pudo concedérselos el destino. Era su suerte propicia a presenciar acontecimientos insólitos. Un rey enamorado rompe la igualdad de los días al vencer, con asombro de la gente de Palacio, razones de Estado y gravísimas disensiones de familia y convierte su noviazgo en fiesta ciudadana. Fueron los desposorios de Alfonso XII y su prima Mercedes, hija de los Duques de Montpensier, un lazo tan estrecho y natural en los ojos de todo el pueblo, que así tuvo que decírselo en una copla:

«Quieren hoy con más delirio
a su Rey los españoles,
pues por amor se ha casado
como se casan los pobres».[80]

También se llenaría de gozo la Marquesa, y quizá volvió a ensayar el estro para celebrar una unión que fue grata desde un principio a su real educanda, amiga y confidente. Pero pronto la muerte se llevó el delirio de la copla, la alegría de la Corte y la felicidad del Monarca. A Mercedes de Orleáns se le fue la vida a los dieciocho años de su edad, y a los cinco meses de ser Reina. ¿Trasladó al papel la señora Calderón de la Barca las angustias que en esos días se vivieron en Palacio? ¿Le confiaría todo a la memoria, o anotaría sólo aquello merecedor de perpetuarse? Nunca le pasaron inadvertidas las emociones de la gente sencilla; dióse cuenta de la manera en que el pueblo de Madrid hacía suyo el dolor de su Rey. Demos nosotros por hecho, pues ya la conocemos bastante, de que en su libreta de ayuda de memoria habría recogido el romance de más hondo sentimiento popular que se ha oído en España:

«¿Dónde vas, Alfonso XII?
¿Dónde vas, triste de ti?».
«Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi».
.....

Después, el luto oficial. Mas hay que asegurar la sucesión de la Corona. La cuestión de Estado, y no el amor, elige a María Cristina de Habsburgo[81] para esposa de Alfonso XII. Se lleva a cabo el matrimonio a fines de 1879. La vida en Palacio volvió a su cauce.

La Marquesa de Calderón de la Barca ha alcanzado la edad provecta. Cuanto le llega lo amortigua el grosor de los muros que la separan del mundo de afuera. Y desasiéndose de lo temporal, puede contemplar cómo giró para ella la Rueda de la Fortuna en los años que le tocaron vivir. Para los soberanos y los prohombres que conoció no pudo girar más de acuerdo de como la pintan en los tiempos antiguos. En lo suyo, las vueltas fueron mesuradas: no la encumbraron demasiado, no cayó nunca, y ya no podía caer. La dejarían morir a su hora en la paz del Señor. Así le fue concedido un día lunes 6 de febrero de 1882.[82]

¿Cuáles eran los antecedentes literarios de la señora Calderón de la Barca, al pisar la cubierta del «Norma»? ¿Se podía escribir, sin previo aprendizaje, la primera carta de *La Vida en México*; la que empieza en la bahía de Nueva York y termina con la vislumbre, misteriosa y sugerente, de una primera noche en La Habana? Es decir, ¿había ya probado antes sus talentos de escritora públicamente? El amable Prescott acude a satisfacer la pregunta: «Cuando muy joven, en plena adolescencia, escribió una novela llamada, creo "The Offended One", de la cual no le gusta que le hablen ahora; aunque, si mal no recuerdo, le dio gran reputación considerando la edad de la autora. Se publicó en Londres».[83] Si

tuvo el impulso de escribir y contrajo con ella misma el compromiso de seguir escribiendo, circunstancias ajenas sofocaron sus deseos de juventud; mas no las facultades, sólo cultivadas, podríamos asegurarlo, en la intimidad de un *Diario*. Una causa revestida de raras apetencias, la misión diplomática de su marido, la llevaría, por fin, a cumplir con la necesidad, en ella latente, de volver al llano ejercicio de las letras, y es en la primera carta en donde resurge la escritora. Vean los pocos lectores que nos han acompañado hasta aquí, lo bien dispuesto de los materiales que la informan. El ordenamiento es casi perfecto. La dorada belleza otoñal en las orillas del río; la contenida inquietud ante el cariz del tiempo; los breves y compuestos adioses con ese toque de lágrimas que tiran a cursi, y las verdaderas, por calladas, que al empañar los ojos velan el paisaje que ya huye al paso del barco, sirven de preámbulo a unas páginas en donde la fuerza descriptiva va del brazo con el fino humorismo de la autora. Todo lo ve y todo lo registra. Nos presenta en seguida al pasajero de más categoría: a la Albini, la cantante famosa de la ópera «Norma» y nombre del barco que les lleva. Viene después la comparsa de viajeros: la viuda, agraciada e inconsolable; una solterona entrada en años; un alemán de frondoso bigote; el niño malcriado que anda suelto, en contraste con una niña sordomuda, bonita y despierta… Los demás sólo servirán de fondo al grupo que forma el matrimonio Calderón, y la doncella francesa que les acompaña. Son la mayoría españoles y cubanos. Y la señora Calderón de la Barca, que por primera vez se asoma a la realidad del ambiente español, se da cuenta en el acto de las disparidades que distinguen a los peninsulares de los nacidos en la Isla, y no se le escapan aquellos piques por orgullo de la tierra, esgrimidos en materias baladíes, pero anuncio de más profundas desavenencias. A la poesía, que tampoco le es extraña, le pertenecen las rachas de los vientos, las puestas de sol y los cielos estrellados en alta mar. Y a su cultura, las citas de los Salmos, de Shakespeare, de Carlyle, y

no la culpemos desde ahora de pedantería; seguirá citando y lo hará siempre a propósito y con conocimiento del texto que menciona. A veces la pluma se le convierte en lápiz, y el papel en piedra litográfica, y deja en ella la escena sorprendente del castillo del Morro, unos emplumados cocoteros y los funestos murallones de La Cabaña. ¡Y esa entrada a la bahía una noche de noviembre, con el calor sofocante de un mes de julio! Dijimos que en la primera carta resurgió la escritora; así es, sin duda, pero la expresión ha pasado demasiadas veces todavía por el cedazo de la inteligencia. Es en las cartas mexicanas cuando su prosa se hace más viva y natural, sin alcanzarla a dañar la última lima que debió darle al tiempo de imprimir en Boston. En pleno dominio de su oficio hubiera podido ser una figura literaria. El anonimato impuesto por la vida oficial del esposo, y ciertos escrúpulos de conciencia, malograron su carrera desde el comienzo.

Cabe también preguntar cuáles eran los conocimientos que poseía la señora Calderón de la Barca acerca de México, al desembarcar en Veracruz. Podemos decir que bien pocos; y lo que alcanzó a leer en los libros antes y durante su residencia en el país, sólo le servirá de relleno en temas de poca monta. Y esto le libró de muchos prejuicios. Vino, sí, con la lección clásica aprendida, convertida entonces en una página romántica que se sabían de memoria los viajeros ilustrados. Nos referimos al pasaje de las *Cartas* de Hernán Cortés, en donde se describe la vista de Tenochtitlan, y de cómo los españoles fueron recibidos por Moctezuma. Era de rigor evocar el texto cortesiano, ante el panorama que ofrecía la ciudad de México, al contemplarlo por primera vez desde las alturas que rodean el Valle. No fue ella quien eludió hacerlo.[84] Y, por lo mismo, es quizá una de las contadas ocasiones en que, puesta la imaginación en la historia, deja libre curso a la pluma. En lo demás, acude a los textos para copiar el dato escueto. De esta manera traduce párrafos enteros de Clavijero, Humboldt, Zavala, Mora, y de revistas y calendarios mexi-

canos, sin consignar la procedencia. Mas nadie se lo reprocha.[85] El lector puede pasar por alto cuanto dice sobre la traza del Templo mayor; de los sacrificios consumados por sus sacerdotes; acerca de los orígenes del baño entre los antiguos mexicanos, o de la diversidad de *nortes* que soplan en el Golfo para recrearse en las descripciones del natural, y en la fidelidad de los retratos de los caracteres, en donde atinó a plasmar, no ya los de una época sino al mismo carácter nacional, el único capaz de mantenerse a través de los tiempos. ¿Quiere esto decir que la señora Calderón de la Barca resolvió la difícil fórmula dualista que suele enturbiar la visión del escritor? ¿El México que nos describe, será tal como *era*, o tal como ella lo *vio*? ¿No fue la víctima de la creencia en su propia visión? Para contestar estas preguntas es saludable refrescar la memoria, y a riesgo de llenar más planas de las tasadas, y de rendir la paciencia del lector, hemos de traer a colación algunos textos que nos faciliten la tarea de comprender de qué modo las condiciones del país, en 1840 y 1841, podían influir en el entendimiento de un observador extranjero. Los que se reproducen en primer lugar, tienen relación con el pesimismo en México.[85 bis] El mismo que inficionaba el aire que respiró la escritora al llegar al país.

En 1852, en el periódico *El Omnibus*, aparecía un artículo de fondo intitulado: «El dieciséis de Septiembre», y que empezaba así:

> «¿Es este día de júbilo o duelo?».

Y en el mismo periódico, y apenas un año después, se imploraba:

> «¡Señor! ¡Señor! Desde lo alto de tu trono escucha nuestros ruegos, oye los clamores de un pueblo afligido en los momentos de su agonía suprema».[86]

Es en la euforia de los primeros años de la Independencia en donde quizá se encuentre el origen de reflexiones tan melancólicas (que así se le solía llamar entonces al pesimismo); euforia re-

sumida al papel en 1821 por los redactores de *El Farol* de Puebla, en los siguientes términos:

> «Los americanos han sido por trescientos años los discípulos de la Europa; pero al cumplirse este número, se hallan en estado de dar lecciones a la Europa misma, y la Providencia parece destinarlos para ser, de aquí adelante, los maestros y los reformadores del mundo…».[86 bis]

Un oficial de Santa-Anna, Tornel, a quien encontraremos en estas mismas páginas con las vestiduras desgarradas ante los infortunios de la patria, grita ahora su optimismo desde Veracruz:

> «Un solo impulso bastó a quebrantar nuestras cadenas; y el despotismo que sostuvo el miedo, y consagró la ignorancia y barbarie de tres siglos, ha venido a tierra, como cede la caña hueca al soplo del aquilón… Los americanos, que, por el calor de la Zona, son ardientes y fogosos en sus resoluciones, rompieron con noble valentía los diques opuestos a su felicidad…».[86 ter]

Del mismo militar es el siguiente párrafo, tomado de la *Oración* que pronunció en el aniversario de la Independencia el año de 1827:

> «México, dijo, hoy se gobierna a sí mismo por el sistema que pareciera a Rousseau digno del Olimpo y más adecuado para los ángeles que para los hombres… Cuando el viajero dé vista a nuestras playas, levantará las manos al cielo porque en alguna parte del globo no son los hombres víctimas sangrientas del feudalismo y de la monarquía».[86 quater]

Fue demasiado súbito el tránsito de la hipérbole a las decepciones políticas y sociales; fincáronse desmesuradas ilusiones en la engañosa cornucopia de la abundancia. Pero algunos columbraron el peligro. Hay como un prenuncio de las calamidades que al país le esperaban en lo dicho en el púlpito por el obispo de Puebla, prelado de gran inteligencia, político astuto y excelente orador sagrado. Pronunció el sermón el 21 de julio de 1822, cuando a los suscriptores de *El Farol* aun no les daba tiempo de encuadernar el primer tomo del periódico, y cuando Tornel empezaba ya a conspirar. Estas fueron sus palabras:

> «… más la división intestina de nuestro imperio, debiendo acabar, como la de cualquier otro reino, por su desolación y exterminio; pensadlo, señores, y estremeceos; ¡qué de agonías y de muertes no nos hubiera acarreado en cada una de sus convulsiones!

»Numérenlas los que conocen el genio de la anarquía, y saben los estragos que ella ha causado en el mundo. Envueltos nosotros en sus horrores, ¡ay de mí!, la azada se habría caído de las manos del labrador, y en lugar de mieses, cosecharíamos abrojos; el artesano fugitivo abandonaría su taller, y se tornarían en privaciones las comodidades que nos procura; emigrarían a regiones pacíficas las ciencias y las artes, dejándonos por vía de espolio la más estúpida ignorancia; el comerciante vería salir usurpadas las mercancías que no introdujo en su casa, sino a fuerza de grandes afanes; el hombre opulento sería asesinado al tiempo mismo de perder su tesoro; gavillas de bandidos reemplazarían al ejército; los magistrados no podrían reprimir el desorden, una vez entronizado; mudarían de formas y de nombre el alto gobierno, pero bajo de cada uno uno, sería más impotente; y entre tanto que las esposas del Cordero se irían secando de hambre en el claustro, es de temer que a los ministros del culto se disputase hasta la facultad de gemir en los ángulos más recónditos del Santuario. No está dicho todo: a estas calamidades se añadiría el escarnio y la burla de los extranjeros, los cuales, mirando nuestras cuitas y el estado lastimoso a que se vería reducida esta capital, exclamarían con razón: ¿Son estos los frutos de la independencia, de una independencia procurada con tanto ardor y alcanzada con tanta felicidad? ¿Es este el paradero de aquella grande y hermosa ciudad, cuyo solo nombre regocijaba otras veces a todo el mundo: *Heccine est urbs perfecti decoris, gaudium universae terrae*?».[87]

Y en 1839, el editor del *Sermón* comentaba con tristeza: «Por una desgracia digna de llorarse sin intermisión, se han cumplido casi al pie de la letra todas las predicciones que contiene este elocuente párrafo…». Otras voces concordaron con la del sensible editor. Ya no sólo en vaticinios ni considerandos. Era un coro de lamentaciones que había surgido de la realidad contemplada, y en el cual figuran varones de variadas categorías. Deja oír su voz grave don José María Luis Mora, con ese dejo de acritud propio de todos los que les empieza a molestar el solideo que les cubre las coronillas:

1827 (?) «Que la república mejicana esté en un momento de crisis peligrosísima, es una verdad que no puede dudar, sino quien no vea, oiga ni palpe. Que la efervescencia de los partidos y el calor de las pasiones la hayan conducido a situación tan deplorable, sólo podrá ocultarse a quien carezca de sentido común».[88]

Don Carlos María de Bustamante hace el balance de un año en el picante estilo de periodista que le caracterizaba:

> 1833 «… los partidos (que) se apodan llamándose del vinagre, del aceite y del vinagrillo… casi todo este año de 1833 lo han pasado en guerra abierta… guerra de proscripciones, guerra de balazos, peleando media ciudad contra la otra media; guerra por la *Cholera Morbus*; guerra por el hambre, y, en fin, guerra por una espantosa emigración».[88 bis]

Se explaya Lorenzo de Zavala en París con su secretario de Legación, y es tal vez en el pesimismo que le consume en donde se hallen las raíces de una tragedia que dio fin en la hacienda de campo «Zavala's Point», en la entonces República de Texas:

> 1834 «Zavala y yo hemos hablado de las cosas de Méjico, y hemos visto, tanto por los diarios del país como por la ignorancia de sus habitantes, su mala fe y ninguna moralidad, la falta de propiedad en la masa del pueblo y otras mil cosas capaces de establecer la libertad, que… nosotros no tenemos remedio fácilmente; que contra nuestro deseo y con dolor vemos lo difícil que es sostener la libertad; aunque haya las mismas dificultades para la monarquía; en fin, que no puede parar el carro revolucionario».[89]

No quita el dedo del renglón el doctor Mora:

> 1837 «… ¿por qué Méjico no progresa y se va continuamente sumiendo en el abismo a que cada día lo van aproximando sus directores oficiosos?… porque los que se han

apoderado de la dirección de los negocios se han empeñado en obrar contra la naturaleza de las cosas…».[90]

La literatura de los *Calendarios* parece destilar un pesimismo más doloroso, pues ha de llegar a manos de la clase que padecerá sus resultados en carne viva:

1839 «La independencia misma, que debió ser la cuna de nuestra felicidad y la fuente inagotable de todos los bienes, llegó a considerarse por algunos, no sin fundamento, como otra caja de Pandora que había derramado todas las calamidades entre los desgraciados mexicanos.

»En el período de diecinueve años hemos recorrido todo el diapasón de las formas de gobierno, sin haber gozado los bienes y sí sufrido todos los males de que cada uno es susceptible».[91]

En 1840, cuando la señora Calderón de la Barca comienza, por lo que ve y escucha, a rebajar más de una vez el color de rosa con que está pintando, puede leer dos testimonios que confirmarán sus aprensiones. Conciso el primero, como todo lo perteneciente al jurista y anticuario don José Fernando Ramírez:

1840 «… las reñidas y sangrientas revoluciones que han precipitado a la Nación en la profunda y oscura fosa en que se encuentra, y de que, en mi concepto, no es fácil que la saquemos».[92]

El segundo, de don José María Tornel y Mendívil, obra maestra en su género, y oída en la fiesta patriótica por el Grito de Dolores, sobre un templete levantado bajo los árboles de la Alameda:

1840 «Más de tres mil años ha, que un pastor de la Idumea llamado Job… maldijo… el día de su nacimiento, y aquella noche en que se anunció la concepción de un hombre. Fue su deseo que aquel día se convirtiera en tinieblas: que Dios… no hiciera cuenta de él, como si nunca hubiera existido, y que la luz jamás pudiera alumbrarlo…

»¿Por qué no morí en el seno de mi madre? ¿Por qué no perecí en el momento en que salí de él? ¿Para qué me acogió en su regazo la que me recibió al nacer? Si me hubiera abandonado, ahora estaría durmiendo en el silencio de la muerte y descansaría en mi propio sueño. ¿Por qué se dio la, luz a un desdichado, y vida al que sólo siente aflicciones de espíritu, al que ha perdido el camino y se halla como cerrado en un recinto para no escapar de la pena y del dolor?…

»¿Por qué, preguntaréis, conciudadanos, viene el orador del pueblo, en el día del jubileo nacional, a turbar la paz del semblante y la alegría del corazón, con el grito lastimero de un habitante de la Arabia, que probó cuánto puede la cólera del Señor? Yo os respondo, mexicanos, con el llanto y tristeza de mis ojos: Reflexionad cuál es la suerte de la patria que comenzó a existir en el 16 de Septiembre de 1810, y os faltará pecho para sentir y capacidad para comprender en guarismo la suma de nuestras desventuras…

»La nación mexicana, mutilada y enfermiza, vive todavía; pero su vida es un suplicio, porque se le esconde hasta la esperanza de felicidad. Aquí recuerdo treinta años de padecimientos continuos, treinta años en que hemos navegado por un mar de lágrimas y de sangre, sin acercarnos jamás al puerto. Los pilotos han perecido, conduciendo la quebrada nave entre vientos, escollos y borrascas…

»Largas guerras civiles han agotado, por decirlo así, el entusiasmo que acompaña a la regeneración de los pueblos; y el frío egoísmo que hace abandonar su suerte al capricho y antojo de un puñado de audaces, aspira a reemplazar aquel sentimiento desinteresado, que es siempre una esperanza y un apoyo en las grandes crisis de los estados. Yo no exagero, conciudadanos. ¡Ojalá y en esta tierna festividad pudiera apartar de vuestros ojos un cuadro en que débilmente se bosquejan deplorables desgracias, y para los corazones virtuosos, motivos de arrepentimiento y de dolor profundo!

»Dos meses ha que el cañón tronaba en las calles y en las plazas de la opulenta capital. No hemos venido a este ameno sitio, sin notar los escombros y ruinas de majestuosos edificios que hemos podido heredar y no hemos sabido respetar. A vuestro paso, desde el templo de las augustas ceremonias, observasteis salpicada con sangre de mexicanos la carrera, antes de triunfo, ahora de penosas lamentaciones. ¡Ay! ¿Por qué se dio a luz al desdichado y vida al pueblo que sólo siente aflicciones, angustias y estímulos de desesperación? ¿Maldeciré el día del nacimiento de la República? ¿Me atreveré a execrar la noche en que se anunció al universo la nueva de su concepción política? ¡Oh, no! Perdonad amigos los extravíos de una imaginación dolorida y agitada por las lúgubres imágenes de estériles, de funestas disensiones…».[93]

Después de 1840 sigue expresándose en boca de muchos, y con cuánta razón, el desaliento de México[1]. No todo alcanza el relieve de la tragedia, y cuando desciende a lo pueril, es para hacer patente aún más la confusión que todos llevaban en el alma. Este es el testimonio de don Mariano Otero:

> 1842 «… algunos… juzgan que nuestras dolencias no tienen remedio, y que apenas nuestros nietos podrán gustar los frutos de los enormes y cruentos sacrificios que la nación ha hecho en treinta y dos años de infortunios».
>
> »Una sensación grande y profunda ocupa hoy el ánimo de todos los mexicanos. Los hombres capaces de analizar los acontecimientos políticos y de entrever su porvenir oscuro, calculan, sin temor de engaño, que la nación pasa por una crisis terrible, que fijará sus destinos hasta ahora inciertos y vacilantes; y el pueblo, que no está al alcance de estos cálculos, presiente también, con su instinto maravilloso, la hora de la tempestad, y muestra sus temores y sus esperanzas por el desenlace de la escena que pasa a la vista de todos».[94]

El general don José Herrera, el Catón de aquellos días, acusa sin piedad a todos los partidos:

> 1845 «Agobiada la Nación bajo el peso enorme de las desgracias que la oprimen desde el principio de su existencia: víctima de las continuas acciones y reacciones políticas, en que siempre se le ha prometido la destrucción de los abusos, el goce de la libertad verdadera, y todos los bienes de la sociedad civil, sin que jamás haya visto realizadas tan solemnes promesas; empobrecida, ultrajada, burlada sin cesar por las facciones fratricidas, que han usurpado alternativamente el nombre sagrado de la patria para desgarrar sus entrañas con mano impía; esta Nación mil veces desgraciada, pero grande y magnánima…».[95]

Unos editores ingenuos ven como un alto designio de la Providencia la llegada a la República de las obras de un escritor ca-

tólico, cuya lectura esperan ha de ayudar a restablecer la moral que todos confiesan perdida:

> 1846 «No es ya un problema, entre los mexicanos, las causas de nuestras diarias revueltas; revueltas que, sacudiendo cada vez con más fuerza, terminarán infaliblemente por derribar el edificio social. Todos vemos, todos, por decirlo así, palpamos en la desmoralización general el origen fecundo de nuestras desgracias, y el motor conservador que las sostiene. Hasta aquí todos estamos conformes; pero ¿qué clase de moral es la que se ha perdido entre nosotros?».[96]

A fines de 1847 «Varios Mexicanos» (no pertenecientes al partido conservador) dan a luz, en un cuaderno, una requisitoria tremenda; presentando lo que ellos consideran los elementos viciosos y heterogéneos de que se componía la sociedad de la República, para demostrar las verdaderas y únicas causas que la habían conducido a la decadencia y postración en que se hallaba:

> 1847 «… es claro que las clases propietarias e industriosas de México, no han tenido ningunos intereses materiales que defender en la guerra actual; y más bien, si se ha de hablar con franqueza, puede decirse que las simpatías de esas clases han debido estar muy naturalmente por el que destruyese de cualquier manera ese sistema de desorden y de pillaje, de que han sido víctimas tantos años».[97]
>
> «… parece por demás inútil el que los escritores extranjeros se calienten la cabeza, buscando, en la *afeminación o degradación de la raza mexicana*, ese indiferentismo que ha manifestado esta nación en la guerra actual; así como es ridículo el que los mexicanos se empeñen ahora en hacerse inculpaciones unos a otros por lo que ha sucedido. Nosotros, por nuestra parte, creemos que todo está explicado en estas breves palabras: *En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay Nación*».[98]

Y, consecuencia natural, ya se apunta la conveniencia de una intervención extranjera, incluyendo la de Norteamérica, con la

cual aun no se ha firmado el Tratado de Paz que convertirá en inservibles a todos los mapas de la República:

> «Si hemos de continuar, en fin, con nuestros acostumbrados *pronunciamientos*, quitando y poniendo gobiernos cada tres meses para satisfacer a todos los descontentos que se han propuesto vivir del desorden, y cuyo número se ha de ir aumentando prodigiosamente en vista de la impunidad que gozan aquí los perturbadores de la paz pública, entonces será absolutamente necesario que todos los mexicanos sensatos y que tengan algo que perder, se convenzan de una verdad, por muy triste que ella en sí sea. Esta verdad será que no podemos marchar solos como nación, y que necesitaremos, a lo menos por algunos años, el apoyo o la intervención armada de alguna nación extraña. Una vez persuadidos de esa verdad, la única cuestión que debería ventilarse sería si nos convendría más que aquel apoyo fuese de los Estados Unidos del Norte, por sus principios democráticos, o de alguna de las monarquías europeas. ¡Quiera el cielo que después de todas las calamidades que ya hemos sufrido, tengamos el buen juicio necesario para que no lleguemos a buscar aquel humillante extremo como el único medio de salvación!».[98 bis]

Los comentarios acerca de la guerra de 1847 que se leen en los *Calendarios* de la época, pueden considerarse culminación de una total desesperanza:

> 1847 «Preguntando una señora a un oficial qué tal se había portado su regimiento en la batalla de Padierna, le contestó el militar: —¡Ah, señora! Los soldados tuvieron miedo, y se dispersaron; pero los oficiales todos *hemos* muerto en el campo del honor y en defensa de la patria».[99]

Sin asomo del menor resentimiento para un país cuyas tropas apenas habían dejado el territorio nacional, Cumplido, con palmaria buena intención, reproduce en su *Calendario* una estampa en donde aparece un robusto colono norteamericano. Estampa que nada podía decirle al indio, ni tampoco al mestizo o al criollo, ni aun al europeo con deseos de ser agricultor en México. He aquí la literatura que le acompañaba:

> 1849 «¡Qué contraste tan humillante para nosotros el que ofrece nuestro país respecto del vecino! México ha adelantado muy poco en población respecto de

la que era bajo el gobierno español, en los veintisiete años que hace alcanzó su independencia; casi nada en riqueza; y bajo algún otro aspecto, ha ido positivamente atrás. La causa de esta diferencia está en que en los Estados Unidos hay inclinación al trabajo, moralidad pública, estabilidad de instituciones, fijeza en el gobierno, tolerancia de cultos, y por consecuencia de todo esto, seguridad, confianza en las empresas agrícolas e industriales y una considerable inmigración de extranjeros útiles, laboriosos…; en tanto que en nuestro desventurado país no se advierte sino suma indolencia, inmoralidad, revoluciones continuas, intolerancia y superstición, que amenazan incesantemente la propiedad… y ahuyentan la emigración que podríamos recibir de gente trabajadora y moralizada que regenerase nuestra población, vivificara la agricultura, alentase la industria y abriese por todas partes los inagotables manantiales de abundancia, de bienestar y dicha que encierra nuestro territorio.

»La estampa que está al frente representa uno de esos robustos gastadores, misioneros de la cultura, en que los Estados Unidos van haciendo cada día útiles y pacíficas conquistas en las regiones de Occidente… ¡Ah! Si queremos dejar de ser lo que hemos sido, y llegar a ser lo que debemos, reformémonos, y pronto. Estimulemos, protejamos el trabajo, y convidemos a nuestro prolífico seno a azadoneros como el que tenemos a la vista, en cuyo semblante están pintadas la salud del cuerpo, la fortaleza del alma, la laboriosidad y el tesón para triunfar de la naturaleza y dar impulso a la sociedad».[100]

El muy suave don Luis de la Rosa, ministro que fue de México en Wáshington, y Secretario de Relaciones Exteriores al abrirse el Congreso Constituyente de 56, cree encontrar en las guardias extranjeras la panacea para salvar a México de los «pronunciamientos»:

1848 «… en esta capital se ha organizado una guardia francesa y una guardia alemana, que contribuyen mucho a la conservación del orden y a la respetabilidad del Gobierno… Los ingleses y los españoles no se han alistado en la guardia nacional, quizá porque esperan para ello la aprobación de sus gobiernos. Yo creo que si se organizara la guardia inglesa y la guardia española, esto influiría demasiado en que no volviese a haber otro pronunciamiento en esta ciudad, y entiendo que usted haría un servicio importante a su país si allanara los obstáculos que, para la organización de

aquella milicia, puedan presentarse por parte de los gobiernos de España e Inglaterra…».[101]

Don Lucas Alamán respira, éste sí, por la herida abierta en 1847:

1849 «… pero si los males hubieren de ir tan adelante que la actual nación mejicana, víctima de la ambición extranjera y del desorden interior, desaparezca para dar lugar a otros pueblos, a otros usos y costumbres que hagan olvidar hasta la lengua castellana en estos países, mi obra todavía podría ser útil para que otras naciones americanas, si es que alguna sabe aprovechar las lecciones que la experiencia ajena presenta, vean por qué medios se desvanecen las más lisonjeras esperanzas, y cómo los errores de los hombres pueden hacer inútiles los más bellos presentes de la naturaleza». [102]

El carmelita Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, un verdadero sabio y gran defensor del prestigio de México cuando es necesario, le escribe a su amigo Alamán:

1849 «Los mejicanos no conocen la moral, porque no gozan un momento ni de paz ni de contento, y su vida física es en consecuencia tan pobre y triste, como las de las plantas de los desiertos del Sahara. ¡Vida, cierto, envidiable!».[103]

¡Conmovedora distribución de premios en un colegio! Un sacerdote pronuncia en vez de un discurso con el optimismo que pide semejante circunstancia, una oración fúnebre que debió conturbar la candidez de los educandos:

1849 «En prolongados años de zozobra, luto e infortunios, Señor Excelentísimo, nuestros ojos, casi de continuo se han abierto para verter amarguísimo llanto, y rara vez para deleitarse con vistas placenteras; el oído escuchó frecuentemente los tremendos alaridos de la guerra, el grito de recíproca maldición, los acentos lúgubres de exterminio y el ronco gemir de víctimas inocentes, hacinadas sobre lagos de humeante sangre; la fantasía importuna nos atormenta al dibujar la imagen triste de calamidades reiteradas, y queda sólo el entendimiento, la cruel fatiga de calcular la magnitud de las desgracias, alcanzarles remedio o, si posible fuera, propulsarlas. Hablando y contestándose en su lenguaje aterrador las frenéticas pasiones, ahuyentaron a la razón silenciosa y asombrada, cubriéndose con el negro manto del odio vengador, un horizonte despejado, en donde debieron lucir los paisajes de los afectos más ardientes».[104]

Otero le escribe a su confidente Mora:

1849 «Las (especulaciones políticas) que ahora se presentan son admirables por su variedad. La monarquía absoluta, la dictadura militar, las Bases orgánicas, la agregación a los Estados Unidos, el comunismo, la preponderancia de la raza indígena; todos estos extravíos tienen sus apóstoles, sus escritores, sus conspiradores; mientras que el gobierno, sin plan, sin apoyo político, sin fuerza, se reduce a conservar el *statu quo* y vivir de la inercia general…».[105]

Si el pesimismo se coló antes en una sencilla fiesta escolar de provincia, aparece ahora en el ámbito severo de un Congreso local:

1849 «Nuestro porvenir nada tiene de halagüeño: inmensos territorios que fueron de la República reciben hoy las leyes que les dictan nuestros insaciables vecinos: Corpus Christi contiene ya entre sus pobladores la cuarta parte del vecindario de Matamoros, y quizá, ¡idea tristísima!, México se confundirá con una nación que le es extraña, porque no habla su lengua, no sigue sus costumbres y no profesa su religión».[105 bis]

Don Guillermo Prieto, que ocupa la cartera de Hacienda, e invoca el genio de Ovidio para acabar con el caos que reina en las aduanas marítimas, llega a pensar en la pérdida de la nacionalidad:

1850 «… la nación vacila sobre el partido que debe tomar en la cruel disyuntiva en que se encuentra; la fatalidad parece ir reuniendo diversos elementos que darán por fin el triste resultado de la desmembración de nuestro territorio, y quizá el de la pérdida absoluta de nuestra nacionalidad y de nuestra independencia.[106]

»¿Puede tolerar la civilización, la humanidad y el interés material, ese contraste de dos pueblos: el uno hundido en la degradación, en la ignorancia y en la miseria, y el otro poderoso y floreciente por el trabajo, las luces y todos los goces sociales? ¿Puede ser así posible el paralelo y la lucha con ventajas para México?».[107]

Y don Francisco Zarco, al escribir con almibarada pluma para las damas mexicanas, cifra, inconsciente, toda una época de tribulaciones:

1851 «¡Ojalá y las mexicanas se persuadieran de cuanto pueden en el corazón de sus hijos, de sus amantes y de sus esposos, y se consagraran a hacer revivir los sentimientos de amor a la patria! Entonces, gracias a la influencia poderosa de la hermosura, veríamos grandes acciones, y sería verdadero orgullo tener a México por patria».[108]

¿Y dónde asirse? ¿En dónde pisar con firmeza?, debieron preguntarse aquellos hombres que veían en ese pesimismo perderse la conciencia histórica de un pueblo. ¿Cuáles eran las virtudes capaces de sostenerles en esos días aciagos? Bustamante, en un arranque patético, se apoyó en la naturaleza. ¡Cuánta amargura y cuánto amor de patria no encierra la vehemencia de sus palabras, al dirigirse a su auditorio de la Alameda, compuesto por un matrimonio inglés y una señorita mexicana!

> «Siento, señores, que se presente a ustedes este objeto tan desagradable, y que les sirva de prueba concluyente del estado de atraso en que entre nosotros se hallan las bellas artes; pero, en cambio de esto, les suplico fijen su consideración en la bella naturaleza que en este momento se nos presenta ufana y en todo su esplendor. ¿Han visto ustedes un mes de diciembre en Europa semejante al que hoy gozamos en este país de ventura?».[109]

Algunos descubren, paladinamente, la incertidumbre que les embarga. Así habla un escritor, al pasearse por entre los escombros de los conventos suprimidos:

> «Lo diremos sin embozo: nosotros al presente no poseemos ni las virtudes de los aztecas ni las de los españoles».[110]

Y si por acaso oyó en ese mismo año de 61, un discurso del 15 de Septiembre, pronunciado en el Teatro Nacional, la incertidumbre se le convirtió en ahogo. Escuchemos a Altamirano:

> «Antes que los aventureros españoles, dijo, nos trajeran a sus frailes y a sus verdugos, ya el pueblo mexicano sufría la opresión de sus reyes autócratas y de sus *teopixques* sanguinarios. La conquista, haciendo colonos a los mexicanos, hizo más amarga su esclavitud; pero Moctezuma había sido digno antecesor de Carlos V. El pueblo cambió de señores. Los encomenderos sucedieron a los caciques, los frailes a los pontífices indios, la hoguera de la inquisición reemplazó a la piedra de los sacrificios, y al sanguinario Huitzilopoxtli sucedió la sanguinaria cruz que el P. Olmedo plantó sobre un montón de cadáveres y de cenizas».[111]

Las señales son contradictorias y se desmienten. ¿Serán vanos los intentos para establecer cada quien su propia identidad entre la impotencia de reverdecer el pasado de México, y la cierta desgana para fundirse alegremente en la mezcla que, al destruir, creó España, y que se encontraba al alcance de la mano? ¿Es un

motivo de confusión, acaso, el injustificado rubor que se adivina de llamarse a boca llena mestizo?

> «… los muchachos que reclutó Relumbrón, escribe Payno (eran) la mera aristocracia de la raza de hombres que sin ser españoles, sino meros mexicanos, tampoco son indios…».[112]

¿Y no es todavía un elocuente ejemplo de lo que se quiere callar, y hacer tabla rasa del producto de la historia al negar cuatro siglos, cuando se dice:

> «Sólo así (construyendo un México moderno) podríamos ser dignos descendientes de aquellos aztecas que dominaron los lagos y sobre esas tierras sagradas labraron como una gema su ciudad de maravilla»?[113]

Pero esto, se nos dirá, se escribía en 1931. Pues he aquí lo que se imprime en 1959:

> «La situación escueta es que en México nadie acepta ser igual a las identidades nacionales… los mestizos anhelan ser iguales a los criollos pero desprecian sus identidades indígenas, por lo que fácilmente sobrecompensan, ya con agresiones hacia los criollos a los que secretamente envidian y de cuyo "valor" quieren apoderarse, ya con desprecio a los indígenas o con falso amor o admiración a éstos…».[113 bis]

Venga en seguida la contrahierba, recién cortada de un huerto en donde nacen y maduran óptimos frutos de sabiduría:

> «… el mundo que (nos) rodea es un mundo que atesora memorias y mantiene un aliento de los pueblos que por aquí pasaron, que labraron los monumentos que vemos con estupefacción y que, sin saberlo, nos dejaron una herencia de cultura que se ha amalgamado con la venida de más allá de los mares, y nosotros nos sentimos, "mestizos de la cultura", si acaso no lo fuéremos de la sangre».[113 ter]

Mas las ráfagas del pesimismo nos alejaron de los días de la señora Calderón de la Barca. Indicio de que no eran tan sólo ráfagas.[114]

¿Qué cabida tendrá ese pesimismo en lo que escribe nuestra autora? Las tribulaciones están a la vista: oye y escucha, y padece dos «pronunciamientos» en la misma ciudad de México. No se altera, empero, la serenidad en sus conceptos. Es el mundo de la

aristocracia y de la política, y en las «tertulias», en donde la crítica y los desengaños encuentran ancho campo para manifestarse. Pero ella prefiere a la vida de sociedad, la vida al aire libre; contemplar el paisaje y escudriñar quiénes viven en él. Y cuando la observación es directa, ha de hablar con la alegría de la verdad de los indios:

> «Hay una sonrisa indiferente y plácida en, las caras, y desde arriba, un cielo azul y esplendente asimismo les sonríe. Los perros ladran, rebuznan los burros, y el indio, cargado como podría cargar una mula, barre el suelo con su sombrero para saludar a sus hermanos de color de bronce, que pasan tan cargados como él, y todos, mostrando la blancura de sus dientes, cruzan las voces con la dulzura de la lengua mexicana, y siguen su camino».[115]

y ponderar la belleza de la raza mestiza:

> «Una hermana de la mujer que cuida la *hacienda* en donde ahora vivimos, es una de las criaturas más hermosas que he conocido. Ojos grandes, largas y negras pestañas, cabello negro que casi le llega al suelo, dientes como la nieve, color moreno pero resplandeciente, gallarda figura, con hermosos brazos y manos, y unos pies breves y bien formados. Todo lo mejor del indio y del español, "del bronce y del fulgor", parecen haberse fundido en ella.
>
> »… pertenece, sin duda, a la clase *mestiza*, descendiente de blancos e indios, la raza más hermosa de México».[116]

y de los *rancheros*:

> «Creo que nunca el carácter mexicano se muestra más a su favor que en el campo, entre estos grandes terratenientes que proceden de viejas familias, y que viven sobre sus propias tierras entregados a proyectos agrícolas y del todo alejados de las pasiones de partido y de los intereses mezquinos de la vida de ciudad… En cuanto al "joven amo" de esta finca, levantado con el canto de la alondra, montando siempre el caballo más bronco de la *hacienda*; siempre fuera en los campos…, aficionado a la arriesgada diversión de *colear*… Aun chiquillos de diez años participan en esta suerte. Nada tiene de extraño que los mexicanos sean semejantes "centauros"; y tal parece que hombre y caballo forman un todo, ya que desde la niñez se familiarizan con semejantes peligros, simples pasatiempos para ellos… meros ejercicios de habilidad, pruebas de destreza varoniles y fortificantes que ayudan a conservar la superioridad física de esta raza de hombres: los *rancheros* mexicanos».[117]

Mas algunas veces nos parecerá oír el eco de las conversaciones de salón. La Carta XVIII, por ejemplo, termina con una ex-

clamación de duda, la cual, por lacónica, acentúa el pesimismo en ella contenido:

> «… os mando (unos dulces), dice, para que los conservéis como memoria de la consagración del primer arzobispo mexicano… ¡acaso el último!».

¿Por qué el último? ¿Que agorero le llegó al oído prediciéndole catástrofes tales, para aun impedir el nombramiento de los futuros dignatarios de la Iglesia en México, de entre su clero? No es este el tono que suele usar la autora al expresar sus juicios. Podríamos adivinar, en ocasiones, quiénes fueron sus informantes. ¿No escuchó de labios de Alamán, que la abundancia y prosperidad que se disfrutaba en México, antes de la Independencia, constituía un bienestar general que se recordaba en América como en la antigua Italia el siglo de oro y el reinado de Saturno, más bien propios de los tiempos fabulosos que como una cosa que en realidad existió? ¿Se inspiraría en los recuerdos de ese pasado, en vano añorado por unos y negado por otros, actitud que sume a los dos bandos en un desaliento mortal, para escribir su famosa advertencia?:

> «Todo aquí nos recuerda el pasado:…Es el presente el que parece un sueño y un desvanecido reflejo del pasado. Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán. Se abandonó un sistema de gobierno y no existe ninguno en su lugar. Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la Catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado (lo cual no haría daño a nadie), y que todo está rodeado por una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos de los artistas de la "despierta" y lejana República del Norte».[118]

«Que estén alertas», dice la señora Calderón de la Barca. ¿Quiénes son los que deben estar alertas? ¿Todos los mexicanos, o sólo aquellos que en conversaciones, escritos y discursos se muestran apasionados de la República del Norte? ¿Esta voz de alarma, es el presentimiento que tiene la autora del trágico fin de ese espejismo y de la profunda y amarga desilusión que tendrán que sufrir un día muchos de los liberales que, a veces, ensalzando

el sistema político y el bienestar norteamericanos, llegaron a negar la razón y legitimidad de los orígenes de la patria?[118 bis] Y con la admonición, se diría que la autora quiere salirle al paso a un discurso que el 16 de septiembre de aquel mismo año de 1841, tuvo que pronunciar don Mariano Otero en Guadalajara, ciudad la más culta de México. Pudieron escucharle hombres tan inteligentes como Cañedo, López Cotilla, del Castillo, Verdía, Ortiz, López Portillo… Y en esa ciudad privilegiada por su economía, señorío y clima; por sus establecimientos de beneficencia, y a la que la Independencia dio robusta vida intelectual; en donde las bibliotecas de los conventos suelen ofrecer hospitalidad a las academias, y se cultiva el estudio de los clásicos bajo el impulso de un fray Manuel Nájera; en una ciudad cuya traza y edificios no tienen entonces parangón en ninguna de las ciudades de Norteamérica, don Mariano Otero, «joven de la generación nueva»[118 ter] y que ya debía llevar en la bolsa el borrador de un ensayo que aun se comenta en nuestro tiempo, dice lo que sigue:

> «Treinta años antes la Europa asombrada había visto elevarse en el Nuevo Mundo una República, superior en su organización social, no sólo a cuanto ella tenía, sino a los modelos mismos que admiraba en la antigüedad como el bello ideal de la libertad humana… Instantáneamente se presentó en el mundo este pueblo nuevo, como un coloso de fuerza y libertad, y, expuesto a las miradas del universo sobre las elevadas cimas de los Aleganies, a las orillas de sus caudalosos ríos y de sus inmensos lagos, y en el centro de sus bosques impenetrables, apareció el fruto más bello y más rico con que el cristianismo, la libertad y la civilización pudieran brindar a la humanidad».

El orador, como si pintara, sabe hacer las sombras, y logra efectos de contraste entre el pasado de México y ese «terrestrial paradise of the west», como le llamaban con sorna los ingleses a Norteamérica:

> «No así, dice en el siguiente párrafo, los hijos de Cortés, de Pizarro. Los conquistadores españoles, atroces y bárbaros, habían degollado a la mayor parte de los habitantes del Nuevo Mundo que sojuzgaron, y habían hecho desaparecer con ellos sus recuerdos históricos, sus costumbres, usos, leyes, nobleza, y cuanto en una palabra constituye la individualidad de una nación».

¿Alcanzarían los indios, mezclados entre la multitud congregada en la plaza, oír la voz de Otero, cuando a ellos se refería:

> «Quedaban sólo algunos miserables restos de este pueblo exterminado, y los vencedores fijaron de tal suerte las condiciones de su existencia, que se han visto reducidos para siempre a una completa nulidad»?

Y así:

> «España envió (sólo) colonos… (y) la antigua patria de Guatimotzin… se vió con un pueblo del todo nuevo, (y después) de la caída del imperio de nuestros padres (ocurrió) la trasmigración del pueblo español al Nuevo Mundo…».

¿Cuáles son las raíces que reconoce? ¿Cómo se forjaría el pueblo que hizo la Independencia? Pero, por último, y como fuere:

> «estas dos razas que vinieron a poblar el mundo de Colón… estos dos pueblos, de los que el uno traía el espíritu de Felipe II, y el otro el de Penn; llevando éste la tolerancia y el jurado, aquél la Inquisición y el tormento; los dos se han encontrado en el mismo camino para marchar a idéntico fin…».[119]

¿Qué impresión causaría el discurso al auditorio de Guadalajara? La que produjo en México nos consta por una escena que nos dejó don Guillermo Prieto, en la cual no puede faltar el acostumbrado acento de sensiblería que tanto abunda en las páginas de sus *Memorias*.[120]

En cuanto a las «mejoras» en la Catedral, no se cumplió el vaticinio. Los «artistas» del Norte sintieron por los monumentos religiosos y civiles el estupor que produce el contraste, y lo que se ve por primera vez:

> «Enfrente estaba la gran Catedral de México, y a uno de sus lados el palacio en el cual los antiguos virreyes españoles habitaron; edificios ambos que sobrepasan en tamaño y esplendor todo lo que nuestro país pudiera ofrecer».[121]

No pusieron sus manos para cambiar las cosas de como estaban, ni destruyeron. Mutilaron, que es peor. Fueron los de casa los que atentaron contra las rejas, la plata y las joyas de la Virgen. Y también contra el templo. Un viajero mexicano criticaba en Inglaterra lo que, poco después, sucedería en la República:

> «El que hoy observa al pueblo inglés casi no puede creer las depredaciones, los ultrajes y las mutilaciones que hicieron los fanáticos republicanos en las abadías, en las iglesias y en los monumentos más bellos y más nobles que tenían el tinte y la poesía de la antigüedad».[122]

¿Por qué los hombres de la «Reforma» no pudieron ver en lo condenado a muerte, la belleza; y la suma de lo mexicano que en ella se expresó en los siglos del virreinato? ¿Les hubiera detenido, acaso, de acordarse, que si la iglesia y el convento se sostenían, en lo material, era por haber amasado sus mezclas los indios con el sudor de sus rostros y de sus pobres caudales? ¿O acomodaron el concepto de lo bello a las sencillas reglas que les dejó don Lorenzo de Zavala en este ejemplo, entre otros, al admirar el escardillo producido por los techos de lámina de la ciudad de Montreal, cuando la contemplaba a vista de pájaro?:

> «Las casas están en su parte superior cubiertas de hoja de lata, lo que hace que, desde las colinas vecinas o las alturas, den un golpe de vista hermoso con el sol o la luna».[123]

Y si con la belleza hemos dado, vendrá muy de la mano tratar de las facultades que tuvo la señora Calderón de la Barca para percibirla. Sensible a todas sus manifestaciones, deseosa de encontrarla en todas las cosas, alcanzó el estado de gracia, o sea el amor, para descubrir en la naturaleza de México la esencia escondida. Gustará la belleza en el deslumbre de un amanecer y en la opulencia de colores que deja en las nubes el sol poniente; y en lo ameno, por pintoresco, en donde no estorba un escrúpulo de romanticismo, no disminuye la realidad de la escena un ápice, y la gracia y la frescura permanecen en ella para siempre. Podría ser un ejemplo de lo último el siguiente trozo:

> «Detrás de esta casa hay un pequeño jardín colindante con el enorme muro que circunda el huerto del viejo Convento de San Fernando, dentro de cuyos extensos límites languidecen siete u ocho frailes. Es un edificio inmenso, antiguo y gris, consumido por el tiempo, con una iglesia contigua y un anchuroso terreno que le pertenece. Es pintoresco siempre, pero cuando se asoma la luna o se pone el sol, ofrece una visión de los tiempos clásicos.
>
> »A esta hora, en que me encuentro sola en el jardín de altas paredes, cuando el Convento suelta sus esquilas, y los ventanales góticos con rejas de hierro, y el verde gris de los olivos, tan irreales en su quietud, se iluminan por los rayos postreros del sol, todo se me aparece como en una alucinación, a modo de un dibujo casi borrado en la memoria, o de un recuerdo romancesco.

»Después se oculta el sol con un rojo de furor detrás de las montañas coronadas de nieve, cubriéndose sus majestuosas faldas de un rosa encendido, en tanto que se extienden las grandes y negras nubes como alas de la noche; y es cuando ha llegado la hora de recordar que este es México, y que si sobre él han caído todos los males, la memoria de su romántico pasado aún persiste. Los tintes carmesíes todavía se consumen prolongando el sonrojo de las montañas; mas las nubes negras, monstruosas aves de la noche, siguen su rumbo y se posan sobre las cimas, en donde, como si cubrieran su nidada, permanecen en silenciosa vigilia. Gradualmente todo el paisaje: los montes y el cielo, el Convento y los olivos, se ven grises y melancólicos, y parecen fundirse con la foscura del crepúsculo.

»Y aparece la luna para tender un velo de plata sobre las montañas y argentar la llanura, y se contempla reluciente y estremecida sobre las viejas losas grises, y apenas se deja oír la amortiguada melodía de una distante música militar. Están tocando todas las campanas; las de San Fernando, que se repiten con la chochez de un viejo; las de las torres de la Catedral; las de las iglesias y conventos lejanos, y por sobre el rodar de los coches y el rumor de la ciudad, se escuchan las notas de un cántico, fuertes a veces, semiperdidas otras, mientras pasa una procesión religiosa, camino de un templo cercano».[124]

Pero se desprenderá de todo artificio a la vista del Altiplano, y sentimos el peso de lo eterno cuando describe la soledad, la infinitud del vacío y el silencio incomparable de los llanos. Y al aparecer el indio, cuya condición compendia tomando por tema un versículo de las Sagradas Escrituras, ya la señora Calderón de la Barca había hecho el milagro de devolverle a la Naturaleza su antigüedad augusta:

«El camino del Peñón corre a, través de la llanura más desolada que puede imaginarse. Detrás de los baños hay dos cerros volcánicos; y el panorama de México y de los grandes volcanes que desde allí se registra es magnífico. Una absoluta soledad rodea a estos edificios: árboles, no los hay en torno; rocas de lava a nuestras espaldas; México, enfrente; los grandes lagos, cerca; a la derecha, Guadalupe, y a la izquierda, San Ángel, San Agustín y las montañas que abrazan el Valle…

»Todos estos caserones de los alrededores de México dan una impresión indescriptible de soledad, vastedad y desolación, como jamás la había yo sentido, ni aun en las moradas más solitarias de otras tierras. No es tristeza; el cielo es demasiado brillante y el paisaje demasiado risueño, y el aire que se respira demasiado puro, para consentirla. Es la sensación de hallarse enteramente fuera de este mundo; es el percatarse de que nos encontramos solos frente a una naturaleza gigantesca, y de que nos envuelven las nebulosas tradiciones de una raza

que fue; impresión que no se alcanza a disipar cuando el silencio se rompe con las pisadas de un indio transeúnte; pobre, envilecido descendiente de aquellas gentes extraordinarias y misteriosas que no sabemos de qué partes vinieron y cuyos hijos viven ahora "con la condición de haber de cortar la leña, y acarrear el agua", para el servicio de todo un pueblo del cual fueron reyes una vez».[125]

¿Cuál es la actitud de la señora Calderón de la Barca ante la presencia del indio? ¿Le mira a través del mismo cristal con que los extranjeros suelen mirar cuanto es extraño a su manera de ser, o difiere de sus propias costumbres? ¿Considera a los indios como elemento exótico? Desde luego que no. Sería imposible confundirla con esa clase de observadores que, engañándose a sí mismos, «representan el exotismo cuando pretenden disfrutarlo; de sujetos, se convierten en complementos; son como una frase vuelta por pasiva».[126] Pero ¿fue justa con ellos? Ya dijimos antes de la validez de sus descripciones, cuando éstas descansan en la observación directa. Y si en algunos de los retratos que les hace, pudo írsele la mano en las máculas, no falta nunca una palabra dulce y comprensiva para atenuarlas. Y en estos encuentros, rebasando el interés anecdótico, dejará grabado en la fantasía del lector un recuerdo siempre amable, y aun poético:

«… al regresar a sus pueblos después de echarse un trago, la blancura de sus dientes es como una luz que ilumina sus rostros de bronce, y las muchachas, especialmente ellas, rasgan el aire con la música de sus risas».[127]

Mas en aquellas partes en donde el adjetivo es adverso y rotundo, no es ella quien habla. Es Humboldt, como en el siguiente caso:

«(los indios) bajo una apariencia de estúpida apatía esconden una arraigada astucia».[128]

Y vuelve a copiarlo, nada más que esta vez reconociendo la fuente, al decir que las esculturas precortesianas son la obra de un «pueblo semibárbaro».[129]

Pero Humboldt era sajón, y escribió antes de la Independencia. Importa más el saber lo que pensaban y decían de los indios las gentes de México, en los días de residencia de la autora en el

país. No abundan los testimonios de 1840 y 1841; pero existen otros, claro está, expresados posteriormente, consecuencia lógica de maneras de pensar y de decir en épocas anteriores. Podrían acompañar los textos que aquí hemos dedicado al pesimismo. Ninguno de ellos influye en la señora Calderón de la Barca.

Vimos que en 1841, don Mariano Otero les consideraba «restos miserables de un pueblo exterminado», y «reducidos para siempre a una completa nulidad». Y adviértase que en aquellos tiempos no se usaba el eufemismo al hablar de los indios:

> «Es el indio yucateco, dice un escritor, un monstruoso conjunto de religión e impiedad, de virtudes y vicios, de sagacidad y estupidez, de riqueza y miseria… Es incapaz de robar un peso, y roba cuatro veces dos reales: no miente, y huye siempre de expresar la verdad…».[130]

Y otra vez habremos de conceder la palabra a los mismos «Varios mexicanos», que escribieron la dolorosa requisitoria del año 47:

> «Los indios seguramente han visto entrar al ejército norteamericano con la misma indiferencia con que veían antiguamente entrar los ejércitos españoles cuando éstos dominaban al país, y con la misma calma con que después de la Independencia han visto ir y venir a nuestras tropas en nuestras continuas revoluciones interiores. Sin otras necesidades que aquellas que exige el estado semisalvaje en que viven, sin relaciones ni goces de ninguna clase en la sociedad, sin intereses ni afecciones que los liguen con ella, y con la confianza de que su abyecta condición no es susceptible de empeorar, ven todo lo que pueda ocurrir con la más estúpida indiferencía».[131]

Y a manos de Guillermo Prieto, pierden la nacionalidad en 1850:

> «Necesario es, pues, para que en este territorio exista una sociedad que pueda formar una nación capaz de poblarlo y defenderlo, el que alguna de las dos sociedades o de las dos razas de que se ha hecho mención, se aumente y se organice para aquel objeto. No es la raza indígena la que puede aumentarse por medios prontos y eficaces, ni es desgraciadamente en ella en la que reside hoy la nacionalidad; es necesario buscar el aumento, la fuerza y la organización para la otra, para la depositaria de la inteligencia, del poder y de la nacionalidad misma».[132]

Don Antonio García Cubas, con cristiana resignación, y apoyándose en la ciencia de la estadística, acepta el destino a que parecen condenados los indios:

«¿Serán motivos las guerras, las pestes, el malestar de nuestras convulsiones políticas, para que la población se arrastre tan lentamente y presente ese aspecto inerte como el carácter de los habitantes? No lo creo. Pienso que la causa del daño se remonta mucho más alto; que hay oculto algún mal en el seno mismo de la población; que existe un fenómeno que no ha sido todavía estudiado ni comprendido… Yo me figuro, y ruego a V. E. disimule mi opinión, tal vez descabellada, que la causa del fenómeno que indico es que sobre el mismo suelo viven dos razas distintas que no se han amalgamado, y que casi no tienen entre sí punto alguno de contacto. La raza invasora y la raza invadida no representan una planta injertada, representan más bien una parásita pegada a un árbol; y mientras más crece y se desarrolla aquélla, más se debilita éste y se encamina a su destrucción… Así es que, para mí, la estadística viene en apoyo de mi pensamiento; porque no da el resultado del crecimiento continuo de ambas razas, sino que marca la proporción entre lo que la una crece y la otra mengua, y de aquí el fenómeno de que el conjunto de la población parece que camina con tanto espacio que casi se queda estacionaria. Tal vez en esto se cumpla una ley providencial; tal vez así lo quieran la perfección y el adelantamiento del género humano, que es el designio del Hacedor».[133]

¿Existe una literatura suficiente para hacer contrapeso a ésta tan negativa, y de la que acabamos de ofrecer algunas muestras, y en la cual, de haberlo deseado, hubiese templado la pluma la señora Calderón de la Barca? Lo apologético, perteneciente a esa época, tiene la misma tara. Quizá es peor, pues cae en ese sentimentalismo «que huele a huevo podrido»,[134] del que se libró la autora, pero en el que han caído tantos extranjeros que quieren redimir el pecado de sus campos de «reservación» con los indios de México. Del sentimentalismo nacional es ejemplo Bustamante, cuando clama:

«¡Ilustres vástagos de los nobles aztecas! Yo no puedo fijar sobre vosotros mi vista sin conmoverme: en el momento me ocurren las ideas de vuestra antigua grandeza, y de vuestra esclavitud y degradación. ¡Yo quisiera veros indemnizados de tantos ultrajes! ¡Recibid mi corazón harto condolido de vuestros infortunios! Lo mismo me pasa cuando veo sus danzas en la colegiata de Guadalupe, no puedo soportar aquel espectáculo de sensibilidad y ternura, brota un torrente de lágrimas de mis ojos, y bendigo al autor del grito de Dolores».[135]

Mas cuando la política asoma la cabeza, se le secan las lágrimas a don Carlos María:

«Es indio y esto le basta para propender a la tiranía…».[136]

¿Indio?, debía preguntarse la señora Calderón de la Barca. ¿Y por qué no llamarle campesino, labriego o, sencillamente, mexicano? ¿Y por qué siendo indio de México, no se puede ser un mexicano en México? ¿O hay que dejar de ser indio para ser mexicano, o no se es mexicano cuando se es indio? ¿No habrá ya un lugar para él bajo el sol? ¿O es que ha perdido su sombra? Todavía hoy no se le podría contestar con claridad.

«Nuestro problema, dijo en su tiempo el indigenista don Moisés Sáenz, era estudiar al indio en el punto justo en que comienza a ser mexicano».[137] Y en nuestros días, otro perito en la misma materia se pregunta: «¿El Indio Mexicano no es Mexicano?», y añade: «… hay tres millones de mexicanos que no se sientes mexicanos».[138] Otras figuras menores le hacen coro, para manifestar la necesidad de «acelerar la deseable mexicanización del indio…».[139]

Repitamos: «… estudiar al indio en el punto justo en que empieza a ser mexicano». Eso es. Y si cuando cansado de transitar por la vereda, o de pisar el *tezontle*, piedra de sus mayores, que hecha grava cubre la faja de tierra que corre paralela a la carretera de asfalto, que será nuestro, pero no suyo, pues le quema las plantas de sus pies descalzos, quiere el indio agregarse a ese mundo de variedad y amargura infinitas al que pertenece un camión de segunda, ¿qué le espera?

> «Y es el mismo mexicano, prieto, de hirsuta pelambre, que apenas disimula su mestizaje bajo el oberol y la grasa del camión que cobra, quien llama indios con dejo de burla y desprecio a los campesinos…».[140]

Y si entra a la República de las Letras, ¿no se le escapará al novelista mejor intencionado, «un indio envaselinado», si soldado, y «un mugroso», si en el páramo? Y si en el anchuroso campo del nuevo rico, alcanza nombre y fortuna, corre peligro de convertirse en:

> «un personaje gordo, prieto, trompudo, con un rasgo de hotentote…».[141]

¿No es mejor que se quede tal como está? Pueden los inocentes arbitristas del indigenismo, mientras tanto, soñar, planear y calzar las botas de siete leguas, ahora vehículos con el escudo oficial en las portezuelas. Pero si un día se sienten desfallecer, confiésenlo con la misma nobleza que supo hacerlo Moisés Sáenz:

> «La Capilla de don Vasco no se habrá vuelto a abrir, la fachada blanca estará manchada con las lluvias, el rótulo se habrá borrado y aquella luz que se encendía todas las noches y que se veía desde el cerro viniendo de Purépero, no brillará más. La torre estará otra vez desmochada, y tal vez las escuelas hayan vuelto a su tediosa rutina. Los indios seguirán también en la suya propia. En cierto sentido esta es la historia de tantas y tantas reformas en México. A veces me maravillo de que después de tanto ensayo, tengamos todavía entusiasmo para empezar de nuevo y paciencia para escuchar al profeta en turno».[142]

¿Y el epílogo perteneciente a los indios? ¿Qué nos podrían decir? Parécenos que de poder expresarse a lo clásico, nos dijeran: «Somos tapices de Flandes, que pintan en un paño un Aquiles de una parte, y un Héctor de la otra, armados de punta en blanco, en sendos poderosos caballos que parece que vuelan:…los caballeros, dos lanzas como sendas antenas, unos anchos hierros en ellas, puestas en el ristre, y ellos con un semblante que parece que ya, ya, ya se llegan a encontrar, y casi ponen miedo a los que los miran, que no esperan sino cuándo se pasarán una braza de lanza el uno al otro por el pecho; y si volvéis al cabo de un año, hallaréis que aun se están de la misma postura y no se han movido un solo paso adelante…».[143]

★ ★ ★

«Al encumbrar la altura desde donde se disfruta de la última vista del Valle, ya el primer albor anunciaba el día sobre la ciudad lejana; la niebla aún ceñía las blancas cúspides de los volcanes y se velaba el lago con unas rasantes nubes de vapor que se iban elevando lentamente de la superficie. ¡Y así contemplamos por vez postrera la ciudad de México!».[144] En la ciudad vista a lo lejos, la señora Calderón de la Barca dejaba los años que fueran los más dichosos de su vida. Se lleva, en cambio, el recuerdo

de maravillosas experiencias. Convivió con un pueblo cuya lengua le era ajena, lo mismo que sus costumbres y creencias. Supo entenderle, y le quiso. Y aquella vocación literaria de la primera juventud, encontró en el amplio escenario mexicano manera de expresarse. Su corazón rebosa gratitud, y siente, quizá, una extraña, recóndita e inefable emoción. ¿Encierra ese amanecer en el Altiplano, un símbolo? ¿Será el presagio de que muy pronto ella también ha de entrar en la verdadera Iglesia del Dios de las misericordias, como había sucedido siglos antes en el Valle que se va quedando atrás?…

Es en la memoria en donde los recuerdos conservan la frescura y el encanto que les presta la sutilidad de toda visión interior, y suelen perder su linaje cuando se confían a las páginas de un libro. Podrán, incluso, convertirse en letra muerta para el mismo autor, desde el preciso momento en que les entregue a la ociosidad pública. Mas si aparecen en su prístina desnudez, no perderán categoría, pero conturbarán los ánimos. En el caso de la señora Calderón de la Barca, confluyen raras circunstancias. Su luna de miel con *Life in Mexico* fue de corta duración. ¿Se arrepintió de su sinceridad? ¿Tuvo escrúpulos de conciencia por lo que escribió siendo protestante? ¿O dio en el blanco, y alcanzó a herirla en lo vivo de su amor propio de escritora, un artículo de una colega y compatriota, publicado en el influyente *Quarterly Review*, de Londres, escrito con una ironía llevada en ocasiones hasta el sarcasmo?[145] Lo cierto es que ya en 1847, el libro le quema las manos. Y un día le cerró para siempre.[146] Pero en abriéndole nosotros, encontramos que cuanto le conmovió en verdad el alma, no ha perdido la fragancia, y basta para satisfacer nuestra curiosidad. Es ésta: en los últimos años de su vida, al repasar los recuerdos de México, ¿cuáles se presentaron a sus sentidos con mayor insistencia y lucidez? Y si aconteció que uno de ellos, dominando a los demás, borrase a todos. Quisiéramos esclarecerlo.

★ ★ ★

«Quietud y silencio en el llano… mirada dulce y quieta en los rostros de bronce…». Al paisaje y al hombre les descubren los ojos desde la altura del caballo; nivel que hemos perdido. En el polvo del llano se apagan las pisadas del caballo y las del indio. Inmensidad, vacío y silencio. Era como surcar el mar a la vela. «Es entonces cuando el silencio y la soledad nos hacen sentir como si le hubiéramos cerrado la puerta al mundo». En ese vacío, en esas montañas, valles y llanuras, rigieron mitos, hubo ciencia, arte y poesía, y se escucharon diversidad de lenguas, ríos caudalosos entonces, arroyuelos escondidos hoy. Muerta la patria antigua, ¿se acopla ese paisaje con los que vinieron después? Le vemos nosotros, y en su majestad, nos parece ciego y mudo. ¿Nos volverá a mirar y oír? La tragedia del paisaje mexicano ¿alcanza a entreverla la señora Calderón de la Barca? Estas son las señales: «… sensación de hallarse enteramente fuera de este mundo; es el percatarse de que nos encontramos solos frente a una naturaleza gigantesca… que no podrá confundirse con la de ninguna parte del mundo conocido». Es en la que vive el indio, y en la contundencia de expresión de la escritora, percibimos un otro no sé que; ¿quizás un momento de eternidad, y como si lo temporal fuera ya apariencia?

★ ★ ★

Un inmenso silencio invade las soledades del Palacio Real de Madrid. Es la hora en que entran al retiro en que vive la señora Calderón de la Barca los resplandores de poniente, y con ellos, el tropel de los recuerdos. Llegan los más, tan cargados de años que le pesan tanto como los que quebrantan lo frágil de su cuerpo. Muchos le sirven para hacer penitencia; muy pocos para recreo de la mente. Y con tolerada privanza, deja pasar el cedazo de la memoria a los de México. Suelen ser casi siempre los mismos. Son como vistas estereoscópicas, en cuyo relieve y perspectiva

salieron retratados el tiempo y la muerte. Hombres, mujeres y niños que se están inmóviles cual figuras de cera sobre el empedrado de china lisa de las calles; el hormiguero humano de un mercado; el compuesto grupo de familia de peinadas cabezas ya rígidas por el medio collar forrado de terciopelo que les sostiene la nuca; y esas manos pequeñas entre las aguas del moaré, o descansando sobre el grueso paño de un pantalón cilíndrico. Generaciones que, junto con sus vestidos o con sus harapos, se pudrieron en la tierra. Y le perturba ese hálito de la muerte inexorable; ese atisbar su misterio, y ver el tiempo, en un parpadeo, como si fuera de bulto. De entre las vistas, hay una que se le presenta todas las veces con la misma corporalidad sobrecogedora. En las desoladas llanuras del Peñón se ha quedado detenido, en el acto de caminar, un indio. Le reconoce: es aquel de quien ella dijo que vivía «con la condición de haber de cortar la leña y acarrear el agua para el servicio de todo un pueblo, del cual fueron sus antepasados reyes una vez». Y en esa imagen de lo que fue y de lo que se acaba, cree ver la eternidad de México. Todo lo demás puede ser simulación y cosas vanas.

En el silencio y la penumbra del crepúsculo le parece oír, sobre la tierra añorada con lágrimas de contento, las pisadas de ese indio. En él vuelca su ternura con la fuerza de un amor sin esperanza… «Quietud en el llano… mirada dulce y quieta en los rostros de bronce». Así era para ella, en el recuerdo, el México verdadero. El único.

FELIPE TEIXIDOR.

PREFACIO

La presente obra es el resultado de las observaciones hechas durante una residencia de dos años en México, por una dama cuya posición en dicho país le ha permitido conocer íntimamente a la sociedad, y le ha abierto las mejores fuentes de información en todo cuanto es susceptible de interesar a un viajero ilustrado. Se compone de cartas escritas a miembros de su familia, y, en verdad, *sin intenciones, al principio, de publicarlas, por increíble que pueda parecer la afirmación. Deplorando que este acervo de opimas enseñanzas y amenidades, y de las cuales tanto me he aprovechado, quedaran reservadas sólo para algunos amigos, recomendé calurosamente que fueran entregadas al mundo. Esto se ha cumplido ahora, con algunos cambios y omisiones obligados en una correspondencia privada, y aunque se derivaría de la obra más fama por el mismo nombre de la autora que de todo lo que yo pueda decir, a pesar de que ella decline el darlo a conocer, me siento muy complacido al manifestarlo como vía de introducción al público.*

GUILLERMO H. PRESCOTT.

Boston, 20 de Diciembre, 1842.

LA VIDA EN MÉXICO

CARTA PRIMERA

Salida del «Norma».—Última mirada a la Bahía de Nueva York.—Compañeros de viaje.—Vientos contrarios.—Apariencias engañosas.—La puesta del sol en las latitudes del Sur.—Los mares en los que navegó Colón.—Variadas ocupaciones a bordo.—Las islas de Berry.—Los bancos de las Bahamas.—Un atardecer en aguas tropicales.—Letitia Elizabeth Landon.—Pan de Matanzas.—Castillo del Morro.—Babia de La Habana.—Llegada.—Bella mansión habanera.—Vistas y armonías.

Esta mañana, a las diez, subimos a bordo del barco de vapor «Hércules», que debía conducirnos hasta nuestra embarcación de melodioso nombre. El día se mostraba triste y con neblina, como si se negara a que el sol viniera en su ayuda ni aun con la más fugaz de sus sonrisas. Todos auguraban que el «Norma» no zarparía hoy; pero «donde hay voluntad… etc.». Nos acompañaron hasta el muelle algunos de nuestros amigos: el Ministro de Rusia; el de Buenos Aires, Mr…, que hizo todo lo posible para aparecer sentimental y consiguió, quién sabe con qué rara fórmula, que se le arrasaran los ojos de lágrimas; también estaban el juez, Mr…, y otros, de quienes nos separábamos con verdadera tristeza.

El «Norma» estaba anclado en uno de los más bellos lugares de la bahía, y el barco de vapor nos remolcó cinco millas, hasta más allá de los Estrechos. El viento era contrario; pero la mañana

empezó a despejarse, y el sol a dispersar las nubes cargadas de agua.

Pero nada más triste que ver un paisaje que se va perdiendo de vista; es como si la moción del tiempo se hiciera visible. Y porque aquí tuvimos que despedirnos de X, fue como a través de un sutil velo de niebla que alcanzamos a distinguir las bellezas del río, con sus orillas cubiertas hasta el filo del agua por los árboles enriquecidos con los colores del otoño y las blancas casas de Staten Island… todo desvaneciéndose poco a poco a manera de un sueño, hasta desaparecer por completo.

El piloto, al dejarnos, ha roto el último eslabón con la tierra firme. Todavía podemos ver las montañas de Never Sirrk y el faro de Sandy Hook. El sol está en el ocaso y dentro de algunos minutos más tendremos que decir adiós, quizá por muchos años, a lugares que por tanto tiempo nos han sido familiares.

Nuestros compañeros de viaje no parecen ser personas extraordinarias. Aquí está *madame* Albini, que, *prima donna* en México, regresa en este paquebot que lleva el mismo nombre de la ópera en la que el público la prefería, y que va acompañada de su marido, el señor Vellani, y de su hijo. Allí están M. B…, con unos bigotes que parecen un nido de pájaros; una agraciada viuda abismada en el más profundo dolor, o, cuando menos, de luto riguroso; y una solterona que va a desempeñar las funciones de aya, y toda la variedad del *Español* y del *Habanero*. Y así, nos hemos quedado solos Calderón y yo, y mi *femme de chambre* francesa, con su aspecto de duquesa-viuda, y de ribete mareada.

28. Si he dicho alguna vez que me gusta la vida del mar, no he querido de ninguna manera que se entienda que me gusta la que se lleva en un barco mercante con camarotes sin ventilación, y con toda clase de olores desagradables. Como decía una francesa

que viene a bordo, poniendo una cara de cetáceo afligido y con un mayor sentido de verdad que de elegancia: *Tout devient puant, méme l'eau de Cologne*.

El viento sigue siendo contrario, y el «Norma», cabeceando, no avanza mucho. Hemos hecho setenta y cuatro millas, y de éstas sólo hemos avanzado cuarenta. Hoy todo el mundo se ha mareado y la cubierta está casi desierta. Lo más interesante que he descubierto a bordo es una niña sordomuda, bonita y despierta y de inteligente fisonomía, que me ha estado enseñando a hablar con mis propios dedos. El heredero de la casa de… ha mostrado su buen gusto chillando todo el día. M. B…, pálido, sucio, con cara de bandido sin empleo, ha atravesado la cubierta con pasos inseguros y con un puro saliéndole de entre los bigotes, como una luz en una selva cerrada o un fuego fatuo en espeso pantano. Un español muy gordo ha estado discurseando acerca de las excelencias de la olla podrida. *Au reste*, vamos lentamente siguiendo nuestro rumbo, y a este paso llegaremos a Cuba dentro de tres meses.

Y las estrellas cabrillean en una quietud de plata. Todo alrededor es suave y bello, y el «Norma» mismo, en armonía con la escena, se balancea como un blanco cisne, perezoso y grácil. Así es sobre cubierta. Debajo de ella un mareo que da lástima, hedor de la sentina, y las inevitables incomodidades de un pequeño paquebot.

31. Han pasado tres días sin que haya ocurrido nada notable, excepto de que todos empezamos a sentir el cambio de la temperatura. Los pasajeros siguen sufriendo las diferentes fases del mareo.

Empezó el día, esta mañana, con una agria disputa con pretexto de las loterías cubanas, promovida por dos caballeros, dis-

puta que terminó con palabras, quizá muy merecidas, pero un tanto duras; mas a la hora de comer hallábanse en amigable entretenimiento preparando una enorme sopera de gazpacho, que es una especie de ensalada compuesta de pan, aceite, vinagre, rodajas de cebollas y ajos, y el más gordo de los dos amigos afirma que en tiempo de calor un plato de gazpacho le hace sentirse tan fresco como una rosa. Debe ser, sin duda, el caballero, un perfecto ramillete.

¡Con qué revuelo empiezan las primeras horas de la mañana en nuestro camarote! Cerca de veinte voces, en español, alemán, italiano y en mal inglés, van, por grados, subiendo de tono. De un camarote vecino asoma la cabeza *Nid d'oiseau*: «¡Camarero, un vaso! ¡Aquí no hay agua!». «¡Voy, señor, voy!». «¡*Caramba*, mozo!». «¡Voy, señor, voy!». «¡Camarero, agua y toallas!». «Tenga, señor». «¡Amigo! ¿Cómo está el viento?». (Este es el despertar del *Señor Ministro*, asomando la cabeza de la litera poco menos que sofocado). «¡Mozo, mozo!». «Sí, señorita». «¡Venga y vea "esto"!». «Lo arreglaré, señorita»; etc.

1.° de noviembre. Viento bonancible, después de una noche de bochorno, y muchas esperanzas de ver los bancos de las Bahamas el domingo. Empieza ahora a subir la mayor parte de la gente para arrastrar sobre cubierta su aniquilamiento y la palidez de sus rostros. *Madame* Albini tiene un timbre de voz tan dulce, especialmente cuando habla con el acento de su *bella Italia*, que es un placer el escucharla. He pasado todo el día leyendo, con distraída atención, *Les Enfants d'Edouard*, de Casimiro Delavigne, a Wáshington Irving; *Curiosities of Literature*, de Disraeli, etc., y es cosa más que singular que mientras que a bordo se encuentran en relativa abundancia libros ingleses y franceses, no veo más que uno o dos volúmenes descabalados en español, no obstante que estos paquebotes están siempre llenos de pasajeros de dicha na-

cionalidad, que van y vienen. ¿Será porque les tiene sin cuidado leer, o bien se les dedica menos atención que a los pasajeros franceses y americanos? Quiero creer que Cervantes, Lope de Vega, Calderón o Moratín son más dignos de que se les compre que muchas de las vulgares novelas que aquí me he encontrado.

3. Ayer sopló un viento suave, como en una mañana de verano. Un pajarito vino volando hasta el barco. Hoy el viento ha virado en redondo, pero el tiempo sigue siendo agradable. El mar está cubierto por multitud de pequeños peces voladores. Apareció una inocente tromba marina que murió al nacer. Mr. X, el cónsul, me ha contado cómo es agradable la vida de sociedad… ¡en las isla Sandwich! Magnífica puesta de sol, cuya contemplación vale por todos los inconvenientes del viaje. El cielo estaba cubierto de nubes negras con perfiles de plata, cercadas por una gama de colores: azul intenso, blanco aborregado, rosa, violeta y anaranjado. El firmamento está ahora tachonado de estrellas, y son muchas las que atraviesan el espacio como si fueran mensajeras de luz, que fulguran y desaparecen, cual sí se hubieran extinguido.

Es pertinente leer en el mar la historia de Colón; pero mucho más en estos mares, por los cuales él navegó con incertidumbre, en angustiosa esperanza y fe inquebrantable, y advertir los indicios que el noble marino observó en estas latitudes: la suave serenidad de las brisas; el claro azul de los cielos; el brillo y copia de estrellas; las algas marinas del golfo, siempre a la deriva, siguiendo la dirección del viento; los pajarillos de la tierra firme que vienen como presagio de buenas noticias; el menudeo de estrellas fugaces, y la multitud de peces voladores.

Cuando se cierran las sombras de la noche alrededor, y el cielo tropical refulge con la luz de innúmeras estrellas, la imaginación

nos transporta hasta aquel siglo que se encumbra por encima de otras edades pretéritas, en comparación, sin huellas perceptibles, y contemplamos, como en una visión, el Descubridor de un Mundo, erguido en el puente de su carabela, que se desliza sobre las desconocidas, misteriosas y desoladas aguas, fija su mirada alerta hacia el Oeste, a igual que un persa observando con ansiedad surgir a sus dioses, creído de que su estrella debía de salir por donde el dios del día se oculta. Le vemos llevando su mirada a la primera raya negra que separaba la inmensidad de las aguas del azul del firmamento; porfiando por penetrar en las tinieblas de la noche, y, no obstante, esperando con paciente fe que el nuevo amanecer le ofreciera la vista de las por tanto tiempo deseadas playas.

6. Durante tres días, tres largos y desagradables días, el viento, con sorprendente constancia, ha continuado soplando de proa. En los días idos ¡cuántos altares dedicados a Eolo no hubieran humeado! Ahora, nada de ofrendas propiciatorias a las fuerzas ocultas, si se exceptúan las siempre en aumento bocanadas de humo de los confortantes cigarros puros. Abundan, sin embargo, los indicios de tristeza entre los pasajeros. Todos se han ceñido airadamente un pañuelo de seda en la cabeza, cuyos picos les cuelgan sobre sus narices, y que les da una expresión iracunda. Las barbas están sin afeitar, y una pátina ennegrecida cubre los semblantes de color de limón, en los que se advierte, en ocasiones, un gesto agrio de desafío, de tal modo que el dueño de las barbas podría exclamar, con Julieta: «¡No hay remedio, esperanza ni socorro para mí!».

7. Un golpe repentino de viento, acompañado por torrentes de lluvia, muchos truenos y zigzagueantes rayos, rompió la monotonía del buen tiempo. El barco se balanceó de un lado a otro, como un borracho, y los pasajeros, de acuerdo con la costumbre en semejantes casos, empezaron a ejecutar diversas e involuntarias evoluciones; describían ángulos rectos, y se resbalaban, o daban vueltas en redondo, o rodaban por la cubierta, como si Oberón soplara en su cuerno mágico en medio de los rugientes vientos, mientras los camareros, igual que el «hombre bueno» de Horacio, caminaban imperturbables en medio del naufragio de la vajilla y de la caída de los platos. Arrojados de nuestro reducto en la cubierta, amontonados sin discriminación debajo de ella, como higos en caja; «revolcados en el lodo» —diría Carlyle— «como un egipcio domador de serpientes», cerradas todas las lumbreras del camarote, intentamos tomar las cosas con frialdad a pesar del calor sofocante. Hay un niño a bordo que, sin duda alguna, está poseído, no por algún demonio vivaz y malicioso, un *diable boiteux*, sino por un duende molesto, estúpido y perverso, que le inspira el deseo de atormentar a cuanto ser humano se le acerca. Si se escapa de que alguien le arroje por encima de la borda, será un indicio de la maravillosa paciencia de los pasajeros.

8. El tiempo es excelente, pero el viento, inexorable, y los pasajeros, con los pañuelos amarrados a sus cabezas, parecen más desesperados que nunca. Algunos permanecen abatidos en los rincones; otros pelean con sus vecinos, encontrando en ello una válvula de seguridad por donde se les escape la cólera.

9. El viento no cambia; sin embargo, los caballeros se han animado quitándose los pañuelos de la cabeza, y se han afeitado, como avergonzados de su impaciencia de seis días y dispuestos a acostumbrarse a la vida de mar. Esta mañana vimos tierra; una larga y baja cadena de colinas de la isla de Eleuteria, en donde hacen sal y abundan los negros. Ni la sal ni los negros eran perceptibles a la simple vista, sólo el perfil gris de las colinas confundiéndose con el mar y con el cielo; pasando de un rumbo a otro todo el día, nos encontramos al anochecer precisamente frente a la misma isla. Hay pájaros de mal agüero a bordo que nos aseguran que han tardado treinta y seis días entre Nueva York y *la joya más preciada de la Corona de España*.

Por mi parte, no siento impaciencia, ya que no es de mi agrado cambiar de lugar cuando éste es tolerable, y el aire es tan fresco y embalsamado, que se diría que viene de un paraíso de dulzuras, de alguna tierra de fragantes especias. También está el mar como un espejo, y he leído «El Pirata», de Marryat, por primera vez.

Y así nos encontramos a las ocho de la noche, con un viento moderado de proa, navegando en zigzag entre Eleuteria y Abaco. En el puente, la hermosa viuda descansa en una mecedora, rodeada de sus compatriotas, que hablan de azúcar, melazas, chocolate y de otros tópicos de su tierra, así como de las excelencias de Cuba, comparadas con las de los demás países del mundo conocido. *Madame* Albini estudia su papel de Isabel en la ópera de Roberto Devereux, que piensa poner en La Habana, pero los crujidos del «Norma» ofrecen un triste contraste con la armonía. Un joven alemán, pálido, en bata y pantuflas, estudia a Schiller. Un ingenuo jovenzuelo examina con atención los elegantes rasgos de una esquela, que parece ser algo así como el último *billet doux* de alguna modistilla. El pequeño *possedé* quema papel de estraza a una pulgada de las cortinas de la cámara, mientras el mozo trata de evitar un incendio. Otros van cayendo po-

co a poco en sus literas, como las nueces cuando están maduras. De este modo todos vamos siguiendo el curso de nuestras preferencias.

9. ¡Viento por la proa! Me consuelo con *Cinq-Mars* y *Jocobo Faithful*. Pero el tiempo es delicioso. Una luna adolescente en cuarto creciente, cual una reina en su menor edad, resplandece como un alfanje en la faz de la noche.

Hacia el atardecer, el deseado faro de Abaco (construido por los ingleses) mostró su caritativa y girante luz; pero nuestra nave, como Penélope deshace por la noche lo que ha hecho en el día, y su derrota es para atrás, como el cangrejo. Un viento terral nos envía un delicioso perfume de violetas.

10. Viento favorable. La buena nueva ha sido anunciada por la Albani, *toute rayonnante de joie*. Viento favorable y un mar brillante y azul, brisas suaves y refrescantes, la espuma de las olas, y el barco avanzando con gallardía sobre las aguas. Nuestro viaje habrá sido hasta ahora fastidioso, pero que el tiempo ha estado encantador, esto debe confesarlo hasta el más acérrimo amante de la tierra firme.

Domingo en el mar, y aun cuando no se escucha el toque de las campanas ni se oyen cantar los himnos, el cielo azul y el azul del océano forman un grandioso templo en el que, después que fueron echados los cimientos del mar y de la tierra, «El *un* día emite palabra al *otro* día, y la *una* noche a la *otra* noche declara sabiduría».

Esta mañana nos aproximamos a las islas de Berry, roqueñas y estériles, como lo enseñan los textos de geografía. Una de estas islas pertenece a un negro, que la compró por cincuenta dólares,

baratísima compra de una soberanía. Allí viven él, su mujer y sus hijos, ¡con sus esclavos negros! Cultivan legumbres que venden en Nueva York, o a los diferentes barcos que pasan por esa ruta. De haber sido favorable el viento, nos habrían enviado, probablemente, un bote con legumbres frescas, pescado y frutas, todo lo cual hubiera sido muy bien recibido. Advertimos, no lejos de la playa, los restos de un buque de dos mástiles; triste cuadro para aquellos que pasan por las mismas aguas y ven

«Un barco intrépido,
que traía, sin duda, noble gente,
¡hecho pedazos!».

¡Un barco que llevaba criaturas de Dios! ¡Tan sólo esto! Yo soy como Gonzalo: «prefiero morir de muerte seca».

Ahora estamos en los bancos de las Bahamas; muy clara y azul el agua, con la crema de su espuma que parece crecer sobre perlas y turquesas. Una goleta inglesa de guerra, de poco bordo, se dirigió hacia nosotros navegando a toda vela, sospechando, sin duda alguna, que éramos negreros; pero sometidos a la prueba del catalejo, el capitán, a lo que imagino, se dio cuenta de que a bordo el color que abunda, en general, es el de limón y no el negro, y dejó de perseguirnos.

Estamos en la tarde en los Bancos. Sería difícil imaginar una escena más plácida y amable. En completa calma, las velas a todo trapo, y el cielo como si poco a poco le comenzaran a rociar de estrellas de plata. El firmamento azul, sin una nube, excepto por donde el sol acaba de ponerse; el último destello carmesí se ha hundido en el mar tranquilo dejando un largo cortejo de nubes con los colores del arco iris, de rojo intenso teñido con brillante plata, ya fundido en gris y en un pálido vaporoso, al disiparse.

Avanza el barco con la majestad de un cisne. El agua, de color azul turquesa, cubierta de nacarada y clara espuma, y tan transparente que pueden verse las grandes esponjas en el fondo. Cada minuto echan la sonda:

«¡Por la marca, tres!». «Por la marca, tres menos un cuarto». «Por la marca, dos y medio» (es decir, quince pies, y el barco cala trece), dos pies entre nosotros y el fondo. El marinero canta las brazadas como si fuera el motete de un himno de corto metro, con el lastimoso tono de un sacristán de parroquia. Cuánto mejor si fuese *Madame* Albini la que cantara, y no él. «Por la marca, tres menos un cuarto». Y al arrullo de esta canción, que sola rompía el silencio de la noche, me quedé dormida. El capitán pasó la noche en ansias, buscando unas veces las luces de los Bancos, otras en el timón, o bien echando él mismo la sonda.

> «Porque deben algunos velar mientras los otros duermen:
>
> »Y así el mundo avanza».

11. Hermosa mañana y buen viento. Cerca de las ocho dejamos los Bancos. A esta misma hora observamos que el marinero que sondeaba, después de cantar cinco, luego seis, y a los pocos minutos, siete, repentinamente ya no encontró fondo, como si de las orillas del Banco hubiéramos caído en un abismo.

Un capitán, compañero del nuestro y su huésped, me decía esta mañana que él fue quien mandó el barco que llevó al gobernador Mac Lean y a su esposa al Castillo de la Costa del Cabo… ¡desafortunada Letitia Elizabeth Landon! No me parece en manera alguna sorprendente que las pócimas que ella tomó sin que le hicieran daño en Inglaterra, le hayan resultado fatales en un clima tan funesto.

Toda la mañana nos ha acompañado un grande y hermoso buque, navegando a toda vela, el «Orleans», su capitán Sears, con destino a Nueva Orleans… Una larga cadena de rocas que forman semicírculo está a la vista; algunas de forma redonda; una, llamada «la cabeza de la muerte»; otra tiene figura de tortuga, y algunas alcanzan dos o tres millas de largo. En la punta de una de ellas los ingleses están construyendo un faro.

12. Nos encontramos frente al Pan de Matanzas; a unas sesenta millas de La Habana. La impaciencia es general, pero la brisa nos bambolea de un lado para otro y avanzamos poco. Este día, como todos los últimos días que se pasan a bordo, ha sido por demás tedioso, no obstante que la vista de la costa se hace a cada momento más interesante. Se nota entre los pasajeros una unánime actividad para asearse: algunos se afeitan; otros sumergen sus cabezas en palanganas de agua fría. Así debió verse el Arca de Noé cuando no regresó la paloma, y los pasajeros se preparaban para saltar a *terra firma* después de un viaje de cuarenta días. Nuestro Monte Ararat era el Castillo del Morro, que, tétrico y ceñudo, hizo su propia presentación a las seis, p. m.

Nada más sorprendente a primera vista que esta fortaleza levantada sobre las duras rocas, con sus torres almenadas; pero aquí, para recordarnos la latitud, unos emplumados cocoteros crecen entre las hierbas que cubren las orillas cercanas al castillo. A su lado, cubriendo una considerable extensión de terreno, está la fortaleza llamada La *Cabaña*, pintada de color de rosa, y blancas las esquinas de sus baluartes.

Pero hay demasiado que ver por ahora. Le he de poner punto final a mi carta en La Habana.

Al entrar anoche en esta hermosa bahía, todo nos pareció extraño y pintoresco a la vez. Los soldados de la guarnición, la cárcel construida por el general Tacón, la irregularidad de las casas con sus fachadas pintadas de rojo o de azul pálido, que se adivinan frescas, mas, al mismo tiempo, con una apariencia de abandono producida por la falta de vidrios en las ventanas; los buques mercantes y los grandes barcos de guerra; navíos procedentes de todos los puertos del mundo que comercia; los pequeños botes que se deslizan entre las embarcaciones, con sus velas blancas como la nieve; los negros en los muelles… nada es europeo. Hacía mucho calor, el de un día de julio, y el aire no refrescaba.

Nos íbamos acercando al muelle, y crecía por momentos el bullicio y el ruido. Con todos los pasajeros sobre cubierta, y apenas anclados, vimos varios botes que venían hacia el «Norma». El primero trajo a un oficial con los respetos del Capitán General para Su Excelencia, acompañados de las más cumplidas demostraciones para ofrecerle sus servicios; en el segundo llegó el *Administrador* del *Intendente* (el conde de *Villanueva*), con iguales pruebas de cortesía; el tercero trajo al dueño de la casa en la que ahora nos encontramos y desde donde os menciono estas particularidades; vino en el cuarto, la Compañía de Ópera Italiana que se dejó caer al unisono en los brazos de la Albini; en el quinto, los prosaicos empleados de la Aduana; en el sexto, un conde y un marqués de La Habana, y en el séptimo, la familia del general *Montalvo*. Finalmente, fuimos izados por sobre la borda del buque en una silla para dejarnos en la lancha de la Capitanía, y llevados a remo hasta el muelle. Ya casi oscurecía cuando llegamos y bien poco pudimos ver de la ciudad, y porque, además, nos llevaron a nuestro destino en una volante. Sólo pudimos observar la estrechez de las calles, las irregularidades de las casas, muchos negros y que la volante es un vehículo muy chistoso,

que visto por atrás parece un insecto de color negro de alta coraza, y cuyo postillón es un negrito montado en un caballo o mula, con un enorme par de botas y un uniforme de fantasía.

La casa en que nos encontramos alojados, gracias a la hospitalidad de la familia *Hechavarría*, ofrece desde las ventanas que ven a la bahía, la vista más variada e interesante que se puede imaginar. Como ésta es la primera casa de estilo español en que he entrado, debo describírosla antes de irme a dormir.

La casa forma un gran rectángulo, con su patio a la entrada, a cuyo alrededor se encuentran las oficinas, los cuartos de los negros, la carbonera, el baño, etc., y en medio del mismo patio, las volantes. Se suben las escaleras y se llega a un largo corredor que circunda toda la casa. Se pasa a la *sala*, amplia y fresca habitación, de piso de mármol, mesas, *chaises-longues* de mullidos cojines, sillas y sillones de junco. Un cortinaje de muselina blanca y seda azul divide esta sala de otra más pequeña, que ahora se ha convertido en mi vestidor, bellamente arreglado, con una mesa tocador de estilo gótico, un escritorio de caoba incrustado, mesa de centro de mármol, y consolas, finos espejos, sofás y sillas de junco, y el papel de la pared en verde y oro. Otra cortina de muselina blanca y seda color de rosa separa esta salita del dormitorio, decorado, asimismo, con toda clase de elegancias. Las camas, francesas, con colchas de seda azul, el blanco mosquitero y delicados los encajes. De un lado, otro cortinaje separa este cuarto del corredor, éste a su vez se comunica con otros que dan la vuelta a toda la casa. Los pisos son de mármol o de estuco; las vigas transversales de los techos, de color azul pálido, y el conjunto da una sensación de agradable frescor. Todo es hermoso, sin ser chillón, y adaptado admirablemente al clima. Los cuartos de dormir, oscuros y frescos, carecen de ventanas, mientras que las de los salones arrancan desde el suelo con verdes persianas que permanecen cerradas hasta la noche.

Los mosquitos empiezan su canción nocturna, señal que ya es hora de apagar las luces. La luna resplandece en la bahía, y se oyen los desmayados acordes de una lejana charanga y el monótono y triste, mas no desagradable, chapoteo del mar. Y con estas armonías me voy a dormir.

CARTA II

La aristocracia de La Habana.—«Lucía de Lammermoor».—La Rossi y Montrésor.—Bergantín de guerra.—Condesa de Villanueva.—Cena en casa de Hechavarría.—Vientos del Sur.—Vista desde el balcón.—La *Quinta* del conde de Villanueva.—San Cristóbal.—Misa en San Felipe.—Un arpa de Erard.—Cena en casa del general Montalvo.—Un postre en La Habana.—Cumpleaños de la Reina de España.—Comida en la Intendencia.—La Pantanelli.—Teatro de Tacón.—Ferrocarril.—Curación por medio del rayo.—Baile en casa de la condesa de Fernandina.—Última *visita*.—*Souvenirs*.

15. Contábamos de antemano con esta hospitalidad y recibimiento, pero lo cierto es que la realidad ha superado a cuanto podíamos esperar, y que los últimos días han transcurrido en medio de tal cantidad de fiestas, que no me ha quedado un momento para escribiros. En casa hemos recibido a lo más distinguido de la ciudad de La Habana. Condes, marqueses y generales con estrellas y cruces, han entrado y salido desde que llegamos. No pretendo formar ningún juicio acerca de La Habana. Todo lo hemos visto demasiado en *beau*.

Anoche tuvimos tiempo para ir al teatro. Daban «Lucía de Lammermoor». La *prima donna*, La Rossi, tiene una voz muy dulce, canta con afinación y gusto, es graciosa en sus movimientos, pero, por desgracia, a su voz le falta volumen. No obstante, carac-

teriza bien su papel, y coincide del todo con mi propia idea de la pobre Lucía, toda devoción y traspasada de dolor, física y moralmente débil. A pesar de que el argumento ha sido alterado y que, por lo tanto, no existe el mismo interés, ¡cuánta gracia en la música!, ¡tan agradable y tan llena de melodía! La orquesta es buena, formada de blancos y negros, como las teclas de un piano, mezclados en armoniosa confusión.

El teatro es notable por su belleza y buena ventilación, y nos sorprendió el aseo y la compostura de las galerías. Todos los asientos son butacas tapizadas de cuero rojo, y se encontraban ocupadas por gente bien vestida.

Al final del primer acto fuimos al palco de la condesa de Fernandina, para corresponderle la visita que me había hecho en la mañana. Nos pareció muy agradable e inteligente, y su porte, de irreprochable elegancia. Estaba vestida de raso color hoja seca, con grandes perlas. Al final del segundo acto se enfermó Lucía, no se cantó la última aria, y su sepulcro fue traído al escenario sin más ceremonias. Montrésor, el Ravenswood de la obra, presentóse en escena, cantó y se dio de puñaladas con enorme entusiasmo. Es una lástima que esté perdiendo la voz, cuando todavía le quedan gusto y sentimiento para cantar. El aspecto general del teatro es enteramente francés. Los palcos son privados, es decir, de propiedad particular; pero no están cerrados, lo que, en este clima, resultaría sofocante. A la salida pasamos en medio de una larga fila de soldados. Esta súbita transición de la tierra yanqui a esta tierra española de militares y de negros, es como un «sueño».

El Comandante del Apostadero nos visitó hace algunos días, y nos informó que se encuentra aquí un bergantín de guerra destinado para llevarnos a Veracruz.

Entre las señoras que me han visitado, ninguna me ha parecido tan encantadora como la condesa de Villanueva. Su voz es agradable, afectuosos y desenvueltos modales, de expresión bella

por lo bondadosa, ojos vivos y bellos dientes, y su manera de vestir, de sobria riqueza. Aquí todo el mundo la quiere. Casi todas las mañanas he recibido de ella un ramo de las flores más hermosas de su quinta: rosas, claveles, heliotropos, etc. La comida de hoy, en casa de los Hechavarría, resultó una fiesta perfecta. Me senté entre el conde de Fernandina y un millonario, el conde de Santovenia. Cada servicio se hizo en vajilla francesa de blanco y oro, que en este clima se ve particularmente fresca y bella. Se encontraban allí el conde de Peñalver y su hermano; este último muy caballeroso e inteligente, con mucho gusto para la música y cuya hija es una notable cantante y una persona encantadora. De acuerdo con la costumbre, nos levantamos después de la comida y pasamos a una habitación contigua, en tanto que preparaban los postres, que consistían en todos los dulces habidos y por haber, con frutas, helados, etc. Todavía no me acostumbro al gusto de estas frutas. Son, es cierto, productos de la naturaleza de aspecto maravilloso y delicioso sabor, pero no me parece natural comer huevos, natillas y mantequilla de los árboles.

Hoy el calor es terrible y sopla un viento del Sur sofocante, y si las casas no estuvieran construidas como están, no se podría soportar. La comida nos fue servida en la fresca y espaciosa galería.

Después de comer se levantó don Pedro de Hechavarría dirigiéndose a Calderón, y pronunció una improvisación poética, conmemorando la última victoria de Espartero y felicitando a Calderón por la misión que va a desempeñar en la República Mexicana. Estuvimos después un rato en el balcón, en donde soplaba un aire delicioso, gracias a una inesperada fresca brisa de la tarde. Un gran buque con velas desplegadas y varias embarcaciones pasaban frente al Morro, y en la muralla, negros con las piernas desnudas iban y venían cargando fardos… y en las volantes, mujeres de ojos negros, lujosamente vestidas, desnudos los brazos y con flores en la cabeza, a las que galanteaban unos soldados

españoles muy bizarros y bien vestidos, con una libertad de dicción hasta cierto punto tolerable… Nos visitó el Capitán General.

En la tarde salimos para ir a visitar a la condesa de Villanueva en su hermosa quinta, a corta distancia de la ciudad, y paseamos por el jardín a la luz de la luna, entre flores y surtidores de agua. El condesito es ya gentilhombre de la Reina y doña Cristina le ha enviado una llave de diamantes en señal de aprobación a los servicios de su padre. Estos retiros campestres son muy amenos, en contraste con las estrechas calles de la ciudad y su aire viciado… Vimos en la quinta un buen grabado de la Reina Victoria, con la duquesa de Sutherland y *Lady* Normanby.

17. Ayer, desde los balcones de la Intendencia, vimos el paso de la procesión de San Cristóbal, patrono de la ciudad. La Intendencia es un edificio hermoso y grande, y se encuentra en la Plaza de Armas, lo mismo que la Capitanía General. Negros y negras llenaban la plaza, todos vestidos de blanco, ellas con muselina blanca y mantillas de blonda, enmarcado y haciendo resaltar la negrura de sus rostros.

La procesión, en la que iban muchos frailes y sacerdotes, era precedida por dos regimientos, con excelentes bandas de música. Una enorme imagen de San Cristóbal, con musculosas y doradas piernas, rodeado de ángeles pintados de oro hasta la punta de las alas, era llevado en andas al son de la música de «Suoni la tromba», a la que habían adaptado la letra de un himno en loor de la Libertad.

Por la mañana oímos misa en la iglesia de San Felipe, y entramos, conforme a la costumbre, precedidos por un lacayo negrito, que llevaba una pequeña alfombra. Había poca gente en la iglesia, pero suficiente para ofrecer un aspecto pintoresco. Las

caras de las negras, con sus mantillas blancas y sus zapatos de raso blanco; los trajes negros de seda y las negras mantillas de encaje de las damas habaneras, de blancos rostros y ojos negros, con sus negritos de librea, de pie detrás de ellas; los oficiales, la música, los sacerdotes de largas barbas, todo ello causaba un gran efecto.

A mi regreso encontré una excelente arpa de Erard, que me ha sido enviada por la marquesa de Arcos, una bella mujer, y Creso del sexo femenino.

Hoy el general Montalvo dio en honor nuestro una espléndida recepción. Su casa es amplia y fresca; la comida, como es costumbre, fue servida en la galería y, no obstante que había noventa y siete invitados y otros tantos camareros negros, el calor no fue molesto. Las joyas de las señoras eran magníficas, especialmente los diamantes de la familia Mirasol; collares, aretes, verdaderamente bellos. La marquesa de Arcos ostentaba un juego de esmeraldas del tamaño de un huevecillo cada una. Tiene una hija muy linda y graciosa, de ojos bellísimos. Hasta los hombres se veían cubiertos de diamantes y rubíes.

Los postres fueron una verdadera curiosidad, por lo variados y abundantes. Vasos inmensos y candelabros de alabastro fueron colocados sobre la mesa, así como centenares de fruteros y bandejas llenos de dulces y frutas; dulces de la más variada descripción, desde el pequeño merengue, llamado «bocado de reina», hasta el manjar blanco hecho de *suprème de volaille* y leche.

Después de la comida se brindó a nuestra salud y se dijo otro discurso poético. Y todo concluyó con música y contradanzas habaneras.

20. Ayer nos ofrecieron un banquete en la Intendencia, por ser el cumpleaños de la Reina de España. La casa, por su tamaño, es un palacio, y sus habitaciones, innumerables. La comida estu-

vo muy elegante y el postre fue servido en otra sala, y como siempre, nos llamó la atención por lo profuso y variado.

Don Bernardo de Hechavarría brindó a la salud de Su Majestad, y lo hizo tan a tiempo que el final de su brindis coincidió con las salvas de ordenanza que todos los cañones de los fuertes hacen al ponerse el sol. Todos brindamos con verdadero entusiasmo y de todo corazón. De acuerdo con la costumbre española, la aristocracia *se tutoient*, y se llaman entre sí por sus nombres de pila; además, casi todos son parientes, por casamientos dentro de las mismas familias. Se puede dar uno cuenta de que una persona es de rango inferior, con sólo advertir el excesivo respeto con que le tratan.

Por la noche estuvimos en el balcón. La escena era bellísima, hacía más bien calor, que nos pareció delicioso por lo suave de la brisa. Salió una luna tan brillante como sí fuera un sol resplandeciendo a través de un velo de plata. Se recortaban las siluetas de las gentes paseando en la plaza, bajo los árboles, mientras que dos bandas, con sus instrumentos y faroles, tocaban en turno a Mozart y a Bellini. Sentimos dejar un espectáculo tan ameno para ir al teatro, adonde llegamos a tiempo de oír cantar un *aria* a la Pantanelli, ataviada de túnica y casco, y para ver *La Jota Aragonesa*, que bailaron dos hermosas jóvenes españolas con mucha propiedad.

Una noche fuimos al Teatro Tacón, al palco del Capitán General. Es, sin duda, un espléndido teatro, grande, ventilado y hermoso. Representaban la obra «El Campanero de San Pablo», que si bien gustó a la mayoría, me pareció complicada y poco natural, con una o dos escenas interesantes. El mejor de los actores fue el que representó el papel de ciego. La principal actriz es una dama ya entrada en años, todo gordura y hoyuelos, y mientras que de su pecho oprimido salían continuamente sollozos, su cara mantenía una eterna y fingida sonrisa. Fue un alivio ver bai-

lar un bolero por dos damiselas españolas, vestidas de negro y plata.

23. Mañana saldremos en el «Jasón», siempre que el viento no disponga lo contrario. Las visitas, las comidas y las fiestas han absorbido de tal manera nuestro tiempo, que el escribir ha sido casi imposible. Por la misma razón hemos visto bien poco de las afueras, y toda la gente que hemos conocido lo ha sido en traje de etiqueta, el cual no es el más apropiado para juzgarlos con justicia. Una mañana, sin embargo, la dedicamos a visitar las obras emprendidas por el Intendente: el ferrocarril y los filtros para hacer el agua potable. El Intendente, la Condesa y un grupo de amigos nos acompañaron.

El ferrocarril corre a través de campos llanos y más bien monótonos; no obstante, la cantidad de flores silvestres, que en su mayoría parecen pertenecer a la especie de las enredaderas, o al menos así nos pareció al pasar; los naranjos, los grupos de palmas y cocoteros, los plátanos de hojas gigantescas, los cafetos de verde frescor, los campos de caña de un verde todavía más brillante, los negros semidesnudos, las chozas de madera, y más que nada, el sol abrasador en pleno mes de noviembre, todo era nuevo para nosotros y motivo suficiente para recordar las leguas que habíamos recorrido por el océano, a pesar de que esto es sólo un alto en nuestro viaje.

Nos divirtió mucho oír en el pueblo en donde se detuvo el tren, la historia de un hombre gordo y de aspecto saludable, que fue curado por un rayo de la manera siguiente: Se encontraba en la última fase de una enfermedad, cuando una calurosa mañana de julio le derribó un rayo; una bola de fuego que le entró por un costado, atravesó su cuerpo y le salió por un brazo. En el sitio por donde le salió la bola se le formó una úlcera, y cuando sanó

de ésta se encontró en perfecta salud; la que ha seguido disfrutando desde entonces. En estos caso, el «rayo embotellado» que pedía la señora Nickleby ha de ser un remedio seguro.

Claro está que no podía yo salir de La Habana sin antes dedicar una mañana a ir de compras. Las tiendas son conocidas por los nombres más seductores: «Esperanza», «Maravilla», «Deseo», etc. Las modistas francesas parecen aprovechar bien el tiempo, pues piden precios muy respetables por su trabajo. Los dependientes llevan sus mercancías hasta la volante, pues no es bien visto que las señoras entren a las tiendas, aunque yo hice uso de mis privilegios como extranjera para violar la regla en varias ocasiones. La seda y el raso, carísimos; encajes y muselina, muy razonables, fueron el resultado de mis Investigaciones; pero éstas sólo duraron dos horas, y mis únicas compras de importancia fueron la indispensable mantilla y un par de aretes. Doy, pues, mí opinión, con la debida reserva.

Puedo hablar con mayor conocimiento de causa acerca del baile que anoche nos dio la condesa de Fernandina y que fue verdaderamente magnífico. Echaron la casa por la ventana: la cena fue espléndida; profusión de refrescos, con la presencia de toda la alta aristocracia de La Habana; diamantes en todas las mujeres, joyas y condecoraciones en todos los hombres, magníficas arañas y espejos, y una excelente banda de música tocaba en el corredor.

El Capitán General fue el único que asistió con traje de paisano. Estuvo encantador e hizo gala de su buen francés. Por cada contradanza hubo cerca de cien parejas; pero las habitaciones son tan amplias y la iluminación tan bien dispuesta, que no se sentía el calor. Valses, cuadrillas y esas interminables danzas españolas, se sucedieron unas tras otras. Casi todas las muchachas tienen bellos ojos y linda figura, pero les falta color y viveza. Los diamantes más hermosos eran los de la condesa Fernandina, especialmente su collar, que era «indiscutible».

Paseando por los salones después de la cena, nos divertimos viendo cómo los negros y las negritas se atiborraban de dulces, descorchando y bebiéndose el Champagne, devorando cuanto podían de las mesas, sin importarles en lo más mínimo la presencia de sus dueños; de hecho se conducían como niños mimados, seguros de antemano de su benignidad…

Clareaba, cuando nos llevaron, escaleras abajo, a una larga fila de cuartos, que contienen una biblioteca de varios millares de volúmenes y donde nos sirvieron café, pasteles, etcétera, presentados en hermosas vajillas de Sèvres y de oro. Nos retiramos a los acordes del himno nacional de España, que se inició al pasar por el corredor.

De no soplar el viento del Norte, el temible *Norte*, zarparemos mañana; mientras, el día se nos ha ido en recibir visitas. También fuimos al teatro, donde todo el mundo nos pronosticó que no hemos de salir mañana. Representaban «Le Gamin de Paris», en español. A la salida devolví —muy tardíamente— la visita a la familia Peñalver, que vive junto a nosotros, y ahora, a las dos de la mañana, termino mi carta casi dormida. Nos han enviado muy bonitos *souvenirs*; entre otros, el del conde de Santovenia, que acaba de enviarle a Calderón una réplica del Palacio de Madrid, que es una de las más bellas e ingeniosas piezas de artesanía que pueden imaginarse. Está esculpido en madera, con una exactitud y delicadeza sorprendentes.

Mi próxima carta será fechada a bordo del «Jasón».

CARTA III

Salida en el «Jasón».—Capitán español y oficiales.—La vida a bordo de un barco de guerra.—*Balances*.—Pesca.—«*Le petit tambour*».—Cocoteros.—Un Norte.—Proverbio español.—El Pico de Orizaba.—Teoría y realidad. —*Norte chocolatero*.—Vientos contrarios.—Cadena de montañas.—Goleta.

Jasón, 24 de noviembre.

Esta mañana, a las seis, nos desayunamos con el capitán Estrada, comandante del «Jasón», en la casa de Hechavarría, y como el viento era favorable, nos fuimos un poco después al muelle, en volantes, acompañados de nuestro hospitalario anfitrión y de algunos conocidos. Entramos a la lancha, miramos por última vez la Capitanía General y la Intendencia y La Habana misma, en donde llegamos como extraños, y la que ahora, en quince días, empezaba a aparecernos bajo un aspecto familiar y veíamos con interés, por la sola fuerza de la simpatía humana. Y una vez llegados al buque, unos marineros en fila, formados para recibirnos, presentaron armas cuando entramos. La mañana estaba hermosa; poco viento, pero favorable. Nos despedimos de los amigos, y ondearon nuestros pañuelos devolviendo las señales de adiós que desde los balcones nos hacían personas que apenas podíamos reconocer. Pasamos a los pies de la roja Cabaña y del imponente

Morro. Y otra vez sobre el mar profundo; atrás un recuerdo, enfrente de nosotros una esperanza.

Nuestro *bergantín* es un hermoso navío, de veinticinco cañones, cinco oficiales, un médico, capellán, un contador y ciento cincuenta hombres. Encontramos al comandante muy atento, un caballero a carta cabal, como la mayor parte de los de su clase, y aun cuando muy joven en apariencia, tiene ya veinticinco años de servicio.

25. El tiempo, delicioso, y el buque avanza a razón de cinco nudos por hora. Claro está que las comodidades de un bergantín que no se halla destinado a llevar pasajeros, son limitadas. Hay una cámara grande para los oficiales, separada por otra más pequeña, que pertenece al capitán y que éste nos ha cedido.

A las siete se levanta Calderón, y a las ocho, un guardia marina, transformado en paje de cámara y que nos llevaremos a México de portero, nos trae un delicioso chocolate. Viene después el asistente del capitán, un individuo con cara de mártir, pálido, flaco, desgarbado, con aire de pastor metodista y cuyo aspecto hace pensar en una mala hierba que hubiese crecido en una noche. Temblando, horrible de ver, nos trae un pequeño plato de azucarillos. Una vez que estos tipos raros han salido del camarote, empiezo a vestirme, operación no exenta de dificultades, que llevo a cabo *tant bien que, mal*, y lanzándome después escaleras arriba armada de libro y abanico, me estoy sentada en la cubierta hasta las diez, hora en que se deja oír el familiar y plañidero anuncio del asistente, de que ya está el almuerzo servido, y nos hace bajar de nuevo. Como el cocinero es francés, los *comestibles* son decididamente buenos, y si el artista pintara un poco menos al óleo y un poco más a la acuarela, en lo que a mí me pertenece,

gustaría mucho más de su estilo. Nos dan una gran variedad de pescados, carnes, aves, frutas, *dulces* y vinos.

Y los largos intermedios hay que llenarlos con la lectura, escribiendo o paseándose sobre cubierta, según el gusto de cada quien, o ingiriendo naranjada, o durmiendo, o bien inventar algún ingenioso recurso para matar el tiempo. A las cinco, la cena, acompañados solamente por el capitán y un oficial; y después de comer, de nuevo a cubierta hasta la hora de irse a la cama, paseando, o contemplando el cielo o el mar, o escuchar las canciones de los marineros.

26. Poco viento, pero un día tan abominablemente cruel por los *balances*, como les llaman, que dan ganas de tirarse por la borda para descansar de una vez. Todo se ha roto o se está rompiendo. Hasta los cañones vomitan las balas que se salen por su propio peso.

28. Hemos gozado de dos días de un tiempo perfecto, aunque muy caluroso, con un cielo azul, sin una nube. Estamos hoy en la Sonda y nos pusimos a *la capa* a eso del mediodía, para que pudieran pescar los marineros; perdimos cerca de una hora de buen viento, pero en cambio cogimos una cantidad asombrosa de peces de enorme tamaño. El agua era tan clara que podíamos ver los peces precipitarse hacia el cebo apenas éste caía en el agua. A veces un tiburón enorme partía a un pez por la mitad, dejando al infeliz entre Scilla y Caribdis. Llaman a estos peces *chernas* y *pargos*, y fueron declarados buenos a la hora de la cena. Al fin, un tiburón, con su voracidad insaciable, se tragó la carnada, y sintiendo el anzuelo clavado en su horrorosa mandíbula, se sacudía con todas sus fuerzas para desprenderse, sin poderlo conseguir. Doce

marineros le izaron sobre cubierta mientras sus abiertas fauces parecían buscar las piernas de los hombres que le clavaron un harpón en la garganta, poniendo así fin a la lucha. Dijeron que era un tiburón joven, quizás el hijo de unos padres cariñosos. Sin embargo, a este monstruo juvenil ya le habían salido tres hileras de dientes.

En la noche, sobre cubierta, nos solemos divertir con un joven tamborilero que congrega invariablemente a su alrededor a todos los marineros, y les cuenta largas e interminables historias que él mismo inventa y que ellos escuchan con profunda atención. Y una vez que ha empezado, sigue adelante sin titubeos, improvisando las cosas más inverosímiles y más maravillosas; caballeros y gigantes, hermosas princesas y encarceladas damiselas, y pobres campesinos que se convierten en grandes reyes. Es un muchacho más bien feo, vivaracho, de nariz arremangada, de ojos pícaros y boca risueña. Entre sus axiomas se encuentra el siguiente verso, que canta con gran expresión:

«Hasta los palos del monte
tienen su destinación:
Unos nacen para santos
y otros para hacer carbón».

29. Día hermoso, buen viento, calor fuerte, y más pesca. Por lo menos treinta grandes peces se pescaron esta mañana, así como un pequeño tiburón, el nieto de la familia, que en busca de algún bocadillo dio con prematura tumba. Hemos visto varios alacranes o escorpiones, pero nos dicen que no son ponzoñosos. El barco es el ejemplo verdadero de la limpieza. Ningún olor desagradable molesta nuestro olfato, lo cual constituye una singular ventaja sobre los buques de pasajeros. Esto y con todo el

barco solo para nosotros, la caballerosidad de los oficiales, tan amables y atentos, nuestra travesía va resultando hasta ahora un mero viaje de placer.

Esta mañana dimos buena cuenta de algunos de los cocos de los que la condesa de Villanueva nos había enviado una gran provisión; cada uno de ellos contenía tres vasos de agua fresca y deliciosa.

1.° diciembre. Nos hallamos ahora a unas treinta leguas de Veracruz, y si el viento soplara un poco más fresco, quizá podríamos llegar mañana. Es domingo, pero el capellán está demasiado enfermo para poder decir la misa, y el calor es intenso.

2. Desagradable novedad: *Norte*. Supe que se nos venía encima, sólo con verle la cara al teniente cuando vio el barómetro. Cayó su ánimo tantos grados como el mismo instrumento. Es un *Norte* muy ligero, pero que retrasa nuestra entrada a puerto, pues navegando cerca de la costa tes tienen terror a estos vientos. Ha llovido todo el día, y no obstante el balanceo del buque, intentamos jugar una partida de ajedrez; pero después de dos juegos desistimos, desesperados, porque el *balance* volteó el tablero dos veces, en los momentos de mayor interés, dejando indecisa la victoria, algo así como a la manera de las diosas de Homero, que envolvían en una nube a los ejércitos contendientes.

4. Viento del Sur, ayer noche, y el refrán español dice, en verdad, que:

«Sur duro,

Norte seguro».

Esta mañana el cielo está cubierto con nubes cargadas de agua, pero aun podíamos ver el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, que se encuentran treinta leguas tierra adentro. Llamado el último, por los mexicanos, Citlaltépetl, o montaña de la Estrella, por el fuego que solía arder en su arrogante cima; su altura es de nueve mil quinientos cincuenta y un pies sobre el nivel del mar. Cubierta de nieves perpetuas, y más alta que las nubes y las tempestades, es la primera montaña que descubre el navegante cuando se acerca a estas playas.

Pero el viento del Sur continúa soplando, y nos vemos obligados a volverle las espaldas a la costa. Amélie se sintió enferma y dijo que había contraído la fiebre amarilla. Se llamó al médico, el cual, muy enfermo también y agarrándose a una mesa para no caerse, le dijo, sin prestarle mucha atención, que no tenía nada, y que lo único que debía hacer era «estarse quieta y tranquila», y como el buque dio en ese momento un bandazo, salió disparado casi de cabeza por la puerta del camarote, demostrando prácticamente cuánto más fácil es el consejo que el ejemplo. Como, sin duda, después de esto, tendremos un Norte que puede durar tres días, nuestra tierra de promisión se encuentra todavía lejana.

5. El tiempo está delicioso, pero el viento del Sudoeste sigue soplando implacable, y el barómetro ha descendido cinco o seis grados, lo cual, sumado a otras señales del tiempo, conocidas de los navegantes, hace que todos se preparen a enfrentarse con el temible enemigo.

6. Job no estuvo jamás a bordo de ningún buque. Un Norte, y no de los más severos, sino de los que llaman *Norte chocolatero*, rasgó en dos una vela de la misma manera que yo podría rasgar esta hoja de papel. La persona más ingeniosa que he visto es el «contramaestre de aparejo». Cose con extraordinaria rapidez, y bien. Hacia el atardecer calmó el viento, pero el buque, zarandeado por una mar gruesa terrible, se convirtió en mortal purgatorio Sin embargo, el Norte ha amainado, a pesar de que Humboldt y otros dicen que un Norte debe durar cuarenta y ocho horas por lo menos, y el nuestro sólo ha durado veinticuatro. Hemos de verlo.

7. ¡Noche horrible! Mi hamaca, que tontamente preferí a la litera, sin espacio para mecerse, me arrojó con furia contra la pared, y temerosa de romperme la cabeza, salté fuera de la hamaca para caer en el suelo. Hoy tenemos una calma relativa, lánguida continuación del Norte; variaciones sobre el mismo tema. Todo parece ahora melancólico y monótono. Hemos ido balanceándonos de un lado para otro durante cuatro días, con un Veracruz a la vista, y estamos ahora más lejos de ella que antes. Los oficiales empiezan a presentar un aspecto lastimoso; aun al cocinero le es difícil conservar el equilibrio.

Domingo 8. ¡El Norte! El cielo está cubierto de disformes masas de nubes rojizas cargadas de agua. Es hoy día de fiesta mayor para los católicos españoles: el de la Virgen de la Concepción, patrona de España y de las Indias; pero no hay misa: el padre está enfermo y el Norte sopla. ¡Qué procesión de caras largas, de barómetros ambulantes!

9. Ayer en la noche el viento nos trajo falsas esperanzas y levantó los ánimos; pero no sin cierta cautela de nuestra parte, pues el viento, aunque débil, seguía soplando atravesado. Cesó la lluvia y aclaró el tiempo, y «la esperanza, la seductora», nos empezó a sonreír. Mayor fue nuestro desencanto cuando calmándose la brisa el viento saltó al Norte, y de nuevo el desventurado «Jasón» empezó a dar tumbos como si estuviera poseído de un demonio. Viendo que era imposible permanecer en la hamaca, me eché en el suelo, en donde durante una noche interminable rodamos de un lado para otro, proyectados contra los muebles, y maltrechos nuestros cuerpos.

Esta mañana hay poco viento, pero ese poco viene del Norte, así es que el fin de nuestro viaje aparece, por lo pronto, tan lejano como hace ocho días. Las caras a bordo son de una calma lúgubre. Se habla poco. Sólo un encogerse de hombros a la española, unos a otros, de mal agüero.

10. Y como el único viento que permite aproximarse sin peligro a la costa es el que llaman *brisa*, y que suele suceder al Norte, quizás pasaremos aquí la Navidad. El tiempo es magnífico, pero con mucho bochorno especialmente durante las calmas que se presentan entre Norte y Norte. Si tuviéramos libros, uno podría tener paciencia; pero leo y vuelvo a leer de cabo a rabo todo cuanto poseo y puedo encontrar; revistas, cuadernos, un tomo de Humboldt, y aun otro muy curioso de «El Barbero de París», y unas «Cartas Turcas» que pretenden ser una traducción de la segunda parte de las *Lettres Persannes* de Montesquieu, en las cuales el héroe, disfrazado de jardinero, ofrece a la hija del Visir un ramo de flores, que ella, ¡echada a la española en el lecho, recibe

condescendiente! Ahora me veo reducida a leer una obra española muy seria, acerca de la verdad del Cristianismo.

Esta tarde, y para alegría de todos a bordo, se levantó, por fin, la tan deseada brisa. El buque empezó a tomar su rumbo lenta y firmemente; cuatro; primero, y después ocho nudos por hora. El capitán, sin embargo, parecía desconfiado, y con razón, pues hacia la madrugada, el viento cambió al Sur, y nuestras esperanzas se esfumaron.

11. Viento contrario del Sur, que se supone debe ser seguido de un *Norte seguro*. Pero ahora, a las once a. m. el mar está bastante tranquilo y hace mucho calor, y mientras, y para aumentar, si esto es posible, nuestro fastidio, una larga cordillera de arrogantes montañas se extiende a lo largo del horizonte desde Punta Delgada hasta el Cofre de Perote, para hundirse después en el Océano. Detrás del Cofre se yergue el Orizaba, que en estos instantes parece una nube blanca, pero que esta mañana se mostraba teñido por una luz rosada. El mar está tranquilo y el horizonte claro, y, sin embargo, se presiente al enemigo. Unas nubes blancas, que parecen plumas, se deshacen en el cielo, y en las olas hay un hervor inquietante… A las tres rompe el Norte, que, como la espada flamígera del guardián de las puertas del Paraíso:

> «… la centelleante espada, y guardada la puerta por caras que infunden pavor y por manos que empuñan ígneas armas».

parece prevenir a todos los bajeles el acercarse a estas costas de coraza de hierro. ¡Once días a unas cuantas horas de distancia de la costa!

16. Cinco días más con vientos contrarios continuados, y un balanceo sin parar. Estamos más lejos de la esperanza que hace catorce días.

El capitán, los oficiales, los marineros, todos parecen descorazonados. Esta mañana cogieron el más hermoso de los peces que he visto nunca, de la especie de los delfines —la Cleopatra del Océano— de unos cuatro pies de largo, formado —al parecer— de oro, tachonado de turquesas. Al morir cambió de color. Hay un proverbio que los marineros se repiten unos a otros y que no es muy estimulante: *Este es el viaje del Orinoco. Que el que no se murió, se volvió loco*.

17. Al habla con una goleta, que navega cerca de nuestro buque y que parece llevar a bordo gente de mal vivir, entre otras, una pareja de La Habana, que acaba de salir de la cárcel por haber sido acusados del asesinato de un negro. El viento continúa contrario. Debo doblar esta hoja con garabatos de mar, y no os escribiré más hasta que lleguemos a Veracruz.

CARTA IV

Veracruz vista de lejos.—Pilotos.—La falúa.—Saludos mutuos.—Acercándose a Veracruz.—Gentío en el muelle.—Casa de Dionisio Velasco.—Guardia de honor.—Piano alemán.—Cena.—Madona.—Aspecto de la ciudad.—*Zopilotes*.—Deliberaciones.—El general Guadalupe Victoria.—Águila de dos cabezas.—Santo lapidado.—Arpa.—Teatro.—Doña Inocencia Martínez.—Invitación del general Santa Anna.

Veracruz, 18

Esta mañana los intrépidos esperanzaban y los desesperados temían, pues aunque el viento presagiaba una tendencia a inclinarse a *la brisa*, no parecía con suficiente fuerza para permitirnos llegar a Veracruz, y hoy hace veinticinco días que salimos de La Habana. En un vapor, nuestro viaje hubiera podido hacerse en tres días, y en un barco de vela, con buen viento, en seis o siete. Cerca del mediodía, las cosas tomaron un aspecto más favorable. La brisa aumentó de fuerza, y con ella nuestras esperanzas.

Al fin, empezaron a aparecer vagamente algunos campanarios cerca de la playa baja y arenosa, y por un tiempo motivo de nuestras ansiosas miradas; y, por último, pudimos distinguir casas, iglesias, y el fuerte de San Juan de Ulúa, de bélica memoria. Con lentitud, pero sobre seguro, nos fuimos acercando a la cos-

ta, hasta que Veracruz, en toda su fealdad, se hizo patente a nuestros fatigados ojos. Habíamos embarcado en La Habana a un piloto para que nos dirigiese en estas peligrosas costas; pero, aunque nacido en ellas, parece que el correr de los años le hizo perder la memoria, pues a punto estuvimos de que nos arrojara contra las rocas. Hubo que hacer un disparo de cañón para pedir otro piloto, quien, al ver la bandera española, ardió en entusiasmo y, señalando el Castillo a nuestro ignorante amigo, exclamó, aludiendo a la desesperada lucha que sostuvieron los españoles para defender su último baluarte, al terminar la guerra: «*Nosotros,* que no éramos sino un puñado de hombres, nos defendimos, durante años como soldados, y ahora, estos franceses le tomaron en tres días». Y en un transporte de patriótica desesperación, pareció olvidarse de sus obligaciones presentes dejándose llevar por la corriente de sus remembranzas que la vista de los colores españoles y la tripulación española le habían despertado.

El aspecto de todo lo que estamos viendo mientras nos vamos acercando, es de lo más melancólico, *delabré* y desconsolador que puede uno imaginarse. De un lado, la fortaleza con sus murallas rojinegras; del otro, la ciudad, miserable y tétrica, llena de bandadas de unos grandes pájaros negros, llamados *zopilotes*, que revolotean sobre algún animal muerto o tienden el vuelo en busca de carroña. Y sin embargo, como era el término de nuestro viaje, todo fue bien acogido, aun lo triste de la ciudad; aun los médanos de arena roja que la rodean, tan semejantes a los desiertos de Arabia, nos parecieron atractivos.

Una falúa llena de tricornios emplumados se acercaba, llevando al Cónsul de gran uniforme, acompañado de otras autoridades. Como Calderón había solicitado y obtenido el permiso del Gobernador para que el «Jasón» anclara junto al Castillo, en contra de las costumbres establecidas, nuestro buque hizo veinte salvas de artillería. Me encontraba en la cubierta, y poco faltó para que el humo y la pólvora no me asfixiaran. Un saludo de

otros tantos cañonazos fue contestado por el Castillo, en honor del primer barco de guerra español que aparecía en el puerto desde la guerra de Independencia.

Iniciáronse los preparativos para abandonar nuestra prisión flotante antes de que se pusiera el sol. Aprestaron la lancha del capitán, y una vez que nos despedimos de los oficiales, nosotros, es decir, Calderón, el capitán y yo, y mi camarera francesa y su perro de aguas, entramos a la lancha. Hizo después el «Jasón» una salva de veinte cañonazos en nuestro honor, y empezamos a bogar entre nubes de humo. El fuerte contestó con otros tantos, y en medio de todo este cañoneo desembarcamos en el muelle.

Este ofrecía un espectáculo sorprendente. Hasta donde se perdía la vista, una multitud de veracruzanos (que me parece gente curiosísima), hombres y mujeres de todas edades, se habían congregado para presenciar la llegada de Su Excelencia. Algunos no llevaban pantalones, mientras que otros, para compensar las deficiencias de sus vecinos, se habían puesto dos, los de encima con una abertura en los lados de la pierna, a la moda mexicana. Todos se cubrían con grandes sombreros con toquillas de plata o de cuentas, y en los rostros se veía toda la gama del color oscuro, desde el indio puro en adelante. Algunos se cubrían de andrajos, unidos por la sola ley de la cohesión, en tanto que el vestido de otros consistía en unos cuantos agujeros para dejar pasar el aire. Todos se amontonaban y casi se tiraban al mar empujándose unos a otros, y mirándonos con caras de intensa curiosidad.

Pero por encima de la multitud de color de bronce, apareció un plumaje de coloradas plumas y se dio paso luego a un ayudante del Gobernador, general Guadalupe Victoria. Era un hombre altísimo, de vistoso uniforme cubierto de oro, con colosales charreteras y con su penacho guarnecido de plumas de todos los colores del arco iris. Le ofreció a Calderón la bienvenida y las felicitaciones del General, y aquellos cumplimientos, muy a la española y gratos al oído, sean o no verdaderos.

Comenzamos entonces a movernos entre la multitud que formaba valla para dejarnos pasar, y entramos a las calles de Veracruz repletas de un gran gentío; en los balcones no se cabía y aun las azoteas estaban coronadas de gentes, y todos nos miraban con expectación. La guardia se formó a nuestro paso y dejó oír los acordes de una marcha. La calle principal es ancha y limpia, y pronto llegamos a la casa del *Señor* Velasco, comerciante rico, ex cónsul, y en la cual hemos de residir, y hasta donde nos acompañó toda la población. Fuimos recibidos con gran hospitalidad y encontramos habitaciones excelentes, preparadas para nosotros. La casa es inmensamente amplia y bien ventilada, construida en forma de plaza, como todas ellas; pero siempre con esa sensación de melancolía y de vacío que hasta ahora me producen las casas de este estilo, aun cuando admirablemente adaptadas al clima.

Una guardia de honor, enviada por el general Victoria, hizo su entrada en el patio; pero Calderón la rehusó, dando las gracias, diciendo que su misión tenía por objeto el poner término al enfriamiento de las relaciones que habían existido hasta aquí entre dos familias hermanas, y que, por lo tanto, nada había que temer e innecesarios los cumplidos.

Encontré en la sala un piano alemán, y me sentí feliz cuando mis dedos recorrían las teclas, después de una abstinencia de un mes. Muchos caballeros vinieron por la noche a visitar a Calderón. Fuimos recibidos por esta familia con tanta y tan sincera bondad, que pronto nos encontramos como en nuestra propia casa. Nos ofrecieron una abundante cena; pescado, carne, vino, chocolate, frutas y dulces; cocina a la española *vera-crucificada*. Probé, y esto bastó: el ajo y el aceite envolvían la carne, el pescado y las aves; servidos con pimientos y plátanos y toda clase de frutas extrañas, a las que no puedo todavía acostumbrarme. La cama no fue mal recibida, camas más confortables no las habíamos tenido; con mosquiteros, sábanas y almohadas bordadas con ricos encajes, tan comunes en las casas españolas, que no es un

lujo como entre nosotros. Pero los mosquitos entraron en algún momento de descuido, y ellos y el calor se confabularon en contra del sueño.

19. Lo primero que vi al abrir los ojos esta mañana fue una pintura de una bellísima Madona, que dentro de un viejo marco, y olvidada, cuelga en un rincón del cuarto. A las ocho, levantada y vestida, nos fuimos al desayuno. Es aquí costumbre, cuando hay dos huéspedes a quienes se desea distinguir, colocar al caballero en la cabecera de la mesa, y a su lado, *su* señora.

Nada hay, para mí, que exceda a la tristeza de esta población y de sus alrededores; médanos de arena movediza, formados por la violencia de los vientos del Norte, y los cuales, debido a la reflexión de los rayos solares, han de aumentar grandemente el calor sofocante de la atmósfera. El panorama podría compararse a las minas de Jerusalén, aunque sin su grandeza. Las casas parecen ennegrecidas por la acción del fuego; no se ve un coche en las calles, sólo hombres con el ancho pantalón abierto de un lado de la pierna; sombreros inmensos, frazadas, o *sarapes*, que no son sino una manta cualquiera, más o menos fina, con un agujero para meter la cabeza; las mujeres andan con *rebozos*, que son como unos grandes chales de color, o pedazos de tela andrajosa, echados sobre la cabeza y cruzados sobre el hombro izquierdo. Añádase a todo esto los *zopilotes*, limpiando las calles; repelentes, pero eficaces recogedores de la basura. Estos valiosos animales tienen plumas negras y la cabeza gris, lo mismo que el pico y los pies. Vuelan en bandadas, y en la noche se refugian en los árboles. No son republicanos ni parecen inclinados a declarar su independencia, pues que tienen reyes, a los que, según se dice, profesan gran respeto, tanto, que si uno de la real especie descubre algún cuerpo muerto al mismo tiempo que un zopilote plebeyo,

este último agualda humildemente hasta que el soberano haya devorado su parte, y antes no se atreve ni a acercarse.

Unas cuantas señoras, vestidas de negro y con mantilla, nos visitaron esta mañana, así como varios caballeros. El tiempo nos parece bochornoso. Esta ciudad, en verano, con un calor mucho más fuerte y con el *vómito* por añadidura, debe ser ¡la ciudad elegida! La calle principal, en la que vivimos, es ancha y muy larga, y parece tener muy buenas casas. Casi enfrente de la nuestra hay una que se ve particularmente bien conservada y hermosa, y en la cual hemos visto bonitas flores al pasar. He averiguado que pertenece a un comerciante inglés.

Ha sido motivo de muchas deliberaciones el modo con que deberemos de viajar en México. Algunos proponen el coche; otros la *litera*, y aun se nos aconseja que tomemos la diligencia. Indecisos todavía, recibimos la visita esta mañana de don Miguel S…., de singular apariencia, agente de la Oficina de Diligencias de México, hombre alto, moreno y de enérgico aspecto. Nos recomienda la Diligencia, y ofrece acompañamos, asegurándonos así contra el peligro de accidentes. Parece tener razón. La Diligencia hace el viaje en cuatro días, si no se le rompe nada. El coche toma todo el tiempo que se quiera: *las literas*, nueve o diez días, y van lentamente, en mulas, con el balanceo de una silla de manos. Las Diligencias proporcionan alimentos, y camas dispuestas de antemano en las posadas; los otros, nada. Me declaro en favor de la Diligencia.

La pareja de La Habana, la que iba en la *goleta*, ha solicitado, con la mayor frescura, que se les permita acompañamos hasta México «bajo la protección del *Embalador de España*». ¡Saldríamos en buena compañía!

Calderón hizo esta mañana una visita al general Victoria. Encontró a Su Excelencia en un gran salón, sin muebles ni ornatos de ninguna especie, hasta sin sillas, todo de una simplicidad más

que republicana. Acaba de pagarle la visita, acompañado de su colosal ayudante.

El general Guadalupe Victoria sería el último entre todas las gentes a quien se le podría dar tan resonante apellido, que, en realidad, no es el suyo propio, ya que es adoptivo, y tomó el de Guadalupe en honor de la famosa imagen de la Virgen de ese nombre, y el *Victoria*, con menos humildad, para conmemorar sus triunfos en los campos de batalla. Es un honrado y sencillo ciudadano, melancólico, cojo y de alta estatura, de limitada conversación, aparentemente amable y de buen natural, pero ciertamente no cortesano ni orador; un hombre de innegable valentía, capaz de soportar padecimientos casi increíbles; humano, y que siempre ha demostrado ser sincero amante de lo que él conceptúa libertad, y que nunca ha procedido por ambición o motivos interesados.

Se dice que sus defectos eran la indolencia, la falta de resolución y la excesiva confianza en sus propios conocimientos. Es el único presidente mexicano que ha terminado, como primer magistrado, el término fijado por las leyes. Se cuenta, como prueba de su simplicidad, aun cuando ello parezca demasiado absurdo para ser cierto, que habiendo recibido un despacho en cuyo sello figuraba el águila de dos cabezas, hizo observar al atónito enviado que le entregó: «Nuestro escudo es muy parecido, sólo veo que las águilas de Su Majestad tienen dos cabezas. He oído decir que algunas de esta especie existen aquí, en *tierra caliente*, y he de mandar por una».

El general no es casado, pero parece que se halla más que deseoso de entrar al «Estado Unido». Nos recomienda con mucha insistencia que no tomemos *literas*, pues, sin ir más lejos, ya nos habremos descalabrado antes de llegar a Jalapa. Trastabillando en busca de su sombrero, que al fin le fue entregado por su ayudante, se despidió de nosotros.

Por la tarde salimos a dar un paseo por los alrededores, con el *Señor* Velasco, el comandante del «Jasón» y varias señoritas de la casa. Dirigimos nuestros pasos hacia una vieja iglesia, en que las muchachas deseosas de casarse acostumbran, o acostumbraban, tirarle una piedra a un Santo, y su buena suerte depende de cómo se le apedrea, con lo que el Santo se encuentra en condiciones lamentables. ¡Y qué alrededores! Las casas de las afueras de la ciudad están ennegrecidas por la pólvora o por el fuego, y hasta donde alcanza la vista, los desnudos y rojos médanos; sin un árbol; sin un arbusto, sin una flor ni un pájaro, excepto el horrible y negro *zopilote*, con empleo en la policía. Parece como si el profeta Jeremías hubiera cruzado la ciudad, maldiciendo a sus moradores. ¡Qué melancólico y solitario nos pareció el cementerio que vimos al pasar!

Huellas de la guerra y de las revoluciones, sin duda alguna, pero no obstante, se me hace difícil creer a los que hablan de Veracruz, como que fue un alegre y delicioso lugar de residencia en los días idos; y aun hoy, los que han vivido aquí durante algún tiempo, incluyendo a los extranjeros, acaban por encariñarse con ella, casi sin excepción. Pues en cuanto a los naturales de la ciudad, son los más fervientes patriotas, sosteniendo que Veracruz es superior a cualquier otra parte del mundo.

La ciudad fue fundada por el virrey Conde de Monterrey a fines del siglo XVII, y no se le debe confundir, como es frecuente, con algunas de las dos colonias fundadas por los primeros españoles. Construida enfrente de la isla de San Juan de Ulúa, está ligada a un interesante recuerdo, pues en estas mismas costas yermas fue donde Cortés desembarcó hace más de tres siglos. En contraste con los verdes y fértiles litorales que alegraron los ojos de Colón, el conquistador español contempló un llano ardiente y yermo, cuyo triste aspecto hubiera acobardado a otro de más débil imaginación para seguir adelante en busca del paraíso que se escondía detrás.

Regresamos a la casa, y oímos a unas señoritas tocar el arpa, como llaman aquí a un instrumento pequeño, ligero y con la misma forma, pero sin pedales, y tan leve que se le puede levantar con una mano, y sin embargo, su sonido es sorprendente; tocaron una melodía tras otra, un tanto monótonas, pero con gran facilidad y cierta ejecución, a lo que hay que agregar el mérito de que ellas mismas se enseñaron a tocar.

Me imagino que debe de haber aquí un gran gusto musical, pero sin ser aprovechado. Hay pianos en casi todas las casas, y una señora que vino a verme hoy, hija de una inglesa, ha recibido una educación musical excelente, y toca con muy buen gusto. Tratan de bailar, mas careciendo de maestros, sólo pueden aprender al oído. El tiempo estuvo delicioso esta noche en el balcón, y la luna embelleciendo al Universo.

21. Anduvimos ayer por la ciudad, devolviendo visitas. Las calles están limpias, y pocas son las iglesias que puedan considerarse hermosas.

Los *Cómicos* vinieron esta mañana a ofrecernos el palco central del teatro, pues esta noche es el beneficio de doña Inocencia Martínez, madrileña, favorita del público, y, en realidad, mujer bonita y buena actriz cómica. El teatro es pequeño, y según dicen, casi siempre desierto, pero anoche estaba lleno. En el telón de boca están representadas las Bellas Artes, tan gordas, que de seguro han de ser aquí muy florecientes. Sin embargo, la representación ofreció una agradable sorpresa, pues se trataba de la *Segunda Dama Duende*, casi una traducción del *Domino Noir*, muy divertida y llena de excelentes *coups-de-théâtre*. *Doña* Inocencia, en sus diferentes papeles de dominó cómico, criada, abadesa, etc., estaba siempre muy guapa y representó con gran talento. Además, ella y su hermana bailaron la *Jota Aragonesa* con dos es-

pañoles, a la perfección. Total, que tuvimos una velada muy agradable, dentro de los límites reservados al teatro de la Verdadera Cruz.[*]

Mañana es el día señalado para nuestra partida, y pienso que no debe entristecemos el abandonar esta ciudad, no obstante que esta casa es excelente, que se nos ofrecieron las mejores habitaciones, todo sin ceremonias, ni *gêne* de ninguna especie. El tiempo es, ciertamente, magnífico. Quizás el calor resulte un poco abrumador al mediodía, pero las noches son frescas y deliciosas.

Recibimos ayer la visita de los cónsules inglés y francés. M. de… pronostica brazos rotos y dientes fuera de su lugar, si persistimos en nuestro plan de tomar la Diligencia; pero puestos el pro y el contra en la balanza, creemos que es preferible a cualquier otro medio de transporte. Esta mañana volvió a visitarnos el general Victoria, y estuvo muy cortés y amable, ofreciéndonos con verdadera cordialidad todos los servicios y auxilios que están a su alcance. Mañana tenemos que levantarnos a las dos, pues nos ha invitado a almorzar el general Santa Anna en su hacienda de Manga de Clavo, situada a pocas leguas de aquí.

Nos hemos estado sentados al balcón hasta muy tarde, gozando del claro de luna y de la refrescante brisa que viene del mar, y como hemos de levantarnos antes de amanecer, nuestro descanso será muy breve.

CARTA V

Salida de Veracruz.—Los médanos.—Escena Oriental.—Manga de Clavo.—El general Santa Arma.—Almuerzo.—Escolta y Diligencia.—Santa Fe.—Puente Nacional.—Puente dibujado por la señora Ward.—El campo en diciembre.—Don Miguel.—Primeras impresiones.—Frutas.—Plan del Río.—Músicos alemanes.—El capitán dormido.—Acercándonos a Jalapa.—Aspecto de la ciudad.—Cofre de Perote.—Flores.—Casa y roca.—Última mirada a Jalapa.—Cambio de escenario.—San Miguel de los Soldados.—Perote.—Sorprendente escena antes del amanecer.—La escolta no llega.—Un cochero yanqui.—Disputa.—Salida.—Compañía de lanceros.—Un alcalde.—Almuerzo en la Ventilla.—Pulque.—Doble escolta.—Cruces.—Tabernero con cara de bandido.—Ojo de Agua.—Llegada a Puebla.—Trajes de las campesinas.—Nochebuena.—Una Posada.—«*Nacimiento*».

Ayer nos levantamos a las dos de la madrugada, a la luz de las velas, con la agradable perspectiva de salir de Veracruz y conocer a Santa Anna. Dos cajones, llamados carruajes, tirados por mulas, estaban a la puerta para llevarnos a Manga de Clavo. El señor Velasco, Calderón, el comandante del «Jasón» y yo, nos encajonamos en ellos y partimos medio dormidos. Una luz tenue apenas nos permitió advertir que pasábamos las puertas de la ciudad, y los carruajes comenzaron a surcar, que no a rodar, la arena,

arena y nada más que arena, basta perderse de vista; unas cuantas leguas en el desierto de Arabia.

Por fin empezamos a descubrir señales de vegetación: palmeras y flores; y cuando llegamos a un bonito pueblo de indios, en donde nos paramos para cambiar de tiro, rompió el día, y fue como si nos hubieran transportado, por arte de encantamiento, de un desierto a un jardín. El espectáculo era pintoresco y sorprendente a la vez: las chozas de bambú, techadas de palma; las indias, con su negro y largo cabello, paradas en las puertas con sus niños semidesnudos; las mulas revolcándose en la tierra, siguiendo su costumbre favorita; cabras blancas como la nieve, ramoneando entre las palmeras; el aire suave y perfumado, primer soplo fresco de la mañana; las gotas de rocío brillando aún sobre las anchas hojas del plátano y de la palmera, y todo cuanto nos rodeaba, tan silencioso, tan fresco y apacible.

Las chozas se ven pobres, pero limpias; sin ventanas, pero una luz tamizada se abre paso entre las frondosas cañas. Conseguimos algunos vasos de leche recién ordeñada, y después del relevo de las mulas, proseguimos nuestro viaje, ya no sobre médanos de arena, sino a través de la soledad del campo, entre árboles y flores, resplandecientes creaciones de la *tierra caliente*. A eso de las cinco llegamos a Manga de Clavo, después de pasar durante leguas a través de un jardín natural, que es propiedad de Santa Anna.

La casa es hermosa, de graciosa apariencia y muy bien cuidada. Fuimos recibidos por un ayudante uniformado y varios oficiales, y conducidos a una estancia amplia, fresca y agradable, amueblada con parquedad, en la que no tardó en presentarse la *Señora* de Santa Atina, alta, delgada, y vestida para recibirnos, a tan temprana hora de la mañana, de transparente muselina blanca, zapatos blancos de raso, muy espléndidos aretes de diamantes, prendedor y sortijas. Se mostró muy amable y nos presentó a su hija Guadalupe, miniatura de la mamá, en los rasgos y en el

vestir. Poco después hizo su entrada el general Santa Anna en persona. Muy señor, de buen ver, vestido con sencillez, con una sombra de melancolía en el semblante, con una sola pierna, con algo peculiar del inválido, y, para nosotros, la persona más interesante de todo el grupo. De color cetrino, hermosos ojos negros de suave y penetrante mirada, e interesante la expresión de su rostro. No conociendo la historia de su pasado, se podría decir que es un filósofo que vive en digno retraimiento, que es un hombre que, después de haber vivido en el mundo, ha encontrado que todo en él es vanidad e ingratitud, y si alguna vez se le pudiera persuadir en abandonar su retiro, sólo lo haría, al igual que Cincinato, para beneficio de su país. Es curioso cuán frecuente es encontrarse una apariencia de filosófica resignación y de plácida tristeza en el semblante de los hombres más sagaces, más ambiciosos y más arteros. Calderón le entregó una carta de la Reina, escrita en el supuesto de que todavía era Presidente, la cual pareció complacerle mucho, pero que sólo suscitó de su parte una inocente observación: «¡Qué bien escribe la Reina!».

Se le notaba a veces una expresión de angustia en la mirada, especialmente cuando hablaba de su pierna, amputada debajo de la rodilla. Hablaba de ella con frecuencia, como Sir John Ramorny de su mano ensangrentada, y al contar la manera como le hirieron, y alude a los franceses, su semblante adquiere el mismo aire de amargura que debe haber tenido el de Ramorny cuando hablaba de «Enrique el Herrero».

Por lo demás, estuvo muy agradable. Habló mucho de los Estados Unidos y de las personas que allí ha conocido, y sus modales revelaban calma y caballerosidad, y en conjunto resultó ser un héroe mucho más fino de lo que yo me esperaba. Si hemos de juzgar por el pasado, no habrá de permanecer largo tiempo en su actual estado de inacción, ya que además, según Zavala, posee en su interior «un principio de acción que le impulsa siempre a obrar».

En attendant, se anunció al almuerzo. La *Señora* de Santa Anna me introdujo al comedor Colocaron a Calderón a la cabecera y a mí a su derecha; Santa-Anna enfrente de Calderón, y la *Señora* a mi derecha. El almuerzo fue espléndido, y consistió en una variedad de platos españoles, carne y legumbres, pescado, aves, frutas y dulces, café, vinos, etcétera, todo servido en vajilla francesa en blanco y oro. Después del almuerzo, la *Señora* mandó a un oficial que fuese a traerle su cigarrera, que es de oro, con el cierre formado por un diamante, y me ofreció un cigarrillo que rehusé. Encendió ella el suyo, un pequeño *cigarrito* de papel, y los caballeros siguieron su buen ejemplo.

Vimos después las dependencias y las oficinas, y también el caballo de batalla predilecto del general, un viejo corcel blanco, quizás un filósofo más sincero que su amo; varios gallos de pelea, criados con especial cuidado, ya que las peleas de gallo son unas de las diversiones favoritas de Santa Atina; y su *litera*, hermosa y cómoda. No hay jardines, pero él mismo decía que todas las doce leguas cuadradas que le pertenecen son su jardín. El aspecto de la familia no habla mucho en favor de lo saludable del *locale*, y sin duda su belleza y fertilidad no es una compensación.

Como temamos pocas horas de que disponer, el general mandó traer dos carruajes, los dos muy hermosos, construidos en los Estados Unidos; en uno de los cuales fuimos él, Calderón, la *Señora* y yo. En el otro venían la niña y los oficiales, y en este orden seguimos a través del campo hacia el camino real, donde debíamos reunirnos con la Diligencia y los criados, junto con nuestro guía, don Miguel S.… Como la Diligencia no había llegado, nos bajamos del coche y nos sentamos en una banca de piedra, enfrente de una cabaña de indios, donde charlamos, mientras que la joven señorita se divertía sola, comiendo manzanas, y el general y Calderón se quedaron en el carruaje moralizando.

Al poco tiempo, y justamente cuando el sol empezaba a darnos una muestra de su fuerza, se dejó oír el retumbante galope

de nuestra escolta de soldados mexicanos (el gobierno había dado órdenes que una escolta de relevo se estacionase de seis en seis leguas) que, al llegar, anunció la proximidad de la Diligencia. Quedamos agradablemente burlados al ver un hermoso coche nuevo, hecho en los Estados Unidos, tirado por diez hermosas mulas y conducido por un hábil cochero yanqui. Nuestra caravana se componía de nosotros, don Miguel, el capitán del «Jasón» y su primer teniente, que nos acompañaban a México. El día estaba hermoso y todos parecían encontrarse de muy buen humor. Nos despedimos de Santa Atina, de su señora y de la niña, y también de nuestro hospitalario señor Velasco. Entramos a la Diligencia; se cerraron las puertas —todo en regla—, un latigazo a las mulas, y ahora ¡adelante hacia México!

Grado a grado, como en la *Divina Comedia*, después de dejar el Purgatorio, simbolizado por Veracruz, parecía que nos iban llevando hacia el Paraíso. El camino es difícil, como ha de serlo acercarse al Paraíso, y las violentas sacudidas del carruaje bastaban para hacernos imposible ser arrebatados por el panorama cuya belleza crecía según seguíamos avanzando. En Santa Fe y en Zopilote cambiamos de caballos, y en Tolomé, punto de referencia de la guerra civil, llegaron a su término las doce leguas propiedad de Santa Anna.

Llegamos al *Puente Nacional*, llamado antes *Puente del Rey*, famoso por haber sido teatro de muchos combates durante la Revolución, y porque al ocuparlo Victoria impidió muchas veces el paso de las tropas españolas al interior y de los convoyes de plata al puerto. Nos detuvimos un momento admirando el hermoso puente tendido sobre el río de la Antigua, con sus arcos de piedra, y el cual me trajo a la memoria un dibujo de la señora Ward, a pesar de que hace ya mucho tiempo que vi su libro. Nos acompañaba el comandante del fuerte. Todo esto es, ahora, una vista llena de paz. Caminamos hacia el puente, cortamos algunas ramas con grandes flores blancas, admiramos el rápido torrente

que se precipita contra las rocas y la imponente belleza del paisaje que le rodea. El pueblo es un hacinamiento de chozas, con algunos hermosos árboles.

Se nos hacía difícil creer, mientras proseguíamos nuestra jornada, que estuviéramos a mediados de diciembre. El aire era suave y embalsamado. El calor no agobiaba; parecía un día de julio en Inglaterra. El camino corre a través de un terreno boscoso. Arboles en flor, cubiertos de variedad de flores y cargados de las frutas tropicales más deliciosas. Flores de todos colores esparciendo al aire su fragancia, y la más fantástica profusión de plantas parásitas entrelazadas con las ramas de los árboles, para caer de cada una de ellas en brillantes botones. Palmas, cocoteros, naranjos, limoneros, se suceden unos a otros, y en una vuelta del camino, en el fondo de un encantador y verde valle, sorprendemos, en fugaz visión, a una india con su larga cabellera, descansando bajo la sombra de un árbol majestuoso, junto a un fluente riachuelo… ¡todo un cuadro oriental! A no haber sido por el polvo y los tumbos, nada nos habría parecido más encantador. En cuanto a *Don* Miguel, sacando la cabeza fuera del coche, dando unas veces órdenes al cochero para que fuese con más cuidado, otras avisándonos que nos preparáramos para una sacudida, o bien señalando todo lo que valía la pena de verse y haciendo llevaderas todas las dificultades, era el mejor guía que jamás haya yo conocido. Su sombrero mismo era una curiosidad para nosotros: un castor blanco de ala inmensa, orlado de un tejido de plata muy compacto, con dos grandes toquillas y borlas de plata alrededor.

Hay una circunstancia que debe tener en cuenta todo el que viaja por el territorio mexicano. Cuanto ser humano, cuantas cosas se ven al pasar, son, por si solos, si no un cuadro, cuando menos excelente pretexto para el lápiz. Las indias, con sus cabellos trenzados y con los niños colgándoles a la espalda, sus grandes sombreros de paja y enaguas de dos colores; las largas proce-

siones de arrieros con sus mulas cargadas y sus caras salvajes y tostadas por el sol; un casual jinete con su *sarape* de varios colores, su silla ricamente adornada, su sombrero mexicano, estribos de plata y botas de cuero, todo es pintoresco.

Salvatore Rosa y Hogarth hubieran podido viajar con fruto por este país, pero concertados los dos: Salvatore para lo sublime y Hogarth tomando para sí el momento en que lo sublime se convierte en ridículo.

En la Calera vimos a lo lejos el mar. Nos deteníamos a veces a comprar naranjas recién cortadas de los árboles, piñas y *granaditas*, que son como las grosellas de Broddinagian, con su pulpa encerrada en una corteza muy gruesa, amarilla o verde, y muy refrescante.

Serían las siete de la noche cuando llegamos a Plan del Río, cubiertos de polvo, más bien cansados, pero encantados de todo lo que habíamos visto. Aquí es donde suelen detenerse las Diligencias de pasajeros a pasar la noche, es decir, para que duerman unas cuantas horas en un duro lecho y se levanten a medianoche para seguir rumbo a Jalapa. Pero yo me opuse a gritos a semejante acomodo, e insistí con toda energía en que era más conveniente, y también factible, dormir esa noche en Jalapa. Don Miguel, que es el más obsequioso de los caballeros, declaró que se haría exactamente lo que ordenara la *Señora*.

Se acordó, por lo tanto, que debíamos aguardar la salida de la luna para proseguir nuestro viaje, y mientras, caminamos un poco para ver el puente, el río y el bosque. El puente consiste en un gran arco echado sobre el río, y comunica con el camino real, que en un tiempo estuvo empedrado y ahora está casi en ruinas.

Regresamos al mesón: larga hilera de pequeños cuartos hechos de ladrillo, lindamente situados, no lejos del río. Aquí nos dimos el lujo de disponer de agua y toallas, y de quitarnos un poco el polvo antes de ir a cenar.

En la Diligencia de Jalapa acababa de llegar un alemán con su esposa e hijo, que era la verdadera estampa del músico teutón, tan perceptible, que resultaron ciertas nuestras conjeturas. Vienen de México, de donde parece que se están fugando las Bellas Artes, y cuentan horrores del camino entre Jalapa y este lugar.

La cena fue bastante aceptable: sopa, pescado, aves, bistec y frijoles, todo bien sazonado con ajo y aceite. Pero los tumbos del camino me habían producido una jaqueca tan molesta, que sólo quise tomar café. Se nos aconsejó con insistencia que nos quedásemos aquí a pasar la noche; pero los perezosos saben demasiado bien lo que significa levantarse a medianoche, y más cuando se está muy fatigado, y así, cuando salió la luna nos introdujimos de nuevo en la Diligencia, suficientemente descansados para afrontar nuevas fatigas. La luna resplandecía, y la mayor parte de los viajeros se preparaban para dormir con los puros en la boca; lo que no era fácil, puesto que el camino era infame, lleno de hoyancos y de piedras. Al ascender gradualmente empezó a refrescar, y el fresco fue aumentando, hasta que ya el frío nos obligó a sacar los chales y las capas. Podíamos darnos cuenta de algunos cambios en la vegetación, o, más bien, de una mezcla de árboles de clima frío con los de los trópicos, con el cedro mexicano, en particular, que aquí empieza a dar fe de vida. La claridad de la luna nos permitió ver, por suerte, en un recodo del camino, al comandante de la escolta tirado en el suelo profundamente dormido, con su caballo inmóvil a su lado. Se había caído durante su sueño y seguía durmiendo. Con trabajo los soldados le despertaron a sacudidas.

En Corral Falso cambiamos de mulas, y a causa de lo pésimo del camino continuamos avanzando con lentitud.

El frío arreciaba, y, al fin, a la luz de la luna pudimos distinguir muy bien el Pico de Orizaba, con su blanco gorro de dormir (perdón por el símil, sugerido por sobra de sueño), vista la más a propósito para titiritar de frío.

Lo pintoresco del paisaje iba en aumento al acercarnos a Jalapa. La escolta, con sus *sarapes* y los altos cascos emplumados, venía al galope entre los árboles y los arbustos. El Orizaba y el Cofre de Perote dejaban ver a lo lejos su resplandeciente blancura, y un delicioso aroma de flores, con una primacía de rosas, eran señales de la tierra por donde pasábamos.

Serían cerca de las dos de la mañana cuando llegamos a Jalapa, muertos de fatiga y temblando de frío. Con qué alegría y estruendo atravesamos sus empinadas calles, alegría que subió de punto al encontrarnos en una bonita y limpia posada, con pisos de ladrillo y unas pequeñas y decentes camas, y todo preparado para nosotros. La vista de un buen fuego hubiera sido demasiado lujo, pero nos dieron, sin embargo, un poco de té caliente, y poco después, al fin respondo sólo por mí, estaba en la cama, gozando del sueño más delicioso que he tenido desde que salí de Nueva York.

Como la Diligencia estaba a nuestra disposición, no nos levantamos al romper el día, sino que, al contrario, seguimos durmiendo hasta las ocho. Me sirvió una viejecita tan agradable, tan cortés y limpia, que me dieron ganas de llevármela conmigo. Entre tanto, varias de las autoridades de la ciudad se estacionaron frente a la puerta para dar la bienvenida a Calderón, luego que apareciera.

Nuestro desayuno estuvo delicioso. ¡Qué huevos tan frescos, qué mantequilla tan fresca, qué buen café y qué manera de freír los pollos! Amén de un pan muy bueno y de una agua excelente. En fin, que quedamos enamorados de Jalapa.

Después del desayuno salimos acompañados por algunos caballeros de la ciudad. Esta consiste en poco más de unas cuantas calles en cuesta. Es muy antigua, con algunas casas muy buenas y amplias, de las cuales, como de costumbre, las mejores pertenecen a comerciantes ingleses y otras a los de Veracruz, que vienen

por temporadas a Jalapa, o a sus cercanías, mientras reina el *vómito*. Hay algunas viejas iglesias, un convento franciscano muy antiguo y un mercado bien provisto. Se ven flores por todas partes: rosas que trepan por las viejas paredes, muchachas indias que trenzan verdes guirnaldas para la Virgen y los Santos; flores en las tiendas y en las ventanas, y por encima de todo, y viéndose por todos lados, una de las vistas panorámicas de montaña más espléndidas del mundo.

El Cofre de Perote, con sus oscuros bosques de pinos y su gigantesco *cofre* (una roca de pórfido, de donde toma el nombre), y la siempre orgullosa y nevada cúspide del Orizaba que se eleva sobre las demás, parecen los colosales guardianes de la región. Las interyacentes montañas, los cantiles sombríos y las fértiles llanuras; los espesos bosques de arrogantes árboles que visten las colinas y los valles; columbrar a lo lejos el océano; los senderos que nos rodean sombreados de árboles frutales: áloes, plátanos, *chirimoyos*, confundidos con el verde liquidámbar, el florido mirto, y centenares de plantas y arbustos y flores de todos los colores, de deliciosa fragancia, todo se combina para formar uno de los espectáculos más variados y bellos que la vista puede contemplar.

Y luego, Jalapa, tan vieja y gris, cubierta de rosas, en donde de cada una de las abiertas puertas y ventanas, se dejan oír las notas de una melodía; con su suave y agradable temperatura, ofrece, aun cuando fuere por breves horas, una abundancia de impresiones que no podrán borrarse fácilmente.

Pero hemos vuelto a la posada, pues es ya cerca de mediodía, y el velo de nubes que temprano en la mañana envolvía el Orizaba, desvanecióse dejando la blanca cima cercada por un mar de luz. Es muy probable que no tenga oportunidad de volver a escribir hasta que lleguemos a Puebla.

Puebla, 24.

Ayer por la mañana nos despedimos de los *jalapeños*, y una vez más nos encontramos *en route*. ¡Qué vista la de las montañas, al subir por el escarpado camino! ¡Y qué flores, y cuántos árboles en flor por todos lados! A nuestro paso perfumaban el aire grandes botones de color escarlata y colgantes flores blancas y púrpuras; árboles cubiertos con campánulas que parecen lirios y que aquí llaman *floripondios*, junto con rosas dobles de un rojo claro. Y aquí y allí, un convento en ruinas, o los blancos muros de una *Hacienda*. Nos favorecía un cielo despejado, no muy frecuente en Jalapa, especialmente cuando el viento del Norte, que sopla de Veracruz, cubre la ciudad y sus alrededores con una densa niebla.

Nos detuvimos en un pequeño poblado a cambiar de caballos (pues al salir de Jalapa nuestras mulas fueron sustituidas por ocho vigorosos caballos blancos), y aquí *Don* Miguel nos hizo entrar en una muy linda casa, perteneciente a algunas amigas suyas, una de las cuales era muy hermosa y se cubría la cabeza con un turbante blanco de muy buen gusto. La curiosidad de este lugar es una peña que se encuentra detrás de la casa, cubierta de rosas, claveles y toda clase de flores de vivos colores, junto con naranjos, limoneros, limas y membrillos, y todo crece sobre la roca. Las señoras, muy corteses, pero sorprendidas ante nuestra admiración por sus flores en el mes de diciembre, nos dieron naranjada y biscochos, acompañados de grandes membrillos y naranjas recién cortados de los árboles. Mas lo mejor de todo fue el lindo ramo de rosas y claveles que nos hicieron, que, junto con unos nunca vistos capullos escarlata y púrpura que el capitán de la escolta había cortado para mí, convirtieron el interior de la Diligencia en una enramada.

Seguimos nuestro viaje. El camino ascendía hacia la meseta, y en un punto en donde se ofrece una vista sorprendente, salimos de la Diligencia, y volviendo la vista a lo que dejábamos atrás, contemplamos la ciudad de Jalapa y el panorama de, montañas que nos rodeaba. La vegetación ha cambiado gradualmente. La bella y fresca flora europea y sus árboles han sucedido a los no tan imponentes, pero más deslumbrantes, árboles y flores del trópico. El plátano y la chirimoya han cedido el sitio al vigoroso roble, que más arriba le hace compañía al pino verde oscuro.

En San Miguel de los Soldados nos detuvimos a tomar unos refrescos. El campo se va volviendo poco a poco más desolado, y antes de llegar al pueblo de Las Vigas casi todos los árboles han desaparecido, si se exceptúa el altivo abeto, que florece entre las rocas. En una extensión de cerca de dos leguas, una capa de lava y grandes masas de negras y calcinadas rocas cubrían el suelo, y tal parecía que transitábamos por el cráter de un volcán. A este paraje le llaman, y se lo merece, *Mal País*, y las crucen que se ven acá y allá, con sus guirnaldas marchitas, destacándose sobre esta tierra volcánica y desolada, atestiguan de que quizás hay otros motivos para darle el nombre de «Tierra del Mal». Las rosas y los claveles que traje de Jalapa no se habían marchitado aún, no obstante que en pocas horas hemos pasado a través de todas las graduaciones de la historia natural.

El camino se hizo más empinado y monótono, y después de pasar por Cruz Blanca, el panorama no ofrecía motivos suficientes de interés para atraer nuestras miradas, excepto, de vez en cuando, algunos maizales y sombrías selvas de pinos. Se había puesto el sol y empezó a oscurecer, y al llegar a Perote, en donde teníamos que pasar la noche, la mayor parte de nosotros se había dormido, vencidos por un sueño incómodo por el frío, y estábamos demasiado entumecidos y adormilados para sentir el hambre, a pesar de haber encontrado una abundante cena preparada para nosotros.

La posada, muy diferente de la de Jalapa, era sucia y las camas miserables, y no nos costó mucho trabajo levantarnos a las dos de la madrugada, a la luz de unas infelices velas de sebo que trajo el ventero a nuestras puertas.

Hay escenas cuyo recuerdo no se puede borrar de la memoria, y una de ellas es la que se desarrolló en Perote a la hora dicha, bajo el gélido brillo de la luna y las estrellas.

En seguida de vestirme me fui a la cocina, donde Calderón, los oficiales del «Jasón», *Don* Miguel y el capitán mexicano de la escolta de anoche, se habían reunido a la melancólica y vacilante luz de una vela, junto con un ventero de sospechosa catadura y unas cuantas Indias descalzas, enmarañado cabello, rostros cobrizos y *rebozos*. Nos hicieron un poco de chocolate con leche de cabra, hórrida en general y agria en lo particular.

La asamblea se encontraba, al parecer, ante un callejón sin salida; pues, por alguna equivocación al transmitir las órdenes, la nueva escolta no había llegado aún, y la de anoche no podía seguir adelante. Don Miguel, con su atezado rostro y su gran *sarape*, daba vueltas malhumorado; mientras que el capitán, con la calma e impasibilidad de un árabe, se lamentaba en tono muy cortés de que la escolta no pudiese acompañamos. Parecía creer, como algo extremadamente probable, el que nos robaran, y creía, mejor dicho, acababa de oír decir, que una cuadrilla de *ladrones* andaba en busca del *Señor Ministro*, y sentía no poder ayudamos, aun cuando estaba en todo y por todo a nuestra disposición, y nos recomendaba esperar a que llegara la nueva escolta.

Pero este consejo no lo aceptaba por ningún motivo nuestro guía. Era para él un punto de amor propio el que ocurriese la menor detención en nuestro viaje; pero, a la vez, no dejaba de considerar que sería arriesgado el seguir adelante. Había prometido llevamos con bien a México en cuatro días, y estaba obligado a cumplir su palabra. Alguien propuso que dos hombres de la

escolta acompañasen a la diligencia montados en mulas, ya que sería posible obtener un par de estos animales. El capitán observó que, aun cuando él estaba enteramente a nuestra disposición, dos hombres no servirían de nada, puesto, que en caso de un asalto, la resistencia, de no contar con escolta suficiente, seria, además de peligrosa, inútil. Sin embargo, una persona de ingenio hizo notar que si los ladrones veían a dos hombres, podrían creer que los demás venían detrás. Había, en suma, variedad de pareceres. Uno proponía que los dos hombres fueran sobre el coche; otro, que no, sino *dentro* del coche. Es cuando me atreví a intervenir, rogando que, en todo caso, fueran montados en las mulas o caminando fuera del coche, pero por ningún motivo dentro de él. Como de costumbre, se haría como quisiera la *Señora*.

Nos reunimos, al fin, frente a las puertas del mesón, en donde, bajo la luna, hemos debido formar un grupo tan extraordinario, que me imaginé en seguida la caricatura que nos hubiera hecho nuestro amigo Mr. G…., de haber estado con nosotros.

La Diligencia, con sus ocho caballos blancos y su cochero yanqui, originariamente llamado Brown, sin duda alguna, pero que ahora responde al melifluo nombre de Bruno; Amélie, con su gorro francés, cargada de una variedad de misteriosas canastas; yo, con capa y gorro; Calderón, de gorro griego, capa y puro; el capitán del «Jasón» también de capa y puro, y muy frío; el teniente, con su uniforme de marino, tomando las cosas con frialdad; Don Miguel, con su gran *sarape* y su sombrero plateado (seis gentes originarias de cinco países distintos); el capitán mexicano, con sus bigotes, pálido e imperturbable, envuelto en hermoso *sarape* y rodeado de la somnolienta escolta de la noche anterior; soldados de sucio aspecto, tendidos en el suelo, envueltos en sus frazadas; las indias y el ventero, y una luna esplendente y un cielo estrellado, iluminando a las figuras en primer término, a las majestuosas montañas cubiertas de nieve y al viejo poblado de Perote, malhumorado de que le despertasen tan temprano, con

su antiguo castillo de San Carlos y sus heladas y estériles llanuras.

Mientras, dos soldados con capotes y armados, se habían subido al techo de la Diligencia. Advirtió el capitán que allí no tendrían donde sentarse. Replicó Bruno, con lo cual el capitán, con mucha flema, sacó la espada y estuvo a punto de interrumpir de veras nuestro viaje, dándole una estocada al cochero, cuando *Don* Miguel se interpuso entre los dos, echando chispas de ira por los ojos y por el puro.

Cruzáronse palabras fuertes nuestro guía y el capitán, y la cachaza y la precisión con que hablaba el último era muy divertido. Parecía que estaban ensayando un discurso de alguna comedia. «Hablo siempre con franqueza», dijo *Don* Miguel en un tono irritado. «Y yo», contestó el capitán con cortés y mesurada voz, «estoy también acostumbrado a decir lo que pienso con toda franqueza. Deploro, sin embargo, el no haberme dado cuenta de que la *Señora* estaba en la puerta en ese momento, pues de lo contrario», etc.

Por último, los dos hombrecitos envueltos en sus sarapes y con sus armas, fueron arrojados del techo de la Diligencia, gracias a alguna oficiosa persona, probablemente por nuestro amigo Bruno, y, medio dormidos, cayeron como fardos al suelo, de donde les levantaron para dejarlos caer sobre el lomo de las mulas, y nosotros nos metimos en el carruaje. *Don* Miguel, sacando la cabeza por la portezuela, y sin tenerlas todas consigo, llamó a los dos fardos, y en un *sotto voce* teatral les dio instrucciones de cómo debían conducirse, y llenos de valor se fueron trotando por delante, mientras que nosotros, con mucho frío (respondo por mí) con algo de miedo, continuamos caminando.

Y no nos disgustó, sin embargo, descubrir, en el primer lugar en donde hicimos alto, y mientras cambiamos de caballos, una compañía de lanceros que a galope tendido, y con un oficial de

muy buena presencia a la cabeza, se acercaba a lo largo del camino; aunque cuando oí el percutir de los cascos de los caballos, y a la tenue luz del alba distinguí a los jinetes envueltos en una nube de polvo, creí que nos las teníamos que haber con una cuadrilla de ladrones. El capitán, prodigando sus excusas por la tardanza, nos informó que los alcaldes de Tepeyahualco, La Ventilla y de algunos otros pueblos, cuyos nombres he olvidado, habían preparado un almuerzo durante veinte días consecutivos en espera de la llegada de Su Excelencia: si se trataba de veinte almuerzos distintos o de uno solo, frío o *réchauffé*, esto quizás nunca lo sabremos.

El capitán montaba un caballo hermosísimo, al que hacía *caracolear* al lado de la Diligencia, y le ponía a mis órdenes con una profunda inclinación cuantas veces le miraba. Platicó con Calderón de ladrones y guerras, y de los diferentes sitios preferidos por esos caballeros, y le contó que a su primera mujer, por seguirle, la mataron en un encuentro, y lo cual no ha impedido a su segunda que también le siga por todas partes.

Al llegar a Tepeyahualco, después de pasar una continuación de llanuras estériles, cubiertas de pobrísimo pasto, un alcalde se adelantó al encuentro de la Diligencia y ofreció a Calderón el antes mencionado almuerzo de veinte días, que él rehusó dándole las más expresivas gracias. Quien se haya comido este almuerzo es algo enterrado en el pasado. Y si el alcalde se alegró o se entristeció, tampoco se pudo averiguar. Se fue haciendo reverencias, seguido de una india robusta y de no malos bigotes, que había permanecido de pie detrás de él mientras pronunciaba su discurso. Quizás fueron ellos dos los que dieron buena cuenta de ese festín por tantos días preparado, y que constituía, después de todo, uno de los muchos honores rendidos al primer mensajero de paz de la Madre Patria.

Con todo, teníamos muy buen apetito al bajarnos en la Ventilla, en donde nos estaban esperando varias de las autoridades que

habían venido a dar la bienvenida a Calderón, Nos dieron aquí deliciosas *chirimoyas*, una especie de flan natural, que nos gustaron, no obstante que era la primera vez que las probábamos, y también *granaditas*, plátanos, *zapotes*, etc. Fue también en este lugar donde por vez primera probé el *pulque*; y desde el primer sorbo deduje que así como el néctar era la bebida del Olimpo, podíamos conjeturar con justicia que Plutón ha de haber cultivado el *maguey* en sus dominios. El sabor y el olor, combinados, me cogieron tan de sorpresa, que me temo que mis gestos de horror deben de haber sido cruel ofensa para el digno alcalde, quien le conceptúa como la bebida más deliciosa del mundo, y, de hecho, se dice que cuando se vence la repugnancia al principio, es después muy agradable. La dificultad debe consistir en vencerla.

Después de un mediano desayuno, en que el hambre hizo pasaderos el *chile* y el ajo, continuamos nuestra ruta, advertidos de que los ladrones se habían vuelto muy osados, y como en la siguiente etapa el peligro era mayor, teníamos que doblar la escolta. Desde que salimos de Perote, el paisaje ha ido, gradualmente, poniéndose de un aspecto más lúgubre, y de nuevo hemos entrado en el *mal país*, en donde sólo se ven unos cuantos abetos y pinos, ennegrecidos y desmedrados; negras masas de lava y, de vez en cuando, una cruz para señalar el sitio en donde se cometió un crimen o donde está enterrado algún famoso ladrón. De cada una de las cruces nos contó la sucinta historia *Don* Miguel. Unas líneas de Childe Harold son tan pertenecientes a estos parajes, que parecen escritas a su intención:

«Y aquí y allá, trepando por los riscos,
se advierten muchas cruces esculpidas
rudamente, a lo largo del sendero…
Son memorias de cólera humana:
pues donde quiera que la triste víctima

sucumbe al golpe de puñal infame,
nunca falta una mano compasiva
que una cruz alce, de madera tosca.
Y el bosque, y la cañada, centenares
de estas crucen ostentan a lo largo
de esta tierra, de sangre enrojecida,
de la ley no protege la existencia…».

La escena era grandiosa y salvaje, y, a la vez, triste y monótona, y no podía ofrecer mayor contraste con los primeros días de nuestra jornada. Y como únicas señales de vida, las largas filas de arrieros con sus recuas de mulas, y de cuando en cuando, una choza india, con algunas pobres mujeres y niños semidesnudos.

En un pequeño y solitario mesón, en donde helados de frío y exhaustos nos detuvimos, nos dieron un poco de vino caliente, muy aceptable. El que atendía la taberna, pues aquello no era otra cosa que un expendio de alcohol, si no era un ladrón, por lo menos lo parecía, por la fiereza, lo tétrico y lo siniestro de la expresión de su rostro. Nunca Salvatore pudo dibujar un tipo más clásico de bandolero como éste que teníamos delante de nosotros, con su frazada, el sombrero gacho, un cuchillo en la faja, alto, flaco, musculoso, rostro cetrino y ojos tristes y feroces. Sin embargo, nos mostró las huellas que dejaron en su puerta una partida de ladrones, que irrumpieron una noche y robaron una fuerte cantidad de dinero a unos viajeros que estaban durmiendo.

Calderón le preguntó de qué manera suelen los ladrones tratar a las mujeres que caen en su poder. «*Las saludan*», contestó el tabernero, «y algunas veces se las llevan al monte; mas esto ocurre rara vez, y sólo cuando temen que ellas puedan convertirse en confidentes».

En Ojo de Agua, en donde cambiamos de caballos, nos pudimos dar cuenta de la clase de comodidades que disfrutan los que viajan en coche particular o en *litera*, a menos que lleven consigo sus propias camas y gran acopio de provisiones; de no ser así, sólo disponen de un cuarto común, especie de granero, amontonados todos, sin una silla, sin una mesa y sin alimentos. Era una casa de aspecto solitario, que se levantaba en la llanura despoblada, mientras que unos cuantos carneros dispersos pastaban la yerba seca de las cercanías. Un hermoso manantial, del que toma su nombre el lugar, y el Orizaba, que parece haber viajado delante de nosotros, erguido con su audaz perfil contra un cielo de zafiro, es todo cuanto allí puede verse y que valga la pena de ser visto.

Cambiamos de caballos en Nopaluca, Acajete y Amozoc, todas poblaciones pequeñas, con muy poco más que la *posada* y unas cuantas casas, pobres y muy sucias todas. El país, sin embargo, mejora en la labor de los campos, cultivo *y en* fertilidad, aunque todavía imperan los pinares negros y toscos. Acompañados siempre por nuestras dos escoltas, que producían un grandioso efecto, entramos a eso de las cuatro a la Puebla *de los Ángeles*, la segunda ciudad después de México (sin contar Guadalajara), en la República, donde encontramos muy buenos cuartos preparados para nosotros en la posada, de donde, después de un corto descanso y de un refrescante baño, nos lanzamos a la calle para ver lo que pudiéramos ver de la ciudad, antes de oscurecer, antes de que llegara lo que de hecho ha llegado ya: ¡la *Nochebuena*!

Se requiere, por supuesto, algún tiempo para que el ojo se acostumbre al estilo arquitectónico adoptado en las colonias españolas. A primera vista, hay uno no sé qué de destartalado en estos portalones de madera, que parecen los de unos enormes graneros; en las grandes ventanas con rejas de hierro; en los mal enlosados patios, y aun en lo bajo de las azoteas; y luego, qué extraña impresión de malestar producen las calles, donde, a pesar

de que hoy es día de fiesta, no vemos sino grupos de campesinos o de mendigos. Y sin embargo, las calles de Puebla son limpias y regulares; las casas, muy grandes, y la catedral, magnífica, y espaciosa y bella la plaza.

La catedral está cerrada y no la abrirán sino para la misa de medianoche, lo cual no me importa mucho, puesto que, probablemente, hemos de volver a esta ciudad algún día.

El traje de las campesinas poblanas es bonito, especialmente en los días de fiesta. Una camisa de muselina blanca, adornada con randas en el borde inferior, el cuello y las mangas, plisadas con nitidez; un zagalejo más corto que la camisa, a dos colores, la parte baja hecha, por lo general, de tela blanca y roja, fabricada en el país, y la parte alta, de raso amarillo; un corpiño de raso de algún color vivo, recamado de oro o plata, abierto al frente, formando solapa. Este corpiño puede o no usarse, según el gusto de cada quien. Carece de mangas, pero se sostiene con tirantes en los hombros. El cabello partido a la mitad, trenzado detrás, y las trenzas unidas una con otra por medio de un anillo de brillantes; aretes largos y toda clase de gargantillas y medallas, y sonantes baratijas, colgadas del cuello. Una faja larga y ancha en diversos colores, algo así como el fajín de un militar, dando vuelta dos o tres veces al talle y anudándose detrás, en la que se esconde una cigarrera de plata. Una pañoleta de colores, envolviendo el cuello a guisa de amplio listón, sujeto en el frente con un prendedor, cuyas puntas bordadas en plata, quedan sujetas por la faja. Y un *rebozo*, no en la cabeza, sino sobre los hombros, como chal; y finalmente, medias de seda, o, por lo general, sin medias; y chapines blancos de raso, con adornos plateados.

Esto es para los días festivos. El traje de diario es el mismo, pero los materiales son más modestos; por lo menos no usan el corpiño recamado de plata, pero la camisa está siempre adornada con encajes y el zapato es de raso.

¡Nochebuena en Puebla! Para felicitar a Calderón por su llegada se ha llenado de visitas nuestro cuarto, el cual, para decir la verdad, es muy hermoso con sus sillas y sofá tapizados en rojo. Pero yo estaba ansiosa por *ver algo*. Como hemos de salir de Puebla muy temprano, se me ha prohibido ir a la misa de medianoche. Propuse que fuéramos al teatro, donde habrá un *Nacimiento*, que es la representación de algunas escenas relacionadas con el nacimiento de Cristo, tales como la Anunciación, la Sagrada Familia, la llegada de los Magos de Oriente, etc. Puesta a debate mi proposición se resolvió no ir, con lo que, hallando que no tengo nada que hacer, y cansada de conversación tan pulida, me permití irme a la cama.

Navidad.

Son como las tres de la madrugada, pero hace una hora que desperté con el canto de los himnos de la mañana de Navidad; y mirando por la ventana, vi, a la luz naciente, grupos de muchachas vestidas de blanco cantando en coro por las calles.

Acabamos apenas de tomar chocolate, y en medio de los cumplimientos y reverencias del hostelero, nos preparamos a salir para México.

CARTA VI

Salida de Puebla.—Chirimoyas.—Río Frío.—Juego indio.—La Selva Negra.—El Valle de México.—Recuerdos de Tenochtitlan.—Oficial mexicano.—Recepción.—Panorama.—Variedad en los trajes.—Vivas.—Tempestad de lluvia.—Entrada a México.—Buenavista.—La casa a la luz del día.—La vista desde las ventanas.—Visitas.—Etiqueta mexicana.—Condesa de la Cortina.—Flores en diciembre.—Serenata.—Himno patriótico.

México, 26 de diciembre.

Salimos de Puebla entre cuatro y cinco de la mañana, retardando a propósito nuestra partida, pues no queríamos llegar a México muy temprano, y lo hicimos contrariando la opinión de *Don* Miguel, quien suele tener razón cuando de estos negocios se trata. El día estaba hermosísimo, aunque los pronósticos eran de lluvia. Algunos caballeros fueron la noche última a ver el *Nacimiento*; dijeron que la concurrencia se componía en su totalidad de *Gentuza*; gente del pueblo, que bebía aguardiente y fumaba; fue, pues, una suerte que no nos asomáramos por allí.

El campo es ahora llano, pero fértil, y en conjunto, es lo que más se parece a Europa de todo lo que hemos visto hasta el presente.

En Río Prieto, un villorrio donde cambiamos de caballos, me di cuenta de que había venido sentada muy cómodamente apoyando mis pies sobre una cesta de chirimoyas, con lo que mis borceguíes, mi traje blanco y mi abrigo estaban empapados en el lechoso jugo, y que ennegreció con lo sucio del piso de la Diligencia.

No sin trabajos se bajó uno de los baúles, de donde saqué otro traje, para gran diversión de las Indias, que querían saber si mi vestido era la «última moda», y decían que estaba yo *muy guapa*. Nos dieron en este lugar un buen café caliente, y como era Navidad, todo el mundo se veía limpio y vestido para ir a misa.

Nos detuvimos a almorzar en Río Frío, punto situado a unas catorce leguas de México, donde hay una posada bastante buena, en un valle rodeado de bosques. La posada era propiedad de una bordelesa y de su marido, que suspiran por Burdeos, al menos veinte veces al día. Enfrente de la casa, algunos indios estaban divirtiéndose con un curioso y muy antiguo juego, especie de columpio, parecido a *El juego de los Voladores*, y muy popular entre los antiguos mexicanos. Nuestra huéspeda francesa nos dio muy bien de comer, sobre torio unas patatas excelentes y jaleas de varias clases, y durante toda la comida nos hizo la gracia de contarnos historietas de ladrones, robos y de horribles asesinatos. Al salir de Río Frío el camino se hizo más montañoso y cubierto de bosques, y a poco de caminar entramos en un paraje conocido con el nombre de la Selva Negra, gran guarida de bandidos y hermoso ejemplo de un panorama selvático, con arrogantes cedros, pinos y fresnos, con profusión de flores silvestres cuyo verde oscuro brilla por todas partes. Pero debo confesar que la impaciencia que sentía por ver México, la idea de que dentro de pocas horas estaríamos allí, me impidieron gozar de la belleza del panorama e hizo que me pareciera el camino interminable.

Por fin llegamos a las alturas desde donde se contempla el inmenso valle, alabado en todas las partes del mundo, cercado de

montañas eternas, con sus volcanes coronados de nieve y los grandes lagos y las fértiles llanuras que rodean la ciudad favorita de Moctezuma, orgullo y vanagloria de su conquistador, y antaño la más brillante de las joyas, entre muchas, de la Corona Española. Pero el cielo se había encapotado, y, además, no es éste el camino más agradable para llegar a México. La ciudad distante dejaba ya vislumbrar las agujas de sus innumerables campanarios. Por encima de las nubes que envuelven la falda de los volcanes, las nevadas cimas, que parecían domos de mármol, dominaban el espacio. Y mientras la vista se esforzaba en la contemplación del fondo del valle, todo se me fue apareciendo más bien como una visión del Pasado que como una revelación del Presente, actual y palpitante. Diríase que el telón del Tiempo volvía a levantarse, para descubrirnos el vasto panorama que bruscamente apareció ante los ojos de Cortés, cuando le vio por vez primera desde los encumbrados llanos. Un Conquistador, temeroso de Dios, y cuya lealtad y religión se fundían de tal modo con los usos de la antigua España, que habría sido difícil juzgar cuál de estos sentimientos le gobernaba con mayor fuerza. La ciudad de Tenochtitlan, levantada en medio de los cinco grandes lagos; sobre verdes islas cubiertas de flores, al estilo de una Venecia occidental, con millares de embarcaciones deslizándose raudas a lo largo de los canales; sus hileras de casas bajas, en contraste con las pirámides de los templos, los Teocalis, o casas de Dios; canoas surcando el espejo de los lagos; corpulentos árboles, las flores, y el agua infinita, ahora ausente del paisaje; … valle fecundo, rodeado de montañas eternas y de volcanes coronados de nieve… ¡Cuántas escenas de prodigio y de belleza, las que surgían de improviso ante los asombrados ojos de aquellos primeros descubridores!

Después, los bellos jardines ciñendo a la ciudad; el Emperador de piel suavemente bronceada, que avanza en persona, en medio de la nobleza india, con rico vestido y pies descalzos, para recibir a su inoportuno y no invitado huésped; los esclavos, el oro y las

preciosas plumas, para ponerlo a los pies de su «Sacra Real Magestad». ¡Qué de cuadros se evocan recordando las sencillas narraciones de Cortés; y con qué fuerza vienen a la memoria, cuando después de tres siglos contemplamos la ciudad de los palacios, fundada sobre las ruinas de la capital india! Apenas nos parecía posible que estuviésemos ya tan próximos al término de nuestro viaje, y en medio de lugares tan extraños, sólo dos meses menos dos días después de nuestra salida de Nueva York, a bordo del «Norma». ¡Por cuánta agua y por cuánta tierra hemos pasado desde entonces! ¡Cuánto hemos visto! ¡Cuántas mudanzas del clima en sólo los últimos cuatro días!

Pero mis pensamientos, que a través de tres siglos divagaban por el pasado, hubieron de volver bien pronto al presente, con la llegada de un oficial, que, vestido de gran gala y al frente de su tropa, venía a dar, en nombre del Gobierno, la bienvenida al portador del ramo de oliva de la antigua España. El oficial había permanecido a caballo desde el día antes, esperando nuestra llegada. Como había comenzado a llover, el oficial, coronel Miguel Andrade, aceptó nuestra invitación de guarecerse en el interior de la Diligencia. A nuestros lados galopaba ahora una tropa numerosa; y no habíamos avanzado mucho, cuando vimos que, a pesar de la lluvia y que ya había comenzado a oscurecer, llegaba una gran cantidad de carruajes y de jinetes, que formaban una multitud enorme que acudía a recibirnos. A poco, se detuvo la Diligencia, y se nos invitó a entrar en un espléndido carruaje, tapizado en oro y rojo, con el escudo de la República, el águila y el *nopal*, bordados en oro en el cielo del coche, el cual estaba tirado por cuatro hermosos caballos blancos. En medio de esta inmensa procesión de tropas, coches y jinetes, hicimos nuestra entrada en la ciudad de Moctezuma.

El campo, por esta parte de México, es árido y llano, y en el sitio donde antes las aguas de las *Lagunas*, llenas de alegres canoas, rodeaban la ciudad y formaban canales a través de sus ca-

lles, sólo vemos ahora desoladas tierras pantanosas, a las que apenas les dan vida bandadas de patos silvestres y otras aves acuáticas. Pero el aspecto desolado de la Naturaleza desaparecía ante la alegre y brillante procesión: los uniformes de escarlata y oro; los *sarapes* de vivos colores; los trajes de los caballeros (en su mayoría, españoles, según creo), con sus hermosos caballos, sus altas sillas mexicanas, con las *anqueras* hechas por lo general de piel negra, bordadas de oro, las chaquetas de magníficas pieles, pantalones con botonadura de plata, sus botas de cuero repujado, estribos de plata y sus graciosas *mangas* con puntas de terciopelo, negras o de color.

En las puertas de México se detuvieron las tropas, y al entrar el carruaje se lanzaron tres vivas entusiastas. La noche se estaba echando encima y la lluvia caía a torrentes, y sin embargo, más coches, llenos de señoras y de caballeros, venían a agregarse a los demás. Nos encontramos que, *provisoirement*, habían tomado una casa en las afueras de Buenavista, gracias a la galantería de los españoles, y en particular de un rico comerciante que nos acompañaba en el coche, *Don* Manuel Martínez del Campo; tuvimos, por lo tanto, que atravesar todo México antes de llegar a nuestro destino, siempre acompañados de la multitud, con lo que, y a causa también de lo mal empedrado de las calles, caminamos muy despacio. A través de la lluvia y la oscuridad, la débil y fugaz luz de los faroles nos dejaba entrever grandes edificios, iglesias y conventos. Llegamos por fin, en medio de una lluvia torrencial; y Calderón, al descender del carruaje, dio las gracias por el recibimiento de que habíamos sido objeto, y puso en la mano del sargento algunas onzas para los soldados. Entramos luego en la casa, acompañados del oficial mexicano y de un gran número de españoles.

Encontramos la casa muy buena, especialmente si se toma en cuenta que nos la habían amueblado en el término de cuarenta y ocho horas; y también encontramos la mesa puesta con una cena

caliente y exquisita, a la que hicimos debida justicia, y nos despedimos después de nuestros amigos y, muy cansados, preparados para irnos a dormir.

Llegaron mucho más tarde los criados y los equipajes. Se habían quedado en la Diligencia al cuidado de *Don* Miguel, y parece que los ladrones, confundidos con la multitud, siguieron detrás de la Diligencia con el señuelo del botín, de manera que se vio obligado a conseguir dos carruajes: uno para la servidumbre y otro para el equipaje; en el segundo subió el mismo *Don* Miguel. El pobre estaba cansadísimo y empapado, y tuvimos que reconocer de que una buena parte de estas confusiones y dificultades, causadas principalmente por la tormenta y la oscuridad, se habrían evitado si hubiésemos salido de Puebla algunas horas antes de lo que lo hicimos.

Sin embargo, «a buen fin no hay mal principio». Pensé en la Navidad en nuestra alegre Inglaterra, y en nuestras reuniones familiares de los días idos; y como si no hubiera uno viajado bastante con el cuerpo, empecé a viajar con la imaginación hacia muy lejanas y diferentes escenas, y me dormí al fin con mis pensamientos en Escocia, para despertarme en México.

Nuestra casa, a la luz del día, nos pareció muy bonita, con su amplio jardín lleno de flores y profusión de rosales en el patio; pero como es de un solo piso, se siente algo de humedad, y el tiempo, aunque hermoso, es tan fresco por la mañana, que algunas alfombras, y aun a veces pienso que un *soupçon* de fuego, no nos vendría mal. Las alfombras pueden conseguirse en seguida, pero no las chimeneas y las estufas, porque aquí no las hay, y creo, además que el fuego en la mañana resultaría desagradable si estuviese encendido por más de una hora.

Es una casa sola, con un patio grande, y enfrente pasa el gran acueducto de piedra, obra magnífica de los españoles, aunque no tanto quizás como las que surtían de agua la antigua Tenochti-

tlan. Detrás de la casa sólo se ven algunas casas viejas, con árboles, de modo que podemos considerarnos casi en el campo. A la derecha se ve un gran edificio, con jardín y un olivar, donde estuvo la Legación Inglesa; es un palacio, por su tamaño. Después le ocupó Santa Anna, y ahora pertenece al señor Pérez Gálvez; y es una casa que nos haría felices si el propietario quisiera alquilárnosla.

Pero lo que más nos llama la atención son los curiosos y pintorescos grupos de gentes que vemos desde las ventanas: hombres de color bronceado, con sólo una frazada encima con la que se envuelven, sosteniendo con garbo sobre sus cabezas vasijas de barro, precisamente del color de su propia piel, de modo que parecen figuras de *térra cotta*; y llevan en las vasijas dulces o blancas pirámides de grasa (*mantequilla*); mujeres con *rebozo*, de falda corta, hecha jirones casi siempre, aunque por debajo de la enagua asoma un encaje; sin medias, con sucios zapatos de raso blanco, aun más pequeños que sus pequeños pies morenos; señores a caballo, con sillas y *sarapes* mexicanos; *léperos* holgazanes, patéticos montones de harapos que se acercan a la ventana y piden con la voz más lastimera, pero que sólo es un falso lloriqueo, o bien, echados bajo los arcos del acueducto, sacuden su pereza tomando el fresco, o tumbados al rayo del sol; cuando no se sientan durante horas en el umbral de alguna puerta, asoleándose, o se protegen a la sombra de las paredes; las indias, con sus ceñidas faldas de tela oscura, el cabello trenzado entretejido con cintas rojas, y que han dejado sus canastas en el suelo para descansar, mientras «examinan» con extraordinaria atención las cabezas de su cobriza progenie. Por ahora, tenemos bastante en que fijar la atención.

Llegaron algunos visitantes muy temprano, caballeros todos, tanto españoles como mexicanos. El *señor* Arrangoiz, decididamente el hombre más feo que jamás haya yo visto; jorobado y con una sonrisa que espanta y repugna; célebre, sin embargo,

por sus *bonnes fortunes*; el *señor* de Gorostiza, ex ministro de Hacienda, sujeto extremadamente ingenioso y agradable, y que goza de cierta celebridad como autor dramático; el Conde de la Cortina, antiguo gentilhombre de Cámara en España, casado con una bella andaluza, y totalmente mexicanizado, por aquello de allí va el corazón do están los bienes. Es persona muy caballerosa y distinguida, y de una gran elocuencia en la conversación. He oído llamarle *inconsecuente* y caprichoso: pero ha recibido a Calderón, a quien conoció íntimamente en Madrid, con todo el afecto de una vieja amistad.

Nos han dicho que desde hace algún tiempo hay el proyecto de darle a Calderón una serenata, con música, letra y ejecución por jóvenes españoles residentes aquí.

Han de transcurrir todavía uno o dos días, antes de que pueda satisfacer mi curiosidad de salir a la calle, pues primero tienen que hacerse los necesarios arreglos concernientes a coche y caballos o mulas, servidumbre, etc., pues nuestros coches de los Estados Unidos no han llegado aún, y es fácil prever, con sólo pasar una vez por estas calles, que únicamente los carruajes ingleses, construidos con mayor solidez, puedan aguantar el uso y abuso de una vida en México, y que los coches hasta cierto punto endebles que ruedan por las bien pavimentadas calles de Nueva York, no durarían aquí largo tiempo.

Entre tanto, recibimos muchas visitas; pero principalmente de señores, entre ellos muchos españoles, porque existe aquí un formulismo únicamente mexicano, pues no acierto a imaginar otra procedencia, por el cual todo recién llegado, cualquiera que sea su rango, y sin exceptuar a los ministros extranjeros deben dar cuenta en solemnes letras de molde, a cada familia de cierta consideración de la capital, que han llegado, poniéndose ellos y su casa a su *disposición*; de no cumplir con este requisito, la familia recién llegada permanecerá totalmente desconocida e ignorada.

Para el efecto, ya se están imprimiendo nuestras tarjetas bajo los auspicios del Conde de la Cortina.

Sin embargo, he recibido la visita de algunas señoras que, en deferencia a mi persona, han puesto amablemente a un lado cumplimientos, entre ellas, la Condesa viuda y la joven Condesa de la Cortina; la primera es una mujer muy distinguida, de gran talento natural, una de las auténticas damas de la antigua escuela, de las que no quedan muchas en México; la otra, sumamente bonita, amable y despierta, es una verdadera andaluza: en belleza y en ingenio. La vieja Condesa llevaba un vestido de terciopelo negro, mantilla de blonda negra, pendientes y broche de diamantes; y su nuera, ataviada también de negro con mantilla, y venía con ella su hija pequeña, muy graciosa y bonita y cuyos ojos habrán de producir estragos en la próxima generación.

Se mostraron sumamente amables y cordiales; si abundan en México personas como éstas, no tendremos motivos para quejarnos. Y espero que no esté yo viendo la crema antes de la leche.

A mí me parece que algunas de las visitas de los mexicanos exceden en duración todo cuanto pudiera una imaginar acerca de una visita, pues que rara vez duran menos de una hora, y a veces se prolongan hasta ocupar una buena parte del día. Cuando menos los caballeros, los cuales no tienen hora fija para llegar. Si es hora de almorzar, ellos lo harán con vosotros; si a comer, lo mismo; si estáis dormidos, esperan a que despertéis, y si habéis salido, vuelven. Un individuo de aspecto insignificante, cuyo nombre ni siquiera alcancé a oír, vino ayer poco después del desayuno; se estuvo sentado, ¡y se quedó a comer con nosotros un retrasado almuerzo! Esto no se debería llamar visita, sino perseverancia, aun cuando confío que no ha de ocurrir con frecuencia el que se llegue a tal extremo. Casa abierta y mesa puesta para vuestros amigos, entre los cuales quedan incluidos aun aquellos que conocéis sólo de vista; éstas son las trasplantadas costumbres de la hospitalidad española.

Nos han visitado el señor… y su esposa…, personas muy corteses y serviciales, siempre de acuerdo entre si, con uno y con todo el mundo, casi tanto como Polonio lo estaba con Hamlet. Nuestra conversación me hizo acordarme de éstos todo el tiempo que estuvieron de visita.

Acabo de traer del jardín una enfaldada de rosas, claveles y chícharos de olor. Rosetta no podría cantar aquí:

> «Porque junio y diciembre nunca están de acuerdo».

El tiempo es magnífico, el aire fresco y transparente, y el cielo es un anchuroso espacio de azul brillante, sin una sola nube. Hoy por la mañana hacía frío, pero ahora, que serán las diez, el aire está tan suave y fragante como entre nosotros en un día de verano.

28. Día de la memorable serenata. Después de comer me pagaron la visita algunas señoras; entre otras, la esposa y la hija del Cónsul español, señor Murphy, y a quienes acompañaba la hermana del Conde de Agreda. Ellas, junto con unos cuantos caballeros, llegaron a eso de las seis de la tarde, y la serenata no debía comenzar hasta las doce. Se puede suponer que nuestra conversación, por agradable que fuese, no podría sostenerse hasta esa hora. De hecho, a las nueve el sueño estaba ya para vencernos, y creo que a las diez ya nos habíamos entregado a un sesteo ligero, pero tranquilo, cuando nos despertó el alboroto de la multitud que se congregaba frente a la puerta, y el ruido de los coches que llegaban. Como no sabíamos quiénes los ocupaban, no podíamos invitarlos a que entraran a la casa, lo cual no dejaba de ser muy poco hospitalario, pues, no obstante lo hermoso de la noche, ha-

cía frío. Cerca de las once de la noche llegaron el Conde y la Condesa de la Cortina con la *señora* de Gorostiza española, mujer de gran hermosura, que se ve tan joven como sus hijas; también las lindas hijas de la propietaria de la casa, que fue una gran belleza, y casada con el tercer marido, y una persona menudita, vivaracha y de mucha labia, la señora de L…, todas españolas, y las cuales, bien sea por este motivo, o ya porque sus maridos son antiguos amigos de Calderón, no han esperado que se cumpla con el requisito de enviarles tarjeta. Fueron llegando, sin embargo, algunas señoras mexicanas a las que habíamos enviado invitación. Otras, con el pretexto de que no estaban en *toilette*, se quedaron en sus coches. Tuvimos caballeros *à discrétion*, y en las habitaciones de recibir no cabía un alfiler.

Sería la medianoche, cuando llegó portando antorcha, una tropa de soldados mexicanos, así como profusión de músicos, tanto aficionados como profesionales, principalmente de los primeros, y gente que llevaba atriles, violines, violoncelos, trompas francesas, etc., junto con una inmensa multitud, a la que se mezclaba gran número de *léperos*, de tal manera que el gran espacio entre la casa y el acueducto, y la misma calle, estaba cubierto de gente y coches, hasta perderse de vista. Abrimos de par en par las ventanas, que están al nivel de la calle, con grandes rejas de hierro, y la escena, a la luz de las antorchas, era muy curiosa. Los soldados mexicanos sosteniendo las luces para alumbrar a los músicos, los cuales pertenecían a diversos países, españoles, alemanes y mexicanos; los *léperos*, con harapientas frazadas y sus ojos salvajes brillando a la luz de las antorchas; las señoras en el interior, y la multitud en el exterior, todo contribuía a formar un divertido *spectacle*.

Se dejó oír, por último, el coro, acompañado de toda la orquesta. Las voces eran excelentes y muy buena la música instrumental, y apenas podía yo creer que la mayor parte de los ejecutantes fuesen simples aficionados.

Un himno, compuesto para esta ocasión, y del cual recibimos en la mañana un ejemplar encuadernado con muy buen gusto, produjo un gran efecto. La música era del *señor* Retes y la letra del *señor* Covo, españoles ambos. Se ejecutaron varias oberturas de las últimas óperas, y al final de lo que parecía el primer acto, y en medio de los ensordecedores aplausos de la multitud, Calderón me hizo dar las gracias desde la ventana ¡en un magnífico español improvisado! Se oyeron gritos de «¡Viva España!», «¡Viva Isabel II!», «¡Viva el Ministro de España!». Grandes y continuadas aclamaciones. Calderón contestó con «¡Viva la República Mexicana!», «¡Viva Bustamante!» y la gritería fue tremenda. Por último, un andaluz que se encontraba entre la multitud, lanzó un «¡Viva todo el mundo!», cuya agudeza provocó la hilaridad general.

Después de repartir puros y ponche caliente, refresco muy adecuado en una noche tan fría, comenzó de nuevo la música, hasta que todo acabó con el himno nacional de España, con letra apropiada. Pidieron entonces los de adentro, y rogaron los de afuera, a una muchacha española, cuya voz es aquí celebrada, que cantase ella sola el himno compuesto en honor de Calderón; y aunque vacilante en cantar ante un público tan inmenso consintió en ello, sin embargo, y con una voz de clarín cantó ella sola, con acompañamiento de orquesta, las estrofas, acompañada en el coro por toda la multitud. Os mando una copia.

HIMNO PATRIÓTICO

Que varios españoles, residentes en México, dedican al Excmo. Señor Don Ángel Calderón de la Barca, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica en la República, con motivo de su llegada a dicha capital.

CORO

Triunfamos, muigos,
triunfamos en fin,
y libre respira
la patria del Cid.

La augusta *Cristina*,
de España embeleso,
el más tierno beso
imprime a *Isabel*:
«Y reina, le dice,
»no ya sobre esclavos;
»sobre iberos bravos,
»sobre un pueblo fiel».

Triunfamos, amigos, etc.

¿Dónde está, Carlos,
la pérfida hueste?
Un rayo celeste
polvo la tornó.
Rayo que al malvado
hundió en el abismo,
rayo que al Carlismo
libertad lanzó.

Triunfamos, amigos, etc.

Al bravo Caudillo,
al bueno, al valiente,
ciñamos la frente
de mirto y laurel.
En diestra animosa,
heroico guerrero,
tu diestra, Espartero,
sojuzgó al infiel.

Triunfamos, amigos, etc.

Veránse acatadas
nuestras santas leyes;
temblarán los reyes,
de España al poder.
Y el cetro de oprobio,
si empuña un tirano,
de su infame mano
le haremos caer.

Triunfamos, amigos, etc.

Salud a Isabel,
salud a Cristina,
que el cielo destina
la patria salvar.
Y el libre corone
la cándida frente,
de aquella inocente

que juró amparar.

Triunfamos, amigos, etc.

Y tú, mensajero
de paz y ventura,
oye la voz pura
de nuestra lealtad.
Oye los acentos
que al cielo elevamos,
oye cuál gritamos
Patria, «Libertad».

Triunfamos, amigos, etc.

Tú el símbolo digno
serás. Calderón,
de grata reunión,
de eterna amistad.
Que ya en ambos mundos
la insana discordia
trocóse en concordia
y fraternidad.

Triunfamos, amigos, etc.

¡Vivas! y ¡Bravos! rasgaron los aires cuando acabó de cantar la *Señorita* de F… Su voz es bella, y después de breve titubeo, cantó con mucho ardor y entusiasmo. Y con esto llegó a su fin la serenata, y, en seguida, músicos y cantantes fueron invitados a en-

trar, y eran tantos que a duras penas cabían en la habitación. Más puros, más ponche y más dar gracias. A eso de las tres de la mañana empezó a dispersarse la multitud, y cuando, por último, terminaron las despedidas a la española, lo cual no es cosa de broma, el capitán Estrada, Calderón y yo, los tres ateridos y temblando de frío —habíamos pasado la noche con las ventanas abiertas—, nos reconfortamos con un caliente chocolate y ponche y nos fuimos a soñar con dulces melodías. Total, un espectáculo que por ningún motivo hubiera yo querido perder.

El entusiasmo causado por la llegada del primer Ministro de España parece que va en aumento. Los cómicos preparan, en honor suyo, una *función extraordinaria*, y los toreros una corrida también extraordinaria, con fuegos artificiales. Pero todo esto no lo debéis tomar como una cortesía a la persona. Es tan sólo una muestra de buena voluntad al primer representante de la Monarquía Española, que trae de la Madre Patria el reconocimiento formal de la Independencia Mexicana.

CARTA VII

Mi debut en México.—Catedral.—Templos de los aztecas.—Concurso.—Piedra de los sacrificios.—Palacio.—*Léperos* impertinentes.—Visita al Presidente.—Condesa de la Cortina.—Gritos callejeros.—*Tortilleras*.—«Sartor Resartus».

Hice mi debut en México yendo a misa a la Catedral. Al atravesar el coche la Alameda, que se encuentra cerca de nuestra casa, admiramos sus nobles árboles, las flores y las fuentes, y bajo el sol todo era un golpe de brillos para la vista. Eran pocos los carruajes que transitaban por ella; se veían algunos caballeros montando a caballo; unas gentes amantes de la soledad, descansaban en las bancas de piedra; profusión de mendigos, y los *forçats* con sus cadenas, regando las avenidas. Pasamos por la calle de San Francisco, la calle más hermosa de México, tanto por sus tiendas como por sus casas (entre ellas, el palacio de Iturbide, ricamente labrado, pero ahora casi en ruinas), y que termina en la plaza en donde se levantan la Catedral y el Palacio. Las calles estaban llenas de gente, pues era día de fiesta; y en un cielo transparente, el sol dejaba caer sus rayos sobre un conjunto de vivos colores; y los pintorescos grupos de soldados, frailes, campesinos y señoras de velo; la falta absoluta de proporción en los edificios, el primor de tantas iglesias y viejos conventos; y ese aire de grandeza que reina por todas partes, aun en donde el tiempo puso su ma-

no o dejó en ruinas el talón de hierro de la revolución, todo contribuye a mantener la atención alerta y a excitar el interés.

Pasó el coche frente a la Catedral, construida sobre el sitio que ocupaban parte de las ruinas del gran templo de los aztecas; de aquel templo piramidal que construyó Ahuitzotl, el santuario tan mentado por los españoles, el cual comprendía diferentes edificios y santuarios, que ocupaban el terreno en que ahora se levanta la Catedral, y que incluye parte de la plaza y calles contiguas.

Nos han dicho que dentro del recinto del templo había quinientas habitaciones, y que el vestíbulo era de cal y canto, adornado de serpientes de piedra. Hemos oído hablar de sus cuatro grandes puertas, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales; de su patio enlosado, de sus grandes escaleras de piedra, y de los santuarios dedicados a los dioses de la guerra; de la plaza destinada a las danzas religiosas y de los sacerdotes y seminarios para las sacerdotisas; del horrible templo cuya entrada era una enorme boca de serpiente; del templo de los espejos y el de las conchas; de la casa que, para orar, tenía reservada el Emperador; de las fuentes sagradas, de los pájaros destinados al sacrificio, de los jardines de las flores sagradas y de las torres horrendas hechas con las calaveras de las víctimas; ¡extraña mezcolanza de lo bello y de lo espantoso! Dicen que en el Gran Templo cantaban noche y día cinco mil sacerdotes, en honor y en servicio de monstruosos ídolos, a los cuales ungían tres veces diarias con los más raros perfumes; y que los sacerdotes más austeros vestían de negro, su largo cabello teñido con tinta y sus cuerpos tiznados con las cenizas de araña y de escorpiones; y los hijos de los reyes eran sus Señores.

Y es curiosa, y dicho sea de paso, la creencia que tenían de que el dios de la guerra, *Mecitli*, había nacido de mujer, una Virgen santa, que servía en el templo, y cuando los sacerdotes supieron de su desgracia y quisieron lapidarla, se dejó oír una voz que de-

cía: «No temas, madre mía, pues he de salvar tu honor y mi gloria». Y así nació el dios, con un escudo en la mano izquierda, una flecha en la diestra, en la cabeza un penacho de verdes plumas, su cara pintada de azul y su pierna izquierda adornada con plumas. Así representaban su gigantesca estatua.

Tenían dioses del agua, de la tierra, de la noche, del fuego y del infierno; diosas de las flores y del maíz; se hacían ofrendas de pan, flores y joyas, pero también nos aseguraron que se sacrificaban anualmente de veinte a cincuenta mil víctimas humanas, sólo en la ciudad de México. Que estas cuentas han de ser exageradas, apenas podemos dudarlo, aun cuando entre los autores de estos relatos figura un obispo; mas con que fuera verdad la décima parte, es bastante para que reverenciemos la memoria de Cortés, quien con la Cruz puso fin al derramamiento de sangre inocente, fundó la Catedral sobre las ruinas de un templo en el que tantas veces se oyeron voces lastimeras, y en lugar de estos ídolos embadurnados con sangre, instituyó el culto de la dulce imagen de la Virgen.

Entre tanto, entramos al edificio cristiano que cubre un espacio enorme de terreno, y es de forma gótica, con dos altivas y ornamentadas torres, y que es todavía inmensamente rico en oro, plata y joyas. Una balaustrada que corre a lo largo del templo, que fue traída de China, vale mucho, según dicen, pero me parece más curiosa que bella. Es una composición de bronce y plata. No se veía un alma cuando llegamos al sagrado recinto, sólo *léperos* miserables, en andrajos, mezclados con mujeres que se cubrían con *rebozos* viejos y sucios; ya para irnos vimos, aquí y allí, a unas cuantas señoras de mantilla, pero dudo que llegaran a la media docena. El suelo está tan sucio que no puede uno arrodillarse sin una sensación de horror, y sin la determinación íntima de cambiarse después de ropa a toda prisa. Además muchos de mis vecinos indios estaban empeñados en algo que a vosotros os toca adivinar; estaban, de hecho, haciendo menos pesada la

opresión del sistema colonial sobre sus cabezas, o más bien, capturando y exterminando a los colonos, que en ellas forman enjambres, como los inmigrantes irlandeses en los Estados Unidos. ¡Qué alivio, después de la misa, encontrarme otra vez al aire libre! Me han dicho que, con excepción de ciertas ocasiones solemnes y en determinadas horas, son muy pocas las señoras que van a la Catedral para sus devociones. Tendré que ir aprendiendo todas estas particularidades a su debido tiempo.

Al salir vimos el Calendario Azteca, piedra redonda cubierta de jeroglíficos, que todavía se conserva y está empotrada en uno de los lados exteriores de la Catedral. Vimos después la piedra de los sacrificios, ahora en el patio de la Universidad; tiene esta piedra una hendidura en la que acostaban a la víctima, mientras que seis sacerdotes, vestidos de rojo, con las cabezas adornadas con penachos de plumas verdes (se han de haber visto como si fueran macacos), con aretes en el labio superior, la sujetaban, para que el pontífice le abriera el pecho y arrojase luego el corazón a los pies del ídolo, para ponerlo después en la boca de la estatua, con una cuchara de oro. Cortábanle en seguida la cabeza a la víctima para colocarla en la torre de las calaveras: se comían algunas partes del cuerpo y el resto lo quemaban o lo arrojaban a los animales salvajes que eran mantenidos en el palacio.

Estas interesantes reflexiones vinieron a nuestra memoria cuando contemplábamos la piedra, y era un desahogo el pensar que ahora es más decorativa que útil.

Después de salir de la Catedral, Calderón se puso sus condecoraciones en el coche, por ser este día el fijado para ser recibido por el Presidente, y nos dirigimos a Palacio, donde le dejé y regresé a casa. Fue recibido con gran ceremonia; una banda de música tocaba en el patio, y le recibió el Presidente con uniforme de gran gala, rodeado por todos sus ministros y ayudantes de campo, de pie, delante de un trono, bajo un dosel de terciopelo y descansando sus pies sobre un taburete, de la misma manera, qui-

zás, que solían hacerlo los virreyes. *¡Viva la República!* Calderón pronunció un discurso que fue contestado por el mismo Presidente, y ambas piezas oratorias podrán ser encontradas por los curiosos en dichas materias en el *Diario* del 31 de diciembre.

Mientras escribo, un horrible *lépero* me está viendo de reojo, a través de la ventana, recitando una interminable y extraña quejumbre, al mismo tiempo que extiende su mano con sólo dos largos dedos: los otros tres han de estar probablemente atados con disimulo. «*Señorita, señorita*, por el amor de la Santísima Virgen, por el amor de la purísima sangre de Cristo, por la milagrosa Concepción…». ¡El infeliz! No me atrevo a levantar la vista, pero siento que sus ojos se han fijado en un reloj de oro y en unos sellos que se encuentran sobre la mesa. Esto es lo peor que puede suceder en una casa de un solo piso… ¡Y ahora llegan otros! Una mujer paralítica, a horcajadas sobre la espalda de un hombre de barba, muy robusto, que tal parece que habría de recurrir a medidas más efectivas, si no fuese por los barrotes de hierro, y que exhibe un pie deforme, probablemente pegado detrás quién sabe por qué extraordinario artificio. ¡Cuánta quejumbre! ¡Cuántos andrajos! ¡Qué coro de lamentaciones! Esta concurrencia débese, con seguridad, al hecho de que ayer les mandamos algunas monedas. Trato de no darme por enterada y sigo escribiendo como sí estuviera sorda. Debo salir de la habitación, sin mirar a mis espaldas, y mandar al portero que les ahuyente. Porque aquí no se usan los cordones de campanilla…

Regreso otra vez para seguir escribiendo, recobrado apenas del susto que acabo de pasar. Al punto que empiezo a escribir, oigo pisadas cerca de mí y levanto la vista, ¡miradlo!, allí estaba mí amigo, con *el pie*, parado a dos pasos de distancia, con la mano extendida pidiendo una limosna. Sentí tal espanto, que por un momento pensé en darle mi reloj para librarme de su presencia. Sin embargo, me deslicé delante de él, dirigiéndole unas cuantas palabras ininteligibles, y corrí a llamar a los sirvientes, mandán-

dole con el primero que se presentó algunas monedas. El portero, que no lo había visto entrar, se ocupaba ahora de dispersar a la multitud. ¡Qué de vociferantes exclamaciones! Vino mi doncella y echó las cortinas, y me figuro que ya se van.

Ayer por la tarde me llevaron a visitar al Presidente. El Palacio es un edificio enorme, que contiene, además de los despachos del Presidente y de sus Ministros, los de los principales Tribunales de Justicia. Ocupa un lado de la plaza, mas su arquitectura no tiene nada de notable. En cada uno de los descansos de la escalera que íbamos subiendo, teníamos que pasar entre soldados que con sus capotes amarillos estaban tendidos en el suelo acompañados de mujeres de *rebozo*. Pasamos, a través de un vestíbulo, lleno asimismo de soldados, a una antecámara, en donde nos recibieron varios ayudantes de campo que nos condujeron a una pequeña habitación muy bien amueblada, en donde permanecimos algunos minutos, hasta que llegó un oficial que nos introdujo al salón de recepciones, que es muy hermoso, tapizado de carmesí y oro e iluminado con lujo. El general Bustamante vestía esta vez de paisano y nos dispensó un cordial recibimiento.

Parece hombre bondadoso, con una expresión de honestidad y benevolencia, franco y sencillo en sus maneras, y de ningún modo con aire de héroe. Su conversación no fue muy brillante, y no me acuerdo bien cuál fue el tema de ella, supongo que sobre el tiempo, y desde luego, y de preferencia, sobre medicina. No podría ofrecerse mayor contraste, tanto en la apariencia como en la realidad, que entre él y Santa Anna. Su mirada no tiene nada de diabólica. Es franco, abierto, sin reservas. Es imposible mirarle cara a cara y no creer que es un hombre honrado y bien intencionado. Un escritor carente de principios, pero muy inteligente, ha dicho de él que no está dotado de grandes capacidades ni de genio superior; pero bien sea por reflexión o por dificultad en comprender, es siempre extraordinariamente calmado en sus determinaciones, que antes de tomar partido inquiere y considera

hasta el fondo si será justo; mas una vez convencido de que lo es, o que le parece serlo, sostiene sus puntos de vista con firmeza y constancia. Añade el dicho escritor que está hecho más para obedecer que para mandar; por cuya razón fue siempre tan ciego servidor de los españoles y de Iturbide después.

Es fama que sabe ser buen amigo, que su honradez es proverbial y, por su persona, valiente; sin embargo su energía moral decae en algunas ocasiones. Es, en consecuencia, una persona estimable y que quiere cumplir con su deber hasta donde sus facultades se lo permiten, aun cuando es problemático determinar si posee aquella severidad y energía suficientes en estos desdichados días en que le ha tocado gobernar.

Después de una prolongada visita a Su Excelencia, fuimos a pagar la de la Condesa de la Cortina, dueña de una casa magnífica, con una continuación de espaciosas habitaciones, entre las que se distingue la sala por su hermosura y por su enorme tamaño, con las paredes exquisitamente pintadas con motivos religiosos, y en donde me encontré uno de los mejores pianos de cola fabricados por Broadwood. Mas, a pesar de los gabinetes incrustados de oro, de las buenas pinturas, y cientos de preciosos objetos, nuestros ojos europeos se sorprenden ante las numerosas impropiedades en el vestir, en los criados, etc., en todo lo cual se observa una ausencia de esmero en el buen cuidado de la casa. Y así esta mansión y la que se encuentra junto a ella, son por su grandeza verdaderos palacios, y la Condesa me recibe más bien como sí fuese yo hija suya que no como a una persona que acaba de conocer desde hace muy pocos días.

Hay en México diversidad de gritos callejeros que empiezan al amanecer y continúan hasta la noche, proferidos por centenares de voces discordantes, imposibles de entender al principio; pero el Señor… me los ha estado explicando, mientras empiezo a tener un más claro entendimiento de lo que significan. Al ama-

necer os despierta el penetrante y monótono grito del carbonero:

«¡Carbón, señor!». El cual, según la manera como le pronuncia, suena como «¡Carbosiú!».

Más tarde empieza su pregón el mantequillero:

«¡Mantequía! ¡Mantequía de a real y di a medio!».

«¡Cecina buena, cecina buena!»; interrumpe el carnicero con voz ronca.

«¿Hay sebo-o-o-o-o?». Esta es la prolongada y melancólica nota de la mujer que compra las sobras de la cocina, y que se para delante de la puerta.

Luego pasa el cambista, algo así como una india comerciante que cambia un efecto por otro, la cual canta:

«¡Tejocotes por venas de chile!» una fruta pequeña, que propone en cambio de pimientos picantes. No hay daño en ello.

Un tipo que parece buhonero ambulante deja oír la voz aguda y penetrante del indio. A gritos requiere al público que le compre agujas, alfileres, dedales, botones de camisa, bolas de hilo de algodón, espejitos, etcétera. Entra a la casa, y en seguida le rodean las mujeres, jóvenes y viejas, ofreciéndole la décima parte de lo que pide, y que después de mucho regatear, acepta. Detrás de él está el indio con las tentadoras canastas de fruta; va diciendo el nombre de cada una hasta que la cocinera o el ama de llaves ya no pueden resistir más tiempo, y asomándose por encima de la balaustrada le llaman para que suba con sus plátanos, sus naranjas y granaditas, etc…

Se oye una tonadilla penetrante e interrogativa, que anuncia algo caliente, que debe ser comido sin demora, antes de que se enfríe: «¡Gorditas de horno caliente!», dicho en un tono afeminado, agudo y penetrante.

Le sigue el vendedor de petates:

«¿Quién quiere petates de la Puebla, petates de cinco varas?». Y éstos son los pregones de las primeras horas de la mañana.

Al mediodía, los limosneros comienzan a hacerse particularmente inoportunos, y sus lamentaciones y plegarias, y sus inacabables salmodias, se unen al acompañamiento general de los demás ruidos. Entonces, dominándolos, se deja oír el grito de:

—«¡Pasteles de miel!».

«¡Queso y miel!».

«¿Requesón y melado bueno?». (El requesón es una especie de cuajada, que se vende como si fuera queso).

En seguida llega el dulcero, el vendedor de fruta cubierta, el que vende merengues, que son muy buenos, y toda especie de caramelos.

«¡Caramelos de espelma, bocadillo de coco!».

Y después, los vendedores de billetes de la lotería, mensajeros de la fortuna, con sus gritos:

«¡El último billetito, el último que me queda, por medio real!». Un anuncio tentador para el mendigo perezoso, que ha encontrado que es más fácil jugar que trabajar, y que a lo mejor tiene el dinero para comprarlo, escondido entre sus harapos. A eso del atardecer se escucha el grito de:

«¡Tortillas de cuajada!», o bien:

«¡Quién quiere nueces!», a los cuales le sigue el nocturno pregón de:

«¡Castaña asada, caliente!», y el canto cariñoso de las vendedoras de patos: «¡Patos, mi alma, patos calientes!».

«¡Tamales de maíz!», etc., etc. Y a medida que pasa la noche, se van apagando las voces, para volver a empezar de nuevo, a la mañana siguiente, con igual entusiasmo.

Las *tortillas*, alimento habitual del pueblo, y que no son más que simples pasteles de maíz, mezclados con un poco de cal, y de

la misma forma y tamaño de nuestros *scones*, las encuentro bastante buenas cuando se sirven muy calientes y acabadas de hacer, pero insípidas en sí mismas. Su consumo en todo el país se remonta a los primeros tiempos de su historia, sin cambio alguno en su preparación, excepto con las que consumían los antiguos nobles mexicanos, que se amasaban con varias plantas medicinales, que se suponía las hacían más saludables. Se las considera particularmente sabrosas con *chile*, el cual para soportarlo en las cantidades en que aquí lo comen, me parece que sería necesario tener la garganta forrada de hojalata.

Al desempacar hoy algunos libros, tuve que dar con el *Sartor Resartus*, el cual, por una curiosa coincidencia, se abrió por si solo, y para mi deleite, en el pasaje siguiente:

«El traje más sencillo», observa nuestro profesor, «de que hallo referencia en la historia, es el usado como uniforme en la caballería de Bolívar, en las últimas guerras de Colombia. A cada jinete se le entrega una frazada en cuadro, de doce pies en diagonal (a muchas les cortan las puntas para hacerlas redondas); en el centro se practica una abertura de dieciocho pulgadas de largo por la cual el soldado, desnudo como Dios le puso al mundo, introduce la cabeza y el cuello, y así monta a caballo, protegido contra los rigores del tiempo y de los golpes en los combates cuerpo a cuerpo (suelen enrollársela en el antebrazo izquierdo), *y con* lo que no sólo se viste, sino que le sirve de escudo y aun de adorno». Y es aquí, pues, donde hemos venido a topar con el verdadero «menosprecio de la antigua Roma por lo superfluo», que tal parece ha de merecer la aprobación del ilustre profesor Teufelsdroch.

CARTA VIII

Preparativos para un baile.—Familia agradable.—Magníficas voces.—Teatro.—Hábito de fumar.—Castillo de Chapultepec.—El virrey Gálvez.—Los cipreses de Moctezuma.—Una virreina.—Valle de México.—Día de Año Nuevo.—Apertura del Congreso.—Visitas del Cuerpo Diplomático.—Traje de poblana.—*Función* extraordinaria.—Teatro.—Visita a la Catedral de Guadalupe.—Divina pintura.—Obispo.—Mendigos.—Huevos de mosquitos.

El ocho de enero se dará un gran baile en el teatro, a beneficio de los pobres y bajo el patrocinio de las más distinguidas damas de México. Después de mucho deliberar entre las patrocinadoras, se ha decidido que sea un *bal costumé*, y se me está ocurriendo la idea de asistir en traje de poblana, el cual ya os describí antes. Como me han dicho que la *Señora* Gorostiza lo llevó en un baile en Londres, cuando su marido era ministro allí, le he enviado a mi doncella para que se informe en detalle.

Hemos visitado hoy a una familia, parientes cercanos de los Cortina, y que han sido bondadosos en exceso con nosotros; es la del *Señor* Adalid, casado con una hija de *Don* Francisco Tagle, un mexicano de los más distinguidos. Nos encontramos con una casa muy grande y muy hermosa, con las paredes y los techos pintados al estilo español, que, cuando bien trabajado, produce un efecto admirable. La señora de la casa, que sólo tiene dieci-

nueve años, me cautivó desde el primer momento. No es una belleza perfecta, pero de ojos negros y cejas de gran hermosura, de piel blanca y cabello rubio, y una expresión de acabada bondad, y de muy agradables maneras. Me quedé sorprendida oírle cantar unas canciones italianas muy difíciles, con gran expresión y facilidad maravillosa. Posee una hermosa voz de contralto, muy cultivada; y cantó con tal deleite, y con tanta benevolencia y disposición, que, a no haber sido mi visita la primera, le habría pedido que continuase cantando durante media mañana. Dicen que las buenas voces son aquí moneda corriente, y es natural que así sea en un país cuyos pobladores pertenecen a la raza española; y la ópera, mientras la hubo, contribuyó grandemente a cultivar el gusto musical.

Por la noche fuimos al teatro. ¡Y qué teatro! Oscuro, sucio y foco de malos olores; y los pasillos que conducen a los palcos iluminados del modo peor, de suerte que en la oscuridad no sabe uno dónde pisa. La representación, otro tanto de lo mismo. La primera actriz, favorita del público, y que viste bien, goza de gran reputación por su buena conducta; pero es de madera, de una madera que conserva sus propiedades aun en las escenas más trágicas. Estoy convencida de que regresa a su casa sin una arruga en el vestido. Tiene además el vicio de levantar las comisuras de los labios iniciando una sonrisa, y al mismo tiempo frunce el ceño con lágrimas en los ojos, como si quisiera personificar un día de abril. Me gustaría oírle cantar:

«Dijo una sonrisa a una lágrima…».

No hubo aplausos; y la mitad de los palcos estaban vacíos, y tal parecía que las personas que ocupaban los demás, lo hacían bajo la fuerza de la costumbre, y por ser ésta la única diversión de la noche. El apuntador habla tan alto que, como:

«los acontecimientos por venir proyectan
su sombra antes…».

daba a conocer discretamente al público cada palabra, antes de ser oídas oficialmente desde el escenario. Fumaba todo el patio, fumaban las galerías, fumaban los palcos y fumaba el apuntador de cuya concha salía una rizada espiral de humo, que daba a sus profecías un viso de oráculo délfico.

«La fuerza del *filmar* no podía ir más lejos». Un teatro, ciertamente, indigno de esta hermosa ciudad.

31. Hemos pasado el día visitando el Castillo de Chapultepec, que está a una corta legua de México, y que encierra él solo más recuerdos que todos los demás sitios que por sus tradiciones pueda México vanagloriarse. Si estos blanquecinos cipreses pudieran hablar, qué de historias no nos contarían; ellos, que han estado en pie, con sus barbas largas y grises, extendiendo sus venerables brazos, centuria tras centuria; ya viejos cuando Moctezuma era un niño, aun vigorosos en los días de Bustamante. Aquí el último de los emperadores aztecas se recreaba con su harem de ojos negros. Y descansaba bajo la sombra de estos árboles gigantescos, fumando quizás el «tabaco mezclado con ámbar», y tal vez le venció el sueño, sin que le turbara la visión de aquel audaz viajero del Oriente lejano, cuyas velas acaso ya se vislumbraban desde el litoral. En estos aljibes se bañó. Aquí estaban sus jardines, su avería, y los estanques con peces. A través de éstos, ahora desiertos y espesos bosques, fue llevado por los jóvenes nobles en su litera abierta, bajo espléndido dosel, de la cual descendía para pisar las ricas telas que sus esclavos le tendían a su paso sobre el verde y aterciopelado césped.

Y desde la misma roca donde se yergue el castillo, pudo dominar con la vista el valle fértil y la gran ciudad, con las canoas cubriendo los lagos; la extensión de pueblos y templos, los floridos vergeles y un futuro sin recelo, ¡como si nunca pudiera empañarse una visión tan esplendente!

Cuenta la tradición que en estas cuevas, cisternas y bosques, se aparece la sombra de la amante del conquistador, la famosa *Doña* Marina; pero yo creo que se espantaría de encontrarse con el indignado espíritu del emperador indio.

El castillo mismo, aunque moderno, es un centro de tradición. El virrey Gálvez, que lo construyó, pertenecía, sin duda, a una generación que se fue para siempre. Los aposentos, solitarios y abandonados, las paredes en ruinas; los vidrios de las ventanas y la carpintería de las puertas se vendieron; y levantándose a tan gran altura, expuesto a todo el embate de los vientos, el castillo se va destruyendo con rapidez. Nos acompañaba el Conde de la Cortina, y nos recibió el gobernador mexicano, que rara vez reside aquí, y el cual cortésmente nos llevó por todas partes. Mas no es Chapultepec un lugar de exhibición. Hay que ir a primera hora de la mañana, cuando el rocío cubre todavía el césped, o por la tarde, cuando los últimos rayos del sol bañan de luz rosada las nevadas cumbres de los volcanes; y entonces, bajaros del caballo, o descended del coche, y vagad, sin rumbo ni propósito, ni hora fija para el regreso.

Emprendimos la marcha muy temprano pasando por una calzada magnífica que divide un grande y sólido acueducto de novecientos arcos; uno de los dos acueductos que surte de bebida a la ciudad, cuyas fuentes se encuentran, la una en el cerro de Chapultepec, y la otra en Santa Fe, a mucha mayor distancia. Cuando llegamos, los soñolientos soldados que estaban tumbados a la bartola frente a las rejas, las abrieron para que entrara el coche, que nos llevó frente al gran ciprés conocido con el nombre de «el ciprés de Moctezuma», el más estupendo de los árboles, sombrío,

hierático e imponente, con sus ramas quietas entre las que jugaba un viento suave; de mayestática altura, y de cuarenta y un pies de circunferencia. Otro ciprés, que se levanta a corta distancia, y casi del mismo tamaño, es quizás más gracioso, y ambos, y todos los nobles árboles que hermosean estas elocuentes soledades, están cubiertos de una planta trepadora, parecida al musgo gris, que, colgando de cada rama, como largas y grises cabelleras, les da una apariencia venerable y druídica.

Nos paseamos por las nobles avenidas, descansando a veces bajo los árboles; nos abrimos paso entre los apretados arbustos, que presumían con sus flores y pequeñas frutas de colores, y andando a tiento alcanzamos a llegar a la gruta, y vimos la espaciosa y transparente alberca, y gozamos un rato de su viejo jardín, para regresar después a nuestro carruaje para que nos subiera por la escarpada cuesta que conduce al castillo, cuya construcción despertó las suspicacias del Gobierno en contra del joven conde, que llevado por su inclinación por lo pintoresco, escogió esta altura para levantar en ella su residencia de verano.

El interior nunca llegó a concluirse, y aun ahora, tal como se encuentra, le costó al gobierno español trescientos mil pesos. Observando sus poderosas ventajas militares y lo dominante de su posición, fortificada con muros salientes y parapetos que ven hacia México, y en el lado del norte, grandes fosos y vastos subterráneos, capaces de contener provisiones para muchos meses, las sospechas del gobierno de que era una fortaleza disfrazada de retiro de verano, no parecen, en resumidas cuentas, tan gratuitas.

La virreina Gálvez tan hermosa como amada de todos, era adorada en México. Una hermana suya, que todavía vive, y que me visitó en días pasados, me decía que su belleza consistía, principalmente, en la extraordinaria blancura de su cutis, y, además, son pocas las *blondes* que pueden verse de este lado del mundo.

La vista, desde la terraza que corre alrededor del castillo, es de una grandeza imposible de imaginar. Toda la extensión del Valle de México se desenvuelve como en un mapa; la ciudad misma, con sus innumerables iglesias y conventos; los dos grandes acueductos que cortan la llanura, y los álamos, y los chopos de las calzadas que conducen a la ciudad, circundada por pueblos, lagos y planicies. Al norte, la magnífica catedral de Nuestra Señora de Guadalupe; al sur, las poblaciones de San Agustín, San Ángel y Tacubaya, como escondidas entre la arboleda de este inmenso jardín. Y si en los llanos hay campos yermos y edificios cayéndose en ruinas, el glorioso orbe de montañas subyugadas por la enormidad de los dos volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, el Gog y el Magog del valle, con sus gigantescas faldas que grandes masas de nubes van envolviendo pausadamente, y este cielo de turquesa, siempre risueño, dan a este paisaje, que contemplamos desde la altura, una belleza quizás sin paralelo.

1.° de enero de 1840. ¡Año Nuevo! El nacimiento del año nuevo no se anuncia como una festividad que merezca demostraciones particulares. Más toques de campanas, más misas cantadas; vestidos más alegres de los campesinos, en las calles, y mayor movimiento de coches, y las señoras que los ocupan más compuestas que de costumbre, cuando no van de visita, se entiende. Al pasar por la plaza esta mañana, se paró de repente nuestro carruaje y se quitaron el sombrero los criados. Al momento, toda la multitud, hombres, mujeres y niños, vendedores y marchantes, campesinos y *señoras*, el sacerdote y el seglar, cayeron de rodillas; ¡qué escena tan pintoresca! Apareció un coche, que lentamente se abría paso entre la multitud, con el misterioso *Ojo*, pintado a los lados de las portezuelas, tirado por caballos pintos y con sacerdotes en el interior, llevando los divinos sím-

bolos. En los balcones, en las tiendas, en las calles, todos se arrodillaban a su paso, anunciado por el tilín de una campanita.

Nos encontrábamos entonces a la puerta del Palacio, a donde fuimos esta mañana para asistir a la apertura del Congreso, pues las dos Cámaras están instaladas en el mismo edificio. La Cámara de Diputados no es de grandes proporciones, pero hermosa y de buen gusto. Frontero a la silla de la presidencia se encuentra la imagen, representada de cuerpo entero, de la Virgen de Guadalupe. Alrededor del salón, que tiene la forma de un hemiciclo, están inscritos los nombres de los héroes de la independencia, y el del emperador Agustín de Iturbide está colocado a la derecha de la silla presidencial, con su espada colgando de la pared; mientras que a la izquierda del asiento del primer magistrado hay un espacio en blanco; quizás destinado para que figure en él el nombre de otro emperador. La cantidad de sacerdotes con sus grandes sombreros de teja, y la entrada del Presidente, de gran uniforme, anunciada por la música y golpe de trompetas, y seguido por su Estado Mayor, ofrecía un aspecto tan antirrepublicano como pudiera uno desear que fuera una asamblea. Prevaleció el más absoluto decoro, y una calma inalterada. Dijo el Presidente su discurso tan en voz baja y con tal monotonía, que en la tribuna de los diplomáticos, donde yo me encontraba, apenas se podían oír sus palabras. No había señoras en la Cámara, excepción hecha de mí, y me alegro de no haberlo sabido antes, pues de saberlo, quizás me habría abstenido de concurrir.

Recibí ayer la visita de los caballeros del Cuerpo Diplomático, que aquí no son muchos; Inglaterra, Bélgica, Prusia y los Estados Unidos, son los únicos países representados, incluyendo España. El ministro francés no ha llegado aún, pero se le espera para dentro de pocos días. No me desagradó el oír hablar el inglés otra vez, ni menos conocer una persona tan caballerosa como es el ministro, que hace catorce años representa a nuestra Isla en esta República. Su visita, y un gran paquete de cartas que acabo de

recibir de París y de los Estados Unidos, me han hecho sentir como si se hubiera reducido a la mitad la distancia que existe entre donde me encuentro y mi país.

Una señora a quien no conozco, esposa del general Barrera, me mandó esta mañana, junto con sus parabienes, un hermoso traje de China *poblana*, con el ruego de que sí voy al baile de fantasía con ese atavío, me ponga el que ella me manda. Es un magnífico traje de China *poblana*, que consiste de una falda de lana color marrón, con fleco de oro, galones dorados y lentejuelas, y enagua bordada y adornada de ricos encajes, y que debe llevarse debajo de la falda. La sobrefalda, abierta en los lados y sujeta con lazos de colores, se adorna con galones de oro. Junto con esto debe lucirse una camisa enriquecida con bordados y encajes, que debe llevarse debajo un corpiño de raso, abierto al frente y bordado con oro, y una faja de seda anudada detrás, y cabos rematados con fleco dorado, y un pequeño pañuelo de seda alrededor del cuello, guarnecido también con fleco de oro. Tengo ya preparado otro traje, pero creo que éste es el más hermoso de los dos.

Los cómicos acaban de visitar a Calderón para informarle que el día tres darán una *función extraordinaria* en su honor, que hay un palco reservado para nosotros y que la obra que pondrán en escena será: «Don Juan de Austria».

4. Después de permanecer sentados durante cinco actos, regresamos anoche del teatro rendidos de cansancio. La representación fue «terriblemente» larga, desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada. Después del primer acto, el Gobernador y otros funcionarios se apresuraron a conducir a Calderón a un gran palco de en medio, destinado para él; pues no sabiendo cuál era el nuestro, habíamos ocupado el de la Condesa de la Cortina.

El teatro se veía bastante más decente que la vez anterior, mucho mejor iluminado, y de todos los palcos colgaban damascos de seda, para darle mayor realce a la ceremonia. Las señoras estaban también vestidas de traje de noche, y los palcos, llenos, así es que apenas sí se podía reconocer la sala de espectáculos.

Esta mañana visitamos la Catedral de Nuestra Señora de Guadalupe. En un coche iban Calderón y el Conde de la Cortina y la *Señora* Cortina y yo, en otro, guiado por el *Señor* Adalid, famoso por su pericia en el pescante. Era un coche descubierto, tirado por hermosos caballos blancos, que aquí llaman *frisones*, y con este nombre llaman a los caballos norteños, así procedan de Inglaterra o de los Estados Unidos, los cuales tienen mucho más alzada que los pequeños y briosos caballos del país. Como de costumbre, nos acompañaban cuatro mozos armados, a caballo.

Pasamos por suburbios pobres, en ruinas, sucios, y con tal promiscuidad de olores, que sólo me atrevería a desafiar con agua de Colonia. Después de salir de la ciudad, el camino no es muy atractivo, aunque en gran parte consiste en una ancha y recta calzada, con arbolado en ambos lados.

En Guadalupe, sobre la colina de Tepeyac, estuvo en otro tiempo el templo de Tonantzin, diosa de la tierra y del maíz, deidad benigna que no quería víctimas humanas y contentábase con sacrificios de tórtolas, golondrinas, pichones, etc. Era la protectora de los indios totonoquis. La espaciosa iglesia que ahora se levanta al pie del cerro, es una de las más ricas de México. Después de cubrirnos la cabeza con un velo, ya que no se permite llevar sombrero en el interior de las iglesias, penetramos en este santuario, famoso en el mundo, y nos deslumbró la profusión de plata usada en sus adornos.

La divina pintura de la Virgen de Guadalupe la representa con un manto azul cubierto de estrellas, túnica de rojo y oro, las ma-

nos juntas y sus pies sobre una media luna. La pintura es tosca, y el mérito de ella estriba únicamente en la aureola de su tradición.

Visitamos después una pequeña capilla, cubierta por una cúpula, construida sobre una fuente brotante de agua hirviente, cuyas aguas poseen propiedades milagrosas; aquí compramos unas cruces y medallas tocadas al original de la imagen sagrada, y unas cintas blancas con las medidas de las manos y de los pies de la Virgen. Subimos, a pesar del fuerte calor, por un empinado camino hasta la cumbre del cerro, donde existe otra capilla, y desde el cual se goza de una bellísima vista de México; y también allí se ve una especie de monumento imitando las velas de un barco, erigido por un español en acción de gracias y en memoria de haberse salvado en un naufragio, lo que él atribuía a la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe. Nos dirigimos luego a la población, para hacerle una visita al *Ilustrísimo Señor* Campos, a quien encontramos revestido de sus ropas sacerdotales, y que parece ser un bondadoso viejito, no muy inteligente, aunque creo que tuvo la honra de encumbrar a su primo, el *Señor* Posada, destinado a ser el Arzobispo de México. Le hallamos tranquilamente sentado en un gran aposento, amueblado con austeridad, y sepultado, aparentemente, entre grandes infolios, de tal manera que en el primer momento no se dio cuenta de que habíamos entrado.

Advirtió Calderón que de una de las paredes colgaba una imagen de la Virgen de Guadalupe, y apresuróse el Obispo a decirle que no respondía de la fidelidad de su parecido, pues Nuestra Señora no se aparece a menudo; mucho menos, sin duda, de lo que la gente supone. Y cruzando los brazos, y fijando la vista en el suelo, empezó a contar la historia de la milagrosa aparición, a corta diferencia, como sigue:

En 1531, diez años y cuatro meses después de la conquista de México, el afortunado indio llamado Juan Diego, natural de Cuautitlán, fue al barrio de Tlatelolco a aprender la doctrina que

allí enseñaban los frailes franciscanos. Al pasar por el cerro del Tepeyac, la Santísima Virgen se le apareció, y le mandó que en su nombre fuese a ver al Obispo, el *Ilustrísimo D. Fr*. Juan de Zumárraga, y le manifestara su deseo de que le edificaran un templo en ese lugar. Al siguiente día pasó el indio por el mismo sitio, cuando la Virgen se le volvió a aparecer, y le pidió nuevas de su mensaje. Le respondió Juan Diego que, a pesar de todos sus empeños, no le había dado audiencia el Obispo. «Regresa», le dijo la Virgen, «y dile que quien te envía es la Virgen María, Madre de Dios». Obedeció Juan Diego las divinas órdenes; mas no le dio crédito el Obispo, diciéndole que era necesaria alguna señal de la voluntad y deseo de la Virgen. Volvióse con su mensaje el doce de diciembre, en que por tercera vez se le apareció la Virgen. Le ordenó entonces que subiera a la cumbre del desnudo cerro del Tepeyac, para que cortara las rosas que allí había de hallar y se las trajese. Obedeció el humilde mensajero, aunque sabía bien que la cumbre del cerro no era lugar en que se diesen flores. Sin embargo, halló las rosas y luego empezó a cortarlas y las trajo a la Virgen María, la que, así como las vio, las cogió con su mano y otra vez las echó en el regazo de la *tilma*, diciéndole: «Vete otra vez, muestra estas rosas al Obispo, y que vea en ellas mi voluntad y que tú eres mi embajador». Juan Diego se puso en camino y se vino derecho para el palacio episcopal, situado en el lugar que ahora ocupa el hospital llamado San Juan de Dios, y cuando se encontró en presencia del prelado, desenvolvió su *tilma* para mostrarle las rosas, y apareció dibujada en ella la milagrosa imagen, conocida por más de tres siglos.

Luego que la vio el Obispo, quedóse admirado y reverenciándola, la llevó en solemne procesión a su oratorio, y poco tiempo después se edificó este magnífico templo dedicado a la Patrona de la Nueva España. «De todas partes del país», siguió diciéndonos el anciano obispo, «vinieron multitudes de gentes a ver Nuestra Señora de Guadalupe, sintiéndose dichosos al poder fijar

sus ojos en ella. ¡Cuál no ha de ser mi dicha, yo que puedo ver su graciosa majestad, cada hora y cada minuto de cada día! No cambiaría Guadalupe por ningún otro lugar del mundo, ni por tentación alguna, cualquiera que ella fuese». Y el piadoso varón se quedó como transportado por un éxtasis. De la sinceridad de sus palabras no podía dudarse; y porque iban a empezar las oraciones de la tarde, le acompañamos a la Catedral. Al salir, una viejita nos abrió la puerta. «Ten listo mi *chocolate* para cuando regrese», dijo el Obispo. «*Sí, padrecito*», contestó la ancianita mujer, cayendo de rodillas, postura en la que permaneció por algunos minutos. Una vez en la calle, la vista del reverendo producía siempre el mismo efecto; todos caían de rodillas a su paso, como si pasase el viático, o sintieran estremecerse la tierra por un temblor. Llegados a la puerta de la Catedral, nos tendió la mano, o más bien su anillo de amatista, para que la besáramos.

Resonaba el órgano con atronadora majestad en el ámbito de la vieja catedral, y por los ventanales góticos entraba la luz opulenta y deslumbrante de los rayos del sol poniente. La iglesia estaba llena de gente del lugar, pero especialmente de *léperos*, que pasaban las cuentas del rosario, y que de improviso, en la mitad de una *Ave María Purísima*, comenzaban a rebullirse, ellos y sus andrajos, y atravesándose en nuestro camino, nos acosaban con un *Por el amor de la Santísima Virgen*; mas si esto no fuere suficiente, recurren entonces a vuestras simpatías personales. A los hombres les piden caridad «Por el amor de la *Señorita*»; a las mujeres, «Por la salud del pequeño»; a los niños, «Por la vida de su madrecita». Y un sentimiento, mezcla de piedad y de superstición, hace que la mayor parte de la gente, las mujeres, cuando menos, echen mano a la bolsa.

El Conde de la Cortina me ha prometido mandarme mañana una caja de huevos de mosquitos, con los cuales se hacen unas *tortillas* consideradas como un bocado exquisito. Tomando en cuenta que los mosquitos son unos pequeños «caníbales» con

alas, la idea me produjo una sensación de repugnancia; pero pretenden que éstos, que vienen de la *Laguna*, son de una especie superior, y no pican. En realidad, los historiadores españoles mencionan el hecho de que los indios comían pan elaborado con los huevos que un mosco llamado *axaxayacatl* pone en los juncos de los lagos, y que ellos (los españoles) teman por muy sabrosos.

CARTA IX

Visitas de españoles.—Visita del Presidente.—Disertación.—Traje de poblana.—Bernardo *el Matador*.—Corrida de toros extraordinaria.—Plaza de Toros.—Fuegos artificiales.—Retrato de Calderón.—Baile de fantasía.—Vestido.—Trajes de las patrocinadoras.—La belleza en México.—Visita del doctor.—Tarjetas de «faire part».—Marquesa de San Román.—Vestidos para las visitas formales de la mañana.—Intento de robo.—Asesinato de un cónsul.—La *Güera Rodríguez*.—El doctor Plane.—M. de Humboldt.—Anécdota.—Viejas costumbres.

5 *de enero*.

Ayer (domingo), día en que aquí se hacen muchas visitas después de misa, pasó ya. Nos visitaron muchos españoles, y todos estaban muy ansiosos de saber si iba yo a ir o no vestida de *poblana* al baile de fantasía, y demostraban en ello un interés sorprendente. Dos señoritas, o quizás sencillamente dos mujeres de Puebla, recomendadas por el *Señor…*, vinieron a ofrecer sus servicios y darme todos los pormenores necesarios, e hicieron el peinado de Josefa, una niña mexicana, para mostrarme cómo debía arreglar el mío; señalaron varias cosas que aún faltaban, y se fueron diciéndome que todo el mundo estaba muy complacido en saber que tenía yo la intención de ir al baile en traje de *poblana*. Me quedé más bien sorprendida de que todo el mundo se preo-

cupe tanto por ello. A eso de las doce, el Presidente, de gran uniforme y acompañado por sus ayudantes, vino a hacerme una visita, y estuvo con nosotros cerca de media hora, con su amabilidad acostumbrada. Poco después llegaron más visitas, y justamente cuando suponíamos que habían terminado y nos disponíamos a comer, nos avisaron que estaban en la sala el Secretario de Estado, los ministros de la Guerra y de lo Interior, acompañados de otras personas. ¿Y cuál creeréis que era el propósito de su visita? Conjurarme, por cuanto hay de más alarmante, a renunciar a la idea de aparecer en público en traje de *poblana*. Nos aseguraron que las *poblanas* eran, por lo general, *femmes de rien*, que no llevan medias, y que la esposa del Ministro español no debía, por ningún motivo, vestir semejante traje ni una sola noche siquiera. Les mostré mis atavíos, les hice ver su largo y su decencia, pero todo fue en vano; y, a decir verdad, no cabía duda en que les asistiese la razón, y el que se hubieran tomado tantas molestias, sólo debía atribuirse a sus buenas intenciones; cedí, por lo tanto, de buena gana y expresé mí agradecimiento al Consejo de Ministros por un aviso tan oportuno, no sin que temiera que en este país de la demora sería difícil conseguir un nuevo traje para el baile de fantasía; pues habéis de saber que nuestro equipaje está todavía abriéndose paso en su fastidioso camino, a lomo de mula, desde Veracruz a la capital. Apenas se habrían marchado, cuando el *Señor*... trajo un recado de algunas señoras principales de esta ciudad, en donde manifiestan que han solicitado que se me informe, a mí, como extranjera que soy, de las razones que hacen imposible el uso del traje de *poblana*, especialmente en un acto público, como lo es el baile en cuestión. En verdad que debo dar las gracias por haberme podido salvar a tiempo.

En los momentos en que me estaba vistiendo para ir a comer, llegó una esquela *reservada*, cuyo contenido me pareció más bien extravagante que divertido. Supe después, sin embargo, que su autor, *Don* José Arnáiz, ya entrado en años, es un sujeto a quien

se le permiten ciertas licencias, como el meter baza en todo, séale o no concerniente. La traduzco en vuestro provecho:

«El traje de *poblana* es el de una mujer de reputación dudosa. La señora del Ministro español, es una *dama* en toda la expresión de la palabra. A pesar de los compromisos que haya podido contraer, ella no debe ir ni de *poblana* ni de ninguna otra cosa que no sea lo suyo propio. Así lo manifiesta al *Señor* Calderón, José Amáiz, que le estima *demasiado*».

6. Esta mañana temprano, día de la corrida de toros extraordinaria, aparecieron unos carteles en todas las esquinas, anunciándola, junto con ¡un retrato de Calderón! El Conde de la Cortina vino poco después del almuerzo, acompañado de Bernardo, el primer *matador*, a quien nos trajo a presentar. Os envío el convite impreso en seda de color blanco, orla de encaje de plata y unas borlitas colgando de cada esquina, para que veáis con qué primor suelen hacer aquí estas cosas. El *matador* es un hombre guapo, pero de exterior torpe, aunque dicen que es de una gran agilidad y muy hábil. Debo escribiros mañana una reseña de «mí primera corrida de toros».

7. Ayer, por la tarde, había grandes temores de que lloviese, lo cual habría obligado a aplazar la lidia, no obstante se aclaró el cielo, y nunca sabrán los pobres toros cómo su suerte dependió de las nubes. Un palco, de los del centro, con alfombra y araña de plata, estaba dispuesto para nosotros; pero nos fuimos con nuestros amigos los Cortina, que tienen el suyo al lado. El espectáculo, a pesar de no haber visto la magnificencia de la arena de Madrid, me parecía movido y deslumbrante en grado sumo. Imaginaos un inmenso anfiteatro, con cuatro grandes filas de

palcos, a cuyos pies se extienden los asientos al aire libre, lleno todo a reventar; los palcos ocupados por señoras lujosamente ataviadas; en las graderías, el alegre colorido de una muchedumbre enardecida de entusiasmo; dos bandas militares, tocando a perfección trozos de óperas, señoras y campesinos, y oficiales de gran uniforme; una extraordinaria diversidad de colores, y todo el conjunto iluminado por este cielo eternamente azul. Ya podéis concebir que el espectáculo fue tan variado como curioso.

Cerca de las seis y media, un toque de trompetas anunció la llegada del Presidente, quien vino de uniforme, con su estado mayor, y tomó asiento a los acordes de «¡Guerra! ¡Guerra! I bellici trombi». Poco después los matadores y los picadores, a pie los primeros y a caballo los segundos, hicieron su entrada, saludando a todo el público alrededor de la arena, y fueron recibidos con un estallido de vítores.

El traje de Bernardo, de azul y plata, era magnífico, y le costó quinientos pesos. Diose la señal, se abrieron las puertas, y salió el toro; no tan grande, ni de aspecto tan fiero como los de España, sino pequeño, nervioso, bravo y desparramando la vista.

«Tres veces suena el clarín: ¡atención!, la señal se oye,
se dilata la caverna, y con muda expectación
la gente que hincha el circo abre la boca en todas partes.
Surge con salto formidable el poderoso bruto
y, mirando salvajemente, huella con pie inquieto
la arena, sin lanzarse ciegamente al enemigo.
Con su testuz amenazante apunta a todas partes
y dispone su ataque, sacudiendo inquietamente
la cola enfurecida, y sus ojos fulguran chispas…».

Cuadro tan fiel como poético. La primera *pose* del toro es bellísima. Pasta, en su Medea, no podría superarla. Mientras, los *matadores* y los *banderilleros* llaman la atención del toro con sus capas encarnadas —y los *picadores* le clavan sus lanzas. Precipítase el animal contra los primeros y lanza al aire las capas que le arrojan; saltan los toreros la valla que circunda la arena; arremete contra los otros y derriba a los caballos, y muerden el polvo sus jinetes en varias ocasiones; recobrando, ambos, al instante el equilibrio, pues en ello no hay tiempo que perder. Quisieron después los *matadores* recurrir a los fuegos artificiales; eran unos cohetes adornados con ondeantes cintas que prendían en las astas del toro, y hacían que éste, al revolver la testa, se viera envuelto en llamas. Alguna que otra vez, el *picador* agarraba la cola del cornúpeto por su extremidad, y levantando el pie derecho le hacía pasar sobre la cola, y sin soltarla, corría el caballo en dirección contraria a la de la res, obligándola a caer en tierra.

Enloquecido por el dolor, arrojando caños de sangre, erizado de dardos y cubierto de cohetes, corre el desafortunado toro en contorno, embistiendo, ciego, a hombres y caballos, intentando saltar la barrera repetidas veces; mas la multitud, con su griterío y agitando sus sombreros, se lo impide. Por último, acosado, y al cabo de sus fuerzas, le da el golpe mortal el *matador*, lo que se considera como la suerte suprema. Quedóse inmóvil el toro, como sospechando que le había llegado su hora, dio algunos pasos vacilantes tirando cornadas al aire, y terminó por echarse. Una última cuchillada y el toro exhala el postrer aliento.

Sonaron los clarines y tocó la música. Entraron a la plaza cuatro caballos, engancharon al toro de sus tiros y, echando a correr a galope, se lo llevaron fuera de la arena.

Esta última parte produce una gran impresión y recordaba la de un sacrificio romano. De manera similar dieron muerte a ocho toros. El espectáculo, en conjunto, es de una gran belleza;

la habilidad de que hacen gala, divierte; mas ese modo de atormentar al toro repugna, y porque aquí embotan las puntas de sus cuernos, siente uno más simpatía por él que por sus adversarios del género humano. No puede ser bueno el acostumbrar al pueblo a que vea estos espectáculos sangrientos.

Pero dejad que os confiese que si al principio me cubrí la cara porque no me atrevía a mirar, poco a poco fue creciendo mi interés de tal manera, que ya no pude apartar los ojos del espectáculo, y entiendo muy bien el placer que encuentran en estas bárbaras diversiones los que están acostumbrados a ellas desde la infancia.

Terminó la corrida en medio de grandes y prolongadas aclamaciones, y luego procedieron a quemar un castillo de fuegos artificiales, levantado en el centro de la arena, y entre los resplandores de las luces multicolores aparecieron: primero, las Armas de la República, el águila y el nopal; y encima, ¡el retrato de Calderón!, de uniforme azul y plata. Cayó a sus pies con gran estrépito el águila mexicana, mientras él seguía ardiendo en un chisporroteo y ráfagas de fuego, en medio de un redoble tremendo de aplausos y ovaciones. Este fue el remate de la *función extraordinaria*, y una vez que todo terminó nos fuimos a cenar en casa de la Condesa de la Cortina, escuchamos un poco de música por la noche, y regresamos después a nuestra casa tolerablemente cansados.

10. Ayer noche tuvo lugar en el teatro el baile de fantasía y aun cuando debido quizás al cambio de clima, o bien a la humedad de esta casa, he permanecido sin salir de mi cuarto desde el día de la corrida de toros, y tuve que renunciar a una agradable comida ofrecida por el Ministro inglés, pensé que sería prudente hacer acto de presencia en él. Una vez descartado el vestido de

las alegres *poblanas*, adopté el de una virtuosa *contadina* romana, lo bastante sencillo para dejarlo listo en un día: falda blanca, corpiño rojo con cintas azules, y un velo de encaje cuadrado suelto por detrás; *a propos* de este tocado, os diré que es muy común también entre las indias que llevan una pieza de tela doblada en cuadro sobre la cabeza, al modo italiano, y como no va sujeto, no puedo imaginar el porqué no se les cae cuando van trotando.

Fuimos al teatro a eso de las once, y encontramos la *entrée*, aunque llena de carruajes, muy tranquila y ordenada. El *coup d'oeil* al entrar era alegre sobremanera, y sin duda, muy divertido. El baile, a beneficio de los pobres, estaba bajo el patrocinio de las señoras Castilla, de Gorostiza, Guerrero y otras; pero con el afán de mejorar el aspecto del teatro, cuyas condiciones son pésimas y es de una suciedad congénita, se fue casi todo el producto de las entradas. Así como estaba, sin embargo, y considerando la suma de dificultades, el arreglo quedó muy bien. Hermosas arañas de cristal habían sustituido a los faroles con velas de sebo, y de los palcos pendían brillantes colgaduras de seda, y un pabellón, también de seda, en forma de tienda, cubría todo el salón de baile. La orquesta, asimismo, era bastante aceptable. Los palcos estaban llenos de señoras que exhibían una interminable sucesión de mantones de Manila, de todos colores y variado estilo, y una monotonía de aretes y brillantes; en fin, que si alguna vez hubo un baile que mereciera el título de baile de fantasía fue este baile. De campesinos suizos, de campesinos escoceces, y de toda clase de campesinos, había un escogido ramillete; como también de turcos, *highlanders*, y aun de aquellos que asistían en traje de calle. Mas, por ser el baile público, la concurrencia, claro está, no era selecta, y entre mucha gente bien vestida había centenares que sin una caracterización definida, se exprimieron la mollera para aparecer sencillamente de fantasía, y lo consiguieron. Una de ellas, por ejemplo, llevaba una falda de raso escarlata, y sobre ella una túnica de raso de color de rosa, con lazos ro-

jos haciendo juego. Otra, con un vestido corto de rasó azul, debajo del cual se asomaba una hermosa falda de raso morado, guarnecido con lazos amarillos. Parecían los signos del Zodíaco. Todas llevaban brillantes y perlas; viejas y jóvenes, y las de edad intermedia, y aun los niños, de los cuales había gran número.

Las señoras patrocinadoras se veían muy elegantes. La señora de Guerrero llevaba un tocado figurando un nido, formado en su totalidad de gruesas perlas y brillantes, y que representaban una fortuna. La señora de Castilla, vestida de Madame de La Vallière, en terciopelo negro y brillante, bonita como siempre, pero el frío de la sala le obligaba a ir envuelta en pieles y boas, de tal manera que escondía su vestido. La señora de Guerra, de Reina de Escocia, también de terciopelo negro y perlas, llevaba una toca, puesta de moda por la Albani, en su papel de la Reina Escocesa, la cual, aunque en sí misma hermosa, es una completa falsificación de la bella simplicidad de la auténtica toca usada por la Reina María. Se veía como si hubiera llegado a la primavera de la vida sin conocer a Fotheringay.

Me fueron presentadas varias señoras, que sólo estaban en espera de recibir nuestras tarjetas de *faire part*, para visitarnos. Entre las jóvenes, me di cuenta de que las mejores vestidas eran las señoritas de Fagoaga, una de ellas muy hermosa, con la figura y la cara de una campesina española; la otra, más graciosa y de apariencia más inteligente, pero de una belleza menos llamativa. Aunque la mayor parte de las familias de más tono se encontraban en los palcos, me dicen que no era esta la mejor oportunidad para juzgar acerca de la belleza o del estilo en vestirse de las mujeres mexicanas; además, por el solo hecho de que estos bailes de fantasía no son frecuentes, quizás se han de ver mejor en sus vestidos acostumbrados. En conjunto, vi pocas bellezas dignas de llamar la atención, poca gracia y muy poco talento para bailar. Había demasiado terciopelo y raso, y los vestidos recargados en demasía. Los brillantes, aunque soberbios, estaban mal monta-

dos. Los vestidos, comparados con la moda actual, eran de un corto absurdo, y los pies, pequeños por naturaleza, apretados dentro de zapatos aún más pequeños, echaban a perder su gracia al andar y cuando bailaban.

Vi ojos soberbios, brazos y manos bellísimos, modelos perfectos para un escultor, en especial las manos, y muy pocos cutis hermosos.

Había un joven caballero que me dijeron que iba vestido de highlander. ¡Cómo habría yo deseado que Sir William Cumming, Macleold de Macleold, o cualquier otro jefe de los highlander hubiera aparecido para confundirlo y enseñarle a la gente de aquí lo que es realmente este traje! Había algunos infelices niños envueltos en holgados vestidos de raso o terciopelo, cubiertos de encajes y joyas, y con flores artificiales en el cabello.

La sala estaba excesivamente fría, y aquel antiguo olor del teatro no había desaparecido del todo, y aun pienso que todos los perfumes de la Arabia no serían capaces de ahuyentarlo. Después de dar algunas vueltas, y de haber admirado la variedad de los trajes de fantasía, y sintiéndome muerta de frío, me fui al palco de platea de la Condesa de la Cortina, y me envolví en mi capa. Me señalaron las personas más distinguidas de los palcos, entre otras, la familia de las Escandón, que se ven muy hermosas, de vivos colores y bellos dientes. Nos quedamos hasta las tres de la madrugada, y declinamos todas las invitaciones que se nos hicieron para que fuéramos a tomar algún refresco, aun cuando, después de todo, no hubiera caído mal una taza de chocolate bien caliente. En alguna parte se encontraba dispuesta una mesa para la cena, pero creo que era sólo para caballeros. Se me cumplió el deseo de ver, al salir, a numerosas señoras del brazo de su pareja, detenerse bajo alguna lámpara, y no obstante de que iban puestas de veinticinco alfileres, encender sus cigarrillos, tan frescas y a la vez tan bonitas.

16. He pasado cerca de una semana con una ligera fiebre; entre escalofríos y calor. Me atendió un médico de aquí y que parece ser la persona más inofensiva que uno puede imaginarse. Cada día me tomaba el pulso y me recetaba alguna inocente pócima. Mas lo que dio de veras fue una lección de urbanidad. Todos los días, cuando se ponía en pie para despedirse, sosteníamos el siguiente diálogo.

«¡Señora (esto junto a la cama), estoy a sus órdenes!».

«Muchas gracias, señor».

«¡Señora (esto ya al pie de la cama), reconózcame por su más humilde servidor!».

«¡Buenos días, señor!».

«¡Señora (aquí haciendo alto junto a una mesa), beso a usted los pies!».

«¡Señor, beso a usted la mano!».

«¡Señora (esto cerca de la puerta), mi pobre casa, y cuanto hay en ella, y yo mismo, aunque inútil, todo lo que tengo, es suyo!».

«¡Muchas gracias, señor!».

Me da la espalda para abrir la puerta, pero se vuelve hacia mí después de abrirla.

«¡Adiós, señora, servidor de usted!».

«¡Adiós, señor!».

Sale por fin, mas entreabriendo luego la puerta y asomando la cabeza:

«¡Buenos días, señora!».

Estos cumplidos, tan prolongados entre el médico y el paciente, como si indicasen una separación con un no sé qué de «dulce pesar», me parece que están, hasta cierto punto, mal empleados. Se considera aquí más cortesano decir *Señorita* que *Señora*, aun

cuando se trate de una mujer casada; y la dueña de la casa es generalmente llamada *La niña*, aunque pase de los ochenta. Esta última costumbre es todavía más común en La Habana, en donde las negras ancianas que siempre han vivido con la familia están acostumbradas a llamar así a sus jóvenes amas, sin cambiar jamás el tratamiento en el curso de los años.

He recibido un paquete de cartas que me han hecho más provecho que las visitas del viejo doctor. El capitán nos abandonó ayer, y se hizo cargo de una caja con figuras de chocolate hechas en molde, y algunos curiosos *dulces*; todo ello es para vosotros. Las tarjetas en donde damos a los mexicanos la tardía noticia de nuestra llegada, fueron enviadas desde hace ya algunos días. Copio una, para muestra del estilo, que le ha de parecer a todo el mundo como el anuncio de una tienda, avisando que *Don X* hace pelucas y es peinador de señoras, y así sucesivamente, mientras que *Doña X* lava encajes y remienda ropa blanca fina.

«Don Ángel Calderón de la Barca, Enviado Extraordinario y Plenipontenciario de S. M. C. cerca de la República Mexicana, y su Esposa, Doña Fanny Erskine Calderón de la Barca, participan su llegada a esta Capital, y se ofrecen a su disposición en la Plazuela de Buenavista número 2».

18. Durante estos últimos días nuestras piezas de recibo se vieron llenas de visitas, y mis ojos apenas empiezan a acostumbrarse a la ostentación de brillantes y perlas, sedas, rasos, blondas y terciopelos, con los que las señoras nos han hecho su primera visita de etiqueta. Mencionaré, en vuestro obsequio, algunos de estos vestidos, no porque sean más lujosos que otros, sino por ser los que recuerdo mejor. La Marquesa de San Román: una señora anciana que ha viajado mucho por Europa, y es muy distinguida por su ilustración y talento; posee la gran cruz de María Luisa de

España, desciende de una noble familia veneciana y es tía del Conde de Canizzaro. Su vestido estaba confeccionado con terciopelo negro de Génova, mantilla de blonda negra y un espléndido aderezo de brillantes. Parece estar sumamente delicada de salud. Ella y sus contemporáneos, últimos recuerdos del virreinato, están desapareciendo muy aprisa. En su lugar ha surgido una nueva generación, cuyas maneras y apariencias tienen bien poco que ver con la *vieille cour*; son, en su mayoría, según dicen, esposas de militares, producto de los fermentos revolucionarios, ignorantes y llenos de pretensiones, como suelen serlo siempre los *parvenus* que se han elevado por un golpe de la fortuna y no por sus propios méritos, como parece que debería ser. Continúo mi lista al estilo del *Diario de la Corte*.

La Condesa de Santiago: fondo de raso violeta; túnica de blonda negra; mantilla de lo mismo; aretes de brillantes; cinco o seis grandes broches sosteniendo la mantilla; collar de gruesas perlas, y un brillante *sevigné*. La señora S…: traje de raso blanco; túnica de blonda blanca; mantilla de blonda blanca; perlas, brillantes y zapatos blancos de raso. Madame S…: vestido de terciopelo negro; mantilla de blonda blanca; perlas, brillantes, mangas cortas y zapatos de raso blanco. La señora de Adalid: vestido de color hoja seca, mantilla de blonda negra, brillantes y zapatos de raso negro.

La señora de Barrera, esposa de un general sumamente rico, y que tiene la casa más hermosa de México: vestido de terciopelo morado, cubierto de bordados con flores de seda blanca, mangas cortas, un corpiño bordado; zapatos de raso blanco y *bas à jour*; un ancho volante de encaje de Malinas, asomado bajo el vestido de terciopelo, que era un Poco corto; una mantilla de blonda negra sostenida con tres *aigrettes* de brillantes; aretes de brillantes de un tamaño extraordinario. Un collar de brillantes de inmenso valor, bellamente engarzados; un collar de perlas calabazos, valuado en veinte mil pesos. Un brillante *sevigné*. Una cadena de

oro que le daba tres vueltas al cuello y que le llegaba a las rodillas. En cada dedo un anillo de brillantes, del tamaño de pequeños relojes. Como no había otro vestido que se le igualase en magnificencia, con esto termino mi descripción, no sin añadir que, hasta ahora, ninguna de las señoras mexicanas que han venido a visitarme en la mañana han prescindido de traer sus brillantes. Son pocas las oportunidades de que disponen para exhibir sus joyas, de tal manera que si no fuese por estas matinales visitas de etiqueta, sus piedras preciosas permanecerían despidiendo en vano sus serenos rayos en la oscuridad de sus estuches.

Anoche intentaron entrar a la casa, pero nuestro fiel y pequeño *bull dog* Hércules, regalo del *Señor* Adalid, defendió tan bien el campo y ladró con tanta furia, que todos los criados despertaron, incluso el portero, que es el más profundo dormilón de todos ellos; y escaparon los ladrones sin haber causado más daños que el infligirle una grave herida al pobre animal en la pata, que por el momento le ha dejado cojo.

A propos con el tema, me acaban de contar los pormenores de un cruel asesinato cometido, por cierto, no muy lejos de donde vivimos, en la persona de Mr. Mairet, cónsul de Suiza y traficante en pieles. Una mañana en que este señor había enviado a su portero a un recado, se detuvo un carruaje a su puerta y bajaron de él tres personas, que presentándose ante Mr. Mairet le manifestaron sus deseos de tratarle algún negocio, el cual les pidió que entraran. Penetraron a la casa un general, en uniforme, un joven oficial, y un fraile. Mr. Mairet les rogó que le dijeran de qué negocio se trataba, cuando de improviso el general se le echó encima, mientras que los otros procedían a asegurar las puertas, exclamando:

«No hemos venido a oírle a usted hablar de su mercancía. Venimos por su dinero».

Aterrado el infeliz, al darse cuenta de la índole de sus clientes, les aseguró que era bien poco el dinero que conservaba en la casa; pero procedió al instante a abrir los cajones de los muebles de su ajuar y a vaciar todo su contenido, no llegando a reunir más que la ridícula suma de unos cuantos cientos de pesos. Viendo que, en efecto, no tenía más que darles, Se disponían a retirarse, cuando el fraile dijo:

«Debemos matarle, pues este hombre podrá reconocernos».

«No», dijeron los oficiales, «déjale y vente. No hay en ello ningún peligro».

«Váyanse», dijo el fraile, «yo les sigo», y, volviéndose, dio una puñalada al cónsul en el corazón. Volviéronse a subir los tres al coche y partieron a escape. Pocos minutos después regresó el portero, y encontrando a su amo bañado en sangre, corrió a una casa de juego contigua y dio la voz de alarma. Varios caballeros acudieron en su auxilio; pero murió en el término de una hora, no sin dar antes todas las particularidades de la indumentaria y señas de los asesinos, y una descripción del carruaje. Con estos antecedentes no tardaron en ser descubiertos, y gracias a la energía del Gobernador, que lo era entonces el Conde de la Cortina, fueron apresados y colgados de los mismos árboles fronteros a nuestra casa, juntamente con un «verdadero» coronel mexicano, que había prestado a los rufianes su propio coche. Es muy raro que en estas latitudes el crimen encuentre el castigo con tanta prontitud.

Cuando nuestro amigo el Conde de la Cortina fue Gobernador de México, se hizo famoso por su actividad en el *perseguimiento de los ladrones*, como dicen aquí. Se asegura, sin embargo, que en, cierta ocasión su exceso de celo le llevó demasiado lejos. Padecía la ciudad una tacha de robos, y el Gobierno le dejó saber de que en caso de no capturar a sus autores, se consideraría como una prueba de lenidad en el cumplimiento de sus funciones pú-

blicas. Pocos días después, recorriendo las calles a caballo, vio pasar a un mentado ladrón, quien, al darse cuenta de que lo habían reconocido, echó a correr por otra calle con la celeridad de una flecha. El Gobernador le persiguió a caballo; el ladrón redobló su catrera en dirección a la plaza, y se acogió al sagrado de la Catedral. Entró el conde detrás de él, y desde un altar en donde se había refugiado, le sacó a rastras fuera del templo. Esta violación del sagrado de la iglesia fue, como es natural, censurada con severidad; mas el Gobernador dijo en respuesta de que ya no podrían acusarlo de falta de celo en el cumplimiento del deber.

Puso de portero a un capitán de ladrones, y le ordenó que permaneciera en la puerta con la obligación de aprehender a cualquiera de sus antiguas amistades que acertara a pasar enfrente de la casa; y de su conducta dependía el que le perdonaran sus fechorías. Otra vez, en compañía del mismo individuo, entonces mozo de espuela, se dirigía a su casa de campo con la Condesa, cuando les alcanzó un mensajero que requirió al Conde el inmediato regreso a la ciudad para el arreglo de un urgente e importante negocio. Anochecía, y sin embargo, el Conde, fiado en el pundonor del ladrón, le ordenó conducir a la señora hasta la *hacienda*, y ella sola, a caballo, y acompañada de este alarmante guía, hizo la jornada sin novedad.

Antes de terminar esta carta, debo deciros que esta mañana he recibido la visita de una persona notable en extremo, muy conocida aquí con el nombre de *La Güera Rodríguez*, de la que se dice que hace muchos años fue celebrada por Humboldt como la mujer más bella que él hubiera visto en todo el curso de sus viajes. Considerando el tiempo que ha transcurrido desde que este distinguido pasajero visitó estas partes, no pude menos que asombrarme cuando vi su tarjeta de visita en donde rogaba ser recibida, y mucho más de ver que, a pesar de los años y de las huellas que el tiempo se complace en dejar en el rostro más bello, *La Güera* conservaba una abundancia de bucles rubios sin un solo

cabello gris, una hermosa y blanca dentadura, ojos lindos y gran viveza.

Su hermana, la Marquesa de Uluapa, que falleció hace poco, también fue, según dicen, mujer de gran talento y sobresaliente en el arte de conversar; ella es otra que pertenecía a esa vieja aristocracia que se va desgajando. El médico que la atendió en su última enfermedad, un francés llamado Plane, que goza aquí de gran reputación, ha presentado a sus albaceas una cuenta que asciende a diez mil pesos, que si bien no ha causado gran asombro, la familia se ha rehusado a pagar, de lo que se ha seguido un pleito. Las extorsiones de los médicos en México, especialmente de los extranjeros, han llegado a tal exceso de que una persona de mediana fortuna debe pensarlo bien antes de ponerse en sus manos.[*] Una señora vieja, rica y de salud delicada, pero sin un mal específico, es para ellos más seguro caudal que una mina de plata.

Encontré a *La Güera* muy agradable, y la más cabal de las crónicas vivientes. Su actual marido es el tercero; tuvo tres hijas, las tres célebres por su belleza; la Condesa de Regla, que murió en Nueva York y está enterrada en la Catedral de aquella ciudad; la Marquesa de Guadalupe, también fallecida, y la Marquesa de Aguayo, ahora una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt, y haciendo mención de sí misma en tercera persona, me refirió todos los pormenores de su primera visita, y la admiración que sintió por ella; que entonces era muy joven, sin embargo de estar ya casada, y madre de dos niños, y que cuando Humboldt fue a visitar a su madre, se encontraba sentada cosiendo en un rincón, *y en* donde el Barón no podía verla, hasta que, conversando éste muy seriamente acerca de la cochinilla, inquirió si podría visitar cierto lugar en que existía una plantación de nopales. «Ciertamente que sí», dijo *La Güera* desde su rincón, «y nosotras mismas podemos llevar allí al señor de Humboldt». Echándola de ver entonces, quedóse admirado y suspenso, exclamando al fin: «*¡Válgame Dios!* ¿Quién es esta muchacha?». Desde aquella ocasión es-

taba constantemente con ella, y más cautivado, dicen, por su ingenio que por su hermosura, considerándola como la Madame de Staël de Occidente. Todo esto me induce a sospechar que tan grave viajero fue muy sensible a los encantos de su amiga, y que ni minas, ni montañas, ni geografía, ni geología, ni conchas petrificadas, ni *alpenkalkstein* le ocuparon bastante para que excluyera un ligero *stratum* de devaneo amoroso. Conforta el pensar que, «a veces, hasta el gran Humboldt sucumbe».

Una de las anécdotas de *La Güera* es demasiado original para que no quede memoria de ella. Habiendo muerto en México una dama muy prominente, quisieron sus deudos que fuese a su última morada según la moda de entonces, es decir, con el vestido más suntuoso, el que había llevado el día de su boda, y que aun para México era de un lujo prodigioso. Era del más fino encaje, los volantes de una especie de punto que costaba cincuenta pesos la *vara*, y no tenía igual; adornado de trecho en trecho con lazos de cinta ricamente bordados en oro. Así ataviada, colocaron en su ataúd a la Condesa de…, y miles de sus más queridos amigos concurrieron para ver su hermoso *costume de mort*, y finalmente fue depositada en su sepulcro, cuya llave fue entregada al *sacristán*.

Pasar de una tumba a la ópera es una transición muy violenta, sin embargo, ambas tienen quehacer en esta historia. Apareció en México una compañía de bailarines franceses, un cuerpo de baile de ínfima categoría, y cuya primera bailarina era una francesita que se distinguía por lo corto de sus trajes, por su coquetería y sus asombrosas piruetas. Una noche, en un bailable favorito del público, *Mademoiselle* Pauline hizo su *entrée* en medio de una serie de cabriolas, y sosteniéndose sobre el dedo gordo del pie, miraba a su alrededor en demanda de un aplauso, cuando un repentino estremecimiento de horror, acompañado de un murmullo de indignación, esparcióse entre la concurrencia. ¡Paulina estaba ataviada con el mismo vestido con que la difunta Condesa fue

enterrada! Encaje, volante de punto, listones bordados de oro; imposible equivocarse. Apenas cayó el telón, la bailarina se encontró rodeada de los agentes de policía, que la interrogaron acerca de el cómo y cuándo adquirió aquel vestido. Respondió que lo había comprado muy caro a una *modiste* francesa de la ciudad, y que lejos de haber despojado algún sepulcro, había cubierto su valor derechamente en onzas de oro. Se dirigió la justicia en busca de la modista; ella también proclamó su inocencia. Lo había comprado a uno que había venido a proponérselo, y pagado, más que *à poids d'or*, lo que en realidad valía. A fuerza de investigaciones ulteriores el vendedor fue identificado, y se probó que era el sacristán de… ¡Qué *sacristán* de tan cortos alcances! Fue aprehendido y encarcelado; mas su codicia dio buenos frutos, pues para evitar en adelante semejantes tentaciones a los futuros sacristanes, se volvió costumbre vestir a los muertos, mientras están de cuerpo presente, con magníficas ropas, y sustituirlas luego con otras sencillas antes de depositar su ataúd en las bóvedas. ¡Deleznable vanidad, después de todo!

Una señora de esta ciudad me ha contado que cuando murió un nieto suyo, no solamente fue envuelto con ricos encajes, sino que se juntaron los diamantes de tres Condesas y cuatro Marquesas para colocarlos sobre su cuerpo. Collares, brazaletes, sortijas, broches y tiaras, por valor de varios centenares de miles de pesos. Se pusieron colgaduras en las calles y una banda de música estaba tocando, mientras que todos los títulos de la familia venían a visitarle en su fúnebre esplendor. ¡Pobre niño! Le lloró su madre como el último vástago de una noble casa, como a su postrera esperanza que vio desvanecida. Verdad es que el dolor se manifiesta de mil modos, pero pudiera pensarse que cuando busca consuelo en la ostentación, ha de ser menos profundo que cuando huye de ella.

CARTA X

San Fernando.—Casa de Pérez Gálvez.—Una mudanza.—Tamaño de las casas.—Viejo monasterio.—Puesta de sol.—Visitas de noche.—Etiqueta mexicana.—Vista por la noche desde la azotea.—Tacubaya.—Magueyes.—Fabricación del pulque.—Órganos y nopales.—Alrededores de México.—Milagro.—Hacienda.—Vista desde la casa de la Condesa de la Cortina.—Arzobispado.—Anécdota.—Puntos de vista para comparar la belleza.—Indios.—*Rancheritas*.—Cordialidad mexicana.—Misas de difuntos.—San Agustín.—Manera de invitar.—Muerte de un senador.—Una equivocación.

San Fernando, 25 de febrero.

En estos últimos días hemos estado entregados al desagradable quehacer de encontrar, primero, amueblar, después, y, finalmente, cambiamos a una nueva casa. Estábamos ansiosos de alquilar la de la Marquesa de Uluapa, que es bonita, está bien situada y tiene jardín; pero el administrador, después de hacernos esperar su respuesta por más de dos semanas, nos mandó decir que estaba decidido a venderla. Los alquileres de las casas son disparatadamente altos; no se puede encontrar nada aceptable por menos de dos mil quinientos pesos al año, y esto sin muebles. Existe aquí, además, una costumbre muy singular, que consiste en satisfacer una suma por concepto de lo que llaman *traspaso*, que algunas ve-

ces llega a catorce mil pesos, corriendo el riesgo de que cuando dejéis la casa pueda desquitaros de ese dinero la persona que os suceda en ella. Con anterioridad habíamos hecho diligencias para conseguir una casa que no está lejos de nuestra actual morada; es, en realidad, un palacio, del cual algo os había referido antes por haber sido durante algún tiempo la residencia de Santa Anna, y en otro de la Legación inglesa, mas no fue posible persuadir a su actual propietario de que la dejara en alquiler. Tiene un hermoso jardín y un olivar, pero la mansión no es muy segura si no se cuenta con una guardia de soldados. A la postre nos decidimos establecer nuestro domicilio en donde estamos ahora. Es una casa nueva y hermosa, construida por el general G…, y sin otro pero que ponerle, que el de ser demasiado grande. Construida en forma de rectángulo como todas las casas de México; la planta baja con un patio enlosado, y una fuente en medio, y con cerca de veinte cuartos, además de sus dependencias: cochera, caballeriza, palomar, casa del jardinero, etcétera. El segundo piso, donde se encuentran las habitaciones principales, ya que el primero la ocupan casi todos los criados, tiene igual número de cuartos, a lo que debe añadirse la carbonera, leñera, cuarto de baño; y agua por todas partes, allá abajo en el patio, en el jardín y aun en la azotea, que es muy capaz, y en donde podríamos levantar un *mirador*, si la casa fuera nuestra, la cual puede embellecerse; mas construir para otro es demasiado heroico. El gravísimo defecto de todas estas casas es el descuido en el acabado; estas grandes puertas que se rehúsan a cerrar bien; estas enormes ventanas que arrancan desde el suelo, y que en la temporada de lluvias dejarán entrar el agua, hacen aparecer estas residencias como si el palacio se hubiera cruzado con el granero: del uno es el esplendor; la incomodidad, del otro. No deseo abrumaros con los detalles de todas nuestras pequeñas molestias producidas por la morosidad de los artesanos. Con decir que el *mañana* mexicano, si se traduce en propiedad, significa nunca, es *suficiente*. En cuanto a los precios,

he llegado a la conclusión de que pagamos a fuer de extranjeros y de diplomáticos, aunque no desearía ser terminante en esta mi primera experiencia. Pero como fuere, por fin estamos acomodados, y nos damos cuenta de que el aire es aquí más puro que en el corazón de la ciudad, y que las enfermedades y las epidemias, allí tan comunes, son casi desconocidas por estos rumbos. Detrás de esta casa hay un pequeño jardín colindante con el enorme muro que circunda el huerto del viejo convento de San Fernando, dentro de cuyos extensos límites languidecen siete u ocho frailes. Es un edificio inmenso, antiguo y gris, consumido por el tiempo, con una iglesia contigua y un anchuroso terreno que le pertenece. Es pintoresco siempre, pero cuando se asoma la luna o se pone el sol, ofrece una visión de los tiempos clásicos.

A esta hora, en que me encuentro sola en el jardín de altas paredes, cuando el convento suelta sus esquilas, y los ventanales góticos con rejas de hierro, y el verde gris de los olivos, tan irreales en su quietud, se iluminan por los rayos postreros del sol, todo se me aparece como en una alucinación, a modo de un dibujo casi borrado en la memoria, o de un recuerdo romancesco.

Después se oculta el sol con un rojo de furor detrás de las montañas coronadas de nieve, cubriéndose sus majestuosas faldas de un rosa encendido, en tanto que se extienden las grandes y negras nubes como alas de la noche; y es cuando ha llegado la hora de recordar que éste es México, y que si sobre él han caído todos los males, la memoria de su romántico pasado aún persiste. Los tintes carmesíes todavía se consumen prolongando el sonrojo de las montañas; mas las nubes negras, monstruosas aves de la noche, siguen su rumbo y se posan sobre las cimas, en donde, como si cubrieran su nidada, permanecen en silenciosa vigilia. Gradualmente todo el paisaje: los montes y el cielo, el convento y los olivos, se ven grises y melancólicos, y parecen fundirse en la foscura del crepúsculo.

Y aparece la luna para tender su velo de plata sobre las montañas y argentar la llanura, y se contempla reluciente y estremecida sobre las viejas losas grises, y apenas se deja oír la amortiguada melodía de una distante música militar. Están tocando todas las campanas; las de San Fernando, que se repiten con la chochez de un viejo; las de las torres de la Catedral; las de las iglesias y conventos lejanos, y por sobre el rodar de los coches y el rumor de la ciudad, se escuchan las notas de un cántico, fuertes a veces, semiperdidas otras, mientras pasa una procesión religiosa, camino de un templo cercano. Pero se hace tarde, un carruaje ha entrado en el patio; es una visita. Se acabó lo novelesco. Hombres y mujeres son los mismos en todas partes; estén envueltas en una graciosa mantilla, o luciendo la última creación de Herbault; ya embozados con una capa española o con un *sarape* mexicano, o llevando el *plaid* escocés. Los modales de las señoras de aquí son amables en extremo; pero la etiqueta española y los cumplidos resultan de un fastidio más allá de toda ponderación. Luego de haber abrazado a cada señora que entra, conforme a la costumbre, la cual, después de todo, es una demostración cariñosa, para decirlo de una vez, y que se ha sentado la señora más principal a la derecha del sofá, punto de la mayor importancia, es *de rigeur* el siguiente diálogo:

«¿Cómo está usted? ¿Está usted bien?».

«Para servirla. ¿Y usted?».

«Sin novedad, para servirla».

«¡Cuánto me alegro! ¿Y cómo está usted señora?».

«A su disposición. ¿Y usted?».

«Mil gracias. ¿Y el señor?».

«Para servirla, sin novedad». Etc., etcétera.

Además, antes de tomar asiento, se dice:

«Sírvase usted sentarse».

«Usted primero, *señorita*».

«No, señora, usted primero, por favor».

«*Vaya*, bueno, para obedecerle a usted, sin ceremonias; soy enemiga de cumplimientos y de etiquetas».

Y es un hecho de que no existe realmente etiqueta, sino el más completo *laissez aller* del mundo. Todo esto son solamente palabras, muestras de buena voluntad. Si es en la mañana, he aquí una pregunta adicional:

«¿Cómo pasó usted la noche?». Que debe contestarse:

«Para servirla».

Aun el tiempo ofrece en México la oportunidad de abrir el fuego en una conversación, sobre todo cuando llueve o está nublado, lo que, al ser motivo de sorpresa, da pretexto a variados comentarios. Se comenta, por otra parte, el más ligero cambio de los grados de calor o de frío, que para nosotros pasaría inadvertido.

Terminada la visita, las señoras vuelven a abrazarse, acompañando la señora de la casa hasta el descanso superior de la escalera, en donde se repiten los dares y tomares de los cumplimientos.

«Señora, ya sabe usted que mi casa es la de usted».

«Mil gracias, señora, la mía es de usted, y aunque inútil, reconózcame por su servidora y mándeme en todo lo que se le ofrezca».

«Adiós, deseo que pase usted buena noche», etc., etc.

En el primer descanso de la escalera, las visitantes se vuelven para mirar a la señora de la casa y se reproducen los adioses. Todo esto, que me sorprendió al principio, me parece ahora casi natural, y apenas valdría la pena el mencionarlo, si no fuera por el contraste con la manera sencilla e indiferente con que nosotros recibimos y despedimos a nuestros huéspedes. Todas las señoras se llaman entre sí por su nombre de pila, y los hombres se dirigen a ellas del mismo modo, y las que me han hecho una o dos visitas usan conmigo el mismo trato familiar. Entre mujeres qui-

zá me guste más; pero confunde un tanto mí idea de lo conveniente el oír a un joven dirigirse a las mujeres casadas llamándolas María, Antonia, Anita, etc. Sin embargo, hay que tomar las cosas por lo que significan, y como no encierra familiaridad alguna, no hay que suponerla…

Pero las visitas se marcharon y en el patio abierto brilla el sedante astro de la noche. Se fueron todas las nubes, y el azul del cielo es tan azul, que los ojos se deslumbran aún en el claro de luna. Cada estrella fulgura, dorada y distinta, y parece pecado irse a dormir y perder una noche tan hermosa… Aunque para gozar de una verdadera vista de noche tendréis que subir a la *azotea*, y contemplar a México dormido a vuestros pies; todo el valle y la ciudad misma flotando en el plenilunio; la altísima bóveda azul engastada de estrellas y mientras las montañas se bañan en plata, los blancos volcanes parecen unir tierra y cielo. En esto, aun el genio de Salvatore desfallecería; es necesario evocar el fantasma de Byron. El lápiz es impotente. Sólo la poesía puede dar una pálida idea de una escena tan maravillosamente bella.

26. Ayer, acompañados de Mr. Murphy, de su esposa e hija y de un *padre*, fuimos a visitar el palacio arzobispal de Tacubaya, agradable población situada a unas cuatro millas de México y nuestro paseo favorito de la mañana, cuando salimos a caballo. La campiña de los alrededores de México, si no es siempre bonita, posee el mérito de la originalidad, y en el camino de Tacubaya, que pasa por Chapultepec, se atraviesan grandes trechos de terreno casi todo sin cultivar, no obstante su cercanía a la capital, o cubiertos tan sólo por la dura planta de maguey, el agave mexicano, que florece en la tierra más ingrata, y como una fuente en el desierto, provee al indio pobrezuelo del líquido que su paladar más agradece. Parece que es para los indios, lo que el rengífero para los esquimales, hecho por la naturaleza para aliviarles

todas sus penurias. El maguey y su producto el *pulque*, fueron conocidos de los indios desde la más remota antigüedad, y es muy posible que los primitivos aztecas se emborracharan lo mismo con su *octli* favorito, como los modernos mexicanos lo hacen con su muy amado *pulque*.

No es frecuente que podamos ver la soberbia flor del maguey con su tallo colosal, pues la planta que florece es de una belleza inútil. En el momento en que el experimentado indio se da cuenta de que el maguey está a punto de florecer, corta el corazón, que luego cubre con las hojas laterales, y todo el zumo que hubiere alimentado el tallo grande corre a depositarse en la cavidad que se ha formado, y en la cual el indio introduce, hasta tres veces dentro de un día, y durante varios meses consecutivos, el *acocote* o calabaza, especie de sifón, y aplicando su boca por una de las extremidades, extrae el licor por succión; ¡curioso procedimiento!, por cierto. Primero se llama aguamiel, y es dulce y sin olor; mas fermenta con facilidad cuando se trasiega a los cueros o vasijas de barro, en que se le guarda. Para ayudarle a fermentar, se le añade un poco de pulque añejo, o *madre pulque*, como le llaman, el cual ha fermentado durante varios días, y a las veinticuatro horas de haber sido extraído de la planta podéis beberlo en todo su gusto. Se dice que es la bebida más sana del mundo, y agradable en sumo grado una vez que se ha logrado vencer el disgusto que produce su olor a rancio. Sea como fuere, el maguey es una fuente de seguros beneficios, pues su consumo es enorme, de tal manera que muchas de las familias ricas de la ciudad deben su fortuna al producto de sus magueyes. Cuando sus propietarios no fabrican el pulque, suelen vender las plantas a los indios; un maguey, que al sembrarlo cuesta un *real*, puede venderse cuando está a punto de corte por doce o dieciocho pesos; ganancia digna de tomarse en cuenta, si se considera que se da casi en cualquier terreno, requiere poco abono y, al contrario de lo que sucede con el vino, apenas exige ningún cuidado. Se

plantan en líneas paralelas, a la manera de los setos, y aunque la planta sola es hermosa, el efecto en conjunto es monótono. De la fibra se hace un magnífico y resistente hilo, llamado *pita*, con el cual se fabrica un grueso papel color tierra, y también podrían hacerse telas, si quisieran. Sin embargo, pocos son los adelantos que se registran entre los mexicanos, en lo que se refiere al pulque, comparándolos con el ingenio de sus antepasados indios. Sobre papel hecho de su fibra, los antiguos mexicanos pintaron sus figuras jeroglíficas. Las duras y afiladas púas que terminan sus gigantescas hojas se usaban como clavos y alfileres; y entre los abusos, que nos los usos, había el que hacían los antiguos y sanguinarios sacerdotes, que según los ritos se horadaban con ellas los brazos y el pecho, en los actos expiatorios. Además, destilando el pulque se hace un aguardiente muy fuerte que tiene la ventaja de emborrachar infinitamente más aprisa.

Junto con el maguey crece otra grandiosa producción de la naturaleza: los *órganos* que se parecen a los tubos de un órgano, cubiertos de espinas; crecen estas plantas juntas unas a otras, y alcanzan una altura de cerca de seis pies, formando las bardas más impenetrables que se puede imaginar, y se cubren además de hermosas flores. Hay también otra especie de cacto, el *nopal*, que produce la *tuna*, una de las frutas más refrescantes, que en esta época todavía no madura. Se parece la planta a una serie de alfileteros planos, unidos unos a otros, y en los cuales están prendidas infinidad de diminutas agujas.

Pero aun cuando los alrededores de México son llanos, aunque no hay muchos árboles, poca tierra cultivada, haciendas abandonadas e iglesias en ruinas por todos lados; su magnífico clima, un cielo siempre risueño, la exuberancia de rosas y de guisantes de olor en los jardines desiertos; grupos aislados de hermosos árboles, entre ellos, el *Árbol del Perú* (*Schinum molle*, el árbol peruano de la pimienta), de colgantes ramas cargadas de racimos de bayas de rojo coral; los viejos huertos con sus frutales en

flor, y la certeza de cuanto es necesario al hombre puede producirse con poco trabajo, todo concurre a situar este paisaje entre aquellos por donde es imposible pasar con indiferencia.

Nos enseñaron un esplendoroso fresno (el *fresno* mexicano), cuyas frondosas ramas se extienden basta cubrir un gran espacio de terreno. Es el orgullo de Tacubaya, y del cual se cuenta la siguiente tradición: ya se había secado casi por completo, cuando el *Ilustrísimo Señor* Fonte, el último de los arzobispos españoles, le bendijo solemnemente, y elevó sus preces para que el árbol recobrara el vigor perdido. Sus oraciones fueron escuchadas, brotaron nuevos botones, y el fresno, desde entonces, no ha dejado de aumentar en lozanía.

Tacubaya es una población dispersa, que posee algunas bonitas casas de campo y viejos jardines con fuentes de piedra. Al decir casa de campo, no debe entenderse, sin embargo, en la acepción que en inglés tiene esa palabra. De hecho sólo se usa como un retiro ocasional durante los meses del verano, y es, en rigor, un caserón vacío, con infinidad de cuartos de altos techos que se comunican entre si, y en los cuales hay el menor nútnero posible de muebles. Podrá haber en un cuarto una mesa de pino y algunas sillas; pero después se pasa a través de cinco a seis casi vacíos, para encontrar luego dos o tres con catres pintados de verde y un banco; desnudos los pisos y lo mismo las paredes, o, cuando mucho, adornadas con algunas viejas imágenes de Santos y de Vírgenes. A esto añadid la cocina y las dependencias; un jardín en camino de desaparecer, invadido de flores; arriates de duras piedras y una fuente en medio; un huerto y el olivar; así son la mayor parte de las *haciendas* que he visto hasta ahora. La de la Condesa de la Cortina, que parece ser la más hermosa de Tacubaya, es notable porque desde sus ventanas se domina una de las más bellas perspectivas que pueden imaginarse en México: los volcanes y Chapultepec. En la azotea también se disfruta de una espléndida vista de todo el valle, y su jardín está muy cuidado; tie-

ne una excelente mesa de billar y un piano, pero, sobre todo, se distingue por el agradable grupo formado por su propia familia, y por ser su casa la verdadera morada de la hospitalidad en donde las horas transcurren placenteras, sin echar de menos los muebles lujosos, que en México parecen estar reservados únicamente para las casa de la metrópoli. La Condesa misma nos aseguraba que por dos veces había amueblado toda su casa, pero como en el curso de dos revoluciones todos los muebles fueron arrojados por las ventanas y destruidos, decidió de una vez reducirse a *le stricte nécessaire*.

Fuimos a ver una casa con jardín, que debido a un casual derecho sucesorio tocó a una pobre mujer, y por no estar en condiciones de ocupar esta inesperada herencia, desea venderla. El jardín y los terrenos contiguos son un desierto de fragancias. Se nos agregaron varios frailes de un convento vecino, y con ellos nos encaminamos hacia el Palacio Arzobispal. *Chemin faisant*, el *padre* nos contó que antes había sido comerciante, hombre casado y amigo de Iturbide. Quebró, murió su esposa, su amigo fue fusilado, y entró en una pequeña comunidad de sacerdotes que hacen vida recoleta en el convento de la Profesa, que, con su iglesia, es uno de los más ricos de México.

El Arzobispado es un edificio muy grande y hermoso, pero desierto, desde donde se domina la misma vista que desde la casa de la Condesa, y posee un jardín y un bello olivar, cuyos árboles fueron traídos de Europa. El jardín estaba lleno de rosas dobles, y de las llamadas *mille-fleurrose*, los rosales dispuestos en forma de arcos, arreglo aquí muy en boga; profusión de guisantes de olor y jazmines, y algunos naranjos. El jardinero nos ofreció unos ramos muy bonitos, y prolongamos nuestra visita, admirando el panorama, hasta la puesta del sol. No hay otro lugar que pueda aventajar a éste para admirar la vista sobre México. Es una perspectiva más bella aún que la que se disfruta desde Chapultepec, pues abraza al mismo Castillo, uno de los elementos más

conspicuos del paisaje. Pero en el mismo instante en que el sol se hundió detrás de las montañas, mudó el tiempo de repente. Se levantó el viento, grandes masas de nubes negras fueron ganando terreno en el cielo, y la lluvia cayó a torrentes, obligándonos a batirnos en retirada hacia nuestros carruajes; y como no habíamos tomado precauciones de ninguna especie, y por ser este camino no muy seguro de noche, es posible que el haber llegado sin novedad se deba más a la «buena suerte que a la buena guía», o, quizás, en buena parte, estemos en deuda con el *padre*, pues a los ladrones les da vergüenza el atacar a los soldados y a los sacerdotes; a los primeros por miedo, por reverencia a los segundos.

Hablando de ladrones y de robos, tema inagotable en la conversación, me contaba el otro día el Señor…, que en tiempo del Presidente anterior, cierto caballero fue a Palacio para despedirse antes de salir para Veracruz. Fue recibido por el Presidente, que se encontraba sólo con su ayudante el general Yáñez, y le contó confiadamente que iba a llevar consigo una considerable suma de dinero, pero que estaba tan bien escondida en el doble fondo de un baúl, del cual le hizo una descripción, que aun en el caso de ser atacado por los ladrones era imposible que pudieran descubrirla, y que, en consecuencia, no creía necesario hacerse acompañar de una escolta. Este confiado caballero salió de México al día siguiente con la Diligencia. Apenas había salido de la garita el carruaje, cuando fue asaltado por los ladrones, los que, por extraño que ello parezca, se fueron en derechura del mismo baúl que contenía el dinero, le abrieron, rompieron el fondo, y apoderándose de la suma allí escondida, se marcharon con toda tranquilidad. Fue una singular coincidencia de que el capitán de los ladrones, aunque medio encubierto por un disfraz, tuviera un sorprendente parecido con el ayudante del Presidente. Si esto no son coincidencias…

Mi principal ocupación en estos últimos días ha consistido en devolver visitas, y es evidente que, de acuerdo con nuestro punto de vista en estos casos, existe aquí una gran diferencia entre la manera de engalanarse las señoras cuando van de visita y la dejadez de su indumentaria de casa y de mañana, con la cual reciben a sus visitantes. Habrá algunas excepciones, y aun muchas, pero *en masse*, así es…

Al llegar por primera vez de los Estados Unidos, en donde una mujer fea es cosa rara, no deja uno de sorprenderse, a primera vista, de una ausencia, en general, de belleza en México. Es sólo gradualmente que se van descubriendo los rostros hermosos; mas hay que confesar, empero, que la belleza sin color no es tan llamativa y es menos susceptible de impresionarnos. El brillante cutis y la esbelta figura de una inglesa sorprenden a todo el mundo. La belleza de expresión y las facciones finamente cinceladas de las españolas, nos sobrecogen como la suave luz de la luna; mientras que una mujer francesa, por sencilla que sea, posee una manera tan graciosa de decir cosas agradables, con ese donaire y ese modo tan pícaro de mover los ojos y aun la boca, que la consideramos una belleza después de media hora de haberla conocido, y aun nos enajena la admiración que sentimos por la dulce y bien nacida, pero menos graciosa *anglaise*. La belleza de las mujeres de aquí consiste en los soberbios ojos negros; en el hermoso cabello oscuro, en la hermosura de brazos y manos, y en su pequeño y bien formado pie. Y sus defectos: de que con demasiada frecuencia son de corta estatura y demasiado gordas, de que sus dientes suelen ser malos, y el color de su tez no es el olivo pálido de las españolas, ni el moreno brillante de las italianas, sino un amarillo bilioso. Porfían en introducir el pie en un zapato media pulgada más corto, y arruinan el pie, destruyen su gracia al andar, y, en consecuencia, el de sus movimientos. Esta moda empieza, por fortuna, a caer en desuso… Es evidente, sin embargo, que cuando una *mexicana* posee dientes blancos y un

buen color, cuando no se ha puesto muy gorda, y cuando no tortura sus pies pequeños para hacerlos todavía más pequeños, debe ser por demás hermosa… El general descuido del atavío en la mañana, es también otro gran inconveniente para realzar su belleza. Una mujer sin cotilla, despeinada y con rebozo, necesita ser de verdad muy bonita, sí quiere retener sus encantos. Esta indolencia, es cierto, está pasando de moda, especialmente entre la gente joven de la sociedad, quizás debido a su más frecuente trato con los extranjeros, aunque probablemente ha de pasar mucho tiempo antes de que la mañana en casa deje de considerarse, en tiempo y lugar, el sitio privilegiado para andar a medio vestir. No obstante, he hecho muchas visitas a donde encontré a toda la familia muy bien puesta y arreglada; pero pude darme cuenta de que en estos casos los padres, y lo que es aún más significativo, las madres, han viajado por Europa, y a su regreso han establecido un nuevo orden de cosas.

En general, las mujeres más hermosas no son mexicanas, es decir, no han nacido en la capital, sino en las provincias. De Puebla, de Jalapa y de Veracruz, hemos visto muchas que se distinguen por el buen color de su cutis, y magníficos dientes, y que son más altas y graciosas que aquellas nacidas en la ciudad de México; precisamente como en España, en donde dicen que las más hermosas mujeres de Madrid no son madrileñas de nacimiento.

En cuanto a las indias, las que vemos todos los días traer al mercado sus frutas y sus legumbres, son, hablando en términos generales, sencillas, de humilde y dulce apariencia, muy afables y corteses en grado superlativo cuando se tratan entre sí; pero algunas veces se queda uno sorprendido de encontrar entre el vulgo caras y cuerpos tan bellos, que bien puede suponerse que así sería la india que cautivó a Cortés; con ojos y cabello de extraordinaria hermosura, de piel morena pero luminosa, con el nativo esplendor de sus dientes blancos como la nieve inmaculada, que

se acompaña de unos pies diminutos y de unas manos y brazos bellamente formados; y que ni los rayos del sol ni los trabajos alcanzan a ofender. En estos casos es más que probable que, no empeciente lo indio de sus facciones, ha de haber habido, en el tiempo pasado, varios enlaces entre su linaje y los descendientes de los conquistadores. Se ven asimismo, de vez en cuando, algunas muy hermosas *rancheritas*, esposas o hijas de campesinos, con blancos dientes y cuerpo esbelto, que van enfrente de sus criados montando el mismo caballo, y que por ser mujeres del campo conservan su figura por el constante ejercicio a pesar de su ingénita indolencia; mientras que la prematura declinación de la belleza en las clases acomodadas, la ruina de los dientes y la excesiva gordura, en ellas tan comunes, son, sin duda, los resultados naturales de la falta de ejercicio y de una alimentación disparatada. No existe ningún país en el mundo en donde se consuma tal cantidad de alimentos de procedencia animal, y no hay otro país en el mundo en donde menos se necesite que en éste. Los consumidores no son los indios, cuyos medios no se lo permiten, sino las mejores clases, que, por lo general, comen carne tres veces al día. Añadid a esto una gran cantidad de chile y de dulces en un clima del que se queja todo el mundo por irritante e inflamatorio, y produce, probablemente, estas afecciones nerviosas aquí tan generalizadas, y para las cuales existe un universal y agradable remedio, como es el de tomar baños calientes.

En cuanto a amabilidad y cariñosos modales, nunca me he encontrado con mujeres que puedan rivalizar con las de México, y me parece que las de cualquier otro país parecerían frías y entonadas en comparación. Para los extranjeros esto constituye un encanto infalible, y es de esperarse que, no obstante las ventajas que puedan derivarse de ese trato, nunca lleguen a perder esta deleitosa cordialidad que ofrece tan agradable contraste con la frialdad inglesa y americana…

Calderón recibió hace poco tiempo una invitación para asistir a las *honras* de la hija del Marqués de Salvatierra, es decir, a la celebración de una misa por el descanso de su alma. M… consideraba hoy que si la doctrina católica fuese creída con firmeza, y si las oraciones de la Iglesia en verdad acortasen los sufrimientos de aquellos que se fueron antes que nosotros, admira que para aliviar a los seres queridos de miles de años de tormentos, los ricos no se conviertan en pobres, y los pobres en limosneros, con tal de alcanzar este propósito; y de que si el concepto fuese puramente de tejas abajo, ello demuestra un admirable conocimiento de la naturaleza humana por parte de su inventor, pues ¿qué fuente de ingresos podría ser más segura?

En esta ocasión, ciertamente, no repararon en gastos. San Agustín, que es en sí una bella iglesia, fue adornada con extraordinario esplendor. Las naves y los pilares estaban cubiertos de terciopelo morado, y una profusión asombrosa de cirios iluminaba el templo, mientras que una invisible orquesta tocaba en cuanto cesaban los profundos acordes del órgano. Todos los frailes de San Agustín, con las capuchas blancas y calzados con sandalias, llevando en sus manos velas encendidas, se habían congregado junto al altar. Todos los parientes varones de la familia, vestidos de riguroso luto, ocupaban las sillas de altos respaldos alineadas a lo largo de uno de los lados de la iglesia, y una alfombra cubría el piso en donde unas enlutadas estaban arrodilladas, y a cuya compañía me acogí. El ceremonial, el canto, la música solemne y las preces, todo producía un gran efecto, pero de gozo más que de tristeza; quizás por una concorde persuación de que cada nota que se elevaba hacia las alturas llevaba consigo el bálsamo para el alma de la amada joven por cuyo reposo rogaban, acercándola a las puertas de la Ciudad Santa.

No cumplía veinte años cuando murió; y la primera casa en donde fuimos a vivir está cerca de la del Marqués de Salvatierra, su padre, y no dejó de impresionarnos cuando supimos que había

expirado la noche misma de nuestra gran serenata (aunque nosotros, claro está, no sabíamos que estaba enferma, en medio de las melodías de aquella alegre música y los gritos y aplausos de la concurrencia). Cuando terminaron las honras, salió la procesión y al pasar el Obispo todos le besaban la mano. Nos costó algún trabajo abrimos paso entre la multitud de *léperos* que, al salir, se apretujaban a las puertas, a pesar de que no se les permite entrar a la iglesia en semejantes ocasiones. Al regresar a la casa, nuestro carruaje desfiló en una formación de más de cien coches.

Encontramos sobre nuestra mesa otra invitación para una misa solemne que debe celebrarse en San Francisco, en memoria de la muerte de un amigo nuestro, un senador, perteneciente a una distinguida familia. El estilo de estas invitaciones es como sigue: La encabeza un grabado, una tumba y un ciprés, por ejemplo, y debajo, con letra de imprenta:

«José María Andrade, José Gómez
de la Cortina y Basilio Guerra
hermanos y tío del
senador don Agustín Tagle

Que murió el veintiocho del mes pasado, suplican a usted la asistencia a los sufragios y honras fúnebres, que a deseos de su esposa, doña Julia Andrade, han de celebrarse en la iglesia de San Francisco, el día ocho de este mes de febrero de 1840, a las nueve de la mañana».

Además de esta invitación, había otra, pero de diferente modo redactada:

«El general A… y Ana R… se permiten informar a usted que han contraído matrimonio, y tienen la honra de ofrecerse a sus órdenes».

«Calle de M…, número 24. México, 1840».

Aquí, lo mismo que en España, una señora conserva después de casada su nombre de soltera, y aun cuando también añade el de su esposo, es siempre más conocida por el suyo propio.

Por ignorar otra costumbre mexicana, estuve o punto el otro día de hacer una plancha tremenda; si bien debo decir en mi defensa que últimamente había andado en las tribulaciones de buscar sirvientes, y acababa de llenar mis necesidades poco más o menos a mi satisfacción. Por lo tanto, cuando el portero de la *Señora* de… me trajo los cumplidos de su ama, con el encargo de que de su parte me dijera que tenía *otra criada a su disposición*, le contesté que se lo agradecía mucho, pero que, justamente, acababa de tomar una *recamarera*. A esto, el hombre, con todo y su estupidez, abrió sus grandes ojos con una leve expresión de asombro. Por fortuna, cuando ya se marchaba, se me ocurrió preguntarle por la salud de la *señora*, y su respuesta de que tanto «ella como la niña seguían muy bien», hizo que se me apareciera de repente la verdad: de que el recado era una mera fórmula de cortesía que se usa para dar parte a los amigos de la familia del nacimiento de un niño… convencimiento que me indujo a cambiar ligeramente el tenor de mi respuesta. *Experientia docet*!

CARTA XI

Calle de Tacuba.—El salto de Alvarado.—La «Noche Triste». —Venta de los bienes de un sacerdote.—El padre Lyon.—Lepra. —Pinturas.—La Anunciación.—Paseo de Bucareli.—La Viga. —Indios en canoas.—Un asesinato.—Un día de campo.—Visita al Colegio Vizcaíno.—La Jota Aragonesa.—Viejos soldados.

La calle en que vivimos forma parte de la *calle* de Tacuba, la antigua Tlacopan, una de las grandes calzadas por medio de las cuales el México antiguo se comunicaba con el continente. Las otras dos eran la del Tepeyac (ahora de Guadalupe) y la de Iztapalapan, y fue por esta última por la que el emperador mexicano y sus nobles salieron a recibir a Cortés en su entrada a Tenochtitlan. La antigua ciudad se dividía en cuatro barrios, división que se ha conservado hasta el día, sin más cambio que el de sus nombres indios por los de San Pablo, San Sebastián, San Juan y Santa María. Las calles tienen la misma dirección que tuvieron antiguamente. La misma calle cambia con frecuencia de nombre en cada manzana, y esta parte de la *calle* de Tacuba se llama, a veces, «Plazuela del Zopilote», «San Fernando» y «Puente de Alvarado», nombre que es el más clásico de los tres, por conmemorar el valor de un héroe, mientras que una zanja, cruzada por un pequeño puente, cerca de dicha calle, conserva el nombre de «el Salto de Alvarado», en recuerdo del famoso salto que dio el valiente español Pedro de Alvarado en la memorable noche llamada de la

«noche triste», el primero de julio de 1520, cuando los españoles se vieron forzados a retirarse de México a las montañas del Tepeyac.

En aquella «triste noche», en que la lluvia caía a torrentes y la luna y las estrellas negaban su luz, cubierto el cielo de espesas nubes, ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio. Confió el mando de la vanguardia al invicto Sandoval; la retaguardia al temible héroe Pedro de Alvarado. Un puente de madera era conducido por cuarenta soldados, para servirse de él en el paso de los fosos o canales, que de otro modo habrían impedido su retirada. Se dice que Cortés, al preferir la noche para efectuar su marcha, se guió por los consejos de un astrólogo.

Sea como fuere, pasaron felizmente el primer canal, gracias al puente que consigo llevaban. Los centinelas que guardaban aquel punto fueron rebasados; pero los vigilantes sacerdotes que en el silencio de la noche velaban en el Templo, oyeron el fragor de la lucha, gritaron a las armas, y con las cometas despertaron a los habitantes.

En un momento se vieron los españoles cercados por agua y tierra. Fue muy terrible el combate en el segundo foso, que ya habían alcanzado. Todo era confusión, clamores, heridas y muerte; y el foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar sobre ellos como sobre un puente. Se dice que Cortés pasó muchas veces los fosos a nado, sin mirar el peligro, animando a sus hombres, dando órdenes, mientras que, atraídos por su voz, hacia él se dirigían todos los golpes; mas conservando siempre su intrepidez y sangre fría, en medio de la oscuridad, la confusión y los clamores. Pero al llegar al tercer foso, se encontró Alvarado solo y tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente, fijó la lanza en el fondo del canal, y aferrado a ella se lanzó de un salto a la orilla opuesta.

Un autor azteca, contemporáneo de Cortés, dice que cuando los indios vieron este salto prodigioso, y de que su enemigo estaba a salvo, «comieron la tierra», y que los hijos de Alvarado, que después fue siempre conocido por «Alvarado, el del salto», probaron con testigos, en el curso de un proceso ante los jueces de Texcoco, la verdad de esta proeza de su padre.

En un manuscrito inédito, y que ha visto la luz pública este año en una revista llamada «Mosaico Mexicano», se encuentran algunas particularidades concernientes a la «noche triste». Se dice allí que una vieja, dueña de un puesto en el mercado, dio la voz de alarma; y se menciona el extraordinario valor de una señora llamada María de Estrada, que hizo maravillosas hazañas con su espada, y que después casó con don Pedro Sánchez Farfán. Dícese también que cuando los indios vieron el salto, exclamaron: «Este es verdaderamente el hijo del Sol»; y que esta manera de arañar el suelo y de comer tierra a puñados, era una costumbre usada por los indios para expresar su admiración. Sin embargo, es tan rico México en tradiciones, que si me refiero a ésta en particular, es sólo porque estamos viviendo en el mismo sitio en donde ocurrió el hecho…

Hace pocos días fuimos a ver varios objetos que están de venta, y que pertenecieron a un *cura* fallecido recientemente, porque oímos decir que había dejado, entre otras cosas, algunas buenas pinturas. Llegamos al atardecer y no encontramos sino al agente (un tipo al estilo de Daniel Lambert), a una o dos viejas y al padre Lyon, jesuita, *capellán* de las monjas Capuchinas, cuyo semblante, además de ser hermoso, parece la personificación de todo lo bueno, lo dulce y lo santo. ¡Qué magnífica cabeza de estudio para un pintor! El viejo sacerdote fallecido, que había traído de España algunas piezas de valor, tenía una hermana leprosa que murió en el hospital de San Lázaro. El horrible azote de la lepra no es de ninguna manera desconocido aquí; y aun cuando está mandado que todos los atacados se recojan en el hospital, he en-

contrado a dos personas, y una de ellas frecuentando la sociedad, afligidas por este padecimiento.

Por esta casa, que es muy grande, piden los albaceas una renta absurda. Los bienes venales del difunto, se hallaban dispuestos sobre grandes mesas en un piso muy amplio. Había vírgenes y santos, sobrepellices, candelabros, despabiladeras; cajas de todas suertes y tamaños; un pectoral de esmeraldas y diamantes, pero con las piedras mal montadas; varias y buenas pinturas, especialmente una de la Anunciación. Estaba también la muerte de San José varios santos, etc., asuntos religiosos todos, como es de suponer. Compró Calderón dos pinturas, una de ellas la deseaba yo mucho. Había asimismo dos grandes piezas de terciopelo bordado, en donde figuraban las armas de Castilla y que nos dijeron habían servido de colgaduras para un retrato de la Reina Cristina en su entrada a Madrid. Rogóle el agente a Calderón que las comprase, pero al mismo tiempo pedía por ellas un precio imposible.

Vimos además una gran caja llena de reliquias procedentes de Jerusalén, las cuales me dijo el padre que no se podían vender, pero que sin embargo, escogiera de ellas las que más me agradasen; regresé a la casa con una variedad de *Agnusdei*, crucifijos y rosarios. Al día siguiente un enviado del padre Lyon me trajo la pintura de la Anunciación, que yo tanto había admirado, que es una copia hecha por Bayeu, un pintor valenciano, de su propio cuadro de la Anunciación que se encuentra en la capilla real de Aranjuez; y también el terciopelo bordado, con los ruegos de que aceptara yo ambas cosas. Hemos deseado desde entonces demostrar al *padre* nuestro reconocimiento por sus finezas; mas no es él quien acepte presentes, ni quien visite a nadie, sino a aquellos que a la hora de la muerte requieren sus auxilios espirituales. En la casa del dolor y junto al lecho de muerte, es allí donde siempre se le encuentra, y mucho más si son motadas del pobre. Rara vez visita la mansión del rico, y de hacerlo, es porque su

presencia ha sido solicitada: cuando ha sido llamado para administrar la consolación espiritual al enfermo o al moribundo. Pero en la casa del destituido, en las chozas más miserabies, nunca han de rogarle para que acuda. Es el guardián y el amigo del pobre, y sus caridades son tan abundantes como juiciosas…

Ayer, por ser día de fiesta, el *Paseo* estaba lleno de carruajes y, en consecuencia, mucho más brillante y divertido que nunca. Este *Paseo* es el *Prado* mexicano o el *Hyde-Park*, mientras que la Viga puede reputarse como los jardines de Kensington de la metrópoli, y esto solamente por sucederle al anterior, ya que en México no se practica el paseo a pie, que aquí se considera como poco elegante; y aunque a veces algunas señoras vestidas de negro y puestas de mantilla, se aventuran a andar a pie muy temprano en la mañana para ir a misa o de compras, están las calles en tan mal estado y las aceras son tan estrechas, tan compacto el gentío, el hormigueo de *léperos* en andrajos tan molesto, que todos estos inconvenientes, a los que hay que añadir la fuerza del sol al mediodía, ofrecen una perfecta excusa para que las señoras no se dejen ver en las calles de México.

En cambio, nada más agradable que caminar por la Alameda, que es tan hermosa y en donde se goza de una agradable sombra, y, sin embargo, me he paseado por ella con frecuencia en las mañanas y sólo he encontrado a tres señoras a pie, y aun dos de ellas eran extranjeras. Después de todo, cada cual tiene sus pies; pero nada más las señoras tienen coches, y es quizás esta mezcla de aristocracia e indolencia la que no permite a las Doñas mexicanas profanar las suelas de sus zapatos con el contacto de la madre tierra.

El *Paseo* llamado de *Bucareli*, que toma su nombre de un virrey, es una larga y ancha avenida orlada con los árboles que él mismo plantó, y en donde se halla una fuente grande de piedra, cuyas centelleantes aguas se asemejan frescas y deliciosas, y que remata una dorada estatua de la Victoria. Aquí, cada tarde, pero

de preferencia los domingos y días de fiesta, estos últimos no tienen fin, se pueden ver dos largas filas de carruajes llenos de señoras, multitud de caballeros montando a caballo entre el espacio que dejan los coches, soldados, de trecho en trecho, que cuidan el orden y una muchedumbre de gente del pueblo y de *léperos*, mezclados con algunos caballeros que se pasean a pie. Casi todos los carruajes son de una extraordinaria belleza. Coches europeos y libreas extravagantes, junto a carruajes construidos en el país, algunos según el antiguo modo mexicano, pesados y cubiertos con dorados, o bien alguna moderna imitación de un coche inglés, sólido, pero un tanto tosco y sin acabado. Junto a los carruajes más elegantes pueden verse algunos coches de alquiler tirados por mulas; los hay muy pasaderos, mientras que otros son de formas y dimensiones inverosímiles, con todas las señas de haber pertenecido, en otros tiempos, a algún noble *Don*.

Los caballos, por más ostentosos, están más de moda en los paseos públicos que las mulas; pero estas últimas requieren menos cuidados y resisten mejor la fatiga que los caballos. La mayor parte de las familias tienen en sus caballerizas lo mismo mulas que caballos, y esto es muy necesario para los que hacen muchas visitas. Los carruajes, de los que el más elegante parece serlo la *carretela*, abierta por los dos lados, de portezuelas con vidrios, van llenos de señoras lujosamente vestidas, sin mantilla, las cabezas descubiertas, *coifflés* con flores y joyas; pero como la mayor parte de los coches son cerrados, sólo permiten ver a medias a los que van en el interior, cuando pasan cambiando saludos con un movimiento de los dedos o con el abanico. El espectáculo, en conjunto, no puede ser más lucido, pero es muy monótono. Los jinetes, con sus finísimos caballos, y vestidos con hermosos trajes a la mexicana, parecen no advertir el paso de las damas; rara vez las saludan y nunca se atreven a entablar conversación con ellas. Pero atentos a quién pertenece cada coche, saben cuándo es conveniente que sus caballos hagan corvetas, y mostrar, con ventaja,

sus habilidades de consumados caballistas. Unos ojos negros les siguen con la mirada, y ellos lo saben. Cuando los coches han dado dos o tres vueltas, se detienen en distintos lugares, formando semicírculos fuera de la calzada, y desde allí sus ocupantes ven pasar el desfile. Suelen salir, a veces, espirales de humo de los carruajes, principalmente, hay que advertirlo, de los más anticuados y de los de alquiler. El fumar va pasando de moda entre las señoras de la aristocracia, y rara vez lo hacen en público, excepto las viejas o, por lo menos, las casadas. Es cierto que entre la clase media, jóvenes y viejas tragan el humo de sus *cigarritos* sin inmutarse; pero cuando una costumbre empieza a considerarse como *vulgar*, es difícil que subsista en la próxima generación. Por poco femenina que ella sea, encuentro que no carece de gracia una mujer bonita cuando fuma.

Este *Paseo* goza de una hermosa vista de las montañas, pero prefiero mucho más el de la Viga, que ahora se está poniendo de moda. Le bordea un canal, con árboles que le dan sombra, y que conduce a las Chinampas y se ve siempre lleno de indios con sus embarcaciones, en las que traen fruta, flores y legumbres al mercado de México. Muy temprano en la mañana, es un agradable espectáculo verlos cómo se deslizan en sus canoas, cubiertas con toldos de verdes ramas y flores.

Ayer, después de un paseo a caballo en la tarde por ese lugar, había dejado a Calderón y a varios caballeros que comieron con nosotros, tomando café y fumando en el balcón; me encontré que por suerte mía me escapé de presenciar un asesinato cometido frente a nuestra puerta. Habían observado, dichos caballeros, por algún rato, a un grupo de personas, hombres y mujeres del pueblo, hablando y, al parecer, divirtiéndose entre ellos mismos; riéndose a veces, otras disputando y dándose de manotazos. De repente, uno de los hombres salió corriendo y trató de escapar saltando por encima de la pequeña pared que sostiene los arcos del acueducto. Al instante, otro hombre fue detrás de él, y con

toda sangre fría sacó su cuchillo y se lo clavó en la espalda. Cayó el hombre dando un gemido, y en esto una mujer, quizás la del mismo asesino, le dio de puñaladas en el corazón, mientras los demás del grupo, sin proferir una sola palabra ni tomar parte, se concretaban a mirar con los brazos cruzados, con una plácida sonrisa de indiferencia.

Aparecieron al mismo tiempo a lo lejos unos soldados a caballo y vistos por el hombre y la mujer que habían cometido el asesinato, intentaron escapar refugiándose en nuestra casa. El portero, por fortuna, había asegurado las puertas por dentro, y los soldados, avivando el paso de sus monturas, dieron con ellos y se los llevaron. No causó el hecho mucha impresión, pues esto ocurre todos los días. Ayer vi a un hombre muerto, tirado cerca de la *Lonja*, y todo el mundo le miraba con la mayor indiferencia. «Ha intervenido usted en un negocio desagradable», decía yo al coronel…, que vino a visitarnos y que todavía estaba *en grande tenue*, de regreso de la ejecución de uno de sus propios soldados, que había asesinado a un compañero. «Sí» contestó con un aire casi jovial, «acabamos de fusilar a un pequeño *tamhour*»… Nos invitaron, no hace mucho, a un *día de campo*, diversión que aquí es muy frecuente, y a la que sin ninguna formalidad o cumplimientos, cierto número de personas sale a algún sitio de los alrededores, y allí pasan el día bailando, almorzando y paseando, etc. Dio éste *Don* Basilio Guerra, senador, y estuvo muy divertido. Consistía la música en una banda de guitarras, con las que los ejecutantes, gente del pueblo y que quizás tocaban al oído, lograron interpretar muy bien varias piezas, y en los intermedios del baile ejecutaron trozos de la «Straniera» y de los «Puritanos». El gusto por la música es universal, admirables las facilidades y casi cero la ciencia.

Las señoras, usualmente no llevan brillantes ni perlas, sino un vestido que podríamos llamar de medio vestir, y se verían muy bien si no fueran los trajes tan cortos y los zapatos tan apretados.

Algunas llevaban sombreros, que se consideran prendas de lujo. La familia Escandón y la joven *Señora* Cuevas, iban muy bien vestidas, Cuando las mujeres mexicanas están sentadas tienen un aire de gran dignidad y una expresión de perfecto reposo. Y para su mayor lustre, así debería uno verlas siempre: sedentes en el sofá, en el coche o en su palco en el teatro.

Se ofrecían a la vista mesas inmensamente largas, cubiertas de guisos a la mexicana, a los cuales también me voy acostumbrando; se pronunciaron muchos brindis y se bebió mucha champaña. No nos cansamos de bailar cuadrillas, valses y contradanzas españolas; y en la tarde nos paseamos por el jardín y el huerto y volvimos a bailar al son de las infatigables guitarras. Ya había anochecido cuando los coches partieron casi todos al mismo tiempo, para hacerse compañía unos a los otros.

Al día siguiente, gracias a que la Condesa de la Cortina nos hizo el favor de conseguir un permiso para visitar el *Colegio Vizcaíno*, que tanto ansiábamos ver, nos fuimos allí acompañados de numerosas personas. El Colegio, fundado por las munificentes caridades de los españoles, principalmente por los naturales de la provincia de Vizcaya, es, en verdad, una institución espléndida. Es un enorme edificio de piedra, en forma de rectángulo, siguiendo, según dicen, la misma planta del Palacio de Madrid, y posee en grado sumo ese aspecto de solidez y grandeza que distingue a los edificios de México, y que junto a la anchura y a la uniformidad de sus calles, y a la magnitud de sus plazas públicas, la ausencia total de fausto mezquino, los balcones con sus balaustres y ventanas con rejas de hierro macizo, o de bronce, hacen de México, no obstante su carencia de policía, una de las ciudades de más noble aspecto en el mundo. El objeto de este Colegio es proveer a la educación de las hijas de los españoles, en especial a las descendientes de los vizcaínos en México; de las que son admitidas cierto número, una vez lo han solicitado a los directores. Hay maestras para todas las ramas necesarias, como lectura, es-

critura, costura, aritmética, etc. pero, además, en otra parte del edificio, con entrada propia, se educa gratis a niñas pobres, cualquiera que sea la provincia de origen. Asisten allí todo el día, y regresan a sus casas por la tarde. Las otras, regidas por un método conventual, nunca salen mientras pertenecen al Colegio; pero el edificio es tan espacioso y aireado, con sus grandes corredores y amplísimo patio, bellas fuentes, jardín y extensas azoteas, que las niñas se hallan muy a sus anchas. Hay *portières* y hermanas, tantas como en un convento, con una respetable y anciana *Rectora*, y por todas partes reina el orden y la limpieza.

Visitamos primero a las educandas pobres, pasando a través de grandes salones donde permanecen sentadas con sus maestras, divididas en clases, cosiendo, escribiendo, leyendo, bordando o haciendo cuentas, ejercicio éste muy opuesto, creo yo, con el modo de ser mexicano. Una de las maestras hizo que una niña me ofreciera una cadenita hecha de cabello, que acababa de terminar. Prevalecía el más perfecto orden y decoro. Entre las internas, en la parte alta del establecimiento, hay algunas que bordan a maravilla: sobrepellices, frontales de altar, en una palabra, todos los ornamentos de la iglesia, en oro o seda. En el cuarto en donde se guardan éstos, se encuentran los confesionarios para las alumnas. Los sacerdotes están en una habitación contigua, y las que acuden a confesarse se arrodillan delante de la reja que separa las dos piezas. Todos los dormitorios son limpios en exceso y bien dispuestos, tiene cada uno de ellos dos camas pintadas de verde, y de entrada un pequeño recibidor, que suele adornarse con flores y pájaros. Les enseñan a cocinar y planchar, y otras faenas domésticas, y así preparan a estas muchachas para que lleguen a ser buenas esposas de hombres honrados y pertenecientes a su misma condición.

Visitamos la capilla, que es muy opulenta, y hermosa, con estofados de oro, y de grandes proporciones. Las educandas y sus maestras asisten a la misa en el corredor de arriba, que tiene vista

a la capilla a través de una reja. Aquí tienen un órgano, altares, santos, *nacimientos*, etc. Nos enseñaron después una gran sala dedicada a otros muy diferentes propósitos, en donde en uno de los extremos se levanta un pequeño teatro en el que representan las alumnas. Todas las paredes de los corredores están cubiertas con pinturas antiguas con asuntos religiosos, aunque muchas de ellas se están cayendo a pedazos por la humedad o la falta de cuidado. El edificio parece que no se acaba nunca, y después de recorrerlo de un lado para otro, durante varias horas, y haberlo visto todo, desde el jardín, en donde me dieron un gran ramo de rosas y de claveles, hasta la azotea, que domina todas las calles, iglesias y conventos de México, no nos vino mal descansar en los antiguos sillones de altos respaldos en una hermosa habitación de cuyos muros penden los retratos de los directores españoles que ha tenido el Colegio, y que están representados con su antiguo traje de corte. Aquí nos encontramos con que los regentes habían preparado para nosotros una excelente colación: frutas, helados, pasteles, flanes, jaleas, vinos, etc., todo en gran abundancia.

Descansados y confortados, procedimos a visitar a las alumnas en sus respectivas clases. En la clase de escritura nos mostraron varios ejemplos de ese curioso arte. La letra de las mayores, eran, en general, mala, debido, quizás, a que entraron al colegio muy tarde. La de las pequeñas era mucho más aceptable. Vimos algunas muestras de bordado singularmente bellas. Al regresar a la sala en donde está el piano, algunas de nuestras acompañantes empezaron a tocar y a cantar. La *Señora* G-o cantó un aire italiano a maravilla. Es sin duda alguna, una cantante consumada. La *Señorita* Haro tocó una de las más difíciles *combinaciones* de Herz con una excelente ejecución, y una muchacha muy bonita, que vive en un convento en donde la ha depositado su *novio* para defenderla de los peligros del mundo, mientras se prepara para casarse, cantó un dueto con otra joven señora, que acompañé al piano. Las dos poseen buenas voces, pero no tenían la menor

idea de lo que estaban cantando. Mi amiga la *Señora* Cortina nos deleitó con algunas de las innumerables y divertidas coplas de la *Jota Aragonesa*, que parecen no tener principio ni fin, todas alegres y todas intraducibles, o cuando menos perdiendo su intención y gracia cuando se visten a la inglesa. Como, por ejemplo:

Seis perras gordas halló un pobre
y del gusto se murió,
y en las ansias de la muerte
las seis perras gordas perdió.

La mujer que quiere a dos
es discreta y entendida,
sí una vela se le apaga
otra le queda encendida.[*]

A poor man met with a sixpence
and for joy he gave up the ghost,
and in the troubles of death
even his sixpence was lost.

The woman who loves two at once
knows what is discreet and rigth,
since if one of her candíes goes out
still the other remains aligth, &c…

No es posible encontrar otra casa de tales dimensiones, tan limpia y ordenada como ésta; así sucede, casi siempre, en todos los establecimientos en donde gobiernan las faldas. Estas antiguas instituciones españolas son, sin duda, ejemplos de gran

aliento; aunque ahora se hallen en su mayor parte abandonadas y al borde de la ruina. Bien poco se ha intentado en su favor desde la Independencia…

Después de que en nuestra casa circularon muchos rumores y ocurrieron varias alarmas a causa de los ladrones, algunos exagerados y otras del todo falsas, hemos conseguido, al fin, dos viejos soldados españoles procedentes del Cuerpo de *inválidos*, que han tomado como cuartel general el hueco de la escalera, y que matan el tiempo limpiando sus escopetas, haciendo zapatos, comiendo y durmiendo, pero que, hasta ahora, no han tenido la oportunidad de mostrar su valor. El solo hecho, quizás, de ser soldados, será suficiente para ahuyentar a los ladrones vulgares.

CARTA XII

La Viga durante el Carnaval.—Variedad en los coches.—Los millonarios.—Los frailes.—Baile de máscaras.—Un espectáculo alarmante.—Estudiantes de medicina.—Cena en casa del ministro de Prusia.—Paseos a caballo.—Amor de los indios para las flores.—Santa Anita.—Las Chinampas.—Su origen.—Indios en canoas.—Canción de «El Palomo».—Riña.—Los grandes lagos. —El desagüe de Huehuetoca.—El gran mercado de Tlaltelolco.

16 de marzo.

Estamos ahora en Cuaresma, en medio de los rezos, visiteo a las iglesias y observancia de ayunos. El Carnaval no fue muy alegre, excepción hecha de los bailes de máscaras y los lucidos *paseos*. Es el de la Viga uno de los más bellos que imaginarse pueden, y aun podría mejorarse; pero así como está, con la agradable sombra de sus árboles y el canal, por donde desfilan las canoas, en un constante y perezoso ir y venir, sería difícil, a la hora del apacible atardecer, momentos antes de transponerse el sol, de preferencia en una hermosa tarde de un día de fiesta, encontrar en cualquier otra parte un espectáculo tan placentero o más inconfundible. Cual sea la clase social que muestre mayor gusto en el modo de gozar, es cosa que debe dejarse al juicio de los sabios: si los indios, con sus guirnaldas de flores y sus guitarras, sus bailes y canciones, y aleando las fragantes brisas, mientras sus ca-

noas se deslizan al filo del agua, o las señoras luciendo sus mejores vestidos y encerradas en sus coches, que se pasean en silencio, devolviendo con un amable movimiento del abanico los saludos de sus bellas amigas desde el fondo de sus carruajes, temerosas, al parecer, de que la leve caricia del céfiro pudiera ofenderlas, y sin embargo, una brisa suave, cargada de aromas, corre sobre las aguas adormecidas, y los últimos rayos del sol doran las ramas de los árboles con una luz quebrada y ya fugaz…

Después, a pausas, cada carruaje se acomoda al lado de su vecino (lo mismo que en el otro *Paseo*) la elegante *carretela* se codea con el plebeyo coche de alquiler; el espléndido tiro del millonario junto al pesado y anticuado furlón, que va pasando de moda, y en donde van sentados sus ocupantes, sin decir palabras, como si la vida y sus trabajos se hubieran detenido, y ahora les tocara, en tanda, contemplar el torbellino del mundo a través de las ventanillas de su clausura, y verle rodar mientras ellos descansan. Los jinetes también van y vienen con sus fogosos caballos, y aunque fuera del alcance de las voces de las que les saludan desde los carruajes, disfrutan del aire libre bajo la verde arboleda, llevándoles a las *Señoras* la misma ventaja que el fraile trotamundo a la enclaustrada monja.

Y, sin embargo, si llegáis a la Viga cerca de las cinco, cuando todavía la tierra conserva el frescor del riego y los soldados han ocupado sus puestos para cuidar el orden; los coches yendo y viniendo en dos largas hileras que se extienden hasta perderse de vista: los bordes de la calzada con un hervidero de gente plebeya que alegremente os pide le compréis flores, fruta o *dulces*; innumerables jinetes con trajes pintorescos, montando briosos caballos, y que pasan por el centro de las dos filas de coches; y el canal atestado de canoas, con los indios que cantan y bailan con indolencia, mientras sus embarcaciones se deslizan en el agua; todo esto bajo un cielo azul y sin nubes, con un aire puro y transparente; y si posible fuera cerrar los ojos para no ver la única nota

discordante del cuadro: la multitud de *léperos* dedicados a las prácticas de su oficio, entonces podríais creer que México es el más floreciente, el más feliz y el más apacible lugar del mundo, y sobre todo, el más rico; y no por cierto de una República, pues aquí el *pueblo* apenas anda vestido, apenas existe el eslabón entre la frazada y el raso, entre las amapolas y los diamantes. En cuanto a los carruajes, muchos de ellos no desentonarían en *Hyde Park*, aunque otros producirían escalofríos entre la concurrencia de *Bondstreet*; pero el contraste mismo es divertido, y vistos en conjunto, caballos y coches, hay mucho más que admirar que criticar…

Tomad, por ejemplo, el hermoso carruaje del rico Barrera, que posee una de las casas más bellas de México; su mujer ostenta un turbante de terciopelo entretejido de grandes perlas, y en este momento tiene un cigarrito en la boca. No es guapa, mas sus joyas son soberbias. ¿Cómo hizo él su fortuna? Parte quizás en el juego, o por otros medios aun menos escrupulosos, dejémoslo que lo relate algún cronista más hábil. O mirad esta elegante *carretela*, tirada por hermosos *frisones* grises, vidrios bajados, que nos ofrece una constelación de bellezas. Las señoras llaman la atención por un aire europeo que no tienen las demás; de colores encendidos, vestidos más cortos y sencillos, con sombreros de París. Quizás han estado en Europa. Es curioso que a los de a caballo se les encabriten sus monturas cada vez que pasan al lado de este carruaje. Otro coche, hermoso y sencillo, lleva a la familia de uno de los ministros; la madre y las hijas, bellas todas, con ojos de españolas y la piel morena y radiante, y les sigue un coche de alquiler, lleno de mujeres de rebozo y de niños con cara y manos untadas de caramelo… Algunos de los cocheros y lacayos llevan trajes mexicanos; otros, libreas… Pero he aquí que se acercan tres carruajes *en suite*, los tres con la misma librea de carmesí y oro, los tres lujosos, y los tres tirados por hermosos caballos blancos. ¿Es el Presidente? Ciertamente que no, la ostenta-

ción es excesiva. Aun la realeza gusta de mayor simplicidad cuando se digna mezclarse con las diversiones de sus vasallos. En el primer coche viene, en persona, el gran figurón con su consorte, queriendo recatarse de las miradas de la plebe. Es demasiado el carmesí y el oro, demasiados cristales y mullidos cojines, demasiada comodidad y magnificencia juntas. Dos soberbios caballos norteños, blancos y briosos, tiran de este imponente carruaje. El que le sigue es un magnífico coche, en el que van los niños con los criados; mientras que el tercero, no menos lujoso, lleva a los pequeñuelos con sus nodrizas. Al lado del primer carruaje cabalga un anciano caballero, el cual, de sostenerse más firme en la silla, podría pasar por un *picador*. Viste rico traje mexicano, todo cubierto de bordados de oro; el sombrero, con toquilla también de oro, ladeado con garbo, en singular contraste con la expresión de su semblante, producida quizás por el miedo interior que no alcanza a esconder, ocupado como está en dominar a su corcel de pura sangre, apoyando con fuerza sus pies en los estribos de plata, y usando con prudencia el látigo, cuyo mango ostenta un diamante enorme.

Pero la octava maravilla entre todos sus arreos, y que da motivo a que vaya corriendo detrás de él una alborotada turba de muchachos harapientos, es la silla. Es una pieza extraordinaria que le ha costado a su dueño cinco mil pesos, toda forrada de terciopelo, ricamente bordado de oro macizo. Algunas veces se le ve con otra montura bordada de plata.

Su aspecto, en conjunto, no puede ser más singular, y su angustia, en el mismo momento en que empieza a anochecer, pensando en las riquezas que lleva consigo, y el concepto que tienen sus paisanos de la apropiación, compensa el goce que recibe su vanidad cuando le admiran los muchachos en el *Paseo*.

Han pasado estos millonarios, y a su cola pegado viene un viejo coche alquilón, copia cabal de esos extraños vehículos en los cuales se complace a veces Lady Morgan en presentarnos a

sus heroínas. Van en él seis tapados, cubiertos los rostros con unos chales. Después de muchas conjeturas, fue imposible precisar si se trataba de hombres o de mujeres. *Fue imposible* entonces, mas al dar la vuelta de regreso los coches, se levantó el viento y con él se levantaron los chales de dos de los tapados, dejando al descubierto… ¡hábitos y capuchas de frailes! *¡O tempora! ¡O mores!*

Se celebraron tres bailes de máscaras, pero sólo asistimos a uno. Llegamos a eso de las diez y ocupamos un palco de platea, y aunque se había anunciado un *pronunciamiento* (término de moda aquí para decir revolución), todo estaba muy tranquilo y en orden, y el baile muy alegre y concurrido. A la entrada, mientras nos recogían los billetes, un grupo de máscaras nos asaltó gritando nuestros nombres en voz de falsete. El capitán G…, hermano de Lord…, vino a nuestro palco; así como un hijo de *La jeune France*, M. de Ciprey, que tuvo la deferencia de permanecer con el sombrero puesto toda la noche. En un palco, precisamente arriba del nuestro, estaba toda la Legación Francesa, que acaba de llegar. Entre las mujeres dominaban los dominós, adoptados por más encubridores, pues se estima en poco asistir a estos bailes.

Había también algunas vestidas de hombres, la mayoría modistas francesas, que gozan aquí de muy mala fama, y muchos hombres disfrazados de mujeres; y poblanas de antifaz, sin medias y con faldas demasiado cortas; caballeros armados; y buen número de trajes, probablemente prestados por la guardarropía del teatro, y un contingente aún mayor de lo usual, de tipos estrafalarios, La música era muy buena, y los que bailaban, valsaron y *galoparon*, y dieron vueltas por la sala como furias. La animación, cuando menos, era general. Nos hablaron cientos de máscaras, pero no logré conocer a ninguna. Uno de los dominós se mostró particularmente interesado por llamar mi atención hacia el vestido de poblana, y me preguntó si habría sido decente que yo hubiera asistido al baile de fantasía con semejante indu-

mentaria, Furiosa por lo ridículo de la pregunta empecé a explicarle de qué manera me habría yo vestido, cuando me di cuenta de que era una tontera dar explicaciones a una desconocida. Calderón salió del palco para dar una vuelta entre la concurrencia, con lo que varias máscaras dieron grandes muestras de alegría, rodeándole y estrechándole la mano.

Las señoras llenaban todos los palcos, y la escena era muy divertida. El señor M…, cuyo palco ocupábamos, mandó traer pasteles y vino, y cerca de la una abandonamos el baile para regresar a la casa, y uno de nuestros soldados hizo las veces de lacayo…

Hice una visita el otro día que merece una nota especial. Fue en casa de la rica señora de Barrera, cuya primera visita aun no había yo devuelto. Estaba en casa, y me pasaron a una espaciosa sala donde, para sorpresa mía, me encontré que los candiles, los espejos, etc., estaban cubiertos de crespones negros, según se acostumbra hacer aquí cuando hay un luto en la familia. Inferí que debía de haber muerto alguna persona de la casa, y pensé que noramala llegaba yo de visita. Me senté, sin embargo. De pronto, se fijaron mis ojos en *algo horrible* que estaba enfrente del sofá en que yo me había sentado. Sobre seis sillas, colocadas fronteras unas a otras, vi tendido un bulto muy largo, al parecer un muerto, al cual, ¡horror!, le asomaban los pies por fuera del paño negro que le tapaba. Permanecí sentada, sin quitarle un punto los ojos a esta misteriosa aparición, perdida en conjeturas acerca de la identidad del difunto. ¿Sería el dueño de la casa? Era muy alto, ciertamente, y no gozando de buena salud, quizás pudo haberse muerto de repente. Hecha mi composición de lugar, la acepté sin más argumentos, ya que después de una defunción, y durante los primeros nueve días, la casa está siempre llena de amigos y conocidos, y la viuda, o el huérfano, o bien la madre que ha perdido a su hijo, deben de recibir cuando su pena es más

amarga el pésame de todos y cada uno. Porque aquí tal parece que no comprenden que el dolor necesita soledad.

Absorta en estas reflexiones, presa de malestar, empezaba a sentir o a imaginarme que el aire que se respiraba en la habitación se iba haciendo cada vez más pesado, y deseaba con ansia, para decirlo con franqueza, que algún ser viviente entrara cuanto antes. Pensé en salirme sin que me vieran, mas temí que lo tomaran como una descortesía; pero mi nerviosidad había llegado a tal grado, que cuando al fin entró la señora de Barrera, salté de la silla como si hubieran disparado un tiro de pistola… Iba vestida de muselina de color, y se envolvía con un chal azul. ¡Ni trazas de luto!

Después de los obligados cumplidos de costumbre, le pregunté, con particular intención, por su marido, mirando de reojo al misterioso bulto. Se encontraba perfectamente bien. ¿Y la familia? Apenas convaleciendo de la viruela, después de haber estado muy enfermos. «¿No de peligro?», dije, con cierta duda, pues pensé que podría tener algún hijo alto, y que se refería a la convalecencia de los demás. «No», pero los hijos de su hermana habían estado gravemente enfermos. «¿No perdió ninguno, yo espero?». «Ninguno». En resumidas cuentas, estaba yo tan desconcertada que la conversación se hacía incoherente, y mis preguntas y respuestas iban al buen tuntún, hasta que, por fin, me ocurrió preguntar a la señora si se iría pronto al campo. «No para quedarme. Pero mañana vamos a llevar allí un *Santo Cristo*, que acaban, precisamente, de hacer para la capilla», echando una mirada al bulto, «por cuyo motivo está la sala, como usted ve, con colgaduras negras». Nunca en mi vida he experimentado semejante alivio, y luego pensé en los Misterios de Udolfo.

Siendo como son las casas tan grandes, y los sirvientes muy mal instruidos en anunciar a los visitantes; y, además, con los entresuelos alquilados de preferencia a distintas familias, es empresa ardua para un extranjero llegar, sin ayuda de nadie, hasta

las gentes principales de la casa. ¡Las equivocaciones que he cometido! Y todo por no acordarme de los entresuelos, que, dicho sea de paso, suelen ser amplios y hermosos. Me ha ocurrido, al decirme el portero que suba, y alcanzado el primer descanso de la escalera, *meterme* en la primera puerta que se me ofrece por delante. Una mañana entré en uno de ellos, y di de narices con dos caballeros que se mostraron asombrados y maravillados de mi visita. Parecían dos estudiantes de medicina, y se encontraban alrededor de una mesa, ocupados sabe Dios en qué; haciendo una disección, me imagino. Pregunté por la señora…, lo cual les admiró todavía más, como era natural. Sin embargo, fueron muy corteses, y bajaron corriendo a llamar el coche. Después de esta aventura nunca entro a una casa sin que me acompañe un lacayo, cuando menos hasta que no conozco bien el camino.

Tuvimos hace pocos días una agradable comida en casa del ministro de Prusia, donde conocimos a la familia Casaflores. La Condesa de Casaflores ha estado mucho tiempo en Europa, en donde fue recibida por la mejor sociedad; y ahora se consagra por completo a la educación de sus hijas, proporcionándoles cuantas facilidades existen en México, en lo que a maestros se refiere. Le asiste un aya española, mujer excelente, que ellas ven como a una segunda madre.

Aunque de momento no abundan las oportunidades en México para pasar el rato, no dejo de divertirme a mi gusto; además, hay mucho que ver, y la gente es muy amable y amistosa en su trato. Conseguimos caballos de montar y hemos comenzado a recorrer todos los alrededores, de preferencia en la mañana temprano, antes de que el sol esté alto, cuando el aire es una delicia por lo fresco y estimulante. Vamos a veces a la Viga, a las seis de la mañana, para ver a los indios cuando traen por el canal las flores y las legumbres. La profusión de guisantes de olor, de amapolas dobles, agapandos, alelíes y rosas, no la he visto igual en ninguna otra parte. Tal parece que cada india, en su canoa, va

sentada en un flotante jardín de flores. El amor que les tienen ahora es el mismo que en los tiempos de Cortés; el mismo que observara Humboldt siglos más tarde. Al atardecer, estas mujeres indias, en sus canoas, van siempre coronadas de guirnaldas de rosas o de amapolas. Las que en el mercado se ven en cuclillas vendiendo fruta o legumbres, diríase que están más bien sentadas en una trinchera de ramas frescas y verdes, y flores de todos colores. En las iglesias de los pueblos más miserables esparcen flores en el piso, y antes que den principio los oficios divinos adornan el altar con frescos ramilletes. El niño en su bautizo, la novia ante el altar, el muerto en su ataúd, todos se ven adornados con flores. Se dice que en los días de Cortés, un ramillete era el regalo más precioso que se hacía a los embajadores que visitaban la corte de Moctezuma; rara anomalía ésta: el amor a las flores junto a los sanguinarios y bárbaros sacrificios.

Fuimos la otra tarde por el canal, en una gran canoa provista de un toldo, hasta el pequeño pueblo de Santa Anita, y vimos por primera vez las famosas chinampas, o jardines flotantes, que ahora están fijos y cubiertos con legumbres que se entremezclan con las flores. Viven junto a ellas, en unas pobres chozas, los indios, que llevan a vender sus productos a la ciudad. Vimos coliflores, chiles, tomates, coles y otras verduras; pero, en verdad, que su pretendida belleza me desilusionó. Son, sin embargo, curiosas, tomando en cuenta su origen. Se dice que en una época tan lejana, como lo es la fecha de 1245, los aztecas o mexicanos llegaron, en su larga romería, a Chapultepec; pero inquietos por los principillos de Tlalocan, se refugiaron a un grupo de islotes situados al extremo meridional del lago de Texcoco. Cayeron allí bajo el yugo de los reyes de Texcoco, y, eludiéndolo, se fijaron en Tizapán, en donde, en premio por la ayuda que prestaron a los cabecillas de la región en la guerra que sostenían en contra de ciertos príncipes, recibieron la libertad, y se establecieron en un lugar al que dieron el nombre de Mexicaltzingo, de Mecitli,

dios de la guerra, y el cual es ahora una mezcla de graneros primitivos y miserables chozas. Mas no permanecieron allí, pues en obediencia a un oráculo se cambiaron a los islotes situados al oriente de Chapultepec, en la parte occidental del lago de Texcoco. De acuerdo con una antigua tradición que se había conservado entre ellos, en la que se declaraba que en donde encontrasen una águila sentada sobre un *nopal* y cuyas raíces rompiesen por las grietas de un peñasco, allí deberían fundar una ciudad; se dejó ver esta señal en 1325, y en el mismo sitio, en un islote del lago, fundaron la primera casa de Dios; el Teocali, o gran Templo de México. Durante el tiempo de sus peregrinaciones, en todos los puntos en que se detenían los aztecas, cultivaban la tierra y vivían de lo que les daba la naturaleza.

Rodeados de enemigos, y en medio de un lago que criaba pocos peces, la necesidad y su industria les compelió a formar estos campos y jardines flotantes en el seno del agua.

Hacían un tejido de varas y raíces de algunas plantas acuáticas y de otras materias leves, pero capaces de sostenerse unido a la tierra. Sobre este fundamento colocaban ramas ligeras de aquellas mismas plantas y encima el fango que sacaban del fondo del lago, y en donde cultivaban el maíz y el chile y todas las otras plantas necesarias a su sustento. Estos jardines flotantes tenían cerca de un pie de elevación sobre la superficie del agua, y su figura ordinaria era cuadrilonga. Habiéndose multiplicado aquellos pequeños jardines, llevados por su natural gusto a las flores, los hubo también para hierbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses y en el ornato del palacio del emperador. Las chinampas que se ven en el canal de la Viga, ya no son jardines flotantes, sino que están fijas en las marismas que se encuentran entre los grandes lagos de Chalco y Texcoco. Son sombras de lo que fueron en los tiempos pretéritos, cuando flotaban sobre el filo del agua transparente del lago, y eran tiradas a remolque por los indios con sus canoas al querer pasar a otro sitio de su pe-

queña isla de rosas. Al presente, cada jardín está separado por una pequeña acequia, y aunque inmóviles sobre el pantano, todavía ofrecen una bella y agradable vista.

Compramos a los inditos grandes guirnaldas de rosas y amapolas, tanto aquí como en Santa Anita, que es un pueblo pequeño en el cual desembarcamos; y al regresar cerca del anochecer, nos divirtió ver cómo los indios cantaban y bailaban. Una de las canoas vino a colocarse junto a la nuestra, y allí se estuvo por algún tiempo. En el fondo de la canoa estaba acostado un haragán rasgueando una guitarra, y dos o tres mujeres bailaban con ritmo monótono cantando al mismo tiempo al son de la música. Una variedad de jarros de pulque y escudillas de barro con tortillas, chile y pedazos de *tasajo*, que son largas tiras de carne seca y salada, atestiguaban de que esas gentes no se privaban de alimentos sólidos a pesar de la romántica guitarra, y las guirnaldas de rosas y amapolas con que se coronaban las danzantes ninfas. Entre otros bailes ejecutaron el del *Palomo*, uno de sus favoritos. La música es agradable, y os lo mando junto con la letra; la música escrita al oído; la letra me la dio la señora Adalid, que canta a la perfección todas estas pequeñas tonadas indias. Si hemos de formar juicio sobre la civilización de un pueblo por sus baladas, ninguna de las canciones mexicanas nos ofrece una elevada idea de la suya. La letra es, en general, un tejido de absurdidades, y no existen cantos patrióticos que su recién nacida libertad hubiera podido inspirarle a este pueblo tan dotado para la música. Hasta ahora sólo he descubierto un aire cuya letra es alusiva al «Grito de Dolores», y en el cual se dice en verso que en virtud del memorable acontecimiento, el indio tiene el mismo derecho a emborracharse que el cristiano. La letra del *Palomo* es la siguiente:

Qué haces palomita
ahí en la pulquería
esperando al amor mío,

hasta el martes, vida mía.

Al volar una paloma
se lastimó de una alita.
Si tú tienes tu palomo
yo tengo mi palomita.

Y a una paloma al volar
se le cayeron las plumas.
¡Qué tontas son las muchachas!
No todas, pero hay algunas.

Palomita de los cuarteles,
anda y dile a los tambores
que al tocar la retreta
toquen la de mis amores.

Palomita, qué andas haciendo
parada en esa pared,
esperando a mi palomo
que me traiga de comer.

Al final de cada verso, el coro es:
«Palomita, palomo, palomo».

A pesar de su monotonía, es tan bello el ritmo y las mujeres le cantan con tal adormecida dulzura, y sonaba la música tan acariciante, que me quedé en un estado de agradabilísimo ensueño y de perfecto deleite; y sentí tristeza cuando al llegar al desembar-

cadero tuvimos que regresar al coche y a la civilización, sin más recuerdos de las chinampas que unas cuantas guirnaldas de flores.

Por desgracia, el fin de esta gente es, por lo general, el frecuentar en demasía el jarro del pulque, o lo que es peor, el aguardiente conocido con el nombre de *chinguirito*, y el resultado es que de la música y del baile y de las coronas de rosas pasan a las riñas, a los celos y a la borrachera, y terminan con frecuencia en reyertas, acuchillándose los unos a los otros o bien arrojándose mutuamente a las aguas del canal. «El fin corona la obra».

Noble como lo es la actual ciudad de México, no puede uno, sin embargo, dejar de pensar cuánto más pintoresca debe de haber sido la antigua Tenochtitlan, y cuánto más fértil su valle, gracias a los grandes lagos. Empero, ya en la época de Cortés el agua de los lagos no era muy profunda, y aun antes, en los tiempos de los emperadores indios, la navegación se interrumpía con frecuencia en las temporadas de sequía, por lo que se hizo necesario construir un acueducto para suplir de agua a los canales.

Más tarde, los españoles, como lo hacen siempre los nuevos colonos, cortaron los grandes árboles de este hermoso valle, lo mismo en la llanura que en la montaña, dejando el suelo desnudo expuesto a los implacables rayos del sol. Después, su fundado temor a las inundaciones les llevó a construir el famoso *Desagüe* de Huehuetoca, zanja o conducto o canal subterráneo en la montaña para sacar las aguas de los lagos, y así en donde hubo lagos de plata cruzados por canoas, se ven ahora tierras de pantano o llanos estériles, cubiertos de carbonato de soda. Fue un mal necesario, pero los mismos emperadores indios se habían dado cuenta de su conveniencia y levantaron grandes obras para desaguar los lagos, y restos de ellas existen todavía en las cercanías del Peñón. El gran Desagüe se empezó en 1607, cuando el Marqués de Salinas era virrey de México; y se empezaron los trabajos con gran pompa, asistiendo el Virrey en persona; se dijo una misa en un altar portátil, y se juntaron quince mil trabajadores, y

el mismo Virrey dio principio a las excavaciones, dando la primera azadonada. De 1607 a 1830, se habían gastado ocho millones de pesos y la gran obra no llegaba a su fin. Sin embargo, los límites de los dos lagos, el de Zumpango y el de San Cristóbal, al norte del Valle se habían reducido, y el lago de Texcoco, el más hermoso de los cinco, dejó de recibir sus derrames. De este modo ha disminuido el peligro de las inundaciones; pero también ha disminuido el agua y la vegetación, y los suburbios de la ciudad, cubiertos una vez por el hermoso verdor de sus jardines, no presentan en el día sino una costra de sales eflorescentes. Especialmente los llanos cerca de San Lázaro, que con su estéril blancura parecen el adecuado marco a las infortunadas víctimas de la lepra, encerradas detrás de las paredes de ese hospital.

Dimos una vuelta a caballo el otro día por el barrio de *Santiago*, que comprende parte del antiguo Tlaltelolco, estado independiente antaño, con reyes propios, y que fue conquistado por un monarca mexicano, quien reunió Tlaltelolco con México por medio de puentes. Allí se celebraba el gran mercado mencionado por Cortés, cuyos linderos se ven aún, mientras que la capilla del convento se encuentra en una eminencia en donde Cortés levantó sus banderas cuando puso sitio a la Venecia india.

CARTA XIII

Convento de San Joaquín.—México por la mañana.—Tacuba.—Prior carmelita.—Jardín de un convento.—Hacienda de Los Morales.—El Olivar.—Una guacamaya.—Colibrís.—Correspondencia.—Consagración en puerta.—Visita a Minería.—Jardín Botánico.—Árbol de las manitas.—El Museo.—Estatua ecuestre.—Academia de Pintura y Escultura.—Desilusión.

Hoy en la mañana, muy temprano, fuimos a caballo hasta el convento de San Joaquín, que pertenece a los frailes de la Orden Carmelitana. Pasamos por Tacuba, la antigua Tlacopan, en un tiempo capital de un pequeño reino, cuyo monarca Tetlepanquetzalli (nombre corto y conveniente, por demás), fue colgado por órdenes de Cortés, por una supuesta o fundada conspiración. La cantidad de carretas, la confusión de indios agobiados como bestias de carga, sus mujeres llevando en cada mano una canasta con legumbres y a sus hijos en los hombros, los arrieros con sus recuas de mulas cargadas de fardos, los hatos de ganado, los rebaños de carneros, las manadas de puercos, hacían trabajoso el abrirse camino a caballo fuera de las garitas de México a esta hora de la mañana; pero debe de confesarse que el conjunto posee tanta vida y tal alegría, que se le olvidan a uno los cuidados de este mundo. Hay una sonrisa indiferente y plácida en las caras, y desde arriba, un cielo azul y esplendente asimismo les sonríe. Los perros ladran, rebuznan los burros, y el indio, cargado

como podría cargar una mula, barre el suelo con su sombrero para saludar a sus hermanos de color de bronce que pasan tan cargados como él, y todos, mostrando la blancura de sus dientes, cruzan sus voces con la dulzura de la lengua mexicana, y siguen su camino.

Estas llanuras de Tacuba, teatro un tiempo de feroces y sangrientas batallas, y en donde, durante el sitio de México sentó su real Alvarado, el del Salto, presentan hoy un espectáculo muy tranquilo. Tacuba es ahora un pequeño pueblo de chozas de adobe, con algunos bellos y antiguos árboles, unas cuantas casas viejas, arruinadas, una iglesia cayéndose y algunos restos de un edificio; el palacio del último monarca, según nos asegura X..., mientras otros dicen que fue el sitio donde acamparon los españoles.

San Joaquín, que es también una pobre aldea, tiene un hermoso convento con una enorme pared que rodea el jardín y el huerto, propiedades de los ricos frailes carmelitas. Como Calderón conoce al Prior, hizo que le avisaran de quiénes habían llegado. Yo no pude pasar más allá de la sacristía de la iglesia del convento. El Prior nos recibió con mucha cordialidad: es un hombre bien parecido, sumamente amable, de gran saber, y todavía joven. Los caballeros pudieron entrar al interior del convento, que describen como un edificio grande y hermoso, limpio y alegre, con una buena biblioteca formada, casi toda, de obras antiguas de teología. Visitaron el jardín, que dicen es enorme y, aunque descuidado, está lleno de flores; y la extensa huerta, famosa por su fruta, tan abundante y deliciosa. Hay en el jardín un mirador, que se alcanza a ver desde el camino, y del cual se domina una dilatada vista. Tenía muchos deseos de que me permitiesen ver, cuando menos, el jardín, y aducía yo que la apariencia *varonil* de mi sombrero de montar, era suficiente para que si me vieran a distancia no hubiera escándalo; pero la complacencia del Prior no podía llegar tan lejos, de manera que permanecí sentada en la

sacristía conversando con un viejo y bondadoso fraile cachigordo, mientras que los otros recorrían el convento. Nos ofrecieron después un excelente almuerzo, sencillo pero sustancioso: pescado del lago, huevos preparados de distintos modos, *riz-au-lait*, café y fruta. Los frailes no se sentaron a la mesa con nosotros, y menos probaron la comida que estaban ofreciendo.

Por la tarde nos detuvimos en la bonita *hacienda* de «Los Morales», propiedad de un español. Su jardín es hermoso y tiene una alberca. Nos obsequiaron una extraordinaria cantidad de flores.

El otro día, a buena hora, salimos en carruaje, acompañados de los ministros francés y belga y sus familias, para visitar una hermosa y abandonada *hacienda* llamada el «El Olivar», cuyo dueño es el Márques de Santiago. Es una casona de la que quedan sólo las paredes, pero los terrenos que la circundan son un desierto en donde se entreveran plantas y árboles en flor: rosales, guisantes de olor y diversidad de fragantes flores. Se nos fue el día muy gratamente en vaguear y andar por los campos; almorzamos de las municiones de boca que habíamos llevado, hicimos grandes ramos de flores, y se tiró al blanco, asustando, de seguro, a los pájaros que moran en este solitario y abandonado retiro. Tuvimos una agradable comida en familia en casa de los Escandón, y pasamos la tarde en la del Barón de Normoso. Los caballeros regresaron a hora avanzada porque era día en que los ministros de Inglaterra daban una comida diplomática.

La Condesa del Valle, acaba de enviarme un hermoso pajaro, de primoroso y centelleante plumaje escarlata y azul. La llaman guacamaya y pertenece a la familia de los papagayos, pero tres veces más grande, pues tiene casi dos pies desde el pico hasta la punta de la cola. Es un soberbio animal, pero muy perverso, que no sólo mordisquea el palo en donde se encarama, sino todas las puertas, y causa grandes estragos en las plantas, y, además, trata de morder a quienquiera que se le acerque. Emite unas cuantas palabras, roncas y confusas, y suele dar un chillido de lo más des-

apacible. Lo que pasa es que, presumiendo de su belleza, trata de ser lo más antipático que puede.

Prefiero a los pequeños y hermosos pájaros-moscas (*chupamirtos*, como aquí les llaman) que me han regalado, y los cuales intento conservar vivos, pero temo que el frío les mate; porque si bien se les ve por aquí, alguna que otra vez, asidos del pico a las ramitas en flor, como si fueran grandes mariposas, revolando tan aprisa sus brillantes y diminutas alas que parece echan luz de vivos colores, ellos pertenecen a la *tierra caliente*. Estos pajaritos son de verde oro y púrpura, y tan mansos que, mientras escribo, se han posado dos de ellos en mis hombros y uno está parado sobre el filo de un vaso, sacando su larga lengua en solicitud de azúcar y agua. Nuestro averío es considerable: tenemos gallinas de Guinea, que me recuerdan siempre unas viejas solteronas de medio luto, cuyas agudas notas rivalizan con las de la guacamaya; varios verdes periquillos; un rojo cardenal; ciento sesenta palomas en el palomar, y tres perros feroces que dominan la situación.

Hoy recibí una carta muy cortés de la señora de Santa Anna, y como venían en ellas unas líneas del mismo Santa Anna, os envío el *autógrafo*, porque dudo mucho que este ilustre personaje haya dicho su última *palabra*, y si ha de durar para siempre su filosófico retiro.

He estado tratando últimamente de conseguir permiso del *Señor* Posada, quien pronto será consagrado Arzobispo, para visitar los conventos de monjas de México. El *Señor* Cañedo, Secretario de Estado y particular amigo nuestro, ha tenido la bondad de interesarse en este asunto, aunque con pocas esperanzas de éxito. Hace días me mandó la correspondencia que se ha cruzado entre él y el *Señor* Posada, el cual hace hincapié que sólo las virreinas gozaron el privilegio de la *entrée*, y parece titubear mucho acerca de la conveniencia de conceder un permiso que puede sentar precedente. Sin embargo, creo que es demasiado bondadoso para resistir a nuestras conjuntas súplicas. Aduje como argumento el

hecho de que si Calderón es el *duplicado* de la misma Reina, mi visita puede equipararse a la de una virreina, razón que, cuando menos, le ha divertido. Su consagración se ha fiado para el 31 de mayo.

Don Pedro Fonte, último de los arzobispos electos durante la dominación española, renunció la mitra, y tres ilustres miembros de la Iglesia fueron propuestos para cubrir la vacante: nuestro *Don* Manuel Posada, *Don* Antonio Campos y *Don* José María de Santiago. El primero era el escogido por el Gobierno Mexicano, y más tarde fue electo en el Consistorio Romano, de diciembre del año pasado, y fue aprobado por Gregorio XVI. Ahora no se espera sino la llegada de las bulas pontificales, que están por llegar de Roma, y se dice que la ceremonia, que se ha de celebrar en la Catedral, será magnífica.

Abril 3. Acompañados por el ministro de Prusia, pasamos todo el día de ayer visitando Minería, el Jardín Botánico, el Museo, etc., visitas que dejan en el ánimo cierta impresión desagradable, pues estos edificios, carentes de la dignidad de las ruinas, sólo son espléndidos monumentos abandonados. Minería, o Escuela de Minas, obra del famoso arquitecto y escultor Tolsá, es un magnífico edificio, un palacio, cuyas bellas proporciones le harían notable entre los mejores de su clase en cualquier país de la Europa. Todo allí es en grande: sus nobles columnas pareadas, majestuosas escaleras, salones anchurosos y elevados techos; pero sin embargo, esto parece una enorme pajarera de oro en donde se albergan unos cuantos gorriones. Varios españoles ricos contribuyeron con más de seiscientos mil pesos para su fábrica. Recorrimos todo este admirable palacio acompañados del Director en persona, que vive en una hermosa casa contigua a la Escuela. Mas por muy doctos que sean los profesores, y hay que citar entre ellos al sabio *Señor* del Río, ahora muy anciano, hombre de una gran ilustración y que ha investigado mucho, debemos decir

que la colección de minerales, los instrumentos y los modelos son pobres y se ve que no los cuidan.

El Jardín Botánico, situado en el recinto de Palacio, ocupa un pequeño patio abandonado, en el que todavía se conservan algunos restos de la inmensa colección de plantas raras, formada en los tiempos del gobierno español, cuando se alcanzó un gran adelanto en el estudio de las ciencias naturales, y se franquearon cuatrocientos mil pesos solamente en expediciones botánicas. Los catedráticos más ilustrados daban anualmente cursos de Botánica, y el gusto por la Historia Natural estaba muy difundido.

Lo que más nos llamó la atención en el jardín fue el «árbol de las manitas». La flor es de un escarlata brillante, en forma de mano, con cuatro dedos y un pulgar; y nos han dicho que sólo hay tres de estos árboles en la República. El jardinero es un viejo italiano que vino con uno de los virreyes, y a pesar de sus ciento diez años, y de que anda casi doblado en dos, goza de todas sus facultades. Hermosean el jardín sus viejos árboles y la exuberancia de las flores, pero es un ejemplo melancólico del menoscabo de la ciencia en México. El Palacio, ahora ocupado por el Presidente, fue una pertenencia de Cortés, y cedido al Gobierno por sus descendientes. Recibieron en cambio el solar ocupado antes por el palacio de los reyes aztecas, y allí construyeron el hermoso edificio en que hoy están los archivos del Estado y en donde se encuentra ahora el *Monte Pío* (oficina en la que se presta dinero sobre vajillas, joyas, etc.), y cuyo Director, *Don* Francisco Tagle, vive en la misma casa, en muy elegantes y amplios aposentos.

El Museo, establecido en la misma Universidad, que ve a uno de los lados del Palacio, en la plaza llamada *del Volador*, contiene muchas obras raras y valiosas, profusión de curiosas antigüedades indias; pero muy mal dispuestas. Penden de las paredes los retratos de los virreyes, comenzando por el de Hernán Cortés. Pasamos un buen rato examinando las antigüedades; pero nada de lo que hemos visto en México puede equipararse a la belleza de la

colosal estatua ecuestre, fundida en bronce, de Carlos IV, colocada sobre una basa de mármol mexicano, que se levanta en el patio de la Universidad, pero que antaño ornaba el centro de la plaza. Es un magnífico ejemplo estatuario, la obra maestra de Tolsá, notable por su noble sencillez y la pureza de su estilo. Se hizo a expensas de un exvirrey, el Marqués de Branciforte. Vimos también, tirada en un rincón del patio, la diosa de la guerra, al lado de la piedra de los sacrificios, que ya habíamos visto antes.

Visitamos hoy la Academia de Pintura y Escultura, llamada Academia de Bellas Artes, de la cual tenía yo, por desgracia, referencias, pues en mis forzados y prolongados estudios a bordo del «Jasón», leí la brillante reseña que de ella hace Humboldt, y en donde menciona el benéfico influjo que ha tenido en formar el gusto de este país. Nos dice que todas las noches se reunían en grandes salas, muy bien iluminadas con lámparas de Argand, centenares de jóvenes, de los cuales unos dibujaban al yeso o al natural, mientras otros copiaban diseños de muebles, candelabros u otros adornos de bronce; y de aquí se fundían las clases, los colores y las razas; el indio al lado del blanco, y el hijo del pobre artesano entrando en concurrencia con los de los principales señores del país. Dice que la enseñanza era gratuita, y no se limitaba al dibujo del paisaje y figura; habiéndose tenido la buena idea de emplear otros medios a fin de vivificar la industria nacional, y la Academia trabajaba con fruto en propagar entre los artistas el gusto de la elegancia y la belleza de las formas. El rey de España envió una colección de yesos que costó cerca de cuarenta mil pesos. Y añade ese sabio viajero, que en uno de los patios de la Academia deberían reunirse los restos de la escultura mexicana, y que sería una cosa muy curiosa colocar algunas estatuas colosales que hay de basalto y de pórfido, cargadas de jeroglíficos aztecas, obras de un pueblo semibárbaro, al lado de las bellas formas nacidas en la Grecia o en la Italia.

Mas no dejéis que nadie visite la Academia con estos recuerdos o anticipos en la mente… Que ese gusto, noble y sencillo, que distingue a los edificios mexicanos; que la perfección en el corte y labrado de sus piedras, y que la dignidad ornamental de los capiteles y bajos relieves se deben a los progresos realizados en esta misma Academia, es algo de que no puede dudarse. Los restos de esta bella aunque mutilada colección de yesos los espléndidos grabados que todavía existen, podrían confirmar la precedente hipótesis; pero el actual desorden, el estado de abandono en que se encuentra el edificio, la falta de esas clases tan útiles de escultura y pintura, y más que nada, la declinación hoy en día de las bellas artes en México, son las tristes pruebas, entre otras, de los lastimosos efectos producidos por años de guerras intestinas y el desbarato de los gobiernos…

Se acerca la Semana Santa, y ya se ve a los indios trayendo palmas y flores para los altares, y se empiezan a levantar puestos y barracas temporales, y a hacer todos los preparativos en espera del concurso de gente que ha de llegar, el domingo que viene, de diferentes pueblos y ranchos, de las cercanías o de más lejos.

CARTA XIV

Domingo de Ramos.—Jueves Santo.—Variedad de trajes.—San Francisco.—Santo Domingo.—Santa Teresa.—Monjas.—Busto en piedra.—La Academia.—Procesión religiosa.—Visitas a las iglesias.—Santa Clara.—La voz de una monja.—Naranjos y rosales.—La Catedral iluminada.—Nuestro Salvador en cadenas.—Viernes Santo.—La gran plaza al anochecer.—Trajes de hombres, mujeres y niños.—Se acerca el Santísimo.—Judas.—Gran procesión.—*Miserere*.—La plaza a la luz de la luna.—Un paseo solitario.—*Sábado de Gloria*.—Baile en perspectiva.—Tertulias semanales.—Muselinas bordadas.—Una tertulia en casa.

21 de abril.

El Domingo de Ramos, por la mañana, fui a la Catedral, acompañada de *Mademoiselle* de Ciprey, hija del ministro de Francia. No fue cosa fácil abrirse camino a través de la multitud, pero al fin, a fuerza de paciencia, y cambiando a cada rato de sitio, nos las arreglamos para llegar muy cerca del altar mayor; mas apenas habíamos tomado lugar, una persona caritativa y desinteresada nos dio a entender que, como la procesión y todos sus agregados deberían por fuerza hacer su entrada muy cerca de donde estábamos, era probable que nos atropellaran, y en consecuencia le seguimos a un sitio más conveniente, y todavía muy cerca del altar, y allí, protegidas por la balaustrada, estuvimos

bastante cómodas. Dos señoras a las que les propuso lo mismo, y que no le hicieron caso, estuvieron, como nos pudimos dar cuenta después, en una situación comprometida, con sus mantillas rotas y las ramas de las palmas metiéndoseles en los ojos.

No había transcurrido mucho tiempo cuando la Catedral ofreció el aspecto de un bosque de palmas (un bosque *à la* Birnam), agitado por un viento suave; y debajo de cada palma un indio casi desnudo; indios cuyos harapos cuelgan con maravillosa pertinacia; de cabelleras mates, largas y sucias en hombres y mujeres; rostros de bronce y una mirada dulce y quieta, que sólo puede alterar el anhelo con que ven acercarse a los sacerdotes. Habían recorrido, muchos de ellos, largos caminos para que les bendigan estas palmas que vienen de *tierra caliente*, trenzadas en ingeniosas combinaciones. Cada palma tenía unos siete pies de altura, lo suficiente para cubrir las cabezas de sus portadores. Una vez bendecidas se las llevan los indios a los pueblos y con ellas adornan las paredes de sus chozas. Llegaron por fin los sacerdotes, con toda su pompa, enarbolando ramos de palma. Después de ocho horas mortales de permanecer arrodilladas o sentadas en el suelo, nos sentimos felices de que todo hubiera terminado y gozar otra vez del aire fresco.

Desde el día de hoy, y durante toda la semana, se suspenden los negocios, y un solo pensamiento está fijo en la mente de todo el mundo, desde las clases altas hasta las más humildes. Acuden los campesinos de todas partes, se cierran las tiendas y se abren las iglesias, y la divina tragedia representada en Siria, hace mil ochocientos años, se celebra ahora en tierras no descubiertas entonces, y por los descendientes de las naciones que por siglos después permanecieron todavía sumidas en el paganismo.

Mas el fervor de los humildes se concentra en Aquella que de sí misma predijo: «Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones». Y de rodillas y a todas horas, miles de fieles le rinden culto con expresiones del más intenso amor y recogi-

miento reflejadas en sus rostros, y con palabras de adoración apasionada, imploran a la dulce imagen de la Madre de Dios. Se diría que su Hijo les infunde una piedad respetuosa, y que le adoran con un sentimiento de timidez; mientras que a la Virgen le hacen plena entrega de su confianza y hacia Ella levantan sus ojos como a una Reina, complaciente y bienhechora, engalanada con sus esplendorosos vestidos, centelleante la diadema de joyas, y a pesar de que la traspasa la agonía del dolor divino, condesciende en que se le acerque el más pobre de entre los pobres para que participe de sus angustias, en tanto Ella comparte las aflicciones de los humildes, siente sus privaciones y les otorga su intercesión todopoderosa.

El Jueves Santo es un día en que México cobra una animación por demás pintoresca. No se permite transitar a los carruajes, y las damas aprovechan la oportunidad de mostrar sus ricos vestidos, ahora que van a pie. Sólo se usan en este día rasos y terciopelos, y las perlas y los diamantes se han echado a la calle. Las mantillas son de blonda blanca o negra; los zapatos de raso blanco o de color. Las faldas son más bien cortas, pero sería una crueldad exigir que estos pies tan pequeños y estos zapatos más pequeños aún, tuvieran que esconderse; *il faut souffrir pour être belle*, pero *a quoi bon être belle*, si nadie lo ve. En cuanto a mí, me «aventuré» a salir con un vestido de seda lila de Palmira, y mantilla negra.

Toda la ciudad se ve llena de tipos pintorescos. Después de las damas de alto copete, había que ver a las mujeres del pueblo, vestidas casi todas con muselinas blancas transparentes y muy almidonadas; algunas con muy ricos bordados, con la falda adornada con encajes, zapatos de raso blanco y con los vestidos extremadamente cortos, con los que se ven muy bien. Todo esto se cubre con un rebozo. Había entre ellas caras muy bonitas; pero en las clases todavía más populares y con un tanto más de indio, con sus faldas de alegres colores, las caras eran a veces hermosas y

los cuerpos más erguidos y graciosos, y además andan bien; al contrario de lo que suele suceder entre la aristocracia, en que por llevar los zapatos apretados y de la falta de costumbre de caminar a pie, parece que les causa dolor pisar el suelo.

Pero nadie podía rivalizar con las bellas campesinas poblanas, con sus vestidos de fiesta, algunos tan ricos y magníficos que, recordando a nuestros amigos los ministros, me inclino a creer que son más vistosos que respetables. Las indias de pura raza, que en estos días llenan la ciudad y las iglesias, son todas muy feas; pueblo dócil, sucio y resistente. Y no obstante, con sus hijos en las espaldas, deambulando con su trote suave, completan el efecto general del *coup-d'oeil*.

A eso de las diez fuimos caminando hasta San Francisco, y como el interior de la iglesia estaba repleto de gente, subimos a una tribuna privada con celosías doradas, que pertenece a la Condesa de Santiago, y allí gozamos de sillas y de toda la escena que se desarrollaba a nuestros pies. La iglesia es muy hermosa y de sus paredes prenden lienzos con la representación de diferentes pasajes de la vida de Nuestro Señor; la entrada en Jerusalén, la Samaritana, etc., que, junto con los ramos de las palmas, proporcionaban al ambiente un aire de frescor oriental.

Frente al altar, flameante de joyas, se levantaba la mesa del Cenáculo, no pintada, sino con figuras todas de madera tallada en tamaño natural, vestidas a lo judío. Los obispos y los sacerdotes deslumbraban por el oro y pedrería de sus ornamentos. Les ayudó durante toda la ceremonia el joven hijo del Conde de Santiago. La música era muy buena, y el conjunto impresionante. En el curso del día visitamos varias iglesias y seguimos andando hasta las cuatro, hora en que fuimos a comer con nuestros amigos los Adalid. Después de la comida hicieron subir a uno de sus cocheros, un mexicano muy guapo, vestido con un traje soberbio todo bordado de oro, para que bailase para nosotros el *Ja-*

rabe, acompañado de una muchacha del campo. El baile es monótono, pero le ejecutaron a maravilla.

Continuó nuestra peregrinación a través de la ciudad, pero quisimos reservarnos el placer de admirar los altares para cuando el sol se traspusiera y se iluminaran las iglesias. No esperamos tanto; todavía con luz entramos a una de ellas, digna de memorar: la de Santo Domingo. Aquello era un pequeño paraíso, o un cuento de las Mil y Una Noches. Cubrían las gradas del altar mayor macetas con las más bellas flores: naranjos en flor y cargados de frutos, rosales en plena florescencia, vasitos con agua de colores, y multitud de frutas. Jaulas con pájaros cuyo canto era una delicia, colgaban de las paredes, y los altares laterales hallábanse cubiertos por grandes y magníficas pinturas. Una alfombra de alegre colorido se extendía por todo el piso, y frente al altar, en vez de la tradicional representación de Nuestro Señor crucificado, un Niño Jesús, una preciosa obra en cera, estaba acostado entre flores y rodeado de querubines. Y si os digo que la música era de Romeo y Julieta, ya podréis imaginar que la escena más pertenecía a una ópera que a una iglesia. Pero, a decir verdad, cuando los rayos del sol poniente penetraron a través de los vitrales, iluminando con su luz rosada los pájaros, las flores y las frutas, las pinturas y los ángeles, me di cuenta de que nunca había yo visto un espectáculo más bello y más fantástico; algo como hecho a propósito para deslumbrar los ojos de los niños.

Apenas disponíamos de tres minutos para permanecer arrodilladas ante cada altar, pues de otra manera nunca habríamos tenido tiempo para entrar siquiera a las innumerables iglesias que visitamos durante esa noche. Fue la siguiente la de Santa Teresa La Nueva, hermosa iglesia, perteneciente a un convento de monjas de clausura, que estaba profusamente iluminada; y aquí, como en todos los demás templos, nos costó mucho trabajo abrimos paso en medio de la multitud. La cantidad de *léperos* era asombrosa; mucho mayor que la gente bien vestida. Ante cada altar se

levantaba una imagen espantosa del Salvador, de tamaño natural, vestido con el manto de púrpura, coronado de espinas, sentado en las gradas del altar, la sangre manándole de sus heridas; y los fieles, antes de salir de la iglesia, se arrodillaban con devoción y le besaban las manos y los pies. Las monjas, entre las cuales está una hermana del *Señor* Adalid, cantaban, invisibles, detrás de las rejas del coro.

Una de las iglesias que visitamos del mismo nombre, pero llamada *la Antigua* fue edificada en el sitio que en otro tiempo ocupara el palacio del padre del infortunado Moctezuma. Aquí fue donde los españoles se acuartelaron cuando hicieron prisionero a Moctezuma, y aquí fue donde Cortés encontró y se apropió los tesoros de la familia del Emperador. En 1830, unos trabajadores excavando en uno de los patios hallaron un busto de piedra. Don Lucas Alamán, entonces ministro de Relaciones Exteriores, ofreció en nombre del Gobierno una compensación a las monjas a cambio de tan curiosa antigualla, pero ellas la cedieron graciosamente. Se dice que es un ídolo con la representación de una de las diosas de los indios, *Centeotl*, diosa de la medicina y de las hierbas medicinales, conocida también con el nombre de *Temazcalteci*, o sea la «Gran Madre de los Baños». De esta divinidad se encuentra una amplia descripción en uno de los números del «Mosaico Megicano», y asimismo de una piedra cuadrada que se encontró en el mismo sitio, bellamente esculpida y cubierta de jeroglíficos.

Por la noche, al acercarse la hora de la gran procesión, fuimos a los balcones de la *Academia*, desde los cuales se domina una magnífica vista de las calles por donde aquélla debía de marchar. Mientras que llegaba, matamos el tiempo viendo los *beaux restes* de los tiempos idos: las colecciones de pintura y escultura, los hermosos vaciados y los enormes volúmenes conteniendo muy finos grabados. Oscurecía cuando empezó a moverse la procesión; las sombras al restarle lucimiento la hacían más impresio-

nante. La Virgen, los Santos, la Santísima Trinidad, el Salvador con sus diferentes «pasos», desde el *Ecce Homo* hasta la Crucifixión, avanzaban uno tras otro, representados por imágenes con esplendorosas vestiduras, y conducidas en altas y pesadas plataformas que cargaban los gremios: cocheros, *aguadores y cargadores*, de raza hercúlea.

Primeramente avanzaba la protectora predilecta de todas las clases, la Virgen de los Dolores, bajo un palio de terciopelo sentada en fulgente trono vestida de negro, con la aureola de brillantes rayos y una acentuada expresión de agonía. De todas las representaciones de la Virgen, ésta es la única que siempre es un dechado de gracia, por tosca que sea la escultura y aún en su terrible angustia, el rostro es invariablemente bello. Desfilaban después, el Salvador crucificado: la Virgen sosteniendo la cabeza de su hijo moribundo; la Trinidad (el Espíritu Santo, representado por una paloma); todos los Apóstoles, desde San Pedro con las llaves hasta Judas con la escarcela, y una inacabable sucesión de santos, con sus brillantes luminarias, seguidos de asombrosa muchedumbre de sacerdotes, frailes y seglares. Por muy infantil y supersticioso que pueda parecer todo esto, dudo que exista manera mejor de imprimir ciertos principios de la religión en la mente de un pueblo demasiado ignorante para entenderlos por otros modos. Cuando hubieron pasado el último santo y el último ángel, era ya tarde, y aun teníamos que visitar las iluminadas iglesias. Como nos recomendaron que nos quitáramos nuestras alhajas antes de mezclarnos con la multitud, lo que para la señora Adalid no era cuestión de un momento, pues llevaba encima todos sus diamantes, dejamos nuestros aretes, broches, etc., al cuidado de la persona que tiene a su cargo la vigilancia de la *Academia*, y reanudamos nuestra peregrinación.

Fueron muchas las iglesias que visitamos esa noche: la Catedral, la Enseñanza, Jesús María, Santa Clara, Santa Brígida, San Hipólito, la Encarnación, las cinco iglesias de San Francisco, etc.,

etc., una lista sin fin. Nos arrodillábamos breves momentos frente a los altares, pues a mayor número de iglesias visitadas, más meritoria es la devoción. Fue la primera la Catedral, y su magnificencia nos llenó de asombro. El oro, la plata y las joyas, la cantidad de ornamentos y vasos sagrados, las ricas vestiduras de los sacerdotes, todo parecía arder en un fulgor alucinante. El altar mayor era el más suntuoso; el segundo, con las columnas de puro mármol blanco, el más imponente.

A pesar del concurso de gente, nos abrimos paso poco a poco hasta cada uno de los altares, en los que el pueblo besaba la mano del Salvador, o el borde de su túnica, o dábase golpes de pecho ante Nuestra Señora de los Dolores. Todas las iglesias habían entrado en competencia para mostrar el esplendor de sus joyas y luces, de sus paramentos y de su música.

En la iglesia de Santa Clara, que está junto al convento del mismo nombre, pequeña pero graciosa, con sus columnas de mármol blanco, una voz de angélica dulzura cantaba solitaria detrás de la reja, en medio de un profundo silencio. Se oía como si fueran las notas de un ruiseñor prisionero en una jaula. Habría yo podido escucharla, durante horas enteras, mas no disponíamos de mucho tiempo y tuvimos que salir de nuevo. Por suerte, la noche era deliciosa y argentaba la luna. Visitamos cerca de veinte iglesias. En todas ellas tocaba el órgano con todos sus llenos; el resplandor de los cirios vencía la riqueza de las joyas; los terciopelos rojos, la planta y el oro refulgían; asfixiábase la multitud y cegaba el humo del incienso.

Uno de los efectos de mayor belleza en cada iglesia eran los naranjos y los rosales que cubrían las escalinatas de los altares, como un primer término a la magnificencia esplendente del altar mismo; y la nota más pintoresca la daban las diferentes Órdenes de frailes con sus hábitos y capuchas, unas veces postrados en tierra, humillando el rostro, o de pie, en procesión, portando antorchas como si fueran figuras de un bajo relieve.

A la entrada de muchos templos había una mesa, en la que varias señoras de la mejor sociedad recogían limosnas para los pobres. Las bellas *quêteuses* no obtuvieron gran cosa, especialmente entre las gentes del pueblo. Sentíamos un cansancio terrible; y después de caminar durante tantas horas sobre un suelo malísimo con zapatos de raso, al final nuestros pies parecían moverse por automatismo, y caíamos de rodillas ante los altares como máquinas movidas por un resorte, y nos costaba harto trabajo volvemos a levantar. De todas las iglesias que visitamos aquella noche, ninguna excedía a la Catedral en magnificencia, pero la de San Francisco se llevaba la palma por su belleza y buen gusto. La multitud era allí tan densa que casi no tocábamos el suelo, y nos vimos precisadas, infringiendo todas las reglas, a cogernos del brazo de nuestros *caballeros*. Pero bien valía la pena pasar trabajos a cambio de ver la suntuosa iluminación del altar mayor. Eran las once y la gente empezaba a marcharse, pues las iglesias se cierran antes de la medianoche. En un rincón de la nave principal, cerca de la puerta, veíase representada una cárcel de cuyo interior salía la dulce armonía de una música. Por una de las ventanas se contemplaba la imagen de Cristo cargado de cadenas, vendados los ojos, y un judío cancerbero a cada lado. Y como si tuviera acción en los brazos, oíanse chocar las cadenas que le colgaban de las manos. En torno, se arremolinaba una enorme muchedumbre que se hincaba de rodillas para besar las cadenas, y se daba golpes de pecho con vehementes señales de contrición y fervor. Era la noche que precede a la Crucifixión, y la última escena del Jueves Santo.

Llegamos a la casa sin podernos tener en pie. Nunca me sentí más aturdida y soñolienta; pero encontré un paquete de cartas de casa, y esto me espabiló e hizo que mis pensamientos regresaran, mejor dicho, volaran muy lejos hacia sitios bien distintos.

Que diferente es el aspecto de la mañana del Viernes Santo, día de tristeza y de humillación. Se ha consumado el grandioso

sacrificio: el Inmortal ha muerto de muerte mortal. Las señoras salen vestidas de negro, y las iglesias se ven lóbregas, después de las brillantes iluminaciones de la noche última. El calor era intenso. Fuimos a San Francisco y ocupamos otra vez la *tribuna* de la Condesa de Santiago, a ver la Adoración y la procesión de la Cruz, que resultó magnífica.

Pero donde la escena alcanza una belleza y originalidad extraordinarias es en la gran plaza, al caer de la tarde, y dudo que haya otra ciudad en el mundo que pueda ofrecer un *coup-d'oeil* de tanto lustre. Disponíamos de una *entrée* a uno de los aposentos de Palacio, y tomamos asiento en los balcones, desde donde se domina una vista de conjunto. La *Plaza* que, aun en días ordinarios es de una gran nobleza, no tendría rival si no fuese por las tiendas que forman el edificio llamado el Parián, que destruye su uniformidad. Todo en ella es interesante. La mirada abraza desde la Catedral hasta las casas de Cortés (el Monte Pío), y de allí una hilera de magníficas casas con altas arquerías, que se encuentran a la parte de Poniente. Desde el balcón alcanzábamos a ver todas las calles que salen a la plaza, llenas de una alborazada muchedumbre atraída por el espectáculo de otra gran procesión que se decía iba a pasar frente de Palacio. Se veían por todas partes puestos llenos de toda clase de refrescos, rodeados por un gentío que apagaba su sed con orchata, chía,[*] limonada o pulque. En la plaza, de la Catedral a los Portales, y del Monte Pío a Palacio, agitábase una multitud vestida con sus ropas más alegres; y cuando el sol lanzó sus rayos, sobre esa masa de brillantes colores, parecía como sí se moviera un ejército de tulipanes. Acá y allá se percibían grupos de señoras; muchas con trajes negros y mantillas; y otras, ahora que sus obligaciones de ir a la iglesia han cesado, vestidas de terciopelo o de raso y mostrando sus muy bien peinadas cabelleras, ¡y qué cabello más hermoso tienen!; algunas llevaban a sus niños vestidos… ¡ay, y de qué manera iban vestidos! Con sus túnicas largas de terciopelo, adornadas con blon-

das, aretes de diamantes, altas gorras francesas cubiertas de pieles, encajes y flores, o bien, turbantes con un copete de plumas. A las veces, sobresalía la cabeza de una niña, apenas aprendiendo a andar, emperifollada como si fuera una condesa viuda de Inglaterra en su palco de la ópera. Algunas llevaban sombreros extraordinarios, también con flores y plumas, y al pasar bamboleándose, con todo el peso en la cabeza, se hubiera podido creer que eran unas ancianitas mientras no se advertían sus adorables caritas morenas y sus ojos negros. Y de vez en cuando, una muchacha, arreglada con sencillez, corto el vestido, de largos y negros cabellos, sueltas a la espalda sus trenzas, pasaba de largo, verdadero modelo de gracia entre esas diminutas caricaturas. Las niñas son aquí, en su mayoría, bonitas, y sus facciones demasiado perfectas «para colmar las promesas de la primavera». Descoloridas, con turbadores ojos negros o castaños; las largas pestañas quietas sobre la palidez de sus mejillas, y una hermosa mata de cabello negro en colgantes trenzas, tan lacio como el de una española o el de una india.

En contraste con el lujo excesivo de los vestidos de las *Señoras*, se ve a las pobres indias atravesar con su trote la plaza, las trenzas de su cabello negro entretejidas con un listón rojo y sucio, y a la espalda un niño, que se diría de caoba, cara al cielo, cabeceando con los vaivenes del paso, y es un milagro no se les disloque la nuca. No existe en el mundo una expresión más resignada que la de un niño indio. Toda la gente que, ayer dispersa, veíamos pasear por las calles, se había congregado en la plaza por centenares; las mujeres de los tenderos, o quizás de clase inferior, vestidas a la moda, de blanco con bordados, sus zapatos de raso blanco y pies y tobillos limpios; cubriéndose la cabeza con el *rebozo* o un chal de color; campesinos y campesinas, ellas con faldas cortas de dos colores, casi siempre rojo y amarillo (en su atuendo son todo lo contrario de los cuáqueros), sus finos zapatos de raso y sus camisas adornadas de encajes, o las bronceadas damiselas,

coronadas de flores, seguidas de sus admiradores, rasgueando unas pequeñas guitarras. Y reinando sobre todas, acá y allá, la fugaz aparición de una *Poblana*, con un traje que vale un dineral y de mucho gusto, muchas veces con una cara y un cuerpo de una belleza extraordinaria, más que todo, el cuerpo; robusto, y sin embargo, *elancée*, de mirada atrevida y coqueta, y un pie moreno y pequeño, que deja ver un zapato de raso blanco; la falda del vestido, a menudo con franjas y bordados de oro macizo, y un *rebozo* moteado de oro, o con un chal de crespón de China de color vivo, graciosamente echado sobre la cabeza. Vimos varias cuyos vestidos no podían haber costado menos de quinientos pesos.

Sumad a esta multitud heterogénea, hombres vestidos *à la Mexicaine*, con sus adornados sombreros y *sarapes*, o bien con chaquetas bordadas, y que, fumando puros, dan vueltas por la plaza; *léperos* andrajosos, indios envueltos en sus frazadas, oficiales de uniforme, curas con sombreros de teja, frailes de todas las Órdenes; franceses que lucen su ingenio con todas las que pasan; ingleses que lo miran todo con frialdad y filosofía; alemanes con gafas, de aspecto apacible y soñador; españoles que se sienten como en su propia casa y se abstienen de hacer comentarios; y ya se puede concebir que la escena era muy variada, por lo menos. De vez en cuando, el tilín de una campanilla anunciaba el paso de *Nuestro Amo*. En el acto, toda la multitud caía de rodillas y se persignaba con devoción. Dos hombres que se peleaban debajo de nuestros balcones, se hincaron, sin más, uno al lado del otro. Aplacáronse las disputas, se interrumpieron los galanteos, y al bullicio de las voces sucedió un profundo silencio. Y luego no se oyó otro ruido sino el rodar del coche y el sonido de la campanilla.

No bien había pasado, cuando ya todo el gentío hablaba y gritaba a un tiempo, con redoblado entusiasmo. Los vendedores de castañas asadas y de bebidas refrigerantes, pregonaban de nuevo

en mil voces diversas sus efectos. Una banda militar rompió un aire de Semíramis; y como por arte de magia, se levantó el ruido rasposo de las *matracas*, una especie de juguete de madera, o de plata, del cual todo el mundo se provee en los últimos días de la Semana Santa. Volvían a verse las grandes figuras de cartón, que llaman Judas, llenas de pólvora y cohetes, representación de aquel architraidor, y que en la tarde del Viernes Santo se venden para quemar en la mañana del Sábado de Gloria. Por encima de ese mar de gente se mecían estas espantosas figuras, que los vendedores llevaban suspendidas como racimos en lo alto de largas varas de madera. Le representa como a un monstruo, con la fealdad de un endriago. Cuando vendió a su Maestro por treinta monedas de plata, ¿pudo imaginarse que en el lapso de los siglos, sus efigies serían execradas por una turbamulta mexicana, por un pueblo desconocido, en ignotas tierras más allá de los mares? El trato fue secreto, concertado, quizás, en la penumbrosa cámara de los implacables sacerdotes judíos; mas ahora es denunciado a voces para que lo oigan los descendientes de Moctezuma y de Cortés.

Pero las notas de un himno lejano se remontaron en el aire, y no tardó en aparecer, en marcha hacia la plaza, una procesión que abrían numerosos eclesiásticos; prelados con sus mitras; estandartes y crucifijos, y por fin, imágenes suntuosas que representaban las diferentes escenas de la muerte del Salvador, y que eran llevadas en plataformas, como las de la noche pasada. La Virgen al pie de la Cruz, la Virgen glorificada, y más santos y más ángeles… San Miguel y el Dragón, etc., etc. Un desfile deslumbrante e interminable. En medio de un silencio sepulcral, avanzaban lentamente las imágenes con sus mantos esplendorosos, iluminadas con miles de cirios que mezclaban la irrealidad de su brillo con la desmayada luz del día.

Para oír el *Miserere*, que sobretarde se canta en la Catedral, allí nos fuimos, aunque con pocas esperanzas de abrirnos paso entre

el enorme concurso. Gracias a que nos introdujeron, *per favour*, por una puerta reservada, alcanzamos a llegar hasta la nave principal; pero no pudiendo aguantar las molestias de esa intolerable multitud, y ya pensando en abandonar nuestros sitios, nos reconocieron algunos de los sacerdotes allí presentes, y nos hicieron pasar a un espacio protegido por balaustres, cercano al altar de la Virgen, y en donde gozamos, además, del lujo de una alfombra turca. Los caballeros se acomodaron en sillas de respaldón, al lado de algunos eclesiásticos. Aquí los hombres pueden sentarse en sillas o en bancas en la iglesia, pero las mujeres deben permanecer arrodilladas o sentadas en el piso. ¿Por qué? «Quién sabe». Es todo lo que he podido sacar en limpio acerca de esta cuestión.

El primer acorde de la música fue a modo de un estallido, que turbó el sabor de un adormecimiento en que había yo caído poco a poco. Nunca oídos mortales fueron aturdidos con semejantes discordancias en instrumentos y voces, y con tal confusión peor confundida, e inarmónica armonía. Parecía como si las mismas esferas celestiales desafinasen, rodando y estrellándose las unas con las otras. Cómo hubiera yo también gritado *¡Miserere!* En medio de esa indisciplinada orquesta, un «maestro de música», enarbolando el arco de un violín acudía, desesperado, como Faetón confiado en sus indomables corceles, de un ejecutante a otro, espantado de aquel clamor, del cual él mismo era el instrumento. El ruido empezaba a ser alarmante, y el calor lo era en proporción, El rostro tranquilo de lo Virgen parecía inclinarse con aire de reproche. Dimos gracias a Dios cuando, al terminarse esta tempestuosa imploración de misericordia, pudimos abrirnos paso hacia la salida, y gozar del aire fresco y de la suave luz de la luna, no sin que antes tuviéramos que padecer las aglomeraciones y las apreturas en las puertas, en donde se rumoraba que un soldado había dado muerte con su bayoneta a un niño. Mal sitio, sin duda, para los pobres y pequeños niños.

Afuera, en la plaza, el fresco era agradable. Una banda militar tocaba aires de Norma, y el sexo femenino se había sentado en las gradas a lo largo de las «cadenas», o daba vueltas; poniéndole el fin a un día de trabajo con inocentes galanteos *au clair de lune*.

Eran ya las once, y las *pulquerías* permanecían abiertas para refrigerio de los fieles, y a pesar de que hasta esta hora no se habían notado desórdenes, no era imposible que las cosas cambiaran, y sin embargo, cometimos la imprudencia de irnos a pie, y sin compañía, hasta nuestra casa de San Fernando. No creímos correr ningún peligro en el centro de la ciudad. Las gentes se paseaban aún, y en los puestos iluminados seguían sirviendo bebidas a los clientes; así llegamos al final de la Alameda, en donde todo estaba tranquilo, mas cuando caminamos por sus orillas bajo la alargada sombra de sus árboles, temí que de un momento a otro nos iban a asaltar, y hubiera deseado encontrarme en cualquier otra parte, ¡en la plateada cima del Popocatépetl!, por ejemplo. Pasamos frente a varias *pulquerías*, todas llenas de un gran concurso y en las que muchos estaban bebiendo y otros estaban borrachos. Al llegar a la arquería del acueducto, percibíamos, de vez en cuando, algún bulto sospechoso envuelto en su frazada, medio oculto entre las sombras. Pocas puertas antes de llegar a nuestro domicilio estaba un expendio de pulque lleno de *léperos*; algunos estaban de pie en la puerta, enfrazados. Tuve la seguridad de que no pasaríamos frente a ellos sin que nos acometiesen, pero apretamos el paso y llegamos a nuestra puerta sanos y salvos. Tocamos, hicimos gran estruendo, pero fue en vano. El portero estaba dormido, y durante diez minutos oímos detrás de la puerta las voces de los criados requiriendo del testarudo Cancerbero, la entrega de las llaves. De haberlo querido, este era el momento más oportuno para que nuestros amigos se acercaran; pero, o no nos vieron, o pensaron que Calderón andaba armado a esas horas avanzadas de la noche, o lo que es más probable, y esta

es la explicación más piadosa, les habían aprovechado las solemnidades del día.

Al fin entramos, y me sentí feliz de encontrarme bajo techo y en seguro, y tan fatigada de las funciones de este día, como lo estaréis vosotras de haberlas leído en la descripción que de ellas os estoy haciendo.

La mañana siguiente, Sábado de Gloria, no tuve ánimos de ir a la *Plaza* para ver quemar a los Iscariotes. Oímos a lo lejos el silbido y los tronidos de los fuegos artificiales, el repicar de las campanas y los estampidos de la artillería; y por el tumulto de voces, y el rodar de los coches, nos dimos cuenta de que la Semana Santa ya formaba parte del pasado.

Se rumora que los ingleses residentes, encabezados por su Ministro, tienen la intención de dar un baile en Minería para celebrar el casamiento de la Reina Victoria, sacándole así partido a esos espléndidos salones.

Me están dando ganas de organizar una serie de *soqirées* semanales, pero me aseguran que no tendrán buen suceso, porque hasta ahora esta clase de reuniones han fracasado. Dan como razón las ideas extravagantes de las señoras en lo que atañe a la manera de vestirse; dicen que lo único que les atrae es un baile, en el que pueden llevar joyas y un vestido en consecuencia, y que una señora de la alta sociedad que estuvo en Madrid, quiso iniciar unas *tertulias* familiares, a las que se podía asistir con un sencillo traje de muselina blanca, lo que arruinó la mitad de los hombres de México por las compras que hicieron sus esposas de bordados franceses y muselinas de la India, durante ese reinado de la sencillez. La perspectiva de ir simplemente de muselina blanca, como podría hacerlo cualquier *lépera*, es para ellas algo fuera de lo posible. Sin embargo, queremos intentarlo.

La semana próxima tenemos la intención de salir para Tulancingo en donde nuestros amigos los Adalid poseen una casa de

campo; y de allí iremos a visitar las Minas de Real del Monte.

23. El lunes dimos una *tertulia*, que, a pesar de todas las predicciones, salió muy bien, y a la que concurrió la gente más agradable de México. Hubo música, bailes y se jugó a las cartas, y a las tres de la mañana el cotillón alemán hacía todavía furor. Todo el mundo se encontraba en la mejor disposición de divertirse, y las jóvenes iban casi todas vestidas con sencillez; la mayoría en muselina blanca. Veíase alguno que otro destello de diamantes y ello, de preferencia, entre las personas mayores. No obstante, no faltó quien dijera que fue la novedad lo que les indujo a venir, y que estas *soirées* semanarias no se han de lograr. Probaremos. Por otra parte, la señora del ministro… promete «estar en casa» los miércoles por la noche, y la del ministro… ha fijado otra noche, y yo la tercera, de modo que ya veremos cuáles serán los resultados.

CARTA XV

Carta del Arzobispo.—Visita a la «Encarnación».—Recibimiento.—Descripción.—Las novicias.—Cena en el convento.—Escena pintoresca.—Sonata en el órgano.—Intento de robo.—Alarma de los criados.—Visita a San Agustín.—Un anónimo.—La Virgen de los Remedios.—Visita a la capilla.—El *Padre*.—La Imagen.—Anécdota de una gran perla.—La mina.

El Arzobispo no sólo me ha concedido permiso para visitar los conventos, sino que también me permite que me acompañen dos señoras; así me lo informa el Ministro, señor Cañedo, en una amable esquela que acabo de recibir, y en la que incluye otra del señor Posada, que traduzco para edificación vuestra.

A su excelencia el señor don Juan de Dios Cañedo.

24 de abril de 1840.

«Mi estimado amigo y compañero:

»La Abadesa y las monjas del Convento de la Encarnación están ya apercibidas para que puedan recibir la visita de nuestras

tres peregrinas, el sábado próximo, a las cuatro y media de la tarde; y en caso de que no les conviniere ese día, ellas se servirán indicar el que les parezca más conveniente.

»Después arreglaremos su visita a la Concepción, Enseñanza Antigua y Jesús María, que son los mejores, y yo tendré cuidado en hacérselo saber a usted para que concertemos acerca de los días y horas más oportunos.

»Soy de usted afmo. amigo y *Capellán*.

»*Manuel Posada*».

27. En consecuencia, el domingo en la tarde nos dirigimos en coche a *La Encarnación*, el más rico y suntuoso de los conventos de México, si se excluye, quizás, el de la Concepción. Si estuviéramos en otro país, debería haceros referencia de la superlativa belleza de la tarde, pero si se exceptúa la temporada de aguas, que todavía no ha empezado, todas las tardes son siempre hermosas, y por lo tanto, no ofrece el tiempo motivos para ser descrito. Con este cielo siempre azul, el aire suave siempre, la perennidad de las flores y el incesante canto de los pájaros, nunca habría podido Thomson escribir aquí sus «Estaciones».

Nos dejó el coche frente a la puerta del convento, en donde la portera nos franqueó el paso, y fuimos recibidas por varias monjas, que ocultaban los rostros bajo un doble velo de crespón. Se nos introdujo a una pieza muy espaciosa, de cuyo techo pendían hermosas arañas, y decorada con varias imágenes de Vírgenes y Santos, con magníficas vestiduras. Aquí, la más anciana, una señora de gran dignidad, levantó su velo, ejemplo que siguieron las demás, presentándose ella misma como la *Madre Vicaria*, y nos ofreció, al mismo tiempo, las disculpas de la vieja Abadesa, a la que una inflamación de los ojos tenía recluida en su celda. Ella, y otra Reverenda Madre, junto con otras señoras de edad, altas,

delgadas y de noble porte, nos informaron que el Arzobispo en persona había dado órdenes para nuestra recepción y que estaban preparadas a enseñarnos toda la casa.

El hábito que visten es de finísimo casimir blanco, con un espeso velo de crespón negro y un largo rosario. Igual es el de las novicias, sólo que el velo es blanco. Durante la primera media hora, poco más o menos, se me figuró que en sus demostraciones de cortesía había algo, y aún bastante, de poquedad, causada, tal vez, por la presencia de una extranjera y muy especialmente de una inglesa. A mis compañeras las conocían muy bien, pues la *Señorita*… estuvo varios meses en ese convento. Como quiera que sea, la impresión se disipó gradualmente. La curiosidad o la benevolencia triunfaron; sus preguntas se hicieron incesantes, y antes de que terminara la visita, me trataba ya de mi *vida* toda la comunidad. ¿Que dónde había yo nacido? ¿Y dónde había vivido? ¿Qué conventos había yo visitado? ¿Cuáles prefería, los de Francia o los de México? ¿Cuál de ellos era el más grande? ¿Cuál terna el jardín más bonito?, etc., etc. Por fortuna, pude, en verdad, dar la preferencia a su convento, como el más grande y magnífico de todos los que yo hubiera visto.

El modo mexicano de construir se aviene muy bien con la clausura; la vastedad de los corredores y patios proporcionan una constante provisión de aire fresco, mientras que el rumor de las fuentes es tan alegre, y el jardín, en este clima de perpetua primavera, les ofrece tantos y constantes goces, que siente uno aquí mucho menos lástima por su vida de encierro que en cualquier otro país.

Este convento, en realidad, es un palacio. El jardín, que fue lo primero que visitamos, le tienen muy bien cuidado, con sus arriates de guijarros, bancas de piedra, y una fuente que vierte sus aguas juguetonas y chispeantes. Los árboles se doblaban bajo el peso de la fruta, y esquilmaron para nosotras los parterres de las más bellas flores: guisantes de olor y rosas, que aquí siempre

abundan en todos los jardines, claveles, jazmines y heliotropo. Era un cuadro encantador contemplarlas ir y venir, o formando corros en ese jardín de altas paredes en donde no llega el bullicio de la ciudad; y mientras el sol se hundía detrás de las montañas, todo respiraba reposo y alegría. La mayor parte de los aposentos del convento tienen una gran nobleza. Le visitamos todo, desde el refectorio hasta la *botica*, y admiramos la extremada limpieza que se ve en todas partes, en particular, la que reina en la cocina inmensa, que parece un lugar sagrado en el cual no puede entrar ni la menor partícula de polvo; esta circunstancia se explica, en parte, por el hecho de que cada monja tiene una criada, y alguna, dos; pues no es esta una de las Órdenes más rigurosas. El convento es rico; cada novicia, al entrar, entrega un dote de cinco mil pesos para el fondo de la comunidad. Hay cerca de treinta monjas y diez novicias.

El pecado más extendido en un convento parece ser el de la soberbia;

«La soberbia que remeda
a la humildad»;

y es, quizá, casi inherente al estado monjil. Dejaron el siglo, y en su pequeño mundo están demasiado expuestas al orgullo y al menosprecio que se mezclan posiblemente con la envidia, o que se reduce a un sentimiento de compasión, pero que no puede estar de acuerdo con el verdadero espíritu cristiano.

Nos presentaron a las novicias, ¡pobres y pequeños seres que cayeron en la trampa!, y que de veras creen que al final del año, les dejarán irse sí empiezan a sentir fastidio, ¡como si fuera posible que les permitan fastidiarse! Las dos monjas más ancianas y de muchas reverencias son hermanas, delgadas, altas y llenas de dignidad, con largas narices y restos de belleza. Han estado en el

convento desde la edad de ocho años (lo cual es poco común, pues rara vez se permite que profesen dos hermanas en el mismo convento), y consideran *La Encarnación* como un pequeño pedazo de cielo en la tierra. Había entre las monjitas algunas caras hermosas, y una de ellas con una expresión y unos ojos de una belleza singular, pero, a decir verdad, éstas eran la excepción de la regla general.

Después de visitar todo el edificio, y admirado el raso azul y las perlas de una Virgen, y el terciopelo negro y los diamantes de otra, y Niños Dioses dormidos, y Santos, pinturas, camarines y confesionarios, y subido, además, a la *azotea*, desde donde se domina una vista magnífica, nos llevaron al fin a una gran sala, decorada con cuadros y amueblada con sillones antiguos de elevados respaldos, en la cual apareció ante nuestros asombrados ojos una espléndida cena en una muy bien puesta e iluminada mesa, en donde se ofrecían a la vista pasteles, chocolates, helados, cremas, flanes, tartas, jaleas, arroz con leche, naranjada, limonada y otros manjares profanos, adornados con banderitas, recortadas en papel dorado. Me hicieron sentar en una silla digna de un Papa, debajo de una pintura de la Sagrada Familia, y a mis lados pusieron a la *Señora*... y la *Señorita*... Las monjas más antiguas, señorialmente vestidas, ocupaban los demás sillones, y parecían estatuas esculpidas en piedra. Una jovencita, algo así como una *pensionnaire*, trajo una arpa sin pedales, y mientras disertábamos acerca de los pasteles y de los helados, cantó varias baladas con mucha amenidad. Las Madres más ancianas ayudaban a servirnos, pero no probaban nada. Las monjas más jóvenes y las novicias, se sentaron *à la turque* sobre una estera, y formaban el conjunto más pintoresco y singular que jamás se haya visto.

Las novicias con sus hábitos blancos, blancos los velos y negros los ojos, las severas y dignas *Madres* con sus largos mantos y los fúnebres y negros velos y rosarios; las veladas siluetas que pasaban fugaces por los corredores; el contraste de nuestros vesti-

dos mundanos y lazos de colores; la sala iluminada por una enorme lámpara pendiente del techo, todo me transportó tres siglos atrás, y empecé a temer de que todo desapareciera, de que fuese una mera visión y un soñar despierta.

Después de cenar subimos al coro (donde las monjas asisten a las ceremonias religiosas, y desde el cual se domina el interior de la hermosa iglesia del convento), para probar el órgano. Me puse a tocar una Sonata de Mozart, y atendieron los fuelles las criadas. Creo que hice más ruido que música, porque el órgano es muy viejo, tanto quizás como el convento, que tiene ya tres siglos. Sin embargo, las monjas se mostraron muy contentas, y después de que cantaron un himno, abandonamos el coro. Me causó más bien tristeza el dejarlas, y sentí lo mismo que se siente cuando se deja un lugar en el cual podría uno pasar con agrado mucho tiempo, pero eran cerca de las nueve de la noche y debíamos irnos; por lo tanto, en seguida de los efusivos abrazos de toda la comunidad abandonamos los hospitalarios muros de la *Encarnación*.

28. Ayer noche estábamos en casa, cerca de las diez, muy tranquilos, Calderón, *Monsieur de Mercier*, de la Legación, y yo, cuando Amélie irrumpió en la sala, toda despeinada y gritando: «¡Vengan pronto, señor! ¡Los ladrones están tratando de abrir la puerta de la cocina!». Una serie de lejanos gritos mujeriles dieron más fuerza a sus palabras. Calderón saltó de su asiento, corrió en busca de las pistolas, dio una a *Monsieur de Mercier*, llamó a los soldados, pero los ladrones no aparecieron. La puerta de la cocina estaba, ciertamente, abierta, y la temblorosa *galopina* juraba y perjuraba que, hallándose sola en la cocina, que se encontraba casi a oscuras, alumbrada sólo por un candil, habían entrado tres hombres armados, y al oír la voz de alarma salieron precipitadamente. Empezamos a dudar de la verdad de sus afirmaciones; pe-

ro a la mañana siguiente pudimos comprobar que los hombres se habían escapado por la azotea, socorrido auxiliar de los salteadores mexicanos. Al final de esta manzana de casas, la gente había salido y disparado sobre ellos, pero sin resultado. La casa de la vieja Condesa de San Francisco ha sido asaltada, su portero herido; según informes, muerto, y la vajilla de plata, robada. Entre tanto, nuestros soldados están de guardia en la cocina, un par de pistolas cargadas adornan la mesa, hay una escopeta de dos cañones en un rincón y un *buldog* gruñe en la galería. Esta breve visita de paso se debe, probablemente, a que llegaron de Londres varias cajas, especialmente las que contenían una finísima arpa y un piano, ambos de la casa Erard que esta mañana tuve el gusto de ver desembalados, y los cuales, pese a los malos caminos y al zarandeo, han llegado en perfectas condiciones.

Terminaba de escribir a la prima noche, sentada y sola, cuando se oyó una gritería, todavía más horrible que la de la noche anterior. Al mismo tiempo, la vieja *galopina*, su hija, y una muchacha francesa que vive aquí, se precipitaron hacia el corredor dando grandes voces; no se entendía una palabra de lo que decían, sólo algo concerniente a «un ladrón vestido de negro, y más hombres detrás, que habían echado abajo la puerta». Con los gritos se alborotó toda la casa. Todos corrían de un lado para otro. Un francesito *teinturier*, que, al parecer, estaba haciendo una visita de cortesía a las doncellas, se apoderó de la escopeta; el lacayo tomó una pistola y se fue a esconder detrás del portero; Amélie cual otra Juana de Arco, hizo su aparición blandiendo un enmohecido sable; los soldados se lanzaron con sus bayonetas; el cochero acudió desarmado; el portero cubría la retirada llevando del collar a un enorme perro; pero de los ladrones, ni señales; y las muchachas haciendo pucheros o llorando a lágrima viva porque hemos puesto en duda que hayan visto hombre alguno. La *galopina* joven, derramando torrentes de lágrimas, jura por un hombre. La *galopina* vieja, envuelta en su *rebozo*, perjura por va-

rios, y la *recamarera* ha llorado hasta el paroxismo, de miedo y de indignación.

Este es el agradable estado de cosas, por filo, poco más o menos, de las nueve de la noche; digamos de una vez, que por cada intento de asalto verdadero, la fantasía crea siempre un sin fin de asaltos imaginarios y de alarmas infundadas…

Después de varios intentos de paseos a pie, a los cuales casi he renunciado, hago, en cambio, mucho ejercicio, así a caballo como en carruaje; este último, a causa de las pésimas condiciones del empedrado de las calles, puede decirse que aun lo es más que el primero. Esta mañana, acompañada de la *Señorita* Escandón, y en carretela abierta, fui a su casa de campo de San Agustín, que es el emporio del juego. Pero la famosa fiesta anual no se celebra hasta Pentecostés, y las bonitas *villas* se encuentran ahora abandonadas. Nos paseamos por el jardín hasta que el sol se hizo insoportable. La fragancia de las rosas y de los jazmines era casi intolerable. Hay árboles de rosas *mille-fleur*; el heliotropo y la madreselva cubren las columnas, y el jazmín amarillo cuelga por todas partes.

A mi regreso he encontrado una carta anónima, firmada *Fernández*, en la que se me recomienda «¡que tenga cuidado con mi cocinero!». Se la mostré a varios caballeros que comieron con nosotros, y uno de ellos fue de opinión de que era un plan de los ladrones para quitar de en medio al cocinero, el cual representa quizás un estorbo para sus designios; y otro, con mayores probabilidades, creía que era un ardid del mismo atento *Señor* Fernández para ocupar la plaza una vez que ésta quedase vacante.

Hicimos un visita, no hace mucho, a la celebrada Virgen de los Remedios, la *Gachupina*, patrona de los españoles, y rival de Nuestra Señora de Guadalupe. Fue esta Virgen traída por Cortés, y cuando despedazó los ídolos que se veneraban en el Templo Mayor de México, hizo limpiar el santuario, colocó en él un

Crucifijo y una imagen de la Madre de Dios; y arrodillado delante de aquellos simulacros, dio gracias al Altísimo por haberle concedido la gracia de adorarlo en aquel lugar, que por tanto tiempo había sido consagrado a la más abominable y cruel idolatría. Se dice que esta imagen la llevó consigo a México un soldado de Cortés llamado Villafuerte, y que al siguiente día de la terrible *Noche Triste* la escondió en el sitio en que se encontró algunos años después. En todo caso, la imagen desapareció, y no se volvió a saber de ella hasta que en la desnuda cumbre de una montaña, en el corazón de un maguey de gran tamaño, fue encontrada por un indio venturoso. Los españoles celebraron su hallazgo con grandes demostraciones de alegría. Se levantó en el mismo sitio una iglesia, y se le asignó un capellán para que cuidara de la milagrosa imagen. Extendióse su fama por todas partes y se destinaron grandes donaciones para su culto. Un tesorero fue nombrado para la custodia de sus joyas, y un *camarista* para que cuidase de sus ricos vestidos. No hubo viuda acaudalada que muriere en paz, si antes no hacía donación a Nuestra Señora de los Remedios del más grande de sus diamantes, o de la más preciada de sus perlas. En tiempo de secas la bajaban de la ermita para llevarla en procesión a través de las calles de la ciudad, que, a pie, presidía algunas veces el mismo Virrey. El cochero del carruaje en que se efectuaba la traslación de la Virgen, pertenecía a la nobleza. Se le hacían visitar los conventos principales, y al ser llevada en andas por el interior de los claustros, postrábanse las monjas en humilde adoración. Caían lluvias abundantes después de su llegada.

Una de las personas que nos acompañaba ha sido su cochero en algunas ocasiones, y por ese medio pudo ver, por dentro, casi todos los conventos de México. Es cierto que cuando el famoso cura Hidalgo, iniciador de la Revolución, puso en sus banderas a la imagen de la Virgen de Guadalupe, se estableció una rivalidad entre ésta y la Virgen española; y al ser derrotado Hidalgo y

obligado a huir, la imagen de la Virgen de los Remedios fue traída a México, vestida de Generala, e invocada como Patrona de España. Pero más tarde, la Virgen ¡fue acusada de *Gachupina*!, el bizarro general… le arrebató el fajín de Generala y le extendió sus pasaportes, ordenándole que abandonase la República. Sin embargo, le devolvieron otra vez todos sus honores, y siguen en funciones los tesoros, el *camarista* y el *sanctum sanctorum*.

Deseosos de conocer esta célebre imagen, salimos una hermosa tarde en compañía de los Adalid en su coche, tirado por seis fogosos corceles. Hicimos cuatro leguas de mal camino en un espacio de tiempo increíblemente corto. Los caballos mismos parecían asombrados, porque después de las coces, de los saltos bruscos y aun de sus intenciones de desprenderse de sus arneses, se encontraron que los llevaban mucho más aprisa de lo que ellos pretendían, y así, tuvieron que reconocer, al poco rato, que el auriga mayor de los Adalid posee *une main de maître*.

El cerro es solitario y árido, mas la vista, desde la cumbre, es hermosa y domina todo el llano. La iglesia es antigua, pero no ofrece nada de particular, aunque es pintoresca en su melancólica soledad, con algunos árboles que han crecido junto, uno de ellos sin hojas pero cubierto por entero de flores del más vivo color escarlata. Como el *Señor* Adalid había sido cochero de la Virgen, y su *Señora* hija de la *camarista* de la imagen, y Calderón ministro de su tierra predilecta, no nos sorprendimos del amable recibimiento que nos dispensó el reverendo *Padre*, y guardián del Santuario. El interior de la iglesia es hermoso, y encima del altar se ve una copia de la Virgen original. Después de haber permanecido allí algún tiempo, fuimos admitidos al *Sanctum*, al espléndido camarín, en donde la verdadera Virgen de Cortés se encuentra, con un gran maguey de plata en la peana. Salió el sacerdote para revestirse, y a su regreso se arrodilló ante el altar para rezar un *credo*. Subió después las gradas, y abriendo la urna en donde se custodia la Virgen hizo una genuflexión y descendió llevándola

en sus brazos. La fue presentando a cada uno de nosotros y besamos todos su manto de satín. Volvió luego a colocarla con las mismas ceremonias.

La imagen es una muñeca de madera de cerca de un pie de altura, que sostiene en sus brazos a un Niño Jesús; las caras de ambos esculpidas, evidentemente, con tosca navaja; dos agujeros para los ojos *y otro* para la boca. Esta muñeca está vestida de raso azul, con perlas, una corona sobre la cabeza y abundante copia de cabellos sujetos por la misma corona. Ningún ídolo podría ser más feo. El continuo roce y el transcurso de los siglos han destruido sus facciones, y como Calderón se extraña de que no se hubiese tratado de restaurarla, le replicó el *padre* de que varios artistas lo habían intentado, pero que todos caían enfermos o les llegaba la muerte antes. Nos dijo también, y en ejemplo de uno de sus milagros, de que a pesar de lo despoblado del cerro en donde está la Virgen, nunca han sucedido robos; pero me temo que el buen *padre* sea un poco flaco de memoria, porque este sacrilegio ha ocurrido más de una vez. En cierta ocasión en que sacaron a la Virgen para que la besaran y que se había congregado un gran número de *léperos*, uno de ellos, fingiendo una ardiente devoción, arrancó una enorme perla que adornaba el centro de su tocado, y antes de que el robo fuera descubierto perdióse entre la multitud y escapó. Al mencionársele esta circunstancia al *padre*, dijo que era cierto; pero que el ladrón había sido un *francés*. Después de despedirnos de la Virgen, visitamos al padre en su propia casa, que es muy vieja y está pegada a la iglesia, y en la que tiene por único asistente a una anciana, según es uso entre los *padres*.

Bajamos por la escarpada pendiente del cerro, deteniéndonos para admirar algunos nobles arcos de piedra, restos de un acueducto construido por los españoles para llevar el agua de una a otra montaña; y con un indio por guía, visitamos una mina que acaba de ser descubierta, pero abierta desde muy antiguo, y que

dicen es de plata, y había permanecido, hasta hace poco, cubierta por los desechos. Entramos a tientas por el socavón y dimos con bóvedas, excavaciones y una profunda charca de agua. Consiguió Calderón algunos indios para que le quebrasen piedras, que se guardaron en un saco para su examen. Nos sentíamos tan cansados de nuestra caminata por este escarpado y montañoso sendero, que a la vuelta tomé una cabalgadura con silla de hombre, perteneciente a uno de los criados, y pude sostenerme mientras trepaba al caballo casi perpendicularmente. Como esto me pareciera egoísta mientras los demás seguían a pie, invité a la señora Adalid a que montara adelante conmigo, lo que hizo; pero lo inclinado de la senda era tal, que mi cabeza casi tocaba la tierra y hacía difícil y peligrosa mi posición. Sin embargo, alcanzamos la cumbre sin contratiempos, si bien muertas de risa, y regresamos a casa con la rapidez de un ferrocarril.

CARTA XVI

México en mayo.—Salida de México para Santiago.—Coche de Carlos X.—Mexicanos de viaje.—General aspecto del país.—Pueblo de Santa Clara.—Casa de los ladrones.—Templos del Sol y de la Luna.—San Juan.—Posada mexicana.—Escuela.—Calaveras.—Situación difícil.—Trajes de viaje.—Zoapayuca.—Administrador militar.—Santiago.—*Matadores y picadores*.—Las tardes en el campo.—Bailes.—Canciones mexicanas.—Zempoala.—*Plaza de Toros*.—Destreza de los jinetes.—Ometusco.—Accidente.—Tulancingo.—Hermoso jardín.—Platillos mexicanos.—Frutas.—Caballos.—Juegos de prendas.—Trajes de rancheras.—Muchachas y sus admiradores.—Versos.—Conocimientos simples de medicina.—Baños indios.—Tesoros escondidos.—Anécdota.

Santiago, 6 de mayo.

Antes de que empiece la temporada de aguas hemos aceptado la invitación de nuestros amigos los Adalid para visitar algunas de sus haciendas, porque dentro de poco tiempo los caminos habrán de ponerse intransitables. Es en mayo, o quizás un poco antes, cuando el campo se ofrece en el apogeo de su belleza; es el momento en que el brote de las rosas ha llegado casi a su culminación; *au reste*, aquí hay rosas durante todo el año, pero más en diciembre que en julio. Y esto, dicho sea de paso, es motivo de

desilusión para el viajero ingenuo. Llega en diciembre y encuentra los jardines llenos de flores: «Si esto ocurre en diciembre», se dice a sí mismo, «¿que será en mayo?». Pero en mayo las rosas ya se fueron, y en los jardines dominan las dalias y los tajetes; es decir, nuestras flores autumnales; llega septiembre y todavía florean estas plantas de otoño, y con ellas encontraréis las resedas y las rosas y después claveles y jazmines, y otras flores. De hecho no parece que exista aquí una estación propia para nada.

No hace ahora ni frío ni calor; pero se siente aquí un poco más de fresco que en México, y cuando no llueve, el clima es delicioso. Ya ha llovido mucho, sin embargo, y los torrentes han engrosado tanto su cauce que se duda, que puedan pasarlos nuestros carruajes.

Ayer, a las cinco de la mañana, salimos de México en un coche que fue, alguna vez, propiedad de Carlos X. «*Sic transit*…» ¡y qué lujo el de este coche de viaje de su Ex Majestad! El oro que le cubre sólo respeta las flores de lises de la Francia, que se yerguen sobre la corona (tristes emblemas de una dinastía caída); el interior está forrado de raso blanco, de color violeta los descansamanos, y los mullidos cojines también de raso. Todo él es amplio y cómodo, y con un movimiento que, por lo suave, parece el de una góndola.

Con miras a especular, le compró un francés y le trajo a México para venderlo. En otros tiempos, y por su apariencia, tan ostentosa y con tanto dorado, le habrían pagado un buen precio; mas el gusto por los carruajes llamativos ha pasado ya desde que se introducen los construidos fuera del país, especialmente ingleses; y el presente propietario, que le compró por sus cualidades intrínsecas, no pagó por él sino una suma moderada. En este coche, tirado por seis vigorosos caballos, con dos cocheros de primera clase, y escoltados por varios jinetes bien armados, partimos a escape. Los cocheros, con sus libreas a la mexicana, flamantes y de gran elegancia, se veían muy pintorescos. Chaquetas

y calzoneras de piel de venado; las chaquetas bordadas de verde, con colgante botonadura de plata, las calzoneras también bordadas y sueltas a los lados de las piernas, sujetas con cadenillas de plata, dejando ver los calzones de lino crudo; y sí a esto añadimos las botas de los postillones y los grandes sombreros con toquilla de oro, se obtiene un traje que habría de *faire fureur*, si algún atrevido mexicano se aventurase a mostrarse con él en las calles de Londres.

Salimos de la ciudad por la puerta de Guadalupe, y pasamos frente a la gran catedral guadalupana, pues nuestro camino corre a través de las pantanosas llanuras antes cubiertas por las aguas del lago de Texcoco.

Hacia el Este se extiende el gran lago, y sus anchurosas aguas brillan como un lienzo de plata fundida; más allá los dos grandes volcanes, y el sol naciente hace de sus rayos una corona para la cima blanca del Popocatépetl.

Para describir de una vez por todas el aspecto general del paisaje por este lado del Valle de México, bastará con decir que todo tiene un aire de melancolía, inmensidad y desolación. La tierra es llana, pero eternamente le dan vida las montañas que la circundan, al igual que una pintura insignificante a la que le hubieran puesto un marco de diamantes; y sin embargo, el conjunto no carece de interés. Estos grandes llanos de magueyes tienen una apariencia muy propia y peculiar, con sus chozas en medio de esos manchones yermos, que antes eran jardines, en donde todavía hay flores ahogadas por la mala hierba; las mismas chozas, hechas casi todas de lodo, y no pocas veces casas de piedra dura, sin techos y una oquedad a donde se miraron ventanas, restos de lo que antaño fueran nobles edificios; y una soledad infinita, sólo perturbada por el paso del indio, y a buen seguro tan montaraz como lo era la plebe en México al cruzar Cortés estas llanuras por vez primera —con el mismo modo de ser: docilidad y cobardía, falsedad y astucia; débil, como lo son por naturaleza los

animales, y tan indolente e imprórvido, como suelen serlo los hombres en un clima propicio; ruinas aquí y allí… aquí, el palacio de un virrey que ahora sirve de taberna, en donde atajan a las mulas para que descansen y en donde se detienen los cocheros a beber pulque; allí, todo un pueblo que se desgaja; casas destechadas, muros y arquerías derruidos; una vieja iglesia, un convento en ruinas.

Durante leguas es raro ver un árbol; mas de pronto aparecen los elegantes árboles del Perú, o bien un aislado y corpulento ciprés; y tercian en el paisaje largas recuas de mulas y de asnos, con sus arrieros; pastizales con ganado, y otra vez las hileras de magueyes que se extienden hasta donde la vista alcanza. Caminos que sólo lo son de nombre; brechas que cortan las magueyeras, orladas de vallados de piedra que se van derrumbando, y en donde la comodidad del coche de Carlos X no podía salvarnos del traqueteo. Pero los caballos van lanzados a todo galope, acostumbrados como están a pasar a través y por encima de todo.

El primer pueblo que vimos fue Santa Clara, a nuestra izquierda, que se encuentra al pie de unas foscas colinas, con una iglesia pintada de blanco y casas techadas y otras sin techo. No se divisaba una sombra, a veces ni un árbol por leguas, y el sol y el polvo, muy desagradables, lo fueron más según avanzaba el día. Con la rapidez del coche, corriendo sobre estos llanos ardientes y polvosos, empezaron a echar humo las ruedas. Ni una casa a la redonda, ni señales de agua por ninguna parte. El lance era crítico; cuando Adalid recordó de pronto que no lejos de ahí había un viejo *rancho*, una casa de campo desierta, y ocupada al presente por ladrones; le ordenó al cochero que nos acercara a la casa, y envió a uno de los criados a caballo, con un *medio*, para traer un poco de agua, y con esto trataba a los ladrones como si fuesen personas decentes. Se fue el criado a galope y regresó al poco rato con un cubo lleno de agua, que devolvió luego que se hubo apagado el fuego. En el intervalo examinamos, según nos lo per-

mitía la distancia, el exterior del domicilio de los ladrones, una vieja casa arruinada y solitaria en un llano sin árboles. Frente a la casa iban y venían algunos hombres armados de fusiles, con tipo de cazadores y de aspecto sucio; se diría que estaban esperando *cobrar* alguna pieza, o dispuestos para ir a buscarla. Mezcladas entre los ladrones distinguimos a unas mujeres que acarreaban agua. Había además una gran cantidad de perros. Nos salvamos de los peligros de una acometida gracias a la presencia de los hombres armados que nos acompañaban, y también de que su amo se llamara Adalid, tan conocido en estos lugares, que una vez que su carruaje se vio rodeado de ladrones, fue suficiente el darse a conocer para que éstos se retiraran dando todo género de disculpas por su equivocación; pero ¡ay del jinete solitario o del coche sin escolta, que se atreva a pasar por estos parajes! Y además, no siempre gozan los ladrones del mismo buen humor, pues las casas del mismo *señor* Adalid han sido con frecuencia asaltadas en su ausencia, y una vez, su *hacienda* de Santiago tuvo que resistir un sitio en toda regla, hasta que los ladrones fueron rechazados, gracias al valor de sus criados.

Partimos de nuevo *au grand galop*, y los cocheros y sotas, daban, de golpe, los más descomunales gritos, tanto para animar a los caballos como para su propia diversión; gritos salvajes y agudos, capaces de asustar a cualquier cuadrúpedo civilizado. El camino se iba haciendo más pintoresco a medida que seguíamos avanzando, y al fin, atrajo nuestra atención la vista de dos grandes pirámides, que se levantan al este del pueblo de San Juan Teotihuacán, mencionadas por Humboldt y que han excitado la curiosidad y el estudio de todos los viajeros que le han sucedido. Estas dos enormes moles estaban consagradas al sol y a la luna, que en la época de Cortés estaban representados por dos enormes ídolos de piedra, cubiertos de oro. Aprovecharon los conquistadores el Oro, y los ídolos fueron hechos pedazos por órdenes del primer obispo de México. Por desgracia, no disponíamos

de bastante tiempo para que pudiésemos dedicar a las pirámides algo más que una visita de pasada. Todavía suelen encontrarse por estos llanos profusión de pequeños ídolos de barro, y fragmentos de obsidiana en forma de cuchillos y de flechas, con los cuales los sacerdotes habrían los pechos de sus víctimas.

No se prestan con mucho gusto los indios a servir de guía a los viajeros que desean visitar las pirámides, y su repugnancia en hacerlo ha dado pábulo a la creencia de que existen grandes tesoros escondidos en el interior o cerca de ellas.

Toda esta llanura en la que se levantan estas grandes pirámides, llevó en otro tiempo el nombre de *Mixcoatl*, o Camino de los Muertos; y centenares de un sistema de pequeñas pirámides truncas, alrededor de las mayores (los Templos del Sol y de la Luna), están ordenados simétricamente en calles muy anchas, formando un vasto cementerio, compuesto, quizás, por el polvo de sus antiguos guerreros; un *Père-la-Chaise* azteca o tolteca, o mejor aún, una Abadía de Westminster, desprovista de bóvedas. Son tan pocos los *teocallis* que quedan hoy día, y por ser éstos casi las únicas huellas que existen de esta extraordinaria raza, que sentimos mucho no poderles dedicar tiempo suficiente para estudiarlos. El fanatismo y la razón de Estado indujeron a los conquistadores españoles a la destrucción de estos templos paganos; y cuando se recuerda que en la civilizada Inglaterra, en la época de la Reforma, los más espléndidos templos católicos fueron arrasados en obediencia del terrible edicto de John Knox, «Echad abajo los nidos y volarán las cornejas», no se admira uno mucho ni tampoco se está dispuesto a censurar con excesivo rigor a Cortés, cuando ordenó la destrucción de estos ensangrentados santuarios. Llegamos esa tarde a San Juan, bonito pueblo que se enorgullece de poseer un mesón, una escuela, una alameda de hermosos árboles y un riachuelo de agua cristalina. Es cierto que el mesón es una *posada* mexicana, y que, por lo tanto, se parece a lo que generalmente se suele llamar hostería, como una *hacienda*

a una casa de campo de Inglaterra; y de que la escuela se reduce a un cuarto con el suelo enlodado y unas cuantas bancas sucias que ocupan niños y niñas en harapos; pero la alameda es bonita y los prados tienen un verde de esmeralda. Salimos a pasear mientras remudaban los caballos, pues el *Señor* Adalid dispone de sus propios pastos a lo largo del camino. Entramos a la escuela atraídos por el ruido y también porque las puertas, abiertas de par en par, invitaban a hacerlo. El maestro era un pobre joven pálido y en harapos, con aspecto cansado y medio aturdido al parecer por aquel bullicio, pero muy dedicado a su tarea. Los niños, hablando todos a un tiempo, aprendían a deletrear en el texto de unas viejas leyes del Congreso. Algunas máximas morales que se veían escritas en la pared, denunciaban una ortografía demasiado libre; Calderón hizo notar al maestro los errores ortográficos, con lo que quedóse sorprendido y aun pareció abrigar dudas al respecto. Pensé que se trataba de uno de aquellos casos en los cuales la ignorancia es una dicha, y temí que la observación podría costarle al joven maestro pasar la noche en vela.

A lo largo de la pared que rodea al camposanto, había una hilada de calaveras que aun conservan los dientes, y el sacristán que nos hizo entrar a la iglesia, tomó una de ellas para enseñárnosla y toda se convirtió en polvo al momento, diluyéndose como una nube en el aire.

Nos dieron en la posada leche rancia de cabra, queso, y unas galletas tan duras, que Calderón preguntó al hostelero si habían sido hechas el mismo año que la iglesia; lo cual pareció hacerle tanta gracia, que no dejó de reírse hasta que nos despedimos de él para volvernos al coche.

A poco de haber salido de San Juan nos encontramos a la señora Adalid que, acompañada de sus hijos, había venido a nuestro encuentro en coche abierto, y a pesar de haberse puesto en camino al amanecer desde su hacienda, parecía como si se hubiera acabado de vestir para una fiesta; su traje era de crespón color

ámbar, adornado con blonda blanca, mangas cortas y *décolletée*; un juego de hermosos corales napolitanos, color fresa, montados en oro, zapatos de raso paja, un pequeño chal de seda de China, bordado con brillantes flores; el tocado muy donoso, y descubierto.

Nos detuvimos en su hacienda de Zoapayuca, un viejo caserón que se levanta solitario en medio de grandes campos de magueyes. Junto tiene un jardín abandonado, y entre su enmarañada espesura retozaba un cervatillo domesticado que nos miraba asombrado con ojos salvajes.

Encontramos prevenido un excelente almuerzo, y aquí, por la primera vez, concebí la posibilidad de que me gustara el *pulque*. Visitamos los grandes bastimentos donde se le guarda, y nos pareció más bien refrescante, de sabor dulce, y con una espuma cremosa, y, decididamente, mucho menos maloliente que el que se vende en México.

La hacienda está bajo el cuidado de un *administrador*, a quien Adalid paga una considerable suma anual, y cuyo empleo no es de ningún modo una sinecura, pues vive bajo el constante peligro de ser asaltado por los ladrones. Es capitán de una tropa de soldados, y como se ha pasado la vida «persiguiendo a los ladrones», esa corporación libre e independiente le tiene un odio a muerte, por lo que está pensando en irse a alguna otra parte del país, en la cual pueda vivir más tranquilo. Nos hizo un terrible relato de los asaltos en la noche, de la ineficacia del Gobierno para protegerlo y de las dificultades, casi insuperables, con que se tropieza ante cualquier intento de que opere la justicia contra estos hombres. No hace mucho le dijo al Presidente que tenía deseos de irse con los ladrones, porque éstos son las únicas personas de la República protegidas por el Gobierno. Al Presidente, sin embargo, no se le puede culpar en este caso; él ha usado todo género de expedientes para contener estos abusos; pero se le han

interpuesto en su camino embarazos de las más increíbles procedencias.

A propos de lo cual, el cónsul de… nos contaba el otro día que habiendo tenido ocasión de consultar con el juez… sobre un negocio de importancia, le introdujeron en una habitación en la que ese funcionario se encontraba hablando con varias personas de aspecto sospechoso, mejor dicho, insospechable, ya que su apariencia dejaba ver, sin lugar a dudas, su oficio. Sobre la mesa del juez, había varias escopetas, espadas, pistolas y toda clase de armas. El juez rogó a *Monsieur* de… que tomara asiento, diciéndole que estaba averiguando un caso de robo cometido por sus visitantes. Los ladrones, sentados, fumaban muy a gusto, y el juez gozaba del mismo inocente placer cuando se le apagó el cigarro; uno de esos caballeros se quitó el puro de la boca y se lo ofreció al magistrado, con el cual volvió a encender el suyo, devolviéndoselo después con una cortés reverencia. En suma, todos estaban allí a partir un piñón.

Al caer de la tarde llegamos a Santiago, que se halla a unas dieciocho leguas de México, y en donde ahora nos encontramos, en una gran casa situada en medio de una región agreste y solitaria, con colinas detrás y rocas en frente, y rodeados por grandes llanuras sin labor y campos de pastura. Todo es *en grande* en este dominio. Hay una hermosa capilla con sacristía, una *plaza de toros*, centenares de caballos, y entre *dependientes* y arrimadizos, nos sentamos a la mesa, para cenar, treinta y cuatro personas.

7. El mismo día de nuestra llegada vinieron de México Bernardo *el Matador* y su cuadrilla, trayendo consigo sus magníficos trajes, con el propósito de darnos una corrida en el campo. Como una hacienda de estas no es más que un enorme caserón vacío sin muebles y sin libros, no hay más remedio que buscar las

diversiones puertas afuera, o bien en las grandes veladas dentro de la casa; y la sencilla hospitalidad de que se goza en ésta y en otras de las antiguas familias, es una agradable reminiscencia de los modales y costumbres españoles, que están cayendo en desuso, y van siendo reemplazados por una mayor pretensión de refinamiento y en mengua de la auténtica riqueza y del gusto para el trato social.

Por las noches, todo el mundo se reúne en una gran sala, y mientras la *Señora* de Adalid toca el piano, toda la concurrencia, administradores, *dependientes*, mayordomos, cocheros, matadores, picadores y criadas, ejecutan los bailes del país; *jarabes, aforrados, enanos, palomas, zapateros*, etc., etc. Y no debe suponerse que esta aparente mezcla de clases entre amos y sirvientes ocasiona la menor falta de respeto por parte de los últimos; todo lo contrario, lo están haciendo en cumplimiento de un deber: el de divertir a sus amos y a sus huéspedes. No hay en ello ningún sentimiento de democracia, o de igualdad, cuando menos no lo he visto hasta ahora; excepto entre personas pertenecientes a la misma clase. Más bien parece como un vestigio del sistema feudal, en donde los vasallos se sentaban en la misma mesa con su jefe, pero donde las categorías sociales de los huéspedes no se confundían. Los bailes son monótonos, con pasos cortos y con mucho desconcierto, pero la música es más bien agradable y algunos de los danzantes eran muy graciosos y ágiles; y si no fuera porque el hacer distinciones provoca la envidia, deberíamos mencionar con énfasis a Bernardo *el Matador*, al primer cochero y a una hermosa muchacha campesina de falda corta roja y enaguas amarillas, con pies y tobillos *à la Vestris*.

Todos permanecían muy tranquilos, aunque demostraban su gozo intenso; algunos de los hombres acompañaban a los danzantes con la guitarra.

Primero, el guitarrista rasgueaba en una cadencia muy viva, y el bailarín hacía un movimiento rápido. Empezaba entonces el

músico a acompañarse con su propia voz y el bailarín iniciaba algunos pasos lentos. Así sucede, por ejemplo, con el baile del *Aforrado*, curioso *nom de tendresse*, que supongo expresa la idea de algo muy suave y acolchado. He aquí la letra:

1

¡Aforrado de mi vida!
¿Cómo estás, cómo te va?
¿Cómo has pasado la noche,
no has tenido novedad?

2

¡Aforrado de mi vida,
yo te quisiera cantar!
¡Pero mis ojos son tiernos,
y empezarán a llorar!

3

De Guadalajara vengo
lidiando con un soldado,
sólo por venir a ver
a mi jarabe aforrado.

4

Y vente conmigo,
y yo te daré

zapatos de raso
color de café.

Traducida al inglés literalmente toda esta poética sublime, creo que llenaría de indignación a la misma sombra de Coleridge.[*]

La música correspondiente a estos «versos inmortales», la he aprendido al oído y os la he de mandar. En el baile de los *enanos*, el bailarín *se va haciendo más pequeño* cada vez que se canta el coro.

1

¡Ah, qué bonitos
son los enanos!
¡Los chiquititos
y mexicanos!

2

Sale la linda,
sale la fea,
sale el enano
con su zalea.

3

Los enanitos
se enojaron,
porque a las enanas
las pellizcaron.

Siguen más versos, pero creo que con la muestra tendréis bastante para quedar satisfechos. Hay otro baile, llamado «El Toro», cuya letra no es muy interesante, y el «Zapateado» que bailó con mucha gracia uno de los caballeros, acompañándose al mismo tiempo con la guitarra.

Ayer por la mañana, bajo un sol que quemaba, cabalgamos a través de un desierto digno de Egipto, para visitar los famosos arcos de Zempoala, obra magnífica, la cual nos dicen excitó grandemente la admiración de Mr. Poinsett cuando visitó este país. El acueducto, cuya construcción tuvo por objeto el proveer de agua estas áridas llanuras, fue el trabajo de un fraile franciscano español, y nunca ha llegado a concluirse del todo. Recorrimos cerca de seis leguas y permanecimos sentados en ese lugar por horas, viendo los grandes arcos de piedra, que parecen obra de gigantes.

En la tarde nos fuimos a la *Plaza de Toros*. La hora era fresca, nuestras monturas buenas, el camino bonito y sombreado, y la misma *Plaza* una cerca pintoresca circundada de árboles. Habían puesto unas sillas en una elevada plataforma, y el verde brillante de las arboledas, los deslumbrantes trajes de los toreros, el mugido de los toros bravos, la nerviosidad de los caballos, la música y la algazara y los gritos de los indios trepados en los árboles, arrebataba la atención, cuando menos a primera vista, por su salvaje grandeza. Bernardo iba vestido de raso azul y oro; los picadores, de negro y plata; los demás, de raso oscuro y oro; todos los de a pie llevaban un calzón que les llegaba a la rodilla medías de seda blanca, un pequeño gorro negro con cintas y un mechón de pelo trenzado, colgado atrás. Los caballos fueron, en general, buenos, y cada vez que se presentaba un nuevo adversario, parecían contagiarse del entusiasmo de los caballistas. Salían los toros unos tras otros dando bufidos, y como aquí suelen ser bravos y no les despuntan los cuernos como en México, los lances resultan mu-

cho más peligrosos. A los toros no les mataron, pero fue más que suficiente el tormento que les dieron. Uno de ellos, cubierto de dardos y de cohetes, adornados con cintas y papeles de color, brincó de golpe sobre una pared muy alta y desapareció entre los bosques. Pensé después en este infeliz animal: ¡cómo ha de haber vagado la noche entera, bramando de dolor, con los dardos y sus alegres adornos penetrándole en las carnes!

> «Así, cuando el pastor, desde el seguro
> escondrijo, hiere con flechas traicioneras
> la cierva descuidada, ella se lanza,
> fugitiva, hacia el bosque. Furiosa,
> por el dolor que la atormenta, salta
> sobre el prado y se encamina
> en busca de silentes matorrales. Mas en vano,
> pues el dardo fatal va siempre, siempre,
> ensartado en su flanco y la atormenta…».

Si los dardos le entraron muy hondo y el toro no logró sacárselos a fuerza de estregarse contra los árboles, debe de haberse desangrado hasta la muerte. Si se hubiera quedado, hubiera corrido con mejor suerte, pues cuando el animal se halla enteramente exhausto le derriban con el lazo, le arrancan los dardos y le ponen ungüento en las heridas.

La destreza de estos hombres es sorprendente; mas la parte más curiosa de la función fue cuando el cochero de los Adalid, un mexicano fuerte y hermoso, se montó en el lomo de un toro bravo, que cabeceaba y reparaba, como si estuviera poseído por una legión de demonios, y obligó al animal a dar vueltas y vueltas al galope, alrededor de la arena. Primero lazan al toro y le derriban sobre el costado, a pesar de su furiosa resistencia. Una vez

que está derribado le montan, pero permaneciendo de pie, con las piernas abiertas, sin descansar sobre el lomo del toro hasta el momento que quitan el lazo de la cabeza de la res, que se levanta y se enloquece pretendiendo en vano quitarse una carga a la que no está acostumbrada. Para desmontar debe repetirse la misma suerte, pues de otra manera el toro acabaría a cornadas con el jinete. El trance es terriblemente peligroso, pues si el toro se quita al hombre, su muerte es casi segura; pero estos mexicanos son magníficos jinetes. Un fraile, que pertenece a la *Hacienda*, da muestras de ser un apasionado admirador de todas estas faenas, y su presencia, en caso de un accidente desgraciado, como suele suceder, ofrece sus ventajas.

En un momento se oscureció el cielo, se interrumpió la fiesta, y en medio de una tremenda tempestad de lluvia y truenos montamos a caballo para regresar a casa a galope tendido.

Tulancingo, 8.

¡Otra corrida de toros ayer por la tarde! Es como con el pulque, al principio le tuerce uno el gesto, y después se comienza a tomarle el gusto. De una cosa nos dimos cuenta desde luego, y es de que si a los toros les viniera en gana podrían saltar fácilmente por sobre nuestra plataforma, ya que a veces saltan paredes dos veces más altas. Hubo una parte del espectáculo que me pareció por demás terrible. El caballo de uno de los picadores fue empitonado, los cuernos del toro penetraron en uno de los costados, y así, chorreando sangre, se le obligó a dar la vuelta al ruedo, galopando.

Pasamos todo un día visitando Ometusco, una hacienda perteneciente a la *Señora* T…, situada en los llanos de Apam y famosa por la excelencia de sus pulques. Los órganos, el nopal y

los grandes campos de magueyes constituyen la vegetación dominante durante muchas millas a la redonda. La hacienda, hermoso y vasto edificio, se yergue solitario y desabrigado en medio de los magueyes. Una bella capilla nos llamó la atención; se quedó sin concluir desde la muerte del propietario, y es notable por la sencillez y elegancia de su arquitectura. Es difícil imaginarse cómo se puede vivir en una soledad tan absoluta; pero éste es el caso para todas las haciendas situadas en las grandes llanuras de Otumba y Apam.

Esta mañana salimos para Tulancingo, en cuatro carruajes de seis caballos, ocupados por toda la familia; nosotros, las criadas, los niños, el *padre* y el aya. A lo largo del camino que recorríamos a galope, habían puesto relevos. Pero al atravesar unos grandes campos de pasturas, los cocheros empezaron a echar carreras; uno de los caballos, cayó derribando al postillón; el coche mismo se volcó, y a pesar de que ninguno de los ocupantes sufrió daño, el infeliz *mozo* quedó terriblemente herido de la cabeza y de las piernas. Sin posibilidad de conseguir auxilio en las cercanías, cambió de lugar con uno de los que iban a caballo, y siguió el viaje muy despacio.

Cerca de las tres de la tarde llegamos a Tulancingo, ciudad de cierta importancia, teatro de varios sucesos revolucionarios; tiene bastantes calles y comercios, una bonita iglesia; *alcaldes*, prefecto, etc. Se ven algunas casas que por su buen aspecto deben pertenecer a familias acomodadas; pequeñas tiendas muy limpias, y en los alrededores, agradables y umbrías alamedas; y aunque también abundan las casas miserables y gente sucia, puede decirse que el lugar posee un proporcionado nivel social. La casa de los Adalid, que se levanta en medio de un gran solar, y que es la casa par *excellence*, es muy hermosa, con pocos muebles, pero con vestigios de pasados lujos. El salón comedor es un noble aposento, cuyas paredes están cubiertas de un hermoso papel tapiz de China, y abierto a un jardín que es el orgullo de la Repú-

blica. Si su belleza es singular, no lo es menos el primor con que le cuidan, con sus senderos de fina grava y hermosos árboles, la amenidad de los estanques de tersas aguas, el bullir de las fuentes, y la extraordinaria profusión de las flores más bellas, entre las cuales las rosas manifiestan su predominio. Se percibe como un infundido ambiente de vergel oriental, y las fuentes se exornan con valiosas figuras y vasos de la China. Al pasar bajo los arcos que forman los rosales, nos rociaba la lluvia de las sutiles y líquidas columnas que brotan de cada arbusto; pero el más delicioso rincón del jardín es el gran estanque de agua transparente que encuadra por sus tres costados el pórtico de un pabellón chino, al que dan sombra grandes y blancas cortinas que penden de entre los pilares. Cómodos sofás amueblan la columnata, que abre a un espacioso cuarto en donde puede uno vestirse después del baño. Es éste el retiro más grato y fresco que puede imaginarse, todo rodeado de árboles y rosas. Se puede holgar aquí, por filo de mediodía, a salvo de los rigores del sol y del mundo. Le llaman jardín inglés, pero más bien parece el escondido sitio de verano de un sultán.

Al llegar encontramos una cena dispuesta para cuarenta personas, y la mesa, adornada según el gusto del jardinero, con pirámides de bonitas flores.

Me estoy familiarizando con muchos de los platillos mexicanos; *mole* (carne guisada con *chile* colorado), *nopales* cocidos, plátanos fritos, *chile* verde, etc. Tenemos después, invariablemente, *frijoles* (judías negras guisadas), *tortillas* calientes, y como estamos en el campo, el *pulque* es bebida obligatoria. En México, las *tortillas* y el *pulque* se consideran como plebeyos, aunque de vez en cuando figuran en la mesa de las mejores casas chapadas a la antigua. Tienen aquí la más deliciosa variedad de quesos de crema que los indios hacen, y que se comen con miel virgen. Sospecho que entra en ellos alguna mezcla de leche de cabra; mas las familias indias que los producen, y a las cuales se les ha ofrecido fuer-

tes sumas de dinero por la receta, piensan que más les vale guardar su secreto.

En cada comida el *puchero* sigue luego de la sopa, compuesto de carnero cocido, carne de res, tocino, aves, *garbanzos* (una judía blanca), calabacitas, patatas, peras cocidas, guisantes y muchas otras legumbres; se sirve todo junto al mismo tiempo, acompañado de una salsa de hierbas o de tomate.

En lo que se refiere a las frutas, tenemos *chirimoyas, granaditas, zapotes*, blancos y negros; el negro, dulce, de cáscara verde y pulpa negra y hueso también negro; el blanco, parecido por fuera al anterior, pero con pulpa blanca, y el hueso, que aseguran es venenoso, es muy grande, redondo y blanco. Pertenece a un árbol más grande y frondoso que el del *zapote negro*, y se da en los climas fríos o templados; mientras que el otro es propio de la *tierra caliente*. Viene después el *chicozapote*, de la misma familia, la cáscara tirando a blanco, y carne blanca o sonrosada, y también pertenece a la tierra caliente. El *capulín*, o cereza mexicana; el *mango*, procedentes los mejores de Orizaba y de Córdoba; el *chayote*, etc. De todas estas frutas prefiero la *chirimoya*, el *zapote* blanco, la *granadita* y el *mango*; pero esto es cuestión de gustos.

12. Hemos pasado aquí varios días muy agradables, paseando a caballo por las lomas de los alrededores, explorando cuevas, viendo las caídas de agua, subiendo a pie o cabalgando, y a cualquier lugar a donde las piernas o el caballo eran capaces de llevarnos. No pueden usarse vestidos demasiado finos por estas partes, lo que deduzco por propia experiencia, después de que un gigantesco, *maguey* me rasgó el vestido en dos. Siempre es de sabios hacer lo que vieres, y adoptar las costumbres de la tierra en donde uno vive. Un traje cualquiera de merino o de muselina, tan corto como suele usarse aquí, un *rebozo* cruzado sobre el

hombro y un gran sombrero de paja, es casi el vestido más apropiado que puede uno escoger. Los caballos son pequeños, pero fuertes, fogosos y de buena estampa; carecen, casi siempre, de herraduras, lo que, según dicen, hace más agradable su movimiento, y casi todos, por lo menos los que montan las señoras, están enseñados para llevar el *paso*, que encuentro a la larga muy aburrido; sin embargo de que un buen caballo de *paso* puede sacarle ventaja a los que galopan y resistir durante más largo tiempo.

La gran diversión por las noches consiste en los *juegos de prendas*, que recomiendo a todos quienes deseen hacer rápidos adelantos en la lengua española. Anoche, como me tocara imponer un castigo al *padre*, le condené a bailar el *jarabe*, y ejecutó algunos pasos con su largo hábito y su cordón con tanta torpeza como buena voluntad. Vimos hoy a una joven y preciosa *ranchera* montando, ella y su mozo, el mismo caballo, como es costumbre entre ellos. Ella iba adelante; vestía una falda corta de muselina bordada, zapatos de raso blanco, collar de perlas, arracadas, un *rebozo*, y un gran sombrero de palma. Las señoras se sientan a caballo del lado contrario al que nosotros acostumbramos. Han adoptado, por lo general, los albardones ingleses; pero las esposas de los rancheros se sientan, las más de las veces, en una silla *sui géneris*, que encuentran mucho más cómoda.

Algunas señoras de por acá, que asistieron a la misa en la capilla esta mañana, estaban vestidas con trajes claros de muselina blanca, tiesos de almidón, y muy cortos para que pudieran asomarse dos refajos superpuestos, también muy almidonados, guarnecidos con encajes; los zapatos eran de raso de color. Considerado este vestido como una indumentaria típica, empiezo a creer que es más bien bonito. Tanto aquí como en México, las mujeres de cierta edad no usan nunca sombrero, sino su propio cabello gris, en ocasiones le llevan muy corto, otras sostenido con una peineta, y no es raro verle atado por atrás en forma de

una trenza. No existe aquí ningún deseo de ocultar los estragos del tiempo…

A mí me parece que entre las jóvenes no hay ese afán de contraer matrimonio que se observa en otros países. El oprobioso adjetivo de «solterona» es desconocido en México. Una joven no es menos admirada por el hecho de mostrarse en sociedad durante diez o doce años; y el comentario más severo sería, cuando mucho, que es «difícil de complacer», pero nadie dirá de ella que está *pasée*, o buscará nuevas caras que admirar. No he visto nunca que las madres o las hijas les hagan la corte a los jóvenes; ni hay tampoco mamás casamenteras o hijas que anden a la busca de sus propios intereses. Lo cierto es que la juventud dispone de tan pocas oportunidades de reunirse, que los matrimonios deben de concertarse en el cielo, porque no veo la manera de que se lleven a cabo en la tierra. Cuando los jóvenes se encuentran con las señoritas en sociedad, parecen ser muy galantes, pero al mismo tiempo se les ve como temerosos de ellas. Sólo conozco una señora en México que tenga fama de haber andado a la caza de grandes partidos para todas sus hijas; mas es tan lista y sus hijas tan hermosas, que no le habrá costado mucho trabajo. En cuanto al *flirt*, no se conoce aquí ni la cosa ni el nombre.

He estado tomando lecciones de baile, con Doña R…a; pero estas danzas indias, sin dejar de tener gracia, carecen de viveza y son monótonas…

En cada una de las puertas de esta casa se ve pegado un papel, que dice lo siguiente:

«¿Quién a esta casa da Luz? Jesús.
¿Quién la llena de alegría? María.
¿Y quién la abraza con la fe? José.
Luego bien claro se ve,
que siempre habrá contrición

teniendo en el corazón
a Jesús, María y José».

Debajo de estos versos se lee lo siguiente:

«El Ilustrísimo Obispo don Fray José de Jesús Belaunzarán. Obispo de Monte-Rey, y los Obispos de Puebla, Durango, Valladolid y Guadalajara, conceden doscientos días de Indulgencias a todas las personas que rezaren con devoción la presente jaculatoria, e invocaren los dulces nombres de Jesús, María y José»... Tiene esta gente una indudable vena poética. Todo lo ponen en verso, algunas veces en un estilo tan ramplón como el de los anteriores (en los cuales *luz* rima con *Jesús*, lo cual comprueba que aquí la *z* se pronuncia lo mismo que la *s*), suelen en otras ocasiones hacerlo mejor, pero siempre en rimas.

Fuimos esta tarde a visitar a la Condesa del Valle, que posee una casa en este pueblo. Estaba en cama, con fiebre, administrándose los remedios más sencillos, tales como hierbas, cuyo conocimiento y uso aprendieron los actuales dueños de esta tierra, de los antiguos indios. Los historiadores españoles que han escrito acerca de la conquista de México, todos dicen que los médicos mexicanos tenían un gran conocimiento de la botánica. Ellos sabían que por cada dolencia existía un remedio que se encuentra en las hierbas de los campos, y el aplicarlas de acuerdo a la naturaleza de la enfermedad, era el fin principal de la ciencia de estos profesores de la medicina. Muchos de los simples, hoy de gran uso en la farmacopea de la Europa, se deben a los trabajos de los médicos mexicanos; tales como la zarzaparrilla, la jalapa, el ruibarbo de los frailes, el mechoacán, etc.; también varios eméticos, antídotos para los venenos, febrífugos y una infinita enumeración de plantas, resinas, minerales, tanto simples como compuestas. En cuanto a las infusiones, decocciones, emplastos, ungüentos y aceites, etc., el mismo Cortés menciona la maravillosa cantidad que se vendía en el mercado de México. Sus aceites los

sacaban por destilación de ciertos árboles; de las cortezas, macerada en agua, formaban un líquido balsámico, y también le sacaban por decocción de las ramas. Era común entre ellos el uso de la sangría y el baño. La gente del campo se sacaba sangre de las venas con puntas de maguey, y en lugar de sanguijuelas se servían de los dardos del puerco espín americano.

A más de bañarse en los ríos, lagos, estanques y fuentes, usaban los baños que llaman de *temazcalli*, que aun en el día pueden verse en muchas poblaciones de indios. El *temazcalli* se fabrica por lo común de ladrillos crudos. Tiene la figura de un horno de pan, con la diferencia que el pavimento del *temazcalli* es algo abovedado y más bajo que la superficie del suelo. Su mayor diámetro es de cerca de ocho pies, y su mayor elevación, de seis. Su entrada tiene la altura suficiente para que un hombre entre de rodillas. En la parte diametralmente opuesta a la entrada hay un hornito de piedra o ladrillo que se abre también al exterior, y con un agujero en su bóveda para dejar salir el humo. Lo primero que se hace antes de bañarse es poner dentro del *temazcalli* una estera, un jarro de agua y unas hierbas u hojas de maíz. Después se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que estén hechas ascuas las piedras de que he hecho mención. El que quiere bañarse inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, a fin de que salga el humo que puede introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, lo cierra también. Entonces empieza a echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor. Echase en seguida en la estera, atrae hacia abajo el vapor con las yerbas o con el maíz, y con las mismas, mojadas en el agua del jarro que ya está tibia, se golpea el enfermo en todo el cuerpo y, sobre todo, en la parte dolorida. Inmediatamente se presenta un sudor copioso; conseguida la deseada evacuación, Se deja salir el vapor, se abre la puertecilla y se viste el enfermo. Para las fiebres y catarros pertinaces y para los que han sido picados por algún animal veneno-

so, es remedio seguro, según dicen, lo mismo que para los reumatismos graves.

Los mismos españoles aseguran la prontitud y eficacia con que curaban las heridas los mexicanos. El mismo Cortés fue perfectamente curado por los médicos indios de una grave herida que recibió en la cabeza en la batalla de Otumba, lugar por el que pasamos hace poco. Para las fracturas, para los abscesos, para todo tenían el remedio; algunas veces pulverizando las semillas de algunas plantas, y atribuían una buena parte de su eficacia a las ceremonias supersticiosas e invocaciones que hacían al aplicar la cura, especialmente cuando se dirigían a la diosa protectora de la medicina, llamada *Tzapotlatenan*.

Una buena parte de estos conocimientos se conservan aún entre sus descendientes, y todavía se consideran eficaces. Para cada dolencia hay una hierba; para cada accidente un remedio. Los baños constituyen una costumbre; pero el uso de los *temazcallis* sólo se encuentra entre los indios. En todas las familias existen ciertos conocimientos de medicina simple, cosa muy necesaria en las *haciendas* sobre todo, donde no es posible conseguir un médico.

En una loma, propiedad de los Adalid, se dice que hay un gran tesoro enterrado. Corren aquí muchas leyendas acerca de estas escondidas riquezas de los indios; pero es bien poco el oro que se ha recobrado de esas tumbas en los cerros. Alguna que otra vez se ha hallado oro, mas no por la búsqueda en las montañas, ya que son pocos los que desean correr el riesgo de tirar su dinero en busca de lo que probablemente resulten ser sólo tesoros imaginarios; su hallazgo ha sido obra de la casualidad; en las ruinas de casas antiguas, donde sus propietarios le enterraron para ponerlo a salvo en tiempos de revolución; quizás, sin ir más lejos, en los días de la expulsión de los españoles.

Hace ya algunos años, una mujer anciana y muy pobre alquiló una casa en los alrededores de México, tan vieja y en ruinas como ella misma, por cuatro leales a la semana. Tenía la casa un antiguo y mal enlosado patio que barría dicha mujer de vez en vez, con una mala escoba. Observó un buen día que dos o tres de las losas eran más grandes y colocadas con más simetría que las demás, y la viejita, que sin duda era hija de Eva por alguna línea colateral, empezó a remover con mucho trabajo las losas hasta que pudo levantarlas. ¡Y he aquí que descubre un tesoro en un bote de hoja de lata! ¡No menos de cinco mil pesos en oro! Su alegría y su espanto no tuvieron límites; más con la prudencia que dan los años, determinó, primero, salirse de la casa, y después traerse el tesoro, *poquito a poquito*, a un cuarto en México, conservando la vieja casa como si fuera un Banco. Y así fue; alquiló una buena vivienda, y en vez de dormir en un *petate*, como acostumbraba, compró cama y colchón; y se regalaba con chocolate y también con algunas botellas de buen vino. Tan extravagantes lujos no podían pasar inadvertidos y sin despertar sospechas. Comenzaron las vecinas a hacerle preguntas, hasta que al fin les confió su secreto. Dice la historia que a pesar de todo no le robaron, y que le fue permitido que disfrutase en paz de su buena suerte. Es difícil creer en semejante milagro en esta tierra de raterías y robos; pero mis autoridades están fuera de toda duda.

Mientras os escribo acerca de asuntos de tan poca monta, me avisan que los coches están listos en la puerta y que no tardaremos en salir para Tepenacasco, otra *hacienda* del *Señor* Adalid, y que se encuentra a pocas leguas de distancia de aquí.

CARTA XVII

Llegada a Tepenacasco.—Lago con patos silvestres.—Hacienda en ruinas.—Puesta de sol en el llano.—Manada de asnos.—Paseo al claro de luna.—Salida de Tepenacasco.—San Miguel.—Descripción.—Tempestad de truenos.—Huasca.—Jornada a Real del Monte.—Carretera inglesa.—Panorama.—Pueblo del Real.—Conde de Regla.—Casa del Director.—Desayuno a la inglesa.—Visita a las minas.—La Cascada.—La tempestad.—Soledad.—Viaje en medio de la tormenta y de las tinieblas.—Regreso a Tepenacasco.—Jornada a Zoapayuca.—Salvación milagrosa.—Toro famoso.—Regreso a México.

Tepenacasco

Esto es de una grandeza salvaje. La casa se hallaba completamente sola; ni un árbol en las cercanías. Detrás se levantan grandes montañas, y en todo el contorno, hasta donde puede alcanzar la vista, sólo anchas llanuras por donde viene el viento silbando, un viento fresco y libre, sin nada que pueda impedir su avance triunfal. Hay frente a la casa un claro espejo de agua, enorme y profundo estanque, en el que se recoge el agua de las lluvias. Estos *jagüeyes*, como se les llama, son muy frecuentes en México, donde los ríos escasean y el uso de las máquinas destinadas a elevar el agua no se ha generalizado todavía. No hay aquí jardín, pero en el patio se ven unos cuantos arbustos y algunas

flores. La casa por dentro es hermosa, con una capilla y un patio, que a veces sirve de *plaza de toros*. Los cuartos están bien arreglados, y las paredes de la alcoba están cubiertas de un bonito papel-tapiz francés, con escenas de la vida campestre suiza. Cuenta la *hacienda* con grandes dependencias, establos para mulas y caballos, graneros de sillería para el trigo y la cebada, que, con el *pulque*, constituyen los esquilmos de esta *hacienda*.

Emprendimos esta mañana un largo paseo a caballo, con el propósito de visitar un bonito lago en el que abundan el pato silvestre y la tortuga. Los caballeros dispusieron sus escopetas y cobraron algunas piezas. El lago es muy profundo y en otros tiempos le surcaron embarcaciones; tiene varias millas de circunferencia, y un riachuelo le sirve de desagüe. Y a pesar de tanta agua, las tierras circundantes, con una altura que casi no llega a veinte pies, son de secano y estériles, y el lago sin utilidad ninguna, bien por falta de medios o por la carencia de conocimientos hidráulicos. No obstante, como Calderón hiciera algún comentario sobre ese tema, el dueño del lago y de una casa en ruinas que está en las inmediaciones, y que es la imagen fiel de la soledad y de la desolación, replicó, en respuesta, que su propiedad dista de la ciudad de México treinta y seis leguas, que el transporte de una carga de trigo cuesta a razón de un real por legua, además de la *alcabala*, cuyos derechos deben pagarse a las puertas de México, por lo tanto el enviarlo hasta allá no dejaría ninguna ganancia; y en cuanto al distrito que le circunda, no tiene población bastante para consumir sus productos; así es que las contribuciones, tan gravosas como innecesarias, lo reducido de los habitantes y la escasez de medios apropiados de transporte, son una remora para la prosperidad del pueblo y frenan el progreso de la agricultura…

Montaba yo un hermoso caballo, pero todavía a medio amansar, el cual se espantó, arrancándose de estampía. Me sostuve muy bien en la silla, lo cual fue muy celebrado; pero debo confe-

sar que más que a mi pericia debióse a mi buena fortuna. El día estuvo delicioso, mientras galopábamos por los llanos, bajo un cielo azul y sin una nube, y el aire era una caricia; pero al fin se levantó un viento tan fuerte que tuvimos que dejar las cabalgaduras y guarecemos en el coche. Nos sentamos después a las orillas del lago, y caminamos sobre el pedregal de sus márgenes, viendo a los patos silvestres rizar la tersa superficie de las aguas; y regresamos a casa gozando de una maravillosa puesta de sol: el dios glorioso convertido en un globo rojo sangre, rodeado de nubes en llamas, oro y carmesí.

Al atardecer habían traído, a través de las llanuras, una manada de burros, que se quedaron a las espaldas de la casa. De pronto, nos llamaron a todos afuera, y cada quien quiso escoger el suyo de entre la comunidad de la larga oreja. Algunos tenían puesta la silla, y otros, no; pero alcanzamos a montar unas treinta personas, seguidos por una cabalgata de chiquillos harapientos, armados de palos y látigos. Mi burro era un bruto obstinado, que había yo escogido, equivocadamente, por lo suave de su piel y lo dócil de su aspecto; pero al fin, a fuerza de latigazos, se arrancó a galope tendido y les tomó a todas la delantera. ¡Qué de gritos, qué de risas y qué barullo! ¡Y qué de trabajos para que la partida no se desbandara! Obscurecía cuando salimos, pero a poco salió la luna y su disco de plata iluminó el llano y los montes, cayó el viento y gozamos de una noche quieta y deliciosa. Andaríamos unas seis millas, hasta llegar a una pequeña y hermosa capilla con su cruz, que a la luz de la luna se destacaba entre los árboles. Aquí se apeó todo el mundo, y descansamos a la orilla de un pequeño y resplandeciente arroyuelo, mientras que las profundas sombras nos sustraían el perfil de las montañas y todo cuanto nos rodeaba estaba inmóvil, fresco y silencioso, todo, menos la alborozada risa de nuestra ruidosa cabalgata. Regresamos muy cerca de las once de la noche, sin que ocurrieran mayores percances. *Doña* Ramona se había caído sólo una vez. A *doña*

M… se le magulló el pie contra un burro que galopaba a su lado. El ajetreo que sufrió el *padre* le convirtió en jalea, y un ilustrado senador, que se adhirió a la partida, dijo que jamás podría recuperarse de los sobresaltos de esa noche. Mañana saldremos para Real del Monte.

17. Después de la misa en la capilla, salimos de Tepenacasco dando casi las siete, y viajamos (creo que por una vereda) sobre rocas y vallados, torrentes y campos de magueyes, en un pesado carruaje que tiraban seis caballos. Cuando se interponía un vallado, los *mozos* lanzábanse a todo galope y lo echaban abajo. Y si teníamos que pasar una *barranca*, se arrojaban intrépidos, enardeciendo a los caballos con gritos salvajes.

Nos paramos en San Miguel, que es una casa de campo perteneciente al Conde de Regla, el antiguo propietario de las minas que íbamos a visitar. El sitio es el más pintoresco y agradable que uno puede imaginarse, pero del todo abandonado; la casa, inhabitable, y a la cual no le han puesto mano en años para repararla. Paseamos por los senderos que van a través de los hermosos bosques, siguiendo las orillas de un arroyo que tal parece que fecunda toda la tierra por donde discurre. Subimos a los cerros, abriéndonos camino a través de la fragosidad exuberante de los árboles y de las flores, y al encontrarme en medio de centenares de brillantes botones, tuve que desdeñarlos a la vista de una pradera, en la falda de una loma, cubierta de margaritas y de botones de oro. ¡Si hasta encontramos matas de espino blanco! Se diría que estamos ante un pedazo del campo inglés, si no fuera porque la vegetación es aquí de una riqueza desconocida en Inglaterra. Mas todas estas hermosas soledades son el dominio de los ciervos que retozan sin temor en medio de los bosques, y de los pájaros que cantan en las ramas de los árboles. Estando todavía lejos de la casa estalló una tormenta. Cuando aquí llueve, pa-

rece como si se abrieran las ventanas del cielo, y que de las nubes caen ríos de agua; y aun los relámpagos me parecen que adquieren una mayor y peculiar intensidad, y suelen producir más accidentes que en los países del Norte. Quedamos empapados en cinco minutos, y en tal estado regresamos al carruaje y partimos para Huasca (el pueblo en donde debemos pasar la noche), en medio de la violencia de la tempestad. Antes de dos horas, los caballos andaban con el agua hasta las rodillas, y llegamos al bonito pueblo de Huasca en condiciones lamentables. No existen posadas por estos lugares, pero una señora viuda, amiga de los Adalid, nos alojó en su casa.

La *señora* Adalid, vestida de muselina blanca y encajes, con zapatos de raso, estaba en peores condiciones que yo, que iba de muselina de lana y borceguíes; sin embargo, estoy decidida a adoptar desde mañana a las cuatro, hora en que debemos levantarnos para seguir hasta Real del Monte, la moda del país, y probar cómo se viaja con un vestido claro, falda de raso y zapatos de lo mismo; y todo por lo de «cuando a Roma fueres…». La tormenta continúa con igual violencia, y debemos contentarnos en contemplar desde las ventanas este paisaje metido en agua.

Tepenacasco.

Levantados en Huasca a las cuatro, vestidos a la luz de las velas, tomamos chocolate y salimos para Real del Monte. Después de haber viajado durante algunas leguas con un frío llevadero, nos llenó de júbilo la salida del sol, que, disipando la neblina, lanzó su alegre luz sobre la montaña y el bosque. Los árboles se veían verdes y frescos después del baño de la noche anterior, y las rocas relucían como si fueran de plata. La mañana se mostraba radiante, y en cada hoja y en cada flor brillaban aún las gotas de

lluvia. El coche ascendía lentamente por la carretera abierta a través de los montes por la Compañía Inglesa; obra notable y provechosa, y el primer camino ancho y cómodo que he visto hasta ahora en la República. Antes de que fuera construido, cientos de mulas llevaban diariamente el metal de las minas sobre un temible desfiladero de la montaña, hasta la *hacienda* de Regla, situada a unas seis o siete leguas de distancia. Alcanzamos a varios carros que conducían madera para el Real, que se halla a nueve mil pies de altura sobre el nivel del mar.

La vista era magnífica. Por un lado, montañas cubiertas de encinas y pinos, y entapizadas de flores de variado y luminoso color; cabras que suben por las peñas y que nos observan desde sus atalayas; frescos y claros arroyos saltando y cayendo de roca en roca, y aquí y allá, las pequeñas chozas de los indios entre las quebradas; por el otro, el profundo valle, la arboleda que baja por las laderas, y un río que corre impetuoso y sin ruido en el fondo, mientras que a lo lejos, y en alto, columbramos los inclinados techos y la gran iglesia del Real del Monte, situado en el mismo corazón del bosque y de las montañas. Comenzamos a ver gente de cabello rubio y de ojos azules, y estuve tentada de reconocer como paisano a un individuo con una rebelde mecha de pelo rojo y con una incontestable entonación escocesa. Los indios de aquí se ven más limpios que en México o sus cercanías, y no andan tan faltos de ropa. Toda esta región, lo mismo que las minas, pertenecieron antes al Conde de Regla, que tuvo tanto caudal que en el bautizo de su hijo, el actual Conde, todo el cortejo caminó sobre barras de plata de la casa a la iglesia. Tuvo la Condesa un disgusto con la Virreina, y en prenda de renovada amistad le envió una chinela cubierta de grandes diamantes. Invitó el Conde al Rey de España a visitar sus dominios mexicanos, y le garantizó que los cascos del caballo de Su Majestad no pisarían sino plata maciza desde Veracruz hasta la capital. Pudo haber sido un desplante; pero un ejemplo más positivo de su ri-

queza es el hecho de que mandó construir en La Habana dos grandes navíos de línea, hechos de caoba y cedro, y los regaló al Rey. El actual Conde, como ya os he dicho, se casó con la bella hija de la *Güera* Rodríguez.

Llegamos a Real del Monte cerca de las nueve, y nos condujo el coche hasta la casa del Director, que es muy bonita, y desde la cual se domina una hermosa y dilatada vista. Nos esperaba un buen fuego ardiendo en la chimenea muy agradable, pues la mañana estaba algo fresca, y porque era la imagen del hogar y de sus comodidades, aun más se apetecía. Fuimos recibidos por Mr. Rule y su señora con extrema cordialidad, y nos invitaron a compartir con ellos el más delicioso desayuno que haya uno gozado en mucho tiempo, feliz *mélange* de lo inglés y de lo mexicano. El mantel, albeando, el humear de la tetera, los panecillos calientes, los huevos frescos, el café, el té y las tostadas proporcionaban un tono *à l'Anglaise*, con una mezcla de varios y sustanciosos platillos ti *à l'Espagnole*, junto con unos frescos y deliciosos quesos de crema, a todo lo cual hicimos debida y generosa justicia.

Después del desayuno salimos a visitar las minas, y era por demás curioso el ver niños ingleses, limpios y hermosos, con su cabello albino y mejillas sonrosadas, con nítidos sombreros de palma, confundidos con los inditos de color de bronce. Visitamos los diversos departamentos: el aparato para aserrar, el torno giratorio, la fundición, etc.; pero me informé, con verdadero disgusto, que no podíamos bajar a las minas. Fuimos hasta la boca del socavón llamado de Dolores, que tiene una entrada muy estrecha y a la que se entra por medio de escaleras verticales. Bajan los hombres con una gorra de forma cónica, en la cual va sujeta una vela de sebo encendida. En el gran socavón, llamado de Terreros, descienden por medio de esas escaleras, hasta una profundidad de mil pies, y de trecho en trecho se encuentran plataformas en donde se puede descansar. Tuvimos que contentarnos viéndolos

bajar, y con ver y admirar todas las grandes obras que ha llevado a cabo la energía de los ingleses; las diferentes máquinas de vapor, las dependencias para la separación y el lavado del mineral, las grandes despensas, talleres, oficinas, etc. Casi todos los empleados son ingleses, y entre ellos se prefiere a los escoceses. La mayor parte de los mineros son indios, que trabajan en cuadrillas y reciben en pago la octava parte de los productos. El Director nos dio algunas muestras de plata de uno de los enormes montones en donde se hallan, y que brillan como el tesoro de un Genio.

Aun cuando no me fue posible descender a las minas, podría haceros su descripción por lo que pude oír de ellas, y llenar estas hojas con guarismos, con los cuales estaríais en aptitud de formar un juicio acerca de sus rendimientos en el tiempo pasado y en el presente. Podría deciros del viaje que don Lucas Atamán hizo a Inglaterra, el cual como por arte de magia, provocó el entusiasmo de los ingleses; de cómo se ha tragado fortunas, una tras otra, el negro y profundo abismo de la especulación; de qué manera se han frustrado las más halagüeñas esperanzas, y de que la causa principal de estos infortunios ha sido la escasez del azogue, el que ha llegado a pagarse a razón de ciento cincuenta pesos al contado por quintal, cuando la misma cantidad la daba el gobierno español por cincuenta pesos, y a crédito; y también podría deciros de los grandes montones de plata que yacen abandonados porque el costo de adquisición del azogue hace del todo incosteable las labores; podría repetiros la opinión de las personas a las que oí discutir acerca de este punto, y las cuales se extrañan de que, ya que este es el caso, no se hayan entablado arreglos con la nación que posee casi la mayor parte de las minas de azogue en el mundo, por medio de los cuales sería posible procurarlo a bajo precio y no desperdiciar esa enorme fuente de riqueza. Pero para todos estos temas os remito a Humboldt y a Ward, que se ocupan de ellos doctamente, y no he de fastidiaros

con observaciones superficiales acerca de una materia tan importante. Además, debo confesaros que las más de las veces mi atención, desentendiéndose de las minas y de las máquinas, y de las obras del hombre y de las discusiones que a propósito de ello se suscitaban, se concentraba ante la soberbia naturaleza que nos rodeaba: los solitarios bosques que cubren las montañas hasta sus mismas crestas, los torrentes precipitándose como espejos bajo el sol, los insondables derrumbaderos, el follaje de infinitos colores y los salidizos peñascales. Todo concurre para acrecentar nuestra admiración hacia la munificencia de natura para esta tierra privilegiada, a la cual ha dado abasto de «toda hierba que lleva semilla y todo árbol que es amable a la vista y bueno para nutrir», mientras que en sus venas corre la riqueza de los metales preciosos: lo útil y lo bello concedido con mano pródiga.

Nos vimos precisados a salir del Real hacia las dos de la tarde por el largo viaje que teníamos que emprender antes de que cayera la noche, pues era nuestra intención regresar a dormir a Tepenacasco. Nos despedimos de nuestros hospitalarios anfitriones, y reanudamos de nuevo la jornada por estos buenos caminos, abiertos, buena parte de ellos, a través de grandes rocas de pórfido; y cuando volvíamos los ojos hacia la pintoresca colonia que relucía bajo los rayos del sol, apenas podíamos creer las profecías de nuestros más experimentados cocheros: de que una tormenta se estaba formando en el horizonte y que iba a estallar antes de que anocheciera. Estábamos determinados a no darles crédito, ya que era imposible pasar por la famosa *hacienda* y barranca de Regla sin hacerles cuando menos una corta visita.

Esta obra portentosa de los mineros mexicanos, ejecutada en otros tiempos, se halla varias leguas al sur del Real del Monte, y es fama que costó muchos millones de pesos. Hay que verla como la vimos nosotros, con el retumbar del trueno, pues su aspecto de inmensidad y desolación, y al mismo tiempo de grandeza, se funde con la furia de los elementos. Allá abajo, al pie de

la escarpada barranca, en medio de acantilados de basalto en forma de anfiteatro, se asienta un majestuoso conglomerado de edificios, que se dirían levantados por algún Gigante filósofo o Nigromante; de tal manera, que le coge a uno de sorpresa encontrarse con un Director inglés y su esposa, y con el prosaico sibaritismo de un asado de carnero con patatas.

Todo es en escala gigantesca: las inmensas bóvedas en donde se guardan los metales ricos; los grandes hornos de fundición y los cobertizos en los cuales observamos el proceso de la amalgamación; las aspas para subir el agua, y, en fin, toda la maquinaria necesaria para la fundición y amalgama del metal.

Fuimos caminando a ver la gran cascada que se precipita por entre las columnas de basalto, y encontramos asiento en uno de los truncados pilares a la orilla del fluente río, y desde el cual disfrutamos de una hermosa vista de los arrogantes acantilados cubiertos con una vegetación salvaje y abundosa: enredaderas que suben y se arrastran por donde encuentran una hendedura, musgo que cubre el tope de las enormes y quebradas rocas y las ramas de los árboles meciéndose sobre el raudo torrente. Las columnas parecen obra de aquellos que, en las planicies de Snaar, empezaron a levantar la ciudad y la torre cuya cima debía alcanzar el firmamento.

Pero mientras estábamos sentados, el cielo se encapotó de repente, grandes y negras nubes cerráronse sobre nuestras cabezas, y se comenzó a oír el rumor lejano del trueno; anuncio de la proximidad de la tormenta. Apenas tuvimos tiempo para refugiarnos bajo el hospitalario techo de la casa del Director, cuando el retumbar de los truenos fue creciendo entre las peñas, seguido al punto por torrentes de agua. Fue una tormenta soberbia: los relámpagos serpenteaban fosforescentes entre los árboles, el viento zumbaba con furia, en tanto que

«A lo lejos,

de cima a cima, entre las quebradas
desriscábase el impetuoso trueno».

Después de descansar y de comer con el acompañamiento incesante del caer del agua, del rugir del viento y del bajo profundo de los truenos, nos convencimos de que era en vano esperar la virazón del tiempo, y en verdad que, con cocheros menos fogueados, habría sido una imprudencia salir, como lo hicimos, en medio de la lobreguez de la tempestad, de los escarpados desfiladeros y a través de torrentes henchidos por la lluvia. El Conde de Regla, que, seducido de la afluencia de agua que concurre en esta cañada, concibió la idea de emplear parte de su enorme fortuna en la construcción de estas obras colosales, debe de haber estado poseído de una poderosa imaginación. Los Directores ingleses, cuyas esposas se encierran en estas asperezas, deberían sentir por ellas un mayor reconocimiento del que suele inspirar en los demás maridos la abnegación de sus dulces mitades. Para los hombres, atareados todo el día entre los trabajadores y las máquinas, de vuelta a la casa a hora avanzada para comer y dormir, no es un gran sacrificio; mas las pobres mujeres que viven en la soledad de una casa cercada por gigantescas rocas, sin otra compañía desde la mañana a la noche que el fragor del trueno y el rechinar de las máquinas, necesitan, para confortar su ánimo, una imaginación asaz romántica para consolarse a sí mismas, creyéndose princesas encantadas en un castillo de algún gigante, o bien ser de temperamento prosaico y entregarse a hacer calceta arrulladas por el rumor del agua que cae de la cascada, sin que la tempestad pueda ocasionarles más desconveniencia que la de tener lista ropa limpia para su marido cuando éste regrese del trabajo.

En cuanto a nosotros, ya íbamos empapados antes de llegar al coche, y en éste se metía el agua, y cuando volvíamos a ponernos en marcha en medio de una oscuridad que aumentaba por

momentos sobre estos abruptos caminos, empezamos a sospechar que eran bien pocas las probabilidades de alcanzar aquella noche la deseada meta de nuestra jornada. Después de penar mucho los caballos, salimos de las barrancas y otra vez nos encontramos en los grandes llanos, donde los cansados animales se abrían paso a través de campos, zanjas y enormes piedras, entre árboles y tupidas breñas, y sin otro guía que el fugaz resplandor del rayo. Grande fue nuestra dicha cuando, a eso de las once, uno de los jinetes que iba a la vanguardia gritó que las luces de Tepanacasco estaban a la vista, y mucho mayor fue nuestra satisfacción al dar la vuelta el coche alrededor del estanque y entrar al patio de la *hacienda*. Fuimos recibidos con gran aplauso de sus moradores, y nos vino de perlas el retiramos a descansar, después de un día tan ajetreado y al mismo tiempo tan agradable.

México, 21

Anteayer salimos de Tepenacasco. Nuestro recorrido estuvo sembrado de peligros, a consecuencia de las fuertes lluvias que hicieron salirse de cauce los torrentes, y en particular, porque salimos tarde y por haber viajado casi siempre de noche. En estas *barrancas*, carruajes y jinetes suelen ser arrastrados por la corriente, estrellándose en el fondo de los precipicios. Para aumentar lo desagradable de nuestra situación, apenas acabábamos de salir cuando una terrible tempestad de truenos y de lluvia se nos echó encima con una violencia mayor aún que la de la noche pasada. Oscureció del todo, y oímos con inquietud el rugir de los torrentes y nos parecía muy incierto el poderlos vadear, especialmente el que se halla a pocas leguas de Zoapayuca, donde nos proponíamos pasar la noche. El carruaje estaba lleno de agua, pero eran tantos nuestros temores, que estas bagatelas no alcanzaban a preocuparnos. Entre el rugir del viento y el estrépito de los

truenos, no nos oíamos los unos a los otros. De pronto, al claro fulgor de un relámpago pudimos ver, por un instante, la espantosa *barranca*, y antes de que los cocheros pudieran contenerlos, ya los caballos se habían metido en ella.

Fue un momento de mortal temor y que no podré olvidar jamás. Las grandes voces de los cocheros enardeciendo a los caballos, los gritos de *Ave María*, la incertidumbre de si nuestro pesado carruaje podría o no ser arrastrado por la fuerza de la corriente, la lucha y el chapotear de los caballos en medio de las impetuosas aguas, y la horrible suerte que nos aguardaba si alguno de ellos cayera o se detuviera en su carrera… La señora de Adalid y yo cerramos los ojos y nos tomamos de las manos, y bien puede decirse que ninguna de las dos respiró hasta que nos vimos a salvo del otro lado. Nos dijeron después que habíamos cruzado el torrente a escasos pies de distancia de un precipicio, en el que un coche se hizo pedazos durante una de estas crecidas, pereciendo todos sus ocupantes, y que si en vez de caballos nuestro tiro hubiera sido de mulas, nos habríamos perdido irremisiblemente. Ya podréis imaginar que no nos desagradó el llegar por fin a Zoapayuca, donde la gente salió a las puertas de sus casas al oír el rodar del coche, y todos se hacían cruces de que hubiésemos podido atravesar la *barranca* aquella noche, pues dos o tres hombres a caballo habían rondado por esos rumbos y tuvieron que regresar, manifestando que el paso era infranqueable.

Encendieron luego las luces y nos dieron de cenar, y a modo de diversión introdujeron en la pieza en donde estábamos un monstruoso toro, de gran fama por estos lugares y que acercaron a la mesa para que le observáramos, sujeto por una cuerda atravesada en el hocico: ¡una bestia fiera!, le llaman *el chato* por lo corto de sus cuernos: Los relámpagos se sucedían unos a otros, y nos dijeron que pocos días antes una mujer había sido fulminada por un rayo mientras rezaba de noche en la capilla.

Nos levantamos a la mañana siguiente a las cuatro y salimos para México. La mañana, como suele ocurrir a menudo después de estas tempestades, era muy fresca y hermosa; pero el sol empezó muy pronto a hacerse insoportable en los grandes llanos. Cerca de las dos hacíamos nuestra entrada en México por la puerta de Guadalupe. Encontramos nuestra casa en *statu quo*, satisfactorias cartas de la Europa y muchos preparativos para el baile de los ingleses, al que queremos asistir, y por esto hemos regresado antes del tiempo en que pensábamos hacerlo, y para el cual mi *femme de chambre* acaba de terminarme un vestido, del que se siente muy satisfecha.

CARTA XVIII

Baile de los ingleses.—Vestidos.—Diamantes.—Minería.—Llegada de la Bula Papal.—Consagración del Arzobispo.—Ministros extranjeros.—Esplendor de la Catedral.—Descripción de la ceremonia.

25.

El baile de los ingleses en Minería tuvo lugar con gran *éclat*. El aspecto general de este noble edificio, iluminado brillantemente y ocupado por una multitud elegante, no podía ser más espléndido. El Presidente y el Cuerpo Diplomático asistieron de gran uniforme, y la ostentación de diamantes era extraordinaria. En cuanto a nosotras, las señoras del Cuerpo Diplomático, tratábamos de contentarnos pensando que el alarde de nuestra elegancia suplía lo que nos faltaba en magnificencia, pues en lo que a las joyas se refiere, ninguna de las damas extranjeras podría atreverse a competir con las de aquí. La hija de la Condesa…, recién llegada de París, y que acabo de conocer, vestía de azul pálido, con guirnaldas de rosas en rosa claro y un aderezo de brillantes, magníficos. El tocado de la señora de Adalid me recordó el de la Marquesa de Londonderry en su palco de la ópera. La Marquesa de Vivanco llevaba un collar de brillantes de tamaño y hermosura extraordinarios, montados a la perfección. Madame S… iba con un riquísimo vestido de blonda, *garni* con plumas de aves-

truz, y en cada pluma prendido un gran diamante. Una señora se adornaba con una diadema que, según opinión del Sr…, no podría valer menos de cien mil pesos. Los diamantes se llevan siempre solos o acompañados de perlas, pues las piedras de colores se consideran como cosa despreciable, lo que es una lástima, pues yo creo que los rubíes y las esmeraldas montados con diamantes dan a las joyas un mayor lustre y esplendor. Se veía una profusión de perlas, todas muy grandes, y casi todas en forma de pera. Las más bellas, por lo redondas, eran las que lucía la señora Barrera. Abundaban los vestidos de blonda, que aquí hacen furor. No conozco señora que no tenga uno. Entre las muchachas más bonitas y vestidas con mejor gusto, sobresalían, como de costumbre, las Escandón. Muchos vestidos se veían recargados, defecto muy frecuente en México, y muchos otros, aunque magníficos, estaban pasados de moda; mas no por eso era el *coup d'oeil* menos brillante, y era un tanto cuanto sorprendente que entre tanta gente no se viera una sola persona de mala nota. No dudo que se procedió con rigurosa invitación.

Al entrar a este noble patio, profusamente iluminado con candilejas de colores que colgaban entre las columnas, y al acercarnos a la gran escalera, vino a nuestro encuentro Mr. Pakenham, de gran uniforme, acompañado de otros caballeros ingleses, directores del sarao y encargados de recibir a las señoras. Su Excelencia me condujo hasta el salón de baile que estaba en el piso principal, donde había sillas reservadas para el Presidente, para las señoras de los diplomáticos y miembros del Gabinete, etc. La música era excelente, y el baile comenzaba a estar muy animado. A pesar de que allí se encontraba reunido lo que se llama «todo México», los salones son tan espaciosos, que la concurrencia no se hacía desagradable y el calor no agobiaba. En todas las salas se veían retratos de la Reina Victoria. Las mesas para cenar estaban arregladas con muy buen gusto, y puede decirse, en conclusión, que el baile era digno de los fines que le motivaron, y es que a

Messieurs les Anglais siempre les sale bien lo que se proponen llevar a cabo.

El Presidente me ofreció el brazo para ir a cenar. Todo el acompañamiento entró a los acordes de «God save the Queen». Al poco rato de haber tomado asiento, el Presidente pidió que se hiciese silencio, y en un breve discurso brindó por la salud de Su Majestad la Reina Victoria, lo que hicieron todos, poniéndose de pie. Después de la cena seguimos bailando hasta cerca de las seis de la mañana, y cuando subíamos al coche era ya de día y todas las campanas apremiaban a misa.

Es este el mejor baile que hemos visto aquí, sin excepción alguna, y dicen que costó once mil pesos. Había, sin duda, muchas caras bonitas en esta fiesta y se dejaron ver un gran número de lindas muchachas que no habíamos visto antes, y que «desenterraron» los Secretarios ingleses. Los ojos bonitos son aquí moneda corriente: todas los tienen, rasgados, de grandes pupilas oscuras y sedosas y largas pestañas. En cuanto a diamantes, nadie que se considere por encima de un *lépero* se casa en este país sin ofrecer a su novia por lo menos un par de aretes de diamantes, o un collar de perlas con un broche de brillantes. No son siempre una señal de riqueza, aun cuando en sí misma lo sea. Sus dueños pueden ser muy pobres, en otro respecto; mas los diamantes se consideran aquí como algo necesario para vivir, digamos, por caso, como los zapatos o las medias.

Junio 2. El día 15 de abril llegaron de Roma las Bulas Pontificias que confirman haber sido electo el *Señor* Posada para la dignidad Arzobispal, y el sábado último, el 31 de mayo, se celebró con gran pompa la consagración en la Catedral. El Obispo consagrante, lo fue el *Señor* Belaunzaran, el anciano Obispo de Linares; los dos Obispos asistentes fueron el *Señor* Madrid, joven,

bien parecido, que desterrado de México durante la Revolución, se refugió en Roma, donde se granjeó el favor del Papa, quien más tarde le recomendó para una sede episcopal en México, y el *Doctor* Morales, antiguo Obispo de Sonora. El Presidente, General Bustamante, fue el *padrino* del Señor Posada, y le regaló a su ahijado el espléndido anillo pastoral, un diamante solitario de enorme tamaño. Todo el Cuerpo Diplomático y el Gabinete asistieron de gran uniforme, y se colocaron sillas para ellos a cada lado de la *crujía*. Surgió una discusión sobre cuestiones de precedencia entre una Excelencia del Cuerpo Diplomático y el Secretario de Estado, la cual parece que tendrá consecuencias desagradables. Tuve el placer de estarme arrodillada junto a estas ilustres personas por espacio de tres o cuatro horas, porque no se colocaron asientos para las esposas de los diplomáticos, ni tampoco para las de los Ministros.

Pero la ceremonia, aunque larga, fue soberbia, con muy buena música y enorme cantidad de joyas en los ornamentos de los Obispos y sacerdotes, en los vasos sagrados, etc. Los paramentos de los Obispos eran de terciopelo blanco y oro, y las mitras estaban literalmente cubiertas de diamantes. Los candeleros de oro, las fuentes de oro para el agua bendita y los incensarios de oro, trajeron a mi memoria la descripción de los ornamentos del tabernáculo judío en los días de Moisés; en los «candeleros de oro macizo y de brazos de oro» y en las «tenazas y despabiladores de oro puro» del templo de Salomón, cuyo altar era de oro, y la mesa y candelabros, despabiladores, fuentes, cucharas y navetas eran también de oro puro. Ya se hallaban preparados los paramentos pontificales, destinados al primado electo: sandalias, amito, alba, cíngulo, cruz pectoral, estola, tunicela, dalmática, báculo, mitra, anillo pontifical, etc. Cerca del altar habían colocado magníficos sillones para los Obispos, y entre ellos se colocó al Presidente de la República, de gran uniforme. El Obispo consagrante se sentó solo, con la espalda hacia el altar. Preparado el Electo, y con el

bonete puesto, fue conducido entre los Obispos asistentes con sus mitras puestas. Cuando llegó frente al Obispo consagrante se descubrió la cabeza, e inclinándola profundamente le hizo reverencia. En seguida, los tres se sentaron en sus sitiales ante el consagrante, y habiendo comenzado la ceremonia, y en el supuesto de que os interese tener una idea de ella, procuraré hacerlo, pues a pesar de que la Catedral estaba llena de bote en bote, pude ver y oír todo cuanto pasó. Permitidme advertir, sin embargo, que no había un solo *lépero*, porque siempre se les excluye en semejantes ocasiones.

Posada y sus Obispos asistentes se levantaron, descubrieron sus cabezas y el Obispo Morales, dirigiéndose al Obispo consagrante, dijo:

«Reverendísimo padre: pide la Santa Madre Iglesia Católica que elevéis a este presente presbítero al cargo del Arzobispado».

«¿Tenéis Mandato Apostólico?».

«Lo tenemos».

«Léase».

Entonces el secretario del consagrante leyó el mandato en alta voz, y concluida la lectura se sentaron todos, y el consagrante dijo:

«Gracias a Dios».

El señor Posada cayó de rodillas delante de él, prestó juramento sobre el Libro de los Evangelios abierto que el consagrante tenía en su regazo, y concluyó con estas palabras:

«Así Dios me ayude, y estos Santos Evangelios de Dios».

Después, sentados todos, se pusieron otra vez las mitras y comenzó el examen del futuro Arzobispo. Fue muy largo, y cuando hubo concluido, se hincó otra vez ante el Obispo consagrante y le besó la mano. A esto siguió la confesión, permaneciendo todos descubiertos ante el altar, que envolvían de continuo nubes de incienso. Después se celebró la misa cantada.

Los Obispos asistentes llevaron al Señor Posada a su capilla, en donde le pusieron las sandalias, la cruz pectoral, el amito, la sobrepelliz y demás paramentos y, al llegar al altar, leyeron el oficio de la misa. Otra vez fue conducido ante el Obispo consagrante, que permanecía sentado con la mitra puesta, y después de inclinarse con mucha reverencia, tomó asiento. Vuelto hacia el electo, dijo el consagrante:

«Al Arzobispo conviene juzgar, interpretar, consagrar, ordenar, ofrecer, bautizar y confirmar».

Se levantaron todos, y el Obispo oró por la intención del Primado recién electo, pidiendo para él la benignidad del cielo; todos los obispos y los sacerdotes se postraron en el suelo, mientras empezaban las Letanías. Levantándose el consagrante, tomó el báculo y oró, implorando tres veces la bendición divina para el elegido; tres veces también hizo la señal de la cruz sobre él y entre tanto seguía el canto de las Letanías, y concluidas que fueron, se levantaron todos, se volvieron a sentar y se cubrieron con las mitras. Sólo Posada se quedó arrodillado ante el Obispo.

En esos momentos le pusieron sobre las espaldas el Libro de los Evangelios abierto, en tanto que él permanecía arrodillado, y levantándose otra vez el consagrante le dio la bendición solemnemente, mientras que el coro cantaba a toda voz el himno «*Veni Creator Spiritus*». Después el Obispo, mojando el pólice de su mano en el santo crisma, ungió la cabeza del electo, hizo sobre ella el signo de la cruz, diciendo: «Sea ungida y consagrada tu cabeza con celestial bendición en el orden pontifical». A continuación le ungió las manos e hizo en las mismas el signo de la cruz, diciendo: «Sean ungidas estas manos de óleo santificado y como ungió Samuel a David, rey y profeta, así se unjan y consagren». A lo que siguió una solemne plegaria.

Después el báculo fue bendecido, y presentado al Arzobispo electo con estas palabras: «Recibe el báculo del oficio pastoral pa-

ra que seas piadosamente severo en corregir los vicios, ejerciendo el juicio sin ira», etc. Efectuada la bendición del anillo con solemnes preces y con aspersión de agua bendita, éste le fue colocado en el dedo anular de su mano derecha, diciendo el Obispo:

«Recibe el anillo, que es señal de fe, para que, adornado de incorrupta fe, custodies de un modo inviolable a la Esposa de Dios, su Santa Iglesia».

Habiendo retirado el Libro de los Evangelios de las espaldas del consagrante, se lo presentaron, ordenándole al mismo tiempo que lo recibiera y predicara. Finalmente el Obispo diole el ósculo de paz, y del mismo modo cada uno de los Obispos asistentes. El consagrado se retiró, y después que le hubieron lavado las manos y la cabeza, regresó en breve con los Obispos asistentes, llevando dos cirios encendidos, que ofreció al Obispo consagrante, junto con dos panes y dos barrilitos llenos de vino, y le besó la mano reverentemente. En seguida, el consagrante se lavó las manos, subió al altar y administró el Santo Sacramento al nuevo Prelado.

Y luego de bendecida la mitra, el consagrante, al ponerla sobre la cabeza del consagrado, dijo: «Imponemos, Señor, en la cabeza de este Arzobispo y atleta tuyo, la celada de defensa y salud; para que con decorada faz y armada cabeza, con astas de uno y otro Testamento, aparezca terrible a los adversarios de la verdad…». Fueron bendecidos los guantes y puestos en sus manos, mientras oraba el Obispo, pidiendo que las manos del electo pudiesen estar siempre circundadas con la pureza del hombre nuevo; y que así como Jacob, cuando se cubrió las manos con pieles de cabrito, ofreció manjares agradables a su padre y recibió su bendición, así él, al ofrecer por sus manos la hostia saludable, mereciera impetrar la bendición de su Padre Celestial. Sentó entonces al Arzobispo el consagrante en el trono pontifical, y en el mismo momento se cantó el *Te Deum laudamus*. Comenzado el himno, los Obispos asistentes, con sus mitras cubiertas de joyas,

se levantaron y recorrieron en procesión la iglesia, bendiciendo a todos los fieles, permaneciendo entre tanto en pie el nuevo Arzobispo junto al altar, descubierta la cabeza. Cuando el consagrado volvió a su sitial, los Obispos asistentes, depuestas las mitras, se quedaron de pie con el consagrante, hasta la conclusión del himno.

El Obispo consagrante avanzó entonces sin mitra, y tomando la mano derecha del Arzobispo dijo: «Afírmese tu mano y sea exaltada tu diestra: la justicia y el juicio sean la preparación de tu silla». Comenzó entonces a sonar el órgano, y se cantó el «*Gloria Patri*». Siguió una larga y solemne plegaria, permaneciendo todos descubiertos, al lado del Evangelio del altar.

El Arzobispo se levantó con mitra y báculo y dio, con toda solemnidad, la bendición al pueblo. Y mientras todos permanecían de rodillas al lado de la Epístola, dijo: «Para muchos años». Repitió esta frase tres veces: la segunda, en medio del altar; la tercera, a los pies del Obispo consagrante. Todos se levantaron, por último, y el Arzobispo dio a cada cual el ósculo de paz, con lo que concluyó la ceremonia.

Cuando todo terminó, y no viendo nuestro coche en medio de la multitud de vehículos, regresé a casa en el del Ministro de…, en su compañía y con la de sus *attachés*. Luego que me dejaron, se fueron, ellos y Calderón, a comer con el nuevo Arzobispo en su palacio. De su mesa me enviaron un plato de dulces tan lindos (probablemente un *chef-d'aeuvre* de las monjas), que os los mando para que los conservéis como memoria de la consagración del primer Arzobispo mexicano… ¡acaso el último!

CARTA XIX

Las criadas mexicanas.—Anécdotas.—Recursos.—Un portero inseguro.—*Galopinas*.—El *rebozo*.—El *sarape*.—Cocineras.—Criados extranjeros.—Índole de las criadas mexicanas.—Estipendios de los criados.—Monjas de Santa Teresa.—Motivos para tomar el velo.

3 de junio.

Me pedís que os diga cómo encuentro las criadas mexicanas. Hasta ahora he eludido tema tan ingrato y que me tiene fastidiada. Los defectos de los sirvientes son una fuente inagotable de quejas, aun entre los mexicanos, y mucho más entre los extranjeros, de manera especial para los recién llegados. Se oye decir de su inclinación al robo, de su pereza, borrachera, suciedad y de otros miles de vicios. De que tales quejas son, en su mayoría, justificadas, no puede haber duda alguna; mas también es cierto que el mal podría remediarse en una gran parte. En primer lugar, se toman invariablemente a los criados sin exigirles que presenten una recomendación de su último empleo; y después, ya sea por indolencia o bien por bondad mal entendida, se dan siempre recomendaciones a sirvientes que no lo merecen. Una criada que ha servido en una docena de casas diferentes, permaneciendo un mes, a lo sumo, en cada una de ellas, no es aquí un motivo suficiente para considerarla como de las peores. Con esa afición a

emperifollarse, inherente a todas ellas, quizás aun más que algunas otras hijas de Eva, una muchacha se pondrá a servir con el mero propósito de ganar lo indispensable para comprarse una camisa bordada; y si le alcanza, además, para un par de diminutos y viejos zapatos de rasó, os dirá que ya está cansada del trabajo y que se quiere ir a su casa «*para descansar*». ¡Es tan corta la necesidad, cuando se puede vivir tranquilamente con *tortillas* y *chile*, dormir sobre un petate y vestirse de harapos!

Una decente y anciana mujer, que entró a la casa de lavandera, poco después de nuestra llegada al país, nos dejó al cabo de un mes, «*para descansar*». Solía después venir a casa acompañada de sus seis hijos, todos, lo mismo que ella, cubiertos de andrajos, y le pedía al jardinero que le diese algunos restos de hortaliza que hubiera puesto de lado. Mi doncella le preguntó por qué razón, siendo tan pobre, había dejado una buena colocación en la que ganaba doce pesos al mes. «¡Jesús!», dijo ella, «si supiera usted qué sabroso es no hacer nada».

Intenté educar para criada a una muchacha y enseñarle además a leer, coser, etc. Me consiguieron una de doce años de edad, perteneciente a una familia numerosa que se sostenía de caridades, y prometí a su madre que se le enseñaría a leer, que la llevarían con regularidad a la iglesia y que le impondría a hacer toda clase de trabajos. Era bastante bonita y muy inteligente, aunque indolente en exceso, y aun cuando no usaba medias, no podía consentir más que zapatos blancos de raso, sucios y demasiado chicos para su pie. Una vez por semana, su madre, una mujer alta, desaseada, de largo cabello trenzado y puro en la boca, venía a visitarla en compañía de una amiga, de la amiga de la amiga y de una retahíla de muchachas, hijas suyas. El ama de llaves solía darles algo de comer, después de lo cual todos encendían sus cigarros y en unión de Josefita se sentaban, quejándose amargamente de su triste destino que les obligaba a servir. Después de estas visitas, Josefita no servía para nada. Sí se le decía

que cosiera, se sentaba con un aire tan compungido y trabajaba tan poco, que lo mejor que podía hacerse con ella era liberarla de su tarea. Un tanto consolada, se echaba en un petate a no hacer nada, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el vacío.

De acuerdo con mí promesa, la llevé varias veces a ver a su mamá; pero un día en que tenía yo muchas ocupaciones, la mandé sola en el coche, recomendando a los criados que la trajesen sana y salva. Regresó por la noche acompañada de toda la familia, todos llorando y lamentándose: «¡Por el amor de la Santísima Virgen, *Señora* mía! *¡Por la Purísima Concepción!*», etc., etc. Pregunté que había sucedido, y no sin dificultad, pude descubrir que la consternación de aquellas gentes obedecía a la circunstancia de haber mandado a Josefita sola en el coche. Sucedió que la Condesa de Santiago estaba de visita en la sala, y le impuse acerca de la causa del escándalo. Me quedé pasmada cuando me aseguró que, por esta vez, la mujer terna razón y que era muy peligroso mandar a una muchacha de doce años de edad, de una calle a otra, al cuidado de un cochero y de un lacayo. Después de saber de tan buena autoridad cómo se hila delgado, pedí a la mujer que se contentara con ver a su hija una vez cada mes, y que si ella no podía venir en persona, yo se la mandaría con la protección apropiada. Estuvo de acuerdo con ello; pero un día en que di permiso a Josefita para pasar la noche en casa de su madre, recibí a la mañana siguiente una carta casi ilegible escrita en un papel muy sucio, en la que después de ponerme bajo la protección de la Virgen, terminaba: «pero con harta pena me veo obligada a retirar a mi hija de la muy ilustre protección de Su Excelencia, porque *es preciso que descanse*, pues por ahora está cansada de trabajar». La mujer se fue de nuevo a pedir limosna, trabajo que considera muchísimo menos degradante.

Contra esa pereza casi general y la indiferencia en ganarse la vida, es con lo que deben contender las amas de casa, y también contra el robo y la suciedad; y, sin embargo, pienso que el reme-

dio es más fácil de lo que parece. Si, por una parte, nadie recibiese una criada sin pedirle buenas referencias, especialmente del último lugar en donde hubiese servido, y para ser recibida en otra fuera requisito indispensable haber estado un año, por lo menos, en una misma casa, salvo circunstancias excepcionales; y por fin, si se considerara cuán injusto y peligroso, y en verdad lo es, recomendar a un sirviente culpable de robo, asentando que es muy *honrado*, no dudo que bien pronto se tendría que notar algún alivio.

Como *muy honrado* se nos recomendó un portero, no por la última casa, sino por una anterior en donde había prestado sus servicios. Era un individuo bien trajeado, con una cara triste, y con él tomamos a su mujer como lavandera y a su hermano como ayuda de cámara de nuestro *attaché*, con lo que tuvimos a toda la familia bajo nuestro techo, dando por seguro de que si él nos había sido recomendado como persona muy honrada, sus parientes también «serían gentes de fiar». Pero he aquí que una señora inglesa vino a visitarme, y cuando poco tiempo después fui a devolverle la visita, me informó que la persona que le había abierto la puerta de mi casa era un ladrón conocido, y al cual la policía buscaba desde mucho tiempo atrás, y que tuvo temor de enviarme a uno de sus sirvientes para advertirme el peligro que corríamos, no fuera a ser que, entrando en sospechas el portero acerca de la naturaleza del mensaje, nos robara antes de que le despidiéramos. No le dijimos nada a nuestro cancerbero aquella noche, aunque su cara se veía aún más pálida y miserable que nunca, temiendo quizás por adelantado los resultados de la visita de Mrs… A la mañana siguiente, Calderón le mandó llamar y le despidió, dándole un mes de paga, a fin de librarlo de la tentación de tobar por necesidad imperiosa. Se le puso la cara lívida pero no hizo el menor comentario. Al cabo de media hora regresó solicitando hablar con Calderón. Confesó que, en efecto, había cometido el crimen de que, según creía, se le acusaba; dijo

que fue inducido a entrar a una casa de juego, llevando una fuerte suma perteneciente a su amo, y que comenzó a jugar con su propio dinero, y que una vez lo hubo perdido, quiso probar fortuna con el que no era suyo, que perdió también. Empeñó luego un valioso chal valuado en cientos de pesos que tampoco le pertenecía, y que después de perderlo todo, desesperado, no tuvo más remedio que salir de México. Estuvo oculto por algún tiempo, hasta que, habiendo oído decir que necesitábamos un portero, se aventuró a presentarse a la ama de llaves con la antedicha recomendación. Se manifestó enteramente arrepentido —que había sido su primer delito y que sería el último—, pero ¿quién puede fiar en las buenas intenciones de un jugador? Nos vimos obligados a despedirle, especialmente porque los demás criados ya comenzaban a sospechar de él, y en lo futuro, cuanto robo hubiera ocurrido en la casa se lo habrían atribuido. El caballero que le recomendó, nos confesó después que siempre había tenido fuertes sospechas acerca de la honradez de ese hombre, y que le tenía por jugador empedernido, de tal manera que era capaz de empeñar todo cuanto tuviere, hasta las ropas de su mujer, a fin de hacerse de dinero para jugar. Pero como a un portero en México poco le falta para disponer de la vida y bienes de una casa, es, sin duda, muy censurable recomendar para dicho puesto a una persona cuya honradez es menos que dudosa. Conseguimos después dos soldados procedentes del Cuerpo de *Inválidos*, viejos españoles, para que hicieran las veces de porteros, cuya única debilidad era la de hallarse constantemente borrachos. Al fin dimos con otros dos que sólo se achispan por turno, y nos damos por muy bien servidos.

De las muchas *galopinas* que han desfilado por la casa, la única que trajo una magnífica recomendación le robó al ama de llaves. El dinero, sin embargo, se recuperó y pudo averiguarse que la muchacha lo había entregado a un rico y aparentemente respetable carrocero. Devolvió éste el dinero a su legítimo dueño, y la

galopina fue castigada con un mes de cárcel, que él debería haber compartido con ella. Una de las costumbres más desagradables de las criadas es el de llevar el cabello suelto en todo su largo, enmarañado, sin peinar, y enredándose siempre en todas partes. No puedo comprender cómo las señoras mexicanas, que tanto se quejan de ello, lo permiten. Ese flotar de los cabellos suena muy pintoresco; mas cuando están sucios y como suspendidos sobre la sopa, no es un cuadro muy atractivo, que digamos.

El *rebozo* mismo, tan gracioso y adecuado, tiene el inconveniente de ser la prenda más a propósito, hasta ahora inventada, para encubrir todas las suciedades, los despeinados cabellos y los andrajos. Aun en las mejores clases contribuye al disimulo del desaliño en el vestir, pero en el pueblo el efecto es intolerable. Cuando se lo quitan o por un descuido se cae, se da uno cuenta de cómo sería la cosa si no existiera. En cuanto al *sarape*, es práctico y elegante, mayormente montando a caballo; pero, aunque de origen indio, la costumbre de embozarse con él procede de la capa española, y la oportunidad que ofrecen, tanto el *sarape* como el *rebozo* para esconder grandes cuchillos y también para tapujarse el rostro y la figura, que apenas si se reconocen las personas, da lugar, sin duda alguna, a muchos crímenes que en momentos de arrebato y de borrachera se cometen entre la plebe. De no tener estos cuchillos tan a la mano, su furia probablemente podría apaciguarse o bien que todo terminase en buena lid, y si no les fuese tan fácil ocultar sus cuchillos, creo que se les podría prohibir que los llevaran.

Cuando se trata de tomar una cocinera en México, se necesita tener mucho aguante y muy buen apetito para comer lo que guisan, después de haberlas visto, por sabroso que sea el platillo. Una mirada a sus sueltas cabelleras, una ojeada a su *rebozo*, *et c'est fini*. Y sin embargo, los sirvientes mexicanos poseen sus buenas cualidades, y son mil veces preferibles a los criados extranjeros que encuentra uno en México, sobre todo, a los franceses. Traer-

los consigo resulta un arriesgado experimento. No han transcurrido diez días cuando ya se creen Señorones o Doñas; ellos se plantan un Don, se casan o ponen tienda, o bien se vuelven de una insolencia inaguantable. Ocasionalmente puede conseguirse un cocinero francés pasadero; pero hay que pagarle sus servicios a precio de oro e ignorar las sisas y raterías que cometen. Existen uno o dos *restaurants* franceses, que os enviarán a la casa una muy buena comida a precios extravagantes: y así acostumbran hacerlo los extranjeros, en particular los ingleses, que han adoptado este sistema siempre que dan algún banquete.

Las criadas mexicanas tienen algunas muy buenas y nunca desmentidas cualidades. Son modelo de cortesía, humildes, serviciales, de muy buen carácter, y con facilidad se aficionan a quienes sirven; y si, *rara avis*, se logra conseguir una buena ama de llaves, aun cuando por experiencia me consta que es posible encontrarla, entonces todas las molestias del tráfago de la casa descansan sobre sus espaldas, y, acostumbrada como está a la amable debilidad de sus «compatriotas», nunca la sorprenden ni la perturban.

Por lo que se refiere a salarios, un buen portero gana de quince a veinte pesos al mes; un cochero, de veinte a treinta; muchas casas tienen dos y aun tres; uno para guiar desde el pescante, otro monta de postillón y el tercero para lo que se pudiere ofrecer. Nuestro amigo Adalid, que posee muchos caballos, mulas y carruajes, tiene cuatro; los demás, en proporción. Un cocinero francés percibe unos treinta pesos; una ama de llaves, de doce a quince; un mayordomo, cerca de veinte o más; un lacayo, seis o siete; las *galopinas* y las recamareras, de cinco a seis; un jardinero, doce o quince. Las costureras ganan alrededor de tres reales diarios. El portero, el cochero y el jardinero tienen a sus mujeres y familias en donde sirven, lo que sería muy incómodo si las casas no fueran tan grandes. Los criados son, por lo general, más limpios y andan mejor vestidos que las mujeres.

Existe una circunstancia notable, y es que a pesar de lo sucias que aquí son las criadas, y de las enormes dimensiones de las residencias y de lo numeroso de las familias mexicanas, las casas son, por regla general, la imagen de la limpieza. Esto es debido, quizás, o a una buena ama de llaves, que no es fácil encontrar, o por el cuidado que toman las mismas dueñas de la casa. El que las casas particulares les lleven ventaja a las iglesias y a los teatros, sólo prueba que las señoras tienen más disposición para estos menesteres que los hombres, y es por ello que uno propende a desear *à la Martineau*, que la policía de México se compusiera exclusivamente de mujeres de edad madura.

12. He conocido a una amable y simpática monja del convento de Santa Teresa, una de las órdenes más estrechas. Sólo la he visto dos veces, a través de una reja. Es una hermosa mujer, de muy buena familia, y según se dice de un natural muy festivo; aficionada a la música, al baile y a la compañía de gentes de buen humor, y sin embargo, a la edad de dieciocho años, y en contra de los deseos de toda su familia, tomó el velo y declara que nunca se ha arrepentido de ello. Aun cuando no me es permitido verla, puedo oír su voz y hablar con ella a través de un torno, que produce un efecto muy misterioso. Me da cuenta de sus ocupaciones y de las menudas niñerías que ocurren dentro de su pequeño mundo; mientras que yo le traigo noticias del mundo de afuera. La gente del pueblo siente la más grande veneración por esta santa comunidad, y suelo encontrarme con mujeres con canastas y hombres que llevan paquetes o cartas; algunos van a pedir a las monjas su consejo o su auxilio otros desempeñan sus recados, les llevan legumbres o pan, y escuchan sus voces con anhelosa atención. Mi amiga, la Madre…, me ha prometido vestir, para mí, unas cuantas figuras de cera, con el hábito peculiar

de las diferentes monjas de México, empezando por las de su propio convento.

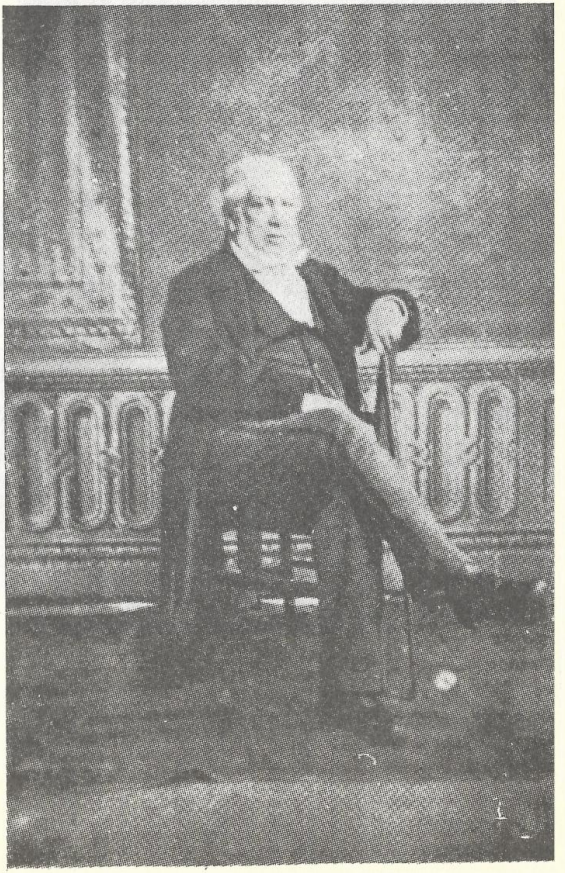
He visto ya tomar el velo a tres monjas, y considero que, después de la muerte, es el acontecimiento más triste que puede ocurrir en este mundo; y no obstante, la frecuencia de estos sacrificios no es aquí tan extraño como pudiera parecerlo a primera vista. Una muchacha que nada sabe del mundo, que, como sucede a cada paso, no encuentra en su hogar ni diversiones ni enseñanzas; que no conoce más sociedad que la de su casa; que desde su infancia está bajo el dominio de su confesor, y cree, a pie juntillas, que si entra al convento se asegura la gloria; a más de que en él le esperan muchas compañeras de sus mismos años, y las monjas antiguas la colmarán de alabanzas y de mimos, no es de admirar que, después de todo, consienta en asegurar su salvación en tan fáciles términos.

Añadid a todo esto el esplendor de la ceremonia, de la que ella será protagonista y único centro de todas las aquiescentes miradas. Es muy difícil que una joven de dieciséis años pueda resistirse a tanto. La ceremonia, me dicen, es lo que más las mueve e induce, y me inclino a creerlo en razón de las reflexiones que en tales actos he oído de algunas jovencitas que se encontraban a mi lado. ¿Qué es lo que ella pierde? ¿Marido? ¿Hijos? Quizás nunca vio hombre alguno a quien poder rendirle su corazón. Es posible que jamás se le ofreciera un pretexto para conocer a jóvenes de su misma edad, y ha convivido solamente con sus hermanos, sus tíos o su confesor. Y también pudieron herirla las desavenencias del hogar mexicano. ¡La sociedad de los hombres! Todavía verá a su confesor, y algunas veces le habrán de visitar reverendos padres y obispos reverendísimos.

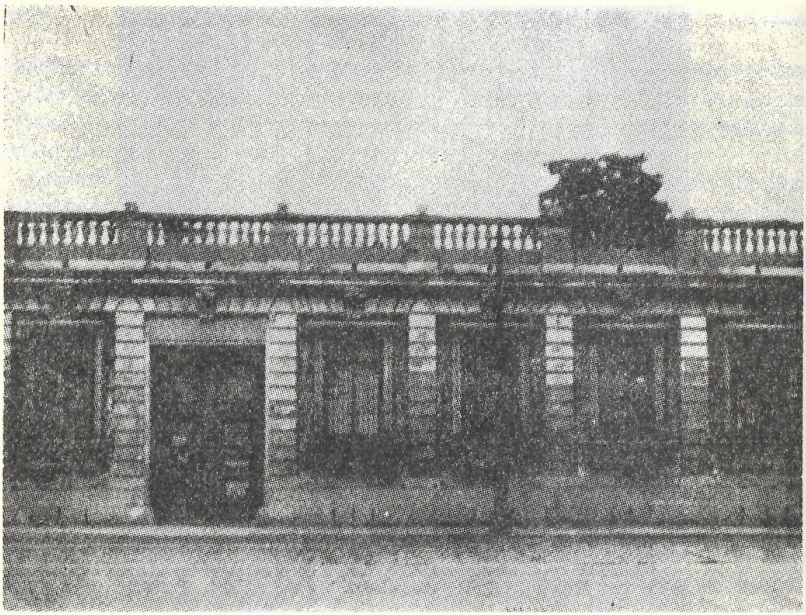
Algunos de estos conventos han sido, a veces, causa de escándalo. Hay entre los frailes muchos que públicamente son una mancha para su comunidad, aunque estoy firmemente convencida de que la inmensa mayoría llevan una vida de mortificación y

buenas obras. Su comportamiento puede, hasta donde es posible, ser juzgado por el mundo; mas a las pálidas monjas, apiadadas y virginales, encerradas en el claustro de por vida, de hinojos ante los altares, entonando himno, en el silencio de la noche, un velo, tan real como alegórico, cubre lo mismo sus virtudes que sus imperfecciones. Las monjas de Santa Teresa y de otras Órdenes estrechas, que viven frugalmente, observan las reglas más severas, y que no tienen criadas o huéspedas, gozan de una general reputación de virtud y santidad. Juzgan a los demás conventos de mundanos, y su lema es: «Todo o nada, el mundo o el claustro». Cada priora introduce normas más estrictas; penitencias más ásperas que las ya impuestas por su predecesora, y en ello ponen su fama. Mi amiga, la Madre…, acostumbra a decir: «Si yo pudiera nacer otra vez, escogería, sobre cualquier modo de vivir, el ser monja de Santa Teresa, y no de ningún otro convento».

Es extraño cómo en todas las partes del mundo, la humanidad parece exigir un grado de perfección sobrenatural de aquellos que hacen de la religión la profesión de su vida. Sus debilidades se exageran. Todas las miradas están fijas sobre ellos para señalar alguna falta en su conducta. Sus virtudes, su saber, la santidad de su vida, de nada les valen, si se llega a descubrir la más leve mancha en su carácter. Los defectos morales no deben existir en el sacerdocio. La religión católica, mientras más se la profesa más grandes son los trabajos que impone, y los errores de un *padre* parecen cubrir de sombras a toda la comunidad a que pertenece.



• ÁNGEL CALDERÓN DE LA BARCA



• PRIMERA CASA, YA DESAPARECIDA, EN LA QUE HABITÓ LA SEÑORA CALDERÓN DE LA BARCA. (SITA EN LA CALLE DEL PUENTE DE ALVARADO, JUNTO AL PALACIO QUE FUE DE PÉREZ GÁLVEZ, LLAMADO TAMBIÉN DE BUENAVISTA, Y EN DONDE ESTUVO HACE AÑOS LA LOTERÍA NACIONAL.)

• ISABEL II, REINA DE ESPAÑA

• LA INFANTA DOÑA ISABEL, ACOMPAÑADA DE LA MARQUESA DE NÁJERA, LA QUE EN ESTA OCASIÓN OCUPA CERCA DE LA INFANTA, EL PUESTO QUE POR TANTOS AÑOS DESEMPEÑÓ LA SEÑORA CALDERÓN DE LA BARCA.

CARTA XX

La entrada al convento.—Diálogo.—Una silla en la iglesia.—Llegada de la monja.—Vestido.—José María.—Concurso.—Descorren la cortina negra.—La toma de velo.—El sermón.—Un muerto en la calle.—Otra víctima.—Convento de la Encarnación.—Un himno ahogado en llanto. Invitación.—Visita en la mañana.—La monja y su madre.—Banquete.—Despedida.—Ceremonia de la toma de velo.—Una hermosa víctima.—La última mirada.—Presentación al Obispo.—Reflexiones.—Versos.

4 de junio.

Hace días recibí un recado de mi monja en el que me participaba que una muchacha estaba en vísperas de tomar el velo en su convento. Me consta que en semejantes acontecimientos suele llenarse la iglesia hasta el ahogo, y en consecuencia, allí me fui a eso de las seis de la tarde, y acercándome a *la reja* le pregunté a un ente invisible que se encontraba detrás de ella, en qué parte de la iglesia podría obtener un lugar. Me respondió una voz:

«*Hermanita*, me alegro mucho de verla. Usted tiene su sitio al lado de la madrina».

«Muchas gracias, *hermanita*. ¿Y por dónde he de ir?».

La voz: «Irá usted por la sacristía. ¡José María!».

José María, un sujeto flaco, descolorido, espiritado, de chupadas mejillas, que como un paje de honor estaba a un lado de la reja, dio un paso adelante: «*Madrecita*, aquí estoy».

La voz: «José María, esta dama es la *Señora* Calderón. Conducirás a su Excelencia al frente del balaustre, y le darás una silla».

Después de haberle dado las gracias a la voz por la amabilidad con que me había atendido en un día tan atareado, el obsequioso José María tomó la delantera y le seguí a través de la sacristía hasta la iglesia, en la que ya se encontraban algunas personas arrodilladas, y me instaló en el lugar reservado para los familiares de la futura monja, y en donde se me permitió tomar asiento en una confortable silla forrada de terciopelo. Al poco rato de estar allí se apareció otra vez José María andando de puntillas, como pisando huevos en la recámara de un enfermo, con un recado de la *Madre*…, en el que me mandaba decir que la monja había llegado ya y que la *Madrecita* quería saber si gustaría yo darle un abrazo antes de que comenzara la ceremonia. Seguí a mi cicerone hasta la sacristía, donde se hallaba sentada la futura monja al lado de su *Madrina*, y rodeada de parientes y amigos, en número de unas treinta personas.

Iba vestida de raso azul pálido, con diamantes, perlas y una corona de flores. Se sofocaba, literalmente, entre blondas y joyas, y su cara arrebolada era resultancia de un día pasado en despedirse de sus amigos en una fiesta que ellos le dieron, y del paseo que después, según la costumbre, le hicieron dar por la ciudad, cubierta de todo su fausto. Mas en el concierto de sus horas estaba a punto de tocar la hora nona.

Cuando entré, se levantó y me abrazó con tal efusión que parecía que nos conocíamos de toda la vida. Su *Madrina* estaba sentada a su lado, también vestida de raso blanco y cuajada de joyas, y sus parientes se veían asimismo muy bien puestos. La monja reíase de vez en cuando, con una risa poco natural e histérica,

como si deseara, creo yo, impresionamos con la certeza de su perfecta felicidad; pues entre las jóvenes que se encuentran en un trance análogo, es punto de honra el aparecer tan alegres y dichosas como les sea posible; es el mismo estado de ánimo, aunque en situación distinta, que induce al bravo salteador de caminos a gastar bromas ante la multitud cuando ya la cuerda del verdugo le roza la gola; el mismo que determina al bizarro militar condenado a muerte, a mandar el pelotón que lo ha de fusilar y dar la voz de fuego; el mismo que hace que la viuda hindú suba a la pira funeraria sin una lágrima y sin un lamento en los labios. Si al ladrón le colgaran en un rincón de la cárcel; si al general le fusilaran en su cuarto y sin testigos; si a la viuda la quemasen en el sigilo de su corazón, y si en secreto metieran a la monja en el convento, como si fuera un fardo que se introduce de contrabando, quizás oiríamos otra historia. La muchacha era muy joven, pero en manera alguna bonita; al contrario, era más bien *disgraciée par la nature*, y es posible que conociéndose con mengua de atractivos, el mundo carecía de encantos para ella.

Pero José María interrumpió el curso de mis reflexiones, requiriéndome que regresase a mi asiento antes de que llegara la multitud, lo cual hice de muy buena gana. No tardaron mucho en abrirse las puertas de la iglesia, y un gran gentío hizo irrupción desparramándose en busca del mejor lugar. Entraron los músicos con sus atriles y partituras, y se colocaron en dos filas, a cada uno de los lados del espacio reservado en que yo me encontraba. Dejó oír el órgano las patéticas voces de las contras al entonar un solemne himno; tocó luego la orquesta una música alegre; afuera atronaban los cohetes, mientras entraban a la iglesia la *Madrina* y su cortejo y se arrodillaban frente al balaustre que mira a la reja del convento, que no dejaba ver una tenebrosa cortina. Dejé mí silla y me arrodillé al lado de la *Madrina*.

De pronto descorrieron la cortina, y la pintoresca belleza de la escena que se ofrecía detrás de la reja, se rehúsa a ser descrita. Al

lado del altar, que era una ascua de luz, las manchas de oro y carmesí de los tapices; las paredes, los sillones antiguos, la mesa ante la cual se sentaron los sacerdotes, todo lo cubrían paños espléndidos. El Obispo llevaba una riquísima mitra y ornamentos de rojo y oro, y sus asistentes asimismo iban cuajados de bordados de oro.

En contraste, veinticinco monjas, cubiertas con ropas negras, de los pies a la cabeza, postradas a cada lado de la novicia, sus rostros humillándose en el suelo y en las manos sendos grandes cirios encendidos. En primer término se extendía una alfombra de púrpura con una orla de frescas y recién cortadas flores; rosas, claveles y heliotropo, sola ráfaga de realidad y de vida en toda aquella escena, y en el centro, arrodillada, la novicia, vestida aún de raso azul, su velo blanco de encaje y sus joyas, y llevando ella también un gran cirio encendido en la mano.

Se levantaron entonces las monjas de negros velos cantando un himno, y una y otra vez se postraban tocando sus frentes al suelo, y todo empezaba a verse como un encantamiento o una escena de Roberto el Diablo. Se incorporó la novicia, y la llevaron hasta los pies del Obispo, quien la exhorta acerca de su vocación, bendiciéndola, y con esto cayó la negra cortina.

En el «segundo acto» estaba la joven tendida en el suelo, despojada de sus ropas seculares y cubierta con un lienzo negro, mientras las negras sombras se arrodillaban a su alrededor entonando un himno. Ya había muerto para el mundo. Los rayos del sol fueron desvaneciéndose, como si no quisieran contemplar la escena, y todas las luces se habían concentrado sobre los protagonistas de la ceremonia conventual.

La levantaron de nuevo. Se le había agolpado toda la sangre a la cara y el esfuerzo que hizo para sonreírse era más bien un gesto de dolor. Hincóse ante el Obispo, y recibió la bendición de una blanca mano que al hacer el signo de la cruz lucía el anillo

pastoral. Después, ella sola, fue abrazando a todos aquellos negros fantasmas que permanecían inmóviles, pero que cuando la estrecharon entre sus brazos parecía como si una repetida muerte diera la bienvenida a la recién llegada al dominio de las sombras.

Pero me olvido del sermón, que dijo un sacerdote gordo, que con dificultad y a fuerza de codos abrióse paso entre la multitud para llegar ante la reja sofocado y sudoroso, y arrellanarse en un gran sillón que estaba muy cerca de nosotros. Le decía, para fortalecer su ánimo, que «había escogido la buena senda, de la que nadie podría apartarla», que era ella una de las escogidas de «entre las liviandades y peligros del mundo» (como una ciruela extraída de un pastel). Aludió con piedad y menosprecio a los que «todavía libran la batalla en la gran Babilonia», y comparó su desventurada suerte con la esposa de Cristo, que después de algunas privaciones en la tierra durante el corto término de varios años, será recibida en el reino de la gloria. Toda la prédica estaba muy bien compuesta para fortalecer su decaído espíritu, si decaído se hallaba, y para inspirarle el más grande desvío hacia todos nosotros.

Concluido que fue el sermón, sonó de nuevo la música, avanzó la heroína del día y se detuvo delante de la reja para contemplar por última vez a este pícaro mundo. Volvió a caer la negra cortina. Levantáronse los parientes y les acompañé a la sacristía. Allí empezaron a encender tranquilamente sus cigarritos y a hacer filosóficos comentos acerca de la dichosa suerte de la que ya era una novicia, y por su notoria felicidad y satisfacción por su vida nueva. Como no la pudimos seguir entre bastidores, no me es posible dar mi opinión sobre este punto. Al rato, uno de los caballeros me condujo con toda cortesía a mi coche, y *así fue todo*.

Antes de que llegáramos a la casa, nos alcanzaron algunos soldados a caballo y detuvieron el carruaje, rogándole al cochero que tomara por el otro lado del acueducto para evitar que pasá-

ramos frente al cadáver de un hombre que acababa de ser asesinado a pocas puertas de distancia de nuestra residencia.

En el convento de la Encarnación vi inmolar a otra jovencita de modo semejante. La habían recibido sin la dote en consideración a la extraordinaria calidad de su voz, y acaso nunca pensó que este don habría de serle fatal. La escena más cruel de la ceremonia, fue cuando, apremiada para lucir la voz ante el público, le hicieron cantar, sola y arrodillada con los brazos en cruz, delante de una gran concurrencia el himno: «*Ancilla Christi sum*», «*Soy el ave de Cristo*». La muchacha era muy bonita, gorda y graciosa, y tal vez hubiera podido llevar una vida comodona en el mundo, para el cual parecía estar bien dispuesta. No mostraba en su expresión ni el más leve asomo de romanticismo o de arrebato, mas como disfrutaba el honor infortunado de ser sobrina de dos canónigos, éstos, al cumplir ella dieciocho años, le encontraron la vocación sin que les costara nada. Como era de esperarse, se turbó, y en vez de cantar parecía que iba a romper en un sollozo. Su voz se hizo lenta, temerosa y trémula, y al fin exhausta, cayéndose casi, dos de las hermanas tuvieron que sostenerla.

Estaba casi decidida a no ver semejantes escenas, que cada vez me gustan menos, al contrario de lo que sucede con el pulque y las corridas de toros, que ganan según se van probando, cuando recibimos una invitación que no permitía excusa y que, por otra parte, nos apenaba aceptarla, ya que conocíamos, aunque superficialmente a la víctima. Os envío la esquela.

«El miércoles… del corriente, a las seis de la tarde, mi hija doña María de la Concepción P…, tomará el hábito de monja de coro y el velo negro en el Convento de Nuestra Señora de la Encarnación. Tengo el honor de participarlo a usted, suplicándole se sirva honrar la solemnidad con su presencia, favor por el que le quedará reconocida su afma. servidora, que S. M. B.,

María Josefa de…

México, junio… de 1840».

Había salido por la mañana en coche, a devolver varias visitas, y de pronto me acordé que era la mañana del mismo día en que tomaba el velo esa muchacha y que era conveniente informarme de antemano cuál era mi sitio, pues entrar a la iglesia junto con la multitud que asiste en tales ocasiones era punto menos que imposible, mayormente en este caso, en que por pertenecer ella a una familia distinguida era seguro que la ceremonia seria muy rumbosa. Fui, pues, a su casa; me condujeron a las habitaciones de arriba y me quedé confusa al encontrarme en medio de una amigable compañía vestida con mucho lujo, formada por los parientes de la familia que llegaban a un centenar; el Obispo en persona, con el traje de púrpura y amatistas; gran concurso de sacerdotes; el padre de la joven con su uniforme de General, y ella de terciopelo rojo con diamantes, perlas, una corona de flores y el *corsage* de su vestido cuajado de ramitos hechos de cintas de diversos colores que sus amigos le habían regalado, cada quien añadiendo el suyo, como si arrojaran piedras sobre un sepulcro en memoria de los que se fueron. Iba también de manga corta y con zapatos blancos de raso.

Su extremada belleza: lindos ojos negros y hermosos dientes, el frescor de su cutis y, lo que vale más, la belleza de su juventud, pues apenas tiene dieciocho años, no la podía desfigurar un vestido en exceso recargado. La madre, en cambio, pálida y triste, los ojos enrojecidos por el llanto, vestida lo mismo que su hija y que tenía que representar el papel de *Madrina*, era la vera efigie de la angustia en traje de baile. En el cuarto contiguo, sobre unas grandes mesas, los criados iban poniendo refrescos para la fiesta que habría de darse con tan alegre motivo. Me sentí algo desconcertada y me dieron ganas de decir con Paul Pry: «Espero que no soy inoportuna». No quisieron oír mis excusas y me recibieron

con verdadera hospitalidad mexicana, y me daban repetidas muestras de agradecimiento por mi bondad de venir a ver la monja, rogándome que me quedase con ellos para participar en el convite de la familia. Sólo pude irme prometiendo de que regresaría a las cinco y media para acompañarles a la ceremonia, lo cual prefería mucho más a tener que ir sola.

Llegué a la hora dicha, y el Senador Don Basilio Guerra, me condujo escaleras arriba y allí me encontré, prolongando la sobremesa, a las mismas personas que por la mañana, más otras que se habían agregado. Se advertía en todos el esfuerzo en aparecer alegres. No pude menos que recordar el banquete de bodas previo a la partida de la novia, cuando por vez primera se separa de su familia. ¡Y sin embargo, cuán diferente el que yo contemplaba, en el que la madre y la hija se veían juntas en el mundo por última vez!

Es cierto que en determinadas ocasiones le es permitido a la madre el oír la voz de su hija, que le habla desde las profundidades de la tumba; pero nunca jamás podrá estrecharla de nuevo entre sus brazos, nunca más compartirá sus alegrías ni sus tribulaciones, ni ha de cuidarla en sus enfermedades, y cuando llegue su última hora, aunque les separen el corto trecho de unas cuantas calles, no podrá dar su bendición de moribunda a la hija que fue por tantos años el orgullo de sus ojos y de su corazón.

Nunca he conocido un país que como en México las familias estén tan estrechamente unidas, en donde los afectos estén tan concentrados, o en donde exista este devotísimo respeto y obediencia de parte de los hijos e hijas casadas para con sus padres. Tal parece que nunca dejan de ser niños. Conozco muchas familias cuyos hijos casados siguen viviendo en la casa de sus padres, formando una especie de pequeña colonia, en la más armoniosa convivencia. No pueden aceptar la idea de una separación, y sólo una fatal necesidad les hace abandonar el hogar paterno. Ponen oídos de sordo a todos los relatos de los viajeros que les descri-

ben los placeres que pueden encontrarse en las capitales de la Europa. Sus familias están en México: padres, hermanos, deudos, y no conciben la felicidad en otra parte. Ya podéis imaginar, entonces, el tremendo sacrificio de los padres que por motivos religiosos dedican a sus hijas a la vida conventual.

Sin embargo, el Señor… estaba furioso con todo este negocio, porque dice que se ha hecho contra el consentimiento de la madre, aunque se obtuvo el del padre, y me señalaba al confesor, que, gracias a su influencia, lo había arreglado todo. Notábase ahora en la muchacha una intensa palidez, mas era patente que estaba decidida a dominar su emoción, y la madre, con los ojos secos de tanto llorar, ya no podía verter más lágrimas. Según se acercaba la hora de la ceremonia, todas aquellas gentes se fueron poniendo más serias y más tristes, menos los sacerdotes, que reían y hablaban entre sí. La muchacha no estuvo quieta un momento. Iba de un lado para otro por toda la casa, despidiéndose de los criados, manifestando, probablemente, sus últimos deseos acerca de cada cosa. Le seguían sus jóvenes hermanas, hechas un mar de lágrimas.

Pero dieron las seis, y los sacerdotes advirtieron que ya era tiempo de irnos. Bajaron solas madre e hija por las escaleras y entraron al coche que, conforme a la costumbre, había de llevarlas por todas las calles principales, para que el mundo contemplara a la monja y ella al mundo, y los dos se mirasen por última vez. Salimos todos a los balcones para verla decir adiós a la casa y oír cómo sus tías le decían: «¡Sí, niña, *despídete de tu casa*, porque jamás la volverás a ver!». Rompieron en sollozos sus hermanas, y muchos de los caballeros, avergonzados de mostrar su emoción, abandonaron violentamente el aposento. Por amor a la humanidad espero haberme equivocado al interpretar la mirada de concentrada angustia de la pobre muchacha, que desde el fondo del carruaje dirigió hacia la casa en donde había transcurrido su niñez.

Partió el coche y los parientes salieron en procesión camino de la iglesia. Me acompañaba el Conde de Santiago y seguían los demás de dos en dos. La iglesia era un torrente de luz, y cuando entramos la orquesta tocaba… ¡uno de los valses de Strauss! Era tanta la gente, que estuvimos en un tris de quedar prensados como jalea, antes de que pudiéramos llegar a nuestros asientos. Me llevaron en volandas entre dos *Señoras* gordas, puestas de mantilla y con aretes de trémulos diamantes; ni más ni menos como si me transportaran entre dos ambulantes colchones de pluma.

Me dieron, al fin, un excelente sitio, casi junto a la reja, al lado de la Condesa de Santiago; hablo, por supuesto, de un sitio para arrodillarme. Parecía haber gran alboroto y que se hacían muchos preparativos en el interior del convento, y era un ir y venir de veladas y fugaces figuras que se hallaban en bisbiseos, dando los toques finales… De vez en cuando, una monja vieja y consumida se acercaba a la reja, y levantándose el velo echaba una mirada sobre el público abstraído y le permitía generosamente contemplar su orgullosa cara de setentona llena de arrugas, mientras hacía señas al mayordomo del convento (un excelente y provechoso empleo, dicho sea de paso), o a este o aquel *padre*. Algunas de estas santas señoras se dieron cuenta de mi presencia y me hablaron a través de la reja.

Pero al estrepitar los cohetes en las afueras de la iglesia corrieron la cortina, pues ésta era la señal de que la monja y su madre habían llegado. Se hizo un claro entre la multitud al aparecer las dos en el templo; la muchacha arrodillóse y fue interrogada por el Obispo, pero no pude oír el diálogo que sostuvieron en voz muy baja. Entró ella luego al interior del convento por una puerta lateral, y su madre, ya sin fuerzas y casi en un estado de histeria, fue llevada en medio del gentío a un lugar junto al nuestro, enfrente de la reja. Comenzó a tocar la música y descorrieron la cortina. La escena fue tan sorprendente como la del convento de Santa Teresa, aunque no tan lúgubre. Las monjas,

formando círculo, llevaban en las manos cirios encendidos; vestían capas de un azul vivo con un escudo de oro prendido en el hombro izquierdo, pero cubrían sus rostros con espesos velos negros. La muchacha, arrodillada enfrente de ellas, también con un pesado cirio encendido, se veía hermosa con su cabello oscuro y el rico vestido y sus largas pestañas negras reposando sobre su rostro resplandeciente. La clerecía, al pie del altar, ricamente iluminado y aderezado, formaba, como de costumbre, un brillante fondo a todo este cuadro. Desarrollóse el acto con el mismo ceremonial que en la ocasión anterior, pero no hubo sermón.

Lo más terrible fue ser testigo de la postrera y angustiosa mirada de la madre para su hija, a través de la reja. Vio a su niña estrujada por los abrazos de gente extraña, y cómo le daban la bienvenida en su nuevo hogar. Ya no le pertenecía; la contemplaba ahora desasida de todos los lazos de la naturaleza; ella, que se había visto reducida a entregarla a una tumba viviente, en la flor de la juventud y de la hermosura, en la edad misma en que son más requeridos los cuidados de una madre, y cuando apenas se cumplían las promesas de su infancia. Todavía, antes de caer la cortina, pudo verla, como se ve el rostro de un muerto cuando aun no se cierra la tapa del ataúd.

Pero mientras la nueva monja permanecía en medio de un resplandor de luz y se destacaba en primer término, de tal manera que se podía ver la mudanza de expresión en su cara, el gentío y el desfallecer de las luces, hicieron, acaso, que le fuere difícil distinguir a su madre, y cierta de que el fin había llegado ya, miró con anhelante arrebato hacia el interior de la iglesia, incapaz, se diría, de fijar sus ojos en ningún punto preciso, en tanto que los de su madre parecían de vidrio, tan intensamente los fijaba en su hija.

De súbito, cayó la cortina como un paño de luto, y brotaron lágrimas y prorrumpieron en sollozos los deudos. A una bella niña hubo que sacarla casi víctima de un ataque. Trajeron un va-

so de agua a la pobre madre, y por último, abriéndose paso por ese mar de gente, llegamos a la sacristía: «Para mí», me dijo la Condesa de Santiago, enjugándose los ojos, «esto es peor que un casamiento». Hice patente mi horror por el sacrificio de una muchacha tan joven, que posiblemente no podía aún discernir cuál era su verdadera voluntad. La mayoría de las señoras estuvieron de acuerdo conmigo, en particular aquellas que tenían hijas, pero muchos de los viejos caballeros eran de diferente opinión. Los jóvenes compartían, sin excepción, mi misma manera de pensar, aunque las más de las muchachas que conversaban en corrillos parecían inclinadas en envidiar a su amiga que se había visto tan bonita y graciosa, y tan «feliz», y cuyo vestido «le quedaba tan bien», con lo que no veían en ello nada que pudiese impedirles mañana «hacer exactamente lo mismo».[*]

Tuve el honor de ser presentada al Obispo, un gordo y majestuoso Prelado, de muy finas maneras, y con mucha prestancia para llevar sus vestiduras sacerdotales. Mientras esperábamos los carruajes, me divertí leyendo un cuaderno que estaba sobre la mesa y que contenía el ceremonial de la toma de velo. Cuando nos levantamos para irnos, todas las señoras más principales besaron devotamente la mano del Obispo, y yo me fui a la casa pensando cuál es aquella Ley de Dios que permite que una niña pueda ser arrebatada del lado de la madre que le dio el ser y enseñanza, y emparedarla por vida en un claustro, entre extraños con los cuales no tiene vínculos ni les debe obligaciones. Estoy dispuesta a admitir que el convento sea refugio de bendición para las calamidades de la vida, cielo abierto para los desamparados, remanso para los cansados del mundo, sagrado y seguro asilo en donde una nueva familia y amigos cariñosos esperan a quienes perdieron los lazos familiares y a sus primeras amistades, mas no es por cierto en la flor de la edad cuando un corazón ardiente debe relegarse a la frialdad del claustro. Déjese a los jóvenes correr su pro-

pia suerte en los días de esplendor o bajo la tempestad, y quédese el sosegado y sombrío retiro para la vejez desvalida.

Mr…, a quien describí una de estas ceremonias, se inspiró en mí relato para escribir unos versos que os envío:

«En pompa tropical, el Rey del día
declina majestuoso en Occidente,
y en su gloría postrer, munificente,
bruñe en oro y esmalta en pedrería
las cúpulas de Méjico… Creciente
temor solemne y grávido me embarga
al entrar en el templo. La sombría
bóveda en ecos prolongó una amarga
queja del órgano, expirante y pía.

»Se levanta de pronto misteriosa
cortina, y ¡cual deslumbra en su tesoro
el altar, que prodiga en rojos y oro
cintilación de joyas, más radiosa
que la temblona llama de los cirios!
En torno del mitrado las hermanas
se arrodillan. ¡Semejan haz de lirios
mecidos por la brisa, si humildosa
reverencia prosterna, cadenciosa,
sus tocas de blancuras sobrehumanas!

»La novicia aparece. Lenta avanza,
luciendo joyas y en las sienes flores…
¡en sus años, impúber, los mejores!

¡Detén sus labios, próvida Esperanza,
que si mañana el corazón flaquea
será tarde!… Como celando el llanto,
un himno en las hermanas es lamento
de funeral; la angustia del momento
se abruma en el telón que cae en tanto.
Y toma lento a alzarse. ¡Sobre el suelo,
la profesa —sacrificio viviente—,
a modo de sudario, muestra el velo,
de nuestro mundo para siempre ausente!

»Recoge el sol sus rayos vespertinos,
repugnando alumbrar aquella escena,
mientras que la hermandad en sus cansinos
brazos la recibe… En su serena
actitud, el mitrado da al ritual
ademán ampliamente patriarcal…

»Y da la bendición. ¡Todo ha concluido:
vida que es muerte por inacabables
años ha de roerla! En inefables
abrazos, a cada monja ha unido
su pecho, ¡y al mirarlas se creyera
que espectros son que desde la tortura
salen de su caverna siempre obscura
a recibir la nueva compañera!

»El velo descendió sobre la escena
de orgullos flacos y de pompa vana…

¡Vanidad fue, mas no para la buena
Víctima Novia Celeste y nueva hermana!

»Extraño de ella soy, y, sin embargo,
me abandono a dolor yermo y amargo…
¿Cuál será el que desgarre de la anciana
madre el corazón, pues que ha perdido
a la hija que crió, y no habrá mañana
con ella pena y goces compartido?».

CARTA XXI

San Agustín.—Apoteosis del juego.—Bellezas del pueblo.—El camino desde México.—Entrada a San Agustín.—Las casas de juego.—San Antonio.—El Pedregal.—Último día de la fiesta.—La Plaza de Gallos.—Las galleras.—La pelea de gallos.—Decoro.—Comparaciones.—Comida.—Baile en el Calvario.—Casa del general Moran.—Aspecto de las mesas de juego.—El abogado.—Baile en la Plaza de Gallos.—Regreso a México.—Reflexiones.—Conversación entre dos Ministros.

15 de junio.

Después de mi carta anterior hemos estado en San Agustín de las Cuevas, un pueblo desierto la última vez que lo vi, pero vasta colmena y hormiguero durante tres días en el año. ¡San Agustín! Al oír tu nombre ¡cuántos corazones palpitan de emoción! ¡Qué de manos registran maquinalmente los bolsillos vacíos! ¡Cuántas visiones de onzas de oro, que se fueron para siempre, no pasan por delante de los ojos angustiados! ¡Cómo se oye de nuevo el apagado cacareo de los gallos heridos! ¡Qué rasguear de guitarras y tocar de trompetas vuelven a escucharse! Otros, sin embargo, pueden echar una vista a su alrededor satisfechos de ver su hacienda bien abastecida y sus raudos y cómodos carruajes, y recordar el día en que con una capa raída y tres modestas onzas de postura, solicitaron por vez primera los favores de la Fortuna, y

al cabo de unos días en San Agustín, en donde llegaron indigentes y desconocidos, se encontraron poseedores afortunados de oro, de tierras y de casas, y aun más todavía, gozando de una fama sin tacha, pues el que hace volar el polvo de oro ante los ojos del vecino le empaña la vista. Mas estos favorecidos de la diosa ciega son pocos y ocasionales, y en su mayoría se convierten, para más seguridad, en accionistas de las partidas de San Agustín, colocando así sus dineros en algo mucho más seguro, decididamente mucho más, que si lo depositaran en el Banco de los Estados Unidos. Esto es, cuando menos, lo que dicen los periódicos cuando escribo estas líneas.

El tiempo, que en sus revoluciones todo lo transforma, ha respetado la fiesta anual de San Agustín, en donde nada ha variado: Cambian las modas; la graciosa mantilla cede poco a poco su lugar a los sombreros, de no tan bonito efecto. El antiguo coche, que se mueve con la lentitud de una caravana, con la *Aurora*, de Guido, pintada en sus vistosos tableros, es eclipsado por el carruaje construido en Londres. Las costumbres de antaño pasaron a mejor vida. Ya las señoras no se sientan en los portales a comer pato asado con los dedos o con la ayuda de las tortillas. Hasta las *chinampas* se quedaron inmóviles y aun, a veces, se juntaron con el continente. Pero la fiesta de San Agustín descansa sobre bases mucho más sólidas que el gusto, la costumbre o el flotante suelo. Sus cimientos son el amor al juego, que, según se dice, es pasión inherente a la naturaleza humana y que ciertamente impregna a todo mexicano, sea hombre, mujer o niño. Los pordioseros juegan en las esquinas de las calles o bien bajo los portales; los niños juegan en los pueblos, y los cocheros y lacayos juegan a las puertas del teatro mientras esperan a sus amos.

Pero a pesar de que sus manos están ocupadas *en ello* durante todo el año, hay tres días consagrados anualmente al juego, y en los cuales se brindan toda clase de facilidades a los que están dispuestos a arruinarse o a arruinar a sus semejantes; y todos los ali-

cientes que puede proporcionar la sociedad son validos con tal de hacer la tentación más seductora. Así como la religión se usa para santificarlo todo, bien o mal; como el ladrón pone una cruz a la entrada de su guarida, y los expendios de *pulque* suelen llamarse «Pulquería de la Santísima Virgen», así esta temporada del juego se celebra en las fiestas de la *Pascua*, y las iglesias y las casas de juego abren sus puertas al mismo tiempo.

El pueblo es bonito y pintoresco, y una lápida que hay en la entrada nos informa que lo construyó el diligente virrey Revillagigedo, con el producto de dos loterías, según nos asegura el Señor… Está situado en un lugar muy ameno, en medio de *villas* y huertas muy hermosas, con las copas de los árboles frutales asomándose por encima de las altas paredes que bordean los callejones. En este tiempo los árboles están cargados de *chabacanos* ya amarillos y de la ciruela color púrpura en plena madurez, mientras que las ramas de los perales se vencen bajo el peso de sus frutos. Los jardines se ven llenos de flores; las rosas en su última floración, cubren el suelo con sus rosados pétalos, y la fragancia del jazmín y del chícharo de olor embalsama el aire. Apenas han empezado las lluvias, pero unos cuantos chaparrones asentaron el polvo y han refrescado la atmósfera. Las *villas* campestres se ocupan con la gente más alegre y distinguida de México, y cada casa y cada cuarto del pueblo han sido tomados en alquiler con meses de anticipación. Las señoras se ponen sus más elegantes trajes, esperando con ilusión el vértigo de los bailes, las peleas de gallos, las apuestas en las casas de juego, los banquetes, el engalanarse y los paseos por el campo.

La calzada que va de México a San Agustín, se ve transitada por una infinita variedad de vehículos: carruajes, diligencias, coches de alquiler, carros y *carretelas*. Los que no tienen los medios de ir en cuatro ruedas, van a caballo, en burro o en mula, llevando dos y, si es necesario, hasta tres jinetes el mismo animal. Llenan asimismo la calzada cientos de peatones que emprenden el

fatigoso viaje, alucinados por quimeras de plata, y con unos cuantos *tlacos* ocultos bajo los harapos. En un coche tirado por seis caballos pasa el Presidente en persona, escoltado por varios ayudantes, sancionando con su presencia todas las diversiones de la fiesta. Le sigue un cortejo de generales y oficiales mexicanos, y no es raro presenciar el edificante espectáculo de un Presidente sentado en su palco en la *Plaza de Gallos* cruzando apuestas con algún pícaro que está en el palenque, sin chaqueta, sin zapatos, sin sombrero y, probablemente, sin vergüenza. Cada quien, sin embargo, por humilde que sea su condición, puede gozar, mientras da curso a sus inclinaciones especulativas, en la creencia de que no hace otra cosa que seguirle los pasos a los magnates de la tierra y, como diría Sam Weller: «Vaya un consuelo para sus sentimientos».

De todos modos, no puede uno imaginarse un cuadro más alegre que el que presenta el pueblo según vuestro coche va pasando por los estrechos callejones hasta desembocar a la plaza principal, entre oleadas de vehículos y de pedestres viajeros, no obstante que la mayoría de las caras revelan que no es sólo el placer lo que los ha traído a San Agustín. En torno a la plaza están las casas de juego, donde por tres días y tres noches las mesas están siempre ocupadas. En los *montes* de polendas sólo se juega con oro; mas como hay lugar para todos, los hay también más modestos con apuestas de plata, mientras que al aire libre y bajo unos sucios entoldados, se ven hileras de mesas con montones de cobre, en donde acuden los *léperos* y los indios envueltos en sus frazadas que juegan al *monte* imitando a la gente principal, pero en una medida más conforme con sus cortos medios.

Salimos de México por la mañana temprano y nos detuvimos en San Antonio, una noble *hacienda* situada a unas cuatro leguas de México y perteneciente a la Marquesa viuda de Vivanco; allí desayunamos en compañía de otros muchos invitados. La *hacienda* es una espléndida y sólida masa de edificios, y cuando se entra

al patio por un abovedado portalón, se contemplan las enormes dependencias, las caballerizas y, particularmente, las trojes, cuyas grandiosas y magníficas proporciones se ven como los restos de un pasado feudal. Es una propiedad inmensa y valiosa, que produce tanto maíz como maguey, y la hospitalidad de la familia, cuya amistad fue de las primeras que hicimos aquí, se manifiesta con una grandeza en proporción a todo cuanto le pertenece. Desayunamos opíparamente en una hermosa y antigua sala, y sólo tuvimos tiempo de visitar después los jardines y la capilla, ya que estábamos impacientes de llegar a San Agustín a tiempo de ver las peleas de gallos.

Es cosa singular que mientras San Agustín se halla situado en medio de una de las regiones más fértiles y productivas del Valle, una gran faja de lava, yerma y desolada, que llaman el Pedregal, se encuentra en los mismos aledaños del pueblo, limitada por graciosos árboles del Perú y plateados álamos que enmarcan una pequeña iglesia. Cubre esta faja todo el terreno a lo largo de San Agustín, hasta alcanzar la falda de los montes del Ajusco, que se encuentran a espaldas del pueblo. El contraste con la belleza de la arboleda y de los jardines circunvecinos, es de un extraño efecto; diríase que al lugar le echaron la maldición después de haber sido teatro de un crimen. La calzada, que va casi en línea recta desde la *hacienda* hasta San Agustín, es ancha y su estado de conservación, tolerable; mas antes de llegar a la *hacienda* se encuentra en tan mal estado, que en la estación de lluvias se puede atravesar en canoa, sin embargo de ofrecerse a la mano materiales tan apropiados para repararla, como son las inmensas formaciones de lava ferruginosa y rocas porfiríticas. En la garita de San Antonio se perciben importantes sumas por derechos de peaje, las cuales, según se presume, se destinan a las reparaciones del camino. Cada carruaje paga dos pesos, y en proporción, los carros y los animales. El arrendatario de este *portazgo* lo es también de la Plaza de Gallos, donde cuesta un peso la entrada, y el dinero que así se

obtiene sirve exclusivamente para enriquecer a la misma persona. De ello no saca ninguna ventaja el Gobierno…

El último día de la fiesta se considera como el mejor de todos, y es este día el más concurrido, tanto por las familias que vienen de México como por los extranjeros que acuden sólo en busca de placeres, aunque suelen a veces caer en la tentación de realizar algún pequeño negocito por cuenta propia. El caso es que las tentaciones son muy fuertes, y que ha de ser difícil para un joven evitarlas.

Fuimos a los *gallos* a eso de las tres de la tarde. La *Plaza* rebosaba de gente, y los palcos, ocupados por las damas, parecían un jardín lleno de flores de todos colores. Pero mientras que las *Señoras* daban el tono al espectáculo, los caballeros se paseaban alrededor del palenque, vistiendo la chaqueta, cualquiera que fuese su condición, señores o menestrales, y esta ausencia de faldones es, sin duda alguna, el modo más apropiado para la fiesta. El Presidente y su comitiva acababan de llegar, y asimismo algunos de los Ministros extranjeros.

Mientras los gallos cantaban con bravura, cruzábanse las apuestas, y hasta las mujeres se entregaban a la influencia de la escena, apostando *sotto voce* desde los palcos con los caballeros, a favor de sus gallos favoritos. Rara era la vez en que se prolongaba una pelea, pues cada gallo lleva una pequeña navaja amarrada en el espolón, de manera que al cabo de pocos minutos, uno u otro sucumben en un mar de sangre. Se oyen aplausos junto con el agudo canto de algún pobre gallo, que se está dando ánimos antes de la próxima pelea en donde quizá ha de lanzar el último cacareo. Es muy curioso el efecto que produce a los ojos de un europeo el ver a las jóvenes de buena familia, tan femeninas y graciosas, sancionar con su presencia esta salvaje diversión. Es, sin duda, el resultado de la costumbre, y me diréis que, al fin y al cabo, no es peor que una corrida de toros, lo que es cierto; pero,

no obstante la crueldad de estas últimas, encuentro en ellas algo más *en grande*, de mayor nobleza en el

«Rudo deporte al que, repetidas veces, invita a la doncella española el alegre y enamorado español»;

en el bramar del «rey de los ganados»; en el caracolear de los magníficos caballos; en la destreza de los jinetes; en los vistosos trajes; en la música y en la agilidad del *matador*, y en fin, en su lucimiento y en las peculiaridades mismas de la lidia, que en contemplar impasible cómo dos pajarracos se sacan los ojos con el pico y se hacen pedazos el uno al otro. Al revés de lo que sucede en las plazas de gallos de otros países, en donde se juntan rateros, tramposos y caballeros de industria, la mayor parte de la concurrencia de esta plaza se componía no sólo de la juventud dorada de México, sino también de una vejez no menos dorada. No se notaban escándalos, ni siquiera se hablaba recio, y mucho menos se oían juramentos entre las gentes del pueblo que rodeaban el palenque; y esta manera de ser, tranquila y circunspecta, es la que tiende un manto de decencia y de decoro sobre una conducta incongruente, el cual esconde tan por entero sus discrepancias que aun los extranjeros que han vivido aquí algunos años, y que al principio se llenaban de asombro al ver estas cosas, ahora se han avenido del todo con ellas.

Así pues, en lo que atañe al público, éste podría haber sido el mismo que asiste a la Cámara de Diputados de Washington; las señoras parecían interesarse desde las galerías en el curso de los debates, y los caballeros, unos diputados que escuchan a dos enardecidos oradores, aplaudiendo sus cortantes interrupciones y sus sarcasmos sangrientos, azuzándoles para que uno de ellos le diera al otro en la cresta. El Presidente de la República hubiera podido representar el papel de Presidente del Congreso, y en donde el Cuerpo Diplomático se representaba a si mismo.

Asistimos a un agradable almuerzo en la casa de los Escandón, y después les acompañamos al Calvario, una loma en la que se daba un baile *al fresco*, y que resultó bastante divertido. Visitamos luego al general Morán, que posee en las cercanías una hermosa casa rodeada de bellos jardines. Había allí medio mundo, incluyendo al Presidente. A continuación, y acompañados por el Ministro…, y las señoras de nuestra comitiva, fuimos a ver las mesas de juego y contemplamos con asombro los montones de oro que cambian de dueño a cada minuto. Vi al millonario C… ganar y perder mil onzas, aparentemente con la misma indiferencia. Un abogadillo insignificante que había ganado dos mil quinientas onzas, mandó llamar con muy buen acuerdo su coche, y se fue a México con los mejores honorarios de su vida. No suelen concurrir las señoras a las mesas de juego; aunque si ello les place pueden hacerlo, sobre todo si son extranjeras. Todas las salas de juego estaban muy bien puestas, y parecían las de una casa particular.

Regresamos a la casa a vestirnos para el baile que se iba a celebrar esa noche en la *Plaza de Gallos*. Fuimos primero a un palco de los del primer piso; pero después, siguiendo el consejo de Mr…, bajé para ver a los que bailaban. Había señoras vestidas en traje de noche y caballeros de chaqueta blanca, lo cual me pareció más bien discordante. Entre la concurrencia se notaba un orden y un decoro perfectos, a pesar de no ser muy selecta, pero por ello mismo era mucho más divertida. Madame de Ciprey y yo dimos unas vueltas, y nos reímos mucho más de lo que lo habríamos hecho en medio de un concurso de mejor buen tono.

Cerca de las dos de la madrugada regresamos a México, y porque en este mismo momento recibo una esquela del Ministro americano, en la que me informa que el paquete de Veracruz está a punto de hacerse a la mar, debo enviar mis cartas ahora mismo, y en caso de que me encuentre aún aquí el año próximo, os daré una descripción de todas las particularidades de la fiesta; del bai-

le, tanto el del Calvario como el de la Plaza de Gallos, y asimismo de todo cuanto ocurre entre bastidores con la sociedad elegante y jugadora, y cuyos sucedidos son *impayables*. En ciertos aspectos, las costumbres en San Agustín han sufrido un cambio en comparación de lo que eran hace algunos años, cuando era de etiqueta entre las señoras cambiar cinco veces al día de vestido: uno, en la mañana; otro, para la pelea de gallos; una tercera vez, para la comida; la cuarta, para el baile en el Calvario, y la quinta, para el sarao de la noche. Me cuentan que al bailar como lo hacen al aire libre en el cerro, puestas con todos sus diamantes y perlas, y en medio de una inmensa concurrencia, muchas de las joyas se perdían, las cuales eran después buscadas por los *léperos* entresacándolas de entre los hierbazales. ¡Riquísima cosecha! Aun cuando todavía se acicalan mucho, se contentan ahora con cambiarse de vestido dos veces, o a lo sumo tres, en el curso del día.

En suma, estos tres días son divertidos a más no poder, y como se mezclan toda clase de rangos y de escarcelas, la variedad que ofrece es sin comparación mucho mayor que en los bailes de la capital.

En el camino a la casa, Calderón y el *Señor…* se engolfaron en una discusión acerca de los efectos que esta fiesta puede producir en la moral del pueblo. El *Señor…*, como casi la mayoría de las personas graves de aquí, porfía en considerar el juego como una diversión inocente, y sostiene que, después de todo, esta fiesta no debería nunca suprimirse. En su concepto, es fuente de felicidad para la plebe, y le concede el desahogo de una ilusión una vez al año, y al fundirse con ese pretexto los de arriba con los de abajo, se conserva el buen entendimiento entre estas dos clases. Preguntóle Calderón por qué, si este era el caso, no intentaba el Gobierno obtener, por lo menos, alguna ventaja, siguiendo el sistema del Conde de Revillagigedo, pues ya que la banca por la naturaleza misma del juego tiene, además de un gran capital que

devora a los más pequeños, una enorme ganancia que llega al 25%, por qué no se les cobra a los banqueros un 5% o 6%, y que cada persona que entre a una casa de juego pague medio peso o más, y con los caudales ingresados embellecer el pueblo, costear un *paseo* público, una bien delineada calzada, un canal a México, etc.

Creo que cualesquiera que sean las ideas del Gobierno a este respecto, ni los banqueros ni los jugadores aceptarían semejante arbitrio. Sabréis de mí dentro de pocos días por conducto del Barón de Normoso, Ministro de Bélgica, que sale de México dentro de quince días.

CARTA XXII

Condesa de la Cortina.—Gutiérrez Estrada.—Comida en casa del general Moran.—La Marquesa viuda.—Fiesta en San Antonio.—Se aproxima la temporada de las lluvias.—Diamantes y vajillas.—Gran baile.—Viaje de noche.—Terrible tempestad.—Accidentes.—*Corpus Christi*.—Traje de poblana.—Club de lectura.—Baile.—Pájaro mosco.—Fraile franciscano.—Misiones a la Vieja y a la Nueva California.—Celo y resistencia de los misioneros.—Condición actual.—Jardinero del convento.

17 de junio.

Casi domingo a domingo comemos con la Condesa de la Cortina en Tacubaya, en donde tiene casa abierta para todos sus amigos, y allí tuvimos el gusto de hacer íntima amistad con su yerno, el *Señor* Gutiérrez Estrada, quien, con su amable esposa, acaba de regresar de Europa.

El otro día, el general Morán y su esposa, la Marquesa de Vivanco, nos dieron una gran comida en San Agustín. Llegamos temprano para disponer de tiempo y paseamos en el jardín, que es muy hermoso, y visitar una cueva artificial que encontramos iluminada por farolitos de colores, y en donde sirvieron a los invitados una especie de ponche de leche fría de lo más delicioso, acompañado de pasteles. La comida se habría considerado como

soberbia en cualquier país del mundo; vale decir que la familia ha viajado mucho por la Europa (*per force*, ya que el General ha pasado varios años en el exilio) y se la considera como una de las más rancias y ricas de México. La Marquesa viuda preside sobre una verdadera familia patriarcal compuesta de hijas y nietas, y de los numerosos comensales congregados alrededor de la mesa, la mayoría eran miembros de la casa. A prima tarde tuvimos un agradable baile bajo los árboles.

20. Invitados ayer a una fiesta en San Antonio salimos de México cerca de las ocho de la mañana, por la gran calzada que conduce a San Agustín. El día se mostraba esplendoroso, pero la temporada de lluvias ya anuncia su proximidad con frecuentes chubascos al cerrar la noche. Nos encontramos con una gran reunión, y serían las doce cuando nos sentamos a la mesa frente al más espléndido de los almuerzos, servido para unas sesenta personas. Todo era de plata maciza, hasta los platos. Son enormes los capitales que se han tragado los diamantes y las vajillas en este país, mala señal para el estado de los negocios. Dominaban entre las señoras los vestidos de muselina blanca, bordada, sobre raso blanco o de color, y se destacaban en el conjunto uno o dos trajes de París. Había la más bella hechura de la mujer mexicana: la *Señora*…, de rostro quizás más indio que español, de color muy oscuro, con preciosos ojos, bellos dientes, de largo y negro cabello, y su fisonomía rebosante de expresión. La casa, que es de enormes proporciones, está amueblada, o mejor dicho, medio amueblada, al modo de todas las *haciendas* mexicanas. Después del almuerzo hubo música, baile, paseo y juego de billar. Una de las hijas de la Marquesa bailó con mucho donaire algunos boleros, y también nos dieron a conocer varias danzas del país. Terminó la fiesta con la más magnífica cena que acaso haya yo visto jamás. Un gran salón estaba iluminado con candilejas de

color, y de las paredes pendían, cubriéndolas, verdes ramas con colgantes y frescas guirnaldas de flores, dispuestas con el gusto más exquisito. Reinaba gran alegría y cordialidad; una magnificencia sin ceremonias y una riqueza sin pretensiones.

No obstante que varios aguaceros anunciaban como algo muy probable una noche tormentosa, y que la hospitalidad se habría extendido sobre seguro a nuestros cocheros; a pesar de que la Marquesa rogaba encarecidamente a toda la convivialidad que pasaran la noche aquí, y era difícil resistirse a sus instancias para que nos quedáramos, decidimos, sin embargo, regresar a México a las doce de la noche, en compañía de unos siete carruajes seguidos de varios señores a caballo. Aunque estaba muy oscuro, no llovía, lo que nos hizo abrigar la esperanza de que llegaríamos a la ciudad con buen tiempo. El Ministro de lo Interior, casado con una hija de la Marquesa, Calderón y yo y la *Güera* Rodríguez, salimos en el mismo coche. Muchos de los carruajes llevaban faroles, pero otros, no. Algunos eran tirados por seis caballos; el nuestro era de seis mulas y una escolta de dragones. No habíamos caminado unas dos millas cuando la tempestad se nos echó encima, y los negros nubarrones que se habían cernido sobre nuestras cabezas se vaciaron en una lluvia torrencial. El viento era tremendo. Todos los faroles se apagaron. Los caballos se hundían hasta la bola en el lodo y en el agua. Se oyó de pronto un gran estruendo seguido de gritos desgarradores. Un coche había volcado; era el que ocupaba la Señora L…, con varios caballeros. En medio de la horrorosa tormenta, y quizá trastornado por algún generoso licor, el cochero extravió el camino y se había metido en un foso. La pobre *Señora* estaba atrozmente magullada, con una cortadura en la cabeza y una muñeca dislocada. Con dificultad pudieron dat con ella en medio de la oscuridad y de la confusión, y trasladarla a otro coche.

De repente nuestras mulas se pararon en firme. Hasta donde el fragor de la tempestad nos lo permitía pudimos oír que también

nuestro cochero se había perdido en el camino. Dos de los dragones se adelantaron para guiarle. Cayó uno con todo y caballo en una profunda zanja, en la cual se quedó hasta la mañana siguiente. Otro coche venía navegando detrás del nuestro. ¡Otro grito en la noche! Se había caído una mula al rompérsele los tirantes, sumergiéndose en el agua, y no fue posible encontrar al pobre animal. ¡Demasiados accidentes para un solo capítulo! Nuestro carruaje, con sus ocupantes, fue el único que escapó sano y salvo; debido, en buena parte, a la temperancia del cochero. Muy retrasados, y después de muchas paradas, llegamos a México al amanecer; rendidos, pero sin golpes ni huesos rotos.

18. *Corpus Christi*, día en el que es llevada la Divina Forma a través de la ciudad en solemne procesión, y a la que asiste el Presidente, de gran uniforme, el Arzobispo y todos los Ministros. Antaño se celebraba esta ceremonia el Jueves Santo; pero con motivo de la diversidad de ceremonias de Semana Santa que impedían que aquélla pudiera ser conmemorada como era debido, señalóse otro día para celebrarla. Desde una de las ventanas que dan a la Plaza vimos pasar la procesión, que estuvo muy lucida, desfilando toda la tropa, y las calles se encontraban abarrotadas de gente. Por supuesto que un extranjero que llegara a México en una de esta festividades se quedaría asombrado de su aparente riqueza. Y es que todo lo que se relaciona con la Iglesia es magnífico.

Esta noche vino a vemos la *Señora* Adalid, vestida con un traje de poblana que acaba de comprar para llevarlo en una *jamaica* que tendrá lugar en el campo; es algo así como una feria, en la que todas las muchachas se disfrazan de campesinas y en donde se venden unas a las otras, frutas, limonadas, verduras, etcétera; una muy antigua diversión mexicana. Este vestido le ha costado varios centenares de pesos. El ceñidor de sus enaguas es de seda

amarilla, y el resto, de cachemira escarlata, lleva bordados de oro y plata; sus cabellos, sujetos por detrás con una gruesa peineta de plata, con sartas muy hermosas de coral montado en oro. Sus zapatos eran de raso blanco bordados en oro; las mangas y la camisa, de batista finísima adornada con ricos encajes, y el refajo deja ver dos olanes de Valenciana. Se ve bellísima con este traje, que será aceptado en el campo, sin duda alguna, pero quizá no el más adecuado para un baile de fantasía en la ciudad.

Junio 27. Desperté esta mañana con la noticia de que habían llegado de Nueva York dos cajas conteniendo libros, cartas, etc., todo muy grato. También recibimos por la estafeta algunos números de periódicos atrasados, por los que hubimos de pagar ¡dieciocho pesos! Cada hoja cuesta *real* y medio; equivocada fuente de dinero en una República en donde tiene tanta importancia la difusión de los conocimientos, ya que esto no solamente se aplica a la introducción de periódicos ingleses y franceses, sino también a los de la España. Los *Señores* Gutiérrez Estrada y Cañedo han hecho repetidos esfuerzos para reducir estos impuestos sobre los periódicos, mas ha sido en vano. El correo se opone a esta reducción, temiendo de que se le prive de una renta imaginaria, imaginaria, porque son muy pocas las personas, comparativamente, que creen que valga la pena el hacer este desembolso.

En México sólo hay un periódico diario: «La Gaceta del Gobierno», que contiene órdenes y decretos. Un periódico de oposición, «El Cosmopolita», se publica dos veces por semana; existe asimismo un periódico español, «La Hesperia»; ambos (especialmente el último) están muy bien escritos. Hay que mencionar «El Mosquito», así llamado por su aguda mordacidad. De cuando en cuando aparece algún otro con nuevo título, estrella fugaz,

pero que por falta de apoyo, o por cualquier otro motivo, se extingue repentinamente.

Personas ilustradas, como don Lucas Alamán y el Conde de la Cortina, han publicado periódicos, pero no ha sido por mucho tiempo. El Conde de la Cortina publica un periódico satírico y lleno de chispa, llamado «El Zurriago», y otro con el título de «El Mono», y en muchos de sus artículos criticaba con cierta severidad el pésimo español de sus colegas, y en esta materia no puede haber mejor juez, ya que ha sido miembro de la *Academia de la Lengua*, en España.

La única publicación mensual en México es «El Mosaico Mexicano», cuyo editor ha hecho una fortuna con sus propios medios y actividad. Contiene usualmente más traducciones que artículos originales, pero, de vez en cuando, publica artículos científicos, escritos, según dicen, por don J. M. Bustamante, que son de mucho mérito, y ocasionalmente algún brillante escrito salido de la pluma del Conde de la Cortina. El general Orbegoso, que es de origen español, es otro de los colaboradores. Algunas veces, aunque por excepción, publica *documentos inéditos* relacionados con las antigüedades, la historia y la biografía mexicanas, de gran importancia, y a las veces contiene alguna pequeña joya poética, que no sé si será original o no, pero es siempre extremadamente bella. De todas maneras este periódico es uno de los medios más útiles para propagar la instrucción, al menos entre las mejores clases; pero tengo entendido que el editor, *Don* Ignacio Cumplido, una persona muy fina e inteligente, se queja de que no saca los gastos.

No se conocen en México las bibliotecas circulantes. Los libros cuestan casi dos veces más que en Europa. No existe la difusión de conocimientos útiles entre el pueblo; no se publican papeles ni semanarios baratos para su amenidad y enseñanza; pero no se atribuya a la falta de interés de parte de muchas personas bien intencionadas e ilustradas, sino más bien a la situación ines-

table del país y a la guerra civil, que es una llaga que impide maduren los buenos sistemas.

Existe aquí, por fortuna, una agrupación inglesa, algo así como un club de lectura, que, con la ayuda del Ministro, se han unido para suscribirse a todas las nuevas publicaciones de Inglaterra, y como Calderón es miembro de esta sociedad, no estamos, tan *arrièrés* en lo que a la literatura se refiere, como podría suponerse. Al igual de todas las sociedades inglesas, su fundamento es una buena comida que da cada socio cuando le toca su turno una vez al mes, en la cual se venden los libros que se han leído, y se propone al Presidente la adquisición de obras nuevas. Es un plan excelente y creo que ha sido adoptado en parte por otros extranjeros residentes. Sin embargo, me temo que los alemanes de cierta clase social no sean bastantes para hacer lo mismo, y en cuanto a los franceses, salvo algunas distinguidas excepciones, pueden llegar a ser de lo peor que dicho pueblo «*le plaisant pays de France*» puede ofrecer.

Fuimos no hace mucho a un baile que dio un joven inglés, que resultó muy lucido y el que congregó a todos los ingleses. No pasarán de una media docena las familias residentes, y cuyas mujeres presentan un notable contraste en el color con el cutis de las *mexicanas*. Aparte algunas muy contadas excepciones (y éstas se refieren a las inglesas casadas con extranjeros, se aíslan completamente de los mexicanos, y viven muy tranquilas en sus casas, en donde han establecido la mayor comodidad inglesa posible, viajando rara vez, y, naturalmente, encuentran a México la más aburrida de las ciudades). Calderón se ha ido a cenar con el Ministro inglés, y me he quedado sola en este cuarto tan grande, sin otra compañía que un colibrí, el último de mi media docena. Se diría que es una gran mosca azul, y está perfectamente domesticado, mas no ha de vivir mucho tiempo.

Me sobresalté cuando oí una voz que con tono solemne decía: «*¡Ave María Purísima!*». Y cuando levanté la vista vi en el umbral

de la puerta un fraile de la «Orden Gris», que traía un recado para Calderón de parte del Prior del convento de San Fernando, con cuyos frailes ha hecho una gran amistad, principalmente a consecuencia del interés que se le ha despertado por la historia de sus misiones en la California.

De hecho, cuando oímos la gritería universal que se ha levantado en contra de esas comunidades por lo infecundo de sus vidas, es sólo un acto de justicia el que se hagan excepciones en favor de aquellas Órdenes que, como la de los frailes de San Fernando, han dispersado a sus misioneros por las más ásperas partes de la tierra, y sin amilanarse ni por los peligros ni por el temor de la muerte, han llevado la luz de la verdad entre los salvajes más miserables. Estas instituciones son de una época muy remota. Se atribuye al sabio jesuita Eusebio Kuhn, el mérito de haber probado el primero que la California era una península. Los establecimientos que hicieron los jesuitas en la vieja California en 1683, dieron ocasión para reconocer que aquel país, considerado hasta entonces como el Dorado, rico en toda clase de metales preciosos y diamantes, era árido, quebrado, sin agua y muy difícil de cultivar, pues en donde la roca está cubierta de tierra vegetal, no hay una gota de agua, y en donde brotan las fuentes, se ve la roca enteramente pelada. Pero donde quiera que se reunían ambas circunstancias de tierra vegetal y agua, allí fundaron sus primeras misiones estos varones industriosos.

Pero el odio general con que se miraba a los jesuitas, hicieron sospechar que sus relaciones eran falsas y que ocultaban los tesoros que había en una tierra tan de antiguo ponderada. Se despachó a un *visitador* con el propósito de conocer la verdad, y aun cuando nada pudo descubrir que anunciara el oro y la plata, quedóse asombrado por el celo y la industria con que habían trabajado para cultivar un país desierto y árido. En pocos años formaron dieciséis pueblos, y cuando fueron expulsados en 1767, les sucedieron los frailes dominicos de México.

Los naturales de la península que viven fuera del territorio de las misiones, son quizá de todos los salvajes los que están más cerca del estado que se llama de naturaleza. Se pasan los días enteros tendidos boca abajo en la arena, disfrutando del calor que le ha comunicado la reverberación de los rayos del sol. Aborrecen toda clase de vestido, y su única religión consistía en tres divinidades, una por cada tribu, que se hacían una guerra de exterminio, y objeto de terror para estos adoradores de entes invisibles.

Sin estorbarles la miserable condición de estos bárbaros, los jesuitas cultivaron la tierra, establecieron colonias, llevaron a cabo importantes observaciones astronómicas, y se dedicaron a la ciencia, a la agricultura y a mejorar el estado de estos infelices salvajes.

En la Nueva California las misiones estuvieron al cuidado de treinta y seis frailes franciscanos, y debido a su esmero son las que presentan los progresos de la civilización más rápidos y notables, pues en el transcurso de unos treinta años se bautizaron más de treinta y tres mil indios y se registraron ocho mil casamientos. Porque, al contrario del suelo de la Vieja California, el de la Nueva es fértil y el clima mucho más benigno; en las dieciocho misiones se cultivaba el trigo, el maíz, etcétera, y se introdujeron legumbres y árboles frutales de España, debiéndose mencionar la viña y el olivo, con los cuales se hacían vino y aceite excelentes, en una buena parte del país.

Entre estos frailes destinados a tan lejanas misiones, se encontraban los de San Fernando. Allí, desterrados del mundo, privados de todas las ventajas de la civilización, se dedicaron a la tarea de «domesticar» a los indios salvajes, introduciendo entre ellos la práctica del matrimonio; enseñándoles el cultivo de la tierra, y algunas de las artes más sencillas; les socorrían en sus necesidades, afeaban sus pecados y difundieron los beneficios de las doctrinas del Cristianismo, sin más armas que la influencia de

la religión y de la bondad, y unidas a una paciencia ejemplar, ablandaron su pertinaz naturaleza, haciendo posible «la conquista pacífica del país», dicho en palabras de Humboldt al referirse a las misiones de los jesuitas.

Innumerables fueron los trabajos que sobrellevaron estos pobres hombres; trasladados de un lugar a otro; mandándoles algunas veces a alguna costa desierta en donde era necesario volver a empezar de nuevo; otras, llamados a la capital de órdenes del Prelado, en cumplimiento de los deseos de sus hermanos en religión, entre los cuales se iba a celebrar una especie de Congreso que ellos llaman Capítulo. El término de sus trabajos no era la elevación a una jerarquía, ni el recibir premio o alabanza; la íntima convicción de que estaban practicando el bien entre sus semejantes era su única recompensa.

En el archivo del convento todavía existen documentos que atestiguan las penalidades que estos frailes tuvieron que arrostrar; el celo con que se dedicaban al estudio de las lenguas en el país (y cuando sabemos que en una extensión de ciento ochenta leguas se hablaban diecinueve lenguas diferentes, no podemos considerar esta tarea como fácil), y en sus relaciones, más o menos bien escritas, según la capacidad de cada quien en educación y talento, nos describen su estado, moral o físico.

Acontecía a menudo que a los misioneros que moraban en las partes más remotas y menos cultivadas de la península, había que enviarles por mar artículos de uso corriente y aun provisiones de boca, y con este motivo uno de dichos frailes, ahora jardinero, le contó a Calderón una curiosa anécdota. Alguna vez les mandaron, entre otras cosas, una caja de fina pasa de Málaga, y el fraile que la recibió, cuyo nombre he olvidado, sembró algunas de las semillas secas. En el transcurrir del tiempo, éstas germinaron, se convirtieron en vides y produjeron hermosas uvas, con las que se hizo el mejor vino de California.

Cuando se declaró la independencia y estalló esa furia revolucionaria que hace mérito el destruir lo establecido por el partido opuesto, sea bueno o malo, los mexicanos, para demostrar su odio por la madre patria, destruyeron estas benéficas instituciones. Al hacerlo, cometieron un error tan fatal en sus resultas como el de 1828, cuando expulsaron a tantos acaudalados propietarios, y que siguieron en el camino del exilio sus numerosas familias y sus viejos criados; los cuales les patentizaron, en esos tiempos de prueba, muestras de una adhesión y fidelidad, preseas de una clase que casi ha desaparecido en este país y que sólo se halla entre algunas de las viejas familias.

En consecuencia, como las fronteras no están ahora protegidas por las guarniciones militares o *presidios*, establecidos antes allí, y abandonadas por los misioneros, los indios han dejado de estar sujetos, sea por la fuerza de las armas o por medio de los buenos consejos y de la influencia de sus *Padres*. Por lo tanto, el territorio mexicano se halla expuesto constantemente a sus invasiones; familias enteras son pasadas a cuchillo por los salvajes, quienes cambian las escopetas por rifles cuyo uso les es ya conocido, y estas depredaciones sólo pueden evitarse rara vez y de manera imperfecta, y a costa de grandes desembolsos por parte del Gobierno. Es cierto que Bustamante ha llevado a cabo recientemente una pesquisa acerca de los fondos y de las condiciones generales de estos establecimientos, con la intención de restablecer algunas instituciones similares; pero no creo que hasta ahora se haya hecho nada decisivo al respecto…

Próximo al convento hay un hermoso jardín, en el que solemos pasearnos por las mañanas; lo cultiva un anciano fraile que, después de pasar una vida laboriosa en lejanas misiones, goza ahora de una plácida vejez en medio de sus plantas y flores. Quizá estéis cansados de mi «prosa» (originada por la aparición de este hermano lego), y acaso será más grato para vosotros que os le describa en unos versos:

Un viejo fraile mora en San Fernando,
hombre inocente y venerable.
Sus días adolescentes pasó en la celda,
y oscuros terminaron como habían comenzado.
En edad viril guardó la regla en riguroso temple,
en solitarias costas de la india California,
disipando las tinieblas de la ponzoñosa idolatría,
o enseñando (¿qué más puede pedírsele a un patriota?).
aquellos rudimentos de paz, tesoro escondido del humilde jardinero.
Cuántas veces le he visto, silencioso y solitario,
vagando cerca de la asoleada puerta del convento;
premiado con el sosiego de su corazón de las bregas dignas de los grandes.
Y admirándole en lo hondo de mi alma, al compararle
con algún atrevido fanfarrón, cuya mente ruda
crearía en la tierra maravillosos cambios a capricho,
y quien, después de halagar a una humanidad cansada,
gana títulos, riqueza y pompa, mezclados con vergüenza y sangre.[1]

CARTA XXIII

El Presidente.—Iturbide.—Visita del Arzobispo.—El señor Cañedo.—El general Almonte.—El señor Cuevas.—Condición de un Arzobispo en México.—El señor Posada.—Su vida.—Caridad mexicana.—Figuras de cera.—Anécdota.—Valioso regalo.—Educación.—Comparación.—Escuelas.—Oportunidades.—Talento natural.—Publicación anual.—Obsequio a las señoritas mexicanas, por el Editor.—Familias de la vieja escuela.—Indulgencia.—Modales.—Amor a la patria.—Colegios.

5 *de julio*.

Ayer por la mañana tuvimos la visita del Presidente, que montaba uno de los más hermosos caballos negros que he visto, y le acompañaban dos de sus oficiales. Cuando se retiraba, nos detuvimos a examinar una estatuilla ecuestre de Iturbide, hecha en cera, regalo que me hicieron hace algún tiempo y que él consideró como muy parecido al original. Es un buen juez, pues fue uno de los más fervientes amigos del infortunado Agustín I, quien, fueran cuales fueran sus defectos, parece que sabía inspirar a sus amigos entusiasta y apasionada devoción. En la primavera de la vida, valiente, activo, hermoso y con gusto por el boato, reunía todas las cualidades que hacen a un jefe popular entre las multitudes; «pero el amor del pueblo es transitorio cuando no se procura consolidarle con grandes beneficios; es un amor que sólo

se funda en un principio de egoísmo, porque los pueblos no tienen simpatías personales». Arrastrado por la ambición, desertó la causa realista a la que sirvió por nueve años, y la vanidad le cegó ante los peligros que le rodeaban en medio de sus triunfos, aun en la hora misma que es proclamado emperador por la voz unánime de la guarnición y del pueblo de la ciudad de México, cuando desenganchan los tiros de su carruaje y, en medio de los vítores de la multitud, llevan a brazo su coche hasta Palacio. Su gran error, según la opinión de los que hablan de él con imparcialidad, consistió en su indecisión en las más críticas contingencias y en dejarse gobernar por las circunstancias, en vez de dominarlas según se presentaban.

No pude menos que pensar, mientras de pie el General contemplaba la imagen de cera de su amigo, cuán tormentosa ha sido su propia vida y de qué poca tranquilidad ha de haber gozado, y me pregunté si le será permitido terminar en paz sus días como Presidente, lo cual, según los rumores que corren, es dudoso.

Esta mañana me honró Su Excelencia el Arzobispo con una prolongada visita. Vino cerca de las once, después de misa, y se quedó hasta la hora de comer, ganándoles en permanencia a todos nuestros visitantes del domingo, que suelen ser muy numerosos, pues es el único día de descanso para los *employés*, en particular para los miembros del Gabinete. Entre las visitas se encontraban el *Señor* Cañedo, cuya conversación es muy amena, y orador famoso por su ironía y cortante agudeza, y que nos ha distinguido con su amable amistad desde que llegamos; el general Almonte, Ministro de la Guerra, hombre hermoso y agradable, militar de gran valentía, muy impopular con uno de los partidos y especialmente antipático para los ingleses, pero, sin embargo, un excelente amigo nuestro; el *Señor* Cuevas, Ministro de lo Interior, casado con una hija de la Marquesa de Vivanco, persona afable y buena, que parece ser bien querido por todos, y

que también nos ha demostrado una verdadera amistad. Todos estos caballeros son objeto de elogios o de críticas, según sea el partido a que pertenece el que de ellos se expresa; pero como yo no me mezclo en la política mexicana, les encuentro, entre nuestras amistades, los más encantadores.

No obstante, si yo me viese precisada a escoger un destino aquí, sería sin duda alguna el del Arzobispo de México, el más envidiable del mundo para los que desean gozar de una vida plácida, cómoda y de una universal adoración. Es un Papa sin los problemas inherentes y con la décima parte menos de responsabilidad. Es más venerado que en Roma el Santo Padre y, al igual de los reyes de los buenos tiempos antiguos, infalible. Sus rentas ascienden a unos cien mil pesos, y si quisiera podría obtener un beneficio nada más con los dulces que le mandan las monjas de toda la República. Su palacio en la ciudad, su carruaje de mullidos cojines, sus buenos caballos y sus mulas de suave andar, parecen la verdadera representación de la comodidad. De hecho, la comodidad, que generalmente es desconocida en México, se ha refugiado en el Arzobispado, y aun cuando algunas gotas se han derramado sobre las rasuradas coronillas de obispos, curas, confesores y frailes, sigue todavía concentrándose en la persona de Su Ilustrísima. Tiene el aspecto de un gran señor, benévolo, de buen corazón, afable, corpulento y jovial, con la expresión del mayor *laissez-aller* que puede concebirse. Se diría que le han llovido todas las cosas buenas de este mundo de una manera constante y benigna; una lluvia caída en una tierra rica y fértil. Se le ve con frecuencia recostado en el fondo de su coche, vestido de púrpura, con su cruz de amatista, dando la bendición al pueblo que le contempla al pasar. Parece ir siempre abstraído en agradables pensamientos, y su fisonomía refleja un aire de plácida e indiferente satisfacción. Gusta de una buena mesa, de los buenos vinos y de la sociedad de las damas; pero sólo lo suficiente para que se deslicen con agrado sus horas muertas, sin que lo primero

le cause indigestión ni lo segundo le dé jaqueca, ni inquietudes lo tercero. Y así, su vida es como un arroyo profundo e inalterable, en cuyas orillas crecen lindas flores, en donde las aguas transparentes reflejan los árboles que se doblan sobre ellas, y que las emociones no alcanzan a rizar la límpida superficie.

No dudo que sus caridades están proporcionadas a su gran fortuna; y cuando digo que no dudo de ello es porque estoy firmemente convencida de que no hay otro lugar en el mundo en el que se practique con tan noble amplitud la caridad, tanto la pública como la privada, particularmente por las mujeres bajo la dirección de los sacerdotes. Me inclino a creer que, hablando en general, es la caridad uno de los atributos más propios de una nación católica.

Dicen que el Arzobispo es hombre ilustrado, y en un tiempo fue senador. En 1833, comprendido en un decreto de expulsión, motivado por uno de tantos disturbios que no han cesado de agitar a este país desde la independencia, pasó algún tiempo en los Estados Unidos, principalmente en Nueva Orleáns; mas creo yo que ésta es la única nube que ha ensombrecido el horizonte o perturbado el tranquilo curso de su vida. La consagración, con las fatigas consiguientes, debe de haber sido para él la monótona obertura de una agradable tragicomedia, o bien un peldaño de subido peralte para ascender a la gloria. Por lo demás, de una gran sencillez, su conversación dista de ser aburrida, y es uno de los viejos de mejor genio y buen humor que puede uno encontrar en una reunión…

Os envío en una caja, que por una amabilidad de los comisionados mexicanos se han hecho cargo de ella, una figura de una *tortillera* mexicana, para que tengáis una idea, aunque sea superficial, del primor con que cualquier *lépero* esculpe en cera. Son los herederos de aquella increíble paciencia que permitía a los antiguos mexicanos esculpir sus estatuas de madera o de piedra, con los instrumentos más primitivos, y también de su talento, igual

al de los chinos, para imitar a la Naturaleza. Con un simple cuchillo y un trozo de madera, un hombre ignaro os puede ejecutar una magnífica pieza escultórica. Pero carecen de imaginación. No salen del camino trillado y continúan copiando los modelos que trajeron los conquistadores españoles, aunque muchos de ellos sean de gran belleza.

En las figuras de cera, especialmente, han alcanzado una singular maestría. Pueden imitar cuanto les rodea, y sus retratos en cera son a veces pequeñas gemas artísticas; mas en este último ramo, que pertenece a un orden más elevado del arte, no se cuenta al presente con buenos artífices.

A propos de lo cual, vino el otro día un pobre artista con varios retratos en cera, regulares nada más, con el propósito de venderlos, entre ellos el de un celebrado general. Comentó Calderón que el modelo había salido en el retrato muy favorecido, según él podía recordar. «¡Ah!», dijo nuestro artista, «pero cuando Su Excelencia se lava la cara, el parecido es perfecto». Un caballero de esta ciudad obsequió no hace mucho, al Conde de…, residente en España, doce cajas conteniendo cada una doce figuras de cera, y cada una de ellas representa algún oficio mexicano, profesión o empleo… tlachiqueros extrayendo el jugo del maguey; indias vendiendo legumbres; *tortilleras*; vendedores de patos, de frutas, de manteca; el correo de Huachinango cargado de monos y papagayos, muchos más que de cartas; la campesina poblana; la *rancherita* montada a caballo, acompañada de su criado; el ranchero con su alegre indumentaria; en fin, una historia de México en miniatura, y en cera…

Me preguntáis cuál es la educación de las mujeres mexicanas. Para contestaros debo dejar a un lado algunas brillantes excepciones, y hablar *en masse*, cosa la más difícil del mundo, pues estas excepciones se levantan enfrente de mí, como ángeles acusadores, y empiezo a pensar en personas cuando debo concretarme en generalidades. Hablando, por lo tanto, en términos generales,

he de deciros que las *Señoras* y *Señoritas* mexicanas, escriben, leen y tocan un poco, cosen, y cuidan de sus casas y de sus hijos. Cuando digo que leen, quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben, no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía, y cuando digo que tocan, no afirmo que posean, en su mayoría, conocimientos musicales. Si comparamos su educación con la de las muchachas de la Inglaterra o de los Estados Unidos, no es una comparación, sino un contraste. Comparémoslas con las mujeres españolas, y así juzgaremos con menos severidad a las que heredaron su *farniente*. En primer lugar, el clima induce a la indolencia, así en lo físico como en lo moral. No puede uno reconcentrarse en la lectura, cuando por las ventanas abiertas se puede contemplar un cielo siempre azul y sonriente; y si salimos a la calle después de las diez, el sol no dejará de recordarnos nuestra tropical latitud, y no importa que la brisa sea fresca y agradable, pues no se siente uno inclinado a ir muy lejos, a pie o a caballo. Cualquiera que sea la causa estoy convencida de que en este país no es posible que la mente trabaje o el cuerpo se ejercite, como en la Europa o en los Estados Unidos. En cuanto a escuelas, no hay ninguna que merezca este nombre, y tampoco se encuentran buenas ayas para el hogar doméstico. Las muchachas no pueden sentir la emulación, porque nunca se reúnen. Carecen de diversiones públicas y de entretenimientos en la casa. Se encuentran algunos buenos maestros extranjeros, la mayor parte de los cuales han venido a México con el propósito de hacer fortuna, enseñando o contrayendo matrimonio, o por ambas maneras, y por lo tanto, tratan de hacer mucho dinero en el menor tiempo posible, para volverse a su país y allí disfrutarle. Los niños, por lo general, muestran, al parecer, disposiciones extraordinarias para la música y el dibujo, pero son contadas las muchachas que llegan a distinguirse en estas materias.

Cuando chicos, suelen asistir a las escuelas, en donde niños y niñas aprenden a leer en común, o cualquiera otra tarea que las

viejas maestras pueden enseñarles; pero a los doce años se les considera ya demasiado grandes para seguir concurriendo a estas promiscuas asambleas, y se les ponen maestros de música y de dibujo para completar su educación. Le pregunté a una señora el otro día si iba su hija a la escuela. «¡Dios me libre!», contestó muy ofendida. «¿No ve usted que tiene once años cumplidos?». Sucede con frecuencia que las muchachas peor educadas son hijas de hombres muy inteligentes, que pegados a las costumbres de sus abuelos se contentan con que se confiesen con regularidad, asistan asiduamente a la iglesia y lleguen a bordar y cantar un poco. Donde se encuentra un criterio más amplio es, sobre todo, entre las familias que han viajado por la Europa, y han visto la educación tan diferente que recibe la mujer en los países extranjeros. En estas familias los padres suelen dedicar una corta parte de su tiempo a la instrucción de sus hijas, tal vez en los ratos de descanso de que disponen por la noche; pero es fácil considerar que este sistema inconstante ejerce escasa influencia positiva en la mente de las niñas. No creo que existan más allá de media docena de mujeres casadas, y algunas muchachas por encima de los catorce, que lean un libro al año, con excepción del misal. Esto simplifica grandemente el problema de la educación, que en los Estados Unidos divide a menudo a los partidos: los que abogan por una sólida enseñanza y los que se inclinan por aquellas materias de adorno; y de ello se concluye que es difícil ligar la consistencia de un asado, en este caso las ciencias, con la dulce salsa de *les beaux arts*.

Pero si las muchachas mexicanas son ignorantes, muy rara vez se les echa de ver. Poseen, por lo general, un tacto sorprendente, y nunca corren el riesgo de salirse de su medio, y jamás una palabra o un gesto traicionan su ignorancia acerca del tema que se discute. Aunque raras veces graciosas, nunca se aturden y siempre conservan el dominio sobre sí mismas. Tienen mucho talento natural, y cuando han sido educadas con esmero, no hay mu-

jeres que puedan superarlas. De lo que se llama sociedad literaria, no hay nada, por supuesto.

«No tienen ruidosos Botherbys que les enseñen aquel encantador pasaje en el último nuevo poema».

Se publica aquí un pequeño almanaque que en estos momentos tengo en la mano, y que se intitula «Calendario de las Señoritas Mexicanas», cuyo prefacio, escrito por el Editor, señor Galván, es muy divertido.

«A nadie», dice, «mejor que a las señoritas mexicanas se puede dedicar este *obsequio*. Bien merecen sus graciosos atractivos la eficacia que se ha puesto en complacerlas. Sus cuerpos son gentiles como las palmas del desierto; sus cabellos, negros como el ébano, o dorados como los rayos del sol, ondean graciosamente sobre sus hombros delicados; sus miradas son semejantes a la apacible luz de la luna. No son tan blancas las mexicanas como las europeas, pero su blancura es más agradable a nuestros ojos. Sus palabras, si son suaves, arrastran con dulzura los corazones, al paso que en los momentos de justa indignación aterran y confunden. ¿Quién podrá resistir a la magia de su canto, siempre suave, siempre dulce y siempre natural? Déjense a las *ultramarinas* esas maneras afectadas y científicas de cantar; acá la naturaleza supera al arte, como sucede en todo, a pesar de las cavilaciones de los sabios.

»Y ¿qué diré de sus almas? Diré que en Europa están más cultivados los espíritus, pero en México son más amables los corazones. Estos son aquí no sólo sentimentales, sino tiernos; no sólo blandos, sino virtuosos; *no es más sensible el cuerpo de un niño* ni más blando el botón de una rosa. Yo he visto almas tan bellas como las fajas del arco iris y más puras que las gotas del rocío. Rara vez son tempestuosas sus pasiones, y aun entonces se encienden y se apagan fácilmente; pero, por lo común, despiden una luz apacible, semejante al lucero de Venus. El pudor está pintado en

sus ojos, y la modestia es el mayor y más bello encanto de sus almas. Están finalmente destinadas las mexicanas, por sus múltiples virtudes, a servirnos de apoyo para viajar por el triste desierto de la vida.

»Bien merecen tantos atractivos que se procure complacerlas, y al efecto se ha dado nueva forma, nueva brillantez y nuevas gracias al "Calendario de las Señoritas Mexicanas", a quienes suplica rendidamente el editor reciban con benevolencia este pequeño obsequio debido a sus encantos y virtudes».

Hay en México unas cuantas familias de la vieja escuela, gente de elevado rango que se mezcla muy poco en sociedad, apenas conocidas de la generalidad de los extranjeros, y que dejan a sus hijas encerradas en casa para que no se contaminen con el mal ejemplo. Esta minoría selecta, rica sin ostentación, está haciendo, sin duda, cuanto se halla a su alcance para remediar los males que causa la falta de escuelas adecuadas y de maestras competentes para sus hijas. Como casi todos son parientes por nacimiento o por alianzas matrimoniales, forman una especie de *clan*, y basta con pertenecer a una u otra de esas familias para ser bien recibido por todas ellas. Se reúnen a menudo, sin ceremonias, y en su seno se encuentran todos aquellos buenos elementos que pueden existir en México. Los padres son, en su mayoría, hombres de talento e ilustración, y las madres, mujeres de las más acendradas virtudes, cuyos nombres se hallan libres de toda sospecha.

Pero también es cierto, que ha de pasar mucho tiempo antes de que un extranjero pueda darse cuenta del nivel moral de este país, pues cualquiera que sea la conducta privada de los individuos, prevalece el decoro más absoluto en la conducta exterior. Mas la indolencia es la madre de todos los vicios, y no sólo a los niños conviene aquel proloquio del doctor Watts, en donde afirma que,

«Satán encuentra todavía suficiente maldad

para ocupar las manos ociosas».

Son además, leales entre sí en grado sumo, con un acentuado *esprit de corps*, y rara vez se permiten habladurías ante los extraños acerca de las debilidades de su clase; por el contrario, si se hace alusión a ellas, afirman ignorarlas del todo. Con tal de que se guarden las apariencias, la costumbre ha hecho posible que vean con tolerante indiferencia las *liaisons* que subsisten entre sus amigos íntimos; y mientras una mujer asista a la iglesia asiduamente patrocine alguna institución de caridad y no cause escándalo en su conducta exterior, bien puede hacer lo que le venga en gana. Y en cuanto a coquetear en público, aquí es desconocido.

Debo, sin embargo, confesar que esta tolerancia de parte de las señoras de reputación intachable va algunas veces demasiado lejos. Fuimos hace poco a un almuerzo al que asistió una joven y bonita Condesa, recién casada, de origen muy humilde. Se veía resplandeciente, cubierta de diamantes y con un vestido de raso de color de rosa. Después del almuerzo pasamos a una habitación contigua, en el que admiré la belleza de una niñita que jugaba en el suelo, cuando dijo la Condesa: «Sí, es muy bonita, muy parecida a mi hijita de la misma edad». Me quedé un tanto desconcertada; pero vino a mis mientes que podía haber sido viuda, y pregunté si así era a una anciana dama francesa que estaba sentada a mi lado. «¡Oh, no!», me respondió, «nunca fue casada antes, se refiere a los niños que tuvo antes de que el Conde la conociera». Y, sin embargo, la *Señora de…*, la mujer más estricta de México, la colmaba de atenciones y cariños. Debo decir, no obstante, que este era un caso de excepción.

No hay mujeres más afectuosas en sus modales que las mexicanas. De hecho, un extranjero, especialmente si se trata de un inglés, y si además es retraído y acostumbrado a la frialdad de sus bellas compatriotas, sólo necesita vivir aquí algunos años, y entender el idioma y habituarse al peculiar modo de ser de las mu-

jeres, para caer en la cuenta de que las *Señoritas Mexicanos* son sencillamente irresistibles.

Y es tan cierto, que ello puede juzgarse por el ejemplo de muchos ingleses casados con mujeres de este país, las que «invariablemente» han resultado excelentes esposas. Pero cuando un inglés se casa en México, debe estar preparado para echar raíces aquí, porque es muy raro que una *mexicaine* pueda vivir fuera de su patria. Echan de menos el clima, y aquel afecto cálido y aquella universal cordialidad que aquí las envuelve. Echan de menos el *laissez-aller* y la ausencia de toda etiqueta en las costumbres, vestidos, etc. Se encuentran rodeadas de mujeres educadas de tan diferente modo, que se sienten doblemente extranjeras: extranjeras en sentimientos y por la misma tierra que pisan. En algunos casos, muchachas casadas muy jóvenes y llevadas a Europa, presentadas en sociedad y que adquirieron la manera de pensar de una mente europea, pueden preferir otros países al suyo propio; pero esto es tan raro que apenas puede considerarse como excepción.

Son verdaderas patriotas, y sus deseos no van más allá de su propio horizonte. En Inglaterra, especialmente, se encuentran del todo fuera de su elemento. Con un idioma cuyo conocimiento les es casi imposible adquirir, con una religión que consideran herética, una frialdad externa que esconde una fogosidad interior, la guerra perpetua entre el sol y la niebla, y una etiqueta llevada al exceso y un insoportable estiramiento y orden en la manera de vestirse; los *rebozos*, desconocidos; los *cigarritos*, barbáricos… Se sienten como desterradas del paraíso, y sólo viven con la esperanza de regresar pronto a su tierra.

En cuanto a los colegios para jóvenes, aunque se han presentado algunos proyectos de reformas por hombres ilustrados, especialmente por *Don* Lucas Alamán y después por el *Señor* Gutiérrez Estrada, y aun cuando hasta cierto punto muchos de los planes se han llevado a la práctica, es motivo universal de queja en-

tre las personas más distinguidas de México el hecho de que para proporcionar a sus hijos los frutos sazonados de la educación, les sea necesario enviarlos al extranjero.

CARTA XXIV

Revolución en México.—Gómez Farías y el general Urrea.—Los federalistas.—El Presidente es hecho prisionero.—Tiroteo.—Cañonazos.—Primeras noticias.—Escapatoria.—Proclama del Gobierno.—Cañoneo.—Conde de la Cortina.—Casas abandonadas.—Condesa del Valle.—Proclama de los federalistas.—Circular de los federalistas.—Escasez de provisiones.—Explosión de una granada.—Refugiados.—Doctor Plane.—Señorita muerta de un tiro.—Gómez Parías.—Rumores.—Manifiesto de Gómez Farías.—Balas y granadas.—Visita del Ministro de Francia.—Llegada de Monsieur de Mercier.—Ataque esperado.—Escaramuzas.—Aspecto de la calle.—San Cosme.—El general Almonte.—El Conde de Breteuil.—Más rumores.—Suspensión de hostilidades.—Cañoneo.—Boletín del Gobierno.—Fracaso del plan de los rebeldes.—Proclama del Presidente.—Del general Valencia.—Afecto maternal.—Informes frescos.—Familias que abandonan la ciudad.—Carta de Santa Anna.—Carta de Bustamante, escrita en el Palacio.—Proposiciones.—Negativa.—Tacubaya.—Arzobispo.—Nuevas proposiciones.—Negativas.—Segunda carta de Santa Anna.—Boletín del Gobierno.—Proclamas.—Una equivocación peligrosa.—El Arzobispo visita al Presidente.—Término de la revolución.—Periódicos del Gobierno.—Circulares.

15 de julio.

REVOLUCIÓN en México; o *Pronunciamiento*, como le llaman. La tempestad que durante algún tiempo ha venido fraguándose, acaba de estallar. Don Valentín Gómez Farías y el desterrado general Urrea se han pronunciado por el federalismo. Se levantaron en armas a las dos de la mañana de hoy y, apoyados por el quinto batallón y por el regimiento del *Comercio*, se dirigieron a Palacio, sorprendieron en la cama al Presidente y le hicieron prisionero. Nos enteramos por una orden del Gobierno en la que se requerían los servicios de nuestros dos viejos inválidos, los cuales se pusieron sus gastados uniformes y se marcharon muy contentos. Vino después nuestro amigo don Manuel Martínez del Campo y nos aconsejó que estuviéramos listos para poner la bandera española en el balcón, en caso de necesidad. Poco a poco fueron llegando más españoles con noticias contradictorias acerca del curso de los acontecimientos. Unos dicen que todo habrá concluido dentro de pocas horas, y otros que se trata de una lucha larga y sangrienta. Algunos están seguros de que todo tiene que terminar con un simple cambio de ministerio; mientras varios opinan que ha de venir Santa Anna y usurpará la presidencia. Lo cierto es que el general Valencia, a la cabeza de las tropas del Gobierno, está listo para atacar a los pronunciados, que se han posesionado de Palacio.

¡Ha comenzado el tiroteo! La gente corre por las calles. Los indios se dan prisa a regresar a sus pueblos, a trote redoblado. Como no vivimos en el centro de la ciudad, estamos, cuando menos por ahora, muy seguros, pues todo el cañoneo se dirige contra Palacio. Todas las calles próximas a la plaza están llenas de cañones, y corre la voz de que los sediciosos están entregando armas a los léperos. Ha comenzado a retumbar el cañón. A todo lo largo de la calle, los balcones se encuentran llenos de gente que miran con ansiedad en dirección a Palacio, o formando grupos frente a las puertas, y las azoteas, situadas fuera de la línea de

fuego, se ven coronadas por curiosos. Las campanas tocan a rebato; la situación parece que se está poniendo seria.

9 P.M. Sigue el tiroteo sin interrupción. He pasado todo el día asomada al balcón viendo el humo y prestando oído a los diferentes rumores que corren. Gómez Farías ha sido proclamado Presidente por su partido. Se dice que las calles cercanas a la plaza están llenas de muertos y heridos. Hubo una terrible tempestad esta tarde. Los truenos se confundían con el retumbar del cañón y se oía como si se entablara un duelo de artillería entre el cielo y la tierra. No hemos de pasar una noche muy agradable, mucho menos con la falta de nuestros inválidos. Por desgracia, hay luna, y no llegarán las sombras para detener el tiroteo y la mortandad.

16. Las primeras noticias que recibimos esta mañana muy temprano las trajo la esposa de uno de nuestros soldados, que llegó desesperada y nos dijo que tanto su marido como el camarada de éste han sido heridos, aun cuando no de muerte, y que fueron los primeros en caer, y vino a suplicar a Calderón que interceda para que no los manden al hospital. Dícese que Bustamante logró escapar, abriéndose paso espada en mano, a través de los soldados que le custodiaban en sus habitaciones. En todo caso, Almonte se encuentra a la cabeza de sus tropas. Han penetrado muchas balas en la mayoría de las casas que rodean a la plaza. Debe ser terriblemente peligroso para los que vivan allí, entre otros, para nuestro amigo el *Señor* Tagle, Director del Monte Pío, y para su familia.

Acaban de traer el *Boletín del Gobierno*, en donde se da cuenta del desarrollo de los acontecimientos:

«Poco después de la medianoche del martes, Urrea y un corto número de tropas de la guarnición y de su vecindario se apoderaron del Palacio Nacional, sorprendiendo la guardia y cometiendo el desacato de aprisionar el Excmo. Sr. Presidente de la República, don Anastasio Bustamante; al comandante general, *mayor de la plaza*, y otros jefes. El señor general don Gabriel Valencia, jefe de la *plana mayor*; el señor general don Antonio Mozo y el señor Ministro de la Guerra, don Juan Nepomuceno Almonte, reunidos en la Ciudadela, dispusieron atacar a los *pronunciados*, que armando al populacho se posesionaron de las torres de Catedral y algunos edificios de los más elevados del centro de la ciudad. A pesar de habérseles intimado la rendición, a las dos de la tarde se rompieron los fuegos, que continuaron hasta las doce de la noche, volviendo a comenzar a las cinco de la mañana, habiendo cesado por intervalos en los días y noches siguientes. El coronel del 6.° regimiento, con una fuerza considerable de su cuerpo, que se hallaba en el cuartel de Palacio, logró salir y unirse con las tropas del gobierno. Estas han tomado la mayor parte de los puntos circunvecinos a la plaza y el Palacio.

»El Excmo. Sr. Presidente, con una parte de las tropas pronunciadas en el Palacio, logró salir de él en la mañana del jueves 16, poniéndose a la cabeza de las tropas que han permanecido fieles a sus banderas, y por la noche publicó la siguiente proclama:

»*El Presidente de la República a la Nación Mexicana*: Conciudadanos: La seducción esparcida en una muy pequeña parte del pueblo y guarnición de esta capital, el olvido del honor y del deber, han dado lugar a la defección de algunos militares cuya conducta a esta hora está confundida por el bizarro comportamiento de la mayor parte de los jefes, oficiales y soldados, quienes con denuedo han seguido el ejemplo del valiente general jefe de la plana mayor del ejército.

»*No ignoraba el gobierno las maquinaciones que se tramaban; sus autores le eran muy conocidos y presagiaba que la dulzura y suavidad que empleaba para desarmarlos sería correspondida con ingratitud; sin embargo, quiso más parecer clemente que severo*. Esta política dio lugar a que la nación quedase acéfala por algunas horas y la tranquilidad pública alterada; mas recobrada mi libertad, y los disidentes convencidos de los males que han causado y aun se pueden seguir de su asonada, libran a una reconciliación los medios de su seguridad. El gobierno tendrá presente que son extraviados pertenecientes a la gran familia mexicana; mas no por esto olvidará cuánto se ha abusado de la esperanza de ser considerados, ni menos lo que exige la justicia debida a la mayoría de la nación. La tranquilidad pública, después de algunas horas, será completamente restablecida; las leyes desde luego recobrarán su energía y el gobierno las llevará a su debido cumplimiento.—*Anastasio Bustamante*.—México, 16 de Julio, 1840».

El rugido del cañón, que llega del lado de Palacio y que hace estremecer la casa y vibrar los vidrios de las ventanas, y que me hace dudar del buen nombre del Presidente, parece ser la contestación a esa proclama.

17. La situación es muy grave. Se han emplazado cañones en todas las calles, y los soldados disparan sobre todos los que pasan, sin distinción. El Conde de la Cortina se encuentra ligeramente herido y lo han trasladado a su casa de campo en Tacubaya. Dos españoles que huyeron de sus casas y de la granizada de balas que caía sobre ellas, han venido a refugiarse aquí. La familia Escandón permanece en su residencia, que se halla en el mismo centro de la refriega, con cañones frente a su puerta y todas las ventanas casi hechas pedazos. Claro está que la mayor parte de las casas situadas en ese barrio han sido abandonadas. Vivimos ahora como prisioneros en una fortaleza. La Condesa del Valle, cuyo padre

fue muerto en una revolución anterior, se acababa de levantar esta mañana, cuando una granada hizo un boquete en la pared y explotó sobre el colchón.

Como toda historia tiene dos caras, escuchemos la proclama del jefe de los rebeldes:

«El Sr. Valentín Gómez Farías al pueblo mexicano:

»Conciudadanos: Presentamos a la consideración del mundo civilizado dos hechos que, al mismo tiempo que han de cubrir de eterna gloria al ejército federal y a los heroicos habitantes de esta capital, llenarán de execración y de infamia ante las generaciones venideras el nombre del general Bustamante. Este hombre sin fe, rompiendo su palabra solemnemente empeñada, después de haber sido puesto en libertad por un exceso de generosidad, en el que se convino porque ofreció tomar inmediatamente las medidas necesarias para lograr un arreglo pacífico sobre las bases honorables que se le propusieron, se ha convertido ahora en el jefe de un ejército enemigo de los federalistas y ha contemplado con indiferencia la destrucción de esta bella capital y de multitud de familias bañadas en lágrimas, así como la muerte de gran número de ciudadanos, no sólo de los combatientes, sino de los que no han tomado parte en la lucha. Entre éstos debe contarse una mujer encinta, y fue muerta cuando pasaba a las puertas del Palacio, creyendo que habiendo venido un parlamentario de su bando, se suspendería el tiroteo, como de hecho lo hicimos nosotros. Este Gobierno, informado de tal desgracia, mandó llamar al marido de la muerta y ordenó que se le diesen veinticinco pesos; pero el infortunado hombre, todavía lleno de dolor, declaró que le bastaba con doce para atender sus necesidades. Ha sido tal horror inspirado por la atroz conducta del ex Gobierno de Bustamante que ese sentimiento cubre y ahoga todos los demás.

»Otro hecho, del que difícilmente se hallará ejemplo en la Historia, es el siguiente: el día que comenzó el fuego, necesitán-

dose algunos implementos de guerra, fue necesario mandar abrir una caja de hierro perteneciente a don Estanislao Flores, en la que él tenía una suma considerable de dinero en diferentes monedas, además de sus efectos más valiosos. Así, todo lo que el Gobierno puede hacer fue poner esto en conocimiento del propietario, señor Flores, para que hiciera venir alguna persona de su confianza que se encargara de sus intereses y el cual habría saber lo que faltaba, para pagarlo inmediatamente. La persistencia del tiroteo impidió al señor Flores nombrar un comisionado, por el término de cuatro días; y entonces, aun cuando la caja seguía abierta y nadie se hizo cargo de ella, el comisionado hizo saber oficialmente que nada faltaba en ella, sino los implementos de guerra que fueron objeto de la búsqueda. ¡Gloria a vosotros mexicanos! La nación más culta del mundo, la ilustre Francia, nunca ha presentado un hecho semejante. Los mexicanos poseen virtudes heroicas, que los elevarán por encima de todas las naciones del mundo.

»Tal es la única ambición de vuestro conciudadano,

»*Valentín Gómez Farías*».

México, 17 de Julio de 1840.

Además, se ha girado una circular a todos los Gobernadores y Comandantes de los diversos Departamentos, desde el «Palacio del Gobierno Federal Provisional», para los siguientes efectos:

«El ciudadano José Urrea, con la mayor parte de la guarnición de la capital y todo el pueblo de ella se ha pronunciado en la madrugada de este día por el restablecimiento del sistema federal, adoptando interinamente la constitución de 1824, mientras se reforma por un congreso que va a convocarse al efecto; y ha-

biéndoseme llamado para que en estos momentos me ponga a la cabeza del gobierno, lo comunico a V. E., manifestándole al mismo tiempo que los objetos del ciudadano Urrea, a la vez de restablecer el sistema federal, han sido unir a todos los mexicanos, proclamando la tolerancia de todas las opiniones y respeto a las vidas y las propiedades e intereses de todos.—Dios y Libertad.

»*Valentín Gómez Farías*.

»Palacio del gobierno federal de México, julio 15 de 1840».

18. Hay gran escasez de víveres en el centro de la ciudad, pues los indios que lo traen todo del campo ya no vienen. Contamos con un gran acopio de *comestibles*, así es que no es probable que esto ocurra por nuestro rumbo. Mientras escribo, el cañoneo sigue casi sin interrupción y el estruendo tiene de todo, menos de agradable, aun cuando sea la prueba del respeto que siente Farías por «las vidas, las propiedades y los intereses de todos». Podemos ver el humo, pero estamos enteramente fuera del alcance de las balas.

Apenas terminaba de escribir estas líneas, cuando la *Señora*…, que vive enfrente, salió para decirme que acababa de caer una granada en su jardín, y que su esposo estuvo en un tris que no le alcanzara. El cañón emplazado contra Palacio mata a las gentes en la cama, en calles muy divergentes de su parábola, y la bala dirigida contra la Ciudadela ¡toma el vuelo hacia San Cosme! Los dos bandos parecen estar «combatiendo a la ciudad» en vez del uno contra el otro; y este modo de abrir el fuego desde los parapetos, de las azoteas y de los campanarios, es decididamente mucho más seguro para los soldados que para los civiles que habitan en ella. También parece ser un plan novedoso el sostener un con-

tinuo cañoneo durante la noche y descansar la mayor parte del día. Me atrevo a pensar que si emplazaran los cañones más cerca de Palacio, la contienda podría terminar muy pronto.

Ayer noche, ya tarde, toda una familia vino a refugiarse a la casa en busca de protección; la *Señora*…, con un niño y la nodriza. Se había quedado muy tranquila en su casa, a pesar de las ventanas rotas, hasta que las balas empezaron a silbar por encima de la cama del niño. Esta mañana todo sigue como el primer día; el Presidente en la Ciudadela y los facciosos en Palacio. El Gobierno está tratando de sostenerse hasta que vengan tropas de Puebla. En un intervalo en que cesaron los fuegos, el Secretario de la Legación de Inglaterra logró, esta mañana, llegar hasta acá. La casa del Ministro inglés se encuentra llena de refugiados. Los que viven en la plaza y en la calle de San Francisco son los más expuestos, y los pobres tenderos del *Parián* se encuentran, como es natural, en un constante estado de angustia. No necesito decir que todas las tiendas están cerradas.

19.

Esta mañana mataron de un tiro al doctor Plane, famoso médico francés, cuando salía de Palacio, y su cuerpo acaba de pasar frente a nuestra puerta para ser depositado en la casa de enfrente.

A la *Señorita*…, que cometió la imprudencia de asomarse al balcón de su casa situada en una calle muy expuesta, le entró una bala de pistola por un costado y le atravesó el cuerpo. Todavía está con vida, pero existen muy pocas esperanzas de salvarla. En estos momentos pasa a caballo el Prior de San Joaquín, y se ha detenido ante nuestras ventanas para decirnos que teme mucho que no podamos permanecer aquí seguros por largo tiempo, pues los *pronunciados* han atacado el Convento de la Concepción, en el final de la calle.

Lo que escribo debe de resultar sin pies ni cabeza. Es imposible fijar la atención en nada. Pasamos el tiempo en los balcones, oyendo el estampido del cañón, y observando los movimientos de los diferentes cuerpos de tropas, recibiendo visitantes que, aprovechando alguna breve suspensión de fuegos, se atreven a venir para darnos noticias, o divagando, especulando, atemorizados y cansados con exceso de todo este desconcierto.

Gómez Farías, el principal causante de esta revolución, es uno de los hombres que llaman la atención aun entre las notabilidades del país. Sus principios han sido en todas ocasiones los de «progreso rápido y radical». Nacido en la ciudad de Guadalajara, se dice que hizo una carrera literaria brillante. También se asegura que es de temple enérgico y de imaginación ardiente. No ha ocurrido suceso de alguna importancia en la República, en que no aparezca su nombre. La Independencia le debió servicios importantes; mas tarde, siendo diputado por Zacatecas, hizo patente su entusiasmo en favor de Iturbide; luego fue ardiente partidario de la causa federal, contribuyó a la elección del general Victoria y a él se debió la de Pedraza; tomó parte activa en las reformas políticas de 1833 y 34; detesta a los españoles, y durante su presidencia hizo lo posible para abolir los privilegios del clero y de los militares. Suprimió instituciones monásticas, concediendo absoluta libertad de opiniones, abolió las leyes represivas de la prensa y creó muchos establecimientos de enseñanza para la literatura. Cualesquiera que hayan sido sus errores políticos y la rudeza con que, en nombre de la libertad y de reforma, haya procedido para alcanzar los fines, sin respetar las cosas más sagradas, se le considera generalmente, aun por sus enemigos, como hombre íntegro, como un iluso que se engaña a sí mismo tanto como a los demás. Ahora, con la esperanza de obtener algún bien incierto e imaginario, y al propio tiempo que declara su horror por la guerra civil y por el derramamiento de sangre, se ha levantado en contra del actual gobierno, y es la causa de esta gue-

rra cruel que azota, no el campo abierto, ni siquiera los dispersos suburbios, sino el corazón mismo de una populosa ciudad.

Esta mañana corren toda clase de rumores. Creen algunos que Santa Anna ha dejado su retiro de Manga de Clavo y que deberá llegar hoy y se comerá el bocado en disputa (la silla presidencial), dejando para los dos contendientes algunos huesos a roer; piensan otros que llegarán hoy mismo tropas de refresco para el Gobierno, y los demás pronostican que los rebeldes acabarán por triunfar. Entre las noticias, que espero deben ser consideradas como dudosas, se encuentra la de que el general Urrea ha lanzado una proclama en la que promete «tres horas de pillaje» a todos los que hagan causa común con él. Entonces habrá llegado el momento de poner a prueba la eficacia de las banderas diplomáticas. En esta confusión de noticias, aquí llega otra:

«*Manifiesto de Su Excelencia el Sr. Don Valentín Gómez Farías, Encargado provisionalmente del Gobierno de México, y del General en Jefe del Ejército Federal, a las tropas de su mando*:

»Compañeros de armas: Nadie ha podido resistir nunca a un pueblo que pelea por su libertad y en defensa de sus sagrados derechos. Vuestros heroicos esfuerzos han reducido ya casi a la más completa nulidad a *nuestros injustos agresores*. Desprovisto de infantería para cubrir sus parapetos, sin artillería con que disparar, sin dinero, crédito ni apoyo, están ya haciendo sus últimos e inútiles esfuerzos. Por el contrario, de nuestro lado todo sobra, hombres, armas y dinero, y, por encima de todo, el invencible apoyo de la opinión; en tanto que los partidos que han secundado nuestro *pronunciamiento*, principalmente en todas las ciudades de fuera de la capital, y el auxilio que dentro de esta misma ciudad nos prestan las diferentes clases sociales y los que se están batiendo por los derechos del pueblo ofrecen garantías que ellos

harán estrictamente efectivas para todos los habitantes del país, así nacionales como extranjeros.

»En el delirio de su impotencia, nuestros enemigos han recurrido a su arma favorita: la calumnia. En una comunicación que nos dirigieron han tenido la audacia de acusarnos de ataques a ciertas propiedades. ¡Miserables! No, los soldados del pueblo no son ladrones, la causa de la libertad es muy noble y su defensa no se manchará con ninguna acción degradante. Esta es la contestación que a vuestros calumniadores dan vuestros jefes, cuyo interés por vuestra reputación es tan grande como el que tienen por la suya propia.

»¡Soldados del pueblo! Que el valor, así como todas las demás virtudes cívicas, brillen en vuestra conducta, de manera que nunca opaquen vuestra fama de soldados valientes y cumplidos ciudadanos.

»*Valentín Gómez Farías "José Urrea"*».

Hemos oído decir que cayeron dos granadas en la casa del *Señor...*, que está casado con una mujer muy bonita y que tienen varios hijos; y que las tropas federalistas se han posesionado de su azotea. Afortunadamente, las granadas estallaron en el *patio* y ninguno de ellos fue herido. El mayor peligro para todos los que no toman parte en la revuelta, débese a estas balas y granadas que, zumbando, se meten en todas las casas. Hemos recibido recado de algunas de las personas que, para su seguridad, invitamos a que se vinieran con nosotros, en donde dicen que aceptarían con mucho gusto nuestra oferta, pero que no se deciden a dejar sus casas expuestas al pillaje, y que, por otra parte, no se atreven a atravesar las calles. Por lo tanto, nuestro número no ha aumentado.

Ya podréis suponer que aun cuando hoy es domingo no se han celebrado misas en las iglesias. El Prior de San Fernando, que acaba de enviarnos unas coliflores colosales y otras magníficas legumbres de su huerto, nos ha concedido permiso de refugiarnos en su convento en caso de que ocurra algo aquí… Me temo que alojará a las mujeres en alguna casa fuera del convento.

Hasta aquí había llegado cuando recibimos la visita del Barón de Ciprey, Ministro de Francia; el cual viviendo en un lugar muy expuesto, cerca de Palacio, nos suplica que recibamos al Secretario de la Legación, M. de Mercier, que se encuentra gravemente enfermo de fiebre tifoidea, pues los doctores, sin duda prevenidos por la suerte del pobre doctor Plane, temen pasar por su calle que está bloqueada por tropas y cañones. Mucha gente teme un saqueo general de la ciudad, sobre todo en el caso de que llegue a triunfar el partido federalista. Los representantes diplomáticos parece que tienen mucha confianza en sus «banderas», pero no estoy muy segura de que una partida de *léperos* armados pudiera respetar ni personas ni privilegios. Hasta ahora nuestra situación sigue siendo segura. La Alameda está entre nosotros y las tropas; el Palacio y la plaza y las calles principales se encuentran del otro lado de la Alameda, y esta calle, que es la continuación de la larga calle de Tacuba, queda fuera de la zona de donde se pelea. Escribo más bien con la mira de ocupar mis pensamientos que con la esperanza de interesaros, pues me temo que ya empezáis a estar aburridos de esta mi «revolucionaria» misiva. Como dice un mexicano muy inteligente: «Hace algunos años nos soltamos dando *gritos*: eso fue en la infancia de nuestra Independencia; ahora comenzamos a *pronunciar*. Sólo Dios sabe cuándo habremos de alcanzar la edad madura para *hablar* claro, y puedan así entender lo que queremos decir».

Domingo en la noche. Ha llegado Monsieur de Mercier y no está peor. A comer el día de hoy, doce personas que no esperábamos. Las noticias de esta noche son que han llegado las tropas del Gobierno y que mañana lanzarán un ataque a fondo contra los sublevados que siguen en Palacio, lo que probablemente pondrá fin a la disputa. Algunos de nuestros huéspedes permanecen sentados muy circunspectos en las sillas, mientras que otros yacen sin despojarse de sus ropas en los sofás. Prefiero estar cómoda, y, por lo tanto, ¡buenas noches!

20. Nos extrañó mucho esta mañana que todo estuviera tan tranquilo, y deducimos que, en lugar de atacar a los facciosos, el Gobierno está parlamentando con ellos. Mas un recado del Ministro inglés nos informa de un encuentro que sostuvieron los dos bandos en una de las garitas de la ciudad y en la que triunfó el Gobierno, lo cual no deja de ser una buena noticia.

Nuestra calle ofrece esta mañana un aspecto de lo más pintoresco y animado. Se ve atestada de indios que han llegado del campo para vender sus frutas y legumbres, y frente a la iglesia de San Fernando se ha improvisado un mercado. Pasan muchos coches tirados por mulas, en donde apenas caben las familias que se apresuran a emigrar con sus niños y todo cuanto han podido llevarse. Los más pobres van a pie; hombres y mujeres cargan sus colchones y les siguen niños pequeños con canastas y jaulas de pájaros. Desfilan carretas cargadas hasta el tope con sillas, mesas y camas, y una diversidad de bártulos viejos que quizás por primera vez en muchos años cambian de sitio. Toda la gente aprovecha la suspensión de los fuegos para emprender la fuga. En nuestras caballerizas ya no caben las mulas y los caballos que los amigos que viven en el Centro de la ciudad nos han enviado, pues el agua ha sido cortada. ¡Acaban de matar a otro médico, ahora un español!

No hay un cuarto en San Cosme que no esté ocupado y lo mismo ocurre en los demás suburbios. En muchas de las habitaciones la gente duerme sobre petates, muy contentos de hallarse a resguardo, y les importan muy poco las molestias que están sufriendo. Nos mandaron esta mañana una gran cantidad de vajillas de plata, dinero y diamantes, que hemos escondido por distintas partes de la casa, aunque dicen que en caso de pillaje los que entran a saco registran siempre los lugares más «imposibles»; levantan las duelas, los pisos de ladrillos, destripan los colchones, etc., de manera que creo del todo inútil esconderlos. Cerca de nosotros vive un célebre general cuyas opiniones son motivo de especulación, ya que no se ha unido a ninguno de los dos partidos y se ha hecho invisible desde que comenzó la asonada. Es hombre rimbombante, guapo, con un cierto grado de educación superficial, y excesivamente pagado de sí mismo por sus atractivos personales. Estoy completamente segura de que el solo hecho de que yo admita lo bien parecido de su persona bastaría para que me perdonase el que denuncie su carácter frívolo, y de que sus principios morales y políticos se gobiernan únicamente por aquello que mejor sirve a sus propias conveniencias…

El Conde de Breteuil, secretario de la Legación francesa, montó a caballo ayer en la tarde y, como joven y buen francés, fue a visitar a una bonita muchacha de su amistad, atravesando las calles más peligrosas, llamando la atención por lo raro de su vestido, su prestancia y grandes mostachos. No había ido muy lejos cuando se vio rodeado de una docena de *léperos* empuñando sendos cuchillos, los que sin duda le habrían robado y aun matado, si al arrebatarle el *sarape* no hubieran descubierto su atavío militar, y como no son muy duchos en uniformes, le tomaron por un oficial del Gobierno. Como esto ocurría entre los federalistas, corrieron a llevar a su presa a Palacio, donde le encerraron en las cárceles, y allí se quedó hasta que unos oficiales que fueron a ver el preso le reconocieron asombrados.

En este instante nos vamos a cenar, con un apetito de reserva que suele ser excelente.

Diez de la noche. Después de la cena nos arriesgamos a dar una vuelta hacia el rumbo opuesto de la ciudad. Encontramos varias señoras que como no pueden ahora ir en coche, y felices de escaparse de su transitorio y henchido encierro, hacían ejercicio caminando a pie. Pero acercáronse unas personas que sabían de buena tinta que esa misma noche sería atacado el Palacio, y en consecuencia nos aconsejaban que regresáramos a casa a toda prisa. También nos aseguraron que una partida de *léperos*, acaudillada por un capitán de largas barbas apellidado Castro, pasó la noche frente a nuestra puerta. Antes de que pudiéramos llegar a casa se reanudó el tiroteo y hemos pasado varias horas en un estado de gran incertidumbre entre el estampido del cañón, el griterío de las tropas y, de vez en vez, los ayes de los heridos, y para que el cuadro fuera todavía más lúgubre, se desató la más horrorosa tempestad de truenos y lluvia que he oído y visto en mi vida. La Señora…, que tiene un hermano capitán en las filas del Gobierno, y que en estos últimos días se ha distinguido mucho junto con su regimiento, se encuentra esta noche poseída de una enorme angustia.

Parece que los caballeros se disponen a pasar la noche charlando, pero nosotras nos decidimos a acostarnos y a dormir, si ello es posible. Espero que nada suceda, pues las tinieblas y su natural confusión vienen a aumentar la perturbación del ánimo.

21. Después de una noche sin dormir, oyendo el estallido del cañón e imaginándonos los estragos que debía causar, nos enteramos con sorpresa que, en definitiva, nada ha ocurrido. El fra-

gor de la noche pasada provenía de simples escaramuzas y la mayor parte de los cañonazos eran disparados al aire. En la oscuridad era imposible dar en el blanco. Pero a pesar de que las pérdidas de cada uno de los partidos son mucho menores de lo que podría esperarse, la situación de los sediciosos en Palacio no debe ser muy agradable, pues afirman que el aire está infestado por el gran número de cadáveres insepultos que allí se encuentran; también hay muchos en las calles, lo cual es más que suficiente para que se produzca una epidemia que vendrá a agravar el estado calamitoso de la situación.

El *Boletín del Gobierno* de este día manifiesta el sentimiento del Primer Magistrado, al contemplar la frustración de sus esperanzas en restaurar la paz, e inserta las manifestaciones de adhesión que se han recibido de todos los Departamentos, especialmente de Puebla, Querétaro y Veracruz, no obstante los despachos extraordinarios que les dirigió Farías, exhortándolos a que reconozcan a Urrea como Ministro de la Guerra, y a *Don* Manuel Crescencio Rejón como Ministro de lo Interior: «despachos», declara el comandante de Querétaro «que sólo provocan en mi alma indignación y desprecio hacia sus miserables autores».

La reseña de los acontecimientos de ayer es como sigue: «Los pronunciados de Palacio, sabiendo que debía llegar ayer la infantería que viene de Puebla, a las órdenes del gobierno, intentaron sorprenderla cerca de la garita de San Lázaro, con una columna de infantería de 200 hombres y alguna caballería; pero el denodado Torrejón, con ochenta dragones, logró batirlos completamente, haciéndoles un gran número de muertos, heridos y prisioneros, y persiguiéndoles hasta el Arzobispado. El superior gobierno, justo apreciador de los servicios distinguidos y del brillante comportamiento del mencionado coronel, le ha concedido el grado de general de brigada».

En la proclama de hoy, el Presidente, después de manifestar que «la hermosa capital de la República es hoy el teatro de la

guerra», dice: «Y sólo las consideraciones y respetos que merecen sus habitantes y propiedades han podido contener el entusiasmo de los soldados de la nación, para no emplear toda su fuerza y desalojar a los sublevados de los puntos en que se han situado». Añade el Presidente: «Que esta guerra no merece excusa, cuanto que su administración ha sido dulce y moderada; que ha economizado los fondos públicos, respetado las leyes, y que los ciudadanos de todas opiniones han vivido tranquilos bajo su gobierno y que las reformas constitucionales estaban a punto de verse realizadas, así como las esperanzas de formar con ellas un lazo de unión y de concordia entre todos los mexicanos». Concluye haciendo un reproche a aquellos revolucionarios que de esta manera causan el derramamiento de tanta sangre inocente.

El Comandante en Jefe, general Valencia, escribiendo quizás bajo el influjo de alguna enardecida inspiración, se muestra en su discurso todavía más elocuente: «¡Soldados de la Libertad!» exclama: «La anarquía sacó la cabeza y vuestros brazos la han ahogado al momento». Esto hubiera sido una imagen mucho más apropiada en tiempo de los grandes lagos. Y de nuevo exclama: «¡Mexicanos! El corazón se siente herido del más profundo dolor y la humanidad toda se estremece al contemplar el caos insondable de males en que los autores de esta rebelión han hundido a los incautos que han podido seducir para formar de sus cadáveres la escalera ensangrentada que los lleve a su engrandecimiento. ¡Ya el pueblo mexicano comienza a recoger los frutos amargos con que en todos tiempos le han brindado esos hombres que, blasonando de humanidad y de filantropía, se alimentan con la sangre de sus hermanos y entonan canciones al triste compás del llanto y los sollozos!». Tropos en verdad impresionantes. Todo se nos presenta como un cuadro. Vemos la anarquía asomando su cabeza ruin por encima de las aguas (adornada seguramente con el gorro de la libertad), y a los valientes soldados al instante sumergirla de nuevo. Podemos ver a Gómez Farías y a Urrea le-

vantar una escalera de cadáveres. Y después, ¡qué escena tan digna de Lucrecia Borgia!, seduciendo a sus víctimas con la fruta amarga (acaso uvas agrias), desalterándose con sangre, y sus lacerados cantos se acompañan de sollozos en profundo. ¡Rechina la humanidad los dientes con sólo leerlo! Y muy bien añade su Excelencia: «¡Yo les presento ante las naciones del orbe, como un modelo inimitable de ferocidad y de barbarie!».

Esta mañana el general Almonte nos envió unas líneas desde la Ciudadela, en donde se encuentran él y el Presidente. Expresa la seguridad de dominar muy pronto a los rebeldes. Calderón le contestó con un afectuoso mensaje acompañado de varios fajos de puros. Dicen que los muchachos del Colegio Militar han dado, muestras de gran valor; son unos jovencitos muy simpáticos que están peleando al lado del Gobierno. El ejemplo más admirable de amor maternal y de valentía lo ha dado esta mañana la *Señora*…, que recibió noticias contradictorias concernientes a su hijo que pertenece al citado Colegio; primero le dijeron que estaba herido, después, que la herida era grave, y luego, que era leve, y en el estado de angustia que es fácil suponer salió sola a pie a las cinco de la mañana, sin comunicar a nadie sus miras, llevando consigo una canasta de provisiones; atravesó la plaza, pasó por todas las calles en donde hay emplazados cañones, abrióse paso entre las tropas hasta llegar a la Ciudadela, alcanzando el consuelo de encontrar a su hijo en perfecto estado de salud, y regresó a su casa en los momentos en que su esposo y toda su familia empezaban a inquietarse por su ausencia.

Corre la voz de que el general Valencia tiene mucho partido entre los soldados, y que éstos favorecen el que sea designado Presidente. Se dice, además, que se le ha visto recorrer a caballo las posiciones con «aliento» muy fuerte, mas no se sostenía muy firme sobre la silla de montar. Circula el rumor de que Santa Anna ha llegado a Perote; de ser cierta la noticia tardará en estar aquí, pues viaja en litera. Parece que no existe ninguna razón es-

pecial para creer que esto se acabe pronto, y mientras, deberemos continuar encerrados y poner a prueba la paciencia hasta donde seamos capaces. En los intervalos en que se suspenden los tiroteos, los caballeros salen a la calle; pero se hacen el sordo cuando nosotras queremos hacer lo mismo, excepto en contadas veces y sólo durante algunos minutos en la noche, y entonces, o los tiros o la tempestad nos obligan a regresar. Varias personas, especialmente la Condesa de la Cortina, nos han invitado a trasladarnos a sus casas de campo; pero, además de que nosotros estamos en la parte más segura de la ciudad y albergamos a bastantes huéspedes, Calderón no se siente autorizado para abandonar la capital. Dicen que las rentas de las casas subirán por este rumbo, a causa de las ventajas que ofrece el *locale* en semejantes ocurrencias.

Entre otras noticias, el Gobierno ha publicado la de que los rebeldes han pedido que les entreguen las joyas y el servicio de oro y la plata de la Santa Iglesia Catedral, con la amenaza de tomarlo todo si no se accede a su demanda en el perentorio término de dos horas. «Es muy probable que así lo hagan», concluye el Boletín «añadiendo este nuevo crimen a todos los que han cometido».

Llegó la noche y de nuevo se anuncia un ataque contra Palacio; pero yo ya no les hago caso y oigo el estruendo del cañón con relativa calma. Todo el día han estado saliendo familias que van huyendo de la ciudad. Los pobres tenderos son dignos de lástima. Además de que el comercio ha cerrado, mataron cuando menos a un comerciante y a otros les saquearon. Esta tarde se convino en una tregua de tres horas para enterrar los muertos que fueron retirados de Palacio. Dos de nuestros colegas se aventuraron hasta aquí hoy en la mañana.

22. El *Boletín del Gobierno* publica hoy en la mañana una carta de Santa Anna, fechada el 19 de julio en Manga de Clavo, y en la cual, con toda clase de manifestaciones de lealtad y adhesión, le dice al Presidente que en obsequio a sus deseos saldrá en la mañana de hoy para situarse en Perote «a la cabeza de una respetable división»: Se insertan también declaraciones de fidelidad de Victoria, de Galindo, etc., y se hace observar que el pueblo de México tiene suficientes pruebas de la unidad y decisión que reinan en toda la República en favor del orden y que ha de encontrar en la comunicación de su Excelencia el General Santa Anna una prueba inequívoca de la unidad de esos sentimientos, sin embargo de las seguridades que los rebeldes habían dado al público de que Santa Anna les secundaría, o que, por lo menos, se abstendría de tomar parte en el movimiento. Debe confesarse, empero, que Su Excelencia es un árbitro más que peligroso.

El gobernador Veyra ha publicado el día de hoy un bando en el que declara que México se encuentra en estado de sitio. Me parece que ya todos lo sabíamos. En conjunto, la situación se inclina a favor del Gobierno. En diferentes lugares se han rendido varias partidas de *pronunciados*. Los heridos de ambas partes han sido llevados al Hospital de San Andrés. En la *calle de Plateros* han colocado una batería para dirigir sus fuegos contra Palacio. Cuando menos se estrechan las distancias, y es posible que se produzcan mayores efectos que antes.

Una circunstancia digna de ser conocida se hizo pública hoy. Los rebeldes, como quizás podréis recordar, dijeron que habían permitido al Presidente abandonar el Palacio bajo la condición de que tomaría medidas conciliadoras y que éste estuvo de acuerdo en acceder a sus pretensiones. Pues bien, aquí está la carta, de puño y letra de Bustamante, escrita en Palacio mientras le rodeaban sus enemigos, y que constituye una prueba, si alguna vez es necesaria, de su extremado valor personal y de su ánimo

impertérrito en medio del peligro. Hay algo de «Romano» en estas pocas líneas:

«Señores Ministros: Protesto hallarme completamente sin libertad ni defensa por haberme abandonado las guardias de Palacio; en tal concepto, no se obedecerá ninguna orden mía que sea contraria a los deberes del puesto que ocupo, pues, aunque estoy decidido a morir antes que faltar a mis obligaciones, no será difícil que falseen mi firma. Hagan ustedes entender esto al Congreso y a los generales y jefes que conserven sentimientos de fidelidad y honor.

»Palacio Nacional, julio 15 de 1840.

»*Anastasio Bustamante*».

Los facciosos han presentado al Gobierno las siguientes proposiciones:

«Artículo 1.° No habiendo sido la intención del C. José Urrea y de las fuerzas de su mando atacar de ninguna manera la persona del Presidente de la República, general don Anastasio Bustamante, queda éste repuesto en el ejercicio de sus funciones.

»2.° En uso de sus facultades como tal Presidente de la República, hará cesar los fuegos de las tropas que actualmente hostilizan a las del C. Urrea. Este hará otro tanto por su parte.

»3.° El referido Sr. Presidente, organizando un Ministerio que merezca la confianza pública, se compromete a restablecer en su observancia la Constitución de 1824, convocando luego un Congreso para el preciso efecto de reformarla.

»4.° Bajo estas bases se restablecerá la paz y el orden, y ninguno será molestado por las opiniones que haya manifestado o principios que hubiere sostenido, poniéndose en libertad a los que aun se hallaren presos por sus opiniones políticas».

Almonte, en nombre del Presidente, rechazó estas condiciones; pero ofreció que respetaría las vidas de los *pronunciados*, en caso de que éstos se rindan dentro de las próximas veinticuatro horas. Los jefes del partido opuesto cerraron la puerta a toda reconciliación; pero solicitaron una suspensión de hostilidades, que les fue concedida.

Durante este armisticio, me llevará Adalid esa tarde, en coche descubierto, a visitar a la familia Cortina. Los Adalid abandonaron su casa, porque el sitio se había hecho demasiado peligroso. Otra carta del general Almonte esta mañana. Nada decisivo. Las calles continúan bloqueadas con cañones, las azoteas de las casas y las iglesias están cubiertas de tropas, las tiendas siguen cerradas y la ciudad desierta. La gente paga onzas de oro por cualquier cuchitril en los suburbios, de preferencia por el rumbo de San Cosme.

23.

El Arzobispo invitó ayer a los jefes de los *pronunciados* para una conferencia en el Palacio Arzobispal, a fin de gestionar, con su carácter apostólico, poner término a la efusión de sangre. Se verificó la conferencia y los sediciosos solicitaron una suspensión de hostilidades, y mientras el Prelado comunicaba los resultados al Presidente, el General en Jefe acordó la suspensión. Pero los *pronunciados* violaron la tregua e intentaron sorprender al Presidente y a Almonte en la Ciudadela, saltando las trincheras por la *calle de la Monterilla*. Fueron rechazados con gran mortandad y durante toda la noche hubo un furioso cañoneo. Ahora han pedido parlamentar, lo que se les ha concedido…

En medio de toda esta confusión se ha recibido un pliego del Gobernador de Morelia, en el que informa que puso en fuga a una banda de ladrones que había asaltado una *hacienda*.

Fuimos a Tacubaya, y el único peligro que corrimos fue el de empaparnos, porque todos los días caen con regularidad unos aguaceros que duran poco, pero que son muy copiosos Las nuevas proposiciones de los *pronunciados* son las siguientes:

«1.ª Las fuerzas de uno y otro ejército se retirarán a ocupar posiciones fuera de la capital.

»2.ª Se conviene por las dos fuerzas beligerantes quedar sin vigor las leyes constitucionales del año de 36.

»3.ª Se convocará una convención que dé la nueva Constitución sobre las bases fijadas en el acta constitutiva, que comenzará a regir desde luego.

»4.ª Las elecciones de los miembros de la convención se verificará conforme con las leyes por las que se dirigieron los diputados al Congreso Constituyente.

»5.ª El actual Excmo. Sr. Presidente formará un gobierno provisional, siendo él el jefe, hasta que empiecen a tener su efecto los anteriores artículos.

»6.ª A ninguna persona se molestará por las opiniones políticas manifestadas desde el año 821 hasta la presente; por consiguiente, se respetarán las personas, empleados y propiedades de cuantos hayan tomado parte en esta o en las pasadas revoluciones.

»7.ª Para que tenga efecto el primer articulo, el gobierno facilitará los haberes y demás, necesarios a unas y otras fuerzas».

El Gobierno ha rechazado estas segundas proposiciones, y al mismo tiempo ha hecho saber a todo el pueblo de México que varios desertores del partido opuesto aseguran que los *pronunciados*, incluyendo a sus principales jefes, no hacen más que destruirlo todo en Palacio, que el Archivo General y los de los Ministerios están siendo hechos pedazos y que han tomado los expedientes para hacer cartuchos, etc. Termina acusándoles de estar unidos con los ladrones y salteadores públicos más conoci-

dos, como Ricardo Teo, José Polvorilla, Ramón Chávez, Juan Vega, Rosas, Garcilazo y otros semejantes. Pongo los nombres de estos Dick Turpins y Paul Clifford mexicanos, para el caso de que nos les encontremos algún *beau jour*.

Han llegado más fuerzas de Puebla y Toluca. Santa Anna es esperado en Puebla esta noche, y el general Valencia de nuevo ha exhortado «a los hombres engañados que están en Palacio», para que se arrepientan.

25. Hoy se ha publicado una carta de Santa Anna dirigida al general Victoria, en la que le asegura que a pesar de las consideraciones personales que pudieran detenerle en su residencia campestre, acepta gustoso el mando de la división que va a Perote, y en esto, como en todo, obsequiará las órdenes del Supremo Gobierno. Todo el día de ayer, así como anoche y esta mañana, tiroteo con breves intervalos. Se han emplazado dos morteros frente a la ex Acordada, en la dirección del Palacio, pero todavía no se ha hecho uso de ellos. Una multitud de gentes los están observando.

Las cosas siguen casi en el mismo estado que antes, excepto que hay más desertores del partido revolucionario. Urrea sacó una proclama, en la que acusa al Gobierno de todos los males que han afligido a la ciudad y de todo el derramamiento de sangre causado por esta guerra civil. Se queja, además, de la muerte del doctor Plane, a quien mataron en la *calle del Seminario*, y según dicen ellos, por las tropas del Gobierno. El general Valencia, esta vez sin metáforas y con buenas razones, contesta que la responsabilidad de estos infortunios debe recaer sobre los que provocaron la guerra.

En su Boletín de hoy el Gobierno encomia su propia moderación, por el hecho de haber quitado los derechos aduanales a los

comestibles que se introduzcan a la capital, a fin de evitar que suban de precio, ventaja de la que participan aún los mismos *pronunciados*; menciona sus previsiones para surtir de agua a la ciudad, y las franquicias otorgadas a los *pronunciados* para mandar a sus heridos al Hospital de San Andrés. Niega que el Gobierno tenga alguna incumbencia en los males que acongojan a toda la población, pues su anhelo ha sido siempre el de conservar la tranquilidad y el orden: «y cuando un puñado de facciosos se apoderan de una parte de la ciudad, no tiene otro arbitrio que sitiarlos y hostilizarlos para que se rindan, y no entreguen al saqueo y a las venganzas a los ciudadanos pacíficos». Declara que ya habría podido someterlos, pero que sólo le detiene el temor de ver envueltos en su ruina una multitud de personas inocentes que ocupan los puntos circunvecinos. La conveniencia de esta moderación parece dudosa; mas la sinceridad del Presidente es insospechable. Continúa haciendo hincapié en lo absurdo de que este puñado de hombres pretenda imponer leyes a toda la República, cuando la mayor parte de la nación ha dado pruebas irrefutables de que no desea que las cuestiones referentes a sus instituciones políticas se decidan por la fuerza de las armas.

Mientras que los *pronunciados* declaran por su lado que «existen *pronunciamientos* por todas partes», el Gobierno hace notar que han transcurrido ya once días, tiempo más que suficiente para que todos los Departamentos se hubieran declarado en favor de los que se dicen sus representantes; antes al contrario, nada se ha recibido sino seguridades de fidelidad y apoyo a la causa del Gobierno. Creo que el paquete inglés será detenido hasta el final de todo este conflicto; mas, de no ser así, no debéis sentiros intranquilos por nosotros. Nuestra casa está llena de gente, dinero, joyas, vajillas de plata, y nuestras caballerizas, de caballos y mulas. Entre los diamantes figuran los de la Señora L…, que son muy hermosos, y tenemos cartuchos de oro para poner un banco en San Agustín. No parece que Santa Anna tenga mucha prisa por

llegar. El público le esperaba para el día de mañana, pero acaso piense que aun no le ha llegado su hora.

26.

Se ha publicado hoy la proclama del Gobernador del Departamento de Jalisco, en la que dice: «La nación no puede olvidar que este Urrea, que tantos males ha acarreado a su patria, este fiel amigo de Mr. Charles Baudin y de la escuadra francesa que invadió nuestro territorio, y a la que proporcionó los víveres frescos que necesitaba, es el mismo hombre que ahora se escapa de la prisión para figurar a la cabeza de una asonada cuyos primeros pasos marca con la captura del Excmo. Sr. Presidente». Sigue el tiroteo, pero sin resultado definitivo. Es un ruido al que no puede uno acostumbrarse a oír con indiferencia. Parece que no cabe duda alguna de que, al fin y al cabo, será el Gobierno quien gane la jornada; pero tampoco la hay de que el país permanecerá por bastante tiempo en un estado de patético desorden. Hoy han pegado unos bandos en las esquinas de las calles, en los cuales se prohíbe la entrada y salida a través de las líneas de fuego, desde las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana. Algunos caballeros que viven cerca de nosotros se atreven a venir a vemos al caer de la tarde para hablar de política o jugar al *whist*; aunque es frecuente que en la mitad del juego llegue alguna noticia que les obliga a reintegrarse a toda prisa a su casa y a sus familias. El *Señor...*, un joven español que vive con nosotros, regresaba anoche ya tarde a casa, cuando le dieron el alto los centinelas que hay en la esquina de la calle con el «*¿Quién Vive?*» ya acostumbrado, y por venir muy abstraído respondió maquinalmente: «*¡España!*». Por fortuna el oficial de guardia, comprensivo y con sentido común, en vez de dispararle le advirtió que en lo sucesivo tuviera más cuidado.

El Arzobispo visitó anoche al Presidente en el convento de San Agustín, para interceder a favor de los *pronunciados*. Los morteros no rompieron el fuego contra Palacio, debido, según se dice, al deseo del General en Jefe de evitar mayor efusión de sangre.

Es asombrosa la calma de que ha dado muestras el pueblo soberano durante todo este período. ¿En cuál otra ciudad del mundo se habría abstenido de tomar parte al lado de este o del otro bando? Las tiendas están cerradas, los artesanos carecen de ocupación, hay millares de gente ociosa que vive sabrá Dios cómo, y sin embargo, no han ocurrido motines, no existe confusión ni aparentemente hay impaciencia. Grupos de pueblo se reúnen en las calles, o se detienen a conversar frente a sus puertas y discuten las contingencias; pero esperan las decisiones de sus jefes militares, como si se tratara de un juicio divino contra el cual toda apelación es inútil e impía.

27.

«¡Viva la República Mexicana! ¡Viva el Supremo Gobierno!». Así empieza el *Boletín del Gobierno* del día de hoy, y yo digo *¡Amén!* con todo mi corazón, puesto que nos trae la noticia de que la revolución ha terminado. Lo que particularmente me llama la atención es que en lugar de que el *Boletín* traiga el acostumbrado escudo con el águila, la serpiente y el *nopal*, aparece hoy en su lugar un corcel sin esquilar, volando como nunca lo hiciera caballo mortal alguno, con la cola y la crin en un estado de violentísima agitación, sus cuatro cortos remos a un tiempo en el aire y el jinete con gorra de *jockey*, soplando con furor una trompeta de la que sale una bandera blanca con la palabra *News* y, al parecer, en el acto de saltar sobre un guardacantón en el que está impreso, asimismo en inglés, «*100 to New York*».

«Tenemos», dice el Gobierno «la grata satisfacción de anunciar que la revolución de esta capital ha terminado felizmente. Las tropas y fuerzas sublevadas propusieron en la noche de ayer algunas bases bajo las que ofrecieron deponer las armas, las que, adoptadas con las modificaciones convenientes por el Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército, tendrán hoy su verificativo, quedando restablecido el imperio de las leyes, el orden, la tranquilidad y todas las demás garantías sociales, etc.». Cuevas, Ministro de lo Interior, publica una circular dirigida a los gobernadores de los Departamentos para los mismos efectos, añadiendo que, «en obsequio de sus habitantes y propiedades que exigían el pronto término de esta revolución desastrosa, se han concedido a los sublevados las garantías personales que han solicitado; pero no se ha accedido a ninguna de sus pretensiones, quedando en consecuencia sin otro resultado político la conspiración del 15, que el de haberse manifestado el voto y decisión general en favor del Gobierno, de las leyes y autoridades legítimas». Una circular parecida ha sido publicada por Almonte.

Al llegar a este feliz término, que ha de ser tan placentero para vosotros como lo es para nosotros, debo dar fin a esta carta sólo citando, en mi descargo, lo que decía Madame de Stáel en respuesta a aquello de que «las mujeres no deben ocuparse en la política; quizás así sea, pero cuando a una mujer le van a cortar la cabeza, ¿no es natural que pregunte siquiera por qué?». Lo mismo digo, pues cuando se oyen silbar las balas, y las granadas caen muy cerca, debe considerarse muy lógico y muy femenino investigar las causas de semejante fenómeno.

CARTA XXV

Plan de los federalistas.—Carta de Farías.—Firma de artículos.—Dispersión de los pronunciados.—Condiciones.—Órdenes del general Valencia.—Del Gobernador.—Manifiesto del general Valencia.—Partida de nuestros huéspedes.—El *Cosmopolita*.—Estado del Palacio y de las calles.—Boletín de los combates.—Interior de las casas.—Salida de familias.—Conducta de las tropas.—Condesa del Valle.—Santa Anna.—El Congreso.—Anécdota.—Discusión en el Congreso.—Lepra.

28 de julio.

Hoy ha sido publicado el Plan redactado por los federalistas para la «regeneración política de la República». Observan que hace ya seis años que el sistema federal adoptado libremente por la Nación en 1824, fue reemplazado por otro sistema que monopoliza todos los goces en favor de muy pocos; que los males han llegado ya a un grado que los esfuerzos de unos cuantos hombres, por dotados que fuesen, no podrían remediarlos, lo cual hace necesario para todos los mexicanos que se unan en una sola fuerza combinada y enérgica, para mejorar su situación; que la salvación sólo puede ser esperada de la Nación misma, etc., y en seguida exponen al público su Plan, que consiste en diez artículos.

El primero restaura la Constitución de 24, en tanto se reforma por un Congreso compuesto de cuatro diputados por cada uno de los Estados. Por el segundo, la Constitución reformada se someterá a la sanción de las Legislaturas de los Estados. Por el tercero se comprometen a respetar la religión católica, la forma de gobierno representativo, la división de poderes, la libertad política de la imprenta, la organización de la fuerza terrestre y naval, y la igualdad de derechos civiles entre todos los habitantes del territorio nacional. Por el cuarto se establece en la capital un gobierno provisional, cuyas funciones se limitarán exclusivamente a dirigir las relaciones exteriores de la República. Por el quinto, este gobierno provisional se depositará en un mexicano que reúna los requisitos establecidos para este encargo en la Constitución de 24. Por el sexto, la República se compromete a devolver el diez por ciento aumentado al derecho de consumo pagado hasta hoy. Por el séptimo, a los ocho meses de haber triunfado la revolución presente, quedarán suprimidas las aduanas interiores, y no podrán desde entonces cobrarse ni imponerse contribuciones sobre la circulación interior de los efectos domésticos ni extranjeros. Por el octavo se garantizan los empleos militares y civiles a los que no contraríen la regeneración política de la República. Por el noveno, el ejército será pagado con la mayor puntualidad. Por el décimo, se olvidan todos los errores políticos en que se hubiese incidido desde que se hizo la Independencia; y a los nombres de Farías y Urrea les siguen una larga lista de Generales, Coroneles, etc.

También se ha publicado una carta de Parías, en la que rechaza indignado la especie de que el partido federalista hubiese amenazado en tomar el servicio de oro y plata de la Catedral, y se acompaña otra del Arzobispo en la que no sólo niega dichas circunstancias, sino que expresa su satisfacción por el respeto de los federalistas a los conventos que ocuparon y a sus individuos y religión, y a todo lo perteneciente a la Iglesia.

En la noche del 26 se firmó la capitulación por ambas partes. El general Valencia recibió una carta del general Andrade, en donde le manifiesta que por haberse separado del mando de las tropas el general Urrea, y asumiéndolo él, estaba en el caso de ratificar, como lo hacía, a nombre de todos los jefes y oficiales, el convenio estipulado el día anterior en la noche. Esto ocurría a las tres de la mañana, y cerca de las ocho se anunció la capitulación a los *pronunciados* en los diferentes puntos que ocupaban, con lo que en grupos empezaron a dispersarse en varias direcciones, gritando: *¡Viva la Federación!* A las dos menos un cuarto, el general Manuel Andrade se puso en marcha, con todos los honores de la guerra, hacia Tlalnepantla, seguido por los *pronunciados* de Palacio.

Esta mañana, a las once, se cantó un *Tedeum* en la Catedral, con la presencia del Arzobispo, el Presidente y todas las autoridades. Las campanas, que habían permanecido en un silencio de mal agüero durante todos estos acontecimientos, se oyen repicar ahora en un gran cisma de badajos. Como el Palacio ha quedado maltrecho por las balas, y se halla en un estado de gran desorden, el Presidente y sus Ministros ocupan varias celdas en el convento de San Agustín.

Los federalistas evacuaron la plaza bajo las siguientes condiciones:

1.ª Se garantizan en todo el sentido de la palabra las vidas, personas, empleos y propiedades de los sublevados, entendiéndose respecto a los empleos dados por el Supremo Gobierno.

2.° El general Valencia, de todos los modos legales posibles, ofrece interponer su influjo con el Gobierno General para que se pida a las Cámaras se proceda a las *reformas* de la Constitución.

3.° Se echa un olvido total en todos los sucesos políticos ocurridos desde el 15 del presente hasta la fecha, pudiendo acogerse

a este convenio las fuerzas que se hubieren adherido al plan verificado en esta capital el referido día 15 del corriente.

4.° Se franqueará pasaporte para fuera de la República a cualquiera individuo de los comprometidos en este convenio, siempre que lo solicite, aun cuando tenga *causa pendiente* por opiniones políticas.

5.° Las tropas pronunciadas saldrán a situarse donde les demarque el general Valencia, destinando este señor el jefe de los pronunciados que deba mandarlas, el que será responsable de cualquier desorden.

6.° El general Valencia y los generales de su ejército se comprometen por su honor ante el mundo entero a hacer que este Convenio sea fielmente cumplido en todas sus partes.

7.° Este Convenio será extensivo a todos los mexicanos.

8.° Este Convenio, tan luego como sea ratificado por los jefes de ambas fuerzas, tendrá su puntual cumplimiento, quedando suspensas las hostilidades hasta las seis de la mañana, tiempo en que se calcula que pueda quedar ratificado.

Bien podría exclamar el Presidente: «Otra victoria como ésta y estoy perdido». El general Valencia ha ordenado que en el ínterin no se verifica la salida de las fuerzas federalistas, no se permitirá grupo alguno que pase de cinco individuos, que entre tanto no se podrá traficar libremente en las calles; que las tiendas de comestibles no podrán abrirse hasta las tres; sin ser extensiva esta medida a las vinaterías, que lo verificarán, como es costumbre, desde mañana; y que la policía y los alcaldes de los barrios se harán responsables del cumplimiento de dichas disposiciones, y podrán auxiliarse de la fuerza armada encargada de la conservación del orden.

El Gobernador ha puesto en vigor estas órdenes, con algunos aumentos. El toque de queda se dará a las nueve de la noche, desde cuya hora, ninguna persona podrá andar por las calles sin ser

reconocida por las rondas. Todo individuo que tenga en su poder fusiles, carabinas, etc., debe presentarlas al alcalde, so pena de una fuerte multa, y nadie, excepción hecha de los militares, podrá andar a caballo dentro de la capital en estos cinco días, desde las cinco de la tarde hasta las siete de la mañana.

El general Valencia ha dirigido una patética proclama a sus soldados, y les anuncia que de hoy en adelante todas las madres, esposas y ancianos les señalarán cuando pasen, diciendo: «Allí van nuestros libertadores». Y añade: «Me siento orgulloso al dirigirme a vosotros». Y dice más adelante: «¡Habitantes de esta hermosa capital! La aurora del 15 de julio en nada se parece a la del 27: aquélla pronosticaba estragos, y ésta amaneció anunciando venturas. Ya no volveréis a escuchar el estallido del cañón, sino para celebrar los triunfos de la Patria, o cuando solemnicéis sus funciones cívicas». Y yo añado: que tus palabras sean proféticas y, esto es lo principal, que tú mismo puedes ayudar a su cumplimiento.

29. Se fueron todos nuestros huéspedes, menos *Monsieur* Mercier, pues aunque está ya restablecido, aun no puede moverse. Han sido devueltos a sus legítimos dueños, todo el dinero, las vajillas de plata y las joyas que nos habían confiado; y los colores españoles, que nunca fueron izados, volvieron a su acostumbrada oscuridad. He vuelto a abrir el piano, despojo el arpa de su funda y la estoy afinando, y porque hemos estado encerrados casi durante estos trece días de un tiempo maravilloso, me regocijo ante la perspectiva de que pronto volveremos a salir. Hasta el presente no he visto cómo están las cosas en la ciudad, pero el «Cosmopolita» dice lo siguiente: «La pluma de Jeremías quisiéramos tener para describir la desolación y calamidad de esta ciudad que ha sido la señora del Nuevo Mundo. En los días de luto que acaban de pasar no podíamos fijar nuestros ojos en parte en que

no encontrásemos muerte, llanto y desolación. El Palacio está hecho una criba, y el baluarte del Sur destruido. La parte del *portal* que queda por el rumbo de la *Monterilla*, está arruinada: los mejores edificios del centro han padecido muchísimo; innumerables casas que están a grandes distancias también han quedado muy lastimadas por balas perdidas. Personas de todas clases, edades y condiciones que en nada se metían, han muerto no sólo en las calles, sino aun en sus mismos aposentos: balas han cruzado en todas direcciones y el riesgo ha sido universal. La ciudad ha estado a oscuras en estas noches, sin patrullas ni rondas, y muchos malhechores han aprovechado la ocasión de clavar el puñal homicida sin riesgo y con alevosía. Al rayar la aurora se han presentado los funestos espectáculos de grupos de perros que se disputaban los restos de un hombre, de una mujer o de un niño».

1.º de Agosto. Acabo de llegar después de un paseo por la ciudad. En qué melancólico estado se encuentran el Palacio y las casas circunvecinas. El Palacio, con sus innumerables ventanas convertidas en boquetes y sus paredes en criba, parece como si hubiera quedado ciego de resultas de la viruela. Ventanas rotas y paredes llenas de agujeros dan una fisonomía peculiar a todas las calles de ese rumbo; pero, no obstante, el daño real es menor de lo que hubiera podido esperarse, después de tales furiosos tiroteos y cañonazos.

De haber hecho caso de las noticias publicadas y de la verdad de los relatos orales, habría uno temido encontrarse media ciudad en ruinas. He aquí la cuenta de los combates que acaba de aparecer: El 15, tiroteo desde las dos hasta el siguiente día. El 16, tiroteo ininterrumpido hasta la una; intermisión hasta las cuatro. Tiroteo desde esta hora, sin parar, hasta el día siguiente. El 17, tiroteo desde el alba hasta la noche. El 18, se rompió el fuego desde la mañana hasta el atardecer. El 19, tiroteo continuo. En

los últimos cuatro días han emigrado muchas familias. El 20, tiroteo constante todo el día. Encuentro en la garita de San Lázaro. El 21, sigue el tiroteo, aunque con menor intensidad, pero se reanudó en la noche con más fuerza que nunca, 22, día en que se celebró la junta en el Palacio del Arzobispo. El fuego empezó a las once de la noche, y se sostuvo hasta la mañana. 23, tiroteo hasta el medio día. Parlamento. 24, horroroso tiroteo, encarnizado ataque y fuego de fusilería hasta la mañana. 25, tiroteo hasta la tarde. 26, tiroteo desde las seis de la mañana hasta las dos. Capitulación esa misma noche.

Como «cada bala tiene su destino», todas deben haberse alojado en alguna parte. Claro está que no se habla de otra cosa y cada quien tiene algún sucedido que contar. Son muchas las casas en las cuales es difícil vivir ahora; vidrios, cuadros, relojes, el yeso, todo se encuentra hecho pedazos por el suelo; con agujeros en los techos y en las paredes por donde pasaron esos alados mensajeros de la destrucción. En ocasiones, las señoras y los niños huyeron por las *azoteas* que corren a lo largo de las calles, de azotea en azotea, sólo detenidos en los puntos en donde se emplazaban los cañones. Así se escapó la Señora…, con sus seis hermosos niños, hasta la casa de su hermano, en una noche de furioso tiroteo. Estuve hoy en la sala de su casa y me di cuenta del deplorable estado en que todo se halla; el piso cubierto de montones de yeso, los cuadros hechos trizas, balas, vidrios rotos, etc., las ventanas arrancadas y en las paredes boquetes como hechos aposta para meter en ellos el tubo de una estufa.

Los soldados de ambos partidos que ocuparon las azoteas de las casas se comportaron con gran cortesía; sus oficiales, en repetidas ocasiones, rogaban a las familias que en caso de alguna insolencia de parte de los soldados, presentasen de inmediato sus quejas. Mas no puede haber cortesía capaz de garantizar, en estos casos, la seguridad de los moradores.

Las pobres monjas tuvieron un miedo horrible y han pasado estas noches tormentosas en oración y en cánticos que podían ser oídos a medianoche, cuando cesaba el tiroteo, por todos aquellos que viven cerca de sus conventos.

Fui a visitar a la Condesa del Valle, y me enseñó un enorme agujero hecho en la pared junto a su cama, a través del cual una granada hizo su *entrée*. Los fragmentos, que todavía se podían ver en el suelo, son tan pesados que no me fue posible levantarlos. En el principio de esta calle todos los vidrios de las ventanas están hechos añicos. Sin embargo, se han abierto todas las tiendas, y la gente se encamina de nuevo a sus ocupaciones habituales como si nada hubiera pasado; y lo más probable es que de toda esta confusión y ruina sólo resulte un cambio de Ministerio.

Santa Anna, dándose cuenta de que no se le deseaba, se ha retirado modestamente a Manga de Clavo, y ha dirigido la siguiente carta al Ministerio de la Guerra:

«El triunfo que las armas nacionales acaban de lograr contra las horrorosas tentativas de la anarquía, que V. E. me comunica en nota de 27 del corriente, es muy digno de celebrarse por todo ciudadano que estime en algo el bienestar de la patria, siempre que la vindicta pública haya quedado satisfecha, como lo supongo, y en tal concepto sea una y mil veces enhorabuena. Esta división, aunque poseída del sentimiento de no haber participado en ésa de los riesgos de nuestros compañeros de armas, se goza en aquel feliz suceso, y espera que ahora la energía y una saludable severidad afianzarán para siempre el orden, y comenzará una era de felicidad para la patria. Tan fausto suceso ha sido celebrado aquí, en la fortaleza, y en Tepeyahualco, donde estaba ya la primera brigada que he mandado contramarchar, con demostraciones de júbilo.

»Ansiosamente deseo recibir los pormenores que V. E. ofrece comunicarme, para en caso de haber cesado enteramente el peli-

gro volverme a mi hacienda, separándome del mando de estas tropas que V. E. me ordena conservar aquí.

»Con los sentimientos del más vivo gozo, por la cesasión de los males de esa capital, reitero a V. E. los de mi particular aprecio.

»Dios y libertad. Perote, julio 29 de *1840.—Antonio López de Santa-Anna*».

Han vuelto a abrirse las Cámaras. Los ministros se han presentado en la Cámara de Diputados, y el general Almonte, que por cierto nunca fue hecho prisionero, como se dijo al principio, dio cuenta de haberse terminado la revolución. Este militar había salido a dar una paseo temprano en la mañana, cuando el general Urrea, con algunos soldados, le atajó y le pidió su espada, diciéndole que el Presidente había sido arrestado. Por toda respuesta Almonte desenvainó su espada y abrióse paso a través de los que le rodeaban, y a galope tendido se dirigió a la Ciudadela. Urrea, al pasar poco después frente a la casa de Almonte, quitándose el morrión con suma cortesía, saludó a las señoras de la familia, a quienes manifestó sus deseos de que estuvieran bien e hizo algún comentario acerca del buen tiempo. Cuál no sería su asombro, cuando al rato, oyeron los pormenores del lance.

Madame Ciprey y su hija se encontraban en las afueras montando a caballo, en la mañana en que estalló la revolución, y galoparon angustiadas hacia su casa.

7. Prolongada discusión hoy en la Cámara acerca de la conveniencia de otorgar facultades extraordinarias al Presidente; se han publicado asimismo las proclamas lanzadas por Gómez Farías durante la revolución. Habla con confianza plena acerca de la consecución del movimiento. En la primera hace hincapié que el general Urrea, con la mayor parte de la guarnición de la capi-

tal y el pueblo de ella, se han pronunciado por el restablecimiento del sistema federal, y por una feliz combinación de circunstancias se han posesionado del Palacio y han hecho prisionero al Presidente; que las tropas se han pasado a su bando durante todo el día, y que el triunfo de los federalistas es de tal manera seguro, que no le cabe la menor duda de que la mañana siguiente contemple restablecidos el federalismo y el orden. Las diferentes versiones de los dos partidos resultan, más bien, divertidas. Se dice que Gómez Farías se oculta en México…

8. Fui hoy a devolver una visita en donde la señora de la casa es leprosa, aun cuando se presume que todos los que sufren esta desgracia se les manda al Hospital de San Lázaro…

Antes de almorzar tuvimos tiempo de ir a caballo hasta la vieja iglesia de la Piedad, y a nuestro regreso encontramos un atado de cartas de Londres, París, Nueva York y Madrid. La llegada del paquete inglés, que nos trae todas estas *nouveautés*, es quizá uno de los acontecimientos más notables que ocurren aquí.

CARTA XXVI

Visitantes.—Virgen de los Remedios.—La *Encarnación*.—Temores de las monjas.—Santa Teresa.—Temporada de lluvias.—Escena divertida.—«*Está a la disposición de usted*».—Sinceridad mexicana.—Buques texanos.—Hermoso cabello.—Maestra de escuela.—Clima.—Sus efectos.—Nervios.—«*Tour de force*».—Aniversario.—Discurso.—Paseo.—San Ángel.—Tacubaya.—Ejército de las «Tres Garantías».—Plan de Iguala.—Un asesinato.—Cortesía india.—Embriaguez.—Señor Cañedo.—Revoluciones en México.—El Peñón.—Los baños.—El General…—Situación y panorama.—Familia india.—Las fuentes termales.—Capacidades.—Soledad.—Chapultepec.—Los Desagravios.—Penitencia en San Francisco.—Disciplinantes.—Prédica del fraile.—Oscuridad y horrores.—Salmagundi.

30 de agosto.

En el mundo político no ha ocurrido nada digno de ser mencionado, y por el momento no hay cambio de Ministerio. Ayer por la mañana se fue Calderón, en coche de seis caballos, al valle de Toluca, situado a unas dieciocho leguas de México, con un rico español, el *Señor* Mier y Terán, que posee allí una gran *hacienda*.

El domingo pasado por la mañana, y por ser el primer domingo después de la revolución, tuvimos, entre señoras y caballeros, cuarenta visitantes: ingleses, franceses, españoles y mexicanos. Pocas veces he visto reunido en el mismo aposento tal variedad de vestidos y de idiomas. Y qué de anécdotas no se contaron a propósito del *pronunciamiento*. Serias algunas, ridículas otras, juntas, formarían un volumen. El Barón de Normoso acaba de dejar esto para ir a la vuestra parte del mundo. De él escucharéis las últimas nuevas de esto y de nosotros.

Por la gran necesidad de lluvias trajeron a la Virgen de los Remedios; pero como todavía en la superficie de las aguas, tan agitadas últimamente, se observan aún algunos ligeros rizos, se hizo la traslación casi en secreto. Acababa yo de alistar unos reposteros de terciopelo y de seda para colgarlos en los balcones, cuando me enteré de que la procesión había tomado por la calle que corre a espaldas de la nuestra.

No hace mucho fui a visitar a las monjas de la Encarnación con el objeto de enterarme cómo habían pasado los días de alarma, pues su convento, ocupado por los soldados, estuvo en el centro de los tiroteos. Me recibió una figura cubierta de pies a cabeza con un doble velo de crespón, que mostró gran alegría por haberme vuelto a «ver», y me dijo que era una de las *madres* que nos recibieron la vez anterior. Me habló, horrorizada, de la última revolución y del miedo y las angustias que pasaron, con soldados dentro del convento y sus oraciones interrumpidas por las andanadas de los cañones. Gracias a la intercesión de la Virgen no ocurrieron accidentes; pero, añadió, si hubiesen traído más pronto a la Virgen de los Remedios, todos estos desórdenes nunca habrían llegado a producirse.

De allí me fui al convento de Santa Teresa, donde no vi a nadie; sólo departí con una serie de «voces», desde el penetrante tiple de la anciana *Madre Priora*, hasta la alegre y bien timbrada voz de mi amiga la *Madre A…* Hay un no sé qué de extraño en

ese modo de enviar la voz hacia una región desconocida y escuchar después la respuesta de sus invisibles moradores. Todavía no he podido entrar al interior de este convento; pero ahora que se han solucionado las dificultades, cuando menos transitoriamente, confío en que el Arzobispo será tan bondadoso en concederme su autorización para hacerlo.

La estación de las lluvias está ahora en su apogeo, esto es, que llueve a torrentes todas las tardes, pero las mañanas son bellísimas. El lado desagradable es que los caminos están tan malos que nuestros paseos a caballo por los alrededores se hacen penosos. Tal parece que caballo y jinete han tomado un baño de lodo después de cada una de nuestras excursiones. Es muy divertido ponerse a la ventana a eso de las cuatro y ver cómo los tremendos y repentinos aguaceros van atrapando por sorpresa a las gentes. En menos de cinco minutos las calles se vuelven ríos, y las canoas serian más útiles que los carruajes. *Cargadores* hercúleos están siempre dispuestos para pasar al otro lado de la calle a los muy engalanados caballeros o damas a quienes ha sorprendido el diluvio. Cocheros y lacayos tienen listas sus grandes capas de hule, y todos los de a caballo llevan sus *sarapes* enrollados detrás de la silla, con los cuales, y con sus relumbrantes sombreros de cuero, pueden desafiar la tormenta. Confiados en que escampe por casualidad, lo que sucede a veces, las gentes siguen saliendo a sus visitas por las tardes; pero esto es someter a los cocheros y a los caballos a una gran crueldad, a menos que la visita sea en una casa que tenga *porte-cochère*, como tienen muchas, entre ellas la nuestra.

1.º de septiembre. Discusión esta mañana con un inglés que se queja amargamente de la falta de sinceridad de los mexicanos. Creo que la causa principal de semejante queja por parte de los extranjeros, consiste en atribuir una trascendencia, que no tiene,

a esta frase: «*Está a la disposición de usted*». Todo es puesto a vuestro servicio: la casa, el coche, los criados, los caballos, las mulas, etc. Las arracadas de las señoras, el alfiler de corbata de los caballeros, el traje de los niños. Si admiráis una sortija, ella será puesta a vuestra disposición; si un caballo, lo mismo. Las cartas están fechadas *de la casa de usted*. Algunos por ignorancia de esta costumbre, y otros por bellaquería, sacan ventaja de estos ofrecimientos, que sólo son manifestaciones de fineza, ante el desconcierto y compromiso del cortés «oferente», el cual no tiene mayores deseos de que se le crea que los que vosotros tenéis cuando, al usar una fórmula de elemental educación, os suscribís como muy humildes servidores de aquellos que más os fastidian. Esto no es más que un hábito, y decir que los que le tienen están faltos de sinceridad me recuerda al italiano mencionado en alguna parte por Lady Blessington, que creyó haber hecho la conquista de una guapa inglesa, pero que no dejó de asombrarse por su descaro cuando, en una esquela que por pura fórmula ella le dirigió, antepuesto a su firma «Truly yours». ¡Nunca podré olvidar la estupefacción retratada en el semblante de un caballero mexicano que acababa de comprar un hermosísimo juego de arneses de Londres, y que al escuchar las exclamaciones de admiración de un francés, le contestó con el acostumbrado: «Están enteramente a la disposición de usted», que tuvo como respuesta una retahíla de caravanas y la aceptación sobre la marcha de lo que se le ofrecía! La única dificultad de nuestro francés se redujo en si podría o no llevárselos a la casa debajo de su capa; y así lo hizo.

Si tuviéramos que creer al pie de la letra los ofrecimientos a que obliga la etiqueta mexicana, cuando nos dice, por ejemplo: «No olvide usted que estoy aquí sólo para servirle». «Mi casa y todo lo que hay en ella está enteramente a su disposición». «Mándeme usted en todo», es natural que nos sentiríamos decepcionados al darnos cuenta de que no obstante estas ofertas tan reiteradas, debemos alquilar casa y aun tomar criados para que nos sir-

van; pero tomad estas expresiones por lo que valen, y creo hemos de llegar a la conclusión de que las gentes de aquí son tan sinceras como pueden serlos sus vecinos.

8. Se hacen muchas conjeturas a causa de cuatro buques texanos que cruzan los mares frente a la bahía de Veracruz. También se habla mucho de política, en la que no me meto, pues ya no tengo la excusa de *Madame* Staël, para hacerlo; pero, dicho sea de paso, es la política un tema acerca del cual casi todas las mujeres mexicanas están muy bien enteradas, con un conocimiento práctico que es el mejor de todos, como una lección de Geografía aprendida viajando. Me temo que vivamos en un Paraíso Perdido que no será recobrado en nuestros días.

Atrae mi atención, mientras escribo, una hermosa muchacha que acaba de salir al balcón de la casa de enfrente, con un cabello dorado oscuro, que le cae exuberante hasta los pies. No abunda aquí este color, en donde las mujeres suelen tener el cabello largo y hermoso, y rara vez o casi nunca rizado. Nos hizo mucha gracia el otro día, al pasar ante una escuela de niños, que ocupa una de las habitaciones del primer piso de la casa del *Señor*... ver a la maestra paseándose de arriba a abajo silabario en mano, con un *deshabillé* no muy elegante, y arrastrando por el piso su larga y suelta cabellera que recogía cada vez que daba vuelta, a la manera de un traje de Corte...

Me preguntáis, pensando en Kate, en lo tocante al clima. Gozando, como ella goza, de perfecta salud, me parece excelente; y aun una persona de constitución delicada con sólo viajar unas cuantas horas se encuentra en la *tierra caliente*. Este clima es el de los trópicos, pero a una altura de varios miles de pies sobre el nivel del mar; en consecuencia, la atmósfera es delgada y purísima y, en general, afecta la respiración al principio. Algunos sienten

una opresión en el pecho. De mí sé decir que bien poco lo he sentido, si no es que nada; y de todos modos esta sensación desaparece, poco más o menos, al cabo de un mes. Hay una tendencia general a las irritaciones nerviosas y a los padecimientos inflamatorios, y en septiembre y octubre, a causa de las copiosas lluvias y de los lagos desecados sobre los cuales está construida una parte de la ciudad, se dice que abundan los casos de fiebres intermitentes. Desde 1833, en que el cólera causó terribles estragos, no se ha presentado ninguna otra epidemia. Es cierto que la peste de la viruela ha adquirido mucha fuerza últimamente; pero ello se debe a la desidia del común del pueblo, o más bien al prejuicio que tienen en cuanto a vacunar a sus hijos.

Los achaques nerviosos de las señoras son una fuente de ganancias sin fin para los hijos de Galeno, porque parecen incurables. Como no tengo ninguna experiencia personal en estas dolencias, hablo sólo por lo que he visto en los demás. Me parece que la única falla de este clima consiste en su inalterable monotonía; grave inconveniente para abordar una conversación sin importancia. El diluvio de todas las tardes no es sino el baño diario de la tierra, del cual vuelve a surgir, como Venus del mar, más hermosa y fresca que nunca.

Calderón regresó de Toluca al cabo de ocho días de ausencia. Todo el mundo acude al teatro, a pesar de la lluvia, para ver a unos españoles que están haciendo *tours de force*.

16. Celebración del Día de la Independencia, aniversario del *Glorioso Grito de Dolores* dado el 16 de septiembre de 1810, o sea de la Revolución que empezó hace treinta años el cura del pueblo de Dolores, en la provincia de Guanajuato. «Muy fácil es», dice Zavala en uno de sus más certeros comentarios, «poner en

combustión un país cuando hay elementos de discordia; pero las dificultades de su reorganización son indefinidas».

El general Tornel pronunció un discurso en la Alameda. Salieron a la calle todas las tropas, y se veían muchos oficiales, monjas, sacerdotes y señoras muy bien vestidas. Nos fuimos a oír el discurso pero desde la casa de los Escandón presenciamos el desfile que estuvo muy lucido. La fila de coches era tan larga, que creí que no llegaríamos nunca. Cuando todo terminó, nos paseamos por la Alameda, donde se habían instalado unos puestos para la circunstancia, y de los árboles colgaban flores y guirnaldas. El Paseo, por la tarde, estuvo muy alegre; mas no podría decir que se advirtiera mucho entusiasmo o espíritu cívico. Dicen que la Junta nombrada en estas ocasiones para la preparación de las festividades, se enfrenta con la dificultad de reunir fondos para ellas.

19. Fuimos ayer a San Ángel. De los alrededores de México, este pueblo es uno de los más hermosos, y en la *hacienda* que en sus aledaños posee el *Señor* Tagle, pasamos el día. La lluvia ha puesto casi intransitables los caminos, y la campiña que rodea a la capital debe corresponder, más que en ningún otro tiempo del año, a la descripción que nos dejó Cortés. Un trozo del camino cercano a la *hacienda* se encuentra enteramente destruido. Quiso el dueño de la casa repararlo; pero le reclamaron los indios que pretenden esas tierras y no se lo permitieron, no obstante que les ha ofrecido tender de su propio peculio un puente sobre un arroyo que por allí pasa.

24. Hemos pasado un día muy agradable en Tacubaya, y comimos con *Monsieur* S…, quien dio una fiesta para celebrar el

santo de su esposa.

27. Solemne fiesta por ser el aniversario del día en que el ejército llamado *trigarante* (de las tres garantías) entró en México, y con Iturbide a la cabeza. El famoso plan de Iguala (así llamado por haber sido proclamado en esa ciudad) se llamó también plan de las tres garantías: libertad, unión y religión, ofrecido como una seguridad para los españoles, contra quienes se han ejercido tantas crueldades. El repique de las campanas y los cohetes se han dejado oír toda la mañana, y en la tarde una corrida de toros, seguida de la presentación de unos «tours de force» de los españoles que ya he mencionado y que aquí les llaman, vulgarmente, «Los Hércules», y que acaban de estar en casa para ofrecernos un palco en la *Plaza*.

El Plan de Iguala era, sin duda alguna, el único medio por el cual España pudiera conservar sus dilatadas y distantes posesiones. El Tratado de Córdoba que lo sancionó, fue firmado en esa ciudad por el general español O'Donojú y don Agustín de Iturbide, en agosto de 1821, y consistía de diecisiete artículos.

Por el primero, México se reconocería por nación soberana e independiente, bajo el titulo de Imperio Mexicano.

Por el segundo, el gobierno sería monárquico constitucional.

Por el tercero, llamaríase a reinar en el Imperio Mexicano a don Fernando VII, rey católico de España, y por su renuncia o no admisión, su hermano el infante don Carlos; y bajo las mismas circunstancias, a cada uno de sus hermanos en sucesión.

Por el cuarto, el Emperador debía de fijar su corte en México, como capital del nuevo Imperio.

Por el quinto, dos comisionados nombrados por O'Donojú pasarían a las Cortes de España a poner en las reales manos copia del Tratado, y para que sirviera a S. M. de antecedente, mientras

las Cortes del Imperio pudieran ofrecerle la Corona con todas las formalidades, y suplicando a S. M. se dignara noticiarlo a los infantes llamados por el mismo artículo por el orden que en él se nombran; interponiendo su benigno influjo para que fueran unas personas de su augusta casa las que vinieran a este Imperio, para el interés de la prosperidad de ambas naciones, y por la satisfacción que recibirían los mexicanos en añadir este vínculo a los demás de amistad con que podrían y querían unirse a los españoles.

Por el sexto, se nombraría una *Junta* compuesta de los primeros hombres del Imperio por sus virtudes, por sus destinos, por sus fortunas, etc., cuyo número fuera bastante considerable para que la reunión de luces asegurara el acierto en sus determinaciones.

Por el séptimo, la *Junta* se llamaría Junta Provisional Gubernativa.

Por el octavo, O'Donojú formaría parte de la *Junta*.

Por el noveno, la Junta nombraría un Presidente.

Por el décimo, la Junta informaría al público de su instalación y motivos que la reunían.

Por el undécimo, la Junta habría de nombrar una Regencia, compuesta de tres personas en quienes residiera el Poder Ejecutivo y que gobernaría en nombre del monarca, hasta su llegada.

Por el duodécimo, la *Junta* gobernaría interinamente conforme a las leyes vigentes en todo lo que no se opusiera al Plan de Iguala, y mientras las Cortes formasen la Constitución del Estado.

Por el decimotercero, la Regencia, inmediatamente después de nombrada, procedería a la convocación de Cortes, conforme al método que determinase la Junta Provisional.

Por el decimocuarto, el Poder Ejecutivo residiría en la Regencia; el Legislativo, en las Cortes; pero como tenía que mediar al-

gún tiempo antes que éstas pudiesen reunirse, ejercería la Junta el Poder Legislativo.

Por el decimoquinto, toda persona que perteneciera a una sociedad, alterado el sistema de gobierno, o pasando el país a poder de otro príncipe, quedaba en el estado de libertad para trasladarse con su fortuna a donde le conviniera, etc., etc.

Por el decimosexto, no tendría lugar la anterior alternativa respecto de los empleados públicos o militares, que notoriamente fueran desafectos a la Independencia Mexicana, sino que éstos saldrían del Imperio, dentro del término que la Regencia prescribiera, etc., etc.

Por el decimoséptimo, siendo un obstáculo a la realización de este Tratado la ocupación en la capital por las tropas de la Península, se hacía indispensable vencerlo; pero como el primer jefe del ejército imperial, uniendo sus sentimientos a los de la nación mexicana, deseaba no conseguirlo con la fuerza, para lo que le sobraban recursos, don Juan O'Donojú se ofrecía a emplear su autoridad, para que dichas tropas verificasen su salida sin efusión de sangre y por una capitulación honrosa. Este Tratado fue firmado por Iturbide y O'Donojú.

¿Cuál habría sido el resultado para México de haberse llevado a efecto el Plan de Iguala? ¿Cuáles son las presentes condiciones del país?

Por ser hoy domingo, día festivo, un hombre fue asesinado junto a nuestra puerta a consecuencia de una riña provocada, muy probablemente, bajo la influencia del pulque o más bien del *chinguirito*. Si no fuese porque tan a menudo todo termina en mortales pendencias, nada habría tan divertido como observar la manera en que los indios se van poniendo, por grados, a medios pelos. Se muestran al principio muy corteses, al ofrecer el jarro de pulque a sus lindas compañeras (la palabra linda debe tomarse aquí en un sentido general o *Pikwekian*); se quitan siempre el

sombrero al saludarse cuando se encuentran, y si es una mujer, le besan la mano con humilde reverencia como si fuera un duquesa; mas estas mismas mujeres serán de seguro el motivo de una reyerta y saldrán a relucir estos horribles cuchillos… y entonces, *¡adiós!*

Es imposible concebir que nadie pueda superar la humildad y la cortesía de la gente pobre del campo. Hombres y mujeres se detienen para darnos los buenos días; ellos, sombrero en mano, y todos mostrando sus blancos dientes mientras sus rostros se iluminan con alegre y confiada bondad. Siento decir, sin embargo, que ahora muchas mujeres se achispan tanto casi como los hombres y que regresan a sus casas después de una fiesta haciendo eses por las calles, doblando así la distancia hasta su pueblo.

El *señor* Cañedo, Secretario de Estado, ha anunciado formalmente su intención de renunciar. La verdad es que en los momentos actuales nada tiene de envidiable la situación de un Primer Ministro de México, y cuanto más distinguida y sagaz sea la persona, mas claramente se apercibe de la imposibilidad de remediar los males sin cuento que se acumulan en el horizonte político. «Desde la Independencia», dice el Señor de…, «una revolución ha sucedido a otra revolución, y hasta el presente no se ha podido constituir un gobierno estable. De haberlo logrado, México habría ofrecido a nuestros ojos un fenómeno desconocido hasta ahora en el mundo: el de un pueblo que, sin preparación anterior, pasa sin transición a gobernarse por sí mismo mediante instituciones democráticas».

28. Estuvimos en el Peñón, un manantial de aguas naturales que salen en estado de hervor, y en donde hay unos baños que se consideran como remedio universal, digamos una piscina de Bethseda, pero recomendados en particular para las dolencias reu-

máticas. Los baños forman un cuadrilátero de edificios bajos labrados en piedra, con una iglesia; cada edificio contiene cinco o seis cuartos vacíos, en uno de los cuales hay un baño en forma cuadrada. Parece que se pensó en levantar viviendas para varias familias, pues cada baño tiene una cocina aneja. Como la mayor parte de las «grandes ideas» de los tiempos de los españoles, los baños se encuentran en un estado de total desolación, aun cuando todavía la gente acude a ellos en busca de alivio para diversos padecimientos. Cuando viene uno a bañarse, es necesario llevar consigo un colchón para acostarse en él después del baño, ropa blanca, una botella de agua fría, pues no se encuentra una gota de agua en el lugar, y la que es muy conveniente para los enfermos en caso de un desmayo; en fin, hay que llevar todo lo necesario. Vive allí una pobre familia que cuida los baños y en una pequeña taberna venden aguardientes y pulque, y de vez en vez viene un *padre* a decir misa el domingo en la vieja iglesia.

Fue muy divertido encontrarnos con el General… y a su familia, que había traído en su coche un cargamento de vituallas, además de colchones, sábanas, etc. El camino del Peñón corre a través de la llanura más desolada que puede imaginarse. Detrás de los barios hay dos cerros volcánicos; y el panorama de México y de los grandes volcanes que desde allí se registra, es magnífico. Una absoluta soledad rodea a estos edificios; árboles no los hay en torno; rocas de lava a nuestras espaldas; México enfrente; los grandes lagos, cerca; a la derecha, Guadalupe, y a la izquierda, San Ángel, San Agustín y las montañas que abrazan el Valle. Vive aquí una familia india cuyos individuos son de una belleza salvaje; y la muchacha que me sirvió de bañista se expresaba en una extraordinaria jerigonza, mitad en español y mitad en mexicano, pero en cambio sus facciones eran el más fino ejemplo de la hermosura de su raza. El agua es caliente en exceso, y mi curiosidad de probar su temperie quedó muy pronto satisfecha.

Se dice que estas fuentes termales contienen sulfato de cal, ácido carbónico y muriato de soda. Cerca de ellas es donde los indios fabrican la sal como lo hacían en los tiempos de Moctezuma, sin otra variación, según nos informa Humboldt, que en aquella época usaban vasijas de barro y en la actualidad emplean calderas de cobre. Estos baños solitarios están ornamentados con unas raras cabezas de gatos o de monos que nos contemplan haciendo muecas, a la vez siniestras y ridículas, que sobrecogen.

La *Señora de…* insistió en que compartiera con ella su delicioso almuerzo, después del baño. Y no dejamos de comentar acerca de la fortuna que podría hacer un yanqui emprendedor y negociante, si estos baños estuvieran en sus manos; de cómo edificaría un hotel al modo de los de Saratoga; de si cubriría las paredes de los cuartos con papel tapiz, y de qué medios se valdría para embellecer este rústico templo del agua hirviente.

Todos estos caserones de los alrededores de México dan una impresión indescriptible de soledad, vastedad y desolación, como jamás la había yo sentido, ni aun en las moradas más solitarias de otras tierras. No es tristeza; el cielo es demasiado brillante y el paisaje demasiado risueño, y el aire que se respira demasiado puro, para consentirla. Es la sensación de hallarse enteramente fuera de este mundo; es el percatarse de que nos encontramos solos frente a una naturaleza gigantesca, y de que nos envuelven las nebulosas tradiciones de una raza que fue; impresión que no se alcanza a disipar cuando el silencio se rompe con las pisadas de un indio transeúnte; pobre, envilecido descendiente de aquéllas gentes extraordinarias y misteriosas que no sabemos de qué partes vinieron y cuyos hijos viven ahora «con la condición de haber de cortar la leña, y acarrear el agua» para el servicio de todo un pueblo del cual fueron reyes una vez.

En Chapultepec, quizás más que en cualquiera otra parte, por estar cerca de una ciudad grande y populosa, las tradiciones del pasado se agolpan en nuestra mente con tal fuerza que disponen

nuestra imaginación a contemplar más bien a los sacerdotes de Moctezuma, con sus cabelleras teñidas en tinta y sus cuerpos embadurnados con ungüento de serpientes, que a encontrarse con el Arzobispo, vestido de púrpura, con su aire afable, paseándose, como suele hacerlo, bajo la sombra de los majestuosos ahuehuetes.

En estos días todos los mexicanos, hombres y mujeres, se entregan a lo que llaman los *desagravios*, ejercicios públicos de penitencia, que en esta estación del año se llevan a cabo en las iglesias durante cinco septenarios. Las mujeres llenan el templo por la mañana, prohibiéndose la entrada a los hombres, que van por la tarde, hora en que no se admite a las mujeres, a pesar de que algunas veces se infringen ambas reglas. La penitencia de los hombres es más rigurosa, en consideración, sin duda, a que sus pecados han de ser, en proporción, más graves que los de las mujeres, aunque sea este país uno de los pocos en donde sufran por ello, o que parece regirse por aquella máxima que dice: «Dad a cada hombre el trato que se merece, y ¿quién escapará de una paliza?».

Hoy, a las seis de la mañana, fuimos a los desagravios en la iglesia de San Francisco. La mortificación mayor era la de que las mujeres tenían que arrodillarse por unos diez minutos, rezando, exhalando suspiros, con los brazos en cruz, posición muy incómoda por poco que se prolongue. Fue un pensamiento profano: pero me atrevo a decir que rara vez se habrán visto, al mismo tiempo, tantos brazos y tantas manos de formas tan bellas. En la iglesia se quitan los guantes y además muchas de las mujeres iban de manga corta, y así recreábase la vista con libertad.

Mas la otra noche presencié una escena mucho más extraña: la penitencia de los hombres. Pudimos presenciarla gracias a ciertas influencias, «privadas pero poderosas». En consecuencia, a las primeras sombras, envueltas en grandes capas y sin la menor idea de lo que iba a suceder, nos fuimos a pie por las calles que conducen a la iglesia de San Agustín. Cuando llegamos, una peque-

ña puerta falsa se abrió como por encanto, y una vez adentro pasamos por largos y abovedados corredores hasta encontrar una escalera de caracol. Subimos, y nos hallamos en una estrecha galería cubierta con celosías, y que daba directamente al interior del templo. La escena era curiosa. Cerca de ciento cincuenta hombres, envueltos en sus capas y *sarapes*, embozados los rostros, se habían congregado en medio de la nave. Un fraile acababa de subir al púlpito. La iglesia permanecía casi a obscuras, salvo el sitio ocupado por el fraile, cuya figura surgía en atrevido relieve con su hábito gris, echada a sus espaldas la capucha, descubriendo una frente amplia y calva y una expresiva fisonomía.

Su prédica fue una descripción cruda, pero ardorosa y elocuente, de los tormentos que les aguardan en el infierno a los pecadores contumaces. La escena empezaba a revestirse de una gran solemnidad; como si dispusieran a bien morir a una caterva de criminales condenados a la última pena. Terminó la prédica y se arrodillaron todos, y unidos en fervorosa oración, dábanse golpes de pecho y tocaban con la frente el suelo. Otra vez se levantó el fraile, y con voz muy clara leyó algunos pasajes de la Escritura que relatan los sufrimientos de Cristo. Irrumpió el órgano con el *Miserere*, y de súbito se hundió el templo en las tinieblas profundas, menos un monumento del Calvario que, como suspendido en el aire, quedóse iluminado. Empecé a sentir cierto temor, y de buena gana habría salido de la iglesia, si la obscuridad me lo hubiera permitido. De pronto se dejó oír una terrible voz en las tinieblas: «¡Hermanos míos! ¡Cuando a Cristo le ataron a la columna, los judíos le azotaron!». Dichas que fueron estas palabras, desapareció el monumento que había permanecido encendido y se hizo noche cerrada. Oímos al instante los golpes de centenares de disciplinas azotar las carnes desnudas. Me es imposible imaginar nada más horrendo. No habrían pasado diez minutos cuando a los golpes secos sucedieron otros más blandos; eran los que batían la sangre que ya brotaba.

He oído decir de penitencias semejantes que se practican en las iglesias de Italia, y también que la mitad de los disciplinantes no se azotan de veras; pero aquí, en donde se hace en el más absoluto secreto, creo que no puede uno llamarse a engaño. Parecerá increíble, pero esta inaudita penitencia siguió durante media hora, sin parar. Si «unos a los otros» se dieran con las disciplinas, quizás su energía causaría menos asombro.

No podíamos salir de la iglesia, pero aquello era sencillamente nauseabundo, y sólo cuando estreché entre mis manos las de la *Señora*…, y sentí la compañía de un ser humano, se desvaneció la impresión que yo tenía de haber sido transportada a un aquelarre de espíritus diabólicos. Se escuchaba de cuando en cuando, aunque bien pocas veces, algún lastimero ¡ay! y también la voz del fraile que les daba ánimo con sus jaculatorias o con cortos pasajes de la Escritura. Dejaba oír sus notas el órgano, y aquellos pobres infelices trataban con voz desfallecida de seguir el canto del *Miserere*. Oír los golpes de las disciplinas es algo indescriptible. Al cabo de media hora sonó una campanilla, y se oyó la voz del fraile exhortándoles a que templaran su rigor; pero era tal su frenesí, que los horribles azotes continuaron más fuertes y más despiadados que nunca.

En vano les pedía que no se mataran, y que era inconcuso que el cielo estaba ya satisfecho y que la naturaleza humana no puede resistir más allá de cierto límite; el recio zumbido de las disciplinas, de hierro muchas de ellas con agudas púas que penetran en las carnes, fue la única respuesta. Por fin, como si estuvieran al cabo de sus fuerzas, el ruido de los golpes se fue apagando, y poco a poco cesó del todo. Nos levantamos entonces en la oscuridad, y con grandes trabajos, a tientas en medio de aquellas impenetrables tinieblas, a través de corredores y bajando escaleras, alcanzamos la puerta para gozar de nuevo del aire fresco. Dicen que el piso de la iglesia se cubre con frecuencia de sangre después

de una de estas penitencias, y que el otro día murió un hombre a resultas de sus heridas.

Fui después a la casa del Ministro de Prusia, donde había una *reunión*, y llegué a tiempo para encontrar a los concurrentes entregados a la agradable tarea de comer una muy famosa ensalada alemana, compuesta de arenques, salmón ahumado, patatas frías y manzanas (¿salmagundi?), y bebiendo ponche caliente. ¡Qué contraste después del frío, las tinieblas y los horrores de la iglesia! Tuve que dejar pasar un buen rato para recuperarme de las desagradables impresiones que me causaron los *desagravios*, y tomar parte en la conversación…

Acompañando estas líneas recibiréis algunos aires mexicanos que he escrito al oído una vez que les tocaron para mí, y de los cuales os mandé la letra de algunos en una carta anterior.

CARTA XXVII

Cumpleaños.—Amigable esquela.—Precauciones.—Tranquilidad absoluta.—El Presidente en San Agustín.—Segunda visita al Museo.—Manuscritos antiguos.—Escultura.—Busto en bronce, etc.—Frescor después de la lluvia.—Baile en la casa del Ministro francés.—Folleto.—Gutiérrez Estrada.—Su carácter.—Escondite.—Mexicaltzingo.—Ministro de Hacienda.—Permiso del Arzobispo.—Pinturas.—Pintores mexicanos.—Santa Teresa.—Descripción de su interior.—Penitencias.—Tormentos.—Disciplinas, etc.—Cena.—Baladas profanas.—Monasterios.—San Francisco.—El *padre* Prior.—Soldados y frailes.

3 de octubre.

Ayer fue el cumpleaños de Calderón. Tuvimos una cena y una pequeña *soirée* y, de acuerdo con la costumbre, visiteo todo el día. Tenemos un agradable huésped de La Habana, *Don* Joaquín Arrieta, que ha llegado para pasar unas cuantas semanas con nosotros. La reunión estuvo agradable, y oímos un poco de canto muy bueno; mas en el mismo instante en que empezaba el baile me llevó Calderón aparte y me dio a leer una breve y amigable esquela del general Tornel, que había recibido durante la cena, y en la que le avisaba que los ladrones asaltarían con toda probabilidad nuestras respectivas casas esa noche; que él había tomado ya sus precauciones y que se lo advertía a Calderón para que hi-

ciera lo mismo, en la inteligencia de que, si era necesario, deberían ayudarse mutuamente. ¡Agradabilísima muestra de inteligencia! Esparcióse la noticia entre cuchicheos, y algunas de las señoras perdieron el color; pero no podía haber peligro alguno mientras estuvieran reunidas tantas personas. Cerca de la una todo el mundo se fue, y Calderón mandó traer algunos soldados para que estuvieran vigilando toda la noche. No pasó nada; ya que, sin duda, los ladrones pudieron darse cuenta de que se habían tomado toda clase de precauciones para evitarlo. El intento de asalto fue descubierto por un criado del General, que en la trastienda de una pulquería pudo oír cómo se coludían los ladrones.

No hemos tenido más remedio que conseguir dos soldados ya viejos para que hagan las veces de porteros, en lugar de los otros dos que fueron heridos durante la revolución, pues aunque no murieron, están por el momento, fuera de servicio.

Hasta ahora México se encuentra notoriamente tranquilo, y cualesquiera que sean las tempestades que se estén fraguando, no existen síntomas visibles, cuando menos para el que no está en el secreto. El Palacio ha recobrado sus ojos de vidrio y han compuesto casi del todo el exterior; pero aun no está acondicionado como residencia del Presidente, el cual todavía sostiene su «Corte» en el convento de San Agustín. He ido de un lado para otro con mi amigo de La Habana, como si fuera yo una antigua residente, mostrándole las bellezas de México a un extranjero. Hemos visitado Minería, el Museo, el Jardín Botánico, el Colegio de las Vizcaínas, etc., sitios que merecen ser visitados de nuevo.

El Museo, de preferencia, en el que, debido a la falta de orden y de una clasificación de las antigüedades, y el modo en que yacen amontonadas en los diferentes salones de la Universidad, no parecen, a primera vista, dignas de llamar mucho la atención, pero que suben de mérito cuanto más conocidas. Es solamente desde el año 25 que el Gobierno le estableció, y desde entonces se

han formado varios planes para enriquecerlo y arreglarlo, y asimismo para trasladarle al viejo edificio de la Inquisición. Sin embargo, hasta ahora no se ha tomado decisión ninguna de importancia.

Contiene más de doscientos manuscritos históricos, algunos de ellos en caracteres jeroglíficos anteriores a la conquista, y muchos escritos en las diferentes lenguas antiguas del país. En cuanto a la escultura antigua, posee dos estatuas colosales y otras muchas más pequeñas, además de una variedad de bustos, cabezas, figuras de animales, máscaras e instrumentos de música o de guerra, tallados con mucha curiosidad, ejemplos de los diversos grados de civilización de las varias naciones a que pertenecieron. Muchos de los vasos de *tecali* y de los braseros de barro, curiosamente trabajados, fueron encontrados en las excavaciones hechas en la isla de Sacrificios, cerca de Veracruz; de Oaxaca, y de los suburbios de México. Hay también una colección de medallas muy antiguas, en número de seiscientas; un busto de Felipe V, en bronce, y cerca de doscientas pinturas mexicanas, que incluyen dos colecciones de los retratos de los virreyes españoles, muchos de los más famosos cuadros de Cabrera, lo mismo que varios trajes, armas, y utensilios de ambas Californias. En el gabinete de Historia Natural existe una buena colección de minerales, y algunas muestras muy notables de oro y plata. Pero en el ramo de Historia Natural se advierten grandes deficiencias, y, en conjunto, el Museo no es digno de un país que parece destinado por la naturaleza a convertirse en un gran emporio de todas las ciencias naturales.

Dicho está que hemos visitado otra vez el viejo Chapultepec y a Nuestra Señora de Guadalupe, con su Leyenda y el Pocito sagrado. Por las mañanas, salimos a caballo hasta Tacubaya y sus alrededores, y la temperatura a esta hora temprana es de un indescriptible frescor, gracias a los aguaceros que caen en las tardes. Todo brilla y resplandece. Los árboles del Perú, con sus ver-

des y colgantes ramas y sus racimos escarlata, cuajados de gruesas gotas de lluvia, son ascuas de plata, y hasta en los encanecidos ahuehuetes de Chapultepec relumbra el agua que va cayendo de sus gigantescas ramas. Los charcos se han convertido en estanques, las zanjas en arroyos, y a menudo hay que vadear más que montar a caballo, y esto ya no es tan divertido.

24. Anoche, baile muy agradable en la casa del Ministro francés, en donde los muebles, todos de París, producen un gran efecto. Muchos diamantes, como de costumbre, y algunos preciosos vestidos; el mío, de raso blanco con flores.

25. Todo el mundo habla del folleto escrito por el *Señor* Gutiérrez Estrada, que acaba de aparecer, y el cual se cree que habrá de causar en México más sensación que la que produjo en Inglaterra el descubrimiento del Complot de la Pólvora. En resumidas cuentas y en sustancia, se propone el establecimiento en México de una Monarquía Constitucional, con un príncipe extranjero (cuyo nombre no se menciona) a la cabeza, como el único remedio para los males que afligen al país. El folleto está escrito en estilo meramente especulativo, y no sugiere medidas sanguinarias, ni una revolución improvisa; mas las consecuencias parece que van a ser funestas para este atrevido autor inspirado por sus preocupaciones por el bien público. Aun en los que más ponen en duda su prudencia al dar este paso, están de acuerdo en que por esta vez, como en todos los actos de su vida política, ha procedido a impulsos de una cabal convicción y por motivos del más puro patriotismo, sin interferencia alguna de conveniencias personales o de intereses de familia, lo cual suele pesar aún en el ánimo de los hombres más íntegros en ocasiones semejantes.

En una revista política de México, escrita años ha por un mexicano que se ocupaba sin temor, y al parecer con imparcialidad, de los caracteres de todos los hombres prominentes de aquella época, encuentro algunas observaciones acerca del *Señor* Gutiérrez Estrada y en las cuales podréis depositar mayor fe, ya que vienen de una fuente menos parcial que de aquellos que, como nosotros, sienten por él y por su familia, un gran afecto. Al hablar de la conducta del Gobierno, dice:

«El Señor Gutiérrez Estrada fue uno de los pocos que permanecieron firmes en sus ideas y, sobre todo, en sus compromisos políticos. Este ciudadano es nativo del Estado de Yucatán, donde reside su familia, distinguida bajo todos aspectos. No es necesario decir que Gutiérrez Estrada recibió una educación cuidada y escogida, basta haberlo tratado para conocer que fue así; y que supo aprovecharse de ella en la carrera del servicio Público a la que se dedicó, y en la cual ha permanecido puro y sin mancha en medio de una clase corrompida. Desde el principio fue destinado a las legaciones de Europa, en razón de hablar y escribir corrientemente los idiomas francés e inglés, y es uno de los pocos que han empleado útilmente su tiempo en las capitales del Viejo Mundo; flexible por carácter, honrado por educación y principios, y expedito para los negocios; su servicio ha sido perfecto y, sobre todo, leal y conciencioso». Y sigue diciendo: «… su conciencia política es firme, segura e ilustrada; por eso, no obstante la seriedad de su carácter, no se le hace ceder en nada de lo que él cree de su obligación, *aun cuando se atraviesan amistades íntimas y consideraciones de mucho peso*». Se diría que el escritor se anticipó a las conciencias presentes. Todavía no he leído el folleto, que es considerado por los amigos del autor como una prueba, a la vez, de su noble independencia, de su ardiente patriotismo y de su vasta ilustración; pero, a decir la verdad, estoy mucho más interesada en las consecuencias domésticas que en sus resultados en el público, y aun en el de sus propios méritos.

26. Mandaron soldados a catear la casa de la Condesa de la Cortina, con el propósito de prender a su hijo político; mas éste se había escondido, accediendo a los ruegos de su familia. Las encontré a todas en la más grande aflicción; pero se hallan tan acostumbradas a las persecuciones políticas, ya sea de uno u otro partido, muy especialmente la Condesa, que ni por un momento les ha abandonado la presencia de ánimo.

Gutiérrez Estrada ha sido acusado en el Congreso y en el Senado; el Presidente ha hecho declaraciones en las que condena sus principios, y hasta el impresor del folleto fue a dar a la cárcel. No se habla de otra cosa, y la irritación general es de tal manera violenta, que debemos confiar en que el Sitio en donde esté oculto sea seguro, pues de lo contrario las consecuencias podrían ser fatales.

On prétend que muchas personas notables de aquí profesan la misma opinión; pero aun en el caso de que sus voces se arriesgaran a confesarlo, no podrían detener la corriente de la indignación pública. Los más ofendidos, naturalmente, son los militares… Para decirlo de una vez: el *Señor* Gutiérrez Estrada, que ha pasado cuatro años en el extranjero, en países en donde centenares de oscuros escribas abogan todos los días por las ideas republicanas, o por cualquier teoría extravagante capaz de excitar su fantasía, sin el menor menoscabo en su seguridad personal, no podía imaginarse, probablemente, la inusitada efervescencia que podría provocar un folleto en tan crítica coyuntura.

27. Pocos días antes que se fuera el *Señor* Arrieta, paseamos en canoa por el canal hasta Santa Anita, para enseñarle todo lo que

queda de las *chinampas*, que, además, es el modo más agradable que conozco para pasar una tarde en México.

Fuimos no hace mucho a Mexicaltzingo, en donde hay una cueva en que se ve una imagen de Nuestro Salvador, aparecida, según dicen, recientemente.

La conmoción creada por el folleto parece más bien aumentar que disminuir; pero el *Señor* Gutiérrez Estrada cuenta con muchos amigos leales, y el lugar en donde se oculta es seguro. Lo que, al parecer, no ofrece duda, es que tendrá que abandonar el país.

29. El *Señor Don* Xavier Echeverría, ministro de Hacienda, ha presentado su renuncia. Debido a su gran fortuna y a sus costumbres, sencillas hasta la exageración, y en la vida privada uno de los hombres más amables, creo que ningún ministro se ha desprendido del peso de los negocios públicos con una mayor y natural satisfacción, y que nadie como él puede disfrutar de su retiro con más verdadera filosofía.

He estado tan preocupada con todo lo que le ha ocurrido a la familia Cortina, que olvidé deciros que obtuve permiso del Arzobispo para visitar Santa Teresa, en compañía de una joven casada que tiene allí una hermana. El Arzobispo deseaba que la visita se guardara en secreto; pero se ha «filtrado» por una u otra causa, quizás por medio de las mismas monjas, y ello le ha acarreado tantas molestias y tal número de peticiones de señoras con hijas o hermanas en conventos y, como es natural, deseosas de verlas, que me temo, no obstante su bondad, ha de poner el veto a mis futuras solicitudes. Pensaréis que paso mi tiempo en los conventos, mas no encuentro otros lugares que puedan interesarme tanto, y conocéis de sobra que siempre me he dejado llevar por estas fantasías.

En algunos de estos conventos todavía existen, sepultadas en vida, lo mismo que sus moradores, multitud de pinturas antiguas; entre otras, varias de la Escuela Flamenca, traídas a México por los frailes, cuando los Países Bajos estaban sometidos a la España. Asimismo muchos maestros de la Escuela Mexicana, Enríquez, Cabrera, etc., han enriquecido los claustros con sus obras, y dedicaron su talento a los asuntos devotos, como la vida de los Santos, los mártires, y otros motivos religiosos. *Cabreras* los hay por todas partes; artista con algo del estilo de Lucas Giordano; la misma monotonía, facilidad, y *¡fa presto Luca!* Todas sus obras son agradables, y algunas sorprenden por su belleza. Copió en raras ocasiones de los antiguos maestros. Ximénez y Enríquez no son tan comunes, y varias de sus obras son de mérito y merecedoras de que se las conozca en Europa, en donde me imagino deben ser casi desconocidas. Constituyen una rama de la Escuela Española, y son ejemplos asombrosos del extraordinario talento de los mexicanos para las Bellas Artes, y también de las facilidades que les ofreció la Madre patria.

Pero es en la Profesa donde se encuentran las mejores pinturas… ¡precisamente en donde no puedo entrar! Los corredores están llenos de lienzos, la mayor parte de Cabrera. Calderón se hace lenguas de un cuadro de exquisita ejecución que está en la sacristía de la capilla, un Guido original, según se dice; representa a Cristo atado a la columna y azotado, y en él se funden, como de mano magistral, las expresiones de la más pura divinidad y del sufrimiento humano, para realzar la crueldad salvaje de los rostros de los que le azotan. Pero la mayor parte de estas pinturas permanecen en un estado tal de abandono y a punto de echarse a perder, que da pena verlas.

Santa Teresa, sin embargo, posee pocas obras de arte. No es tan grande, desde luego, como la Encarnación, y sólo admite a veintiuna monjas. Al presente, además de éstas, no hay más que tres novicias. Aun el aire que allí se respira parece santificado, y

su limpieza, escrupulosa hasta el exceso, hace que cualquier residencia destinada al siglo, parezca desaseada en comparación. Nos acompañó un obispo, el *Señor* Madrid, el mismo que ofició como asistente en la consagración del arzobispo; hombre guapo, joven, alto y ataviado con gran lujo. Sobre su traje talar, de raso y púrpura y lleno de encajes, brillaban los diamantes y amatistas de un gran pectoral. Cubríase con finísima capa de paño rojo, forrada de terciopelo carmesí; las medias eran del mismo color, y su anillo lucía una amatista enorme.

Cuando entró, nos dimos cuenta de que las monjas tenían licencia para levantarse el velo, rara vez consentido por esta Orden en presencia de gente extraña. Poseen un pequeño jardín con una fuente, lleno de flores y un algo de fruta; pero todo es de menores proporciones y más melancólico que en el convento de La Encarnación. El refectorio es una pieza muy grande y a todo lo largo está la mesa, estrecha y larga, sencilla y tosca, con bancas de madera y delante del sitio que le corresponde a cada una de las monjas, una escudilla de barro, un jarro también de barro, tapado por una manzana; plato y cuchara de palo; y al cabo de la mesa hay una calavera para recordarles que aun lo permisible es temporal.

En un rincón de esta sala se ve un pupitre, especie de púlpito elevado, desde donde una monja lee en voz alta de alguna obra sagrada, mientras que sus compañeras dan cuenta de su modesto refrigerio. Nos mostraron una corona de espinas que llevan puesta las monjas en ciertos días de penitencia. Está hecha de hierro, de tal manera que los clavos que salen de la parte interior al penetrar en la carne, hacen que brote la sangre. Lleva la monja esta corona en la cabeza, y le ponen en la boca una como mordaza de madera, y postrándose hasta tocar el suelo con la frente así permanece hasta que da fin la colación y en semejante postura le dan su parte, de la cual come lo que puede, que debe ser casi nada.

Visitamos las celdas, y nos llenó de horror el ver los tormentos que ellas mismas se infligen. Son las camas unas tablas de madera, las que cruzan con unos palos los días de mortificación, y por almohada un tronco sobre el cual se encuentra un Crucifijo, que la monja toma en sus manos cuando se queda acostada. En este lecho de mortificación descansa una monja abrazada a una cruz, con los pies saliéndole de la cama, que debe ser tan corta como lo mandan las Reglas de la Orden. Suelen llevar alrededor de la cintura un cilicio con púas de hierro, y sobre el pecho una cruz con un lado cubierto de clavos que les penetran las carnes, y pude darme cuenta con mis propios ojos, y no sin tristeza, que todo era verdad. Entonces, y una vez han tomado la disciplina, azotándose con un látigo formado de clavos de hierro, se acuestan sobre aquellos maderos para levantarse a las cuatro de la mañana. Todos estos instrumentos de martirio, que cada monja guarda en una pequeña caja junto a su cama, encontrarían sitio más adecuado en las cárceles de la Inquisición. Me hicieron probar su cama y tuve que decirles que, de usarla, me convertiría en una decidida partidaria de madrugar.

Y, sin embargo, todas se muestran alegres, hasta donde esto es posible, aunque debe confesarse que muchas se ven macilentas y enfermizas. Dicen que cuando tienen la suficiente fuerza para soportar este rigor de vida, alcanzan una edad avanzada; mas sucede a menudo que muchas jóvenes que entran en este convento, se ven precisadas a abandonarlo por enfermedad mucho antes de que termine el noviciado. Me encontré con la muchacha a quien vi tomar el velo, y no podría decir si se veía bien o que estuviera contenta, no obstante, ella me aseguró que «sin duda, cumpliéndose la voluntad de Dios» se sentía bien y estaba contenta. En lo general, no se ven muchas bellezas entre estas monjas, si bien una o dos conservaban todavía vestigios de una gran hermosura. Mi amiga, la madre A…, es mucho más bella, vista de cerca, de lo que yo me suponía, y parece ser la consentida de grandes y jóve-

nes. Pero una de las monjas debe de haber sido de una extraordinaria belleza. Pálida como el mármol, y aunque todavía en la flor de la edad, parecía muy delicada de salud; mas sus ojos y sus cejas de un negro de azabache; grandes ojos de un suave mirar, dos arcos perfectos sus cejas y su sonrisa resignada y dulce, harían de ella un modelo para una Madona de tanta hermosura que no se sabría encarecer.

Lo mismo que en la Encarnación, se tomaron el trabajo de prepararnos una cena opípara. Tomó asiento el Obispo en un antiguo sillón de terciopelo y a la *Señora*… y a mí nos sentaron, una y otra, a su derecha y siniestra. El aposento estaba brillantemente iluminado, y se veían flanes, jaleas y helados en abundancia, como si nos encontráramos en el más mundano de los cafés. Las monjas no se sentaron con nosotros, pues iban de un lado para otro, instándonos a que comiéramos, y una y otra vez el Obispo les ofrecía pastelillos, y licencia para comerlos, que ellas aceptaban llenas de risa. Son tan dulces y humildes en sus maneras que en verdad parecen ser las mujeres más amables y buenas del mundo. No se nota que hagan ostentación de sus virtudes, pero si el que están firmemente convencidas de que han elegido el camino verdadero que conduce a la salvación, y tampoco no se ve en ellas señales aparentes de aquel orgullo místico del que raras veces están exentas las mujeres muy devotas.

Después de la cena, y con la venia del Obispo, trajeron un arpa de pequeñas dimensiones. Estaba terriblemente desafinada, y rotas la mitad de las cuerdas, pero decididas a no cejar en nuestro empeño para ponerla a tono y proporcionar a estas pobres enclaustradas lo que ellas conceptuaban como uno de los más grandes placeres, conseguimos al fin medio componerla, y la vehemencia de sus expresiones revelaba su deleite cuando nos oyeron tocar. La *Señora*…, que posee una voz encantadora, cantó después para ellas, y el Obispo, benignamente, concedió el permiso para elegir las canciones que más nos gustasen, y cuando canta-

mos una canción más bien profana, «La Virgen del Pilar», se hizo el sordo aparentando un gran interés en la conversación que le daba una anciana *Madre*, hasta que todo terminó.

Sentimos verdadera tristeza cuando tuvimos que dejarlas; particularmente porque era casi imposible que las volviéramos a ver, y porque nos parecía que en pocas horas se había formado una amistad entre nosotros y estas reclusas, cuyas emociones suelen ser tan raras que, por lo mismo, cuando ocurren deben conservar su recuerdo para siempre. Mis pensamientos acerca de estas pobres mujeres me tuvieron triste y desvelada toda la noche. Me mandaron varias figuras de cera, vestidas con los hábitos de las diferentes Órdenes, incluyendo la suya propia. Visten la tela más áspera y burda, que pegada contra la piel es en sí una perpetua penitencia.

Con estas ropas las entierran; y puede una pensar que si existe alguna humana criatura que pueda abandonar este mundo sin pesadumbre, ésta debe ser de una monja de Santa Teresa, cuando al ponerle un término a sus privaciones, deja una vida sin tacha y se reúne con su piadosa hermana en religión que la ha precedido; muriendo donde ha vivido, rodeada de sus compañeras, que con sus preces y lágrimas dulcifican sus horas últimas, y con la certidumbre de que han de velar por el descanso de su alma, y, por encima de todo, confiada de que nunca, ni los placeres ni las vanidades, podrán alejar su memoria de sus corazones.

Notarán su ausencia en el ir y venir cotidiano; a maitines, a la hora nona, en la mesa austera y en el himno nocturnal. Han de ver su celda vacía y tendrán que recordarla; ningún extraño profanará sus cenizas; se la llevaron, pero podría creerse que permanece aún entre sus compañeras…

En cuanto a los monasterios, no sólo está prohibido que en ellos entren las mujeres, sino que, según dicen, haciendo uso una virreina de los derechos que le confería el virreinato, insistió en

ser admitida, y los pisos de los claustros y de todos los lugares que sus pasos profanaron, fueron levantados por los frailes. Esto fue al modo de San Senando, y *peu galant*, para no decir otra cosa.

El más bello convento de frailes en México es el de San Francisco, que solamente de limosnas tiene una inmensa renta anual. De acuerdo con lo que dice Humboldt, debía haberse construido sobre las ruinas del templo de Huitzilopochtli; pero habiéndose destinado estas mismas ruinas para los cimientos de la catedral, se empezó en 1531 el convento en donde hoy está. Fue su fundador un hombre extraordinario, un gran benefactor de los indios, y al cual deben el uso de las artes mecánicas más útiles de la Europa. Se llamaba fray Pedro de Gante, un fraile lego, ¡un hijo del Emperador Carlos V!

Del interior de este convento estoy en condiciones de daros una descripción parcial; pero si ella procede de lo que he oído decir, de una visión, o de lo que vieron mis propios ojos, esto no puedo revelarlo.

Está construido en forma de un cuadrilátero y tiene cinco iglesias anejas. Franqueada la puerta, se pasa a través del grande y silencioso patio sembrado de césped; una ancha escalera os conduce a los largos y pulidos claustros, alumbrados por la débil luz de un farol, y en donde todo respira una religiosa quietud.

El padre Prior, solo en su celda, sentado y teniendo enfrente un grueso volumen con riquísimos cierres, un sencillo candelero sobre la mesa, un crucifijo en la pared, la noble sencillez de los muebles, calva la cabeza y de rostro pálido e impresionante, habría sido un magnífico asunto para un pintor. Gracias a estos hombres, los rescoldos del saber y de la ciencia se hicieron flama, débil pero firme, iluminando la larga y lóbrega noche de las edades tenebrosas, invisibles a los ojos profanos, como el fuego de las vestales en los templos paganos…

Una pequeña celda, que se comunica con su recibidor, contiene una cama en la que se ve un colchón, ya que los *padres* no observan el rigor y la penitencia de las monjas, y se me asegura que los cigarros que fuma son legítimos de La Habana…

Hay unos mendigos holgando en el patio, y dentro de este amurallado recinto se oyen las voces de un grupo de frailes en que todos hablan a la vez…

Cambiad la escena al convento de San Agustín, y podréis haceros la ilusión de que estáis viviendo en los fenecidos días de alguna novela de Walter Scott, por el *mélange* de gentes de armas y de frailes, pues Su Excelencia el Presidente ha establecido aquí su residencia temporal. El resplandor de las antorchas ilumina los bronceados rostros de los soldados; unos yacen en el suelo envueltos en sus capotes, y montan otros la guardia delante de la puerta del convento. Es este convento también muy grande, pero no tan inmenso como el de San Francisco. El *padre Prior* es un viejito pequeño y bondadoso, pero su cara no posee ese aspecto ascético e impresionante del *guardián* franciscano. En su celda se observa la misma sencillez, aunque no se ve tan ordenada, y en la cama hay, al igual que en la otra, un cómodo colchón. Un ambiente mitad militar, mitad monacal, ha invadido el convento; pasan por los claustros los edecanes del Presidente, y sus uniformes contrastan con el hábito negro de un fraile que se desliza fugaz de regreso a su celda antes de que acabe el día.

El Presidente tuvo una alarma la noche anterior, pues los presos se fugaron de la cárcel. Se esperaba un asalto en toda regla, y se habían tomado todas las precauciones para poner a la persona del Presidente en lugar seguro. Las escaleras disimuladas y las galerías secretas de estos viejos conventos han sido usadas con frecuencia durante las revoluciones. En el antiguo Monte Pío existe una comunicación con un convento de monjas, y en caso de pillaje suelen sacar las joyas del establecimiento a través de un pa-

sadizo secreto y las ponen bajo el cuidado de las monjas de Santa Brígida.

La Profesa es también un edificio grande y de buenas proporciones, pero descontado que existe allí mayor copia de buenas pinturas que en los demás conventos, puede decirse que visto uno, vistos todos, aunque creo que ninguno es tan grandioso como el que fundó el vástago ilegitimo del Imperial Carlos, que, a su vez, terminó sus días en un retiro semejante.

CARTA XXVIII

Día de muertos.—Salida de México.—*Herraderos*.—San Cristóbal.—*Tunas*.—*Plaza de Toros*.—Echando el lazo.—Accidentes.—Almuerzo rústico.—Comida campestre.—Carne asada al horno.—Mercado indio.—Toro enterrado.—Montañas.—*Hacienda* solitaria.—*Los Reyes*.—Mulas marcadas con el hierro.—Regreso.—Cumpleaños de la Reina de España.—Comida diplomática

Santiago, 3 de noviembre.

Ayer, dos de noviembre, día que por ocho siglos ha sido dedicado por la Iglesia Católica para conmemorar a los muertos, día solemnemente conocido como el «*Día de muertos*», en que todas las iglesias de la República Mexicana ofrecen un tétrico aspecto oscurecidas como están por enlutadas colgaduras de paño, mientras que en el centro de la nave se levanta un catafalco cubierto de un tapiz negro, decorado con calaveras y otros emblemas de la muerte. Cuantos concurren a los templos traen luto, pues considerando la común suerte que a todos nos espera, no hay quizá ni un solo corazón en todo el mundo católico que no se sienta afligido en este día al invocar la memoria de los que se fueron.

Después de oír misa del alba, salimos para Santiago, en donde pensamos pasar una semana y asistir a los *Herraderos* —así llaman a la operación de marcar a los toros con un hierro candente que forma las iniciales del nombre del propietario; o sea, estamparles la señal de esclavitud— espectáculo, según dicen, extraordinario, esperado con gran ilusión y alboroto por parte de los *rancheros* y de los indios. La jornada no pudo ser más agradable; salimos de México a las seis de la mañana, y viajamos con la rapidez acostumbrada, con «siete» caballos y con una tropa de *mozos*. Por supuesto, que nadie emprende ningún viaje de cierta importancia por el país, sin llevar un tiro de seis caballos o mulas, por lo menos.

Cerca de Zoapayuca, y mientras remudaban los caballos, oímos misa en la pintoresca iglesia de San Cristóbal. La pompa en estos lugares de devoción es singularísima. Era una iglesia en medio del campo, llena de *léperos*, de sacerdotes dedicados a su ministerio, de indios de pies descalzos; y, sin embargo, el templo es grande y fastuoso, con colgaduras negras, iluminado con gruesos cirios que arrojan tristes destellos sobre los opulentos ornatos de oro, incrustados en las paredes, y entrevistos por entre los negros paños mortuorios.

Hicimos llevar al coche una cesta llena de una de las frutas más refrescantes, *la tuna*, que se da silvestre y en abundancia por todo el país. La primera vez que, descuidada, quise arrancarla de la planta, se me llenaron los dedos con las innumerables espinas que recubren su piel, y las cuales son muy trabajosas de sacar. Los indios son muy diestros en cogerlas y pelarlas. Hay la tuna verde y hay la roja; la última más agradable a la vista, pero ni la mitad tan sabrosa como la primera.

Cuando llegamos a Santiago nos sentamos a comer unas cincuenta personas, y en la habitación contigua había una concurrencia todavía mayor, la del estado llano, pues ha venido a presenciar esta festividad anual un mundo de gente.

6. A la mañana siguiente salimos temprano para la *Plaza de Toros*. El día se mostraba fresco y glorioso. Toda la gente del campo, de varias leguas a la redonda, había acudido, y entre los árboles se asomaban las caras de bronce y los ojos negros de los indios, que en sus prominentes lugares se encontraban tan cómodos como los espectadores de galería de a chelín.

Un tablado, levantado frente al nuestro, se veía lleno de bote en bote con las esposas e hijas de los dependientes y de los hacendados; *rancheritas* con cortos vestidos blancos y rebozos. Una tolerable banda de música dominaba a la orquesta humana. Bernardo y sus hombres se alistaban para entrar en acción. No es posible imaginarse un cuadro más pintoresco.

Vinieron del llano setecientos toros, y sus potentes bramidos llenaban el espacio de una música salvaje. Son los mexicanos tan aficionados a estas diversiones que raya en pasión. Todo el dinero le guardan para comprarse vestidos nuevos y lucirlos en estas ocasiones; toquillas de plata, o forros dorados para sus sombreros, o bien flamantes pantalones de piel de venado, o chaquetas bordadas y con botonadura de plata. Suelen ocurrir un sin fin de desgracias, pero nada puede contener su arrojo. La caza de la zorra *no vale* nada en comparación. Lo que suspende el ánimo es la facilidad con que esta gente maneja el lazo. Después de meter a todos los toros en el toril, íbanlos separando uno por uno, y a veces dos o tres a un tiempo, para llevarlos a la *Plazo* en donde eran recibidos con grandes vítores y aplausos si salían bravos y les parecía que iban a dar una buena pelea; o con burlas si resultaban mansos, lo que ocurrió más de una vez.

Tres o cuatro toros irrumpen en el ruedo. Se quedan por un instante inmóviles, reconociendo con arrogancia al enemigo. Van a su encuentro galopando, los hombres de a caballo, sin más

armas que el lazo, y les incitan al combate con grandes e insultantes gritos de «¡Ah, toro!». Los astados escarban el suelo y embisten furiosos a los caballos, y suelen herirlos en la primera acometida. Dan vueltas en una carrera salvaje, toros y caballistas, en medio de la gritería y de los silbidos de los espectadores. Un jinete echa el lazo. El toro sacude la cabeza, y libre de la reata, se arranca con orgullo, enhiesta la cornamenta. Vuelve a girar la lazada, y abriéndose, se cierra como un collar en torno del pescuezo del toro. Derribado el animal lucha con furia, y su cabeza, una y otra vez, arremete contra el suelo, rabioso y desesperado. Luego que le han lazado los pies, un hombre con un hierro silbante, y al rojo vivo, le pone en uno de los costados la marca que le convierte en una pertenencia del amo y señor de la tierra Algunos de los toros sufren este martirio con espartano y silencioso heroísmo; pero los hay que cuando el hierro penetra en sus carnes braman tanto y tan fuerte, que se diría que su eco repercute por todo el ámbito de los campos. Después que los han desatado, se levantan de nuevo y, al igual que otros Caínes marcados con la señal infamante, se los llevan para dejar lugar a los que siguen. Pero, ¡qué manera de bramar! ¡Cuánta gritería! ¡Qué tufo de cuero chamuscado y de *biftec au naturel*! ¡Cuánta música! ¡Qué manera de arriesgarse y de jugar con el peligro!

Vi a un *toreador*, que era siempre el primero en todas las suertes, tratar de derribar a un toro por los cuernos, cuando el animal, sacudiendo la cabeza, le desgarró un dedo hasta el hueso de una sola cornada. El hombre, sin inmutarse, hizo tiras de un pañuelo, sacudió la sangre que manaba de su dedo con imperceptible gesto, se vendó en un instante, y se lanzó en busca de una nueva aventura. Un mexicano, extraordinariamente hermoso, con ojos de águila, pero muy delgado y pálido, y que, según me dicen, está cubierto de pies a cabeza de cicatrices de cornadas que le han dado los toros, y cuyos días están contados, era, sin embargo, el más entusiasta de todos ellos… Su amo quiso disuadir-

lo de tomar parte este año en las corridas, pero él le rogó de manera tan patética y suplicándole «por la vida de la *señorita*», etc., que no pudo negarle su consentimiento.

Después de que un gran número de toros fueron apartados y marcados, nos fuimos a almorzar. Dispusieron para nosotros un pabellón formado de ramas de árboles entretejidas con guirnaldas de musgo blanco como el que cubre los cipreses de Chapultepec, y adornado con mucha curiosidad de flores rojas y pequeñas, y frutas de color escarlata. Montones de musgo blanco servían de asientos, tan mullidos como un cojín. Los indios nos habían preparado carne que asaban bajo unas piedras, y que encontré horrible por su olor y gusto ahumado. Pero también tuvimos aves cocidas y abundancia de quemante *chile, tortillas* calientes, *atole*, o *atolli*, como le llaman los indios, una suerte de dulce hecho de maíz muy fino, mezclado con agua y endulzado con azúcar o miel; *embarrado*, guiso muy gustado, hecho de carne y chile, muy «lodoso», según su nombre lo indica, y el cual todavía no me he hecho el ánimo de probar; cantidad de tunas frescas, *granadítas*, aguacates, y otras frutas, y, además, pulque *à discrétion*.

Las otras gentes hacían corro debajo de los árboles asando pollastres y cociendo huevos a la manera de los gitanos, o sea en calderos puestos sobre pequeñas fogatas hechas de ramas secas; y la banda, en un descanso de *tortillas* y *pulque*, nos dedicaba de vez en cuando trozos musicales. En terminando de almorzar nos paseamos entre los indios, que en un dos por tres improvisaron un mercado en donde vendían *pulque, chía*, castañas asadas, carne asada por yardas, y toda clase de frutas. Regresamos después a ver una corrida de toros seguida de más *herraderos*; en fin, y para abreviar, pasamos todo el día entre *toros*, regresando a comer a la seis de la tarde, unos en carruaje y otros a caballo.

Por la noche toda la gente bailó en un gran corredor, pero a las once ya no pude seguir mirando más, pues un día como éste,

pasado bajo los rayos del sol, fatiga demasiado. En cambio, esos hombres que se habían entregado a tan violentos ejercicios, seguían bailando *jarabes* a las dos de la mañana.

8. Durante varios días hemos vivido entre indios y toros, pues los *herraderos* continúan alternándose con *colear*, jinetear toros, etc. No se percibe la menor señal de decaimiento en el brío de estos hombres. Hasta un muchacho de diez años montó el otro día un torete, y a costa de grandes trabajos y peligros le obligó a galopar alrededor de la plaza. Su padre le veía y estaba muerto de miedo; pero demasiado orgulloso, sin embargo, de la proeza de su hijo, para intentar siquiera detenerlo.

En la noche, al cerrar los ojos, veía ante mí las cabezas de los toros, y aun dormida, seguía oyendo su bramido, o me parecía escuchar los gritos de: «¡Ah, toro!». El último día de los *herraderos*, y como último acto, se lidió un toro en honor de Calderón, y una gran bandera ondeaba con la siguiente leyenda estampada en grandes letras: «*Gloria al Señor Ministro de la Augusta Cristina*». Demostración de galantería que me permití corresponder con una moneda de oro.

Una vez muerto el animal, es obsequiado a los *toreadores*; y ya descuartizado, le entierran con todo y cuero, en un hoyo en donde han prendido fuego, que cubren después con tierra y ramas. Durante cierto tiempo permanece asándose en este horno natural; el vulgo le tiene por cosa exquisita (opinión que no comparto).

Subimos ayer a un empinado monte, lo que nos costó tantas fatigas como si hubiéramos tratado de ascender por la escarpada senda que «conduce a la fama». Por fortuna, sus laderas están muy pobladas de árboles, y pudimos descansar de vez en cuando bajo la sombra. Fuimos a caballo hasta donde pudieron llegar las

monturas, pero la mayor parte de la subida sólo pudo hacerse a pie. Más de la mitad del grupo se quedó a medio camino. Llegamos a la cima, descolgándonos de rama en rama en aquellos lugares en donde las cortaduras del terreno alcanzaban casi la perpendicular. Quedamos recompensados, primero por la satisfacción que siempre se siente cuando nuestros deseos se hacen realidad, y segundo, por la maravillosa y dilatadísima vista que se goza desde la cumbre. El regreso fue mucho más agradable, pues el temple, excepción hecha del calor de mediodía, es muy frío en esta parte del país. Tunas, pinos enanos y profusión de arbustos con flores y zarzamoras, cubren los cerros…

Nos topamos con un hombre a caballo que venía a anunciarnos la llegada de un huésped, el *Señor* Haro, de Puebla, que resultó ser una grata adquisición para todos.

15. Salimos muy de mañana a caballo, y desayunamos en una *hacienda* a cinco leguas de distancia de Santiago, propiedad de la viuda de uno de los administradores de los Adalid. Mujer de respetable y hermosa apariencia, que, sola en este lugar solitario, se afana lo mejor que puede en criar a sus ocho hijos. Porque esto sí es soledad. Transcurren un año y otro año sin que vea a un ser viviente, fuera de algún indio que pasa por ventura. Es mujer acomodada, y todo lo de su casa se ve limpio y en orden. Lleva ella misma el peso de la *hacienda*, y educa a sus hijos hasta donde sus conocimientos se lo permiten, y, por lo tanto, nunca tiene tiempo de aburrirse. Sabía de nuestra llegada, y nos dio un desayuno (éramos unas veinte personas) con lo mejor que da la tierra en estas partes, y los comensales supieron apreciar con justicia su excelente convite. Hubo pulque, fermentado con jugo de piña, que es buenísimo.

Cuando el sol comenzó a caer, fuimos a dar una vuelta hasta la hermosa *hacienda* de Los Reyes, perteneciente al *Señor* Adalid, en la que está haciendo y trazando cambios y mejoras. Al salir de Los Reyes empezó a llover, y nos vinieron de molde los encubridores *sarapes* mientras galopábamos a través del llano. Fue un paseo a caballo delicioso. Cesó la lluvia en anocheciendo, y la luna se levantó brillante en un cielo sin nubes; pero la verdad es que estábamos bastante cansados al llegar a casa, después de haber hecho diez leguas a caballo.

17. Hemos pasado estos dos días viendo marcar las mulas, que son todavía más peligrosas que los toros, ya que mientras se encuentran en estado salvaje dan unos mordiscos feroces. Cuando las derriban con el lazo, resuellan de la manera más singular, como lo podrían hacer unos ediles durmiendo una apoplética siesta.

Este animal es quizá el más útil y del cual se saca más provecho de todos los de México. Sirve de bestia de carga y de tiro en toda la República, y no tiene igual para las largas jornadas, pues es capaz de soportar grandes fatigas, particularmente en las partes más áridas y montañosas del país en las que no hay caminos. Uncidas a un tiro pueden arrastrar cerca de quinientas libras de peso, caminando a un promedio de doce a catorce millas en un día, y de esta manera alcanzan a rendir una jornada de más de mil millas. Para el uso diario son preferibles a los caballos, por ser mucho menos delicadas y no necesitar tantos cuidados y resistir mejor la fatiga. Un buen tiro de dos mulas puede costar desde quinientos a mil pesos.

Después de comer vimos algunas de estas mulas salvajes recién capturadas, enganchadas a un carruaje y aparejadas cada una con otra ya domada; jamás había yo sido testigo de semejantes coces,

cabriolas y tirones. Sin embargo, los *mozos* tienen recursos para todo y en menos de media hora, después de alternar los gritos con las trallas, trotaban las mulas tirando del pesado carruaje, coceando y encabritándose a muy decentes intervalos.

México, 12.

Hemos pasado diez días en el campo en plena actividad, y nos vimos obligados a regresar a casa más pronto de lo que hubiéramos deseado, con el fin de celebrar el día del santo de la Reina Isabel con una comida diplomática.

Aunque ahora ya no se habla tanto del cuaderno formado por el *Señor* Gutiérrez Estrada, el estado de irritación parece que continúa como antes. Su autor permanece escondido, y sólo se comunica con su familia y con algunos de sus más devotos amigos; situación muy desagradable y que no es posible pueda sostener mucho tiempo.

20. Nuestra comida *salió* tan bien como podía esperarse. Asistieron veintiséis personas, entre ellas, Su Ilustrísima el Arzobispo, sus Excelencias del Gabinete y del *Corps Diplomatique*, junto con el Conde de la Cortina, los Valencia y los Gorostiza. Los caballeros iban de gran uniforme, las damas *en grande toilette*, y el Arzobispo estaba de pontifical. Temamos una orquesta en el corredor, y a los acordes de *Norma* se inició la marcha, que, por precedencia, abrió el Arzobispo, que me llevó del brazo, o mejor dicho, yo le llevaba a él, ya que me era muy difícil pasar mi brazo entre sus vestiduras. Creo que no se cometieron faltas de ceremonial. La comida se prolongó durante tres y media horas mortales. El Arzobispo brindó a la salud de Su Majestad la Rei-

na, lo que hicimos todos de pie, mientras la orquesta tocaba el himno «Dios salve a la Reina». Estaba terriblemente cansada (aunque mi situación no podía ser más agradable), y no dudo que los demás estuvieran lo mismo, pues eran las doce cuando regresamos a la sala.

Los familiares del Arzobispo, dos sacerdotes que siempre le acompañan, respetables *guardias negras*, ya lo estaban esperando. En cuanto a Su Ilustrísima, estuvo muy afectuoso y tan ameno como siempre, y después del café se despidió a los acordes de la música.

CARTA XXIX

La Virgen de Covadonga.—Santo Domingo.—Adornos y música.—Daguerrotipo.—Tertulias semanales.—Llegada.—Terremoto.—El honorable Mr…—Muebles rotos.—*Días*.—Festividad de la Virgen de Guadalupe.—Día de campo en el *Desierto*.—*Itzcuintepotzolli*.—Posada en Cuajimalpa.—Convento en ruinas.—Sus orígenes.—*Dejeuné à la fourchette*.—Espléndido panorama.—Promesa a la Virgen.—Misa cantada.—Tacuba.—Paseo a caballo con el Prior.

21 de noviembre.

Recibimos hace pocos días una invitación para asistir a una misa solemne que celebra año con año, en la iglesia de Santo Domingo, la Hermandad Asturiana, en honor de la Virgen de Covadonga. La invitación, impresa sobre seda azul con orla de encaje en oro y borlas en las puntas, es digna de ocupar un sitio en una caja de figuras de cera que he de enviaros por el próximo paquete.

El adorno de la iglesia se presentaba suntuoso, y sólo se permitió la entrada a la gente vestida decentemente. A Calderón le dieron el lugar de honor cerca del altar, y a mí me fue ofrecida una silla de terciopelo por un *padre*. La música era magnífica, pero demasiado alegre para una iglesia. Se compoma la orquesta de

algunos violines e instrumentos de viento, y de varios ejecutantes aficionados. Interpretaron a perfección algunos trozos selectos del *Cheval de Bronze*. El sermón, predicado por Guerrero, un canónigo que goza de cierta reputación como orador sagrado, contenía una prudente dosis de elogios para los españoles y aun para un rey, fuera ese rey el mismo Pelayo.

Por la noche cenamos en muy agradable compañía en casa del Ministro de Prusia, Geroldt.

Fuimos ayer a Chapultepec, Calderón, yo, M. de Geroldt y M. de Normoso, para tomar vistas con el Daguerrotipo que Calderón ha tenido el placer de recibir de Boston, enviado por nuestro amigo Mr. Prescott. Mientras ellos procedían a sus manipulaciones al rayo del sol, y encontrando que el excesivo calor enfriaba mi entusiasmo, me acomodé, provista de un libro, al pie de un ciprés de Moctezuma, lo cual me pareció muy romántico. Mas la poesía del lugar disminuyó un tanto cuanto con la llegada de un grupo de *forçats* encadenados, los cuales están trabajando en el Castillo, que me parece tienen la intención de convertir en un colegio militar. Llega su insolencia a tal extremo, que olvidándome de que se encuentran bajo custodia y que los grillos les unen en parejas, sentí alivio al cerciorarme de que los criados estaban cerca y podrían oír mis voces.

Han tenido principio nuestras *soirées* semanales, y hasta ahora se van logrando. Tenemos, por lo tanto, tres *tertulias* cada semana en las casas de los diplomáticos. Se hace, generalmente, un poco de música, se juega y se baila más, y todo el mundo parece contento, y la mejor prueba de ello es que se quedan, la mayoría de las veces, hasta las dos o las tres de la madrugada.

28. Ya podréis imaginar la alegría que me dio la llegada, a las tres de la tarde, de Kate y Alex, sanos y salvos. Tuvieron un via-

je feliz desde Veracruz, sin otras molestias que el frío, en particular en Perote. Llegaron el día en que yo tenía una *soirée*, y por encontrarse muy cansados se excusaron de asistir. Ya tengo un pretexto para volver a visitar mis antiguas querencias, y la primera semana, y quizá también la segunda, hemos de pasarlas sólo en «ver».

30. Ayer comimos en Tacubaya, donde la familia Cortina, especialmente las mujeres, se encuentran en un estado de gran ansiedad.

Acababa yo de escribir estas palabras cuando, con tremenda sorpresa, empecé a sentir como si me jalaran para arriba y para abajo, junto con la silla y la mesa. De improviso, todo comenzó a moverse; el cuarto, las paredes y aun el suelo se balanceaba como las olas del mar. Me creí, al principio, víctima de un vértigo, pero casi en el acto me vino a las mientes que se trataba de un terremoto. Todos corrimos, o más bien haciendo eses, alcanzamos a llegar al corredor, donde los criados, arrodillados, rezaban y persignábanse con una celeridad nunca vista. Duró el temblor cerca de un minuto y medio, y creo que no causó más perjuicio que el susto consiguiente y cuarteaduras en las paredes viejas. Mientras duraba el temblor, todo México se arrodilló; hasta los pobres dementes de San Hipólito, en donde se encontraba Alex de visita en compañía del Señor… Desde ese momento tengo la sensación de mareo. Se espera que repita el temblor dentro de veinticuatro horas. ¡Qué horroroso debe ser un gran terremoto! ¡Qué horrible es sentir que se mueve la tierra firme y que nuestra confianza en su estabilidad se desvanece, y pensar que los elementos de destrucción que se agitan bajo nuestros pies son aún más veloces y poderosos para destruir que los que están por encima de nosotros!

Todavía me río cuando recuerdo la cara que puso un pobre y joven dependiente que acababa de entrar a la casa con un paquete de cartas para Calderón. Este no se arrodilló, optó por sentarse en los peldaños de la escalera, tan pálido como la muerte, y parecía tener «cara de crema» como el criado de Macbeth, y en terminando el temblor se encontraba el muchacho tan mareado, que sin decir esta boca es mía tomó las de Villadiego para llegar a tiempo a la calle. La *guacamaya*, lanzando un chillido desgarrador, voló de su percha, y ejecutando un vuelo en zigzag en el aire, fue a caer en las agitadas aguas de la fuente del patio.

Vuestro amigo, el honorable Mr… llegó el otro día con cara de muy enfermo, pues en La Habana estuvo grave de fiebre amarilla, que, tomando en cuenta la estación del año, es estar de muy mala suerte.

Todos los muebles que encargarnos a los Estados Unidos llegaron hace algún tiempo reducidos a una confusión de patas y brazos. Las mesas, los roperos, etc., que eran de caoba se vendieron, creo yo, por madera en Veracruz. Los espejos también llegaron, pero convertidos en *polvo*. Esto debe atribuirse a un embalaje defectuoso, pues objetos más delicados enviados desde Londres, como cristal, porcelana, etc., han llegado en buen estado.

3 de diciembre. He tenido muchas visitas por ser este mi *día de fiesta*. Entre otros visitantes, estuvo el Presidente. Esta costumbre de celebrar los días le proporciona a uno muchos engorros, pero no hacerlo se considera una falta de educación.

12. Hoy es el aniversario de la milagrosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, y tanto la Basílica como la población deben estar llenas a reventar de indios procedentes de todas partes

del país. Alex y Mr… han ido allí a caballo; pero por todo lo que hemos oído, la muchedumbre ha de ser tan grande que no nos dieron ganas de acompañarles. Hay una *soirée* esta noche, y esta semana se dieron dos muy agradables en otras casas. Pensamos ir mañana al *Desierto* en compañía de numerosas personas, en donde algunos caballeros ofrecerán un almuerzo. Tengo entendido que seremos veintitrés a caballo, y dieciocho en carruaje, y nuestro punto de reunión es la gran fuente con la estatua dorada, en el paseo de Bucareli. La hora, las siete y media. Dicen que el *Desierto* es un bonito lugar, pero como está a siete leguas de México habremos de regresar probablemente muy cansados.

15. Tuvimos una mañana muy bonita el día de nuestra excursión al *Desierto*. No son de temer en este país aquellos *contratemps* en lo que atañe a las vicisitudes de la atmósfera, como en Inglaterra, en donde tan a menudo echan a perder un paseo, a menos, claro está, que no se elija para salir al campo una tarde en la temporada de lluvias. Nos encontramos en la fuente a la hora señalada; unos en coche y otros a caballo. Yo formaba parte de los últimos. El camino corre a lo largo del acueducto de Chapultepec, y después de pasar por Tacubaya se toma el camino carretero que conduce a Toluca. La primera etapa, una vez se ha dejado Tacubaya, es una cuesta desabrigada y desprovista de interés. Campos de magueyes y algún que otro manchón de árboles del Perú, son las únicas manifestaciones de la vida vegetal, y las chozas de los indios las solas señales de la existencia del hombre. Pero al cabo de una fastidiosa subida, la vista que se deja atrás de toda la ciudad de México, con sus iglesias, lagos y montañas, es verdaderamente magnífica. También el camino comienza a serpentear a través de un terreno fértil y boscoso. A eso del mediodía llegamos a una venta, punto de parada de los viajeros que van a Toluca. En la entrada, colgando de un garfio de hierro, se veían varios

animales muertos, y entre ellos uno tan repugnante como jamás lo había yo visto igual. Parecía una especie de perro con joroba, la cabeza semejante a la del lobo y sin pescuezo: un verdadero monstruo. Hasta donde se me alcanza, éste debe ser el *itzcuintepotzotli*, mencionado por algunos de los antiguos escritores mexicanos. Habían criado el animal en la casa, pero le mataron en razón de su ferocidad. Esta venta se halla en el valle de Cuajimalpa, y queda a una legua del *Desierto*.

De este punto en adelante no hay camino, y sólo se sigue un atajo sinuoso que va subiendo a través de hermosos bosques. Y aquí se vieron precisados los que vinieron en coche a proseguir en burros, conducidos por unos guías indios. La belleza del paisaje es indescriptible. El sendero culebrea y asciende en medio de un escenario salvaje de árboles y de arbustos en flor, regados por un cristalino y rápido arroyuelo; y una y otra vez se vislumbran al final de una de estas bóvedas de enlazada arboleda, los nevados volcanes, y en la lejanía, las cúpulas y los lagos de México.

Las ruinas del viejo convento carmelita se levantan en la ladera de la montaña, y se ven rodeadas por majestuosos pinos, encinos y cedros; anchurosas y altísimas naves del bosque por las cuales discurrían los frailes en sosegada meditación. Pero, según dicen, se cambiaron de este delicioso lugar a otro no menos hermoso y agreste, llamado con el mismo nombre de *Desierto*, aunque mucho más distante de México; y ahora estos fértiles sitios (que el ojo conocedor de un yanqui descubriría en seguida como muy a propósito para ser explotados) no tiene dueño y permanecen desiertos en su solitaria belleza. Algunos pobres indios moran entre las ruinas de los antiguos claustros, y el venado montaraz posee la indisputable soberanía de los bosques.

Es fama que un caminante extraviado en estas soledades, y que milagrosamente se salvó de perecer de frío, fundó este rico convento de carmelitas, en acción de gracias al Cielo por su buena suerte, y dicen también, que dejó mandado, al testar, que to-

dos los viajeros que pasaran por estos parajes pudieran acogerse a la hospitalidad del convento. Es cierto que no hubiera podido encontrarse sitio más propio para la oración que este retiro en las montañas; y cuando al pardear la tarde tañía la campana llamando a los frailes al rezo, y despertando el eco en los montes silenciosos, sus notas profundas se han de haber concertado con la majestad de estas alturas.

Pero la vista de un regio *dejeuné à la fourchette* extendido debajo de los pinos, el descorchar las botellas de *champagne* y de cerveza de Escocia, el sabroso olor de las sopas y los fricandós, y la bulliciosa diligencia de los criados ingleses, echó a volar todas mis fantasías románticas. Caímos en la cuenta de que estábamos muertos de hambre, de que habíamos montado a caballo durante siete millas sin haber desayunado, y nunca Orden de frailes pudo decir con mayor regocijo un «¡Gaudeamus!» como el que dijimos nosotros ante tan apetitoso condumio… Pero las partes componentes de un grupo que va a un día de campo deben ser escogidas con mucho tiento y el mosaico que forma la sociedad, combinado con sobrada delicadeza, pues de otra manera ha de tener un final desagradable; y los elementos de discordia son más peligrosos, y sus efectos más persistentes que las toses, los resfriados y las reumas producidos por los elementos húmedos, enemigos jurados de todos los *picnics* y de cuantas comidas al aire libre se llevan a cabo en nuestra nebulosa isla…

Serían las cuatro de la tarde cuando montamos de nuevo a caballo, volviendo por el mismo camino a través de los bosques, ¿y quién hubiera podido tomar en consideración disputas mezquinas, o lamentarse de incidentes triviales, o no olvidar a individuos desagradables que quizá pudieran introducirse en nuestra numerosa compañía, cuando el espléndido panorama de México se abre ante nosotros con todas sus montañas, lagos y llanuras, iglesias, campanarios y jardines, bañados en un torrente de luz dorada; las opulentas nubes de color carmesí del ocaso descan-

sando sobre las nieves de los volcanes, y los bosques despidiendo la fragancia de los arbustos en flor y de las rosas silvestres, mientras trotan nuestros caballos sobre piedras y arroyuelos?

Al llegar a la venta en donde habían dejado los coches, volvimos a montar, y como la noche empezaba a echársenos encima y aun no se reunía todo el grupo, creímos más conveniente que los de a caballo tomaran la delantera. Quedáronse los carruajes con su escolta y regresamos a todo galope a México, Calderón, yo, Alex y un criado, y no soltamos las riendas hasta llegar a la ciudad, cansados como podéis suponeros después de una jornada a caballo de catorce leguas.

20. Nuestra *tertulia* de anoche estuvo muy concurrida; hubo mucha música y se bailó de lo lindo. Estas *soirées* semanales están teniendo decididamente muy buen éxito, y en ellas se reúnen las mejores familias de México haciendo a un lado la etiqueta, lo cual nos habían asegurado, al principio, que era imposible… Quizá es que ya me estoy familiarizando con la fisonomía de la mujer mexicana, el caso es que me pareció ver reunidas muchas bellezas, y en lo que se refiere a la calidad de las voces, son tan comunes en México como raras en Inglaterra.

Un acaudalado senador, *Don* Basilio Guerra, ofreció a la Virgen que mandaría decir una misa suntuosa cada año en la Catedral en recordación del nacimiento de Nuestro Salvador, la mañana de la víspera de Navidad. La parte musical de la misa es ejecutada solamente por aficionados, y casi todas las jóvenes de México dotadas de buena voz participan en ella. Me indujeron, contra mi voluntad, a prometerles que tomaría una parte insignificante, como es el acompañamiento de arpa, en el *Incarnatus*.

Se están preparando desde hace mucho tiempo para esta solemnidad, y los cantantes aficionados han ensayado varias veces

por las tardes, y ante una gran concurrencia, en Minería. Todo promete salir muy bien.

28. Calderón se ha ido con el *Señor* Zurutuza (un caballero español) a Cuernavaca, en la *tierra caliente*, para pasar algunos días en la finca que ese señor posee en las cercanías, la cual en esta época ha de ser una delicia.

Esta mañana fuimos a San Joaquín, y encontramos en el camino al Prior que iba a caballo a la ciudad a confesar a la anciana abadesa del convento de Santa Teresa. Dio media vuelta, acompañándonos durante todo el resto del paseo. Se fue con nosotros hasta Tacuba, en donde estuvimos curioseando el trazo de las ruinas, y una vieja y bella iglesia y el convento abandonado. En esto, nos bajamos de los caballos, y quitándonos nuestros sombreros de montar, acompañamos al Prior a través de los claustros desiertos hasta la vieja iglesia, y me imagino que nuestras trazas debían ser muy pintorescas; yo con mi traje de amazona, y el fraile con sus sandalias y hábito blanco, arrodillados uno junto al otro, sobre las rotas gradas del altar. Es tan agradable y tan ilustrado, que su compañía es particularmente grata.

CARTA XXX

Navidad.—Kalendas y Misa.—Interpretación de los aficionados.—Solo.—*Posadas*.—Peregrinación de la Sagrada Familia.—Nacimiento.—Reunión concurrida.—Cocineros franceses.—Cocinera mexicana.—Gobierno Doméstico.—Día de Año Nuevo.—Misa.—Suciedad de las iglesias, etc.—Comparaciones.—Oratorios.—Club inglés.—Preparativos de viaje.

25 *de diciembre*.

¡Navidad! Esta noche hace un año que llegamos a México. ¡Y con qué diferente aspecto vemos ahora todas las cosas después de un año! Hoy nos rodean paisajes y acentos familiares, y sobre todo, caras amigas. Pero aun cuando haya podido desaparecer la novedad con todos sus encantos y sus *desagrèments*, nada existe en México que parezca vulgar. Todo alcanza grandes proporciones y todo tiene un aire pintoresco. Y son tantos los motivos de curiosidad que despiertan estas antiguas casonas, hay tanto que ver, a pesar de que no existan lo que podríamos llamar sitios espectaculares, a menos que incluyamos entre éstos a Minería, el Museo, la Catedral, la Universidad y el Jardín Botánico que suelen visitar los viajeros, que cualquiera que sea el tiempo en que tengamos que partir, estoy convencida de que tendremos el sentimiento de hacerlo sin conocer aún muchos lugares dignos de interés.

Hace algunos días circularon unas esquelas de color, impresas con letras doradas, invitando a todas las amistades del *Senador* a la misa, en estos términos:

«José Basilio Guerra suplica a usted le honre con su asistencia y la de su familia a la solemne función de las Kalendas y la Misa, que anualmente celebra en humilde recordación del Nacimiento del Salvador, cuya festividad tendrá verificativo a las nueve de la mañana del 24 de este mes en la Parroquia del Sagrario de esta Santa Catedral.

»*México, diciembre de 1840*».

En punto de las nueve todos estábamos reunidos en el coro; *Don* Basilio, de uniforme azul oscuro y oro, nosotras puestas de mantilla. La iglesia se veía resplandeciente, y como es costumbre en estas ocasiones, no se permitió la entrada a los *léperos*, con lo que la concurrencia era muy elegante y selecta. Todo salió a maravilla. Cuatro o cinco de las jóvenes, y varias de las señoras casadas, tienen voces soberbias; y la de las que cantaron en el coro ninguna es mala. La más hermosa que casi haya yo oído nunca, es la de la Señorita Cosío. Si ella puede estudiar en Italia, me aventuro a predecir que ha de rivalizar con la Grisi. Tal profundidad, tanto volumen, extensión y dulzura, con tanta riqueza de tono en las notas altas, rara vez se dan juntos. Cantó un solo con tales matices, que creí que el público que se encontraba en la nave de la iglesia no resistiría la tentación de aplaudir. Otras hay, cuyas voces son mucho más cultivadas y que poseen infinitamente más escuela; pero al hablar de la señorita Cosío me estoy refiriendo a sus facultades naturales. La orquesta estuvo, en verdad, a la altura de las circunstancias, y el músico que la dirigió, de primerísima categoría. Me complació que terminara mi parte,

y poder prestar toda mi atención a los demás. La ceremonia duró cuatro horas, pero el predicador se alargó mucho. Recibiréis muy pronto un pormenor de toda la festividad, que ha de publicarse en el Anuario Mexicano, intitulado «La Guía de las Damas».

Al anochecer fuimos a casa de la Marquesa de Vivanco, para pasar en ella la Nochebuena. Esta noche todos los parientes y amigos íntimos de cada familia se reúnen en la casa del «jefe del clan» una verdadera asamblea, y en el particular de esta casa, constituida por cincuenta o sesenta personas.

Esta es la última noche de las llamadas *Posadas*; una curiosa mezcla de devoción y esparcimiento, pero un cuadro muy tierno. He aquí su significado: En aquel tiempo, en el cual César Augusto promulgó el edicto ordenando «que todo el mundo debía tributar», la Virgen y José salieron de Galilea para Judea, a fin de empadronarse, y encontraron Belén lleno de gente, que con igual motivo había acudido de todas partes del mundo, y durante nueve días anduvieron por la ciudad sin conseguir que les dieran alojamiento en alguna casa o mesón, y en el noveno día buscaron abrigo en un pesebre, en el cual nació el Salvador. Esta peregrinación de la Sagrada Familia se representa por ocho días, y parece más bien que se hace a la intención de los niños que con fines de más seriedad. Llegamos a la casa de la Marquesa a las ocho, y cerca de las nueve empezó la ceremonia. A cada una de las señoras le fue puesta en la mano una velita encendida, *y se* organizó una procesión, que recorrió los corredores de la casa cuyas paredes estaban adornadas con siemprevivas y farolitos, y todos los concurrentes cantaban las Letanías. Kate hacía pareja con la Marquesa viuda. Un ejército de niños, vestidos como ángeles, se unió a la procesión. Sus vestidos eran de lama, en oro o plata, penachos de plumas blancas, profusión de diamantes finos y perlas en *bandeaux*, broches y collares, alas blancas de gasa y zapatos de raso blanco bordados de oro.

La procesión se detuvo por último delante de una puerta, y una lluvia de fuegos de bengala cayó sobre nuestras cabezas, para figurar, me imagino, el descendimiento de los ángeles, pues aparecieron unas jóvenes vestidas de pastores como los que guardaban en la noche sus rebaños en las planicies de Belén. Unas voces, que se suponían de María y José, entonaron un cántico pidiendo posada, porque, decían, la noche era fría y oscura, el viento zumbaba con fuerza, y pedían albergue por esa noche. Cantaron los de adentro, negándoles la posada. Otra vez imploraron los de afuera, y al fin hicieron saber que aquella que se encontraba en la puerta, errante, en la noche, sin tener en donde reposar la cabeza, era la Reina de los Cielos. Al oír este nombre, las puertas se abrieron de par en par, y la Sagrada Familia entró cantando. En el interior se contemplaba una bellísima escena: un *Nacimiento*. En unas tarimas alrededor del aposento, cubiertas de heno, se habían dispuesto figuras de cera formando escenas que representan, generalmente, pasajes de diversas partes del Nuevo Testamento, aun cuando algunas veces empiezan con Adán y Eva en el Paraíso. Allí estaban la Anunciación; la Visitación de María a Isabel; los Reyes Magos; los Pastores y la Huida de Egipto. Se observan árboles verdes y de los que dan fruta, unos surtidores arrojando hilos de plata; rebaños de ovejas, y una cunita para que en ella descanse el Niño Jesús. Un chiquillo vestido de ángel sostenía en sus brazos a un *niño* de cera. Todo el Nacimiento, adornado con flores y guirnaldas, refulgía de luz. Un *padre* tomó al *niño* de los brazos del ángel y lo puso en la cuna, con lo que se dio fin a la *Posada*.

Regresamos a la sala, ángeles, pastores y demás invitados, y hubo baile hasta la hora de cenar. La cena fue un alarde de dulces y pasteles.

Hoy, con excepción de que en todas las iglesias hay oficios, no se nota que se celebre la Navidad de una manera especial. Hemos pasado la tarde solas y muy tranquilas. Recibí cartas de Calde-

rón, desde Cuernavaca; está encantado con la belleza de la *tierra caliente* viviendo entre rosas y naranjos. Espero que en enero estaremos en disposición de ir, siempre que algo ocurra que nos obligué a salir de México antes del próximo invierno.

27. Tuvimos una gran concurrencia en la reunión de anoche, y pienso que fue la mejor de todas. Menciono el hecho, pues ha triunfado mi opinión de que estas reuniones semanales tendrían éxito en México, lo cual ha resultado cierto.

En estos últimos días he estado ocupada buscando cocinero con más pertinacia que el mismo Jafet cuando buscaba a su padre, y con tan poca suerte como la que él tuvo en sus primeras pesquisas. Del primero, un francés, pude averiguar que había sido procesado por asesinato; otro, acababa de perder la razón; el tercero, que se anunció él mismo como uno de los más grandes *artiste* que condescendió en hacerle una visita a México, pedía unos emolumentos en proporción a sus habilidades. Probé con un cocinero mexicano hembra, a pesar del pelo suelto. Parecía una mujer decente y una cocinera aceptable; en consecuencia, y no obstante que nuestra francesa, el ama de llaves y primer ministro, ha desertado cuando más la necesitábamos, corrimos el riesgo de salir de casa y pasar el día en Tacubaya. Al regreso, nos encontramos a toda la servidumbre incapaz de sostenerse en pie. La cocinera, borracha; los soldados *ídem*; la *galopina*, ligeramente achispada. En suma, la casa cuidándose ella misma, y la única «fuerza en posición de firmes»: el cochero y el lacayo, que han estado con nosotros por algún tiempo y que parecen ser excelentes criados. Me han prometido, sin embargo, una buena ama de llaves mexicana, y confío que bajo su gobierno se restaure, hasta cierto punto, el orden; me prometen también un cocinero chino que, según dicen, tiene un carácter «celestial».

Cartas de España anuncian la pronta llegada de un Secretario de Legación y de otro *attaché*.

1.° de enero de 1841.—¡Feliz Año Nuevo para todos! Comenzamos el año oyendo misa temprano en San Francisco, la iglesia quizá más limpia de México, y la más frecuentada por las mejores clases de la sociedad. Podréis tener allí la buena suerte de sentaros entre dos señoras bien vestidas, pero también es muy probable de que vuestro vecino sea un pordiosero envuelto en su frazada; además, el piso está casi tan sucio como el de la Catedral. Esta suciedad es, sin duda alguna, uno de los impedimentos más grandes para la felicidad de las gentes en este bello país; suciedad que degrada los nobles monumentos dedicados al culto divino, y que destruye la belleza de las obras hechas para beneficio de sus criaturas. Las calles, las iglesias, los teatros, el mercado, la gente, todo está contaminado por esta plaga. El mercado, es cierto, se ve lleno de flores, de ramas verdes y guirnaldas, pero quienes venden y tejen las guirnaldas están tan sucios, que echan a perder todo el efecto de lo que podría ser un cuadro bellísimo. En el teatro, una abundancia de olores sofocantes, especialmente en los mal alumbrados pasillos, no tiene nada de agradable. La costumbre de arrodillarse en el piso de las iglesias parece adecuado y edificante; pero seguramente no hay razón para no conservar con escrupulosa limpieza el suelo en un lugar sagrado, ni se justifica que no se obligue a las gentes pobres a vestirse con elemental decencia. Los que no pueden hacerlo, aunque es probable no existan más allá de una media docena de gentes que anden en andrajos por verdadera necesidad, sino por indolencia, podrían tener un lugar destinado para ellos, en cayo caso esta escuálida pobreza desaparecería sin duda. En ocasión de alguna fiesta señalada, asean la iglesia y no dejan entrar a los mendigos, y entonces

en verdad estas nobles construcciones parecen templos dignos de que en ellos se adore al Altísimo.

Otros días, además de los *léperos* (que pululan en la Catedral), ocurre que las indias tienen la costumbre de llevar a la iglesia a sus criaturas y sus canastas con hortaliza, y los chiquillos por su lado tienen el hábito de lloriquear, como lo hacen todos, cuando consideran que no les hacen caso. Pero esto no es tan fácil remediarlo, ya que las pobres mujeres se ven obligadas a traer consigo a su prole; mas este hombre fuerte, corpulento y haraposo, que prefiere pedir limosna a trabajar; esta mujer pordiosera, que medio encubre sus desnudeces y que se tendría por deshonrada si se diera en hacer algo para mejorar su condición; estos perros que vagan por la iglesia durante los oficios divinos; a todos ellos deberían someterlos al orden introduciendo las providencias que fueren más pertinentes.

A pesar de estos manchones, me he puesto a comparar muchas veces en la imaginación el aspecto de una de esas capillas de Londres que están de moda, con el de una iglesia mexicana en un día de alguna festividad solemne, y la comparación es, sin duda, en favor de la última. Aquélla, luminosa, ventilada y alegre, con sus bancas forradas de terciopelo; el predicador, el más en boga, y las señoras un tanto soñolientas después de una noche de Ópera, pero vestidas con el más elegante traje de mañana, mirando con disimulo el sombrero y las plumas de *Lady*..., o el chal de Cachemira, o el hermoso abrigo de armiño de Mr...; hablando en la puerta del templo de naderías de buen tono, mientras los lacayos les esperan al pie del estribo de sus reverberantes carruajes; la otra, solemne, imponente y oscura, y en donde no se aprecian las diferencias sociales. La nave está llena de mujeres arrodilladas, algunas envueltas en sus *rebozos*, otras de mantilla, y todas con la misma devoción, al menos en apariencia. No se ven vestidos llamativos, ni sombreros de fantasía, ni capas elegantes que puedan causar envidia o admiración a los ojos del pobre. Considerándo-

se, aparentemente, iguales en presencia de Dios, la campesina y la Marquesa se arrodillan juntas, sin diferencia casi en el vestir, las dos entregadas a sus devociones, sin fijarse cómo van vestidos los demás, ni cuál es el grado de su fervor. Los sentimientos religiosos podrán ser igualmente poderoso, entre los fieles de ambos cultos; pero mientras nuestros sentidos puedan ser afectados por las cosas externas, las probabilidades de una mayor concentración están en favor de los últimos. La vista gusta de posarse aquí y allí, y el pensamiento ha de seguirla a donde vaya. En el primero de los casos se posa en las formas elegantes de la moda; en el segundo, nada más ve una masa oscura arrodillada, o la representación de los pasajes de los Santos Evangelios.

Sin embargo, debido a esta suciedad que infesta a las iglesias mexicanas, y de la multitud de *léperos* que bulle en ellas, tanto para mendigar como por devoción, muchas de las principales familias de aquí y que tienen oratorios particulares solicitan los servicios de un *padre* y oyen misa en la casa. En la pequeña capilla de la casa del *General* Barrera, una de las mansiones más hermosas de México, hay una Virgen, tallada en madera, que es uno de los ejemplos de escultura más exquisitos y dignos de admirarse. Su rostro es más que angélico: es divino; pero una naturaleza divina sufriendo de un angustia mortal.

27. Esperamos que el primero de febrero estaremos listos para emprender una expedición a *tierra caliente*, de donde ha regresado Calderón hace poco. Tenemos, por suerte, una excelente ama de llaves mexicana, y bajo su mando las cosas han tomado un cariz muy diferente, y a la cual le podemos confiar el cuidado de la casa cuando salimos. Nada de particular ha ocurrido en estos últimos días, sólo la acostumbrada rutina de montar a caballo; las visitas en coche y algunos paseos por la *Alameda*, cabalgar por el *paseo*, y nuestras comidas en Tacubaya; las tres *soirées* de cada se-

mana, alternadas con alguna cena diplomática en casa del Ministro…, y ayer, la reunión en casa del Club inglés, con una venta de libros después de la cena, y en la cual el presidente del Club me impuso una multa por no haber devuelto a tiempo un viejo y estúpido poema, lo que me excitó a presentar en el acto una moción para que me fuese obsequiado el tal poema, y así se aprobó *némine contradicente*.

Nos aconsejan que de ninguna manera emprendamos la proyectada expedición, y las historias de ladrones y asaltos, narradas por personas dignas de crédito, no son para entusiasmar a nadie. Ladrones, caminos pésimos, calor insoportable, animales ponzoñosos… son muchas las calamidades que nos han anunciado. La estación está, es cierto, un tanto avanzada, mas no ha sido posible anticipar el viaje. Las próximas cartas las escribiremos en el curso de la jornada, si hay lugar para ello, o bien a nuestro regreso.

CARTA XXXI

Salida de México.—Cuernavaca.—Tierra Caliente.—Atlacomulco.—Naranjales.—Caña de azúcar.—Producto anual.—Testamento de Cortés.—Descripción,—Plantación de café.—Escorpiones.—Lista de reptiles venenosos.—Acapatzingo.—Dudas y dificultades.—Una resolución.

Atlacomulco, 2 *de febrero*.

Un día tranquilo en una hospitalaria casa de campo, demasiado calor para salir fuera, y sin quehaceres, son demasiadas tentaciones para que no me induzcan a sentarme y daros cuenta de nuestras aventuras en estos últimos dos días. Ayer, primero de febrero, a las cuatro de la mañana, muertos de sueños, salimos en una Diligencia alquilada para nosotros solos. Y por todo equipaje: dos maletas pequeñas y un saco de noche. Nuestra indumentaria: vestidos de fuerte calicó oscuro, grandes sombreros de Panamá, *rebozos* a modo de bufandas y espesos velos grises de Barege. Una escolta del Gobierno, compuesta de cuatro hombres y un cabo, la que tuvo cuatro relevos, nos acompañó hasta Cuernavaca, que está a unas dieciocho leguas de México, y que es la entrada de *tierra caliente*. Se daba por hecho de que bastaban cinco hombres para tener a raya tres veces el número de ladrones, cuya osadía, como quiera que sea, ha alcanzado tales tamaños que no llega ninguna diligencia de Puebla que no haya sido asaltada en

el camino. Han ocurrido por aquellos rumbos seis asaltos en los últimos quince días, y el camino de Cuernavaca se conceptúa como mucho más peligroso. Tomamos chocolate antes de salir, y llevaron una canasta con fiambres y vinos, ya que en todo el camino no se encuentra una posada digna de este nombre. Hacía fresco cuando salimos, casi frío; las lámparas astrales estaban apagadas, y la gran lámpara solar aun no se había encendido.

«Mas presurosa, como langosta cocida, la mañana empezó a cambiar de negro a rojo».

Al tiempo de llegar a San Agustín, donde remudamos caballos, era completamente de día y pudimos darnos cuenta de todos los horrores del camino que, al dejar aquella hermosa población con sus árboles y jardines, va rodeando la montaña en agria subida a través de rocas volcánicas y pasa por Ajusco, poblado pobrísimo y nido de ladrones. Sin embargo, el panorama que se dilataba frente a nosotros, al darle las espaldas a este inculto paraje, era grandioso. El sol se asomaba sobre las crestas de los montes, y en una amalgama de lo fértil con lo salvaje, contemplábamos la extensión de los llanos y los pueblos engarzados en vergeles, y en lontananza, a la misma ciudad de México, blanca y resplandeciente. A nuestra derecha, frunciendo el ceño, la montaña del Ajusco, vestida de oscuros bosques de pinos, se presentaba a nuestros ojos merecedores de su fama de guarida de facinerosos. En el Guarda, asiento de chozas miserables, volvimos a cambiar de caballos y eludimos unos frijoles sospechosos, servidos en unos platos que daban asco; con lo que se comprobaban dos cosas a la vez: que como viajeros por estas tierras todavía éramos bisoños, y que aun no habíamos agotado las civilizadas provisiones de boca que llenaban nuestra canasta.

El camino sigue faldeando a través de rocas y de bosques, hasta llegar a la *Cruz del Marqués*, mojón que puso el mismo Cortés

en los límites de sus Estados, mejor dicho, de los que le hizo merced el Emperador indio. Cerca de las dos de la tarde el calor comenzó a hacerse pesado, y nosotros principiamos a ver y a sentir las señales que anunciaban la proximidad de la *tierra caliente*.

Llegamos al pequeño pueblo indio de Huichilac, que no deja de ser atractivo con sus chozas hechas de caña y lindos árboles en flor por todas partes. Desde lo alto de la eminencia en donde está situado el lugar se divisa la tierra «cálida».

Comenzó desde aquí a bajar a riendas sueltas la Diligencia por una enriscada cuesta. El terreno parecía aún más árido que antes; la vegetación, más agostada; sin un árbol, sólo, aquí y allá, hermosas y desconocidas plantas silvestres. Pero, ¡qué calor, qué polvo y qué traqueteo! Cuando por fin entramos a Cuernavaca, recorriendo sus calles con un ruido ensordecedor y nos paramos frente a una posada de aspecto muy tranquilo, nos despedimos con júbilo, aunque fuere por corto tiempo, de todas las Diligencias y de todos los vehículos habidos y por haber, pues en lo de adelante teníamos que confiar nuestras personas a lo que puede uno guiar a su antojo: a los cuatro remos de un caballo.

Cuernavaca (cuerno de vaca), la antigua Cuauhnáhuac, fue una de las treinta ciudades que Carlos V dio a Cortés, y que más tarde formó parte de los Estados del Duque de Monteleone, representante de la familia de Cortés, como Marqués del Valle de Oaxaca. Los antiguos cronistas la celebraron por su belleza, por su clima suave y lo inexpugnable de su posición; defendida de un lado por abruptas montañas, por la que corre un torrente de agua, el cual cruzaron los españoles pasando por tres grandes árboles que con sus ramas formaron un puente natural sobre la *barranca*. Fue la capital de la nación Tlahuica, y después de la Conquista, Cortés construyó en ella un magnífico palacio, una iglesia y un convento de franciscanos, creyendo que sentaba las bases de la fundación de una gran ciudad. Y en efecto, su delicioso clima,

la abundancia de agua y los minerales que, se dice, existen en las cercanías, sus magníficos árboles, exquisitas frutas y su proximidad a la capital, todo concurría a que la ciudad floreciera. Y, sin embargo, es un lugar sin importancia con ser tan favorecido por la naturaleza, y el palacio del conquistador es ahora un cuartel medio derruido, aunque muy pintoresco, que se levanta sobre una colina a cuyas espaldas se yergue el blanco volcán. Hay en la ciudad algunas buenas casas, y las ruinas de una iglesia construida por Cortés y célebre por su atrevido arco; mas nos sentíamos demasiado cansados para seguir curioseando, y esperábamos con ansiedad la llegada de los caballos y gente de la fábrica de azúcar de *Don* Anselmo Zurutuza, de Atlacomulco, en donde debíamos pasar la noche. La casa en que se detuvo la Diligencia fue antaño famosa por el hermoso jardín contiguo a ella, y que perteneció a un rico propietario. Nos sentamos entre los árboles frutales, al lado de un estanque de agua muy clara, y ahí esperamos a las cabalgaduras y a nuestros guías. Anochecía cuando llegaron. Acababa de ponerse el sol y la tarde era templada y agradable, y después de muchas coces y más espuelazos, cargar las mulas y ladridos de perros, nos fuimos por lomas y barrancas a través de paisajes hermosos y extraños, según podíamos distinguirlos a la luz que agonizaba, subiendo cerros y atravesando arroyos por espacio de dos leguas, hasta que por fin las llamas de fuego que salían de las chimeneas de las calderas de Atlacomulco nos advirtieron que estábamos cerca del puerto en donde íbamos a pernoctar. Entramos al patio a galope, entre perros, indios y negros, y recibidos por el *administrador*, nos ofreció la hospitalidad de su casa. Pero divididos entre el sueño y el hambre, el hambre se llevó la victoria, y una copiosa y humeante cena fue aceptada con nuestra más distinguida consideración.

Esta mañana, tras un sueño reparador, levantados y vestidos a las ocho, muy tarde para *tierra caliente*, salimos a ver la huerta del café y a pasear por los naranjales. ¡Qué maravilla más grande!

Cubríanse los naranjos de dorados frutos y fragantes azahares, y en los andenes los limoneros se doblaban formando una bóveda que apenas pueden atravesar los rayos del sol. Nos echamos sobre la blanda hierba, y comparamos este día con el anterior. Un aire manso venía como embriagado de perfumes de flores de azahar y de radiantes jazmines; por las acequias que circundan la huerta corría la música suave de un agua clara y deliciosa, y un pequeño cardenal aparecía, una y otra vez, como un destello de rojo rubí, al posarse en las ramazones de los árboles. Hicimos ramilletes de azahares, jazmines, azucenas, rosas dobles encarnadas y hojas de limón, pensando que ojalá pudieran llegar a donde estáis, a aquellas partes en donde el invierno cubre ahora la tierra con su blanco sudario.

El jardinero, o plantador de café, ¡y qué jardinero!, de nombre Juan, con sus grandes barbas negras, sombrero mexicano y faja militar de seda carmesí, se acercó a ofrecernos agua de naranja. Mandó por azúcar y vasos a la casa; cortó naranjas de los árboles, y trajo agua de un estanque al que dan sombra ramas llenas de flores que conservan sus aguas tan frescas como si tuvieran hielo. Es cierto que no existe árbol más hermoso que el naranjo, con su fruto dorado, sus lustrosas hojas verdes y sus atractivas flores blancas de fragancia exquisita. Nos pareció esta mañana como si Atlacomulco fuera el paraíso terrenal.

Esta *hacienda* pertenece, en realidad, al Duque de Monteleone, y su apoderado, *Don* Lucas Alamán, la ha dado en arrendamiento al *Señor* Zurutuza. El promedio de su producción anual es de cerca de treinta mil *arrobas* (cada arroba contiene veintiocho libras). La caña de azúcar era desconocida de los antiguos mexicanos, que hacían jarabe de miel, y también del maguey, y sacaban el azúcar del tallo del maíz. La caña de azúcar la introdujeron los españoles de las islas Canarias a la de Santo Domingo, desde donde pasó sucesivamente a la isla de Cuba y a México. Don Pedro de Atienza plantó las primeras cañas de azúcar en 1520.

Gonzalo de Velosa construyó los primeros cilindros, y los primeros molinos de azúcar construidos por los españoles en aquel tiempo, andaban, no con caballos, sino con ruedas hidráulicas. M. de Humboldt, que examinó el testamento de Cortés, nos informa que el Conquistador dejó ingenios de azúcar cerca de Coyoacán en el Valle de México, en donde ahora el valle es más frío, debido, según se supone, a la tala de árboles, lo que hace imposible que pueda prosperar la caña de azúcar o cualquiera otra planta tropical. Hay muy pocos negros en estas plantaciones de azúcar. Sólo vimos a un viejo negro, que se dice tiene más de cien años, que estaba trabajando en el patio cuando pasamos; la mayoría de los trabajadores son indios.

En cuanto a la parte interior de estas *haciendas*, casi todas se parecen entre sí, a juzgar por lo que hemos visto hasta ahora: un gran edificio de piedra, que no es ni una granja ni una casa de campo (de acuerdo a nuestro concepto), pero que tiene un aspecto singular; su solidez es bastante para resistir un sitio; los pisos son de ladrillos pintados; largas mesas de pino, bancas de madera, sillas pintadas, y las paredes encaladas; uno o dos catres pintados o de hierro, que sólo se arman cuando son necesarios; con muchos aposentos vacíos; cocina y piezas exteriores. El patio es una enorme plaza, junto al cual se levanta la casa donde se hierve el azúcar, cuyas hornazas arden día y noche; la casa, con la maquinaria para extraer el jugo de la caña, los cuartos para la refinación, los lugares en donde se seca, etc., todo de grandes proporciones. Si la *hacienda*, como sucede en este caso, es asimismo una plantación de café, veis entonces un gran molino para separar el grano de la cáscara, y también hay a veces grandes edificios en donde hacen aguardiente. En esta *hacienda* trabajan cuatrocientos hombres, sin contar a los muchachos; cien caballos y algunas mulas. Una *hacienda*, es, por lo general, muy extensa y comprende los campos de caña de azúcar; llanadas para el ganado, y las hermosas plantaciones de café, tan verdes como la primavera; es-

te cafetal contiene más de cincuenta mil plantas jóvenes, todas frescas y vigorosas; también cuenta con porción de tierras sin cultivo abandonadas al venado, a las liebres y codornices, que tanto abundan aquí. Durante cuatro meses al año, la *tierra caliente* debe de ser un paraíso, y tiene la ventaja sobre las costas que se ve libre de la fiebre amarilla. Mas el calor en verano, y la gran cantidad de animales ponzoñosos, son muy graves inconvenientes. Uno de ellos, el *alacrán*, o escorpión, que se encuentra en todas las casas, es de los más dañinos. Su piquete es venenoso, y mortal para un niño, y ésta es una de las principales razones del porqué estas propiedades se dejan enteramente a cargo de un administrador, y aunque visitadas de vez en cuando por el dueño, rara vez es habitada por la familia. Los efectos del piquete de alacrán son más o menos violentos, según sea la constitución de la víctima. Algunas personas sufren convulsiones por ocho días, echando espuma por la boca y con el estómago hinchado como si estuvieran hidrópicas; otros, con remedios violentos, no padecen mucho. Los remedios más efectivos son el coñac, tomado en suficiente dosis para amodorrar al paciente; el guayacol y seda hervida, considerado este último como el más eficaz. En Durango hay gran abundancia de alacranes y son más ponzoñosos, de tal manera que se da una recompensa a los muchachos por tantas «cabezas» de escorpiones que presenten, para alentar a que los exterminen. Una *Señora*…, que ahí vive, no siente ningún trastorno con la mordedura, pero el escorpión que la muerda ¡muere en el acto! Pretenden que prefieren a la gente morena, lo cual supone en ellos un gran poder de discriminación. Aunque hasta ahora hemos visto muy pocos en la casa, debo confesar que no dejamos de tener cierta aprensión en las noches, y registramos minuciosamente las camas y sus alrededores antes de aventurarnos a meternos en ellas. Como las paredes están encaladas a propósito, no es difícil descubrirlos; mas donde los techos son de vigas, son muy hábiles para dejarse caer desde el techo.

Existen otros reptiles venenosos, para cuya mordedura no hay remedio, y si deseáis poseer una lista de estas interesantes *creaturas*, con los nombres que aquí son conocidas, puedo proporcionaros una de las más autorizadas. Estas, sin embargo, se suelen encontrar, generalmente, afuera de las casas, y rara vez llegan de visita a vuestras habitaciones. Hay la *chicaclina*, una víbora con rayas de bellos colores; el *coralillo*, víbora de color coral con la cabeza negra; el *vinagrillo*, animal parecido a un grillo grande; se le puede descubrir dentro de la casa por su fuerte olor a vinagre. Es de color naranja, y pica a la persona que le pisa, sin que duela, pero dejando un largo reguero de veneno mortal; desde que supe esta particularidad me parece que todos los cuartos huelen a vinagre. La *salamanquesa*, cuya mordedura es fatal, tiene la forma de una lagartija. El *eslaboncillo*, que brinca, y si no puede morder muere de rabia. *Cencoatl*, de cinco pies de largo y que brilla en la obscuridad; así la vecindad de estos animales se descubre, afortunadamente; de diferentes modos; en algunos, por el olor que despiden o por la luz que irradian, y en otros, como la culebra, por el sonido que hace al moverse.

Hay además una hermosa araña, roja y negra, llamada *chinclaquili*, cuya picadura produce dolores en todos los huesos; el único remedio conocido es permanecer encerrado por varios días en un cuarto lleno de humo espeso. Existe también la *tarántula* y la *casampulga*. La primera es una araña muy repugnante, de una gordura blanda, cubierta de una pelusa negruzca, y se cree que el caballo que la pisa pierde inmediatamente el casco, mas esto requiere confirmación. En cuanto a los escorpiones, son los más peligrosos los pequeños y amarillos, y más funestas sus mordeduras, según dicen, en las horas en que tiene el sol más fuerza. Los trabajadores los comen de vez en cuando, después de haberles quitado el aguijón. También comen la culebra asada como remedio contra las erupciones de la piel. Tengo para mí que el remedio es peor que la enfermedad…

Pero para despedirse de este tópico «reptante», que no armoniza con los bellos cuadros que nos rodean —un Edén en donde no debería entrar la serpiente— os diré que fuimos a caballo esta tarde hasta la pequeña y hermosa aldea llamada Acapantzingo, y nunca hubiera yo podido imaginar algo más cautivador en su género. Algunas pocas casas son de piedra; pero son más las de carrizo, cercadas todas por árboles frutales o bien por otros llenos de flores blancas y lilas y por donde se enroscan las plantas trepadoras. Las calles, que sólo son veredas, se ven barridas y limpias, y las ramas en flor que cuelgan sobre ellas las cubren de sombra, mientras arroyuelos de agua pura las cruzan de trecho en trecho. Creo que nunca supe de las delicias del agua hasta que vi este lugar. Los indios, hombres y mujeres, se ven aseados; en una palabra, éste es el pueblo indio más bonito de todos los que hasta ahora hemos visto.

Ansiosos como estábamos de visitar la famosa gruta de Cacahuamilpa, próxima a la ciudad de Cuautla Amilpas, y ver asimismo lo más que podamos de la *tierra caliente*, decidimos, aunque con pena, dejar nuestro cuartel general de Atlacomulco mañana por la mañana a las tres, a. m. En razón de que las posadas no se conocen por estos andurriales, nos hemos provisto de cartas de recomendación para los propietarios de las principales *haciendas* por donde hemos de transitar. Dicen que en el pasado se practicaba la hospitalidad de manera tan liberal, que los dueños habían asignado a sus administradores tres mil pesos al año para hospedar a los viajeros, fueran éstos ricos o pobres, *y con* o sin recomendación…

Nuestros planes para visitar la gruta estuvieron a punto de frustrarse con la llegada del General C…, un propietario vecino, quien nos aseguró que la excursión que intentábamos realizar era un imposible; que las *barrancas* por las que teníamos que pasar eran infranqueables para las señoras, y los desfiladeros en las montañas tan escarpados y a pico, que muy a menudo hombres y

caballos caíanse de espaldas al subir, o rodaban por los precipicios al descender. No hallábamos el modo de consolarnos, cuando alguien dijo que existía otro camino por el cual era posible andar a caballo, aunque era mucho más largo; pero sin importarnos el tiempo, precioso para nosotros en estos momentos, estuvimos más que contentos en dar el visto bueno a esta última alternativa.

Calderón y Alex se fueron a una partida de caza y han regresado con el morral vacío. Si bien sólo os he contado el principio de nuestras aventuras, debo poner aquí un punto final y entregarme por unas horas al descanso antes de la salida de nuestra *matinal* expedición.

CARTA XXXII

Salida de Atlacomulco.—Reunión a la luz de las estrellas.—Atmósfera deliciosa.—Flores y árboles de los trópicos.—*Barrancas* imponentes.—Desayuno bajo los árboles.—Los rigores del sol.—Miacatlán.—Hospitalidad.—Hacienda productiva.—Salida de Miacatlán.—Bonita aldea.—Campanas melodiosas.—A caballo al claro de luna.—Las fogatas de las fábricas de azúcar.—Cocoyotla.—Anciano caballero.—Cena.—Naranjos y cocoteros.—La delicia del agua.—Haciendas azucareras.—Un escorpión.—Salida para la gruta.—Cabalgata matinal.—Paso peligroso.

Cocoyotla, 5.

En la mañana del tres de febrero nos levantamos cerca de las dos y media, y poco después de las tres, a la luz de las estrellas y al resplandor de los fuegos de la fábrica de azúcar, toda nuestra gente, ya montada a caballo, estaba reunida en el patio. Éramos unas doce personas. *Don* Juan, el plantador de café, y *Don* Pedro, amigo suyo, fueron designados por el administrador para que nos sirvieran de guías. Cuatro o cinco *mozos* de la misma *hacienda*, armados hasta los dientes, formaban la escolta, junto con nuestro muchacho mexicano, y aparejaron unas mulas para cargar el equipaje, reducido hasta caber en el más pequeño espacio posible. La mañana era una completa delicia y el aire un bál-

samo, cuando emprendimos la marcha a la luz incierta de la hora, y no por caminos (para satisfacción nuestra), sino a campo traviesa, cruzando torrentes, subiendo y bajando cerros y valles, trepando entre piedras, y los caballos acertando el sendero como cabras. Nunca había yo gozado de una atmósfera semejante, ni siquiera hubiera podido imaginarla. El mero hecho de respirar era un placer.

Empezó a alborear el día poco a poco, y nosotros a vemos unos a otros las caras y a darnos cuenta de que no éramos una partida de sombras, pues hasta ese momento la oscuridad y una mezcla de adormecimiento y plácido deleite nos habían hecho permanecer silenciosos. El paisaje a nuestro derredor también iba tomando forma y consistencia. Los fuegos de la *hacienda* todavía visibles, palidecían al claror de la mañana desvaneciéndose como visiones engañosas ante la luz sagrada de la verdad. De aquí en adelante, la vista de los cerros se fue volviendo yerma y desolada, los pastos secos y escasa la vegetación. Mas cuantas veces llegábamos a un valle defendido de los rayos del sol, un pequeño y susurrante arroyo de agua clara como líquidos diamantes le atravesaba bañando los árboles y las flores; árboles en plena floración de imponderable belleza, confundidos con plátanos, naranjos y limoneros y brillantes florecillas que convierten el sitio en jardín y en huerto naturales.

Uno de los árboles, despojado de sus hojas, cubierto con blancas y deslumbrantes flores, parecía, visto a distancia, como si la nieve al derretirse hubiera dejado sus copos en las ramas. Otro se doblaba bajo el peso de botones lilas que colgaban en elegantes racimos, y un tercero hacía gala de sus flores como bolas de color amarillo. Y por todas partes flores silvestres escarlatas, que se dirían hechas de cera o de brillante coral; profusión de jazmines blancos que serpenteaban entre la hierba, o se enroscaban por las ramas de los árboles. Un bellísimo árbol se vestía de flores igua-

les a inmensos lirios blancos, y cuyos botones eran como cerrados capullos de blanca cera.

Al dejar estas bellas y fértiles tierras, que adornan las faldas y la base de los cerros, se asciende por escarpados senderos para encontrar de nuevo yerbales agostados sin otra vegetación que los nopales raquíticos y desmedrados magueyes, de color verde y azul. Y a veces, sin embargo, en el paraje más desierto, al regazo de la sombra que proyecta una colina, os encontráis con un árbol hermoso, cargado de opulentos capullos, que se levanta señero, como si la ambición le hubiera llevado a desertar de sus hermanos menores del valle y permaneciera, en su elevada prominencia, solitario y horro de compañía.

En cuanto a los nombres de estos árboles tropicales, son, casi todos ellos, indios, y la única manera de distinguirlos con propiedad es «botánicamente». Hay el *floripundio*, de blancas flores odoríferas que cuelgan en forma de campánulas y con hojas largas y puntiagudas, gris pálido. El *yolaxóchitl*, que quiere decir flor del corazón, y cuya flor parece una estrella blanca, que cuando se cierra toma la forma de un corazón amarillo, y despide una fragancia deliciosa. El *izquixóchitl*, que da unas flores parecidas a la pequeña mosqueta blanca; y otro con un nombre indio muy largo y que significa flor del cuervo, y es blanca, roja y amarilla. Los indios la usan para adornar sus altares, y es tan bella como olorosa.

Al cabo de unas seis horas largas de andar a caballo, nuestros guías nos señalaron las imponentes *barrancas* que se veían a cierta distancia y opinaron que; en tomando grandes precauciones, podríamos pasarlas, ya que nuestros caballos tenían un paso muy seguro y, además, se ahorraban tres leguas, lo cual nos permitía llegar esa noche a una hacienda que se encuentra a seis leguas de la gruta. Deliberamos, y votamos y aprobamos intentar el paso. Estas *barrancas* (la palabra quiere decir, literalmente, precipicio o sumidero), son dos montañas, una detrás de otra, que es necesa-

rio franquear a través de un sendero estrecho que parece más bien camino de cabras. Empezamos a subir en silencio y con cierto miedo, uno tras otro, hasta que los caballos tuvieron que subir casi perpendicularmente. Fue cosa de veinte minutos, y empezamos luego a descender lentamente con el inminente peligro de ser lanzados por encima de las cabezas de los caballos. Llegamos, sin embargo, al pie de la falda de la primera montaña, y dejamos descansar a las cabalgaduras junto a un hermoso y transparente arroyo, bordeado de árboles llenos de flores. Es aquí en donde alguien de los que iba en la comitiva, y dotado de clarísima inteligencia, propuso que se abriera la canasta de las provisiones, que consistían en pollo frío, huevos duros, jerez, etc., considerando en que había llegado la hora de tener hambre, lo que se aprobó sin una sola voz en contra, y extendido que fue un mantel bajo la sombra de un árbol, no perdimos tiempo en demostrar lo bien fundado de la proposición. Merece que se tome nota de un ingenioso arbitrio para convertir una cáscara de huevo en un vaso para beber vino: lavando ésta antes en las aguas del arroyo. Cuando terminamos con el pollo frío, los *mozos* dieron buena cuenta de los restantes fiambres, y después de cortar algunas ramas cubiertas de hermosas flores con las cuales adornamos las cabezas de los caballos y nuestros propios sombreros, nos dispusimos a escalar la otra montaña, tan abrupta como la primera; pero íbamos confiados con el paso seguro de nuestros caballos, y aun nos fue posible admirar la vista mientras ascendíamos todos en fila. En terminando la temporada de los aguaceros copiosos, este paso debe de ser del todo intransitable. Empezó a agobiarnos el bochorno de la mañana, no obstante que aun no daban las once; y una vez traspuestas las montañas, desembocamos a un camino carretero muy polvoso que nos llevó a la *hacienda* de Miacatlán, perteneciente a la familia Pérez Palacio, en donde llegamos cerca de las doce. Se habían adelantado a nuestro encuentro, el hijo mayor del propietario, quien nos invitó cor-

dialmente a pasar, y nos presentó a las señoras de la familia y a su padre, un anciano caballero de hermosa y noble presencia. Estando, como estábamos, muertos de cansancio, acalorados y cubiertos de polvo, nos fue grato el poder pasar aquí las horas en que el sol es más fuerte. Después de acompañar a la familia en el almuerzo, desfile de la más extraordinaria diversidad de platos excelentes, con abundancia de escogidas frutas y dulces raros (entre ellos uno de aspecto etéreo, llamado *cabello de ángel*), nos vino de perlas retiramos a descansar hasta las cuatro de la tarde.

Esta *hacienda* es muy productiva y rica, y en sus terrenos existe una mina de plata.

También se dan en ella todas las variedades de frutas finas, especialmente los mayores acitrones que he visto en mi vida, muy refrescantes, pero de un sabor fuerte. Con todo y su belleza y abundancia, se experimenta una sensación de soledad en estas propiedades, cerradas como están al mundo exterior; no tanto, quizá, para los dueños ocupados en el cuidado de sus intereses, como para el elemento femenino de la familia.

Abandonamos esta hospitalaria mansión cerca de las cuatro, descansados y con nuevos bríos, después de que su propietario diera uno de sus caballos a Kate, ya que el suyo se había reventado de cansancio. El sol estaba muy fuerte todavía cuando volvimos a montar, mas cuando llegamos al hermoso pueblo de San Francisco Tetecala, empezaba a estar la tarde fresca y deliciosa. Está situado el pueblo en medio de un frondoso collado, y encandila el blanco de las casas entre los naranjos, mientras un pequeño río corre bajo los puentes. Muchas de las casas son bastante grandes y de buena construcción. Era día de fiesta y las melodiosas campanas repicaban alegremente; la gente se veía limpia y bien vestida y se había congregado alrededor de una cerca para presenciar una corrida de toros; «acalorada» actividad debe de ser ésta en este clima, tanto para el hombre como para el animal.

Mas cuando se levantó majestuosa la luna en un cielo limpio de nubes, y una brisa blanda perfumada de azahares movía apenas las copas de los árboles, sentí que podríamos seguir caminando por siempre, sin fatiga y en un estado de felicidad perfecta. Sería difícil decir qué es más agradable: si el primer céfiro de la mañana o las lánguidas y aun fragantes áureas de la tarde. Pasábamos de vez en cuando por algún pequeño pueblo con las chozas de los indios desparramadas, y en cuyos corrales arden unos cuantos ocotes que iluminan las caras de bronce de las mujeres y de los niños, y una tropelía de perros, ladrando con la más discordante furia al resonar de los cascos de nuestros caballos, nos advertía ruidosamente de su aversión para todos los que viajan de noche. A veces, un franco olor a azúcar hervida, mezclada con la fragancia de la flor de los naranjos y de los jazmines, nos recordaba aquellos días felices de antaño, cuando el ama de llaves, dichosa de encontrarse en su elemento, preparaba su provisión anual de jaleas y mermeladas.

En una ocasión, nos vimos precisados a desmontar, a fin de que los caballos pudiesen dar un «mal paso» por encima de una zanja, defendida por arbustos llenos de espinas y entre árboles que no dejaban pasar la luz de la luna.

A eso de las diez, a pesar de los plateados rayos de la luna y de las flores de azahar, empezamos a sentir síntomas de fatiga, cuando ya en el fondo de un valle apercibimos los fuegos de Cocoyotla, la *hacienda* en donde confiábamos encontrar albergue, y cuyas rojas lenguas de fuego se lanzaban entre la arboleda como fieros dardos. Tocamos en el portalón para que nos dejasen entrar, y pasó tiempo sobrado hasta que la gente de adentro quitara los cerrojos, lo que hicieron con gran cautela y después de reconocernos con escrupulosa curiosidad. Se excusaron por ello más tarde, y dieron como disculpa que una cuadrilla de ladrones había pasado cerca, la noche anterior, y creían que éramos algunos de estos errantes caballeros de la noche. Enviamos nuestras credenciales al

dueño, un caballero ya anciano, casado con una mujer muy joven, a la cual, viviendo a la orilla del camino que conduce a la gruta, no le gusta que su casa pueda convertirse en una *posada* para cuantos la soliciten, y se quejó con amargura de una partida de ingleses que pasaron por aquí no hace mucho, «y la única palabra en español que sabían decir era *Vater*, y que en su lengua quiere decir *agua, ¡caramba!*». Mostróse, sin embargo, muy hospitalaria, y nos rogó que nos quedáramos hasta el día siguiente para reponernos del cansancio tanto nosotros como los caballos, después de catorce leguas de marcha, antes de seguir nuestro camino a la gruta.

Una buena cena y el profundo sueño de que disfrutamos fueron reparadores, y todo el día siguiente lo pasamos rondando por las cercanías o acostados, gozando del ocio bajo las magníficas palmeras, naranjos y cocoteros de esta hermosa *hacienda*. Es aquí donde hemos visto los naranjos más altos; largas filas de árboles cargados de fruto y de flores. A espaldas de la casa hay una pequeña plantación de cocos con una clara corriente de agua, que abriéndose camino entre preciosas flores, derrama frescor por todas partes. Debe decirse que en toda la *tierra caliente*, exceptuando los cerros desnudos de vegetación hay agua abundante y deliciosa, que aquí constituye un placer y a la vez, una necesidad.

Estas fincas azucareras están muy bien cultivadas; las cosechas son abundantes, y el agua es más que suficiente, tanto para el riego como para mover la maquinaria, que Alex considera igual a la que él ha visto en Jamaica. Producen anualmente de treinta a cincuenta mil *arrobas* de azúcar. Los trabajadores son indios libres, y reciben una paga que va desde dos y medio a seis y medio reales por día. Según entiendo, ciento cincuenta indios, más o menos, bastan para las labores de una gran hacienda. Una naturaleza pródiga sigue las huellas de las guerras civiles y borra los estragos de revoluciones sanguinarias, y estas haciendas del valle

de Cuernavaca, teatro repetidas veces de sangrientos sucesos y que tan a menudo han cambiado de dueño, siguen siendo tan fértiles y productivas como siempre.

Al atardecer visitamos el *trapiche*, como le llaman al lugar en donde se elabora el azúcar; la casa de calderas, las bodegas, las galeras y las máquinas. El calor es tan intenso en medio de estas grandes calderas que no pudimos soportarlo por más de unos cuantos minutos, compadeciendo a estos hombres que pasan su vida en este trabajo. En esta *hacienda* hacen *panoja*, una especie de pan de azúcar sin refinar que el pueblo prefiere al refinado.

Nos disponíamos a acostarnos cuando un animal en la pared atrajo nuestra atención; estaba cerca de la cama de Kate y, ¡amable lector!, ¡era un escorpión! Dimos las dos un grito que hizo que el *Señor…* acudiera a nuestro cuarto, y riéndose de nuestros temores mató a nuestro adversario; pero he aquí que apenas repuestas del susto otro animal de color amarillento y de aspecto venenoso apareció rampando por la pared. Está vez vino la dueña de la casa, y ordenó que se registraran el cuarto y las camas. Nada pudo descubrirse, pero nos fue difícil dormir en paz después de semejante aparición.

El siguiente día nos levantamos a las tres de la mañana, y a la luz de la luna y de las estrellas salimos rumbo a la gruta. La mañana, como de costumbre, estaba muy agradable y tibia. Anduvimos un largo trecho por un camino montañoso y desolado, hasta encontrar unas llanuras donde gozamos de un delicioso galope, y llegamos temprano a un pequeño *rancho*, o granja, punto en que tenían que conseguirnos guías que nos llevaran a la gruta. Se nos juntaron aquí cuatro indios y el amo de la casa, Benito; y nuestra comitiva se fue aumentando después con hombres y muchachos hasta formar un verdadero regimiento. Este pequeño *rancho*, con su reducido jardín, es el ejemplo de la limpieza. La dueña de la casa nos dijo que no había visto una mujer desde que una *Ministra* inglesa durmió allí dos noches. Inferimos que se tra-

taba de Mrs. Ashbumham, que se pasó dos días explorando la gruta. Continuamos nuestra cabalgata sobre un terreno de piedras sueltas y por cerros áridos y rocosos, en donde si no hubiera sido por el paso firme de nuestros caballos, y acostumbrados como estaban a trepar, las nucas de los jinetes hubieran corrido peligro. A un cuarto de milla de la gruta, y dejando a nuestra derecha la bonita aldea de Cuautlamilpas, nos vimos en situación que considero mucho más peligrosa aún que en las *barrancas* cercanas a Miacatlán; una senda angosta que va dando vueltas alrededor de un acantilado por donde apenas podían pisar nuestras cabalgaduras, y que ofrece la tranquilizadora perspectiva de que un paso en falso os ha de precipitar hasta el fondo del precipicio. Debo confesar que más de una vez tuve que contener la respiración, cuando, uno tras otro, paso a paso, sin ver ni a la derecha ni a la izquierda, nuestra caravana descendía la estrecha pendiente, mientras nuestras ropas se prendían a menudo de los arbustos. Al llegar cerca de la boca de la gruta, desmontamos y emprendimos nuestro camino sobre las piedras y la grava, a través de una gran hendidura en la montaña. Pero el contaros lo que es la gruta es cosa que debe reservarse hasta nuestro regreso a Atlacomulco.

CARTA XXXIII

La gruta de Cacahuamilpa.—Superstición.—Macho cabrío.—Portal.—Vestíbulo.—Formas fantásticas.—Almuerzo.—Antorchas de pino.—Nobilísima antesala.—Estalactitas y estalagmitas.—Pirámides egipcias.—Doble galería.—Hermosas formaciones.—Corredor.—Paisaje congelado.—Anfiteatro.—Mundo caótico.—Esqueleto.—Luces de cera.—Salón de los Ángeles.—Retorno.—Luz lejana.—Indio.—Alcalde.—Cuautlamilpas.—Rancho.—Regreso a Cocoyatla.—Capilla.—Miacatlán.—Eclipse de luna.—Viajeros extraviados.—Pueblo indio.—El *Puente*.—Regreso a Atlacomulco.

Atlacomulco, 7.

La gruta de Cacahuamilpa, cuyas maravillas igualan las fabulosas descripciones de los palacios de los Genios, era, hace poco, conocida sólo por los indios, o si acaso los españoles alcanzaron a saber de ella en el pasado, perdióse el recuerdo de su existencia. Pero aunque en los tiempos antiguos pudo servir de aderatorio, un temor supersticioso impidió a los indios de ahora escrutar sus sombríos secretos, ya que existía entre ellos la firme creencia de que el espíritu maligno tenía allí su morada, y que bajo la forma de un macho cabrío, de grandes cuernos y larga barba, defendía la entrada de la gruta. Los que se atrevieron a aventurarse por estos lugares vieron la aparición, regresaron con extraños relatos, y

los crédulos indios evitaban la gruta encantada y aun pasar cerca de ella, en particular al caer de la tarde.

La cadena de montañas en cuyo seno se abre la gruta es desolada y desnuda, pero el barranco a sus pies se refresca con una rápida corriente que en diminutas cascadas va saltando sobre las rocas, y en las orillas los árboles son verdes y tienen flores. Destácase entre ellos uno de corteza lisa como la seda, de color dorado pálido, de raíces que parecen como culebras, y a su mismo modo se entrelazan y se enlapan a las duras rocas, deleznándose hasta increíble distancia.

Llegamos a la entrada de la gruta, pórtico soberbio de sesenta pies de altura y de ciento cincuenta de ancho, según los cómputos de un ilustrado viajero. Las rocas que soportan este arco enorme están colocadas con tanta simetría que todo parece obra de arquitectura. Ya estaba el sol alto en los cielos, e iluminaba con intenso fulgor la escena salvaje que nos rodeaba; las rocas y los árboles y las aguas del torrente. Una sensación de pavor nos sobrecogió al encontrarnos en la boca de la caverna y, dando las espaldas al día para entrar en la noche, forzamos la vista para distinguir la abrupta bajada por un salón de bóveda gigantesca, débilmente alumbrado por el rojo rescoldo de la hoguera que los indios habían encendido cerca de la entrada. Seguimos nuestro camino por un declive de más o menos ciento cincuenta pies, entre bloques de roca y piedra, y en un estado de estupefacción al encontrarnos en este tenebroso palacio subterráneo, rodeados de las más extraordinarias, gigantescas y misteriosas formas que apenas puede uno creer sea la fantástica obra del agua al gotear constantemente de las bóvedas.

Me da vergüenza confesarlo —preferiría pasarlo por alto— pero no habíamos probado bocado en toda la mañana, y después de ocho horas a caballos nos moríamos materialmente de hambre. Viajábamos con cocinero, un artista del país bastante tolerable, fiero sin pizca de sensibilidad, con una sartén por corazón, y

sin el menor remordimiento dio principio a sus operaciones de asar y freír en lo que se antojaba el vestíbulo mismo del palacio del Faraón. Nuestros propios *mozos* y los guías indios le asistían con sorprendente entusiasmo en sus manipuleos, y en sus pocos minutos, unos sentados alrededor del fuego, otros sobre truncas pirámides, restauramos nuestras fuerzas con pollo frito, pan y huevos duros, antes de proseguir nuestra expedición exploradora. Acaso todo esto no tendría nada de romántico, y sin embargo, nosotros mismos, los indios y cuanto nos rodeaba nos imponía más bien respeto, sin más luz que el resplandor rojizo del fuego que se proyectaba vacilante sobre las extrañas y gigantes formas en aquel vasto laberinto; pero en cuanto a nosotros, nos sentíamos con un valor y una fuerza de espíritu aumentados en un séptuplo.

Veinticuatro grandes antorchas de pino fueron encendidas *y cada* hombre tomó la suya. A Kate y a mí nos dieron velas de cera encendidas para que en caso de accidente alguna de nosotras, apartándose de sus compañeros, se perdiese, no se quedase sola y a obscuras, cosa bien fácil entre tantos recovecos, galerías y salones. Caminábamos sobrecogidos de temor y admiración entre los guías que iluminaban con sus antorchas las paredes de la gruta. Mas, ¡ay!, la escena es indescriptible; como en las formas fantásticas que toman las nubes, cada quien, de acuerdo con su fantasía, ve diferentes figuras en estas estupendas masas. Dicen que esta primera *sala*, pues algunos viajeros han pretendido dividir la caverna en salas, para lo cual no se necesita mucha imaginación, tiene cerca de doscientos pies de largo, ciento setenta de ancho y ciento cincuenta de alto: en verdad, una nobilísima morada. Las paredes están sombreadas con diversos matices de verde y naranja; grandes sábanas de estalactitas penden de la bóveda, y blancos fantasmas, palmeras esbeltas, pilares y pirámides, pórticos y otras mil ilusiones nos rodean por todas partes. Hay una figura con cuyo parecido todos están de acuerdo, un lanudo macho cabrío:

la forma misma del Diablo. Pero alguien le rompió la cabeza, para demostrar, quizá, la impotencia del encantado guardián de la gruta. Afirmaron algunos que no existen aquí especies del reino animal; pero no hay duda de que en ella viven murciélagos, y unos exploradores que pasaron una noche en la cueva, no solamente oyeron el silbido de la víbora de cascabel, sino que fueron sorprendidos por la aparición de un temible leopardo, cuyos potentes rugidos repetía el eco de las bóvedas, y el que, después de haberlos examinado con ceño y atención a la luz de las antorchas, se volvió con gran majestad hacia la profundidad de las tinieblas.

Pasamos a la segunda *sala*, recogiendo en el camino fragmentos de piedras relucientes, y cada paso adelante nuestro pavor y asombro iban en aumento. A veces nos parecía que nos encontrábamos en un templo egipcio subterráneo. La arquitectura era, decididamente, egipcia, y las extrañas formas de animales recuerdan los toscos ídolos egipcios, que, junto con las pirámides y los obeliscos, me hicieron pensar de que quizá aquel antiguo pueblo tomó como modelo de su arquitectura y de muchos de sus raros contornos, de alguna gruta natural de estilo semejante a ésta, así como la naturaleza misma sugirió la idea de la hermosa columna corintia.

Y otra vez me pareció entrar en la región de un país petrificado. Fuentes de agua congelada; árboles de los que cuelgan musgos helados; columnas cubiertas con gigantescas hojas de acanto; pirámides de noventa pies de altura cuyas arrogantes cúspides se pierden en la obscuridad de la bóveda, que se dirían hechas por los predamitas, si no fuese porque sólo pudo crearlas Aquel que mora en la eternidad. Esta segunda sala, tan alta como la anterior, debe tener unos cuatrocientos pies de largo.

Entramos después a una como doble galería separada por enormes formaciones piramidales; son estalagmitas, o sea las estalactitas invertidas que se forman en el suelo con la punta hacia

arriba. El piso estaba húmedo, y de vez en cuando gruesas gotas de agua caían sobre nuestras cabezas desde lo alto de las bóvedas. Camarines góticos, figuras grotescas, unas parecen momias, otras ancianos de largas barbas, que nos sobrecogen de espanto como alucinaciones de pesadilla, junto con pirámides, obeliscos y termas que se dirían hechos del más puro alabastro. Piedras, redondas cual pelotas, petrificaciones de un blanco mortecino, forman pequeñas incrustaciones en el suelo. La caverna es aquí muy ancha, cerca de doscientos pies, según se dice.

Al salir de esta doble galería entramos a otro vastísimo corredor, sostenido por arrogantes columnas, cubiertas de plantas trepadoras, entre las que sobresalían una hilera de gigantescas coliflores; cada una de sus hojas cinceladas primorosamente, y que parecían un manjar adecuado para los descomunales moradores de la gruta. Mas intentar algo que se parezca a las acostumbradas normas de una descripción, es cosa imposible. Nuestro asombro iba en aumento, cuando al fulgor de las antorchas se encendían las masas de rocas, las eminencias coronadas de pirámides, los torrentes congelados como los de un invierno en el Polo Norte, y las atrevidas columnas dóricas que nos transportaban a los cielos diáfanos de la Grecia. Pero en medio de todos estos curiosos «accidentes» producidos por el agua, ninguno tan exquisito y curioso como un anfiteatro con sus clásicas gradas, dominado por un órgano cuyos cañones, al golpearse, suenan de bajo profundo. Es en verdad difícil no creer en una raza de gigantes que alguna vez se divirtieron en medio de estas soledades petrificadas, o bien de que no hemos invadido el santuario de unos seres misteriosos y sobrehumanos. Dicen que la gruta ha sido explorada en una extensión de cuatro leguas sin que se le haya encontrado la salida. En cuanto a nosotros, no sé hasta Cuán lejos fuimos; dicen los guías que una legua. Se pierde la noción del tiempo al contemplar estas grandes masas, formadas gota a gota, cayendo lentas y a distantes y raros intervalos, y no es fácil retroceder a las edades

que han de haber transcurrido desde que dieron principio estas estructuras gigantescas.

Al fin, y tomando en cuenta lo flojo de las piedras, el agua, y el sin número de formaciones de cristal de roca que habíamos tenido que escalar, nuestros guías recomendaron con insistencia que emprendiéramos el regreso. No queríamos apartar la vista de estas grandes e informes masas que ahora nos parecían llenar la gruta hasta donde alcanzaba la vista. Era como un mundo en el caos; inmenso arsenal de la Naturaleza de donde extraía los materiales para reducirlos con su mano a la forma y al orden. Volvimos a desandar lo andado a través de estos palacios subterráneos, a paso lento y con desgana, convencidos de que un día no era suficiente para explorarlos; pero contentos, sin embargo, de no haber abandonado la región sin haberlos visitado. Unos viajeros descubrieron el esqueleto de un hombre recostado sobre un lado, con el cráneo casi cubierto por cristalizaciones. Quizá penetró solo en estos laberintos, sea por curiosidad temeraria o huyendo de alguna persecución, y, extraviado, pereció de hambre. Es casi imposible, ciertamente, encontrar la salida de la gruta en el camino de regreso sin la ayuda de señales que guíen los pasos a través de galerías sinuosas, salones, entradas y salidas, y un sinfín de corredores.

Aunque hay algunas figuras tan sorprendentes que pueden ser reconocidas en el acto, como el anfiteatro, por ejemplo, existe aún en medio de la variedad, la monotonía, y puedo imaginarme a este desdichado vagando entre obeliscos y pirámides, termas de alabastro y columnas griegas; entre congelados torrentes que no pueden apagar su sed, y árboles de mármol con hojas y frutas de cristal que se mofan de su hambre; y pálidos fantasmas de larga cabellera envueltos en sudarios, que no pueden asistirle en sus tribulaciones; y después, sus gritos implorando auxilio, y cada grito despertando un eco, como sí todos los pálidos moradores de la caverna le contestaran en son de burla, y, por último, su

antorcha apagándose lentamente, y en agonía, exhausto y lleno de desesperación, echarse a morir cerca de algún inhospitalario pórtico de mármol.

Conforme íbamos caminando, nuestros guías habían subido a los lugares más altos para colocar en ellos velas de cera, cuya pardeante luz nos indicaba el camino que debíamos tomar para nuestro regreso. Pidieron los indios que dejáramos las velas en sus mismos sitios «en memoria de las almas benditas del purgatorio». Al regreso advertimos una figura que no habíamos observado antes, que remeda a una mujer montada en una enorme cabra. A una de las salas, y a causa de su belleza, algunos viajeros le han dado el nombre de la «Sala de los Ángeles». Se dice que por medio de observaciones puede determinarse la edad de las estalagmitas por su altura; pero ¿dónde está el atrevido geólogo capaz de encerrarse en estas soledades de cristal durante el tiempo suficiente para hacer observaciones exactas?

Nunca había visto, o jamás pude imaginarme, este hermoso efecto de la luz del día visto a distancia, entrando por la boca de la gruta; una tenue neblina azul contrastaba con la luz salvaje de las antorchas, quebrándose en las columnas a través de las cuales luchaban sus pálidos rayos. Era una luz tan pura y santa que parecía como sí viniera de las alas de los ángeles desde los umbrales de la *citta doliente*. ¡Cuánto no habría dado aquel pobre viajero para ver sus rayos salvadores! Después de subir, y dejar el húmedo y frío aire subterráneo, la atmósfera nos pareció seca y caliente mientras nos sentábamos para descansar en la entrada de la gruta, rodeados por nuestros indios portadores de antorchas. En verdad, la naturaleza está ausente de coquetería. Gusta de adornarse con opulencia en la obscuridad de una gruta y no en la cima de la más alta montaña.

Estábamos sentados en silencio, formando un circulo, nosotros, los indios y cuantos nos acompañaban, cuando vimos precipitarse cuesta abajo del cerro y con gran prisa, y poseído en apa-

riencia de una profunda ira, a un *alcalde* indio con un grueso garrote en la mano, y a cuya proximidad se atemorizaron nuestros indios. Llevaba en su mano cobriza una larga carta en la cual se habían escrito en gruesos caracteres: «*Al señor comandante de esta caravana de gente*». Quería saber el juez de paz de la ciudad de Cuautla en esta misiva, con qué derecho, con qué autorización y con cuáles intenciones habíamos entrado a la gruta sin permiso del Gobierno, y citaba al «*Señor Comandante*» para comparecer, sin excusa ni pretexto ante la citada justicia, por desacato a su autoridad. La ortografía de la carta era por demás divertida. La alarma de los indios iba subiendo de punto, y cuando nos vieron reír su asombro fue aún mayor. Escribióle Calderón a lápiz, contestando el requerimiento, manifestando que era el Ministro español, y deseóle los buenos días al *alcalde*, quien tomó el portante y muy enojado se subió de nuevo al cerro.

Tuvimos que despedimos de este prodigioso palacio subterráneo, y otra vez ponemos *en route*. De regreso, el camino seguía orilla de los precipicios, pero con mucho más riesgo para nosotros que antes; nos tocaba ahora ir por el lado de la barranca y las puntas de nuestros vestidos colgaban fuera del camino de tal manera que en caso de prenderse de alguna rama habríamos caído al abismo. Nos dijeron después dos de nuestros guías, que de haber ido solos se hubieran apeado de las cabalgaduras, pero como las señoras no dijeron nada, no se atrevieron a proponerlo.

Un día llegará, sin duda, en que esta gruta será un lugar de atracción y se tomarán providencias para hacer menos peligroso su acceso, aunque, mientras, esto constituye uno de sus mayores encantos. Pero su recuerdo queda estampado en la mente como amoroso sueño. Mas como el Niágara, indescriptible; quizá sea aún más difícil dar una idea de esta creación bajo la tierra que del Emperador de las cataratas, pues nada existe que pueda compararse con esta gruta.

Entre tanto, nuestro regreso al *rancho* bajo la fuerza de los últimos rayos del sol fue más bien penoso. Nadie decía una palabra; nuestro pensamiento vagaba entre palacios de mármol y truncas formas semihumanas.

Mas la súbita reaparición de nuestro amigo el *alcalde*, quien desde lo alto de un cerro nos veía indignado, cambió el curso de nuestros pensamientos. Venía con nuevas noticias del juez de Cuautla Amilpas, que blanca y resplandeciente descansa allá abajo en el valle. Calderón trató de explicarle, con toda la seriedad posible, que las personas de los embajadores no están sujetas a dichas leyes, lo cual era lo mismo que hablar en griego o en hebreo a una estatua de bronce. «Si se tratara de un cónsul» —le dijo el *alcalde*— «ciertamente habría alguna razón en ello». Y para terminar nuestro guía el *ranchero* le prometió que vería al juez esa misma tarde para ponerle en antecedentes de todo lo ocurrido hasta dejarlo satisfecho. Se retiró de nuevo el *alcalde*, y bajóse del cerro con paso levantado y orgulloso. Al pasar de largo por el pueblo, un pelotón de soldados se formó a toda prisa, tomando un imponente aire marcial para darnos una ligera idea de su autoridad.

Desde el punto de vista político, Cuautla Amilpas ha sido teatro de importantes acontecimientos; en ella se encerró Morelos con una tropa de insurgentes hasta que la plaza fue sitiada por los españoles al mando de Calleja, y acosada la gente de Morelos por la falta de víveres, la abandonaron en el secreto de la noche.

Cuando llegamos al *rancho* nos encontramos con la nueva de que se había recibido un aviso del juez, en donde le prohíbe a *Don* Benito acompañar en lo futuro a extranjeros a la gruta, lo cual era muy duro para el pobre viejo que suele ganar algunas monedas de vez en cuando sirviendo de guía cuando éstos desean visitarla. Calderón escribió una carta al *préfet* del Departamento acerca de este asunto.

Con el fresco del atardecer, nuestra jornada hasta Cocoyotla resultó una delicia. El aire era suave y fragante, y se oía el tintineo de las campanas entre los árboles, pues por pobre que sea la aldea cuenta al menos con una hermosa iglesia y todas las campanas de México, las de la ciudad y las de los pueblos, tienen un sonido dulce y armonioso, debido, según dicen, a la cantidad de plata que entra en su composición.

Era ya tarde cuando llegamos a Cocoyotla, pero no quisimos retirarnos a descansar sin hacer antes una visita a la bella capilla, que no vimos la última vez que pasamos por aquí. Es muy rica en estofados y ornamentos, de buenas proporciones y de buen gusto. Cenamos y nos echamos a dormir por algunas horas, y a las tres de la mañana estábamos de vuelta en camino a la luz de la luna llena. Una de nuestras mayores dificultades en estas marchas precipitadas es el sacar y volver a meter nuestras cosas de los *portmanteauz*, y de vestirnos a tiempo en la obscuridad. Espejos, no los hay, y nos arreglamos el pelo con la imaginación. Todo se rompe, como podréis suponer, ya que las mulas que cargan nuestros baúles los zarandean al compás desigual de su trote, al subir y bajar los cerros con el afán de no apartarse de nosotros.

La luna estaba todavía alta, aunque empezaba a palidecer, cuando salió el sol como si fuera un joven monarca, impaciente de tomar las riendas de las manos de una indulgente y agonizante reina. En un agradable galope dejamos bien pronto atrás los fuegos de Cocoyotla. Después de andar seis leguas a caballo llegamos a las seis de la mañana a la casa de los Pérez Palacio. Deberíamos haber seguido nuestro camino aprovechando el fresco; mas el recibimiento de que fuimos objeto y un agudo dolor de muelas que sufría Calderón, hizo que nos quedáramos hasta las cuatro, y esto nos ofreció la oportunidad de conocer mejor a dicha familia. Qué extraños y aun melancólicos resultan estos fugaces encuentros de los viajeros con personas que quizá nunca más volverán a encontrar; con las cuales intiman y que, debido a

las circunstancias que concurren, puede parecerse a una verdadera amistad, bastante más cerca de ella, seguramente, que muchas de las antiguas amistades contraídas en las grandes ciudades, en donde las gentes se conocen uno a otro de año en año, y sin pasar jamás de un mero y accidental intercambio de atenciones superficiales.

Eran las cuatro cuando dejamos Miacatlán, y caminamos fuerte y a escape hasta que se hizo casi oscuro, pues era nuestra intención regresar esa misma noche a nuestro cuartel general de Atlacomulco, y teníamos por delante una larga jornada, mayormente porque se había decidido que por ningún motivo intentaríamos cruzar de nuevo las *barrancas* de noche, por considerarlo demasiado peligroso. Estaba anunciado, además, un eclipse de luna, y, en efecto, mientras íbamos a campo traviesa, se apareció en el horizonte la luna mitad en sombras; raro y bello espectáculo. Y sin embargo, cómo hubiéramos agradecido el gozar de su entero resplandor, cuando al cabo de horas a caballo nos dimos cuenta de que habíamos perdido el camino, y algo peor todavía, de que no había esperanzas de encontrarlo. Se echaba la noche encima y ni una choza a la vista; sólo grandes llanuras y montañas y los mugidos de los toros alrededor nuestro. Seguimos adelante confiados en la suerte, y a donde ella nos hubiera llevado es difícil decirlo; mas por fortuna nuestras avanzadas tropezaron con dos indios, un hombre y un niño, que accedieron a guiarnos hasta su propio pueblo, pero no a otra parte alguna.

Después de un interminable y cansado camino que recorrimos a trote largo, el ladrido de los perros anunció un pueblo indio del que apenas pudimos distinguir, a la luz que moría, las chozas de caña firmemente asentadas entre los plátanos, con cercados jardines al frente de cada una de ellas. Nuestra caravana se detuvo frente a una choza, una suerte de taberna o expendio de alcohol, donde un trasgo casi en cueros, el *beau idéal* de una bruja, suministraba aguardiente a los indios, ya borrachos en su mayo-

ría. Desmontamos y nos tiramos al suelo demasiado cansados para ni siquiera pensar. Alguien nos consiguió, Dios sabe cómo, una taza de malísimo chocolate. Echamos de ver que nos habíamos perdido del todo, y, por lo tanto, se convino en desistir del intento de llegar esa noche a Atlacomulco; debíamos, en cambio, alcanzar el pueblo de «El Puente», donde nuestros guías conocían a una familia española compuesta de varios hermanos solteros, que sin duda alguna, estarían encantados de ofrecernos un *puerto seguro* por el resto de la noche, Volvimos a montar y emprendimos la marcha, un tanto cuanto repuestos por esa pausa en el camino y el pésimo chocolate.

Era ya noche vencida cuando hicimos nuestra entrada a «El Puente», después de haber atravesado, en medio de la más impenetrable oscuridad, un río tan profundo que los caballos casi perdieron pie. En el pueblo todavía se bailaba en una plaza, y en otra jugaban a la baraja en el suelo, ladraban los perros como de costumbre, y en las chozas de los indios las velas se veían aún encendidas. Fuimos muy bien recibidos por los españoles; nos dieron de cenar y se empeñaron en darnos su propio cuarto, mientras que el resto de la gente durmió sobre colchones en el suelo de una habitación grande y vacía. Dormimos profundamente algunas horas y nos levantamos antes del amanecer. Despertamos a los demás, que, echados en el suelo, envueltos en sus *sarapes*, parecía que habían apostado a quién tenía el sueño más pesado, y montamos de nuevo con la perspectiva de un día de descanso en Atlacomulco. Era noche cerrada cuando partimos, pero al llegar a la *hacienda* del *Señor* Neri del Barrio, cuya familia figura entre la más distinguida estirpe hispano-mexicana, había salido el sol, iluminando los brillantes y verdes campos de caña y las hermosas plantaciones de café, que parecían mirtos en flor. Nos detuvimos a tomar un vaso de leche recién ordeñada, declinando la invitación que se nos hizo de entrar, pues ansiábamos dar fin a nuestra jornada mientras hacía fresco. Luego de acelerada carrera, al ga-

lopar ya dentro del patio de Atlacomulco nos pareció como sí llegáramos a casa. Pasamos un agradable día, ociosos o recostados, leyendo cuando el sol calentaba demasiado, y paseando en la tarde por los naranjales para concluir tomando un baño caliente.

7. Antes de continuar nuestro viaje determinamos, por suerte, pasar aquí un día más, y digo por suerte, pues recibimos un gran paquete de cartas que nos fue reexpedido a este lugar y que leímos bajo la sombra de un dosel natural tejido por las ramas de los naranjos, cerca de un estanque de agua fría y clara que hay en el jardín. Mañana tenemos que salir temprano para la *hacienda* de Cocoyoc, propiedad de *Don* Juan Goríbar, a quien Calderón conoció en México. Después de visitar ésta y otras de las principales fincas, seguiremos nuestra jornada a caballo hasta Puebla, y como hemos de pasar ahí algunos días espero disponer de tiempo para volveros a escribir desde dicha ciudad.

CARTA XXXIV

A caballo bajo la luz de las estrellas.—Temor a los ladrones.—Flora silvestre del trópico.—Imponente *escolta*.—Yautepec.—.*Hacienda* de Cocoyoc.—Incendio.—Tres mil naranjos.—Beneficio del café.—Variedad de frutas tropicales.—Naturaleza pródiga.—Casasano.—Estanque famoso.—Excursión a Santa Clara.—Un filósofo.—Un escorpión.—Salida de Santa Clara.—*Barranca* peligrosa.—Colón.—Casa agradable.—Administrador hospitalario.—San Nicolás.—Soledad.—Fraile franciscano.—Mañana lluviosa.—Turbante rojo.—Llegada a Atlixco.—Cipreses.—Departamento de Puebla.—Volcanes.—Doña Marina.—Versos.—Popocatépetl.—Cholula.—La gran pirámide.—Llegada a Puebla.

El nueve de febrero nos despedimos de Atlacomulco y del hospitalario *administrador*, y sin la compañía de *Don* Pedro, que se vio obligado a salir para México, partimos, como es costumbre, a la luz de las estrellas, y advertidos antes de los malos pasos del camino, donde sería prudente, dijeron, que, al menos las señoras, se apearan del caballo. La región es salvaje y bella, abrupta y pedregosa. Cuando amaneció, nos dispersamos y cada quien galopó en diferentes direcciones. Un aire suave venía cargado de aromas. Llegamos, entre tanto, a una linda vereda donde los de la escolta que iban adelante se detuvieron, y los que venían atrás nos alcanzaron para pedirnos que nos mantuviéramos juntos,

pues por muchas leguas el país estaba infestado de ladrones. Se pasó revista a los fusiles y pistolas, y proseguimos la marcha formando fila, esperando a cada momento oír silbar una bala sobre nuestras cabezas.

Vimos aquí las más bellas flores hasta ahora vistas; púrpura, blanca y de color de rosa, una de ellas, probablemente la flor llamada *oceloxochitl*, o cabeza de víbora; otras de fulgurante escarlata; éstas, rojas de rayas blancas y amarillas, con nombre indio que quiere decir flor del tigre; las hay con botones de color de rosa y otras del más purísimo blanco.

Salimos al fin a un camino en la montaña, quizá uno de los peores de los que hayamos pasado hasta ahora. Nuestra caravana de caballos y mulas, y los hombres con sus trajes mexicanos, se veía muy pintoresca serpenteando por las cuestas y pendientes que bordean los precipicios. Y de nuevo, olvidándonos de los ladrones, cada quien vagó al impulso de su fantasía; unos acelerando el paso de sus caballos y otros quedándose atrás, cortando ramas llenas de estas bellísimas flores silvestres. Las cabezas de los caballos se cubrieron de flores de todos colores, como adornadas víctimas destinadas al sacrificio. Calderón se entregó a sus aficiones botánicas y geológicas, en detrimento, por esta vez, de sus compañeros, ansiosos de llegar a algún sitio en donde poder descansar antes de que el sol se hiciera insoportable. En cuanto a los ladrones, estos caballeros de ojo siempre avizor, y los cuales rara vez arriesgan sus preciosas personas sin suficientes motivos, y que, además, poseen algún poder mágico que les permite ver a través de las paredes y de los *portmànteaux*, debían estar enterados, sin duda, de que el contenido de nuestro equipaje no podía enriquecer el suyo ni el guardarropa de sus *señoras*, y supusieron que las gentes que viajan por placer no son las que suelen llevar grandes y excesivas cantidades de dinero. Fuera de eso, temen mucho más a estos honrados, robustos y bien armados sirvientes

de las *haciendas*, hombres de buena cepa, que a los mismos soldados.

Llegamos a eso de las seis al pueblo de Yautepec, notable por su bella y antigua iglesia y sus arrogantes árboles, especialmente un magnífico fresno cuyas ramas se extienden esplendorosas en el atrio de la iglesia. Había también muchos de esos bellos árboles de corteza plateada que se ven siempre como si reflejaran la luz de la luna. El camino empezó a mejorar, pero a eso de las nueve, cuando la mañana se hizo intolerable por la furia del sol, arribamos a un bonito pueblo que tiene una iglesia grande y una *venta*, en la cual nos detuvimos para refrescar, y el agua que bebimos se acompañó de unos pequeños pasteles recién salidos del horno. Era tan lindo el pueblo, que nos dieron ganas de quedarnos ahí hasta la tarde; pero como *Don* Juan nos aseguró que una hora de galope nos llevaría a Cocoyoc, la *hacienda* de *Don* Juan Goríbar, decidimos seguir adelante. Fue la caminata muy molesta bajo un sol que quemaba, hasta llegar a un hermoso pueblo indio que pertenece a la finca, y poco después entrábamos al patio de la gran *hacienda* de Cocoyoc, en donde el propietario y su familia nos dieron la más hospitalaria bienvenida.

Estábamos rendidos a causa del fuerte calor, y blancos de polvo. Cambiamos de vestido, agua fría, una hora de descanso y un espléndido desayuno nos produjeron un efecto maravilloso. Al rato de haber llegado empezó a quemarse la bodega del azúcar, mejor dicho, del bagazo de la caña, y la campana grande de la *hacienda* fue echada al vuelo llamando a los trabajadores para que acudiesen a sofocar la quema, lo cual tomó algún tiempo, y como la bodega está tan cerca de la casa, la familia se llevó un buen susto. Vimos el incendio asomados a un balcón desde donde se domina una hermosa vista del Popocatépetl. Tras de porfiada lucha entre el fuego y el agua, el agua ganó la partida.

En la tarde fuimos al naranjal, en donde tres mil árboles soberbios, formando avenidas, se doblan literalmente bajo el peso

de sus frutos dorados y de los azahares, blancos como la nieve. Nunca había yo contemplado una vista tan hermosa. Cada árbol es perfecto, y tan arrogante como el árbol del bosque. Bajo la anchurosa sombra, la tierra está cubierta de miles de naranjas, caídas al madurar, y de blancas y fragantes flores. El sitio es muy ameno, y le atraviesan por todas partes arroyos de agua purísima. Comimos, desvergonzadamente, cantidad de naranjas, limas, guayabas y toda clase de frutas, y hasta probamos los dulces capullos de la planta del café.

Pasamos la mañana siguiente visitando los molinos de café, la gran fábrica de aguardiente, el ingenio, etcétera, todo lo cual es de primer orden, y volvimos a pasear bajo los bosquecillos de naranjos, admirando las raras y hermosas flores y deambulando por los huertos de árboles cargados de frutas: la calabaza, la papaya, el mango, el tamarindo, el limón; mameyes, chirimoyas, anonas y toda la familia de los zapotes: el blanco, el negro, el amarillo y el *chico*; chilacayotes, cocos, cacahuates, aguacates, etc., etc., una lista que no tiene fin. Aparte de una infinidad de árboles cubiertos con los más brillantes botones; uno, con grandes flores escarlatas, de esplendente colorido, y otros cuyos botones se parecen tanto a borlas de seda roja, que si ellas colgasen de los cojines de un sofá no podríais descubrir que son flores. ¡Cómo se prodiga la Naturaleza en estas tierras! ¡Con qué mano generosa distribuye los dones de la belleza y de la opulencia entre sus creaciones del trópico!

En la tarde dimos un paseo hasta la *hacienda* de Casasano, a tres leguas de Cocoyoc, y pasamos por varias hermosas propiedades, entre otras, la *hacienda* de Calderón. Casasano es un inmenso y viejo caserón, de aspecto muy triste y al que se llega por un camino que atraviesa unos terrenos muy buenos para el ganado y en donde se ven unos grandes y añosos árboles, pero los pastos están muy quemados. Cada *hacienda* tiene su capilla, en donde todos los trabajadores y la gente de los pueblos circunvecinos

oyen misa, que dice un *padre* que suele venir desde muy lejos los domingos y días de fiesta. Es frecuente que la *hacienda* tenga cura propio. Fuimos a ver el celebrado estanque de Casasano, el más grande y hermoso que existe en esta región. Su agua es tan pura que, no obstante una profundidad de treinta pies, pueden distinguirse en lo más hondo las briznas de hierba. Y hasta un alfiler, caído sobre las piedras que están bajo el agua, se ve brillar con toda claridad. Un muro de piedra, al nivel del agua, de treinta pies de altura, le rodea en forma de óvalo, y sobre cuyo borde me atreví a darle la vuelta acompañada de nuestro anfitrión que iba detrás de mí. Un resbalón ofrecía dos alternativas: de un lado ahogarse y del otro quebrarse la nuca. ¡Qué hermosura de agua: un espejo perfecto, con largas y verdes plantas como plumas en el fondo!

A las tres de la mañana del día siguiente nos despedimos de nuestros amigos y salimos para Santa Clara, la *hacienda* de *Don* Eusebio García. El *Señor* Goríbar me regaló un caballo muy bueno, y en este día nuestra jornada fue deliciosa, a pesar de que los caminos iban por las orillas de espantosas *barrancas*. Durante nueve largas leguas no hicimos otra cosa que vadear ríos y subir empinados cerros, azuzando los que montaban mejores caballos al resto de la cansada caballería. Mas en las primeras horas el aire entre las colinas era tan fresco, que, aun cuando el sol estaba muy alto, casi no sentimos el calor, y la belleza y la variedad de las vistas que se nos ofrecían a cada vuelta del camino no podían ser más atractivas.

Santa Clara es un extraño e imponente conjunto de edificios con una situación magnífica al pie de altas y escarpadas rocas y con una capilla adjunta, de una gracia singular. La familia se encontraba ausente y el administrador era un filósofo, que vivía de té de hierbas y muy por encima de las vulgaridades de la vida terrenal. La *hacienda* es buena, y productiva, pero triste y solitaria en demasía, y cuando Kate y yo nos paseábamos por el patio des-

pués de la cena, en donde oímos contar historias de ladrones y de robos de morirse de miedo, nos sentimos molestas y ansiosas de mudar de paraje. Visitamos el ingenio, que es como todos los demás; la capilla, muy hermosa, y la tienda en donde venden licores y manta.

Un sol tétrico, con fulgores de un rojo turbio, se hundía tras unos montes grises y majestuosos. Tanto se había dicho acerca de los ladrones, que era para nosotros cosa incierta cómo terminaría la jornada del día siguiente. El mismo criado del *administrador* resultó ser un capitán de una banda de ladrones, asesinado pocos días antes por sus mismos compañeros, quién sabe por qué misteriosos motivos.

Nos fuimos temprano a la cama, a eso de las nueve, pues teníamos la intención de levantarnos antes de amanecer. Cuando íbamos a apagar la triste vela que nos alumbraba, vimos, horrorizadas, un escorpión en la pared. A nuestros gritos acudió un hombre de unos seis pies de altura, el cual, después de mirar el escorpión, meneó la cabeza y salió corriendo. Regresó al rato acompañado de otro hombre de igual estatura; el primero, con un enorme zapato en la mano, y armado de un palo muy largo, el último. Mientras discurrían cómo matarle, llegó *Don* Juan y consumó la operación. Pasamos el resto de la noche intranquilas, asustándonos de cualquier cosa, en ese cuarto tan grande y solitario que a la macilenta luz de la vela permanecía medio en sombras.

A la siguiente mañana, el 11 de febrero, antes de la salida del sol, todavía a oscuras, nos despedimos de Santa Clara y del filósofo. La mañana, aunque ello parezca mentira, estaba airosa y más bien hacía frío. Los caminos eran horribles, y saludamos llenos de júbilo la primera claridad que apareció por el Oriente anunciando el amanecer, pues por fin nos íbamos a dar cuenta de los riesgos que nos asechaban. Por fortuna brillaba la luz del día cuando nos vimos cruzando una *barranca*, tan peligrosa, que al

cabo de cierto tiempo de haber seguido la escarpada vereda de la montaña, creímos prudente bajamos de los caballos, que rascaban inútilmente con sus remos delanteros las resbalosas rocas en busca de terreno firme en donde afianzar sus cascos. Tuvimos grandes dificultades en continuar a pie sobre las piedras, sueltas y cortantes, y los caballos, entre resbalones y caídas, hicieron muy prolongado el descenso. Después de subir la otra vertiente de la *barranca*, uno de los caballos se escapó corriendo por el filo del precipicio como si estuviera decidido a terminar de una vez, y perdimos algún tiempo para alcanzarlo.

Fue en la tarde cuando atravesábamos las callejuelas de un pueblo muy grande de indios para llegar al poco rato a Colón, una *hacienda* perteneciente a *Don* Antonio Orría. No se encontraba en ella, pero el buen recibimiento de que fuimos objeto de parte del honrado *administrador*, lo agradable de la casa, limpia y alegre, con sus sillas pintadas, buenas camas, excelentes desayunos y comidas, y la «buena voluntad» visible por todas partes, nos agradaron tanto que decidimos plantar aquí nuestras tiendas por uno o dos días. Algunos españoles que supieron la llegada de Calderón, vinieron desde muy lejos para verlo y comieron con nosotros. El ama de llaves era magnífica, y famosa por sus exquisitos pasteles y conservas. Gozamos también de un reparador baño caliente, y nos sentimos como en casa, mucho más que si hubiéramos estado en la propia.

A la mañana siguiente dimos un paseo a caballo a través de los campos de caña hasta la *hacienda* de San Nicolás, una de las mejores de la República, con dieciocho leguas de largo y cinco de ancho, y que pertenece al *Señor* Zamora, por dote de su mujer. El sitio será muy productivo, pero es singularmente triste. Salimos a visitar el ingenio, que está montado en grande, y desayunamos con el dueño, que se encuentra solo en la *hacienda*. Nos divertimos viendo a los trabajadores recibir su paga semanal (era sábado), y los montones de cobre apilados sobre unas mesas al frente

de la casa. Es opresiva la sensación de inmensidad y solitud que se experimenta en algunas de estas *haciendas*. Y sube de punto a hilo de medio día, cuando todo está quieto y sólo se oye el incesante zumbido de millares de insectos. Así me imagino que sería el mundo antes de que el hombre fuera creado.

Colón, que no es tan grande como San Nicolás, tiene, sin embargo, más vida, y de hecho nos gustó tanto, que, como observo…, para nosotros no era *colón* sino *punto final*. No puede uno esperar que los retruécanos alcancen mayor ingenio en *tierra caliente*. Regresamos de San Nicolás en la tarde, acompañados por el propietario, y nos dieron ganas de ir a Matamoros al atardecer para oír el *Barbero de Sevilla*, representado al aire libre, debajo de un árbol, por una Compañía de la legua que cobra veinticinco centavos la entrada. Pero optamos por quedarnos, y en la prima noche fuimos a pasear por el pueblo, rodeados de perros ladradores, una de las mayores molestias de estos lugares, pero que no impidieron que hiciéramos acopio de flores silvestres y de nueces de aceite de ricino de las higuerillas. Un mendicante fraile franciscano del convento de San Fernando, llegó por su provisión anual de azúcar, que recibe de limosna de las diferentes *haciendas* para su comunidad, la cual nunca se le niega.

Dijimos adiós a nuestro generoso anfitrión a la mañana siguiente, provistos de varias canastas con pasteles y frutas que nos había preparado el ama de llaves. Cuando nos disponíamos a partir le pregunté al *administrador* si en el camino encontraríamos *barrancas*. «No», me contestó, «pero uno de los muchachos lleva una canasta llena de ellas, pues son muy refrescantes». No dije nada, pensando que podría explicarme el significado de sus palabras en el curso de la jornada; pero no perdí de vista, sin embargo, al misterioso *mozo*, que aumentaba el número de nuestra caravana. Cuando la luz del día empezó a ser más fuerte, me apercibí de que debajo de su *sarape* llevaba una gran cesta de hermosas *naranjas*, por las que sin duda el bueno del *administrador* pensó que

yo preguntaba. Estaba lloviendo al salir de Colón; y ahora espesas nubes cargadas de lluvia, y la diferencia de la temperatura, eran el anuncio de que íbamos dejando atrás a la *tierra caliente*. Iba el camino tan derecho y con tanta monotonía, a pesar de la fertilidad de los campos al entorno, que unas cuantas *barrancas* no nos hubieran caído mal.

En Colón nos despedimos de *Don* Juan, nuestro guía, quien regresó a Atlacomulco, y conseguimos un nuevo jefe para nuestro ejército, un buen mozo llamado *Don* Francisco, antiguo soldado español. Un fuerte viento y una copiosa lluvia nos molestaron bastante. Los caminos no eran malos, pero sin ningún interés; de manera que nos alegramos cuando anunciaron que estábamos cerca de Atlixco, ciudad en que debíamos pasar la noche. Como a unas dos millas antes de llegar, vino a nuestro encuentro un hombre de alta estatura montado a caballo. El turbante rojo que cubría la cabeza del jinete y su tez morena y aspecto arisco le hacían aparecer como un abencerraje. Nos traía los saludos de su amo, un caballero español, y la noticia de que teníamos prevenida una casa en la ciudad.

Atlixco es una ciudad grande, con un elevado cerro a sus espaldas y coronado por una capilla pintada de blanco y con una iglesia magnífica a sus pies. Toda la ciudad está llena de hermosas iglesias y conventos; tiene una plaza y muchos y muy buenos edificios. La multitud de canales que apuntan a lo largo de las azoteas presentan un amenazante aspecto guerrero, y al pasar por la calle principal se diría que lo hacemos entre una doble línea de fuego. Sucedió que *Don* Fernando…, el amo del fulano con el turbante rojo, al saber nuestra llegada, no considerando su casa suficientemente buena, alquiló otra, amueblando parte de ella para nosotros. ¡Esta es la hospitalidad al por mayor que suele uno encontrar en este país! Desde nuestro cuarto veíamos un viejo convento carmelita, y como Calderón llevaba una carta de recomendación para el Prior, fue a visitarle y se encontró con

una o dos buenas pinturas. Aquí vimos también el famoso ciprés de setenta y tres pies de circunferencia, mencionado por Humboldt. A la mañana siguiente salimos con una escolta de siete *mozos*, capitaneados por *Don* Francisco, todos muy bien armados, pues el camino de Atlixco a Puebla es el camino real *par excellence* de los ladrones.

Este valle de Atlixco, así como todo el Departamento de Puebla, es famoso por su fertilidad y por sus abundantes cosechas de trigo, maíz, *frijoles, garbanzos* y otros productos, y también por la calidad de su fruta, sus chirimoyas, etc. Hay un proverbio español que dice:

«Si a morar en Indias fueres,
que sea donde los volcanes vieres»,

ya que parece que todas las tierras que rodean a los diferentes volcanes son fértiles y gozan de un clima agradable. Las grandes cordilleras del Anáhuac cruzan su territorio, en donde se señalan las montañas de la Malinche, del Ixtacíhuatl, el Popocatépetl y el Pico de Orizaba. La Malinche, llamada así por corrupción que los españoles hicieron del nombre indio Malintzin, que quiere decir Doña María o Marina, y que se supone llamado así en recuerdo de la *Egeria* india de Cortés, la primera mujer cristiana del imperio mexicano.

A pesar de que ella fue ofrecida a Cortés por los indios de Tabasco, parece demostrado que era de noble cuna, y que su padre fue señor de muchas ciudades. Se cuenta que pasó a ser esclava por la perfidia de su madre, la cual volvióse a casar a la muerte de su primer marido, y concentrando todo su afecto en el hijo nacido en el segundo matrimonio, dispuso, de acuerdo con su esposo, de que él fuese el único heredero de los bienes de ambos. Para el logro de sus maquinaciones aprovecharon la muerte de

una hija de uno de los esclavos e hicieron correr la voz de que habían perdido a su propia hija, y aun se vistieron de luto por ella, mientras, secretamente, la vendieron, a la manera de los hermanos de José, a unos mercaderes de Xicalanco, los cuales, a su vez, la vendieron a sus vecinos de Tabasco, y estos últimos se la ofrecieron a Cortés. Parece que todos convienen en que era de gran belleza y talento; de que conocía diferentes dialectos, y de que fue amiga fiel de los españoles y que les sirvió de intérprete en sus negociaciones con varias tribus indias. Acompañó a Cortés en todas sus expediciones, quien siguió sus consejos, y en toda la historia de la conquista, *Doña* Marina (así fue llamada la bella esclava cuando la bautizaron) siempre desempeñó un papel de importancia. Su hijo, Martín Cortés, caballero de la Orden de Santiago, fue sometido a tortura en tiempos de Felipe II por infundadas sospechas de rebelión. Se cuenta que cuando Cortés se fue a Honduras, acompañado de *Doña* Marina, encontróse ésta a sus perversos parientes, los cuales, bañados en lágrimas, echáronse a sus pies, temerosos de que ella pudiera vengarse de la crueldad con que la habían tratado. Mas ella calmó sus temores y los acogió con bondad, Painala es el nombre del lugar en donde nació; un pueblo de la provincia de Coatzacoalcos. Después de la conquista se casó con un español llamado Juan Jaramillo.

Pero me he alejado demasiado de la sierra de la Malinche. Los dos grandes volcanes, las más altas montañas de la Nueva España, especialmente el Popocatépetl, parecen seguir al viandante por todas partes como sí fueran su genio protector. El Orizaba, que forma el lindero entre los Departamentos de Puebla y Veracruz, dicen que es la más bella de las montañas cuando se la ve de cerca, y como la más majestuosa vista de lejos, pues mientras la cúspide está coronada por la nieve, su falda, ceñida por espesas selvas de cedros y pinos, y su base, adornada con bosquecillos y laderas en donde pastan los rebaños y con los blancos manchones de los ranchos y pequeñas y dispersas aldeas, ofrecen el más

ameno y variado paisaje que se puede imaginar. Ixtacíhuatl quiere decir mujer blanca, y Popocatépetl montaña que echa humo. De este modo los celebra el poeta Heredia:

> Nieve eternal corona las cabezas
> de Ixtaccíhuatl purísimo, Orizaba
> y Popocatépetl; sin que el invierno
> toque jamás con destructora mano
> los campos fertilísimos, do ledo los
> mira el indio en púrpura ligera
> y oro teñirse, reflejando el brillo
> del sol en Occidente, que sereno
> en hielo eterno y perennal verdura
> a torrentes vertió su luz dorada,
> y vio a naturaleza conmovida
> con su dulce calor hervir en vida.

La mañana era de veras fría, y cuando salimos por primera vez el Popocatépetl estaba envuelto en un manto de nubes. El camino nos llevó muy cerca del volcán. Nos azotaba el viento, y Kate, montada en el jaco de un cura, acostumbrado, sin duda alguna, a cortas distancias y a viajes cómodos; pero se nos había dicho que era «*muy propio para Señora*», recomendación que recae siempre sobre el más viejo, el más estúpido y el más obstinado cuadrúpedo de que puedan jactarse en todas las *haciendas*. Dimos alcance y dejamos atrás una partida de soldados a caballo que conducían unos prisioneros a Puebla.

Al salir el sol todos volvimos los ojos llenos de asombro y admiración hacia el gran volcán. Cortábanle por la mitad las nubes, cuyas grandes masas iban descorriéndose como si fueran los cortinajes de un elevado altar. Aparecieron, reluciendo bajo los ra-

yos brillantes del sol, la cumbre y las faldas nevadas de la montaña; enorme cúpula de purísimo mármol blanco. Pero no se puede describir. Pensé en el Sinaí, en Moisés, cuando en la montaña la gloria del Señor se hacía manifiesta; en el monte de la Transfiguración; algo de tan irresistible luminosidad y magnificencia que no es posible que los ojos del hombre puedan contemplar y vivir al mismo tiempo. Caminábamos despacio, en callado asombro, hasta que el sol que había coronado la montaña con la gloria de sus rayos, se fue levantando lentamente detrás de la radiante cima y nos recordó que era tiempo de seguir adelante.

No estábamos lejos de la antigua ciudad de Cholula, que descansa sobre una gran llanura a corta distancia de las montañas, resplandeciendo bajo los rayos del sol como si fuese aún la ciudad predilecta de los días lejanos, cuando era la ciudad sagrada; «la Roma del Anáhuac». Es todavía una población grande, con una espaciosa plaza y muchas iglesias, y las ruinas de su gran pirámide declaran aun su pasada grandeza, pero de las cuarenta mil casas y de los cuatrocientos templos, mencionados por Cortés, no quedan rastros. La base de esta pirámide, que vista desde lejos parece como un monte en forma de cono, es, según observa Humboldt, más grande que cualquiera de las descubiertas en el Viejo Continente; dos veces mayor que la de Cheops. Está hecha de capas de ladrillos con aplanados de barro y contiene cuatro pisos. En medio de la plataforma principal, donde los indios adoraban a Quetzalcóatl, el dios del aire (según unos, el patriarca Noé, y según otros, el apóstol Santo Tomás, pues los *doctos* difieren), se levanta una iglesia dedicada a la Virgen de los Remedios, rodeada de cipreses y desde la cual se goza una de las más hermosas vistas del mundo. Desde esta pirámide, Humboldt hizo varias de sus más importantes observaciones astronómicas, circunstancia no menos digna de interés que otras con ella conectadas.

La tradición del pueblo y de los sacerdotes de Cholula, quienes después de darles la bienvenida a Cortés y a los españoles,

formaron un plan para exterminarlos a todos, y que fue descubierto por *Doña* Marina por medio de una mujer de la ciudad, fue castigada por Cortés con la más tremenda venganza. La mortandad fue espantosa; las calles se cubrieron de cadáveres, y las casas y los templos fueron arrasados por el fuego. El gran templo fue purificado después por órdenes de Cortés y en medio se plantó solemnemente el estandarte de la cruz. Por estar situada Cholula a un lado del camino que va directo a Puebla, es poco visitada, y en cuanto a nosotros, teníamos el tiempo tan limitado que nos tuvimos que contentar con ver de paso la pirámide y damos prisa para llegar a Puebla.

Entramos a esta ciudad en número de dieciocho personas, dieciocho caballos y varias mulas, y cerca de la garita nos encontramos con unas gentes que cargaban unos angelotes de ojos azules, y cuando el grupo vio desfilar a nuestra caravana fue tal su asombro, que por poco dejan caer los ángeles que iban en camino de la ciudad escogida. Al llegar al patio del hotel, helados de frío y muertos de cansancio, pensamos más bien con tristeza que el resto de la jornada debía de efectuarse en diligencia y no a caballo. Como he regresado con mi crónica a la vida civilizada y ya es muy tarde, aquí concluyo.

CARTA XXXV

Teatro.—*Portmanteaux*.—Visitantes.—Casas de Puebla.—Bellas Artes.—Paseo.—*Don* M. Ramos Arizpe.—Obispo.—Fábricas de algodón.—*Don* Esteban Antuñano.—Banco de Avío.—Maquinaria de los Estados Unidos.—Accidentes.—Dificultades.—Naufragios.—Demoras.—Admirable perseverancia.—La *Constancia Mejicana*.—Hospital.—Cárcel.—El Carmen.—Pinturas.—Flores pintadas.—Ángeles.—Catedral.—Oro y joyas.—Una comedia.—Palacio del Obispo.—Falta de maestros.

Puebla.

Estaréis sorprendidos cuando os cuente que, no obstante nuestro cansancio, fuimos al teatro la misma noche que llegamos, para ver representar un largo dramón desde el palco de *Don* Antonio Haro, uno de los hombres más ricos de Puebla, y el cual, enterado de nuestra llegada, vino al instante a invitarnos para que fuésemos a su casa, en donde nos aseguró se nos habían preparado habitaciones. Mas no estando ya en lugares salvajes, en los cuales es necesario contar con la hospitalidad que os ofrecen los extraños o de lo contrario dormir al ras, declinamos su amable ofrecimiento y permanecimos en la posada, que no es tan mala, aunque no la veamos ahora *en beau* como el año pasado, cuando éramos esperados en ella. El teatro es limpio y de buenas proporciones, pero triste, y nos veían más a nosotros que a los

actores, pues rara vez los extranjeros (las mujeres especialmente) permanecen en la ciudad por algún tiempo y su presencia es algo así como una novedad. Ha sido motivo de no pocas dificultades el vestirnos, ahora que estamos de vuelta en las ciudades, pues ya podréis imaginar en qué condiciones se encontraban nuestros baúles, que debían abrirse todas las noches y que galoparon a lomo de mula más de noventa leguas por montes y valles. ¡Cuántos vestidos echados a perder, qué de cuellos arrugados y cuántas pelerinas en estado lamentable! Se reventó una de nuestras maletas y su contenido: peines, cepillos, etc., fue a dar a la barranca, en donde algún día han de pasar por antigüedades indias y las mandarán al Museo para que las enseñen como una prueba de que las mujeres de Moctezuma se cepillaban el cabello. Sin embargo, los buenos oficios de una lavandera y reiterados mensajes a los *peluqueros*, hicieron posible que nuestra apariencia *volviera a ser* la que corresponde a unos viajeros cristianos. No pudimos dormir la primera noche a causa de una multitud de hormigas, atraídas probablemente por el pequeño jardín de naranjos sobre el cual se abría nuestro cuarto.

Tuvimos muchos visitantes a la mañana siguiente, y sin embargo de existir aquí la tendencia provinciana de presumir, que encuentra uno siempre fuera de la capital, conocimos entre ellos a personas muy agradables. La *Señora* Haro llegó en un hermoso carruaje con magníficos caballos norteños, y nos llevó para que viéramos algo de la ciudad. Su extremada limpieza, comparada con México, es sorprendente. A este respecto es la Filadelfia de la República: calles anchas, bien pavimentadas; grandes casas de dos pisos, muy sólidas y bien construidas; magníficas iglesias; agua en abundancia; pero al mismo tiempo una como somnolencia que le hace a uno sentir como si las casas fueran hileras de conventos y que toda la gente, excepto los mendigos y algunos mercaderes, se hubieran encerrado en ellos para cumplir algún voto.

La casa de *Don* Antonio Haro está amueblada, a mi parecer, con mucha más elegancia que cualquiera de las de México. Es de inmensas proporciones, con los pisos bellamente pintados. Uno de los grandes cuartos está adornado de raso azul pálido; otro, de damasco rojo, y se ven en ellos mesas incrustadas, magníficos espejos, y todo del mejor gusto. Tanto él como su mujer son muy jóvenes; ella no tendrá más de diecinueve años, muy delicada y hermosa y de tez muy blanca; en su manera de vestir, nitidez y su misma casa, me hace recordar a las mujeres de Filadelfia, excepción hecha, como siempre, de sus diamantes y perlas. Las mujeres fuman más, o al menos con más libertad que en México, pero también es cierto que tienen pocas distracciones, por lo cual merecen mayor indulgencia. Hay en esta ciudad once conventos de monjas, y tomar el velo es tan natural como el casarse. Cenamos en la casa de la *Señora* Haro: la encontramos muy amable y oímos a una joven señorita cantar con una buena voz, pero se queja de que no hay en Puebla maestros de canto.

Las Bellas Artes, sin embargo, no están del todo abandonadas, y en arquitectura, escultura y pintura, hay bastante, comparativamente hablando, digno de mención. Corría un proverbio entre los mexicanos que decía que «si todos los hombres tenían cinco sentidos, los poblanos teman siete». Se les considera como muy reservados en sus maneras, natural consecuencia de la falta de vida de sociedad. Antiguamente, Puebla rivalizaba con México en población e industria. La peste, que se llevó cincuenta mil personas, fue seguida por la pestilencia de la guerra civil, y Puebla descendió a la categoría de una ciudad muy secundaria. Pero ahora se habla mucho de sus fábricas de hilados y tejidos, y de las máquinas, instrumentos y artesanos traídos de Europa, lo cual proporciona ocupación a treinta mil personas.

En la tarde fuimos al *paseo* nuevo, destinado al público, pero en donde no se le ve, y que ha de convertirse en un lugar agradable cuando sus jóvenes árboles hayan crecido.

19. Calderón se fue temprano a devolver la visita del celebrado *Don* M. Ramos Arizpe, ahora un anciano y canónigo de la Catedral, pero antiguo diputado de las Cortes Españolas, y uno de los más celosos partidarios de la causa de la Independencia. Dicen que el influjo que ejerció sobre los hombres medianos, debióse más bien a su energía, algunos dicen a su don de mando, que al talento, y aseguran que era de entendimiento claro y sagaz, con la extraordinaria cualidad de saber descubrir los más recónditos impulsos y designios secretos, y que siempre supo mantener entre sus subordinados un tenaz empeño en el despacho de sus asuntos. Calderón visitó también al obispo, el *Señor* Vázquez, el cual obtuvo el reconocimiento de la Independencia.

Salimos después del desayuno con varios caballeros que nos llevaron a las fábricas de algodón. Fuimos primero a visitar la fábrica establecida en el Molino de Santo Domingo, cerca de la ciudad, llamada *La Constancia Mejicana*, y merece el nombre que lleva, pues fueron grandes los obstáculos y dificultades que hubo de vencer antes de alcanzar su propósito.

En 1831 se creó una junta para promover la industria del país, mas parecieron tan insuperables los obstáculos que todos sus miembros la abandonaron con desaliento, excepto el *Señor Don* Esteban Antuñano, quien resolvió emprender por sí solo el establecer una fábrica; cortó sus relaciones comerciales, y destinó todo su capital a la consecución del objeto.

Compró el Molino de Santo Domingo en la cantidad de ciento setenta y ocho mil pesos, y empezó a construir el edificio, recibiendo artesanos extranjeros que ganaban sueldos exorbitantes. Esos gastos consumieron su capital obligándole a ocurrir al Banco de *Avío* para que le auxiliara. Este Banco (*avío* significa ayuda pecuniaria o adelanto de fondos) fue establecido por *Don* Lucas

Alamán, con el fin de estimular la industria. Mas la industria no es como una planta de invernadero que puede crecer por medios artificiales, y estos préstamos no han hecho más que crear monopolios y, consecuentemente, aumentar la pobreza general. Antuñano consiguió de los Estados Unidos maquinaria de tres mil ochocientos cuarenta husos y además un préstamo de ciento setenta y ocho mil pesos, de los cuales sólo recibió una parte. Mientras, su proyecto era considerado como absurdo, irrealizable y ruinoso; pero firmemente resuelto a no abandonar la empresa, llegó a sufrir, en unión de su numerosa familia, escasez de mucho tamaño, hasta el extremo de no encontrar quien le franquease lo muy indispensable para la diaria subsistencia.

Trató por lo mismo de activar la remisión de la maquinaria, y al intento marchó al Norte un dependiente, encargado además de contratar operarios; y aunque fue recomendado a una casa de comercio, que en un principio le proporcionó recursos, al fin desconfió de reintegrarse, suspendió los suplementos y trató de recobrar las sumas que había ministrado, viéndose el dependiente en la necesidad de vender hasta la ropa de uso para poder subsistir. Se embarcó la maquinaria en Filadelfia en julio de 1833, y en agosto llegó a Veracruz, adonde el *Señor* Paso y Troncoso fue encargado de su recibo. Este recomendable sujeto nunca abandonó al *Señor* Antuñano en su adversidad y le franqueó sin límites sus recursos, pero la remesa no fue tan pronta y llegó a Puebla al cabo de un año. Armada en su mayor parte, parecía que nada faltaba para poner en corriente la fábrica; pero los operarios extranjeros, sin ninguna educación y sin la instrucción bastante, declararon que no se podían lograr buenos resultados, atribuyéndolo unas veces a las máquinas, que aseguraban ser de pésima construcción, y otras a la calidad del algodón. Sin embargo, en enero de 1835 se comenzó a hilar en esa fábrica, que con propiedad se llama «La Constancia Mejicana». Un maquinista marchó al Norte para que comprara una nueva colección de máquinas, y

después de no pocas demoras y dificultades concluida la mayor parte, se embarcó en Nueva York en febrero de 1837.

El barco naufragó cerca de Cayo-Hueso. Volvía el maquinista al Norte con la parte de la maquinaria que se salvó, en el bergantín *Argos*; peto éste corrió la misma suerte y perdióse lo que se había salvado del primer naufragio. Se dirigió de nuevo a Filadelfia para que se construyera otra maquinaria, y consiguió embarcarla en el *Delaware*. Por increíble que parezca, naufragó también este buque en Cayo-Hueso-Alcatraces, perdiéndose por tercera vez la maquinaria, corriendo grandes riesgos el maquinista. Tal parecía que los dioses y los hombres conspiraban contra los husos de algodón; mas Antuñano insistió y se construyó de nuevo la maquinaria, se puso en camino, y aunque sufrió demora por el bloqueo de los puertos por la escuadra francesa, consiguió poner en movimiento siete mil husos. El ejemplo del *Señor* Antuñano ha sido seguido por otros, y ha proporcionado a la industria en Puebla un impulso decisivo, además de ofrecer el más extraordinario ejemplo de perseverancia en la lucha en contra de lo que llaman los hombres «mala suerte», que aniquila a los débiles pero que sirve de acicate a los fuertes.

Habíamos ido en su propio coche, y nos acompañó por toda la fábrica. Su situación es magnífica, y vista de lejos parece más bien una residencia veraniega que un establecimiento industrial. Da gusto ver el orden y la buena ventilación de que goza el edificio, con su gran fuente de agua purísima en medio del patio. Un escocés que ha estado empleado aquí por algún tiempo, dice que no ha visto nada que pueda comparársele, no obstante haber trabajado seis años en los Estados Unidos. Desgraciadamente Antuñano es muy sordo y tiene necesidad de usar una trompetilla. Parece un hombre excelente y confío que al final ha de salir avante en su empresa. Nos llevaron después a visitar una nueva prisión, muy bien dispuesta, que están construyendo en la ciudad; mas el que la terminen o no, es cosa dudosa. Visitamos asi-

mismo el Hospital de Expósitos, un gran edificio en donde ingresan más niños que caudales. Todos los niños se veían limpios y decentes, pero muy pobres. Antuñano les obsequió con doscientos pesos, en recuerdo, según dijo, de nuestra visita.

Calderón fue después al Convento del Carmen para ver unas pinturas que representan la Vida de la Virgen y que se cree son originales de Murillo, en particular la *Ascensión* y la *Circuncisión*; pero están muy mal colocadas y han padecido mucho por la incuria, y aun algunas se encuentran ya hechas pedazos. En otras, los muchachos les hicieron grandes agujeros, empeñados en que el sacerdote judío era el *diablo*. Hay un *Descendimiento de la Cruz* que se considera como una muy buena pintura; y es una lástima que estos lienzos se encuentren encerrados en este viejo convento, habitado por una media docena de frailes, y en donde no llenan ninguna función práctica o decorativa. Si fueran trasladados al Museo de México y expuestos como es debido, servirían, por lo menos, de modelos para aquellos jóvenes sin arbitrios para formarse el gusto viajando por la Europa. Zendejas como pintor y Cora como escultor, ambos nacidos en Puebla, son celebrados cada uno en su arte, mas hasta ahora no hemos visto ninguna de sus obras. Calderón visitó también al obispo y vio sus pinturas y la biblioteca, que esperamos ver nosotros mañana, y del Obispado pasó al Colegio, cuyo rector fue en España *attaché* del Ministro Santa María.

Comimos de nuevo en casa del *Señor* Haro. El modo en que están pintados sus pisos es agradable y curioso a la vez. Es una imitación de las alfombras, muy fastuosa en apariencia y en realidad muy fresca. Una gran mayoría de los pisos se pintan aquí del mismo modo, sea sobre tela con colores al óleo o sobre cemento extendido antes sobre los ladrillos que forman el piso y preparados con cola, cal o yeso y jabón.

El *Señor* Haro tiene cuatro jóvenes y hermosas hermanas, todas monjas en diferentes conventos. No existiendo otras escuelas

que las de las comunidades, y adonde mandan a todas las jóvenes, éstas les toman tanto cariño a las monjas que prefieren quedarse con ellas para siempre que regresar a sus casas. Después de la comida, acompañados de un grupo de eclesiásticos en el que se encontraba *Don* M. Ramos Arizpe, amigo íntimo de Calderón desde Madrid, visitamos lo que enorgullece a Puebla: la Catedral. Apenas pudimos verla a nuestra llegada el año pasado cuando atravesábamos la ciudad. En lo que a mí se refiere, debo decir que nunca he visto nada mas noble y magnífico. Dicen que la rapidez de su construcción debióse a la ayuda de dos ángeles, que bajaban todas las noches y le añadían altura, y así todas las mañanas los trabajadores, asombrados, encontraban su trabajo avanzado de manera increíble. El nombre concedido a la ciudad, *Puebla de los Ángeles*, procede, dicen, de esta tradición.

No es tan grande como la catedral de México, pero es más elegante, más sencilla y de mejor gusto. Dieciséis columnas de un exquisito mármol, adornadas con plata y oro, forman el tabernáculo (que en México llaman *el Ciprés*). Este mármol, llamado mármol de Puebla, es traído de las canteras de Totimehuacán y Tecali, a dos y siete leguas de distancia, respectivamente, de la ciudad. El pavimento de la Catedral es de mármol, y las grandes rejas y los sitiales de altos respaldos son de cedro ricamente tallados. Todo lo abrieron para enseñárnoslo: las tumbas en donde están enterrados los obispos; la cripta en que yace el cuerpo de un mártir milagrosamente conservado, se supone que por varios siglos, donado por un Papa a un obispo de Puebla. El cuerpo, que incluye el esqueleto, parece de cera y su cara tiene el aspecto más angelical que nunca he visto. Está materialmente cubierto de falsos diamantes y esmeraldas.

También nos mostraron las joyas que, en caso de una revolución, guardan enterradas. La *Custodia*, pieza de oro en que se expone la Hostia, está incrustada enteramente con grandes diamantes, perlas, esmeraldas, amatistas, topacios y rubíes. Los cáli-

ces son igualmente ricos. Hay cuatro juegos de joyas para el Obispo; una de sus cruces es de esmeraldas y diamantes, y otra es de topacios, y a cada una de ellas corresponden grandes anillos con las mismas piedras preciosas.

Fuimos por la tarde al teatro con la familia Miranda, que se ha distinguido por las atenciones que nos ha prodigado. Vimos una comedia mucho más divertida y mejor representada que la tragedia cuyo asesinato perpetraron dos noches antes. A la mañana siguiente, muy temprano, visitamos el palacio del Obispo, con el fin de ver su magnífica biblioteca y colección de pinturas, en donde existen pocos originales modernos y abundancia de copias muy fieles de los antiguos maestros.

Con la *Señora* Haro fuimos después a devolver las visitas de las señoras que nos han visitado. Se quejan las jóvenes, invariablemente, de la falta de maestros de música, de dibujo y de baile. Es evidente el buen gusto musical que hay en ellas, y aquí, como en todas partes de México, en el campo y en la ciudad, en cada casa hay un piano (*tal cual*); pero la mayor parte de las que tocan han aprendido sin maestro y, por lo tanto, lo abandonan pronto por falta de enseñanza o estímulo. Nos vamos ahora a comer fuera y en la noche iremos al teatro, en donde la *Señora* Cesari y Mr. Wallace dan un concierto. Como debemos levantarnos a las tres, para salir en Diligencia, ya no podré escribir más desde aquí. Nuestras próximas cartas han de llegar de México.

CARTA XXXVI

Un Concierto.—La Diligencia.—Salida de Puebla.—Escolta.—Vista desde las torres de Catedral.—La selva negra.—Cruces con historia.—Cuentos de crímenes.—Una alarma.—Parte de una escaramuza.—Río Frío.—Leyes para los salteadores.—*Su moderación*.—Regreso a México.—Baile de Carnaval.—Adelantos en el vestir.

México, 24.

Fuimos al concierto con nuestros amigos los Haro. La música superó a los instrumentos. La Cesari se veía tan hermosa como siempre, además de haberse presentado con un magnífico vestido blanco con guirnaldas de París. Nos despedimos de nuestros amigos en la puerta del hotel a la una de la mañana, y nos echamos a la cama por dos horas, llenos de ansiedad ante la perspectiva de ser asaltados al día siguiente; circunstancia que se ha convertido en un lugar común, pues cuando la Diligencia de Puebla llega sana y salva, esto produce mayor sorpresa que cuando es detenida por los ladrones. El gobernador ordenó que nos acompañara una escolta, con relevos cada seis leguas, más o menos; pero la semana pasada se tuvo la sospecha de que los asaltantes habían sido la escolta misma y aun su jefe, el bizarro oficial que la mandaba. Nuestra mayor esperanza residía en el reconocido y milagroso conocimiento que poseen los bandidos del valor del

equipaje de todos los viajeros, y era de suponerse que se darían cuenta de nuestra condición de peregrinos que viajan por placer, y no nos iban a tomar por unos recién llegados cargando mercancías de Europa. Adivinando, por consiguiente, el contenido de nuestros tan traídos y llevados *portmanteaux*, confiábamos que uno o dos *sarapes*, algunas sortijas, unos cuantos aretes y uno o dos chales, no podrían constituir incentivo suficiente para hacerles caer en tentación. En la oscuridad y medio dormidos subimos a la Diligencia. Habíamos tomado todos los asientos, menos tres, vendidos antes de llegar nosotros. Unos soldados, muertos de sueño, se encontraban listos para escoltarnos y de cada ventanilla del carruaje se asomaba un fusil cargado. Varios mendigos, que tanto abundan en esta ciudad, nos envolvieron casi, y, dicho sea de paso y como una circunstancia digna de referirse, es la de que, no obstante el asombroso número de *léperos* que se ven en Puebla, las iglesias se mantienen esmeradamente limpias, de lo cual bien podría tomar ejemplo con ventaja la ciudad de México.

Puebla es una de las pocas ciudades que no fue fundada por los colonos españoles sobre las ruinas de grandezas pretéritas. Se fundó en el siglo dieciséis en los llanos de Acajete, en un sitio ocupado sólo por unas cuantas chozas pertenecientes a los indios de Cholula. Existen a su alrededor *haciendas* de maíz muy productivas, y cuando al salir el sol pudimos contemplar el paisaje, éste nos pareció fértil, aunque sin relieve. Las dos más hermosas vistas de Puebla son las que se disfrutan desde las torres de la Catedral y desde una azotea en la calle de San Agustín. El panorama es variado en grado superlativo, y de una gran amplitud.

Hacia el Norte se ve la montaña de Tlaxcala, la *Matlalcueyetl*, mejor conocida por la Malinche; y en primer término, el cerro y templo de Guadalupe y la montaña del Pilar, coronada con su blanca iglesia. Más templos y conventos embellecen las laderas de las montañas; la iglesia de Loreto, el templo del Calvario,

etcétera. La fertilidad de la Malinche se destaca sobre lo yermo y desnudo de las montañas cercanas.

Hacia el Sur se levantan los grandes volcanes, y en medio de ellos puede distinguirse el paso áspero y difícil que siguió Cortés cuando vino por primera vez a México. Veíamos también la ciudad y la pirámide de Cholula, el cerro de San Nicolás y el de San Juan, donde acampó el general Bustamante en 1832, cuando combatió a Santa Anna, y a corta distancia, las *haciendas* de Posadas y Zavaleta, famosa la primera por una batalla y la otra por un tratado.

Por la parte del Este, pero a mayor distancia que los otros montes, se yergue el Pico de Orizaba, la montaña de la Estrella, y el lado que contemplamos ahora es el que mira a la meseta de México; la otra vertiente baja con rapidez hacia las abrasadoras planicies de Veracruz, y es la primera tierra que divisan los navegantes cuando se aproximan a estas costas. Aun desde esta distancia puede distinguirse la nevada cumbre contrastando con los frondosos bosques y la amenidad de las aldeas. Tiene lo que raramente poseen los hombres a la vez: un corazón y una cabeza despejada y fría.

Al despertarnos en una posada cuando nos traían un poco de café caliente, un hombre que se cubría con un gorro blanco de dormir introdujo la cabeza por la ventana de nuestro cuarto, desafiando un cargado mosquete. Supuse que era un lépero y, medio dormida, le dije que no tenía nada que darle en las mismas palabras que aquí suelen decirse a los mendigos impertinentes: «*¡Perdone usted por Dios!*». Mas resultó ser todo un caballero que venía sencillamente a poner su persona y su casa a nuestra disposición a tan temprana hora de la mañana.

Entramos a la selva negra, y mientras seguíamos el camino a través de los umbrosos bosques de pinos empezaron de nuevo a oírse los cuentos de ladrones, con el mismo gusto que los que

viajan por mar parecen tenerlo en hablar de naufragios. Cada cruz es la historia de un crimen, y tengo para mí, dicho sea de paso, que una obra escrita con *connaissance de cause*, e intitulada «Historia de unas Cruces», aunque sin correr parejas con la «Historia de las Cruzadas» sería en cambio tan interesante y aun mucho más romántica que el Calendario de Newgate. La única dificultad consistiría en obtener informaciones auténticas y pertenecientes. Venían en la Diligencia una señora y dos caballeros; la señora parecía estar muy al tanto del significado e historia de las cruces, como que debajo de una de ellas estaba enterrado uno de sus propios criados. El relato que nos hizo del asesinato resultó ser, más que un esbozo, un cuadro fiel del suceso. Iba el criado sentado afuera, en el techo de la Diligencia; adentro viajaba mucha gente, pero nadie llevaba armas. De repente salió un grupo de enmascarados de entre los pinos, gritando y dirigiéndose hacia ellos. Lo primero que hicieron los ladrones fue apuntarle al pobre *mozo* y de un tiro le atravesaron el corazón. Caído en el suelo, con angustiada voz llamaba a un *padre* que venía entre los pasajeros, suplicándole que se detuviera y le confesara, y en las ansias de la muerte le decía adiós a su amigo el cochero. El miedo venció a la caridad, en el sacerdote y en el cochero; tronó el látigo y los caballos pasaron a todo galope sobre el cuerpo del hombre asesinado, y porque los bandidos iban a pie, el resto de los viajeros pudo escapar.

Mientras oíamos estas sangrientas historias de crímenes, nuestra escolta se había retirado en la creencia de que inmediatamente encontraríamos el relevo; pero nos dimos cuenta de que entrábamos en lo más peligroso del camino sin un soldado a la vista. Convencidos de que un asalto era algo inevitable, empezamos a disponer de nuestros anillos y relojes, no para esconderlos sino para entregarlos, pues, mujeres al fin y al cabo, veíamos con claridad de que en caso de un ataque era mucho mejor no tratar de defendernos, y por lo demás sólo disponíamos de dos fusiles.

Nos seguía a cierta distancia una Diligencia abarrotada de gente y que pertenecía a otra línea, conducida por un cochero *yanquee* que estaba tan borracho que con dificultad podía sostenerse en el pescante, y el cual, haciendo caso omiso de las protestas de los pobres pasajeros persistía en llevar el carruaje por el borde del gran precipicio que corre al pie del camino, exponiéndoles así a un doble riesgo.

Apareció de improviso nuestra escolta arriba de un cerro, y el oficial, bajando a galope, se excusó con Calderón de la demora. Todo había sido por un encuentro que tuvieron con los ladrones en ese mismo lugar. Dos de ellos, nos dijo, hechos prisioneros en la escaramuza, iban ya camino de Puebla, en donde con toda probabilidad los dejarían libres a los pocos días después de un simulacro de proceso. Cuatro se escaparon, escondiéndose entre los árboles y las rocas, pero, según sus cálculos, no podían estar muy lejos. De todos modos, con la llegada de los soldados empezamos a sentirnos más tranquilos, y cuando Río Frío estuvo a la vista nos volvió el alma al cuerpo. La bordelesa que mora en ese boscoso valle nos ofreció una muy aceptable comida. Nuestros temores habían desaparecido, y, sin embargo, el camino seguía por parajes considerados como muy inseguros; pero el contar de nuevo con una escolta y la circunstancia de haber sido capturados algunos de los ladrones horas antes, hacían muy improbable otro asalto en este día.

Esta pestilencia de los ladrones, que infesta a la República, nunca ha podido ser extirpada. Son, de hecho, el fruto de la guerra civil. Algunas veces, bajo la capa de insurgentes, y tomando una parte activa en la Independencia, han asolado *independientemente* al país, robando a cuantos encontraron en su camino. Con el pretexto de expulsar a los españoles, estas partidas armadas, invadiendo los caminos entre Veracruz y la capital, han arruinado a todo el comercio, y haciendo caso omiso de opiniones políticas, propagaron por todas partes el robo y el asesinato. En 1824

se envió una ley al Congreso, en virtud de la cual todas las cuadrillas de ladrones armados deberían ser juzgadas militarmente, a fin de acortar los procedimientos, pues la mayoría de los bandidos encontraban alguna coyuntura para escaparse de las cárceles mientras estaba pendiente su juicio, y muchos fueron encarcelados cuatro y cinco veces por el mismo delito y nunca fueron llevados ante la justicia. En esa ley quedaban incluidos tanto los ladrones de profesión como aquellas partidas de insurgentes que no eran más que aficionados extemporáneos. Pero cualesquiera que hayan sido las medidas tomadas en diferentes épocas para extirpar esta calamidad, sus causas permanecen, y tanto los vagos como los carentes de principios han de aprovecharse de continuo del estado de desorganización en que se encuentra el país para obtener por la fuerza lo que deberían ganar con el trabajo honrado. El Conde de la Cortina dice, con mucha seriedad, que no alcanza a comprender por qué nos quejamos de los ladrones mexicanos, cuando la ciudad de Londres está llena de organizadas bandas de rufianes, y contra los cuales no rezan leyes, y cuando los salteadores y rateros ingleses son los más celebrados en todo el mundo. Y, por otra parte, añade, los ladrones mexicanos nunca son innecesariamente crueles, y que de hecho tienden con facilidad a mostrarse compasivos. Aseveración, esta última, válida en ciertas ocasiones, mas su crueldad con los viajeros es demasiado conocida para aceptarla en lo general.

Os podría mencionar como ejemplo de compasión accidental, el caso ocurrido a las señoras Fagoaga cuando iban camino del exilio. Salieron de México acompañadas de un padre y fueron asaltados por una partida de ladrones e insurgentes, que detuvieron el coche y procedieron a saquearlo. Entre otras cosas de valor se robaron algunos platos de plata. El *padre* les hizo observar que dicha plata no pertenecía a las señoras, sino que les había sido prestada por una amiga, y que estaban obligadas a devolverla, y, en consecuencia, les pidió que dejaran uno de los platos para

que sirviera de muestra. Estos razonables sujetos devolvieron al instante ¡un plato y un cubierto!

En otra ocasión dejaron casi en cueros a un inglés y a su criado y les ataron a un árbol; pero observando que el sirviente se mostraba desconsolado por la pérdida de las espuelas de su amo, las devolvieron con mucha cortesía, dejándolas en el suelo al lado del caballero.

Cerca de las cuatro de la tarde, y aunque casi cegados por el polvo, divisábamos de nuevo desde las alturas el valle de México, y a las cinco, mientras se efectuaba el último relevo de caballos, se presentaron *Don* Manuel del Campo y el correo inglés Veraza, los cuales habían salido a nuestro encuentro y nos acompañaron en sus finísimos caballos hasta la garita en donde encontramos nuestro carruaje que nos estaba esperando; nos metimos en él tal y como estábamos, cubiertos de polvo, atravesando la ciudad con el aspecto guerrero que nos daban los fusiles asomándose por las ventanillas. En la *calle* de San Francisco hizo parar el coche Mr. Woll, secretario de la Legación inglesa, para invitarnos a un gran baile de máscaras y de fantasía de carnaval, que se daba el lunes, o sea, estando hoy en sábado, el lunes próximo. Al regresar a casa todo lo encontramos en orden. Pasamos no pocos trabajos para conseguir trajes de baile a su requerido tiempo.

Tuvimos el domingo varias personas a comer, inesperadas todas, pues es costumbre española comer en casa de los amigos sin previa invitación. Esta noche vamos al baile.

26. Dióse el baile en el teatro, y resultó muy lucido, pero son demasiadas las personas de calidad que en estas ocasiones se quedan en los palcos sin tomar parte en el baile; pero con ser tanta la concurrencia, la selección resultó maravillosa. Cuando llegamos,

algunos miembros de la comisión organizadora nos recibieron al pie de las escaleras y nos condujeron al palco de los Escandón en donde encontramos, como es costumbre, a las señoras de la familia elegantemente vestidas; las casadas, ostentando diamantes, y las más jóvenes, con telas vaporosas, blancas con oro. Llevaba yo un antifaz de seda negra, pero como todo el mundo me reconocía, era inútil seguirlo llevando y me lo quité en seguida. Dimos algunas vueltas por el salón de baile y regresamos al palco. Había algunos personajes importantes con antifaz, y algunos trajes de baile muy hermosos, y a pesar de que se veían no pocos dominós y máscaras extravagantes, no pude menos que observar los grandes adelantos llevados a cabo en el vestir desde el baile de fantasía celebrado el año pasado. Algunas jóvenes, en particular la *Señorita* M… llevaban vestidos que no era concebible salieran de otras manos que de las de una modista parisiense, y Madame de…, con un traje de campesina, y a pesar de la careta, fue reconocida en todas partes por su pie pequeño y bella figura. Pero no es posible permanecer por mucho tiempo en un baile como mero espectador sin fastidiarse, y ni siquiera los numerosos visitantes en el palco fueron capaces de impedir que nos atacara un sueño que nunca sentimos en las noches de luna, montando a caballo a través de los encantadores caminos de *tierra caliente*.

A la noche siguiente se dio en el mismo teatro un baile público de máscaras, pero no fuimos. Cada día que pasa se hace más grato el recuerdo de nuestro viaje, y nuestra única esperanza es de que alguna vez Calderón disponga de suficiente tiempo para salir de excursión por otras partes del país. Estando próxima la Cuaresma, no tendremos *soirées* por seis semanas, aunque de vez en cuando se dan bailes durante el tiempo de vigilia. En la casa, todo el servicio ha ido mejorando: el ama de llaves es un tesoro; el cochero y el lacayo, excelentes; la cocinera, tolerable; y los soldados es raro que se emborrachen más de una vez por semana y, generalmente, de los dos, sólo uno; y decentes los demás, por

lo tanto, no tenemos motivos para quejarnos. Kate ha instalado un gallinero cerca de la caballeriza, y cualquier india que le traiga un *manojo* de gallinas puede estar segura de que será bien recibida.

Una de las primeras visitas que hicimos a nuestro regreso fue a Tacubaya, en donde tuvimos la pena de encontrar a la Condesa de la Cortina muy delicada de salud, y el patio lleno de carruajes con visitantes que deseaban informarse. Debo ahora enviar mis cartas por el paquete para que sepáis que estamos de nuevo en México, sanos y salvos.

CARTA XXXVII

Hombres distinguidos.—Generales Bustamante, Santa Anna y Victoria.—Anécdota.—El *Señor* Pedraza.—El *Señor* Gutiérrez Estrada.—Conde de la Cortina.—El *Señor Gorostiza*.—*Don* Carlos Bustamante.—«Mañanas de la Alameda».—*Don* Andrés Quintana *Roo*.—*Don* Lucas Alamán.—El general Moran.—El general Almonte.—El *Señor* Cañedo.—Los *Señores* Neri del Barrio y Casaflores.—El doctor Valentín.—Don Francisco Tagle. —Ocho Revoluciones.

27.

Pregunta H… en su última carta cuáles son los hombres más distinguidos de México, y con un aire como dudando de que fueran muchos. ¿Distinguidos en qué? ¿Como generales, como estadistas o como literatos? Me parece a mí que en un país en donde hemos conocido a Bustamante, Santa Anna, el general Victoria, Posada, Gómez Pedraza, Gutiérrez Estrada, el Conde de la Cortina, Gorostiza, *Don* Carlos Bustamante, Quintana Roo, el general Moran, *Don* Lucas Alamán, el general Almonte, el *Señor* Cañedo, *Don* Francisco Tagle, el *Señor* Neri del Barrio, el *Señor* Fagoaga, *Don* José Valentín, el Conde de Casaflores, etc., etc., no se encuentra tan desprovisto de hombres distinguidos como él supone. Debo confesar que todos los que preceden figuran en la lista según me he ido acordando de ellos, sin orden ni

concierto; soldados, estadistas y literatos pertenecientes a uno u otro bando político, pero todos hombres de nota y que han figurado o sufrido, y que de una o de otra manera se han distinguido en las revoluciones de los últimos treinta y dos años. Y de los que he mencionado no hay ninguno, en el caso de tener qué escribir su vida, que no se escribiera al mismo tiempo la historia de estas guerras civiles. Los tres primeros, como figuras principales en cada revolución, pertenecen ya a la Historia: Bustamante, como hombre honesto y soldado valiente; Santa Anna, como un general perspicaz, activo y ambicioso, y cuyo nombre tiene un prestigio, quizá para bien o para mal, pero del que carecen los otros; el general Victoria, un hombre sencillo, bien intencionado y sin cultura, valeroso y paciente. Hay un pasaje de su vida muy conocido, y que debe referirse como *contrapeso* a la dudosa anécdota del águila de dos cabezas. Cuando Iturbide, solo, caído y prisionero, fue desterrado de México, y cuando el general Bravo, que tuvo el encargo de conducirle hasta Veracruz, le hizo objeto de toda clase de indignidades, Victoria, el enemigo jurado del Emperador durante su prosperidad, tuvo para él, en esta hora en que se le ordenaba vigilase el embarque de Iturbide, las más grandes atenciones y muestras de respeto, de tal manera que el mismo Iturbide, a impulsos de su gratitud, y después de expresar con calurosa estima la conducta del General, le obsequió su reloj en recuerdo de su agradecida admiración.

En lo que se refiere a *Don* Manuel Gómez Pedraza, ha ocupado demasiados puestos distinguidos en los sucesos políticos del país para que no sea conocido por todos. Oficial en la época del Gobierno español, se señaló por una severa disciplina y *una* conducta moral estricta. Comandante de la Huasteca, en tiempo de Iturbide, apoyó al Emperador, el cual le hizo después comandante general de la ciudad de México. En 1827, durante la presidencia de Victoria, fue ministro de la Guerra, y distinguióse por su extraordinaria actividad, de la que carecía el Presidente En

1828 fue nombrado, junto con Guerrero, candidato a la Presidencia, y al cabo de una terrible tempestad política, Gómez Pedraza fue electo. La efervescencia reinante motivó la furia de los dos partidos, *Guerreristas* y *Pedrazistas*, que se habían mezclado con los *Iturbidistas*, y subió de punto con la llegada de Santa Anna a Perote con ochocientos hombres, el cual, encerrándose en la fortaleza, se pronunció por Guerrero, y en un manifiesto encumbraba a este General a la categoría de héroe y exhibía a su rival como un hipócrita. Vino después la famosa revolución de la Acordada, y tanto Pedraza como Guerrero desaparecieron. Pedraza abandonó la República, y después de otra Revolución, juzgando que «la Constitución y las leyes habían sido restablecidas», regresó a Veracruz, en donde se encontró con una orden que le prohibía desembarcar. Se dirigió entonces a Nueva Orleáns, de donde regresó al ocurrir nuevos cambios políticos, y en la hora presente vive tranquilo al lado de su esposa, persona de extraordinario talento e instrucción, hija del *Licenciado* Señor Azcárate. Tal es el correr de las agitadas vidas de los «hijos de la tierra».

De Gutiérrez Estrada, lejos en estos momentos de sus lares y sufriendo una persecución injusta, he hablado ya varias veces. El Conde de la Cortina es un caballero y un sabio, hombre de vastos conocimientos y protector de las Bellas Artes. Su conversación es una serie constante de chispazos eléctricos, brillante como un fuego fatuo y desconcertante como un meteoro. Pocas veces he oído yo tanta elocuencia aun a propósito de cosas baladíes, y escribe con la misma facilidad que habla. Hemos podido leer recientemente tres de sus notables producciones que demuestran lo versátil de su talento: una acerca de los terremotos, otra sobre el *diablo* y la tercera referente a los santos padres. La primera bajo la forma de un cuaderno, dirigido a una dama, dándole una explicación científica de las causas de este fenómeno,

todo esto mezclado con alabanzas a sus *beaux yeux*; la segunda es un poema burlesco, y la última una grave y erudita disertación.

Don José Eduardo Gorostiza, aunque nacido en Veracruz, es hijo de un oficial español, y muy joven fue a España, en donde figuró en la política como liberal. Sobresalió como un escritor de piezas teatrales, que fueron y siguen siendo populares; y aquellas que se limitó a traducir, tuvo el mérito de adaptarlas a la escena española y *castellanizarlas* con mucha chispa. Una de sus piezas, que vimos la otra noche en el teatro, «Contigo pan y cebolla», es deliciosa. Además de ocupar un puesto en el Gabinete de México, ha sido Encargado de negocios en Holanda, y Ministro ante la corte de Saint James. Es muy gracioso y agradable en su conversación, y ha coleccionado algunas buenas pinturas y valiosos libros durante sus viajes por la Europa.

La reputación de *Don* Carlos Bustamante, diputado por Oaxaca, es, ante todo, literaria. Son considerables sus investigaciones sobre las antigüedades mexicanas; y ha publicado la historia del «Descubrimiento de América», escrita por el P. Vega desconocida hasta entonces; también la «Galería de los príncipes mexicanos»; «Texcoco en los últimos días», etc. Me mandó últimamente las «Mañanas de la Alameda», una obra escrita con el propósito de enseñar a las jóvenes mexicanas la historia de su propio país. Sólo he leído algunas páginas, pero me asombró la liberalidad de sus observaciones referentes a los españoles, las cuales, viniendo de tal procedencia, son mucho más valiosas y dignas de crédito que cualquiera de las que podría hacer un extranjero, de tal manera que estoy tentada de traducir el pasaje al que estoy aludiendo. «El Gobierno español planteó colegios y academias, en el reinado del sabio Carlos III: se estableció la de Bellas Artes, que enriqueció con bellísimas estatuas, que aun ustedes admiran cuando la visitan ("La conducción de estas cosas", dice una nota, "costó sobre setenta mil pesos"); mandó excelentes artífices, e imitó a su predecesor Felipe II, que hizo venir a México los que

no pudo colocar en las obras de El Escorial; de su sabiduría dan testimonio algunos magníficos templos que rebatan la atención de los viajeros, como la *Catedral de México, San Agustín, Santo Domingo de Oaxaca*, y otros, España no hizo más porque más no pudo, y España dio a esta América una Constitución que desconocen los mismos mexicanos que precian de sabios, y cuyo análisis supo formar el sabio padre Mier en la Historia de la Revolución que imprimió en Londres; Constitución en que campea el buen ánimo de los reyes austriacos, y deseos de hacer felices a los indios: sobre todo, Felipe IV el grande, cuya ley autógrafa se conserva, y yo leo con respeto y lágrimas, prohibiendo el mal tratamiento de los indios. En fin esta América, si puede llamarse esclava bajo la dominación española, puede también decir que lo fue a una par con ella la misma Península. Recorra usted la espantosa lista de contribuciones que abrumaron a los españoles, y cotéjela con las que nos impusieron, y hallará que es infinitamente mayor que la nuestra. Supuestas, pues, estas verdades, note usted los progresos que este suelo de Colonos hizo en las ciencias y artes, y hallará confirmada esta verdad que se escapó de la lisonjera pluma del canónigo Beristáin… México (dice) fue el girasol de España… Cuando en sus principales universidades no había sabios que sirviesen las cátedras de matemáticas, la de México se honraba con don Carlos de Sigüenza y Góngora; cuando en Madrid no se sabía formar un bello poema épico, en México se escribía el *Bernardo*».

El siguiente en mi lista es *Don* Andrés Quintana Roo, el mejor poeta moderno de México, nacido en Yucatán, el cual llegó muy joven a la metrópoli para estudiar leyes. Dicen que posee grandes conocimientos, y que su entusiasmo por la causa de la Independencia rayaba en fanatismo, de tal manera que junto con su esposa *Doña* Leona Vicario, que compartía con él su ardiente amor a la libertad, desafiaron toda clase de peligros en aras de la causa, sufriendo cárceles; se fugaron de la Inquisición y escaparon de

las manos de los ladrones, y padecieron toda clase de incomodidades; de tal manera, que su historia formaría una novela. A la fecha está entregado a las letras, y aunque de vez en cuando lanza algún opúsculo político, es probable que ya esté cansado de revoluciones y posea toda la calma del hombre que ha tenido una juventud exaltada y tormentosa, por lo que al fin de sus días sólo encuentra consuelo en el estudio; el pozo de la ciencia le ha resultado ser un Leteo, en cuyas aguas mata el recuerdo de todas sus tristezas pasadas. Y este es el caso muy frecuente en los tiempos actuales en México; de que los hombres más distinguidos sean los que lleven una vida más retraída; los que han desempeñado su papel en la arena de la vida pública y han visto cuán inútiles fueron sus esfuerzos en favor de su país, y se han refugiado en el seno de sus familias, en donde tratan de olvidar las calamidades públicas entregados a la vida doméstica y a las tareas literarias.

Cuéntase entre ellos a *Don* Lucas Alamán, que ha pasado en la Europa muchos años, y en 1820 fue diputado a las Cortes Españolas. Poco tiempo después de su regreso fue nombrado ministro de relaciones extranjeras, alto puesto que ha desempeñado durante muchas épocas difíciles.[*] Es hombre erudito, y se ha mostrado siempre protector de las artes y las ciencias. En su conversación es más reservado, menos brillante, más minucioso que el Conde de la Cortina, y siempre cauteloso al expresar sus opiniones, pero invariablemente dispuesto y capacitado para dar informes acerca de cualquier tema relacionado con este país, mas siempre que no tenga que ver con la política. El general Morán, ahora lleno de achaques y desde hace mucho tiempo alejado de la vida publica, es universalmente respetado, como militar y como caballero. Está casado con la hija del finado Marqués de Vivanco, general de división, que durante mucho tiempo se opuso a la Independencia, y cuando el sistema colonial tocó a su fin, sus aspiraciones nunca fueron más allá de ver a un príncipe de sangre

real en México. El general Morán, que ha sufrido el destierro varias veces y su salud resentido los padecimientos físicos y morales, termina sus días en tranquilo retiro, rodeado de su familia. Del general Almonte y del *Señor* Cañedo, que figuran al presente en la escena política, os he hablado con frecuencia.

El *Señor* Neri del Barrio y el Conde de Casaflores, casados con dos hermanas, damas de ilustre cuna, Condesa por derecho propio la mayor, son, al igual que sus familias, de las más distinguidas de México. Al *señor* Fagoaga, ahora delicado de salud, sólo le conozco de nombre. Es hermano del Marqués del Apartado, y del célebre *Don* José María Fagoaga, con cuya familia tenemos el placer de conservar una gran intimidad. De él dice Calderón que es persona de muy buen gusto y un caballero a carta cabal, y así es su casa, sin duda, una de las más hermosas de México, enriquecida con una colección de escogidas pinturas, lo que es muy raro en este país. *Don* José Valentín, que ha figurado en el mundo político, cura que fue de Huamantla, es el anciano más bueno y amable que he conocido; tan severo para si mismo, tan indulgente para los otros; ingenuo para las cosas mundanas y un sabio para todo lo demás, y tan sincero, bondadoso y caritativo. Goza de la predilección de viejos y jóvenes, por su alegría, amor a la música y amena conversación, armonizada con la amplitud e ilustración de sus observaciones y, cuando el caso lo requiere, con lo grave de sus palabras. El doctor Valentín, como eclesiástico, y el padre Lyon, como monje, son dos varones ejemplares.

En cuanto a *Don* Francisco Tagle, es un caballero de la vieja escuela, y su nombre figura en todos los acontecimientos políticos que han ocurrido desde la Independencia, de la cual fue uno de los firmantes. Es muy rico, y posee además una finca muy productiva de magueyes cerca de México, enormes propiedades en la frontera de Texas, y es, por otra parte, administrador del Monte Pío, antiguamente la casa de Cortes, un verdadero palacio, en el que viven él y su familia. Es muy ilustrado y bien in-

formado y demasiado distinguido para que no haya tenido que padecer en su persona las consecuencias de las convulsiones políticas. Con su experiencia de un México republicano ¿tomaría ahora el mismo camino? Es demasiado prudente para decirlo. Él y su familia figuran entre nuestros más íntimos amigos, y, con pocas excepciones, todos los que os he mencionado han venido a vemos desde nuestro regreso, y es una de las razones de porqué sus nombres hayan venido a mi memoria, pero faltan en la lista muchas personas distinguidas.

Casi todos ellos, cuando menos los casados, han tenido la suerte de unirse con mujeres iguales o superiores a ellos, si no en educación, sí en bondad, elevación de sentimientos y talento natural. Ellos, lo mismo que todos los mexicanos, sean hombres o mujeres, por debajo de los cuarenta, han vivido bajo el Gobierno español, presenciaron la revolución de Dolores en 1810, su continuación por Morelos y sus variaciones y su paralización en 1819; la revolución de Iturbide en 1821; el grito de Libertad que en 1822 dieron los generales «beneméritos de la patria» Santa Anna y Victoria; el establecimiento del sistema federal en 1824; la horrible revolución de la Acordada en 1828, en la cual México fue saqueado; la adopción del sistema central en 1836, y la última revolución de los federalistas en 1840. Se pronostica otra para el mes próximo, como si se tratara de un eclipse de sol. En diecinueve años se han ensayado tres formas de gobierno y dos Constituciones, y la reforma de una de ellas está pendiente de las Cámaras. «No hay nada como probar» (como decía el viejo *perruquier*, cuando se lanzó en un pequeño bote en alcance del yate real, todavía a la vista de las playas de Escocia, llevando un nuevo modelo de peluca de su invención que confiaba se lo permitirían ofrecer a su muy Graciosa Majestad George IV).

CARTA XXXVIII

Nuevo Ministro.—San Ángel.—Productiva *hacienda pulguera*. —*El* pueblo.—Vista de los alrededores.—Los indios.—*El Padre*. —El clima.—Semana Santa en el campo.—Representaciones dramáticas.—Coyoacán.—Los fariseos.—Imagen del Salvador. —Música y trajes.—Una procesión.—El Catolicismo entre los indios.—Extraña tradición.—Pablo V.—Contraste entre un pueblo mexicano y uno de la Nueva Inglaterra.—Afición por los fuegos artificiales.—Fernando VII.—Baile de la milicia.— *Drapeaux*.

San Ángel, 30 de marzo.

Ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que os escribí, pero se nos ha ido esta semana en trasladarnos al campo y en disponer la venta de nuestros muebles, pues hemos recibido noticias oficiales de España acerca del nombramiento de un nuevo enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante la República de México. Y como a causa de la fiebre amarilla en Veracruz no queremos pasar por esa ciudad más tarde del mes de mayo, es preciso que estemos listos para salir a la llegada del nuevo ministro. El jueves último llegamos a este lugar, que está a tres leguas de México, y en el que *Don* Francisco Tagle ha tenido la amabilidad de prestarnos su casa de campo, que estaba desocupada. Hemos tenido, además, que arreglar un sinfín de cosas;

mucho que llevar y dejar, y ver *todo México*; excusaréis, por lo tanto, este largo silencio. Nuestra casa en la ciudad ha quedado al cuidado del ama da llaves, y el resto de los sirvientes se fueron con nosotros.

Esta casa es muy amplia, y tiene un hermoso jardín y un huerto lleno de fruta con una trama de lindos arriates, y las rosas y los guisantes de olor han formado la que podríamos llamar una pérgola. Es una gran *hacienda* de pulque, y además del que se envía a México para la venta, el patio está constantemente lleno de indios semidesnudos que acuden desde el pueblo para que les llenen sus *jarritos* de tan inspirador brebaje. Después, aquí está *Doña* Bárbara, guardiana del pulque; un administrador español, varias indias muy hermosas y críos *à discrétion*. Hay también una pequeña capilla, un corredor con bellas columnas que rodean el patio interior de la casa, una mesa de billar y muchos y magníficos cuartos. Frente a la casa están los campos de maguey y desde la azotea se domina una hermosa vista de los pueblos circunvecinos, San Ángel, Coyoacán, Mixcoac, etc., con sus bosques y jardines, y la ciudad misma, con sus lagos y volcanes.

Como los negocios de Calderón le obligan a ir a México casi todos los días, no dejamos de sentir un poco la falta de su compañía en esta casa tan grande, por más que sea ella una perfección en cuanto a comodidad y además del profundo silencio que nos rodea, pero no se considera prudente que salgamos solas a pasear, y, en consecuencia, el huerto es el límite de nuestros deseos. ¡Y claro, como nos está prohibido ir más lejos, tenemos muchas ganas de hacerlo! Pero al atardecer, cuando regresan nuestros *caballeros*, bajamos con frecuencia hasta el pueblo, en el que también tiene casa el ministro inglés.

San Ángel es bonito a su manera, con sus campos de maguey, sus casas dispersas, que parecen ser los *beaux restes* de mejores días; la plaza con el mercado; la parroquia, la iglesia del Carmen con el convento y su jardín de altas paredes; las estrechas calle-

juelas; las chozas de los indios; exuberancia de encarnadas rosas, el pequeño puente y la calzada, y los manchones de sus arboledas, las casas para mudar *temperamento* (como les llaman las familias mexicanas y en las que residen durante el verano), con sus ventanas enrejadas, jardines y huertos; y después, en la lejanía, la vista de México, las torres de Catedral, los volcanes y las soberbias montañas, salpicadas de iglesitas y de largas alamedas; más cerca, los lindos pueblos de Coyoacán y Mixcoac, y por dondequiera la vieja iglesia, un arco en ruinas; una cruz del tiempo antiguo con sus guirnaldas de flores marchitas, recordación de una muerte o testimonio de fervor religioso… todo esto es tan propio de México que el paisaje no podría confundirse con el de ninguna parte del mundo conocido.

He aquí el indio, envuelto en su sarape, extrayendo el pulque del maguey; la ranchera, de rebozo y sombrero de anchas alas, que pasa montada en su burro; el viejo *lépero*, en andrajos, sentado en el umbral de una puerta, tomando el sol; una pobre mujer india, de trenzado cabello, se da gusto bebiendo pulque de un jarrito que ha llenado por tres *tlacos*, mientras que el niño cargado a sus espaldas asoma su carita morena; un enjambre de muchachos harapientos, y aun de pequeñuelos que apenas balbucean, siguen a un *Padre* de muy buena presencia, que vaga por los callejones con perezosos pasos. Es el Prior del Carmen; los chiquillos le saludan, barriendo el suelo con sus agujereados sombreros, con unos «*Buenos días, padrecito*», que devuelve el carmelita con una sonrisa indulgente y musitando un *Benedicite*… y todo esto, que en cualquier otra latitud podría parecernos incomprensible, aquí se convierte en luz, gracia y alegría bajo el más puro y el más azul de los cielos y el aire más suave que se ha respirado nunca en este pícaro mundo.

Se aproxima una vez más la Semana Santa, que en México da motivo a tan variadas escenas en las calles y a tanto esplendor en las iglesias, y aun en el campo, donde se representa una comedia,

especie de melodrama, en la que actores de carne y hueso interpretan la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Nos han hablado mucho de estas representaciones y nos alegramos de que se presente la oportunidad de verlas, para lo cual pensamos ir al pueblo de Coyoacán, en el que son particularmente curiosas. Además, ahí tienen casa nuestros amigos los Adalid para la temporada, y si, por otra parte, consideramos que ese lugar fue el predilecto de Cortés, el escenario no puede ser mejor. Mientras, y durante los últimos días, una invasión de Fariseos, Nazarenos, Judíos e imágenes del Salvador recorren los campos en procesión, todo en apercibimiento de la Semana Santa, algo así como el prólogo del drama.

La tarde en que llegamos a San Ángel vimos representar la escena de los Fariseos en busca de Jesús. Los Fariseos se presentaron muy bien vestidos con trajes de tela carmesí y oro, o de verde y plata, con yelmos y plumas. Montaban caballos enseñados a bailar y caracolear al son de la música, de tal manera que, vistos en tropa, parecía que iban a tomar parte en una función del circo Astley. Venían a caballo por las calles acompañados de una música, hasta que llegaron frente a esta casa, en donde hicieron su primera estación por ser de las principales del lugar, y en donde estaban reunidos todos los trabajadores indios y los sirvientes para verlos. Dieron después varias vueltas simulando que buscaban a Cristo, hasta que apareció una imagen del Salvador, de tamaño natural, revestido de un manto de púrpura, y que llevaban en andas cuatro hombres, rodeados de una guardia de soldados. Es singular que, después de todo, nada haya de ridículo en estas representaciones; todo lo contrario, más bien algo terrible se desprende de ellas. En primer lugar, la música es buena, lo que difícilmente podría ocurrir en otro pueblo que no fuese mexicano; los trajes son realmente muy ricos, todo el oro es legítimo, y el conjunto produce el efecto de confundir la imaginación y le hace tomar lo fingido como si fuera la verdad.

La noche siguiente pasó la misma procesión, aunque con algunos añadidos, pero siempre acompañada de una multitud de indios de los pueblos: hombres, mujeres y niños. Frente a la portalada de la *hacienda* habían levantado unas hogueras, a las que prendían fuego cada vez que se oía a lo lejos acercarse la música, y todas las imágenes de la procesión iban alumbradas con faroles. Colocaron al Salvador en la puerta y toda la gente acudió a besarle los pies. La imagen que llevaban esta noche es «Nuestro Señor en la Columna», y representa al Salvador atado a una pilastra, sangrando y coronado de espinas. Todo esto sonará muy profano; mas la gente es tan apacible, parece tan devota y poseída de tanto fervor, que viéndolo lo es mucho menos de lo que podríais creer…

Plantóse aquí la Cruz en tierra propicia, y como en el pagano Oriente, en donde las efigies de los dioses no hicieron, frecuentemente, más que cambiar sus nombres gentiles por los de los santos Cristianos y el culto a las imágenes siguió en apariencia, no obstante que la mente del verdadero creyente invocaba, por medio de una apariencia corporal, al verdadero Dios que vive en la eternidad, así el pobre indio todavía se inclina ante las representaciones a lo vivo de los Santos y de las Vírgenes, como lo hiciera en los días idos ante las monstruosas figuras que simbolizaban las invisibles fuerzas del aire, de la tierra y del agua, aun cuando es de recelar que no eleve sus pensamientos más arriba de la tosca imagen que esculpió una mano torpe. Para que los misterios del Cristianismo puedan herir su mente sencilla, es necesario que ellos aparezcan de bulto ante sus ojos. Arrodíllase ante la imagen sangrienta del Salvador que murió por él; pero cree en muchas Vírgenes dispensadoras de múltiples dones, dueñas, en diferentes grados, de poder milagroso y de riqueza, según la calidad y número de diamantes y perlas que las cubren —y llega a creer que una Virgen puede ser rival de otra—, y cree tanto en la que hace llover en donde hay sequía, como en la que posee me-

jores influjos para detener las aguas cuando se desbordan. México debe mucho de su peculiar belleza al sentimiento religioso y a la superstición de sus habitantes. A cada paso vemos una cruz blanca resplandecer entre los árboles, en una vereda solitaria, o bien, arriba de escueta y áspera roca. El símbolo de la fe se manifiesta aún en los lugares más desiertos; y donde quiera que los pasos del hombre se detuvieron y juntáronse tres o cuatro almas, en ese mismo sitio, mientras las chozas en ruinas proclaman la pobreza de sus moradores, el templo de Dios se levanta ofreciendo el contraste de su esplendor.

Cosa extraña, pero comprobada, y la cual ha dado origen a muchas teorías, es que el símbolo de la cruz era ya conocido de los indios antes de la llegada de Cortés. Había varias en la isla de Cozumel, cerca de Yucatán, y en el mismo Yucatán existía una cruz de piedra y ahí un indio, considerado como profeta entre los suyos, predijo que con el tiempo llegaría una nación de muy lejanas partes ostentando el mismo signo. Cosa todavía más extraordinaria es el templo dedicado a la Santa Cruz por la nación tolteca en la ciudad de Cholula. También, cerca de Tulancingo, se encuentra una cruz grabada en una peña con varias inscripciones, y que por tradición de los indios fueron hechas por Santo Tomás. Y lo mismo en Oaxaca, en donde existió una cruz que de tiempo inmemorial respetaban los indios como cosa divina. Por órdenes del Obispo Cervantes fue colocada en una suntuosa capilla de aquella Catedral, y se remitió un extracto de las informaciones acerca de su descubrimiento a Roma, junto con una cruz pequeña del mismo madero que recibió Pablo V de rodillas, entonando el himno «*Vexilla Regis Prodeunt*…».

Si alguien desea experimentar los efectos de un fuerte contraste, dejad que venga en vía derecha de los Estados Unidos a este país; pero es en los pueblos en donde el contraste es más sorprendente. Si viajamos por Nueva Inglaterra, por ejemplo, llegamos a una pequeña y floreciente aldea. Vemos cuatro igle-

sias acabadas de construir, anunciando cuatro sectas diferentes; o sea, la religión al gusto del consumidor. Todas estas iglesias, hechas de madera, son nuevas y todas pintadas de blanco, o quizás de un rojo brillante. Cerca hay una taberna con su verde valía, tan limpia y tan nueva como las iglesias, y hay también varias tiendas elegantes y muy pulcras casas de habitación; todo nuevo, todo de madera, todo limpio y todo decorado con gráciles columnas griegas. El conjunto ofrece un aspecto alegre, nítido y próspero. Casas, iglesias, tiendas y tabernas son, de arriba a abajo, iguales; adaptadas a las necesidades del momento cualesquiera que ellas sean, aunque nunca llegarán a ser fastuosas ruinas. Todo publica bienestar, igualdad y consistencia; olvido del pasado, sólo existe el presente y el futuro se entrega a su propia suerte. Nadie le presta atención a la posteridad, que nunca puede pagar sus deudas. No hay mendigos. Y el menor agujero en una chaqueta es indicio de que su poseedor acaba de llegar de la isla de la Esmeralda.

Y ahora, transportaos con la imaginación desde esta aldea de Nueva Inglaterra a este pueblo de…, cuyo nombre no hace al caso, no lejos de México. «Mirad aquí este cuadro y este otro». Las chozas de los indios, con sus moradores medio desnudos, con sus pequeños jardines llenos de flores; las chozas mismas hechas de barro, o bien los arruinados *beaux restes* de algún edificio de piedra. A corta distancia una *hacienda*, semejante a un palacio abandonado de sólida construcción, con un *patio* interior rodeado por macizas columnas de cantera, y elevados muros y ventanas con rejas de hierro como para resistir un sitio. Allí, un arco en ruinas y una cruz, construido con tanta solidez que admira como pudieron caer en tierra las piedras de su fábrica. Más allá, entre viejos y nobles árboles, la iglesia antigua y gris, pero tan firme como si hubiera sido edificada para la eternidad, con sus santos y vírgenes, mártires y reliquias, su oro y plata y piedras preciosas, cuyo valor alcanzaría para comprar a la vez todos los

solares disponibles del pueblo de la Nueva Inglaterra; y arrodillado en el pavimento de mármol, un *lépero*, apenas cubierto por un harapo. Saliendo del atrio de la iglesia, fijemos la atención en el muro de piedra que por más de una media legua corre a lo largo del camino. Más arriba del muro, por alto que éste sea, los árboles frutales asoman sus ramas cargadas de fruta. Es el huerto del convento. Y aquel imponente conjunto de edificios góticos que se levantan en su blanca majestad, dominados por arrogantes montañas, cubierta la cúspide de nubes que el sol de la tarde hace ascuas; esos nobles edificios, qué otra cosa pueden ser sino un monasterio, acaso de Carmelitas, a juzgar por la riqueza exuberante de su jardín y por lo bien escogido del sitio, pues entre todos los frailes ¿no son ellos los más ricos en bienes terrenales? Y hasta llegaríamos a distinguir al reverendo padre Prior atravesar la arquería al paso lento de su montura, y a los indios salir de sus chozas para saludarle con humilde reverencia antes de que se pierda entre los callejones del pueblo. Todo aquí nos recuerda el pasado: el de los conquistadores españoles, que parecían construir para la eternidad, dejando en sus obras la huella de su carácter duro, grave y religioso; de los triunfos del Catolicismo; y el pasado de los indios, cuando Cortés, el primero, llegó para arrancarlos de su estado, enfrentándoseles como la encarnación de una profecía casi borrada en el recuerdo. Es el presente el que parece un sueño y un desvanecido reflejo del pasado. Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán. Se abandonó un sistema de gobierno y no existe ninguno en su lugar. Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la Catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado (lo cual no haría daño a nadie), y que todo está rodeado por

una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos de los artistas de la «despierta» y lejana República del Norte.

No bien acababa yo de escribir estas palabras cuando una atronadora lluvia de cohetes dio al traste con los irreverentes pensamientos a que me había entregado, y el caracolear de los caballos de los Judíos y Fariseos, y el crepitar de las fogatas, me anunciaron que era tiempo de dar mi paseo de la tarde, que ya se había puesto el sol y que el aire era fresco. En cuanto a los cohetes y demás detonantes, el pueblo goza con ellos, así sea de día o de noche. Esta es la manera favorita de conmemorar un acontecimiento cualquiera, profano o religioso.

«¿Qué cree usted que estén haciendo ahora los mexicanos?», preguntó Fernando VII a un mexicano, el cual se encontraba en la Corte española poco después del triunfo de la Independencia.

«Echando cohetes, Su Majestad», contestó el mexicano.

«Pero, quisiera yo saber ¿qué estarán haciendo los mexicanos ahora?», dijo el Rey en la tarde.

«*Tirando cohetes*, Su Majestad». Su Majestad se dignó repetir la pregunta por la noche.

«¿Qué es lo que harán en este momento sus paisanos?»; «Lo mismo, Su Majestad, siguen tirando cohetes».

Fuimos ayer a México para ver cómo están las cosas por casa, y recibimos muchas visitas en nuestros abandonados cuartos. Antes de que nos fuéramos a San Ángel, tres vistosos ayudantes del general Victoria vinieron a invitarnos de su parte a un baile en el teatro, que el general y otros oficiales le dan al Presidente en ocasión de habérsele conferido el titulo de «*benemérito de la patria*». No asistimos, pues salíamos para el campo; pero rogado Calderón, como lo fueron los otros ministros, para que mandaran las banderas de sus respectivos países, así lo hicieron, y ahora resulta que no se habla de otra cosa en México, además de los co-

mentarios aparecidos en los periódicos. Parece ser que los *drapeaux*, por accidente o a propósito, no se colocaron bien; faltas de etiqueta que aquí ocurren con frecuencia. El Ministro inglés al advertir que su *drapeaux* se encontraba colocado en un rango inferior, y al notar que sus advertencias hechas a tiempo y aun sus representaciones, no surtían efecto, se llevó la bandera y abandonó el salón de baile, seguido por todos los ingleses que allí se encontraban.

CARTA XXXIX

Jueves Santo en Coyoacán.—Hernán Cortés.—Sus postreras voluntades.—*Padres Camilos*.—Vieja iglesia.—Procesión.—Representación del prendimiento.—Sermón del cura debajo de los árboles.—Drama religioso.—Viernes Santo.—Púlpito portátil.—Calor.—Puestos.—Procesión religiosa.—Simón Cirineo.—Trajes.—Sermón en el curato.—Segundo discurso.—Sentencia de Poncio Pilatos.—El descendimiento.—Procesión de los ángeles.—Himno funeral.—*Pésame* a la Virgen.—Sermón.—«Sweet Kitty Clover».—La música en México.—Anécdota.

El Jueves Santo, temprano en la mañana, fuimos a Coyoacán, que es casi una continuación del pueblo de San Ángel; peto con más árboles y jardines en todas las casas o, cuando menos, con un oculto patio lleno de naranjos. Fue aquí, después de la destrucción total de la antigua Tenochtitlan, donde Cortés estableció su residencia por varios meses. Y aquí fundó un convento de monjas y mandó en su testamento que se le enterrara en dicho convento, «cualquiera que fuese la parte del mundo donde concluyera sus días». La última voluntad del Conquistador a este respecto no fue cumplida. Al triunfo de la Conquista, Coyoacán, junto con Tacubaya, se encontraba en las orillas del Lago de Texcoco, y la mayoría de las casas se construían sobre el agua, sostenidas por pilotes, de tal manera que las canoas entraban a ella por una puerta baja. Este era, sin duda, el retiro favorito de

Cortés, y es ahora uno de los pueblos más bonitos cercanos a México. Su iglesia es particularmente hermosa; una de las mejores iglesias pueblerinas que hemos visto.

Uno de los sitios más bellos del pueblo pertenece a una orden monástica: los *Padres Camilos*. Consiste en una casa y un jardín, en donde van los monjes, por turno, a disfrutar el aire del campo. ¡Comodones Padres! Hay un cuarto que da al jardín y se abre sobre un sendero bordeado de rosales, lugar ideal para una siesta; fresco, retirado y fragante. Una hamaca, provista de un colchón, cuelga atravesada al cuarto, y desde la cual el buen *padre* puede descansar con un ojo a las rosas y el otro cerrado en profunda meditación. Sin embargo, el mérito estriba en cómo conservan una casa, grande y vacía, tan limpia y nítida. El llamado jardín, apenas algo más que un campo de pastura, se ve cruzado por lindos y enarenados arriates con finos rosales en sus orillas, y una fuente cristalina le llena de belleza.

Fuimos a la casa de los Adalid, que está a medio camino entre San Ángel y Coyoacán, en una *carretela* descubierta tirada por *frisones* blancos que guiaba la misma *Señora* de Adalid. Estos frisones (caballos norteños) parecen gigantescos al lado de los pequeños y briosos corceles mexicanos. Entramos primero a ver la iglesia, resplandeciente de luz, y adornada con abundancia de flores y frutas (especialmente naranjas), y llena de *léperos* harapientos y de indios cubiertos con sus frazadas. Salimos después, con el fin de conseguir, de ser posible, un lugar entre el gentío que se había echado a la calle para ver el *prendimiento*, y oír al cura predicar un sermón de circunstancia en un púlpito portátil colocado entre los árboles.

Nos abrimos camino a través de la paciente, bronceada y ensarapada multitud, no sin abrigar muchos temores por las consecuencias de andar entre «malas compañías». Llegamos por fin al sitio en donde ya estaba formada la procesión; era una pradera bajo los árboles, en un umbroso y retirado boscaje. Había dos

largas filas, la una enfrente de otra, y todos los asistentes llevaban faroles hechos de vidrios de colores con verdadero ingenio, coronados con penachos de plumas de diferente colorido. Todo el mundo iba vestido de Fariseo, de Judío o de Romano. En andas, y al son de la música, la imagen del Salvador, seguida por los once discípulos, fue llevada poco después a una especie de glorieta en medio de los árboles, que se suponían era el Huerto de Getsmaní. Trajeron un púlpito portátil cubierto por un resplandeciente dosel, y lo colocaron debajo de un árbol a la orilla de la glorieta, y al poco rato llegó el cura y se subió al púlpito. Un enjambre de muchachos harapientos se habían trepado a las ramas más altas de los árboles para ver mejor; y de allí les quisieron bajar los Judíos, pinchándoles con las lanzas, no obstante sus vivas y justas protestas de que no estaban haciendo nada malo. Pero cuando los judíos se preguntaron: «*¿Qué hacemos?*», y se contestaron a sí mismos: «Se enoja el Señor Cura», los fueron bajando de los árboles uno después de otro, como si fueran manzanas maduras. Quedáronse después los muchachos esperando la primera y mejor oportunidad para volverse a subir.

Empezó el cura el sermón con un relato de los sufrimientos y las prisiones de Cristo; de las causas y efectos de su muerte; de los pecados de los Judíos, etc. Habló cerca de media hora, y fue su sermón tan llano como lo requería el auditorio. Describió la agonía de Cristo en el Huerto, en donde solía juntarse muchas veces con sus discípulos, y de la traición de Judas que conocía el lugar, y el cual «*tomando una cohorte de soldados y varios ministros que le dieron los pontífices y fariseos, fue allá con linternas, antorchas y armas*». Según iba describiendo los pasos con todas sus circunstancias, se dejó ver el que representaba el papel de espía, tapada la cara con una horrible máscara remedando una cabeza de marrano, espiando a través de los árboles el sitio en donde se ocultaba el Salvador. Al poco rato, Judas, cubierto el rostro con un crespón negro y seguido por una partida de soldados, deslizóse

furtivamente. «Ahora», dijo el cura, «mirad lo que hace el traidor. Dales una señal, diciendo "*al que besare, él es, prendedlo*". Ved cómo se acerca a la sagrada persona de Jesús». Y en eso Judas se adelantó y besó al Salvador. «¡Ya está hecho!», exclamó el predicador, «el espantoso acto de la traición acaba de consumarse». «*Y luego allegándose a Jesús dijo: Ave, Maestro, y besólo. Y Jesús, que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro, y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle: A Jesús Nazareno. Díceles Jesús*: Yo soy». Diciendo estas palabras el sacerdote, todos se hincaron de rodillas en tierra. «¡Advertid, gritó el cura, el poder del Verbo! Vinieron a prenderlo con espadas y palos, pero al oír la Palabra Divina, conocieron el poder de Dios y cayeron a sus pies. Mas sólo por un momento. Considerad cómo le atan y le abofetean con las palmas de las manos, y le conducen ante el Sumo Pontífice».

Todo esto fue representado según su orden, aunque algunas veces el cura se veía obligado a repetir los pasos, antes de que se acordaran de lo que debían hacer. «Mirad ahora, en anticipación a la inicua sentencia, lo que está escrito». Lo decía aludiendo a un papel pegado a un madero y que un hombre mantenía sobre las cabezas de la multitud, y en cuyo papel estaba escrito: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos, condenado a muerte por Poncio Pilatos, Procónsul de la Alta Galilea».

Y el Salvador, escoltado por Judas y los sayones, fue llevado a través del gentío. Y aquí dio fin el *prendimiento*. Remató su sermón el cura exhortando a huir del pecado que había sido la causa de este acto tan espantoso. Siento decir que en este preciso instante, un individuo deslizó su mano en la bolsa de Adalid, quien volviéndose rápidamente, preguntó qué quería: «*Nada señorito*», le dijo él con inocente sonrisa dejando ver dos hileras de dientes que parecían una reja de marfil, al mismo tiempo que desaparecía más que de prisa entre la muchedumbre, mientras la banda atacaba un *galope*. Regresamos por la noche a San Ángel, en donde vi-

sitamos las iglesias iluminadas. Por ser tarde cuando entramos a la *parroquia*, las luces estaban casi apagadas y eran pocas las gentes que aún permanecían arrodilladas ante la imagen de nuestro Salvador cargado de cadenas.

El Viernes Santo salimos muy temprano para Coyoacán, un tanto temerosos del sol que se hace insoportable al mediodía, y que empieza a molestar desde las diez de la mañana. En la iglesia, el atrio y sus contornos estaban llenos de gente. Habían llegado algunos carruajes, de los que bajaban engalanadas familias procedentes de las haciendas vecinas; entre otras, la de la *Marquesa* de Vivanco. Se esperaba que el padre Iturralde, que goza de cierta reputación por su elocuencia, predicara tres sermones en Coyoacán ese mismo día, además del que iba a predicar en la villa de Mixcoac. Llegamos cuando acababa de concluir uno de los sermones. Ya entonces el sol asestaba sus rayos de plomo derretido. Nuestro coche era descubierto, y bajo cada árbol se apiñaba una multitud, y la calle que viene de la iglesia se veía llena de mujeres vendedoras de fruta, y de puestos de nieve y de *chía*. No había esperanzas, por lo tanto, de encontrar una sombra. Por fin nos hicieron un lugar cerca del púlpito, debajo de un árbol, en donde dispusieron unas sillas para nosotros.

Abrió la marcha, llevada en andas, una imagen del Salvador que se doblaba bajo el peso de la Cruz, acompañado de Simón Cirineo, que le ayudaba a sostenerla. Representaba el papel de Cirineo un anciano de cabello blanco como la nieve. Inclinado su cuerpo, sin hacer el menor movimiento, le transportaron de un lado a otro durante varias horas bajo un sol de justicia, cuyos rayos caían verticalmente sobre su cabeza descubierta. Creímos por largo rato que era una figura de madera a la que hubieran vestido, pero cuando estuvo cerca de nosotros nos causó gran sorpresa y compasión a la vez. Será un milagro si sobrevive a los trabajos de este día. Casi estoy dispuesta a creer ahora lo que me aseguraba…; de que en algunos pueblos el que hace el papel de

Judas suele colgarse de un árbol, o bien el mismo pueblo le ahorca.

Vestía el Salvador manto de terciopelo carmesí, con la corona de espinas. Le seguía la imagen de la Virgen de riguroso luto, llevada en andas por las indias. Figuraban en la procesión los mismos hombres a caballo que habíamos visto andar a pie el día anterior; el Espía, los Fariseos, los Judíos, el Traidor y la turba. Algunos lucían cascos con plumas y armaduras. Otros, guirnaldas de hojas verdes y doradas. Uno de ellos, un hombre muy bien parecido, de largos bucles y corona de oro, envuelto en un magnífico manto de color rojo y oro, pretendía pasar por un Romano. Al llevar la corona creía, sin duda, personificar al César. El sermón, mejor dicho el discurso del *padre*, fue muy bueno y, aparentemente, improvisado. Imploró a la Virgen, que habían transportado a un lado del púlpito, y después se dirigió al Salvador, mientras el auditorio escuchaba suspenso, respirando apenas, no obstante el llanto de los niños y el ladrar de los perros. Se suponía que en ese momento llevaban a Cristo ante el tribunal de Pilatos y que en la siguiente escena se iba a pronunciar la sentencia.

Al terminar el padre su prédica, reanudóse la procesión y empezaron las indias a vender sus nueces y naranjas, mientras a lo lejos una banda tocaba un aire que oí por última vez cuando bailaban los caballos de Ducrow. Y nosotras, bajo un sol fiero, que encontró su camino a través de nuestras mantillas, andábamos en busca de un buen sitio para escuchar el próximo sermón y ver la inminente escena del drama sagrado. El *padre*, que se paseaba protegido por la sombra de un quitasol de seda morada, insistió en cedérmelo. La *Señora* Adalid parecía indiferente al calor. Por último, para evitar la multitud, subimos a la azotea de una casa, a cuyo lado estaba colocado el púlpito, pero en la que no se podía resistir la fuerza del sol.

El sermón del *padre* fue en verdad elocuente en algunos de sus pasajes, pero duró cerca de una hora, y durante todo este tiempo

admiramos la fortaleza del infeliz Cirineo, que estaba haciendo una penitencia de manera tan insólita. El sol lanzaba sus dardos sobre su nuca desnuda, y él seguía con la cabeza inclinada, conservando siempre la misma postura; inmóvil y sin dar señales de flaqueza. Antes de que terminara el sermón ya no podíamos soportar el calor y nos refugiamos bajo techo. Sentía como si tuviera la mollera derretida y convertida en jalea. Salimos otra vez cuando oímos que la procesión volvía a moverse en dirección al púlpito, en donde pronto se empezó a formar en dos filas. Momentos después, un hombre con un casco de plumas en la cabeza, montado en brioso caballo, galopó con furia en medio de la procesión llevando en la punta de su lanza un papel en donde estaba escrita la sentencia pronunciada por Poncio Pilatos.

Deteniéndose ante el púlpito le tendió al sacerdote el papel. Este, con demostraciones de horror, lo abrió, trató de leerlo y lo arrojó al suelo lleno de indignación. Regresóse el mensajero galopando aún con más furia de la que había venido, y llegando al final de su carrera le lanzó el caballo de la silla, causando con ello las risas de los espectadores. Siguió después el sermón de despedida al Salvador, que habían traído hacia donde estaba el púlpito. Venía detrás la enlutada figura de la Virgen. Pertinentes consideraciones relativas al acontecimiento dieron fin a este acto.

Regresamos en la tarde para ver el descendimiento de la Cruz, que debía llevarse a efecto dentro de la misma iglesia. El templo estaba lleno de gente, y un velo negro colgaba frente al altar. Resumía ahora el *padre* todo lo que había acontecido y siguió con la descripción de la separación de Jesús con María, Madre de Jesús. Volvióse el predicador hacia la Virgen, que con sus negras vestiduras se encontraba cerca del altar, interrumpiendo de vez en cuando su sermón para rogarle intercediera con su Divino Hijo. Pude observar que a todas las mujeres les corrían las lágrimas mientras el predicador describía el dolor de la Virgen, el tormento de la crucifixión y todas las indignidades sufridas por el Salva-

dor. De repente, dando una gran voz, exclamó: «Descorred el velo para que podamos contemplarlo». Y se descorrió el velo y apareció el Salvador Crucificado. Prorrumpieron en sollozos las mujeres, estrujándose las manos, golpeándose el pecho y dejando oír sus lamentos, en tanto que los soldados que estaban al pie de la Cruz batían sus espadas y uno de ellos hacía como que le abría a Jesús el costado con una lanza. Y mientras, la Virgen incliné la cabeza abatida por el dolor. Yo estaba lo bastante cerca por desgracia para ver todo el artificio disminuyéndose así grandemente el efecto, como siempre sucede cuando se está entre bambalinas.

Procedieron después los soldados a colocar una escalera cerca de la Cruz y bajaron el cuerpo para llevárselo. Al pasar frente al púlpito, el sacerdote le tomó las manos y mostró las huellas de los clavos, lanzando exclamaciones de dolor. Estaban los soldados al pie del púlpito impacientes y haciendo ruido con los aceros, y las mujeres sollozaban arrebatadas. Pasó la procesión y nosotros regresamos a la casa de los Adalid.

En la tarde tuvo lugar la «Procesión de los Ángeles». Al son de la música llevaban en andas imágenes vestidas de seda y oro con alas de plata. Vimos pasar el cuerpo yacente del Salvador dentro de una especie de ataúd de cristal, y los hombres que le cargaban iban entonando un canto fúnebre. Detrás venía la Virgen. Fue esta procesión, en verdad, magnífica; mas había en ella un no sé qué de raro y de un efecto poco natural entre estos verdes y frescos árboles; en el perfume del incienso mezclándose con la fragancia de las flores; en lo llamativo de las sedas y el oro, y en los penachos de plumas, que un suave sol poniente encendía en destellos dorados. Me subí sobre la basa de una vieja cruz de piedra que estaba junto a la iglesia, y desde allí gocé de una hermosa vista. De cerca todo parecía de oropel; mas según la procesión culebreaba bajo los arcos en ruinas y a través de los verdes callejones, y cuando la música, ya oyéndose como un tumor lejano, y el batir de los tambores y el repique de las campanas, y los tristes

cánticos se fundían en una sola, desmayada y distante armonía, el efecto era bellísimo. Pensé en las sencillas ceremonias de la Iglesia Escocesa, en la gente del campo saliendo del sermón, puestos con sus mejores vestidos de domingo, y sus caras serias e inteligentes, comentando la prédica del ministro, y me maravillé de los contrastes que puede ofrecer una misma religión.

Como la tarde estaba fresca y agradable, caminamos campo traviesa hasta la iglesia de la Concepción, por donde debía pasar la procesión, y nos sentamos en el césped hasta que oímos que se acercaba. Al pasar el cuerpo de Jesús todos cayeron de rodillas. En la noche se celebró en la iglesia la ceremonia del *pésame*. Puesta la Virgen en su camarín, con la cabeza inclinada, a ella le dedicaron todos los cánticos y todas las preces, y también el sermón que predicó otro *cura*. Debo confesar mi pecado, mas estaba tan soñolienta que apenas pude enterarme de lo que decía el predicador. Me pareció que los músicos estaban tocando «Sweet Kitty Clover», con variaciones. Si «Sweet Kitty Clover» es irlandés genuino, y quién puede dudar de ello, ¿dónde pudieron estos indios aprenderlo? ¿Acaso San Patricio dio la vuelta al mundo desde la isla Esmeralda, pasando por Tipperary? Si así lo hubiera hecho, ¿no habría exterminado los *alacranes*, los *chicaclinos*, los *coralillos* y los *vinagrillos*? Es éste un asunto que requiere reflexión.

En la *Ora pro nobis* nos sorprendió la calidad de estas voces rústicas. Pero la música en este país constituye un sexto sentido. Sucedió pocos días antes de salir de México; me encontraba sola, junto a la ventana abierta y gozando del breve crepúsculo, cuando oí la cadencia de una música lejana y unas voces que cantaban partes distintas y que se iban acercando poco a poco. Embelesaba escucharlas, tan al unísono con la hora y con la escena. Pensé al principio en una procesión religiosa, pero no eran cánticos, era algo más alegre. Cuando las voces se oyeron debajo de la ventana y se elevaron en pleno ritmo, me asomé para ver quiénes eran los que cantaban. ¡Eran los *forçats*, que después de su trabajo regresa-

ban a la Acordada! Custodiados por una escolta, les seguían unas miserables mujeres, mientras ellos hacían golpear sus cadenas al compás de la melodía.

Salimos de la iglesia muy cansados y soñolientos. Todavía estaban vendiendo nieve, limonada y *chía* debajo de las enramadas de flores y siemprevivas. Debajo de una de ellas, la más limpia de todas, nos sentamos a descansar un rato y nos regresamos después a Coyoacán. No hubo borrachos, riñas ni desorden. De vez en cuando un cántico rompía en el aire el silencio, y el distante resplandor de cientos de luces nos hacía saber que la procesión funeral del Salvador aún no terminaba. Quietud por todas partes, y ni siquiera el más leve murmullo de regocijo; todo se realizaba con la gravedad debida al acontecimiento que se estaba celebrando, y el hecho de que esa misma noche robaran algunos de los caballos del teniente cura, sólo prueba que andaban fuera unos hombres malos, y aprovechando la oportunidad de que se encontraba ausente de su casa, le saquearon el establo. Nos han contado una anécdota concerniente a Simón Cirineo, que no deja de tener gracia. En uno de estos pueblos aprehendieron a uno por vago, y como el juez le preguntara por qué razón andaba siempre de holgazán y sin empleo, contestó el hombre con la mayor indignación: «¡Cómo que no tengo empleo! ¡Soy el sustituto del Cirineo de Coyoacán en la Semana Santa!».

CARTA XL

Ascensión aerostática.—San Bartolo.—Mujer india.—Una belleza.—Castas diferentes.—Su carácter, etc.—Las de asistencia noble.—Baile del Ministro francés.—Abecilla.—Riesgos de andar sin escolta.—Partida de caza.—Un asesinato.—Robo en una hacienda.—Capitán de ladrones chasqueado.—Los *Zambos*.—Cartas y visitas.—La vida del campo en México.

23 de abril.

Fuimos ayer a México a la Plaza de Toros para ver la ascensión en globo de un aeronauta y su hija; ambos franceses, según creo. El espectáculo fue realmente bello. La Plaza estaba llena de gentes bien vestidas, y así iban las señoras que llenaban todos los palcos. Asistió el Presidente con su Estado Mayor, y había dos bandas de música. El día cegaba de luz, y se veían en las calles hermosos carruajes, la mayoría de ellos descubiertos. El globo se mecía en medio de la Plaza como si fuera una cosa viviente. Todo parecía estar listo para la ascensión, cuando se anunció que el globo tenía un agujero y que, por lo tanto, no podría elevarse en este día. La gente tomó con muy buen humor su desilusión, aunque no dejó de correr la voz de que el *viajero* del aire se había propuesto embolsarse sencillamente el dinero del público sin tener la menor intención de emprender el viaje. Ocurrió después una circunstancia por demás chusca: un poeta de a centavo la lí-

nea, había escrito, anticipándose a los hechos, unos versos, en los cuales describía en estilo grandilocuente la ascensión del globo, y cuando salimos, un enjambre de vendedores alrededor de la Plaza vendía sus versos que toda la gente compraba y leía con estruendosas carcajadas.

Como el 1.° de mayo es día de San Felipe, habrá un baile en casa del Ministro de Francia, al cual probablemente asistiremos.

25. Acabamos de regresar de un paseo a caballo a San Bartolo, un pueblo indio que está a cuatro leguas de aquí, y al cual fuimos acompañados de un gran número de personas; algunas a caballo y otras montadas en burros o a lomo de mula, y un *Jehú* aventurero en un carruaje de cuatro ruedas tirado por un tronco de caballos en un camino de rodada, piedras, hoyos y rocas, y por donde, estoy segura, no había transitado antes ningún carruaje. Aun los caballos y los burros caminaban con dificultad. Fue inútil llevar grandes sombreros de paja y velos verdes para protegernos del sol; pues nos quedamos del color de los indios pieles rojas. En la mitad del día el sol nos pareció intolerable, y debido al pésimo camino no llegamos a nuestro destino sino hasta las doce o la una de la tarde. San Bartolo es un pequeño y desparramado pueblo de indios, con una iglesia: notable por una bella fuente de agua brotante, cuyo chorro sale frío y cristalino de una dura peña, como si Moisés acabara de herirla con su vara; por sus soberbios y altísimos pinos; por la hermosura y limpieza de las indias que se pasan la vida lavándose su largo cabello en los numerosos arroyuelos que nacen de los manantiales, y por la vista que desde aquí se goza de la ciudad de México, cuya vista se completa con la espesa y negra cortina de pinos que se levanta en primer término y por el espectáculo que ofrece la Laguna. Habían salido los indios con la comida, desde el amanecer, pero por haberse extraviado, llegaron hasta mucho después que nosotros. Comi-

mos debajo de los pinos, al borde de un riachuelo; pero rodeados de indios boquiabiertos, y cuya cercanía estaba muy lejos de ser agradable. Algunas de las jóvenes mujeres eran extraordinariamente hermosas, con los más bellos dientes que uno puede imaginar, riéndose y parloteando muy aprisa en su lengua nativa, mientras lavaban sus cabellos en los arroyos, y la ropa, otras. Los hombres se veían tan sucios como suelen serlo generalmente los indios, y de ninguna manera al mismo nivel de estas lindas doncellas, las cuales son tan superiores a la raza común de los indios cercanos a la ciudad, que podría creerse que llevan en sus venas alguna mezcla de sangre española. Una hermana de la mujer que cuida la *hacienda* en donde ahora vivimos, es una de las criaturas más hermosas que he conocido. Ojos grandes, largas y negras pestañas, cabello negro que casi le llega al suelo, dientes como la nieve, color moreno pero resplandeciente, gallarda figura, con hermosos brazos y manos, y unos pies breves y bien formados. Todo lo mejor del indio y del español, «del bronce y del fulgor», parecen haberse fundido en ella. Calderón dice que ha visto mujeres del campo en Andalucía del mismo tipo de belleza, igual de hermosas. Tiene sólo diecinueve años. Bellezas como ésta le sorprenden a uno, a las veces, en algún pueblo remoto. Pertenece, sin duda, a la clase *mestiza*, descendiente de blancos e indios, la raza más hermosa de México.

Me preguntáis si existen entre las astas de México algunas diferencias. Hay siete que se supone que sí las tienen: 1.° los *Gachupines*, o españoles, nacidos en España; 2.° los Criollos, esto es, los blancos de familia europea, nacidos en América; 3.°, los *Mestizos*; 4.°, los Mulatos, descendientes de blancos y negros, de los cuales hay pocos; 5.° los *Zambos*, de negros e indios, la raza más fea de México; 6.° los *Indios*, y 7.°, lo que ha quedado de los *Negros Africanos*.

En cuanto a los indios puros, calculaba Humboldt en su tiempo que había dos millones y medio en la Nueva España (sin con-

tar a los *mestizos*), los cuales probablemente no difieren mucho de los indios de clase inferior que encontró Cortés. Las familias principales perecieron al tiempo de la conquista. Los sacerdotes, únicos depositarios del saber, fueron muertos; los manuscritos y las pinturas jeroglíficas, quemados, y los indios cayeron en un estado de ignorancia y degradación del que no han salido nunca. Las indias ricas prefirieron casarse con sus conquistadores españoles en vez de unirse con los restos degradados de sus paisanos, pobres artesanos, trabajadores, del campo, cargadores, etc., los cuales, nos dice Cortés, llenaban las calles de las grandes ciudades, y considerados poco menos que bestias de carga. Casi desnudos en *tierra caliente*, vestidos con gracia, tanto como ahora, en las tierras templadas del país; y en todas partes con las mismas maneras, hábitos y costumbres, sin diferir gran cosa de los que ahora guardan, especialmente en los más distantes poblados donde tienen poco trato con las otras clases. Aun su religión, el cristianismo, como ya he observado, parece formada por las ruinas de su mitología; y todas estas festividades de la Iglesia, estos fuegos artificiales e imágenes y vistosos trajes, armonizan a fondo con su amor infantil a las fiestas y son, de hecho, la fuente principal de su mayor deleite. Para comprarlo guardan todo su dinero, y cuando dais un centavo a un indito corre a comprarse unos cohetes, como otro niño iría a comprar dulces. Han intentado los curas persuadirlos de que se abstengan de celebrar ciertos días, y gasten menos en las ceremonias de otros; mas desistieron en sus esfuerzos ante la indignación y el descontento provocados por sus disposiciones.

Bajo una apariencia de estúpida apatía esconden una arraigada astucia. Su aspecto es reservado y afable, más bien triste cuando no están bajo el efecto del pulque; pero al regresar a sus pueblos después de echarse un trago, la blancura de sus dientes es como una luz que ilumina sus rostros de bronce, y las muchachas, ellas especialmente, rasgan el aire con la música de sus risas. Creo que

es Humboldt quien dice que la sonrisa de los indios es amable en demasía, y la expresión de sus ojos muy severa. No tienen barba, y a no ser por el pequeño bigote que usan, habría bien poca diferencia entre las caras de los hombres y de las mujeres.

Los indios de la capital y sus alrededores son: o descendientes de antiguos cultivadores o restos de algunas familias nobles, que, desdeñando el enlazarse con los conquistadores españoles, prefirieron labrar con sus manos los campos que en otro tiempo hacían ellos cultivar por sus vasallos. Se dice que el ojo no acostumbrado confunde a los indios de raza noble con el tributario, pero este último manifiesta hacia el primero un gran respeto. En Cholula, en particular, hay todavía caciques con largos nombres indios; lo mismo en Tlaxcala, y aunque allí andan descalzos y en andrajos, se dice que poseen grandes fortunas ocultas. Pero no es la capital ni cerca de ella donde se puede ver a los indios en la pureza de su estado original. Esto sólo se puede lograr viajando a través de las provincias; y si lo avanzado de la estación nos obliga a permanecer aquí algún tiempo después de la llegada del nuevo Ministro, emprenderemos probablemente una largo viaje en alguna otra dirección diferente de la de *tierra caliente*, en donde podamos ver algunas de las tribus de indios mexicanos. Ciertamente su condición no ha mejorado de manera visible desde la Independencia. Continúan siendo tan pobres, tan ignorantes y tan degradados como lo eran en 1808, y si recogen un poco de grano de su propia cosecha, les imponen impuestos tan gravosos que este privilegio se hace nugatorio.

2 de mayo. Hemos regresado esta mañana de México, después de asistir al baile que dio el Ministro francés para celebrar el santo de Luis Felipe. Estuvo muy agradable y nos quedamos hasta muy tarde. Fue tan cordial el recibimiento que nos hicieron todos nuestros amigos que no habíamos visto en un mes, que esta-

mos tentados en creer, tal y como ellos lo declaran, que realmente nos echan mucho de menos en México. Entre las señoras mexicanas mejor vestidas anoche, estaba la *Señora* L…, y las de Escandón; ésta, de gasa blanca con diamantes, y la otra, de blonda negra sobre rosa y también con diamantes. La señora de Adalid, que fue con nosotros, se veía muy bonita con su vestido de blonda y con un pequeño turbante de terciopelo negro recamado de grandes diamantes y perlas. Concurrieron al baile muchas mujeres bonitas. El *corps diplomatique* asistió de uniforme.

7. Abecilla, actor favorito de los españoles, murió hace pocos días, y Calderón tomó varios palcos para la función que en la noche dieron a beneficio de la viuda, y así fuimos al teatro el último sábado. Estamos ahora buscando otra casa en México, pues cuando empiece la temporada de lluvias ésta que ocupamos ahora le quedará muy lejos a Calderón, que se ve obligado a ir a la ciudad constantemente.

Ayer por la mañana nos aventuramos a pasearnos solas por las callejuelas que conducen a San Ángel y a Coyoacán; este acto de imprudencia nos valió una severa reprensión, pues parece que este mismo día robaron y maltrataron a dos mujeres en un camino cerca de aquí; por lo tanto, estamos dispuestas a aceptar que se nos renueve la sentencia que nos obliga a tener por cárcel la casa y el huerto cuando estén ausentes los caballeros; mas hay que confesar que buena parte del gusto que ofrece la vida en el campo se pierde cuando se está impedido de pasearse sin temor.

La quietud y el silencio de este lugar son increíbles. Ni un murmullo en el espacio; nada que perturbe la vista, si no es algún indio en harapos. El jardín está en toda su belleza. Los albaricoques se ven maduros y abundantes. Las rosas han abierto esplendorosas, y en la puerta del huerto hay un granado que es una

masa de botones al rojo vivo. En la mitad del día se siente más calor este verano que en el pasado.

Pasamos recientemente un día de cacería muy agradable en una gran hacienda situada a unas pocas leguas de ésta y que pertenece a un millonario español. Llegamos a desayunar y salimos después a caballo, montando de lado en sillas de *hombre*, para ver a los cazadores, lo cual habría sido muy agradable si no fuera por el calor. Los tiradores no fueron muy afortunados; vieron volar sobre sus cabezas una bandada de rosados flamencos que escaparon ilesos; mataron varios pájaros hermosísimos llamados *trigueros*, de bello plumaje amarillo, y también unos cuantos patos. Los *trigueros* se consideran un bocado muy delicado. Acompañados del administrador dimos la vuelta a caballo por toda la hacienda, que es muy productiva y da mucho caudal. Nos dijo que vendían en México, cada año, quince mil pesos de maíz y diez mil de leche, y que envían los productos por canoa, por el canal que pasa cerca de aquí. Desmontamos en un prado cubierto de margaritas y de ranúnculos, que prefiero, por lo que me recuerdan, a las tuberosas y a la flor del granado que engalanan ahora los jardines. El *señor* nos dio un almuerzo *à l'Espagnole*. Después de comer intenté tirarle a los pájaros, los cuales, sacudiéndose la cola, siguieron volando de la manera más desdeñosa.

El nuevo Secretario de la Legación, señor Tavira, y el nuevo *attaché*, señor G…, acaban de llegar a México.

10. El Barón y *Madame* de Ciprey, con su Secretario el Conde de Breteuil, vinieron inesperadamente ayer en la mañana a desayunar, y pasaron todo el día con nosotros.

13. Habíamos salido a dar un paseo ayer en la tarde con Calderón, cuando acertó a pasar cerca de nosotros un hombre que caminaba con prisa y parecía muy agitado; al seguir adelante, nos encontramos con un grupo de trabajadores que nos dijeron que acababan de matar en un terreno cercano a un indio, y que éste había muerto antes de que pudieran ir en busca de un *padre*. Oímos los gritos que daban su mujer y sus hijos, y Alex, cruzando la zanja que bordeaba un sembrado, fue a ver al hombre muerto. Era un capataz, o jefe de cuadrilla, que había reprendido a uno de los trabajadores por su pereza. Se hicieron de palabras, y el peón (probablemente el hombre que pasó junto a nosotros) sacó su faca y le acuchilló. Estaba bien muerto, y tenía una mano casi cercenada, por haber tratado quizás de defenderse. Alex le preguntó al *administrador*, que se encontraba a su lado, qué iban a hacer con el asesino: «Probablemente nada», le contestó encogiéndose de hombros, «no tenemos jueces para castigar al crimen». Como podréis suponer, este encuentro nos quitó todas las ganas de seguir dando paseos.

Hay en el pueblo una bonita casa de campo en donde nos amparamos el otro día huyendo de un chubasco. Sus propietarios son muy afables y respetuosos, y se diría que sus buenas maneras son muy superiores a su medio. Las hijas son bonitas, y la casa limpia y ordenada. Una de las muchachas me contó cuando los ladrones les hicieron una visita nocturna en el invierno pasado. Me mostró el pequeño cuarto en donde estaba sola y dormida, cuando su madre y su hermana, que descansaban en el cuarto contiguo, despertaron al oír que rompían la puerta y saltaron por la ventana para huir, abandonando a la muchacha sola en la casa. Saltó ésta de la cama y atrancó la puerta (el cuarto no tenía otra salida), y empezó a parlamentar con los visitantes nocturnos prometiéndoles que les abriría todos los cajones y todos los armarios, siempre que esperaran a que se vistiese y que le prometieran no hacerle daño alguno. Estuvieron de acuerdo y cum-

plieron su palabra. Limpiaron la casa de cuanto terna, dejando tan sólo la manta en que se había envuelto la muchacha. Toda la ropa, todos los enseres domésticos, el dinero, todo se lo llevaron con una minuciosidad pasmosa, y haciéndole jurar que no había de moverse hasta que ellos hubieran tenido tiempo de salir del pueblo, la dejaron tranquila. Las otras mujeres, que dieron la voz de alarma, no encontraron a nadie dispuesto a dar un paso en contra de los ladrones, cuyo número debió probablemente aumentar en proporción con el miedo.

El administrador nos contó esta noche una historia muy divertida cuando una banda de treinta ladrones se aventuró a visitar esta hacienda, no obstante sus buenas y fuerte defensa. Vivía aquí solo, es decir, sin su familia, y acababa esa noche de atrancar y cerrar con llave y cerrojo todas las puertas; mas no había cerrado todavía el portón exterior, cuando mirando hacia el patio desde una ventana, vio a la luz de la luna una partida de ladrones a caballo que se acercaba a la puerta de la hacienda. Tomó al instante sus providencias, y apoderándose del manojo de llaves, corrió hacia la pequeña escalera que conducía a la azotea, cerró la puerta por la que acababa de pasar, y una vez arriba, llamó al capitán por su nombre (era un conocido y famoso bandolero) y le requirió le dijera lo que se le ofrecía a tan avanzadas horas de la noche. Respondióle el capitán con cortesía invitándole a bajar, y que entonces se lo diría; pero el administrador, firme con sus grandes llaves en la mano y conociendo la solidez de los barrotes de las ventanas, siguió hablándole con el mismo entono. Dio vueltas el capitán, reconoció la posición con ojo práctico y se dio cuenta de que seria necesario un sitio en regia para realizar sus propósitos. Amenazó, suplicó, insinuó que se contentaría con una pequeña cantidad de dinero, pero todo fue en vano. Arriba se estaba impasible el *administrador*; abajo, montado en su silla, el capitán; algo así como la zorra y el cuervo. Pero el administrador con sus llaves fue más sabio que el cuervo con su queso, pues no

valieron halagos que le indujeran a soltarlas, y lo peor de todo era que el matarlo no les hubiera sido de ningún provecho a los ladrones. Por fin viose burlado el capitán, y dando un sombrerazo le dio las buenas noches al administrador con mucha cortesía, y se fue seguido de su gente.

En otra ocasión, encontrándose también solo, le atacaron en pleno día dos hombres que vinieron con pretexto de comprar pulque; mas habiendo tenido tiempo de hacerse de una espada, desarmó a uno, lo cual atemorizó al otro, y ambos empezaron a reírse y a asegurarle que sólo lo habían hecho para ver qué hacía, que todo era broma, lo cual fingió creer; pero les aconsejó que no la repitieran, pues la broma era demasiado buena para ponerla en práctica de nuevo. El *Señor…*, nos enseñó el otro día a un capitán de ladrones conocido por todo el mundo, que cabalgaba por el camino real acompañado de un amigo. Su cara era la más fea, vulgar y vil que he visto nunca; un rufián de muy baja estofa y de aspecto nada poético, y de una gordura lívida.

Hoy vimos a un hombre horriblemente feo; nos dijeron que era un *lobo*, nombre que aquí dan a los *Zambos*; que son las más espantosas criaturas humanas que se pueden ver. *La Güera Rodríguez* nos contaba que en una de sus haciendas una mujer de esta raza tenía la costumbre de frecuentar la iglesia, y como era tan espantosamente fea, el sacerdote se vio obligado a rogarle que se quedase en su casa porque distraía la atención de sus feligreses.

Ayer pasamos el día en la casa del Ministro inglés, en San Ángel, en la que nos ofreció a nosotros, y al Ministro francés y a su familia, un magnífico desayuno. ¡Qué solidez adquieren todas las cosas en una buena casa inglesa! Cuánta belleza sin relumbrón… qué limpia está la plata y cuánto estilo en los criados.

8 de junio. Estábamos sentados el otro día bajo un manzano tratando de domesticar el venadito más salvaje y con tal furia de topetazos y patadas que haya yo visto nunca, cuando nos trajeron un gran paquete de cartas, cuya lectura nos proporcionó una agradable tarde. Seguimos aquí haciendo una vida muy tranquila; montando a caballo alguna que otra vez en las tardes, y vamos conociendo los pueblos de los alrededores, el más bonito de los cuales es Tizapán, lugar rústico y con mucho arbolado y abundancia de frutales y de agua, y con bonitas campesinas. Vamos a veces a San Antonio a visitar a la familia Vivanco, y otras a San Agustín, en donde se preparan para la gran fiesta. Estamos en tratos para alquilar una casa en México, pues hemos desistido de pasar por Veracruz este verano. Tenemos la esperanza de conseguir la de la Marquesa de San Román, fallecida hace algún tiempo; pero cualquier transacción relacionada con una casa en México sufre tantas demoras y es tan difícil obtener una contestación definitiva, que sólo intentarlo es poner la paciencia a dura prueba.

Los domingos es cuando nos visita mucha gente de México, y los que vienen en coche hay que considerarlos como amigos verdaderos, pues decididamente arriesgan el pescuezo sin mencionar los resortes de sus carruajes en los malos pasos del camino, cuyos dueños, los indios, no permiten que nadie los componga y que ellos tampoco quieren componer. Cuando nosotros llegamos a uno de estos malos pasos nos vemos obligados casi siempre a salir del coche, andar unas cíen yardas a pie y esperar después con ansiedad, en lo alto de la cuesta, hasta no ver si el carruaje llega o no hecho pedazos, como suele suceder muy a menudo. Con unos cuantos pesos quedaría el camino perfectamente transitable.

Entre semana, nuestros principales visitantes proceden del Convento del Carmen de San Ángel. El viejo *padre guardián* tiene cerca de ochenta años. Cada convento tiene un prior; pero el *pa-*

dre guardián ejerce su autoridad sobre todos los conventos de su Orden, lo mismo que sobre el suyo propio.

Tiene San Ángel muy buenas casas y hermosos jardines, y gran número de familias de México están aquí pasando la temporada. Tacubaya y los alrededores empiezan a llenarse, y México, con el calor, se ve desierto. Pero son tan pocas las ocurrencias de esta vida nuestra tan tranquila entre los magueyes, que ya no he de escribir más hasta que regresemos de San Agustín después de las fiestas. Si queréis saber cómo pasamos el tiempo, debo deciros que generalmente nos levantamos a eso de las seis y salimos a dar un paseo por el huerto, o bien nos sentamos con un libro en una bonita glorieta que se encuentra al final de uno de los caminos bordeados de rosales y por cuyos lados corre un hilo de agua. Nunca entramos al huerto sin estar armados de un largo palo, pues guardan la entrada unos furiosos gansos, que graznan como la Hidra de muchas cabezas que vigilaba las manzanas de oro de las Hespérides. Desayunamos a las ocho, y a las nueve el sol es tan fuerte que nos impide salir de la casa. Nos sentamos entonces a escribir o a leer, y en ocasiones jugamos una partida de billar. Por regla general, Calderón se va a caballo a México, y cuando no lo hace se sube a la azotea con un libro, o permanece en su despacho escribiendo hasta las cuatro de la tarde, hora del almuerzo.

Después de comer nos vamos al pueblo, siempre que tengamos algún caballero de compañía; y en caso contrario nos quedamos admirando desde la azotea la puesta de sol reflejarse en los volcanes, o nos paseamos por el jardín hasta que obscurece, y luego, sentados enfrente de la casa, contemplamos las luces de México. En seguida tomamos té o chocolate, se encienden las velas, vemos cómo se va al pueblo el último de los trabajadores indios, se cierra la casa por dentro, y nos sentamos a leer, escribir o conversar, y a veces jugamos billar a la luz de las lámparas. Es entonces cuando el silencio y la soledad nos hacen sentir como si

le hubiéramos cerrado la puerta al mundo. Nunca había experimentado una quietud tan perfecta. Aun el ladrido de un perro es un acontecimiento. No esperéis, por tanto, de este lugar cartas divertidas, pues aunque vivimos de un modo muy placentero, nada ocurre digno de ser relatado. Llegan los indios en la mañana para beber pulque (el cual, dicho sea de paso, encuentro ahora excelente, y pienso que me será muy difícil ¡vivir sin él!); un indito nos trae del pueblo un ramo de flores que con tanta gracia saben componer los indios en forma de piña o de pirámide; el cocinero chino, con sus pequeños ojos oblicuos, pasa con la carne y la fruta que ha comprado en el mercado de San Ángel; el prior se asoma para ver cómo estamos y un inesperado viajero llega de México a caballo, espada al cinto, como si fuera a batirse con los sarracenos. Y excepto que el domingo último vino el *padre* a decir la misa en la hermosa y pequeña capilla de la *hacienda*, ahorrándonos las molestias de bajar al pueblo, y que además tomó chocolate con nosotros, no ha ocurrido nada que pudiera variar la rutina de todos los días en nuestra vida campestre.

CARTA XLI

El Juego.—Fiesta en San Agustín.—Desayuno en San Antonio.—Rumor.—Pelea de gallos.—Señoras.—Juego privado.—Una *vaca*.—El Calvario.—Sombreros.—Una comida.—Baile en la noche.—Mezcla de clases.—Mesas de cobre.—Trajes y decoraciones.—Indios banqueros de ambos sexos.—Decoro.—Hábito.—Monteros.—Jugadoras.—Robo.—Anécdota.—Apuesta.—*Casa de Moneda*.—Nos vamos de San Ángel.—Celebración.—Discurso.—Cruz y diploma.—Respuesta.—Presentación de una espada.—Discursos y arengas.—Reflexiones.

10 de junio.

¡Hace ya un año que os escribía de San Agustín! Se fue un año volando para sumarse al giro del siglo. Y otra vez, en una mañana resplandeciente de junio, salimos para el hospitalario San Antonio, adonde estábamos invitados a desayunar y a pasar la noche del segundo día de la fiesta. Nos encontramos con una brillante concurrencia: la familia de la casa con todos sus vástagos, el ex ministro Cuevas con su hermosa cuñada; *La Güera Rodríguez* con una de sus guapas nietas (hija del Marqués de Guadalupe, que hace su primera aparición en sociedad), y otras varias agradables personas. El primer día de la fiesta circuló el rumor de que el partido federalista intentaba apoderarse de las *bancas* de los monteros para procurarse el nervio de la guerra, esperando tanto

como un millón de pesos y dar después el *grito* en México, aprovechándose de la ausencia temporal del Presidente y de los miembros del Gobierno. El plan parecía más bien factible, y el rumor falso o verdadero, se propaló todo el día de ayer; mas en caso de que hubiese algo de cierto, se descubrió a tiempo, pues no ha ocurrido nada. San Agustín parecía aún más alegre y más concurrido que en el año anterior. Pasamos el día con los Escandón, y con ellos fuimos a un palco en la Plaza de Gallos, espectáculo que no terna ningunos deseos de volver a ver, debo confesarlo, pero fui en obsequio de los que aun no lo habían visto. El *coup d'oeil* era por demás alegre y llamaba la atención los progresos que han hecho las señoras en su manera de vestir desde el año pasado. Ninguna de las más elegantes llevaban diamantes o perlas. Los sombreros eran casi todos parisienses, y también la mayoría de los trajes. Uno de los palcos parecía un verdadero parterre de flores. Las señoras de nuestro grupo llevaban vestidos y sombreros tan sencillos, tan frescos y elegantes como pudieran verse en cualquier parte del mundo. Una joven heredera y con título, recién llegada de sus lejanas posesiones, llevaba un vestido de raso rosa y sombrero de plumas, y pudimos notar que, de acuerdo con la antigua costumbre que priva en San Agustín, cambió de vestido cuatro o cinco veces al día. Pero en vano se acicalan las señoras, en vano sonríen, en vano tratan de realzar su belleza; bien poco se piensa en ellas estos días en comparación del todopoderoso, del que todo lo infesta; y aun se susurra que una de las causas de que San Agustín este año se vea más concurrido que de costumbre, se debe a que muchas casas de comercio están amenazadas de quiebra, por lo que sus jefes o sus administradores se encuentran aquí con la exasperada esperanza de rehacer sus maltrechas fortunas.

En muchas casas particulares se organizan pequeñas partidas de juego entre los que no les agrada mucho frecuentar las públicas; mas todo el mundo, unos más y otros menos, está interesa-

do, hasta los extranjeros, hasta las mujeres, hasta nosotros. De cuando en cuando llegan noticias, siempre recibidas con profundo interés, acerca de las fluctuaciones de las *bancas*, de las pérdidas y ganancias de tal o cual persona, o sobre el resultado de una *vaca* (especie de bolsa en común en la cual cada uno de los jugadores pone dos o tres onzas). Suelen ser estos noticieros unos trotacasas de juego que exponen sólo algunas onzas y prefieren la sociedad de las damas a la de los talladores de Monte. Por lo general, son extranjeros, principalmente ingleses.

El camino al *Calvario*, donde como es costumbre había un baile esta tarde, estaba atascado por un sinfín de carruajes, y el cerro mismo cubierto de un gentío que bailaba alegremente cuanto se lo podía permitir la enorme multitud. Esto era realmente de un popular tolerable. Las mujeres, por la mayor parte, estaban vestidas como solían vestirse las pertenecientes a las mejores clases de México años atrás, no muchos quizás (y como todavía van muchas en el campo), con vestidos con blondas, enaguas cortas, medias de seda caladas y zapatos de raso blanco, y una variedad de sombreros extravagantes nunca vistos desde los días en que *les Anglaises pour rire* pusieron por primera vez el pie en las playas galicanas. Algunos parecían diminutos campanarios; otros, morriones; los había como pilones de azúcar, y los más eran, al parecer, hijos de la circunstancia y para salir del paso. Promiscuaban los sombreros con algunos graciosos y bonitos vestidos de Herbault y de París, pero pertenecían a clases más elegantes. La escena resultaba divertida por su variedad; pero no nos quedamos mucho rato, porque amenazaba lluvia. Cuando volvimos la vista hacia el cerro, nos pareció ver una multitud de mariposas bailando con hormigas negras.

Regresamos a la casa de los Escandón para cenar; la comida estuvo magnífica y enteramente a la francesa. Había como veintiocho personas, y algunas de ellas tenían más bien cara de haber perdido en el juego. Hubo música después de comer y se

conversó acerca de las ocurrencias y los pronósticos del día, hasta que fue tiempo de vestirse para ir al baile en la plaza. Nosotros preferimos, sin embargo, ir a un palco, para ahorrarse así el trabajo de tenerse que vestir, fuera de que es *de mucho tono*; pero cuando llegamos no había ningún palco disponible, por ser tanta la concurrencia y mucha la gente de *tono*, además de nosotros, que había querido hacer lo mismo; de suerte que nos vimos obligados a emprender la retirada hasta la tercera fila de bancas, no sin tener que persuadir a unas buenas mujeres, a una docena por lo menos, que se quitaran para dejarnos pasar. Después se nos unió el Ministro francés y su esposa. El baile se veía muy alegre, y fue un prodigio de gente y sumamente divertido.

Había gentes de todas clases: *modistes* y carpinteros, dependientes de comercio, sastres, sombrereros y zapateros, mezclados con todo el *haut ton* de México. No había dependiente que no se considerase con títulos para bailar con cualquiera señora, ni señora que se creyese con derecho para negárselo, y bailar después con otra persona. La *Señora*…, de la más alta alcurnia y de una gran dignidad, bailó con un mozo de establo, de chaqueta y sin guantes, muy satisfecho de esta extraordinaria oportunidad que le permitió aprisionar con sus oscuras manazas unas manos enguantadas de blanco. Naturalmente que estos individuos escogen de pareja de baile a las damas más encopetadas, y por extraño que esto parezca nada hay en su conducta digno de reproche, aun para la persona más exigente. Son muy corteses, sosegados y de buen proceder, y lo que es más notable, bailan una cuadrilla tan bien como sus amos. Transcurrió el baile en paz hasta cerca del final, cuando los instrumentos de viento fueron presa de un acceso de economía, quizás por haber expirado el tiempo por el que les habían pagado, pues enmudecieron en la mitad de un vals; empezaron entonces a gritar los caballeros: «¡Viento! ¡Viento!», con toda la fuerza de sus pulmones, dando palmadas, negándose a seguir bailando, y con su gritería ahogaban el son de

unas guitarras que rascaban con paciencia quienes intentaban hacer las veces de la orquesta, hasta que al fin los alquilados hijos de Eolo reanudaron sus tareas.

Entre el grupo de la gente común, formado por empleados de comercio, se podían ver algunas caras bonitas; pero su belleza no sorprende a primera vista y requiere tiempo para descubrirlas, mucho más cuando van *fagotées* con vestidos recargados de adornos. En la clase adinerada, la señora Cuevas y una hija del Marqués de Guadalupe eran las más bellas.

La tercera noche de la fiesta, Calderón y yo salimos del baile a eso de las diez y nos fuimos paseando hasta las mesas de «cobre» que, cubiertas por toldos, llenaban el centro de la plaza. Era un espectáculo que una vez visto jamás se puede olvidar. Sólo el lápiz de Hogarth o la pluma de Boz podrían describir a la diversidad de gentes que ahí estaban reunidas. Era una *fête-champêtre* de jugadores en todo su esplendor.

Se veían en cada mesa grandes montones de monedas de cobre, con algún que otro destello de plata. Había profusión de siemprevivas, lamparitas de latón goteando aceite, y torcidas velas de sebo derramaban grasa sobre la mesa. Unos rapaces andrajosos afanábanse sirviendo pulque y *chía* en rajados vasos. Se oía el rasgueo de unas guitarras y los banqueros mismos se dignaban divertir a sus clientes con tiernas melodías. La indumentaria de la mayor parte de los concurrentes consistía en una simple frazada cruzada con gracia sobre el cuerpo, y que dejaba ver a trechos la piel morena. A esto le añaden algunos un par de pantalones mexicanos, y otros, una camisa de dudoso color. Los había que llevaban grandes sombreros, y tuvieran copa o pedazos de ella, a todos les entraba por igual el aire fresco. La mayor parte, sin embargo, iban con la cabeza descubierta o mejor dicho, cubierta de un techo natural: de su largo, tupido, enmarañado y negro cabello.

Querían quizá de esta manera demostrar su respeto para con las damas, entre las que se encontraban algunas que debí mencionar primero, aunque sólo fuera por cortesía. Su indumentaria no podía ser más sencilla: una camisa de manga corta mugrosa y hecha jirones; una breve enagua; zapatos, generalmente de raso, muy sucios; *rebozo*, y el largo cabello tendido tal y como ha de haberse visto Eva en el Paraíso con sus guedejas de oro. «Le llaman a esta tierra el Paraíso», escribía un soldado español a su padre, «y yo lo creo, porque está lleno de *Adanes*».

Y ni una riña, ni un juramento, ni palabras malas. Dudo que en Crocford reine mayor decoro. Ciertamente eran de verse los finos modales con que se trataban unos a otros. En una de las mesas, el *banquero* era un hombre enormemente gordo, con un pañuelo blanco y sucio amarrado a la cabeza, que cubría un sombrero roto echado de medio lado. Tenía la mirada de un grandísimo pícaro, y de su cara pringosa afloraba una incitante y benévola sonrisa, Y mientras que con una mano rasgueaba una guitarra, con la otra recogía los *cobres* con sorprendente destreza. Junto a él se sentaban dos mujeres de aspecto miserable, de largas trenzas, los codos sobre la mesa y sus grandes ojos fijos en el Juego, con una expresión de la más intensa ansiedad. En otra mesa, el *banquero* era una india menuda y bonita, medianamente limpia, por contraste, y parecía atender su negocio con gran desparpajo. Cerca de ella, un hombre que estaba de pie, apoyado contra uno de los palos que sostenían el toldo, atrajo la atención de todos nosotros. Envuelto con una frazada rota, descubierta la cabeza, los pies descalzos, clavada la mirada de sus grandes, negros y azorados ojos en el juego, su faz oscura y lívida denunciaba un gesto rayano a la desesperación. No había necesidad de que nadie nos dijera que sobre la mesa estaba jugando su última apuesta. ¿Qué podría hacer un hombre como éste sino irse al camino real?

He oído mencionar, como una circunstancia de mucho peso en favor del carácter mexicano, el hecho de que en estas reuniones no se oyen gritos ni ocurren desórdenes, ni las bataholas y violencias que se levantarían entre el populacho inglés, por ejemplo. El hecho es cierto, mas la inferencia es dudosa. Este pueblo está degradado y acostumbrado a padecer. Son afables y astutos, y sus pasiones no se descubren con facilidad, o cuando menos abiertamente; pero una vez que se han despertado, no pueden aplacarse gritando ni peleando limpio. En Inglaterra, una disputa entre la clase baja se dirime con una pelea a puñetazos; en México, a cuchilladas, y es más fácil remendar una cabeza descalabrada que un navajazo en la garganta. La desesperación tiene que encontrar un escape en alguna forma; el crimen misterioso, los asaltos a media noche, son consecuencias fatales de esta calma exterior que no es mas que una máscara que donó Natura a sus hijos indianos.

Otra razón de esta calma es el hábito del juego, el cual les consienten desde la infancia, y que les ha enseñado que ni las malas palabras ni la violencia nunca podrían devolverles un solo peso una vez que lo han perdido a la buena; y en punto a legalidad todos se conducen con riguroso sentido del honor, como entre los jugadores de alto copete.

Mientras que la gente del pueblo se comporta de este modo y le hace la corte a la Fortuna al aire libre, los grandes señores están sentados alrededor del tapete verde con la gravedad perteneciente a un Consejo de Ministros; mas sin su reserva, pues las puertas y las ventanas se quedan abiertas de par en par y damas y caballeros entran y salen para presenciar el juego, si ello les place. Las pilas de onzas se ven tentadoras y hacen que esto parezca un verdadero Eldorado. Nada se ha escatimado para fortificar los ánimos más decaídos. Se ven por todas partes mesas cubiertas de sabrosos manjares para saciar el hambre, y vinos generosos para alegrar el corazón, y aun se diría que los caballeros que rodean la

mesa de juego en vez de jugar al Monte son los comensales de un opíparo banquete.

No vayáis a suponer que los dueños de estas «partidas» son por ello menos dignos de consideración; todo lo contrario, pues como, por lo general, la «banca» siempre gana, son conceptuados como gente rica y, en consecuencia, son los hombres más respetados en México. Suelen ser estos «banqueros», españoles, que han encontrado en el juego un adecuado trampolín para alcanzar rápidamente la fortuna. El señor…, me ha explicado una combinación que llevan a efecto los que tienen la «banca», la cual consiste en «cubrirse», y con ello es casi imposible que puedan perder. Uno de estos caballeros, por ejemplo, propone a sus amigos que tomen una participación en una *vaca*, contribuyendo cada uno de ellos con algunas onzas. Cuando han reunido algunos cientos de onzas, apuestan en contra de su misma «banca». Si ganan, reciben su participación se entiende; y si pierden, su «banca» lo gana todo. Esto está basado en aquel principio de: «Si cara, gano; si cruz, pierdes».

En las mesas se habla poco. Las pilas de oro cambian de dueño; pero los dueños no cambian de semblante. Sólo vi a un jugador ligeramente malhumorado, y era extranjero. El rico aumenta su hacienda, y el pobre se convierte en un mendigo. Está arruinado, pero no se le nota.

Las damas que han juntado algunas onzas y formado una sociedad, mandan a las mesas de juego a sus amigos y admiradores a que prueben fortuna por ellas; y en otras casas de menor categoría acuden las *Señoras* de clase inferior a probar ellas mismas la suerte. Vi a una de éstas que había perdido, sin duda, y que no se lo tomaba, ¡de ninguna manera!, con resignación. Parecía una nube cargada de tempestad; mas si ella iba a estallar en ira o en lágrimas, en truenos o en lluvia, nunca lo sabremos, pues no nos quedamos para poderlo ver.

En suma, el juego es aquí una manía que todo lo invade, y como el hombre es un fajo de costumbres, las personas más respetables de este país (exceptuando siempre a una o dos señoras que expresan con energía su opinión en contra) no ven en el juego nada condenable y se muestran sorprendidas del efecto que produce en un extranjero; y es cierto que, después de algunos años de residencia, el extranjero empieza a reconciliarse con estos abusos por el velo con que se encubren.

Regresamos a San Antonio bajo el más esplendente claro de luna, y nos sentíamos muy seguros, pues íbamos por la calzada principal que conduce a México y, por lo tanto, está vigilada por soldados. A la mañana siguiente nos enteramos de que un sobrino del general Barrera, que se había aventurado a irse por un camino vecinal a Mixcoac, en donde tiene su casa, fue asaltado. Le robaron sus ganancias y además le hirieron de gravedad. Todo esto es consecuencia de lo anterior, y así la *moraleja* del cuento no puede sorprender a nadie. Los ladrones, con el espejuelo del botín, caen, al tiempo de la fiesta, como bandadas de *zopilotes* en busca de carroña, escondiéndose entre las desnudas rocas del Pedregal, y así no hay camino seguro, a menos que se transite con una muy fuerte escolta.

Un miembro del Gabinete nos contó esta mañana una anécdota impresionante; una de tantas entre las innumerables que ofrecen los caprichos de la Fortuna. Un español muy rico, dueño de varias haciendas, concurrió a la fiesta de San Agustín, y después de ganar tres mil onzas, ordenó que se las llevaran en talegas a su carruaje, y se preparó a regresar a México acompañado de su señora. Arrancaba el coche, cuando uno de sus amigos salió de una casa contigua y le invitó a que se quedara a almorzar. Aceptó la invitación, y después de comer, y como hubiera una mesa de «monte» en la casa, en la cual jugaban algunas de sus amistades, apostó dos onzas y perdió. Continuó jugando y perdiendo, hasta que se fueron las tres mil onzas, las que mandó

traer y que se repartieron los gananciosos. Siguió todavía jugando con terrible obstinación, hasta perder toda su fortuna. Y en su ceguera, apostó hacienda tras hacienda y propiedades de toda clase, hasta que el sol, que al salir le contempló rico y próspero, se traspuso dejándole convertido en un mendigo. Se dice que sobrellevó este extraordinario y súbito revés con la mayor ecuanimidad. Dejó un hijo, el cual vimos en San Agustín, donde se gana la vida como *croupier* en las mesas de juego.

29. Nada de particular ha ocurrido después de la fiesta; una visita del nuevo secretario de la Legación y el *attaché*, una comida diplomática en casa del Ministro…, muchas idas y venidas y mucho escribir con motivo de buscar casa en México y de la venta de nuestros muebles, mulas, etc., etc., y el interés despertado por una apuesta entre dos caballeros ingleses acerca de que uno de ellos haría a caballo y en veinte minutos el recorrido entre México y San Ángel, hazaña que llevó a cabo saliendo de la garita llamada *El Niño Perdido* y llegando a la vieja iglesia de San Ángel dentro del tiempo señalado. Y creo que estas son las ocurrencias más dignas de mención Estamos ahora en tratos para ocupar las habitaciones amuebladas del Director de la *Casa de Moneda* (la Fundición), un enorme edificio contiguo al Palacio, y de donde han salido los mil trescientos millones de oro y plata acuñados desde principios del siglo dieciséis. La casa es un palacio en extensión y solidez, y la residencia del Director es muy amplia y hermosa, con la ventaja de estar amueblada. Esperamos estar de regreso en México dentro de pocos días.

Casa de Moneda, 6 de julio.

Henos aquí avecindados de nuevo en México, al menos por una corta temporada, lo cual no ha estado exento de dificultades. Dejamos el campo con cierta tristeza, pues ahora es el tiempo más agradable del año para estar allí y todo se veía verde y hermoso. Venimos en un carruaje abarrotado, precedido por catorce burros cargados con cajas, cuatro indios con lo mismo, y dos grandes carros sobrecargados, tirados el uno por cuatro y el otro por ocho mulas. Formábamos una verdadera *caravane*, tal como nos lo dijo nuestro amigo el alcalde. ¡Imaginad, por lo tanto, cuántos días dedicados a empacar y a desempacar…!

El día primero de julio se celebró con gran pompa la victoria obtenida por el Gobierno sobre el partido federalista. Al Presidente le fue presentada una cruz de diamantes, valuada en seis mil pesos, y al general Valencia una magnífica espada cuajada de joyas de gran valor. «Ayer en la mañana», dice el periódico de hoy, «un repique general y las salvas de ordenanza anunciaron a la capital que el día iba a ser de recompensas y de alegría universal». A las doce, Su Excelencia el Presidente de la República se trasladó a Palacio para llenar las formalidades de cerrar las sesiones y para recibir de las manos del Presidente de la Cámara de Diputados, el diploma y la cruz de honor mencionadas en los Decretos de 2 de marzo y 2 de mayo de este año. Una inmensa multitud ocupaba las galerías, y el presidente, don J. María Bravo, se dirigió a Su Excelencia el General Bustamante con el siguiente discurso:

«Ciudadano General e Ilustre Presidente: Las naciones nunca olvidan los servicios que se les hacen, ni dejan de recompensar los actos heroicos ejecutados en beneficio común. Más tarde o más temprano se muestran agradecidas y recompensan como es debido a sus buenos y valientes servidores. La Nación Mexicana no ha olvidado vuestros servicios, y su Congreso siempre ha tenido presente los que les prestasteis en aquella época feliz, cuando el infortunado héroe de Iguala hizo que la voz de la libertad

resonara en las más remotas regiones del territorio mexicano y dio una lección terrible a los que quieren someter a las naciones débiles sin tener para ello más título que la fuerza. Fuisteis uno de los primeros y más valientes jefes de los que, colocados a su lado, le ayudaron en esta obra importante y feliz; fuisteis quien mostró al tirano en los campos de Juchi, Azcapotzalco y otros, que la espada de los mexicanos, una vez que se la desenvaina por la libertad y la justicia, combate sin debilitarse y sin quebrarse y sabe de qué manera se triunfa de los enemigos, aun teniendo que luchar contra fuerzas superiores; fuisteis, en fin, quien con valor intrépido cooperó al resurgimiento de la libertad que, arrancada de los antiguos hijos de este suelo, fue transformada por sus opresores en dura y vergonzosa tiranía. Ya la Historia os ha consagrado sus páginas: ella dirá a la posteridad vuestros hechos heroicos, y el Congreso se ha ocupado ya en recompensar tan interesantes servicios.

»Si algunos mexicanos, equivocados en sus opiniones, y en virtud de una fatalidad de este país, los han desconocido atentando contra vuestra libertad personal, pasando por encima de vuestra dignidad de Primer Magistrado, pisando las leyes y conculcando el orden, ellos se vieron por fin obligados a respetaros, y vuestro valor, firmeza y decisión los han obligado a guardaros el respeto que se debe a uno de los antiguos jefes de nuestra Independencia, el Primer Magistrado que ha sabido dar un ejemplo de subordinación a las leyes e impartir con dignidad lecciones de valor y de honorable conducta.

»Un diploma y una cruz constituyen la recompensa que para premiar tales méritos y servicios ha decretado el Congreso Soberano. No os fijéis en los borrables caracteres en que el primero se encuentra escrito, ni os dejéis deslumbrar por el brillo de la otra; ved en ambas una prueba de la gratitud de vuestra Patria y grabadla en vuestra alma; continuad demostrándole que es ella el objeto primero de vuestros cuidados; que vuestros desvelos, fati-

gas y labores se dirigen sólo a procurarle aquellos beneficios que son consecuencia de la paz sólida y durable que ella tanto desea, y por la cual, si fuera preciso, sacrificaríais vuestra propia vida en sus altares.

»No olvidéis que hoy día ella se muestra agradecida y que esta es la ocasión solemne decretada por la augusta representación nacional para poneros en posesión del título y de la insignia que manifiestan su gratitud. Yo, en nombre del Congreso, os felicito con motivo de tan feliz acontecimiento, y teniendo el honor de cumplir el deseo del Poder Soberano, pongo en vuestras manos este diploma que testifica la merecida recompensa que la Patria os otorga, y os entrego esta cruz».

Su Excelencia, recibido que hubo el diploma y la cruz arriba mencionados, contestó así con su natural modestia:

«Al oír por el órgano de la augusta representación nacional, los grandes elogios con que me favorecen, al mismo tiempo que me pone en posesión de estos dones preciosos, un placer inefable desborda en mi alma que se siente abrumada de la más profunda gratitud. Mi satisfacción y mi gloria son inmensas. ¿Qué he hecho yo para merecer que las manos generosas de los representantes del pueblo mexicano me colmen de honores? ¿Acaso mis servicios insignificantes han podido llamar la atención de la Patria, en cuyos altares se han sacrificado tantos y tan ilustres héroes de la libertad? Mi gloria hubiera sido mayor si yo, al ejemplo de ellos, hubiese descendido a la tumba cuando el sol de la victoria iluminaba la existencia de esta Nación soberana e independiente, para gloria del universo.

»Ciertamente son grandes los honores que recibo el día de hoy; pero yo los hubiera preferido antes de la nunca bien llorada catástrofe del inmortal Iturbide. Arrojemos un espeso velo sobre una pérdida tan irreparable. Es verdad que, sobreviviendo a tan magna desgracia, yo he podido consagrar mi existencia y mi celo

a la paz, orden y felicidad de nuestra amadísima Patria. Pero ¡cuán difícil es la conducta de los que gobiernan en medio del conflicto que producen las disensiones civiles! En mitad de éstas, mi conciencia ha escogido y mi resolución nunca ha vacilado entre la ignominia y el honor. ¿Merezco por esta razón la gratitud nacional y la munificencia que se manifiesta por medio de tan señaladas recompensas? Por ellas doy a los representantes de la Nación mi más franca gratitud y me fijo sólo en la grandeza y benevolencia del Poder Soberano, que me recompensa en el sagrado nombre del País. Conservaré hasta mi muerte estos preciosos objetos, que ilustrarán mi nombre como soldado y como Magistrado Supremo. Ellos me estimularán más y más cada día a hacer todo género de sacrificios, a dar mi vida si fuere necesario a fin de ser siempre digno del honorable concepto y de la recompensa con que me han honrado el día de hoy los representantes de la Nación, tan magnánimamente. Recibid, caballeros, esta franca manifestación de mis sentimientos y de mis fervientes votos por la felicidad de la República, junto con las protestas más sinceras de mi eterna gratitud».

«Después de este discurso» (sigo copiando del «Diario») «se manifestaron los más vivos sentimientos de satisfacción; la alegría estaba pintada en todos los semblantes. La franca satisfacción que cada uno sentía, ministró a este acto una solemnidad que no pueden describir las palabras. En seguida pasó S. E. acompañado de las corporaciones y de un brillante y numeroso concurso, al salón de la Corte Marcial, a poner en posesión al Excmo. señor general D. Gabriel Valencia, de la espada de honor que le concedió la augusta Representación Nacional, por su leal y valiente comportamiento en la jornada de julio de 1840.

»Comenzó el Excmo. Señor Presidente esta ceremonia, expresando en estos términos sus sentimientos al Excmo. señor Jefe de la Plana Mayor:

»Ciudadano general: En este día, el más lisonjero de mi vida, en que la augusta Representación Nacional me acaba de poner en posesión de las recompensas acordadas a mis pequeños servicios, cumplo con la ley que me impone el grato deber de presentaros la espada de honor con que su munificencia quiso también remunerar los vuestros.

»Recibidla como un premio distinguido de vuestra lealtad y del valor con que habéis combatido en la memorable jornada del 15 al 26 de julio de 1840, defendiendo con denuedo la Constitución y los Poderes Supremos de la República.

»Yo me congratulo con vos, no dudando que emplearéis siempre los filos de ese acero en defensa del honor, de los sagrados derechos y de las leyes de la Patria; sí, general, de esta Patria querida, a quien debemos todo género de sacrificios; si, de esa madre adorada que hoy más que nunca reclama la unión fraternal de todos sus hijos, para hacer frente a los enemigos interiores y exteriores que se oponen a su felicidad y engrandecimiento.

»Empeñémonos a corresponder agradecidos a la generosidad con que los Representantes de la Nación nos han galardonado, y marchemos unidos por la misma senda que nos trazó el honor y el deber en aquel día de honrosa memoria para los defensores de las leyes.

»Loor eterno a los bravos militares y demás ciudadanos que cooperaron con nosotros al restablecimiento del orden».

A lo que contestó el señor General Valencia:

«Que a una acción heroica le suceda una correspondencia digna, nada más natural; pero el que a un servicio que no pasa de la esfera de los comunes, como fue el que presté en la jornada del 15 al 26 de julio de 1840, se la remunere con una tan noble distinción como la espada de honor que V. E. se ha dignado ceñirme a nombre del Congreso Nacional, sólo es capaz la magnanimidad de la Soberanía; y así es que yo quedo anonadado con un

presente digno de los tiempos de la República y del Senado romanos. ¿Qué hice yo, Excmo. Señor, en aquellos días, que cualquiera de mis compañeros no me aventajara? Nada, señores; así es que al recibir esta espada de honor, mi confusión es tanta cuanta es mi duda al lugar en el agradecimiento al Congreso que me la dio, a V.E. que se digna presentármela, o a mis dignos compañeros que la supieron ganar para que yo la porte.

»En tal estado, Excmo. señor, de contento y de satisfacción, no puedo decir más sino que espero de V.E. manifieste al Congreso mi eterna gratitud; V.E. reciba mi noble reconocimiento, y mis compañeros las seguridades de que cada vez que me la ponga, recordaré el nombre de todos y cada uno de los que me acompañaron el 15 de julio de 1840, con el placer de al que se le debe una gran consideración».

Entre las felicitaciones recibidas por el Presidente, la «felicitación de su excelencia el general Valencia a Su Excelencia el Señor Presidente, al recibir del Congreso la condecoración de la Cruz de Honor», es muy notable.

«Dios dijo el primer día de la creación del mundo, cuando éste se encontraba en el caos: "Hágase la luz", y la luz fue hecha y quedó contento de su obra. Con cuánta más razón lo debe estar la guarnición de México cada día que se celebre por alguna acción el 15 de julio de 1840, en que debido a sus esfuerzos y a su heroico valor repitió en política en esta capital, aquel pasaje del Génesis: "la sociedad amaneció en el caos… Su Presidente es preso; las autoridades no existen, y los que debían salvarlas se han convertido en opresores…".

»Dios dijo: "hágase la luz" y la luz fue hecha. Los militares honrados, reunidos en la Ciudadela, en medio del caos, dijeron: "Restablézcase el orden, sea puesto en libertad el Supremo Magistrado, y tomen las cosas la marcha debida". El orden se restableció, V.E. fue libre y el cuerpo político siguió la senda regular,

sin la cual ninguna sociedad existe. Así es que los dignos militares que tal dijeron, tal emprendieron y tal se les cumplió: hoy también asemejan al Creador del mundo en el contento, satisfechos de su obra.

»La cruz que dignamente ha sido colocada en el pecho de V. E. en este día, refleja de un modo tan singular sobre los corazones de los valientes de aquella época, que sus almas se ensanchan al contemplarla, por el honor que de ellas les resulta.

»Sea V. E. feliz una y mil veces, con tan noble y digna condecoración. Reciba V. E. en ellas las sinceras felicitaciones de la guarnición de México, la cual figura en cada piedra de esa cruz como las estrellas en el firmamento».

«Concluida que fije la ceremonia, los dos Generales premiados aparecieron en el balcón principal de Palacio, frente al cual desfiló la brillante columna de honor a cuya cabeza marchaba el general *don* Valentín Canalizo, y la bizarría, aseo y elegancia desplegadas por toda la Guarnición estaban por encima de cualquier elogio. Luego que pasó el regimiento se dio un magnífico *ambigú* en uno de los salones del Ministerio de la Guerra, en que rivalizaron la elegancia, el buen gusto y la propiedad en torio; mientras que repetidos brindis eran las señales fehacientes de la más sincera alegría, que mezclábase con los más patrióticos y fraternales sentimientos. A causa de la lluvia, que comenzó a caer a eso de las tres de la tarde, no se vio muy concurrido el *Paseo*, como se esperaba; allí estaban, no obstante, las bandas militares, y a las seis, cuando se presentaron Sus Excelencias, los Generales Bustamante y Valencia, fueron recibidos con *vivas* y alegría universal.

»Por la noche, los jefes y oficiales de la *Plana Mayor* dieron un baile en el Colegio Militar de Minería; y el Teatro de Nuevo México dedicó su función a Su Excelencia el Señor Presidente. Nada turbó la alegría de este día; un solo sentimiento de unión y

de júbilo inundaba a la capital, demostrando a esos ilustres Generales el aplauso unánime con que los mexicanos ven cómo su Patria recompensa los servicios distinguidos de sus hijos, que son tan merecedores de su amor y gratitud».

A pesar de la inefable alegría, compartida en esta ocasión, según el *Diario*, por todo el mundo, hay muchos que ponen en duda la conveniencia política de haber celebrado un acto semejante en los momentos en que a las tropas se les debe el sueldo; cuando a los soldados heridos en el último *pronunciamiento* se les niegan sus pensiones; cuando a las viudas y los huérfanos de otros, piden en vano que se les socorra. «En resumidas cuentas», dicen los que estos acontecimientos han hecho cavilar, «fue una guerra civil, una guerra entre hermanos, un motivo de duelo y no de gloria; de tristeza y no de júbilo». En cuanto a la felicitación que el general Valencia dirigió al Presidente, en la cual compara a las «honorables tropas» con el Ser Supremo, y el restablecimiento del orden en México con la creación del mundo después del caos, es del todo incomprensible. Quizá se ha dejado llevar de su alegría y gratitud y de su afecto personal para Bustamante; o quizá se inspiró en alguna traducción del *Bombaste Furioso*.

Lo cierto es que la ceremonia alcanzó una brillante apariencia; y los relucientes carruajes, los primorosos caballos, los llamativos uniformes de los oficiales y soldados, junto con las músicas militares y las multitudes congregadas, produjeron un efecto imponente.

CARTA XLII

Ópera italiana.—Artistas de ambos sexos.—*Prima donna*.—*Lucia di Lammermoor*.—Algunos desencantos.—Segunda representación.—Adelantos.—*Romeo y Julieta*.—La Ricci.—La *Señora* Cesari.—La Casa de Moneda.—Moneda falsa. Repetición de Lucía.—Procesión nocturna.—Una belleza española.—Público exigente.—Un poco *demasiado simple*.—Bordados de oro.—Santiago.—Peregrinos.—Antigua costumbre india.—*Soirée*.—*México* a la luz de la luna.—Una figura misteriosa.—El Arzobispo.—El Virrey.

13 de julio.

No teníamos muchas esperanzas de estar aún aquí para la inauguración de la nueva ópera italiana y, por lo tanto, habíamos cedido nuestro palco. El *Señor* Roca, que fue a Italia para el arreglo de los *requisites*, llegó al fin, después de una feliz y corta estancia, con los cantantes, hombres y mujeres, con nuevo vestuario, decoraciones, etc.; y la primera ópera, *Lucia di Lammermoor*, fue representada la semana pasada. El teatro es el antiguo *Teatro de los Gallos*, un circo octagonal que han arreglado con la elegancia que han permitido las circunstancias; como lo obligaba la transición del cacareo de los gallos a las dulces notas de *Giulietta*.

La *prima donna assoluta* lo es la *Signora* Anaide Castellan de Giampetro, nacida en París y criada en Milán. La *prima donna soprano* lo es la *Signora* de Ricci, y la segunda *donna* se llama Branzanti. El primer tenor es el *Signor* Sampietro, esposo de la *prima donna*; y el segundo tenor es el *Signor* Alberti Bozetti. El primer bajo es el *Signor* Tomassi y el bajo bufo el *Signor* Spontini. Han sido estos artistas tan celebrados y la expectación del público se ha excitado de tal manera que nos pareció probable que la primera noche fuera, hasta cierto punto, un fiasco. Además, el público mexicano no tendrá quizás mucha experiencia, pero decididamente posee buen gusto musical; y ha tenido la oportunidad de gozar de buenas temporadas de ópera y de haber escuchado a Madame Albini, a la Cesari, a García (el padre de la Malibrán) y a los *beaux restes* de Galli. Puede, por lo tanto, hacer comparaciones.

La primera noche hizo su presentación la Castellan en el papel de Lucia. Tendrá unos veinte años; delgada y de tez muy blanca, el cabello negro, graciosa y con una voz muy dulce, clara, pura y joven, y muy afinada. El tenor descansa sobre los laureles de su mujer. Se ve bien, y no se puede añadir mucho más en elogio suyo. Tomassi da algunas buenas notas, y es de porte elegante. De los demás cantantes poco hay que decir. El teatro está muy bien acondicionado; el vestuario, nuevo y fastuoso, y las decoraciones y escenario excelentes. El público, sin embargo, se sintió defraudado. Esperaba maravillas y no le satisfizo lo que sólo fue una buena representación. Los aplausos fueron escasos y aislados. La Castellan no fue llamada al proscenio, y al día siguiente había cundido cierto descontento entre la aristocracia de la capital.

A la segunda representación de la misma ópera, las cosas se enmendaron. La voz de la Castellan fue apreciada por la concurrencia; los aplausos fueron nutridos y prolongados, y al final de la ópera, tanto ella como el director, fueron llamados al prosce-

nio y recibidos con entusiasmo. Todo hace pensar que se va a convertir en la favorita del público.

Anoche dieron *Romeo y Giulietta*, en donde *La* Ricci y *La* Cesari hicieron su aparición; la primera como Giulietta, y la segunda como Romeo. La Ricci es una mujer joven, delgada, con una cara larga y pálida, de ojos y cabellos negros, brazos y cuello largos, y anchas manos; muy bonita, se dice, fuera de las tablas y sin efecto alguno fuera de ellas; pero tanto en el escenario como fuera de él, muy distinguida. Su voz es extensa, mas carece de escuela, *y es* decididamente una «pava», y tiene además una natural tendencia a desafinar. Su estilo en el vestir estaba en completo desacuerdo con la índole de su belleza. Llevaba un traje blanco ajustado, un corpiño azul entallado con mangas largas de raso. El público se mostró indulgente, pero era evidente que se sentía frustrado.

La Cesari, que está muy bien casada, y la cual no ha aparecido en escena durante los últimos tres años, salió de Romeo con túnica y manto, medias blancas de seda, sombrero y plumas, etc. Estaba muy asustada, y en tal estado de zozobra que se necesitaron todos los aplausos que el público prodigó a su antigua favorita, para recuperar el dominio de sí misma. Se veía extraordinariamente bien: alta, hermosa, bellamente formada, más bien pálida, con hermosos ojos negros, negro cabello y *moustaches*. Su actuación, y también su belleza, están muy por encima de todas las demás. Tiene más tablas, mayores conocimientos, gusto y energía que cualquiera de las otras; pero su voz de contralto ligera, es débil, y resiente la falta de experiencia. El teatro, por otra parte, no ofrece buenas condiciones acústicas, y esto debe de tener una perjudicial influencia sobre el tono y el volumen. En consecuencia, es dudoso que pueda prolongarse la temporada. De quedarnos aquí, me gustaría que la sostuvieran, pues con todas sus deficiencias y tropiezos es el mejor espectáculo de Méxi-

co. El *coup d'oeil* era de una gran belleza, pues todos los palcos estaban llenos y las señoras iban vestidas con sus mejores galas.

20 de julio. Como ahora estamos viviendo en la Casa de Moneda, los directores nos han hecho una visita esta mañana para invitarnos a que bajáramos a la planta baja, y ver la acuñación de la plata. Recorrimos todo el inmenso establecimiento, hermoso cuadro de una decadente grandeza, erigida hace unos ciento diez años por los españoles. Sucio, desatendido, con máquinas en mal estado y sus operarios descontentos; las bóvedas de sus techos que le hacen aparecer como el interior de una catedral, junto con ese *grandiose* que distingue a los edificios construidos por los españoles en México, todo presenta un tremendo contraste con los que le ocupan ahora.

Vimos laminar las barras de plata; cortar, blanquear y acuñar los pesos; y también nos enseñaron las máquinas para hacer moneda falsa, y son tantas las incautadas que casi no hay sitio para ellas. Vimos el lugar en donde se hace el ensaye del oro y de la plata, y el gabinete de las medallas, entre las cuales se encuentran algunas antiguas, romanas, persas e inglesas; pero especialmente españolas, muchas de la época de Carlos III, y mientras las mirábamos un viejo caballero exclamó: «¡Quiera el cielo que pudieran volver aquellos días!», lo que es sin duda un sentimiento general. Este anciano ha estado cuarenta y cuatro años en la Casa de Moneda, y ha vivido bajo la administración de varios virreyes. Recuerda cómo, cuando niño, le mandaron con un recado al virrey Revillagigedo, y de lo asustado que estaba y de lo pronto que se repuso con el bondadoso recibimiento que le hizo el representante de Su Majestad. Habló de las florecientes condiciones de la Casa de Moneda en aquellos tiempos, cuando acuñaba veintisiete millones anuales, y era una casa perteneciente a la Corona. Dijo que los virreyes acostumbraban a encomiar a los em-

pleados y les hacían patente su agradecimiento por sus afanes; que entonces la Casa se conservaba en el orden más perfecto, que sus principales empleados vestían de uniforme, etc.

En esto, otro anciano siguió con el mismo tema, dándole aún mayor énfasis, y nos contó que en una ocasión la Casa tenía un millón trescientos mil pesos en oro, y describió la visita de la virreina Iturrigaray, que vino y se sentó contemplando admirada toda aquella cantidad de oro acumulada a su alrededor. Este caballero ha estado treinta años en la Casa de Moneda, y parece como si nunca hubiera podido vivir en otra parte, como si fuera carne y hueso del establecimiento; acuñado y troquelado por la Casa de Moneda.

Un hombre que le escuchaba, un gordo salido de un troquel visiblemente inferior al que llevaba la voz cantante, empezó a lamentarse de la condición de los tiempos, hasta que se formó un coro universal en donde cantaban todos al mismo son. Uno de ellos, de ancho y colgante labio, y de un semblante tragicómico, se expresaba siempre en retruécanos lúgubres. Otro, que parecía haberse criado en la Casa, se mostraba de una curiosidad insaciable, tal como puede serlo una persona nacida en una fundición. Pasamos cerca de tres horas en una mezcla de admiración por el pasado y de tristeza para el presente, y fuimos acompañados hasta nuestros aposentos por los pobres *employés*, a quienes pareció que el Ministro de España era lo mejor que habían visto en mucho tiempo, después de un Virrey español.

El pasado es nada, y al fin y al cabo el futuro se convertirá en el pasado, dice Lord Byron. Aquí el Pasado está en todas partes; ¿y el Futuro? Conteste quien pueda.

Mientras nos asombrábamos ante el número de máquinas para hacer moneda falsa que han sido recogidas, se nos aseguró que

actualmente el doble de ese número están en plena actividad en México; mas como pertenecen a personajes muy distinguidos, el Gobierno tiene miedo de meterse con ellos. Además, no existe ahora pena bastante para este crimen, que era castigado con la pena de muerte en los días del Gobierno español.

Se dice que una señora de aquí exclamó con una gran naturalidad al oír que acusaban a su esposo de hacer moneda falsa: «No sé por qué esto causa tanto escándalo. A mí me parece que el cobre de mi marido es tan bueno como otro cualquiera».

24. Fuimos ayer noche a la Ópera, en donde daban otra vez la *Lucia*, ya que por el momento parece que no pueden aventurarse, ante el desagrado del público, a representar a *Romeo y Giulietta*. Al atravesar la plaza, paróse de repente el coche: el cochero y el lacayo se descubrieron, mientras una enorme procesión, con luces y una música militar, pasaba a lo largo de Catedral. Se veían oficiales con uniforme de gran gala, con sus cabezas descubiertas, una larga fila de monjes y sacerdotes y un carruaje llevando la Sagrada Forma, rodeado de cientos de gentes del pueblo con antorchas encendidas. Una banda militar acompañaba la procesión, lo cual nos sorprendió, pues no era ese día, día de fiesta. Cuando, al fin, pudimos pasar y llegamos a la Ópera, nos informaron que llevaban el viático a un adinerado conocido de nosotros, un general que se encuentra delicado de salud hace algún tiempo, y cuya enfermedad se ha presentado ahora con síntomas fatales.

Para él, pues, tañían con tanta solemnidad las grandes campanas del templo; para él eran las antorchas y la fastuosa procesión, los monjes en sandalias y los oficiales de uniforme; al mismo tiempo que dos bandas de música tocaban a su puerta y otra enfrente de Catedral, y en medio de los cánticos de los monjes y de

la música militar, el alma se preparaba a emprender el vuelo sola, sin nadie que pudiera acompañarle.

Mas si las dulces notas de la *Lucia* ahogaron el eco sonoro de campanas y músicas, no desvanecieron la emoción de nuestros pensamientos. En una casa no muy lejos de donde nos encontramos, un agonizante está recibiendo la Sagrada Forma, mientras que aquí la Castellan, con su belleza y el donaire de la Francia y el canto italiano, nos arranca lágrimas por fingidas penas.

El teatro se veía bastante concurrido, aunque se advertían algunos palcos vacíos, espectáculo tan repulsivo a los ojos de los actores como la vista de unas bocas desdentadas. Nos sentamos con la Baronesa de Ciprey, y muy cerca, casi enfrente de nosotros, estaba *Madame* Mangino, parienta del *Príncipe de la Paz*; muy hermosa, con finas facciones, como vaciadas de un rostro de una mujer de Bohemia, de tez morena, con unos dientes radiantes, ojos alegres y cabello negro. La Castellan cantó muy bien, con una voz clara, con precisión y facilidad. Es ciertamente muy graciosa y bella, pero, excepto su escuela, es ella más francesa que italiana. Su estilo se acomoda con *Lucia*, pero dudo que posea el *air noble* que requieren *Norma* y *Semíramis*. El bajo gusta más a medida que se le va conociendo, pero el guapo tenor no vale nada. El público me parece que, a la vez que es indulgente, sabe distinguir. Aplaudió *con furor* a la bella *prima donna*; encomió al bajo cuando lo mereció y al tenor cuando ello fue posible; pero si desafinaba, por nada de este mundo hubiera sido capaz el público de lanzar un solo viva. Esta distinción da a los aplausos un justo precio, y proceden menos de la experiencia y de la cultura que del «instinto musical».

En una visita que hicimos esta mañana nos mostraron un bordado, el cual, por su riqueza y buen gusto, vale la pena de verse, aunque esto no es aquí un caso insólito. Fuimos a visitar a la esposa de un juez, que nos enseñó toda su casa, que es muy hermosa y ve sobre la Alameda. En una de las habitaciones estaba su

hija haciendo un bordado para el altar de su oratorio. El fondo era de un satén de lo más rico y grueso; el dibujo, figurando una guirnalda de hojas de parra con racimos de uvas. Las hojas de parra bordadas en oto fino, y los racimos se componían de amatistas. No puedo concebir nada más precioso y de tan buen gusto en su vista de conjunto. Los bordados en oro que se hacen en México son, la mayoría, muy hermosos, y abundan las señoras que bordan de lo fino. Se usan los bordados en cantidad asombrosa en los altares y en los uniformes militares. He visto también muchos trajes de baile con magníficos bordados de oro, pero están pasando de moda… Hemos sabido que el general Morán, aunque todavía delicado, está en vías de aliviarse.

25. Por ser este día la festividad de Santiago, el santo patrón de España, los *padres* de San Francisco invitaron a Calderón para que asistiera a la misa en su iglesia. Ocupamos la *tribuna* de la Condesa de Santiago, en donde nos proporcionaron sillas y nos pusieron una alfombra. Calderón y el resto de la Legación se situaron en la nave de la iglesia, sentados en sillones de terciopelo con cirios encendidos en las manos. El Santo fue llevado en procesión, saliendo por la puerta principal, dando la vuelta por las calles, y volvió a entrar por una puerta lateral. La música era muy buena, y oí una voz de soprano, excepcional. Estaban doce niños sentados en unas bancas de terciopelo rojo, colocadas a los lados del altar, y representaban los peregrinos de Galicia (en donde Santiago es la capital); hermosos niños pertenecientes a familias distinguidas, con esclavinas de gris oscuro o carmesí, o de terciopelo de color violeta, con cuellos bordados muy amplios y luciendo adornos de oro y conchas de plata y con un gran sombrero de peregrino que sujeto por atrás, les cuelga del cuello y en las manos cayados con campanitas de plata. Se veían todos los niños muy compuestos y todos se comportaron durante la

ceremonia con una gravedad y decoro muy de circunstancia, andando con gran dignidad en la procesión.

Una vez terminada la *función* nos fuimos a Santiago, una vieja iglesia cerca de México, donde los indios año por año acuden en procesión en este día, y en donde venden fruta, flores, pulque, etc. Toda la grande explanada junto a la iglesia se ve cubierta de verdes puestos, y atestada de carruajes, jinetes y pueblo a pie. Las tropas dieron escolta a la procesión hasta la iglesia. Mas aunque la escena era curiosa, como un vestigio de una antigua y establecida ceremonia, y los indios con sus puestos y flores, y la gran cantidad de fruta a la vista, muy pintorescos, era el sol tan intenso que, después de caminar un rato y comprar *tunas* y nueces y duraznos, regresamos a casa, y la *Güera Rodríguez*, que iba con nosotros en el coche, nos hizo un relato lleno de vida de lo que era esta fiesta en los días fenecidos. Tuvimos esa misma mañana la visita de la Mangino, la cual es aún más hermosa a la luz del día que como parecía serlo en la Ópera, lo que no es tan fácil cuando de bellezas morenas se trata.

26. Otra representación de *Romeo y Giulietta*, de Vaccai, con la segunda representación de *La* Ricci. La orquesta y *La* Ricci parecen haber sido un fracaso. La *Señora* Ricci hizo uno de los más encantadores Romeos, como de costumbre; pero estaba enferma y sin mucho ánimo. La ópera en general, fue recibida con frialdad; los palcos y la platea estaban casi vacíos, y *La* Ricci parece que no puede ganarse el favor del público, aunque hay que confesar que se veía mucho mejor que la noche pasada. Ayer fuimos a la *soirée* del Ministro… Estaban allí *Madame* Castellan y su tenor, y venían de una cena ofrecida por un sacerdote rico a todo el *corps opératique*, desde la *prima donna* para abajo, hasta el *joueur de fagote*, y aun hasta el sastre que hace los vestidos para la ópera, con su mujer. Este acaudalado *padre*, gasta, según se dice, una

gran parte de su fortuna agasajando actores y cantantes. La Castellan (que había obtenido permiso del empresario, ya que es contra lo estipulado en el contrato cantar en casas particulares), cantó algunas arias al piano, con gran pureza, especialmente la de *Robert le Diable*, y *Nina Pazza per Amore*; mas prefiero su voz en el teatro. No es de ninguna manera hermosa; pero tiene una cara encantadora, con una expresión muy apropiada para la música.

Regresamos a casa bajo el claro de luna, el cristal más lisonjero con que puede mirarse la ciudad; con sus anchas y silenciosas calles, y espléndidos edificios, cuya decadencia y abandono suaviza la luz de plata; sus antiguas iglesias, de las que se escapa a veces la voz llena del órgano que se entremezcla con las desfallecidas notas de una música que el viento de la noche nos hace llegar de alguna lejana procesión, o con la suave armonía de un himno de un cercano convento. El monje de albos hábitos, la mujer tapada con el velo, y aun el haraposo limosnero, se añaden al cuadro; la claridad del sol haría demasiado notorios sus trapajos. Y suele acontecer que al correr los coches a la Ópera, o bien de vuelta, a horas avanzadas, se han de parar de súbito ante la presencia del misterioso carruaje, con su atalaje de mulas pintas, el *Ojo* con el resplandor de rayos de luz en las portezuelas; melancólica aparición que retrae nuestros pensamientos a la casa del que sufre, o al lecho en donde ya está la muerte. Entonces, bajo la luz de la luna, las siluetas arrodilladas parecen como esculpidas en piedra. La ciudad de México al claro de luna, los alrededores al amanecer, éstas son las horas más propicias para contemplar los dos escenarios en todo su esplendor, y podamos sentir que

«Todo, menos el espíritu del hombre, es divino».

Enfrente de nuestra casa, es decir, de la Casa de Moneda, está el Palacio del Arzobispo, y frente a este Palacio hay algo que ha

despertado nuestra curiosidad. Es un anciano, el que, sea por una penitencia, o por cualquier otro motivo que ignoramos, permanece arrodillado envuelto en su *sarape*, arrimado a la pared del *Arzobispado* desde el amanecer hasta la media noche y aun hasta más tarde; algunas veces hemos salido de casa a las nueve y allí le hemos dejado arrodillado, y a nuestro regreso, a la una de la madrugada, todavía se encuentra en la misma postura. No pide limosna; pero ahí se está hincado, silencioso e inmóvil, horas y horas, como si estuviera cumpliendo alguna promesa…

Hicimos una visita esta tarde al Arzobispo en su mismo Palacio, un enorme y vasto, edificio, se diría una calle, como lo es la *Casa de Moneda*.

Nos recibió con gran cordialidad, y sin sus vestiduras oficiales se le notaba muy cómodo, con una sotana muy fina de seda de color violeta.

1.° de Agosto. Nos visitó anoche uno de los directores de la Casa de Moneda, el más curioso y original sujeto; es mexicano, con más de treinta años de servicios en éste y otros puestos, y después de hablar de los diferentes virreyes que ha conocido, empezó a contarnos varias anécdotas del virrey Revillagigedo, el más respetado por su justicia, el más famoso por su energía, y el más temido por su severidad en toda la dinastía de virreyes. El entusiasmo de nuestro amigo se elevó a las nubes ante la vista de un reloj de música, anticuado pero muy bonito, que se encuentra encima de una mesa de la sala, y el cual nos dijo que lo había traído ese mismo virrey, y considerado, en aquellos tiempos, como un milagro del arte.

Algunas de las anécdotas que nos contó son aquí muy conocidas, pero su manera de contarlas estuvo muy interesante y añadió, además, varias particularidades que no habíamos oído nun-

ca. Y como los sucedidos mismos me parecen tan curiosos y singulares, por mucho que pierdan al trasladarlos con sencillez en lugar de «dramatizarlos», según él lo hace estoy tentada de daros a conocer algunos. Pero mi carta está llegando más allá de sus límites ordinarios, y vuestra curiosidad ha de estar, sin duda, puesta a prueba hasta la llegada del próximo paquete.

CARTA XLIII

Revillagigedo.—El mercader pérfido y la dama.—El Virrey, el español injusto, el indio y las onzas de oro.—Crimen horrible.—Detalles.—Promesa.—Familia campirana.—La mancha de sangre.—Una madre denuncia a su hijo sin saberlo.—El Virrey cumple su promesa.—Empedrado de las calles.—Severidad para con los frailes.—La doncella solitaria.—Un bofetón.—Pensión.—Concierto matutino.—Nuevo Ministro.—Calle del «Indio Triste».—Tradiciones.—Reunión de despedida.—Epitafio en una tumba.

3 de agosto.

Una acaudalada señora se vio, por determinadas circunstancias, en urgente necesidad de una corta suma de dinero. Acudió a un *compadre, Don*…, un comerciante respetable, a quien explicó sus apuros, y en prenda de los ochocientos pesos que le pedía le ofreció un cofrecillo lleno de valiosas joyas. Aceptó éste, cerróse el trato, sin que se firmara papel alguno, y en dejando las joyas recibió el dinero la señora. Al cabo de unos meses, desaparecida su necesidad momentánea, fue la dama a casa de su *compadre* para devolverle el dinero y rescatar sus joyas. No se hizo rogar el comerciante para recibir lo que le había prestado, pero en cuanto a las joyas manifestó, ante la sorprendida *comadre*, que para nada había oído hablar de ellas y que nunca se mencionaron en el tra-

to. La señora, indignada ante la perfidia del comerciante, se dirigió sin pérdida de tiempo al palacio del virrey en demanda de justicia ante ese Salomón occidental, aunque sin poderse imaginar cómo podría obtenerla.

Fue recibida al instante por Revillagigedo, quien escuchó con profunda atención los pormenores del caso. «¿Tuvo usted testigos?», dijo el Conde. «Ninguno», replicó ella. «¿No pasó algún criado por donde se encontraban ustedes mientras se concertaba la operación?». «Ninguno». Reflexionó el Virrey un momento. «¿Su *compadre* de usted fuma?». «No señor», contestó la dama, asombrada por esta pregunta insólita, tanto más cuando la aversión del Virrey al tabaco era tan manifiesta que ninguno de sus súbditos fumadores se atrevían a aproximársele sin antes haber tomado todas las precauciones para quitarse el olor que pudiera dejar la fragante hoja en sus vestidos o personas. «¿Toma rapé?», dijo el Virrey. «Sí, Excelencia», contestó la visitante, pensando probablemente que por esta vez el ingenio de Su Excelencia se había ido por los cerros de Ubeda. «Con esto me basta —dijo el Virrey—, retírese usted a la habitación contigua y *permanezca tranquila*, sus joyas le serán devueltas». Despachó luego Su Excelencia un mensajero para que fuera en busca del mercader, el cual no tardó en presentarse.

«Le he mandado llamar —dijo el Virrey— para que hablemos acerca de algunos puntos en los cuales sus conocimientos en el ramo del comercio pueden ser útiles al Estado». El comerciante no cabía en sí de gozo y gratitud, mientras el Virrey daba principio a una conversación sobre negocios relacionados con su giro. Súbitamente el Virrey se metió primero la mano en un bolsillo, luego en el otro, con la apariencia de un hombre a quien se le ha perdido algo. «¡Ah —exclamó—, mi caja de rapé! Excúseme un momento mientras la voy a buscar al otro cuarto». «Señor —dijo el comerciante—, permítame la honra de ofrecerle a Su Excelencia la mía». Recibióla distraídamente Su Excelencia, y con ella en

la mano siguió conversando, hasta que con un pretexto cualquiera salió de la habitación y llamando a un oficial le ordenó que llevara la caja de rapé a la casa del comerciante, y le pidiera a la mujer de éste, como de parte de su marido, que en señal de aquella prenda le entregase el cofrecillo de las joyas. Retornó el Virrey al sitio en donde había dejado a su infatuado visitante, reanudándose la plática hasta que regresó el oficial, quien, después de solicitar hablar en privado con el Virrey, le entregó el cofrecillo de las alhajas que acababa de recibir de las mismas manos de la mujer del comerciante.

Volvióse entonces Revillagigedo a donde se encontraba su bella quejosa, y con el pretexto de enseñarle algunas habitaciones del Palacio, la llevó a una estancia en donde entre otros muchos objetos de valor se ostentaba el cofrecillo abierto con sus joyas adentro. No bien las reconoció la señora, cuando quiso abalanzarse sobre ellas estremecida de asombro y alegría. Requirióla el Virrey a que esperara todavía un poco, y se fue a donde estaba su otro visitante. «Ahora —dijo—, antes de pasar adelante, desearía saber la verdad acerca de otro negocio en el cual está usted interesado. ¿Conoce usted a la *señora de* …?». «Íntimamente, Señor, es mi *comadre*». «¿Le prestó usted ochocientos pesos en tal fecha?». «Sí, Señor». «¿Le dio ella a usted un cofrecillo de joyas en rehenes?», «Nunca», contestó con énfasis el comerciante. «El dinero fue prestado sin ninguna garantía, simplemente como un acto de amistad, y ella ha inventado una historia acerca de unas alhajas que no tiene el menor fundamento». En vano le rogó el Virrey que reflexionara y no le obligase a tomar severas medidas, añadiendo a la perfidia el abuso de confianza. Persistía el comerciante en su negativa, jurando y perjurando, cuando de rebato salió el Virrey y regresó con el cofrecillo de las joyas en la mano. Demudóse el atónito mercader ante aparición tan inesperada, y perdió del todo su presencia de ánimo. Le ordenó el Virrey que se quitara de su vista, reprendiéndole por su falsedad y felonía, y

le prohibió la entrada a Palacio para siempre jamás, conminándole al mismo tiempo para que le mandase a la mañana siguiente los ochocientos pesos y quinientos más, lo cual cumplió el comerciante, y fueron distribuidos, por orden del Virrey, entre los hospitales. Y se dice que, de añadidura, Su Excelencia reprendió con severidad a la dama por haber cerrado un trato sin papeles escritos.

Otra anécdota de que me acuerdo, es la siguiente: Presentóse una vez un pobre indio ante el Virrey y le dijo que había hallado en la calle un costal lleno de onzas de oro, y que oyó un pregón público, donde se prometía una buena recompensa al que lo devolviera a su dueño. Que al efecto de ganarse el hallazgo, llevó el costal a *Don*…, que era quien lo había perdido, y que éste contó las onzas y se quedó con dos, mismas que pudo ver cómo el dueño se las metió en la bolsa, y que después este mismo le echó en cara a él, un pobre indio, de haberse robado parte del dinero y que le llamó ladrón y pícaro, y que en lugar de premiarle lo atrojó de la casa.

Para el Virrey no existía la demora, y la acción pronta era su divisa. Retuvo al indio y despachó a un oficial para que exhortara a *Don*…, se presentase con el costal de las onzas. Llegado éste pidióle el Virrey le hiciera un relato circunstanciado del caso, no sin que su ojo avisado no leyera ya a primera vista la falsedad en su rostro.

«Con permiso de Su Excelencia, perdí un costal lleno de oro. El indio que está presente ante Su Excelencia me lo trajo en espera de sus galas, pero robándose primero parte del contenido. Lo eché de la casa como ladrón que en vez de recompensa merece castigo».

«Vamos por partes —dijo el Virrey—, en esto debe de haber habido alguna equivocación, ¿cuántas onzas contenía el costal que usted perdió?». «Veintiocho». «Y ahora, ¿cuántas hay en el

costal?». «Sólo veintiséis». «Contémoslas… Ya veo que es como usted dice. El caso es claro, y aquí hemos estado todos equivocados. Si este indio fuera un ladrón, nunca hubiera devuelto el costal y robádose sólo dos onzas. Se hubiera quedado con todas. Es inconcuso, pues, que este costal no es el de usted. Hemos terminado, caballero. Continúe buscando su costal de oro. En cuanto a ti, amigo, puesto que no podemos dar con el verdadero dueño, apechuga con estas veintiséis onzas y llévatelas de una vez. Son tuyas». Y en diciendo esto Su Excelencia se inclinó con cortesano modo ante el confundido tramposo y el rústico feliz. *Mr.*…, cree que esta historia está tomada de algún cuento oriental con un asunto parecido. Sin embargo, bien «puede» haber ocurrido dos veces.

En 1789, durante el virreinato de Revillagigedo, se cometió un horrible asesinato, notable por dos particularidades: lo fútil de las circunstancias que condujeron a su descubrimiento, y la energía desplegada por el Virrey en fuerte contraste con la lentitud con que camina la justicia en nuestros días. En aquel tiempo, vivía en México en la calle de Cordobanes, número 15, un rico comerciante llamado *Don* Joaquín Dongo. Un dependiente de comercio, de nombre José Joaquín Blanco, que había sido antes empleado en su escritorio, se entregó a una vida disipada e hizo amistad con otros dos jóvenes, Felipe Aldama y Baltasar Quintero, jugadores y galleros (dicho sea con respeto) como él, y coludido con ellos tramó un plan para robar a su antiguo amo.

En consecuencia, acecharon la casa, y una noche, sabedores de que Dongo estaba ausente, remedaron los toques que solía dar el cochero, y que Blanco conocía, para que le abrieran cuando de noche llegaba con su carruaje. Les abrieron las puertas y se colaron los ladrones en la casa. Fue su primera víctima el portero. Le derribaron en tierra, y acabaron con él a puñaladas. Le siguió en turno un indio correo que, con las cartas en la mano, esperaba el regreso de su amo, y después la cocinera, y así sucesivamente

hasta que once personas estuvieron tendidas en el suelo revolcadas en su sangre. Los miserables descerrajaron las chapas de las arcas, siempre guiados por Blanco, el cual, como empleado que había sido en un tiempo de la casa, conocía al dedillo todos sus secretos. Recogieron veintidós mil pesos en especie, y siete mil pesos de plata.

Entretanto, el infortunado dueño de la casa regresó, y a la señal acostumbrada abrieron el zaguán los ladrones, y en entrando el coche, volvieron a cerrarla al instante. Viendo Dongo al portero bañado en sangre y a los criados muertos al pie de la escalera, comprendió de inmediato lo desesperado de su situación, y dirigiéndose a Aldama, que cerca del zaguán estaba, le dijo: «Mi vida está en vuestras manos, pero por el amor de Dios tened piedad y no me matéis a sangre fría. Decidme cuánto dinero queréis y tomad todo el que haya en la casa, y dejadme, y os juro guardar el secreto». Consintió Aldama, y adelantándose Dongo para subir las escaleras, pasando por encima del cadáver del indio correo, cuando se encontró con Quintero a quien hizo la misma súplica con igual buen resultado; pero en esto irrumpió Blanco, y poniendo su espada en el pecho de Quintero y lanzando un horrible juramento, exclamó: «O le matas o te mato ahora mismo». Imaginad por un momento en qué circunstancia se hallaba el desgraciado Dongo, rodeado de cadáveres y de asesinos, en su propia casa, en las angustias de la noche y sin esperanzas de que nada ni nadie pudiera socorrerle. Sucedió una horrible y breve pausa, mas Quintero, bajo el influjo de la imprecación, le dio muerte a puñaladas.

Recogieron luego el botín los asesinos y le llevaron al carruaje de Dongo, y montando de cochero Aldama, y siendo todavía noche cerrada, salieron a escape y pasaron las puertas de la ciudad hasta llegar a un lugar desierto no muy lejos de un pueblo, abandonando el coche con las mulas enganchadas; enterrando sus tesoros, que más tarde condujeron a una casa ubicada en la

calle del Águila, número 23. A la mañana siguiente cada uno de ellos se fue a sus menesteres, como si nada hubiera sucedido. Cuál sería la consternación pública cuando a la luz del nuevo día se descubrió esta sangrienta tragedia, es fácil concebirla. Juró el Virrey que en el plazo de una semana, a contar desde el día de los asesinatos, los criminales serían descubiertos y colgados ante sus propios ojos.

En el acto se dictaron las providencias más acerbas, previniendo que todas las garitas de la ciudad se cerrasen para impedir que nadie saliera; expidiéronse órdenes rigurosas a los justicias de los distritos de la capital para que tomaran razón individual de los que se hallaban aposentados en mesones y aun en casas de vecindad, y se diese cuenta a las autoridades de quiénes fuesen, de qué lugares, con qué destino se hallaban en dichos sitios, etc. Se proveyeron cordilleras correspondientes para reconocer los pueblos cercanos a la capital; de cualquier persona que hubiera pasado por ellos, o entrado o salido en un cierto espacio de tiempo, y también que los soldados vigilasen los caminos de los alrededores. Todos los escondites y todas las casas sospechosas fueron registradas. En el siguiente día tuvieron verificativo los funerales del desventurado Dongo y de las demás víctimas, y se vino a saber más tarde que Aldama se halló entre los dolientes de más consideración, tratando y comentando sobre esta horrible carnicería, y en lo tocante a las probabilidades de descubrir a los asesinos.

En esto, una familia que habitaba en uno de los pueblos cercanos oyó hablar de este sucedido, y con esa tendencia a lo maravilloso tan propia de las personas sencillas, o poco o nada corridas en las cosas del mundo, determinó hacer una visita a la capital, y oír, de la misma fuente pura y cristalina, las nuevas extraordinarias que seguramente les llegaron en cien formas abultadas.

No bien acababan de llegar a su alojamiento cuando fueron visitados e interrogados por la policía sobre los motivos de su

viaje, del lugar de nacimiento, etc. Alguien de la familia mencionó, a título de información graciosa, que pasando por frente a una barbería (seguramente son los ojos muy abiertos, ávidos de ver escenas horribles), había visto al barbero hablar con un sujeto al que le apercibió en la *queue* (o sea la cinta del pelo que entonces se empolvaba y se ataba por atrás) una gota de sangre. Por fútiles que estas circunstancias nos puedan parecer ahora, el Virrey mandó inmediatamente que el dicente llevase a los oficiales de la justicia a la barbería en cuestión. Una vez en el lugar del hecho, examinaron al expresado barbero, y preguntado que fue por lo que toca a las personas con quien había hablado esa mañana, citó como a una media docena, entre ellos a Aldama, que no gozaba de muy buena reputación. Se hizo comparecer a Aldama, y se hizo entrar al denunciante para identificar a la persona, quien al punto le conoció como el mismo sujeto, y habiéndose observado la gota de sangre, le mandaron aprehender en el acto por sospechoso. Héchole cargos sobre la gota de sangre, dijo que como fue a la plaza de gallos, a tal día y a tal hora, donde los que mataban solían pasarlos sobre las cabezas de los concurrentes, no dudaba que le hubiesen caído algunas gotas en el cuello de la camisa y en el pelo. Hechas las pertinentes inquisiciones en la plaza de gallos, corroboraron lo dicho varios testigos, y por extraordinario que ello parezca, lo más probable es que su aserto fuese la verdad.

En este estado las cosas, la madre de Blanco, profundamente afligida por la vida disoluta de su hijo, se resolvió (lo que viene a atestiguar más que otra cosa alguna, la bondad de Revillagigedo y la confianza que le tenían pobres y ricos) consultar al Virrey cuáles podían ser los medios más apropiados para que el joven se corrigiera y se encaminase por la senda de las buenas costumbres. Se diría que la mano vengadora de la Providencia había guiado a esta infortunada madre para que diera un paso que tan fatal debía resultarle para su hijo. Le dijo al Virrey que en vano había pro-

curado corregirle, que los días y las noches las pasaba acompañado de gente de perversa ralea en las casas de juego y en las plazas de gallos, y que temía que algún día le viniese daño a consecuencia de sus pendencias, blasfemias y borracheras; que hacía pocos días había llegado tarde a la casa y que se apercibió de que sus medias estaban salpicadas de sangre; que preguntóle la causa y él le contestó que por haber estado en la plaza de gallos. No terminaba la mujer su relato, cuando ya estaba Blanco encerrado en una bartolina de las mismas cárceles de Aldama. Poco después prendieron a Quintero con noticia de ser su íntimo amigo y compañero de los dos presos, y le metieron en la misma cárcel por sospechoso; cada quien en su calabozo, sin poderse comunicar entre ellos.

Parece que Quintero, quizá el menos endurecido de los tres, suspenso por la convicción de que el dedo de Dios era demasiado manifiesto en el cúmulo de combinaciones y circunstancias que determinaron se les aprehendiera, a él y a sus compañeros, y que no permitía abrigar duda alguna de que al final todo tendría que descubrirse, confesó desde luego en descargo de su conciencia, y declarando que bien veía lo inútil de seguir negando, hizo un pormenor de cuanto había ocurrido. Suplicó se le diese un término de nueve días para disponerse a bien morir; mas el virrey sólo le concedió tres. Al confesar Aldama, dijo que la muerte que le acumulaban cuando fue alcalde de un pueblo cercano a la ciudad de México, ocurrida antes del mando de Revillagigedo, era cierta, y por la cual le habían abierto proceso e indultado. En el tiempo de su alcaldía, el correo del pueblo terna la costumbre de pasar por su casa y darle cuenta de las cantidades que recolectaba. Un día, ya tarde, el correo se detuvo en la casa de Aldama y le contó que llevaba encima la suma de mil quinientos pesos para un pueblo de los alrededores. Eran las doce de la noche cuando ese hombre salió de la casa de Aldama, quien tomando una vereda a través del campo, alcanzó al correo y, saliéndole al encuen-

tro, le dio de puñaladas. A la mañana siguiente, al darle la denuncia, él mismo, en funciones de alcalde reconoció el cuerpo e hizo gala de su celo para que se emprendieran las pesquisas pertinentes al descubrimiento de los criminales. Sin embargo, las sospechas recayeron sobre el alcalde y fue preso, pero salió libre por dineros, y poco tiempo después dejó el pueblo y se vino a México, campo más amplio para su perversidad.

Una vez que los criminales confesaron se les ordenó que se dispusieran a morir. Se levantó el patíbulo entre la puerta central de Palacio y la que sirve ahora de puerta principal para las guardias de la ciudad, y le cubrieron de bayetas negras en distinción a la noble estirpe de los criminales. Asistió mucho concurso de gente, y el Virrey, desde el balcón de su palacio, presenció la ejecución en la gran plaza, precisamente el mismo día en que cumplía la semana en que se cometieron los asesinatos.

Se encontraban entonces las calles muy en orden, con completa iluminación y buenos empedrados; y en una ocasión en que, de acuerdo con su costumbre, había recorrido Revillagigedo la ciudad a caballo, a fin de darse cuenta de si todo estaba bien dispuesto para la semana santa, observando que muchas partes de algunas calles estaban sin empedrar o requerían repararse, mandó llamar sin dilación al jefe de la policía y le hizo saber que deseaba que dichas calles debían estar empedradas y listas antes de la semana santa, para la cual faltaban ya muy pocos días. El jefe de la policía observó que hacerlo en tan corto plazo era del todo imposible. Le mandó el Virrey que cumpliera sus órdenes, so pena de perder el empleo. El Domingo de Ramos, muy temprano, hizo que averiguasen si todo estaba terminado, y cuando las campanas tocaban llamando a misa de la mañana, se colocó el último adoquín que faltaba para dar fin a la obra en la calle de San Francisco.

Se dice que con frecuencia se paseaba de incógnito, como otro Harun-r-Raschid, lo que le permitía descubrir abusos ocultos y

ponerles remedio. Por instrucciones suyas ningún fraile podía estar fuera de su convento después de vísperas. En una de sus correrías nocturnas vio a deshoras en la calle de San Francisco a un fraile vagando muy a gusto. El virrey se encaminó en el acto hacia el convento, y dándose a conocer, fue recibido con todos los respetos debidos. «¿Cuántos frailes tiene su Paternidad en el convento?», preguntóle el Virrey. «Cincuenta, Su Excelencia». «Ahora sólo hay cuarenta y nueve. Llámelos a todos, y vea cuál es el que falta, y haga que su nombre no se oiga más en este convento». Se pasó lista, descubriéndose que en la comunidad aquella noche nada más había cuarenta y cinco frailes. Dispuso el Virrey que los cinco que habían infringido las reglas nunca más fueran admitidos en el convento. ¡Ay, como no vivió Su Excelencia en estos nuestros días de disolución para contemplar a ciertos frailes de cierta Orden, libando pulque y retozando de distinto modo! ¡Y que viera a este fraile, que acabamos de ver desde la ventana, paseándose por la calle a la luz de los faroles, del brazo de una *indita*!

Una anécdota más del «inmortal Revillagigedo», y termino. Una noche, ya muy tarde, y no lejos de la garita de la ciudad que llaman del «Niño Perdido» (en memoria de aquel tiempo cuando «se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin saberlo José y su Madre», y sus padres le buscaban angustiados). Su Excelencia se encontró con una joven de buena presencia, que a esas horas avanzadas caminaba sola y muy aprisa, pero cuyo aspecto propalaba serenidad y modestia. Deseando poner a prueba el temple del acero (o del cobre) de la muchacha, dejó un poco atrás a sus oficiales; los que posiblemente no se admiraron mucho…, ¡de ninguna manera!, cuando vieron al grave y severo Revillagigedo acercarse a la joven con cierta familiaridad y pedirle permiso para acompañarla en su paseo, lo que ella rechazó indignada. «*Anda* —dijo Su Excelencia—, no te des tantos aires, que no eres más que una *mujercilla* en busca de aventuras». ¡Imaginad qué sentiría

Su Excelencia al recibir en respuesta un tremendo y bien aplicado bofetón! Se precipitó la escolta, y ante su estupor halló al Virrey sonriente, viendo cómo se alejaba la damisela aventurera. «¡Su Excelencia, qué desacato, qué insolencia, audacia semejante…!». «Un poco de calma —dijo el Virrey—, la muchacha se ha hecho acreedora a nuestro interés. Inquirid en seguida quién es y quiénes son sus padres, y cuáles son los motivos que le obligan a andar a estas horas por esas calles. No cabe duda de que deben de ser honrosos». Las indagaciones dieron la razón al virrey. Era una pobre muchacha, que sostenía a su madre moribunda dando lecciones de música y se veía precisada a andar a pie de casa en casa y a todas horas, y entre sus discípulas se contaba la hija de una anciana señora que vivía fuera de garitas, y de cuya casa y última lección regresaba con frecuencia ya muy vencida la noche. En posesión de estos particulares, tuvo a bien el virrey que se le señalara una pensión de trescientos pesos anuales, hasta el día de su muerte, y se dice que vive aún, aunque es de edad provecta. Esto se llama hacer fortuna gracias a un *coup de main*, o por dar un bofetón a tiempo.

6 Agosto. Hubo mucha gente y un rato de buena música esta mañana; se ofreció la Oportunidad de que pasaran unas horas con nosotros *Madame* Castellan y su tenor y *Madame* Cesari, junto con *Madame la Baronne* de Ciprey, y otras señoras y caballeros. La Castellan estuvo muy amable y cantó divinamente, pero se veía pálida y cansada. Se ha prodigado mucho en estos últimos días en la «*Sonámbula*». *Madame* Cesari estaba hermosísima.

Haría una hora que se habían marchado cuando hicieron su *entrée* en México el nuevo ministro y su familia. Ya es muy tarde, sin embargo, para que podamos salir antes del Otoño, pues en Veracruz, la fiebre hace estragos, y, por otra parte, tampoco hemos perdido las esperanzas de que tan pronto como Calderón

disponga de tiempo, emprendamos otra excursión a caballo por el interior. Pero circulan rumores de otro pronunciamiento, y si así ocurriera, nuestra residencia actual, próxima a Palacio, será sin duda un lugar más distinguido que agradable…

Tuve siempre la curiosidad de saber por qué a la Calle del *Indio Triste* la llaman con este nombre. Estamos en muy buenos términos con dos o tres «casas» en dicha calle, y nunca paso frente a las grandes letras negras que indican al transeúnte que se encuentra en la calle del «Indio Triste», sin que mi imaginación deje de echarse a volar sospechando que en ella ocurrió alguna tragedia perteneciente a los tiempos de la conquista. Fue, pues, con verdadera alegría que me encontré con un artículo en el «Mosaico Mejicano», en donde se trata de dar una explicación acerca del Origen del melancólico título que conservan los azulejos en la esquina de esa calle, que, no obstante lo malo de su empedrado, conserva el atractivo de sus casas, que las tiene muy hermosas, entre ellas la del *Señor* Rubio, notable por su bella entrada y la elegancia de sus salones. Parece que hay varias tradiciones en lo que se refiere al nombre. La primera tiene que ver con un indio rico que en los años inmediatos a la conquista vivía en dicha calle, y que era un espía de sus hermanos de raza, informando al Virrey Oportunamente de cuantos planes y combinaciones intentaban para sacudirse el yugo extranjero. Mas en una ocasión, al no dar parte a la autoridad de que se estaba preparando un motín, fueron secuestrados con ese pretexto sus bienes, y no pudiendo sobrellevar la pérdida de honores y bienes, se sentó en la esquina de esa calle llorando su desgracia, y objeto de la burla general, se abstuvo de comer por algunos días hasta que se encontró muerto en la esquina de la calle, y en la misma triste postura. El Virrey declaró sus bienes propiedad de la Corona, y queriendo atemorizar a los malcontentos, mandó hacer una estatua de piedra que representase a lo vivo a aquel indio llorón. La estatua permaneció en la esquina, pegada a la pared, hasta que derri-

baron la casa y se quitó, trasladándose posteriormente al Museo Nacional, donde existe; pero la calle conserva aún el nombre del «Indio Triste».

Pero he aquí la otra tradición concerniente al origen del nombre, mucho más interesante y aun, quizá, más verosímil. Parece que el lugar donde hoy se halla la calle lo ocupaba el Palacio de Axayácatl, padre de Moctezuma, último Emperador de México. Su extensión y magnificencia eran tales, que ahí recibieron y hospedaron a los españoles, y según Torquemada, a cada uno se les destinó su pieza. En un gran patio se hallaban muchos ídolos, a quienes se hacían fiestas, aunque no tenían templo designado. Después de la conquista se mutiló o destruyó la mayor parte de ellos, y sólo por una contingencia se ha encontrado últimamente en este lugar, la cabeza de la diosa de las aguas, preciosamente labrada en un trozo de serpentina; sin embargo, se conservó una estatua de un indio que se decía fue colocada ahí por los aztecas en signo del sentimiento que habían formado por la muerte de Moctezuma, a quien, en recuerdo de sus infortunios, le denominaron *el Indio Triste*. Colocaron después esa estatua en la esquina de la nueva casa que levantaron ahí los españoles, y dieron su nombre a la calle. A quienquiera que represente, esta figura de un indio en posición sedente, con su aspecto de humillación y desamparo, es muy melancólica. Está hecha de piedra basáltica.

11. Calderón acaba de regresar de una visita al Archivo General, en donde todo es ruina y confusión. *Don* Ignacio Cuevas, su director, ha escrito varias obras: la Historia de los Virreyes, de las Californias, etc., cuyos manuscritos fueron robados o destruidos en el último *pronunciamiento*. Volvió a contarle la anécdota de Revillagigedo y las joyas, que difiere con el relato de *mi* amigo sólo en que no fue un cofre de joyas, sino un brazalete de diamantes. Díjole a Calderón que, en lengua mexicana, México sig-

nifica «debajo de esto», aludiendo a la población que, según la tradición, está sepultada debajo del *Pedregal*.

18. Han llegado noticias de que el general Paredes se ha «pronunciado» en Guadalajara el 8 de este mes. Corren extraños rumores, y todo el mundo supone que Santa Anna es o ha de ser el agente principal de los grandes cambios que se predicen. Muchos, en cambio, hablan de ello como de algo sin importancia, y opinan que el levantamiento, uno más, ha de ser ahogado en su cuna. El *Plan* proclamado por Paredes es esencialmente militar, aunque promete convocar un Congreso, cosa muy popular en los Departamentos, y ya lo han adoptado los de Zacatecas, Durango y Guanajuato. Mientras, todo sigue como de costumbre. Hemos ido varias veces a la Ópera; los paseos están muy concurridos, y tuvimos una *soirée* musical la otra noche que resultó muy alegre; pero la cual, a juzgar por los signos de los tiempos, será la última que demos en México.

28. Esta mañana, en una audiencia, Calderón se despidió del Presidente, y fue recibido el nuevo Ministro.

30. En estos últimos días se nos ha ido la mayor parte del tiempo devolviendo visitas de cumplido con la *Señora*… tuvimos tiempo, sin embargo, de pasar casi una hora la otra tarde en el hermoso cementerio que se encuentra en las goteras de la ciudad, y que es, por cierto, uno de nuestros lugares favoritos, y conocido bajo el nombre de *Panteón de Santa Paula*. Tiene una bonita capilla, en donde dicen una misa diaria a la intención de los difuntos. Han plantado árboles jóvenes de muchas clases, y la vista

de las tumbas y la extensa y melancólica fila de los negros nichos, con sus inscripciones en letras doradas, inspiran ideas tristes, pero a la vez producen un estado de dulce calma. Reina un orden perfecto, y los epitafios, aunque no todos de elevado estilo, casi siempre respiran ternura, y algunos son conmovedores. Hay uno cerca de la entrada, el que, en su patetismo original y aun con lo que pueda perder al traducirlo, debo transcribir:

«Aquí yacen los amables restos de Carmen y José Pimentel y Heras. La primera falleció el día 11 de Junio de 1838, de edad de año y once meses, y el segundo, el 5 de Septiembre de 1839, a los diez y seis meses de su existencia; y a su cara y perpetua memoria, el amor materno les dedica el siguiente

»EPITAFIO

»¡Hijos de mi alma… Carmen… José amado…!
Frutos de Pimentel, vuestro almo padre.
¿Por quién habéis dejado a vuestra madre?
¿Cuál ha sido el motivo que os he dado?

«¿Por quién os separasteis de mi lado?
¡Mas ya oigo vuestra voz!, y con anhelo,
en ella me decís: Por ir al cielo;
por ir a ver a Dios te hemos dejado».

«Vástagos caros, si esto os ha animado,
tórnese ya mi llanto en mi consuelo,
pues no sois dignos de que os forme duelo,
puesto que con mi Dios me habéis trocado».

«Dadle por mí las gracias, y en el canto

pedid que a vuestros padres dé otro tanto».

CARTA XLIV

Agitación.—Tormenta.—Revolución.—*Manifiesto*.—Igual que una partida de ajedrez.—Posición de las piezas.—Aspecto de la ciudad.—Tiroteo.—Situación de los partidos.—Comparaciones.—«*Comicios*».—El pueblo.—El Congreso.—Santa Anna.—Ofrecimientos de amnistía.—El rugir del cañón.—Proclama.—Tiempo de mudar de casa.—La voluntad de la Nación.—Sentimientos diferentes.—Destrucción de la casa de un juez.—La Casa de Moneda es requisada.—Preparativos.—Cañoneo.—*Los Enanos*.

31 de agosto.

Esta tarde, al mismo tiempo que desde nuestros balcones veíamos cómo en el cielo las nubes se aglomeraban en espesas y oscuras masas, precursoras de la tormenta, se notaba que la ciudad era invadida por una súbita agitación. Se cerraban las tiendas; los que pasaban por la calle lo hacían aprisa; había gente asomada en todas las ventanas, mientras que los más curiosos llenaban las *azoteas*; pero al suceder a estos síntomas una tremenda tempestad de truenos y rayos y cataratas de agua, creímos que toda esa agitación obedecía a una causa muy sencilla. Mas los elementos de la Naturaleza son operados por la Mano que, al igual que los provoca, puede detenerlos según Su voluntad, y cuando el sol se abrió paso sonriente dispersando las nubes, sentimos que la tem-

pestad había refrescado la abrasada tierra y purificado la atmósfera sofocante. No fue así con la tempestad anidada en los corazones de un puñado de ambiciosos, y que ha estallado al fin, y cuyos dardos no están dirigidos por un poder sabio y piadoso, sino por las manos perecederas de unos hombres ignorantes, egoístas y perversos.

No bien acabada de pasar la tormenta, y no fue larga, cuando ya nos llegaban las noticias de una nueva revolución en México. El general Valencia, el mismo que *pronunció* (¡hace apenas dos meses!) aquel discurso petulante y adulador ante el Presidente al recibir la espada de honor, se ha *pronunciado* ahora de una manera muy distinta y mucho más clara. Escuchémosle:

«Soldados: El despotismo del gobierno de México; los males sin número que sufre la Nación; la ninguna acogida que han tenido los reclamos, que no ha cesado de hacer pidiendo su remedio, nos han hecho esta tarde dar un paso que no es una rebelión; es, si, la expresión enérgica de la resolución en que estamos de sacrificarlo todo al interés y bienestar común. La causa que defendemos es la de todos los mexicanos: del rico, como del pobre; del militar, como el paisano. Queremos una patria, un gobierno, la felicidad de nuestros hogares, el respeto en lo exterior; todo lo conseguiremos, no hay que dudarlo. La Nación se moverá a nuestro ejemplo. Las armas que nos ha dado para su defensa sabremos emplearlas en volverle el honor que ha mancillado él, desconociendo la falta de moral y energía de las autoridades. El ejército que la hizo independiente, ha juzgado también hacerla libre y poderosa. El ilustre general Santa Anna, hoy se halla sobre Puebla, acaudillando a nuestros compañeros de la heroica Veracruz. Sobre Querétaro, unido ya al valiente general Paredes, opera a esta hora el decidido coronel Cortázar. Dentro de pocos días veremos las demás fuerzas de la República en movimiento, todas cooperando al mismo fin. El triunfo es seguro, amigos míos, y la causa que proclamamos tan noble, que, vencedores,

nos cubrirá de gloria, y por ella, de todos modos, seremos honrados de nuestros conciudadanos».

En este *Manifiesto*, que es una mera declaración, no hay *plan*. Al parecer, nadie en particular contaba con el general Valencia, y ya sea por temor de que le hicieran a un lado sin intervención en los acontecimientos que pudo prever, o ser arrestado por el Gobierno que sospecha de él, consideró quizá oportuno dar un golpe por su propia cuenta. Pacheco, que comandaba la Ciudadela, junto con los generales Lombardini y Salas, a quienes se había ordenado que con sus respectivos regimientos marcharan en contra de los *pronunciados*, se encuentran ahora en la Ciudadela en situación de rebeldes. Los dos últimos acababan de recibir el dinero para pagar a sus tropas el día anterior.

A las ocho de la noche. Las cosas siguen lo mismo; sólo que el Presidente salió de San Agustín, a caballo, y fue recibido con reiterados *vivas* por el pueblo congregado en la Plaza.

1.° de septiembre. Esta revolución parece una partida de ajedrez en el que los reyes, torres, caballos y alfiles hacen movimientos diversos, mientras los peones miran, sin tomar parte en el juego.

Para comprender cómo está dispuesto el tablero, es necesario explicar la posición de las cuatro piezas principales: Santa Anna, Bustamante, Paredes y Valencia. El primer movimiento fue hecho por Paredes, que lanzó su *Plan*, y se *pronunció* en Guadalajara el 8 de agosto. Más o menos al mismo tiempo, un corredor español, Don Francisco Murphy, que había ido a Manga de Clavo, fue enviado a Guadalajara, en donde tuvo una conferencia con Paredes, que dio por resultado que este General retirara el *Plan*, y se supuso que él y Santa Anna estaban de acuerdo. Al poco tiempo de estos acontecimientos, «El Censor de Veracruz», pe-

riódico del todo adicto a Santa Anna, se pronunció en favor del *Plan* de Paredes, y Santa Anna, con cortas y mal organizadas fuerzas de a pie y de a caballo, llegó a Perote. Permanece ahí por el momento, puesto en jaque por el general Torrejón, gobiernista. Mientras tanto, Paredes, con cerca de seiscientos hombres, salió de Guadalajara marchando sobre Guanajuato, en donde el partido del Gobierno recibió un revés con la defección del general Cortázar, el que en esta forma creyó pertinente demostrar el concepto que tiene de la gratitud después de haber recibido del mismo Presidente las insignias de General de Brigada, el cual se las puso en sus propias manos. Otro *jaque* al Presidente. La defección, una vez empezada, se difunde con la rapidez del rayo, y Paredes y Cortázar, avanzando sobre Querétaro, encontraron que el general Juvera, con la guarnición, se había pronunciado en el mismo momento en que era esperado en la capital para ayudar al Gobierno en contra de Valencia. Y ahora, Paredes, Cortázar y Juvera están unidos y sus fuerzas montan a dos mil doscientos hombres.

En el ínterin, se hace presión sobre el general Valencia para que formule su *Plan*, quien elude hacerlo, esperando, dice, a tener noticias de las intenciones de los generales Paredes y Santa Anna, ya que por su parte sólo desea la renuncia del general Bustamante.

Esta es, por lo tanto, la posición de los tres principales jefes de los *pronunciados* el segundo día del mes de septiembre del año del Señor de 1841. Santa Anna, en Perote, dudando entre avanzar o retirarse, y de hecho, imposibilitado de llevar a cabo una u otra cosa, por la proximidad del general Torrejón. Paredes, en Querétaro, con los demás generales levantados en armas. Valencia, en la Ciudadela de México, con sus *pronunciados*: mientras Bustamante, con los generales Almonte y Canalizo, verdadero blanco de todas estas operaciones hostiles, están determinados, según se dice, a pelear hasta el fin.

México se ve como si disfrutara de un buen día de fiesta. Están cerradas todas las tiendas y los negocios paralizados. La gente, en la más absoluta apatía, departe tranquilamente formando grupos; los oficiales van y vienen a galope; pasan los generales hechos una filigrana con trajes con el color del partido a que pertenecen; sus sombreros grises a la chamberga, galoneadas bombachas, viejos capotes y fajines y los caballos finos, ensillados de terciopelo carmesí. Los comerciantes de la plaza empiezan a vaciar los puestos y se llevan su dinero. Se oye un tiro aislado de improviso, contestado a veces por fuego nutrido, al que sobreviene un silencio de muerte. El Arzobispo se asoma, de tiempo en tiempo, y su cara circunspecta mira desde los balcones a los que están enfrente de su palacio, para retirarse en seguida. Y el aspecto dominante hasta ahora es el de una ociosidad universal en hombres y en animales; los soldados y sus monturas, exceptuados.

Sin embargo, la situación del Presidente no es tan mala como podría aparecer a primera vista, o como lo sería, si a sus enemigos se les permitiera reunirse. Tiene más de dos mil hombres, doce piezas de artillería, y aunque no cuenta con mucha infantería y pocos cañones, dispone de excelente caballería. Valencia conserva mil doscientos hombres, veintiséis piezas de campaña, buenos infantes y casi toda la artillería. Los rebeldes se han posesionado de la Acordada y han dejado en libertad a todos los que estaban detenidos por opiniones políticas; magnífica ocasión para fugarse los criminales.

Los entendidos en estos asuntos dicen que las miras principales del Gobierno es reducir el grupo de levantados a la Ciudadela, y ocupar los puntos circunvecinos: San Diego, San Hipólito, San Fernando, etc.; pero hasta ahora nada se ha ejecutado en este particular, y los *pronunciados*, extendiéndose paso a paso, van tomando dichos puntos.

3. En estos momentos se sostiene un tiroteo más que nutrido entre San Agustín y la Ciudadela. Esta mañana las calles se veían llenas de carruajes y de familias que emigran de la ciudad.

4. Las cosas se están complicando. Ocupan ahora los rebeldes: San José, el Salto del Agua, el Colegio de las Vizcaínas (del que volaron las pobres educandas y sus maestras), Regina, San Juan de la Penitencia, San Diego y San Fernando; una línea de batalla que comprende puntos de gran importancia. La del Presidente comienza en San Francisco y continúa por la Concepción; pero sin plano de la ciudad no podréis entender las posiciones de ambos partidos. No importa: cada mirador y cada campanario están coronados de tropas, y las calles, cortadas por la soldadesca y los parapetos. Y apostados en miradores y zanjas, se cambian espeso tiroteo y es rara la vez en que caiga un soldado, pero sí numerosos ciudadanos pacíficos, por las granadas y bombas que caen en las azoteas de sus casas, y todo esto en aras del «bienestar común».

La Revolución de julio tuvo, por lo menos, la sombra del pretexto: era una guerra entre partidos, y los que lucharon para restablecer el sistema federalista obraron quizá de buena fe. Ahora no existe pretexto, ni principio ni plan; ni siquiera un atisbo de razón o de legalidad. Deslealtad, hipocresía y el cálculo más sórdido son los únicos motivos que se alcanzan a descubrir, y aquellos que entonces afectaban los más ardientes deseos por el bien del país, se han quitado la máscara y aparecen con su verdadera cara; y la gran masa del pueblo que, pasiva y oprimida, permite que la paz de sus hogares sea invadida, se halla al presente angustiada, no por la fuerza de las armas ni por la trascendencia de las

miras de los conspiradores, sino por un puñado de espadones que apenas tendrán noción de sus propios deseos e intenciones, pero que desean conseguir el poder y los honores a cualquier precio.

Cuentan que los federalistas están muy engreídos por las esperanzas que tienen de que su partido obtenga el triunfo, en particular después del *Plan* formulado por Valencia, aparecido hace dos días, y que han dado en llamar el «*Plan de los Comicios*», escrito, según la voz pública, por el general Tornel, que se ha reunido con los de la Ciudadela, y que, debido a su extensa cultura clásica, habla en ella de los comicios de Roma. Desde ese momento la revolución ha tomado el nombre de liberal, y la apoyan hombres del calibre de los Pedraza, Balderas, Riva Palacio y otros, lo cual es de gran importancia para Valencia, y le ha dado fuerza y coherencia a su partido. Además, los *pronunciados* poseen la ventaja de que desde la Ciudadela hasta Tacubaya cuenta con un amplio terreno libre, y según dicen, ciertos banqueros ricos que están de su lado, proveen constantemente a la Ciudadela de muchos cargamentos de cobre, para reexpedirlos desde allí.

Mientras, pasamos el tiempo muy tranquilos. En la mañana solemos recibir desde muy temprano a nuestros visitantes, con los que discutimos la marcha de los sucesos y nos informan de las últimas novedades. Algunas veces nos atrevemos a salir, cuando cesan, claro está, los tiroteos, que son mucho más frecuentes y alarmantes que los del año pasado. Continúan las visitas en las noches, y el *Señor* Barrera y yo tocamos dúos en el arpa y en el piano, a pesar de que México se halla en «estado de sitio». El Ministro…, que vino esta mañana, nos aconsejó, sin embargo, mudar de residencia y trasladamos a Tacubaya, lo que sería tan engorroso, que preferimos darle largas hasta que sea imprescindible hacerlo…

5. Subimos esta tarde a la *azotea* para gozar de una vista magnífica de la ciudad. Había gente en casi todos los balcones, como si fuera un día de fiesta. Un pintoresco grupo de frailes de la Orden de la Merced, con sus hábitos blancos, subidos en el campanario de su iglesia, escrutaban el horizonte con gran zozobra. En la *azotea* de Palacio, lindando con la nuestra, se observaban unos soldados. Todo permanece tranquilo hasta estos momentos; pero el comportamiento del pueblo es, para nosotros, inagotable fuente de sorpresas. Sin un freno que pueda detenerlo, sin nadie que le dirija, millares de ellos sin empleo, muchos sin un pedazo de pan, en nada se mezclan, tampoco se quejan, y apenas sienten, al parecer, ningún interés en lo que ha de venir. ¡Y qué fácil sería guiar por el buen camino a semejante pueblo! Se ha dicho que todas sus «apáticas simpatías» están en favor de Bustamante.

Algunos aseguran que Santa Anna llegará hoy; otros que todo ha de terminar por medio de un tratado; pero ni los informes ni los boletines son dignos de confianza, porque rara es la persona que habla en consonancia con sus sentimientos o convicciones, pues todo lo supeditan a los intereses de partido.

Parece que la conducta del Congreso durante el curso de los sucesos ha satisfecho a muy pocos. Ha publicado por bando lo que pretende ser voluntad de la nación, que es tan ambigua como el oráculo de Delfos; se dice que sus disposiciones carentes de eficacia y obcecación en no querer admitir que la opinión pública está en contra de ellos y que sólo un cambio total podría dar al traste con esta revolución de militares, habrán de contribuir, más que nada, al posible triunfo de la misma.

El Presidente ha hecho uso de las facultades extraordinarias que le fueron concedidas por el Poder Conservador (singular e intermedia autoridad introducida en la Constitución mexicana), para suprimir el diez por ciento de derecho de consumo, y reformar las contribuciones directas, reduciéndolas sólo a las clases adineradas. Medidas que, aparentemente, no han producido nin-

gún efecto. Dicen que las tropas del Gobierno siguen desertando, convencidas de que una revolución en la que toma parte Santa Anna siempre debe de triunfar. El Presidente ha nombrado a cuatro generales más.

6. Fuimos a Tacubaya y nos convencimos de que alquilar un cuarto ahí es imposible, mucho menos una casa. Lo mismo sucede en Guadalupe, San Joaquín; en realidad, en todos los pueblos cercanos a México. No corremos, por ahora, peligro inminente, a menos que el Palacio sea bombardeado. Ayer se sintió un ligero temblor de tierra.

10. El día 7 el Presidente ofreció una amnistía general a los *pronunciados*. Ignoro cuál haya sido el resultado de su ofrecimiento, lo único que me consta es que la tarde terminó con una terrible tempestad con acompañamiento de cañonazos, cuyo rugido producía una lúgubre impresión. En las calles murieron muchas gentes. Habíamos salido por la mañana, pero encontramos al ex ministro Echeverría, quien nos suplicó que regresáramos a casa inmediatamente, porque por todas partes caían balas y ocurrían desgracias.

Poco después el general Valencia publicó un boletín en que da a entender que si el Presidente no cede, se verá precisado a bombardear el Palacio; y advierte que en caso que prenda la pólvora que allí se guarda, se ha de arruinar la mitad de la población. Y con esto caímos en la cuenta de que ya era tiempo de mudar de casa, pues si bombardean el Palacio, la Casa de Moneda no se escapa, y si el Palacio vuela en mil pedazos, la Casa de Moneda volará con él. Cuando se conoció el texto del boletín, varios de nuestros amigos opinaron lo mismo; pero algunos creían que la

amenaza era tan sólo una estratagema y en cambio otros pronosticaban que el bombardeo empezaría a las once de la noche. Un viejo soldado excedente que vive aquí (uno de los que quedaron inválidos en la última revolución) nos aseguró que lo mejor que podríamos hacer es abandonar esta casa, y cuando le hicimos saber que esto era imposible por no contar con alojamiento fuera de ella, se dispuso a subir a la *azotea* diciéndonos que «nos haría saber» cuando cayera la primera bomba sobre el Palacio, y que entonces no tendríamos más remedio que irnos. En la noche bajamos a los vastos salones en donde están ahora haciendo balas de cañón. Vimos que las bóvedas son de tal espesor y solidez, que aun en el caso de que el general Valencia cumpliera su amenaza, este sitio será un seguro refugio. Estuvimos levantarlos hasta las doce de la noche, con el oído atento y la natural angustia, pero no sucedió nada; y hoy, ya no tenemos miedo de ningún súbito asalto de esa índole, pues el general Valencia ha prometido a una diputación de extranjeros distinguidos que fue a verle (sin conocimiento del Gobierno) a la Ciudadela, que en consideración a sus representantes no ha de llegar a estos extremos a no ser que motivos de defensa propia le impulsaran a ello.

Si hacemos caso de las diferentes Opiniones que corren, parece que es tan impopular Bustamante como lo son Santa Anna y Valencia, y que la verdadera voluntad de la nación se inclina: primero, por la inmediata convocación de un Congreso Constituyente, y segundo, a que Santa Anna no gobierne, aunque es preciso que Bustamante renuncie para elegir a un Presidente provisional.

Escribe Santa Anna exteriorizando su disgusto por el hecho de que Bustamante, al asumir las facultades extraordinarias, ha conservado el mando del ejército sin dejar la Presidencia, violando así la Constitución. Lo cual no deja de tener gracia, pues él viene precisamente a destruirla. Corre la noticia de que en la Ciudadela hay una epidemia de tifo, mas son tantos los rumores,

que no sabe uno qué creer… Es evidente que empieza a cundir entre el pueblo un gran malestar. Los extranjeros, en general, se muestran partidarios de Santa Anna, y los mexicanos, de Bustamante; pero todos sufren por igual las consecuencias. Los *léperos* se dejan ver en mucho mayor número que nunca, y anoche asaltaron y robaron dos pequeñas tiendas. En vano publica el Presidente bandos para que estén abiertos los comercios, pues éstos permanecen cerrados a piedra y lodo; todos los negocios están paralizados, y cuantos tienen medios para hacerlo, emigran de la ciudad.

Hemos oído decir que las granadas de la Ciudadela han destruido parte de la hermosa casa perteneciente al juez Peña y Peña, situada frente a la Alameda.

11. Acabamos de recibir informes confidenciales del Gobierno, que muy pronto necesitará esta casa, tanto para fabricar armas y municiones como para alojar tropas, junto con un aviso todavía más confidencial, de que veamos por nuestra seguridad cambiándonos a otra casa. En consecuencia, hemos aceptado, con mucho gusto, la amable invitación de la familia Fagoaga, para que vayamos a su *hacienda* de San Xavier, situada a unas tres leguas de aquí. Habíamos declinado al principio la invitación por su lejanía de la ciudad, grave inconveniente para nosotros que estamos esperando dejarla de un momento a otro; pero viendo además que después de buscar con tanto empeño por todos los pueblos de los alrededores, no nos fue posible encontrar siquiera un cuarto, estamos encantados de pasar los últimos días en México con tan distinguida familia. Bien poco os escribiré acerca de la revolución, la cual después de vivir algún tiempo en México y formado amistades, nos produce sentimientos muy distintos que la del año anterior; ahora nos ligan lazos de afecto con muchos, y nos entristece pensar en sus temores y esperanzas

para el futuro, y si el presentimiento de mayores males nos inquieta, es debido, en gran parte, a ese afecto individual.

12. Nos encontramos en medio del pandemónium que origina otra mudanza; rodeados de baúles, cajas y cargadores, y, al mismo tiempo, por nuestros amigos (de aquellos que aun no han emigrado), despidiéndose de nosotros.

Hubo anoche un terrible cañoneo, pero sin resultados importantes. Los soldados se divierten durante el día, insultándose unos a otros desde las azoteas de las casas y conventos. Ayer, un soldado de las guardias presidenciales le disparó a un soldado de la Ciudadela e hizo blanco, y comenzó a bailar los *Enanos*, y en medio del baile le pegaron un tiro y cayó muerto.

Volveremos a escribir desde San Xavier.

CARTA XLV

Salida de México.—Bagaje.—San Xavier.—Hermosa *hacienda*.—Millonarios.—Señoras bien educadas.—Jardín, etc.—Tlalnepantla.—Choza india.—*Mrs*. Ward.—*Doña* Margarita.—*Pronunciamiento*.—Un paso en falso.—Santa Anna en Puebla.—Neutralidad.—El general Paredes.—El Presidente en Tlalnepantla.—Cansancio en las tropas.—Su marcha.—Su regreso.—Curato.—Crimen.—El general en Lechería.—El Presidente en Tlalnepantla.—Conferencia.—Regreso del Presidente y sus tropas.—El general Paredes y sus hombres.—Santa Anna en Tacubaya.—Unificación.—El Presidente en México.—Alianza de Soberanos.—Plan.—Artículos.—El Presidente se declara por el Federalismo.—Renuncia.—Resultados.—Hostilidades.—Capitulación.—Entrada triunfal.—*Te Deum*.—Nuevo Ministerio.

San Xavier, 16 de septiembre.

Después de una mañana de fatiga, confusión, trajín, despedidas, etc., un coche tirado por cuatro mulas, y que pudimos conseguir con miles de dificultades, se paró ante nuestra puerta; viejo y destartalado el coche, y mulas y correaje en relación, y los aurigas tan bebidos que apenas se podían tener en sus asientos. Pero no teníamos tiempo para más pretensiones, y nos metimos en el carruaje en medio de reverencias, apretones de manos y pronósticos de que el forlón se haría pedazos y que nos asaltaría

una partida de *forcats* que capitanea un español que, según se dice, hace ahora de las suyas en los caminos; eso «dicen», pero estamos en tiempos de «ver y creer», pues ya no se puede uno fiar de lo que le cuentan. Por sí o por no, llevamos a dos criados a caballo que hicieron las veces de escolta, y arrancó con estruendo el coche que crujía de vergüenza; los cocheros bamboleándose de un lado para otro, y nuestra benemérita ama de llaves, que arrebatábamos a la humeante ciudad, gritando sus últimas órdenes a la *galopina*, concernientes a cierto perico verde que dejaba al cuidado de esa damisela de tierno corazón, la que envuelta en su *rebozo* y rodeada de los Directores de la Casa de Moneda, secretarios de Legación, soldados y porteros, tenía bastante quehacer para tener tiempo siquiera de ocuparse de ella misma. Atravesábamos las calles, y la ciudad se veía triste; cerradas las tiendas, las ventanas atrancadas, cañones emplazados y patrullas a caballo. En cada pueblo que pasábamos se bajaban los cocheros a comprar aguardiente y de él llenaban unos grandes vasos que se echaban al coleto y que, al parecer, operaban como pócima, pues iban recobrando gradualmente el equilibrio. Estuvimos felices de llegar a San Xavier, en donde nos recibieron con la más cordial bienvenida, y encontramos lejos, aunque fuera por corto tiempo, del espectáculo y del estruendo de la destrucción. Gran parte del camino que va a Tlalnepantla, pueblo en cuyas goteras se halla San Xavier, corre a través de los restos de las ruinas de la antigua Tenochtitlán.

El paisaje en estas partes es muy atrayente, pues son tierras de maíz y no de maguey. En vez de la monotonía y la tiesura de los magueyes, que nunca puede vencer el viento, nos rodean campos ondulantes de maíz. Entre la abundancia de árboles, dominan el chopo, el fresno y el olmo, y una floreciente especie de este último, que estamos viendo desde nuestras ventanas, fue traída por *Mr*. Poinsett. La *hacienda*, que está a tres leguas, más o menos, de México, es un edificio de vastas e irregulares propor-

ciones, enclavada en unos terrenos un tanto bajos y que rodean unos cerros de un negro azuloso. Pertenece a las *Señoras* de Fagoaga, de la familia del Marqués del Apartado, millonarias acaudaladas por sus haciendas y minas de plata; muy religiosas, muy caritativas y, lo que no es muy frecuente aquí, muy instruidas; poseen el francés, inglés, alemán y aun el latín. Deben su educación a los empeños de su padre, uno de los hombres más distinguidos de México, desterrado dos veces; la primera, por sus opiniones liberales y la segunda, por haber apoyado el «Plan de Iguala», es decir, por no haber sido entonces suficientemente liberal. Su familia le acompañó en el exilio, y viajó por gran parte de Europa y pudo aprovechar de todas las oportunidades. Regresaron cuando se consumó la Independencia en pos de una paz que no consiguieron. Un constante estado de alarma y revoluciones perpetuas se han sucedido sin interrupción desde entonces.

La *hacienda* contiene el usual *quántum* de muebles de todas las casas de campo, y ciertamente ya no es motivo de sorpresa para nosotros esa carencia de interés de los propietarios para embellecer sus residencias. Una casa que puede convertirse cada año, probablemente, en un cuartel, vale más que permanezca con sus piezas desnudas y no llena de elegantes muebles. Esta casona ha sido destruida más de una vez por esta misma causa, y la última en que fue ocupada por las tropas, la dejaron como los establos de Augías. En cambio disfrutamos del lujo de los libros. Mi cuarto da a una bonita capilla, cuyo interior está cubierto con pinturas de Santos y de Vírgenes con lirios en las manos, y en donde suelen decir misa, aunque la familia asiste de preferencia a la que se dice en la iglesia del pueblo de Tlalnepantla. Frente a la casa hay un pequeño jardín lleno de rosas y particularmente, de hermosas dalias, grandes y modestas violetas, pero de una fragancia deliciosa; de aquí se pasa a un huerto inmenso al que le dan términos unos tupidos arbustos que forman callecillas por donde el

sol de mediodía no alcanza a penetrar. Hay asimismo un gran estanque, y el jardín, en toda la dilatada extensión que cubre, se ve muy bien cuidado. Hermosas alamedas conducen a los pueblos indios cercanos, a viejas iglesias y a otras haciendas. Y no hay sendero que no tenga en sus orillas hileras de árboles frutales.

Tlalnepantla, que en el idioma indio significa «entre tierras», pues los indios de dos barrios construyeron la iglesia, es una pequeña aldea con un templo antiguo; el curato, que ocupa los ruinosos vestigios de un convento; unas cuantas tiendas, y una plaza en donde los viernes tienen su mercado los indios (el *tianguis*, como le llaman). A todo lo largo de las veredas se levantan las chozas de los indios, con el acostumbrado piso de tierra, el pequeño altar; filas de cacharros y toscas estampas en las paredes, las más de ellas de la Virgen de Guadalupe, y en un rincón una palma bendita. Cuando los hombres salen a los campos, la mujer permanece en el hogar con su progenie, robusta y casi en cueros, y un enjambre de perros aulladores. El dibujo de una choza india por *Mrs*. Ward no puede ser más fiel, como lo son todos los dibujos que hizo en México. Y si también la mujer sale a trabajar, es frecuente que deje el cuidado de la choza a sus pequeños hijos. En una de éstas, hecha de lodo, entramos ayer para protegernos de un chubasco, y no encontramos en ella más que un indito bronceado apenas de tres años de edad, durmiendo solo, tirado en el piso, con la puerta abierta de par en par, y sin embargo de hablar en voz alta y el ruido que pudimos hacer escudriñándolo todo, no despertó la criatura. Un segundo chubasco nos obligó a guarecernos en un rancho, y entramos a un cuarto que parecía un oratorio, que está junto a la casa; aunque sin privilegio para que en él se diga misa, se ve un altar, crucifijo, pinturas sagradas, etc. El suelo estaba sembrado de flores y en uno de los rincones había un *violoncello* sin cuerdas, que hubiera podido hacer juego con el arpa de Tara.

Pero lo más notable del *rancho* es su dueña, una india de alta estatura, y de noble fisonomía, que se llama *Doña* Margarita; nacida en las montañas y ahora una viuda acaudalada, poseedora de tierras y ganados, a pesar de vivir en una aparente pobreza. Emplea la mayor parte de su fortuna en educar a huérfanos pobres. Todos los niños desvalidos que no tienen padres encuentran en ella una madre y una protectora; y los más indigentes, los más enfermos y lisiados, son los que con más certeza han de encontrar en ella un asilo. Se los lleva a su casa, los cría como si fueran sus propios hijos, les enseña algún oficio útil, y cuando tienen edad para ello les casa. Si es un muchacho, le escoge una esposa entre las jóvenes de las montañas, en donde ella misma nació, pues según dice, son «menos corrompidas» que las de los pueblos. Cuida, por lo general, de doce a veinte, y los claros que se producen por muerte o por casamiento, los llena siempre con nuevos huérfanos. Nada hay de pintoresco en este orfanatorio, porque, como ya dije antes, los más deformes, pobres lisiados y enfermos son los preferidos de *Doña* Margarita. Con todo, vimos algunas muchachas muy sanas y aun bien parecidas, ocupadas en diversas tareas lavando, planchando y cosiendo, y cuyos ojos brillaban cuando se mencionaba su nombre, y hablaban de ella con tanto respeto y afecto que era un placer el oírlas. En verdad que esta mujer merece la mayor ventura. El resto de su caudal lo emplea en las festividades y ceremonias de la Iglesia, en fuegos artificiales, en ornamentos para los altares, etc.

19. Todos los días llega un mensajero de México trayendo noticias del *pronunciamiento*, que, esperadas con ansiedad, leemos con intenso interés. Ahora es probable que la situación haga crisis muy pronto. El Presidente ha dado un paso que es considerado, por los que siguen el desarrollo de ese gran juego, como muy imprudente. El general Torrejón, que, con novecientos aguerridos soldados, tenía en jaque a Santa Anna en Perote, fue llamado para que se concentrase en México en obediencia a los deseos de

Bustamante que desea agrupar sus fuerzas. Estas tropas, junto con las de Codallos (Gobernador de Puebla), han elevado el efectivo de su ejército a tres mil quinientos hombres; algunos dicen que a cuatro mil, de los cuales, novecientos componen una excelente caballería. Como está Bustamante a la cabeza de las tropas, Echeverría ejerce el Poder Ejecutivo de acuerdo con la Constitución en su carácter de Presidente del *Consejo de Estado*; ya que los mexicanos no tienen Vicepresidente.

Santa Anna, que hasta ahora había permanecido en Perote con sus desorganizadas tropas, sin oficiales de quien poderse fiar, y con un puñado de hombres a caballo que no merece el nombre de caballería, se ha movido en dirección a Puebla. Una vez allí pudo aumentar sus efectivos con cien hombres pertenecientes al Resguardo del Tabaco (seducidos por el *Señor* Haro, el que, junto con un banquero español muy rico, salieron a recibirle), y cuarenta jinetes que se pasaron de la escolta de Codallos, y una compañía ¡de serenos! Por el momento no se ha notado ningún movimiento en favor de Santa Anna, ni parece que pueda haberlo. El *Señor* Haro fue nombrado Gobernador de la ciudad en lugar de Codallos, a quien se le llamó para que se reuniera con el Presidente en México; y Puebla, que solía ser el gran teatro de las revoluciones, ha permanecido en esta ocasión en la más absoluta neutralidad, sin declararse por un partido o por otro; proceder, acaso, el más prudente en semejante coyuntura. Todos son de opinión de que si Bustamente enviara en el acto quinientos hombres, ellos bastarían para poner en fuga al híbrido ejército de Santa Anna, pues aunque éste ha reunido cerca de mil hombres, no tiene ni trescientos soldados buenos…

Por otra parte, el general Paredes marcha en esta dirección con el general Cortázar, cumpliendo, sin duda, las instrucciones de Santa Anna, con el fin de ocupar la atención del Presidente y entretenerle con la posibilidad de algún tratado o en los preliminares de los tratados, mientras Santa Anna sigue con cautela avan-

zando hacia la capital. Sería muy grave para el Gobierno que las fuerzas pronunciadas pudieran reunirse pues es como un haz de canutos, que si uno a uno pueden romperse a la mano, juntos asumen mayor fuerza. Y es por demás que me excuse por hablar de política. No hablamos ni pensamos en otra cosa.

21. Ayer (domingo) nos sobresaltamos con el aviso que nos dieron de que los generales Canalizo y Noriega habían llegado al pueblo a la medianoche, con muchas tropas, y que el general Bustamante en persona se presentó en el lugar a las cinco de la mañana; y así, la pequeña y pacífica Tlalnepantla ha tomado de improviso un aspecto guerrero. Como se encuentra en el camino que va directo a Guanajuato, no cabe duda de que marchaban para incorporarse con Paredes. Fue Calderón en seguida al pueblo a presentarle sus respetos al Presidente, que se había alojado en el curato, mientras que el general Noriega vino a la *hacienda* a saludar a las señoras. Calderón encontró al Presidente muy fatigado, pues tiene catorce días con sus noches de estar sobre las armas, y en un estado de constante ansiedad; con él estaba el general Orbegoso.

Después del almuerzo bajamos al pueblo para ver a las tropas, que descansaban allí por algunas horas. La caballería ocupaba la plaza; desmontados los caballos y los hombres durmiendo a pierna suelta en el suelo, cada soldado al lado de su montura. La infantería llenaba el atrio de la iglesia. Terriblemente cansados; tendidos unos sobre la hierba, y otros con sus cabezas echadas sobre las losas de las tumbas que les hacían de almohada, se entregaban al descanso sin haberse quitado siquiera el armamento. No dejaron de presentarse bastantes dificultades para dar de comer lo más necesario a tantos hombres hambrientos. Se apresuraron a hacer *tortillas*, y todas las gallinas del pueblo fueron requisadas para conseguir huevos para el Presidente y sus oficiales.

Nos sentamos bajo unos portales para verles salir; melancólico espectáculo a pesar del redoblar de los tambores y el toque de las cometas. Un viejo soldado, que cerca de nosotros daba de beber a su caballo y al de su oficial, empezó a hablar del curso que tomaban los acontecimientos y no se hacía grandes ilusiones respecto de su futuro y el de sus compañeros, asegurándonos que las fuerzas de Paredes eran dos veces más numerosas que las de ellos. Estaba cubierto de heridas que recibió en la guerra de Texas, y expresó su firme convicción de que un día de estos hemos de ver a los comanches por las calles de México, y parecía sentir por esta tribu salvaje un miedo cerval, describiendo, ante un auditorio que le escuchaba con la boca abierta, de cómo había visto a una partida de ellos devorar a tres de sus prisioneros…

Serían las cuatro de la tarde cuando se dio la voz de mando para que las tropas se pusieran en marcha, lo que hicieron en medio de los vítores del pueblo.

22. Espoleó nuestra curiosidad el enteramos ayer en la tarde de que Bustamante, con sus generales y sus tropas, habían pasado de largo por el pueblo de regreso a México. Algunos dicen que esta retirada es consecuencia de un movimiento verificado en la capital por el general Valencia, y otros creen que se debe a un mensaje que se recibió del general Paredes. Hicimos una visita, ya noche, al viejo curato, en cuyo enorme aposento reinaba una oscuridad, real y figurada, y en donde se encontraban reunidas unas cuantas mujeres que la llama moribunda de una vela de sebo apenas dejaba distinguir. Dicho está que las conversaciones de todos giraban alrededor de la política, y el tópico principal: la visita del Presidente la noche anterior, de su salida esta mañana y de su regreso en la tarde; y de los trabajos pasados para habilitar de tortillas a los soldados y de huevos a los oficiales.

23. Llegaron nuevas esta mañana de cómo nuestro portero, el español que trajimos de La Habana, había sido asesinado. Después de separarse de nuestra casa, se colocó de portero en una fábrica en la que residía la esposa y la familia del propietario. Ocho soldados del general Valencia escaparon de la Ciudadela para robarla, y el pobre José, el más fiel y honesto de los sirvientes, al defender con valentía la entrada, le asesinaron cruelmente. Una vez consumado el crimen, entraron al edificio, robando y cometiendo toda clase de horribles atentados. Están vendiendo hoy en las calles unos papeles con la narración del suceso. Aprehendieron a los criminales, y se dice que serán fusilados por órdenes del General, mas esto es más que dudoso, aunque ha llegado un recado requiriendo los servicios del *padre* que es confesor de los condenados a la última pena, un fraile franciscano que con varios de sus hermanos en religión, vive aquí como una medida de seguridad.

La situación en México es melancólica.

24. Se han recibido noticias de que el general Paredes ha llegado a Lechería, una *hacienda* propiedad de esta familia, a unas tres leguas de San Xavier; y que desde allí ha enviado a uno de los mozos de la casa a México, invitando al Presidente a una conferencia privada. La familia ha recibido con filosofía la nueva de que su *hacienda* se ha convertido en un cuartel general, pues en estas circunstancias no cabe otra precaución que esconder los caballos más finos, ya que los *pronunciados* se apropian, sin más ceremonias, de estos útiles cuadrúpedos en donde quiera que los encuentren.

26. Esta mañana el general Bustamante y sus tropas llegaron a Tlalnepantla; el Presidente iba en coche. En el camino encontró a Calderón y se detuvo unos instantes y le informó que se dirigía a Lechería para hablar con Paredes, y que abrigaba la esperanza de llegar a un acuerdo. Estuvieron todo el día con el oído atento; mas no escuchando ningún tiroteo, concluimos que, en efecto, se había llegado a un entendimiento. Al atardecer, dimos una vuelta por el camino carretero y vimos pasar al Presidente, el Gobernador y las tropas, ya de regreso. Cuáles sean las seguridades obtenidas por Bustamante, nadie puede saberlo, pero lo cierto es que se reunieron sin disparar un tiro. Obscurecía cuando pasaron; nos saludó el Presidente de muy buen humor con una reverencia, y se acercaron algunos de los oficiales y nos aseguraron que todo estaba arreglado.

27. Sábado. Caballería, infantería, equipajes, cañones, etc., están pasando en estos momentos por el pueblo. Son los *pronunciados* del general Paredes que van camino de México. Una curiosidad femenina me induce a dejar la pluma y juntarme con los que se van al pueblo para verlos pasar…

Acabamos de regresar después de habernos asoleado «inspeccionando» a los *pronunciados*; se encuentran demasiado cerca de México para que me atreva a llamarlos «rebeldes». Debe confesarse que la infantería se veía andrajosa y que la mayor parte de los soldados iban borrachos; la caballería presentaba mejor apariencia, pues les habían «fiado» caballos de refresco a lo largo de sus marchas. Aunque sus uniformes no eran de ninguna manera un modelo de perfección, sus buenos caballos, los arreos, sus rostros bronceados, el atavío tan pintoresco, producían un efecto

sorprendente mientras desfilaban bajo los rayos de un sol ardiente. Los enfermos les seguían montados en burros, y entre ellos se veían algunas mujeres: unos marimachos que se cubrían con *sarapes* o *mangas*, y grandes sombreros de palma sujetos con pañuelos de colores y montadas en mulas o caballos. Venían atrás las mulas con la impedimenta: provisiones, camas de campaña, etc., y un tumulto de indias trotando que cargaban las botas y la ropa de sus maridos. No era ciertamente entre esas mujeres en donde se podía encontrar a la belleza, especialmente entre las amazonas, que parecían hombres muy feos medio disfrazados de mujeres. Toda esa tropa va camino de Tacubaya para reunirse con Santa Anna. El juego está por terminar. Jaque de dos alfiles y una torre; de Santa Anna y Paredes en Tacubaya, y de Valencia en la Ciudadela. La gente emigra en todas direcciones; algunos de México y otros de Guadalupe y Tacubaya…

Parece que Santa Anna emprendió su marcha desde Puebla hacia la capital, con grandes temores. En Río Frío a un centinela se le escapó un tiro, originándose una confusión y un pánico bochornosos. Cerca de Ayotla se le fue el mal humor al General, pues allí le recibieron los comisionados del Gobierno, generales Orbegoso y Guyame. Al instante diose cuenta Santa Anna, con su gran poder de percepción, de que el día era suyo. Ordenó continuar a marchas forzadas hasta Tacubaya, afectando prestar atención a las proposiciones de los comisionados, dándoles largas sin comprometerse, y ofreciéndoles tratar con ellos en Mexicaltzingo. Regresaron sin haber recibido una contestación categórica, y ellos, por su parte, tampoco le dieron seguridades de que no le detuviesen en su avance; aunque se le ha permitido llegar a Tacubaya sin que se le molestara, y en donde también han llegado Paredes y el general Valencia; así pues, los tres generales *pronunciados* se han reunido en ese lugar para disponer de los destinos de la República…

El mismo día, el general Almonte tuvo una entrevista con Santa Anna, que dijo, sonriendo, cuando el primero ya se había retirado: «*Es un buen muchacho, y todavía nos puede ser útil*».

Los «tres soberanos aliados» se encuentran ahora en el Palacio del Arzobispo en Tacubaya en donde habrán de dictar sus órdenes al Presidente y a la Nación. Mas por el momento están entregados a discutir sus compromisos y sus derechos respectivos. Paredes desea cumplir con las promesas que hizo a los Departamentos de Guanajuato, Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes, Querétaro, etc. En su *Plan* les prometió la tolerancia religiosa; permiso a los extranjeros para que pudiesen adquirir propiedades, y así sucesivamente; pero lo último, en realidad, es su proyecto favorito. Valencia, por su lado, tiene que cumplir con sus compromisos con los federalistas, y ha propuesto al *Señor* Pedraza como un elemento integral de renovación; y cuyo nombre es motivo de confianza ahora y siempre para su partido. El general Santa Anna tiene compromisos «consigo mismo». Está determinado a mandar a los tres, y les permite que se peleen entre ellos, con tal que sea él el que gobierne. Paredes, de hecho, está furioso en contra de Valencia y le acusa de haberse metido en lo que no le importaba; de haber arruinado su *Plan*, mezclándolo en una revolución con la cual nada tiene que ver. Olvidan, sin embargo, que fue Valencia quien hirió de muerte al Gobierno. De no haberse pronunciado, no habría salido de Perote Santa Anna, y aun Paredes, en su marcha a la capital, encontró el camino libre gracias a él.

El Poder Conservador ha sido invitado para que vaya a Tacubaya, pero ha rehusado. La mayoría desea la elección de Paredes, o de cualquier otro que no sea Santa Anna ni Valencia; pero el mismo Paredes, a pesar de no hacer un retrato muy halagador de Santa Anna, le considera el único hombre hecho a la medida para la Presidencia; el único hombre que sabe cómo hacerse obedecer; en suma, el único capaz de dictar las providencias más enér-

gicas que requieren la seguridad de la República. Se engaña a sí mismo al decir que a la cabeza de su división estará siempre en condiciones de mantener a raya a Santa Anna; ¡como si a Cortázar, que abandonó a Bustamante en los momentos más difíciles, se le pudiera tener confianza!

Mientras tanto, México se está fortificando, y suponen algunos que Bustamante y sus Generales han tomado la decisión temeraria de permitir que todos sus enemigos se junten para destruirlos así de un solo golpe.

29. Se ha concertado un armisticio entre las partes contendientes, y un documento, fruto de las discusiones de los poderes aliados en Tacubaya, fue publicado ayer. Se llama: «*Las Bases de Tacubaya*», y como lo hizo público en México el general Almonte, muchos abrigan la esperanza de que la consecuencia sea un nuevo *pronunciamiento*; pero ha sido recibido con mucha calma, y los federalistas son los únicos que lo han visto con buenos ojos, pues expone, según ellos, los fundamentos del federalismo y del Gobierno popular. He aquí las trece bases contenidas en el documento:

«1.ª Cesaron, por voluntad de la Nación, en sus funciones, los Poderes llamados Supremos que estableció la Constitución de 1836, exceptuándose al Judicial, que se limitará a desempeñar sus funciones en asuntos puramente judiciales, con arreglo a las leyes vigentes.

»2.ª No conociéndose otro medio para suplir la voluntad de los Departamentos, que nombrar una Junta compuesta de dos diputados por cada uno, nacidos en los mismos o ciudadanos de ellos, y asistentes en México, los elegirá el Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército Mexicano, con el objeto de que éstos desig-

nen, con entera libertad, la persona en quien haya de depositarse el Ejecutivo provisional.

»3.ª La persona designada se encargará inmediatamente de las funciones del Ejecutivo, prestando el juramento de hacer bien a la Nación, en presencia de la misma Junta.

»4.ª El Ejecutivo provisional dará dentro de dos meses la convocatoria para un nuevo Congreso, el que, facultado ampliamente, se encargará de constituir a la Nación, según mejor le convenga.

»5.ª El Congreso extraordinario se reunirá a los seis meses de expedida la convocatoria, y no podrá ocuparse de otro asunto que no sea la formación de la misma Constitución.

»6.ª. El Ejecutivo provisional responderá de sus actos ante el primer Congreso Constitucional.

»7.ª Las facultades del Ejecutivo provisional son todas las necesarias para la reorganización de todos los ramos de la Administración Pública.

»8.ª Se nombrarán cuatro ministros: el de Relaciones Exteriores e Interiores, el de Instrucción Pública e Industria, el de Hacienda y el de Guerra y Marina.

»9.ª Cada uno de los Departamentos nombrará dos individuos de su confianza para un Consejo, que abrirá dictamen en todos los negocios para que fuere consultado por el Ejecutivo.

»10.ª Mientras no se reúna el Consejo nombrado por los Departamentos, desempeñará sus funciones la junta, cuya creación se establece en la base segunda.

»11.ª Entre tanto se da la organización conveniente a la República, continuarán las autoridades de los Departamentos que no hayan contrariado, o no contrariaren, la opinión nacional.

»12.ª El General en Jefe y todos los generales y jefes del Ejército, se comprometen, por el sagrado de su honor, a olvidar para siempre la conducta política que los ciudadanos militares, o no

militares, hayan observado en la presente crisis, y a no consentir persecuciones de ninguna clase, porque su objeto es la más sincera reconciliación de todos los mexicanos para el bien de la Patria.

»13.ª Si pasado el término de tres días, después de expirado el armisticio, no fueren adoptadas estas bases por el Excmo. Sr. General en Jefe de las tropas del Gobierno, se procederá, desde luego, a darles exacto cumplimiento, y declaramos, a nombre de la Nación, que tan expresamente ha manifestado su soberana voluntad, que serán responsables con sus personas, el expresado General en Jefe y los militares que lo siguen, y todas las llamadas autoridades que, directa o indirectamente, contrariaren aquella misma voluntad y contribuyan a hacer derramar inútilmente sangre mexicana, que pesará sobre sus cabezas».

30. Con asombro de todos los partidos, Bustamante y sus generales se «pronunciaron» por la federación, y esta mañana Bustamante ha renunciado a la Presidencia. Los motivos no parecen, a primera vista, comprensibles, a no ser que una circular publicada por el general Almonte pueda hacer alguna luz sobre ellos.

«Sin hacer ningún comentario», dice refiriéndose al documento de Tacubaya, «acerca de este impúdico documento, el cual le propone a la Nación Mexicana un Gobierno militar, y la más ominosa de las dictaduras en favor de un falso defensor de las libertades públicas, del más feroz enemigo de todos los Gobiernos que jamás haya existido en el país, me apresuro a enviarlo a usted, a fin de que pueda publicarlo, y que seguramente ha de provocar la misma indignación que ha producido en la inmensa mayoría de los habitantes de la capital, los que, celosos de los fastos nacionales, y determinados a perderlo todo con tal de conservarlos, han proclamado espontáneamente el restablecimiento del sistema federal, cuyo impulso ha secundado toda la guarnición.

No existe término medio entre la libertad y la tiranía, y el Gobierno, apoyado en el sentido común de la Nación, que no puede presenciar indiferente la esclavitud que le espera, se pone en manos de los Departamentos, resuelta a sacrificarse en los altares de la Patria, y afianzar su libertad para siempre.

»Le incluyo la renuncia que Su Excelencia Don Anastasio Bustamante ha hecho de la Presidencia, etc.».

3 octubre. El que se haya reunido una turbamulta y proclamado el sistema federalista en México, como una última medida, no parece que contribuya en nada para inspirar confianza en el Gobierno. Dicen algunos que si el mismo Bustamante se hubiera declarado por la federación, y enviado un competente cuerpo de caballería para proteger a los *pronunciados* de ese partido, quizá el triunfo habría sido suyo. Sea de ello lo que fuere, el general Canalizo se pronunció por el federalismo el dos de octubre, pero no le secundaron los generales Bustamante y Almonte; mientras que el vicepresidente Echeverría se retiró a su casa, censurando a Almonte por haber publicado un documento oficial sin su conocimiento. Todo se halla en un estado de absoluta anarquía y confusión. Los *léperos* empiezan a andar armados y nadie permanece en México, fuera de aquellos que no tienen otro remedio que quedarse. Dicen que en Tacubaya prevalece un estado de gran desasosiego a resultas de ese nuevo movimiento, y que Santa Anna ofreció asilo al Congreso y al Poder Conservador, aunque por el ultimátum de Tacubaya, publicado el veintiocho, fue derogada la Constitución de 36 y, por supuesto, estos cuerpos han muerto de muerte política.

No terminaba de escribir estas palabras, cuando el horrísono estallido del cañón anunció la reanudación de las hostilidades.

5. Durante estos últimos días hemos escuchado el cañoneo, y aun a esta distancia su estruendo al repercutir entre los cerros es tremendo. ¡Qué retumbo tan horrible! Hay un no sé qué de aterrador, y al mismo tiempo de humillante, en estas manifestaciones de ira y de poder del hombre cuando parece usurpar los atributos de su Creador, imitando el trueno. La divina exhalación que en él se enciende, le ha enseñado cómo arrancar los metales de las entrañas de la tierra; de qué manera combinar estas materias simples para producir con ellas efectos tan terribles como los rayos del cielo. Sus pasiones terrenas le impulsan a manejar estos instrumentos de destrucción y borrar en sus semejantes la imagen de Dios. ¡Su poder es tan divino! Y las causas que le impelen a usar ese poder ¡tan miserables! Y si la mente creadora de estos mensajeros de la muerte participa de la divinidad, cuán mezquinos y degradantes, aun en lo humano, los motivos que les ponen en acción.

El día 3 llovieron bombas y granadas desde la Ciudadela, de las cuales algunas cayeron en el Palacio y otras en nuestra antigua residencia, o sea la Casa de Moneda. Hubo un encuentro en la Viga, y aunque las fuerzas de Bustamante alcanzaron a medias la victoria, se dice que ninguno de los dos bandos tiene razón suficiente para cacarear sus resultados. El general Espinosa, un viejo insurgente, llegó anoche a este pueblo y mandó requisar algunos caballos de la *hacienda*, que se le mandaron a toda prisa, como es natural, para que no viniera, de acuerdo con la costumbre, él mismo por ellos. En cambio de media docena de buenos caballos de campo, mandó seis jamelgos de aspecto miserable, con los huesos salidos; verdaderos esqueletos listos para una disección.

Por las noticias que acaban de llegar se sabe que anoche, a las tres, Bustamante y sus tropas evacuaron de manera intempestiva la ciudad, después de desguarnecer todas las torres, y que dejó al

general Orbegoso en el Palacio con cien hombres. Era una opinión general de que se había marchado al interior para llevar a cabo una revolución federalista, pero parece que no pasó de Guadalupe, en donde ha establecido su cuartel general. Fuerte cañoneo desde las diez, y hemos estado ociosos viendo el humo y llevando la cuenta de las descargas.

Ha venido un mensajero que nos dice que ha sido más el ruido y el humo que la mortandad; que los emplazamientos de los cañones se encuentran a tales distancias que era imposible que sus tiros fueran efectivos. Distribuyen muchos boletines; algunos muy virulentos en favor de Bustamante y el federalismo y diciendo pestes de Santa Anna; otros, poniéndole por las nubes como el salvador de la Patria. Las «fuerzas aliadas», son, en número, dos veces superiores a las de Bustamante, así es que ya no se duda acerca del resultado final.

7. «Capitulación». Santa Anna ha triunfado. Ayer en la tarde entró solemnemente a la ciudad de México, marchando los generales Valencia y Canalizo a la cabeza de las fuerzas aliadas. No se oyó ni un *viva* mientras pasaban por las calles; ni después cuando leyó su discurso ante el Congreso. Cantóse un *Te Deum* hoy en la mañana en la Catedral; el Arzobispo le recibió como a un nuevo Presidente. Hemos regresado en estos momentos de México, adonde fuimos en busca de habitaciones, y con grandes dificultades hemos encontrado cuartos en el Hotel de la calle de Vergara; pero nos quedaremos aquí un día o dos más. No se notan muchos cambios en el aspecto general de la ciudad a no ser que los comercios han vuelto a abrir y que todos los vidrios de las ventanas están rotos. Tan luego como dieron fin las ceremonias de la mañana, se volvió Santa Anna al Palacio Arzobispal de Tacubaya, residencia que prefiere al Palacio de México. El regreso a dicho sitio, después de su entrada triunfal, se verificó *en Roi*:

un séquito de espléndidos carruajes con magníficos caballos que iban a todo galope, y el coche del General lucía un tiro de cuatro hermosos caballos blancos (perteneciente a *Don* Francisco Murphy, y es el mismo en que nosotros entramos a México); bizarros ayudantes y una numerosa escolta de caballería. Y así concluyó la Revolución de 1841, mas no sus efectos.

El nuevo Ministerio se compone, hasta la fecha, del *Señor* Gómez Pedraza para Relaciones de lo Interior y del Extranjero; de Castillo *un petit avocat*, de quien se dice que es furibundo federalista y muy docto latino, en Instrucción Pública; del general Tornel, que va a Guerra y Marina, y del *Señor* Dufoo en Hacienda. Valencia propuso a Paredes para la Secretaría de Guerra, pero éste no aceptó, diciendo: «No, no, mi general; le entiendo a usted muy bien. Usted lo que quiere es separarme de mi división».

Los que conocen mejor a Bustamante, y aun aquellos que más le censuran por su indecisión y falta de energía, están de acuerdo en un punto, y es de que los verdaderos motivos de su conducta deben buscarse en su constante y fervoroso deseo de salvar la vida de sus semejantes.

CARTA XLVI

Santa Mónica.—Solidez.—Pinturas antiguas.—Anacronismo.—Niños y nodrizas de «La Cuna».—La Junta.—Fondos.—Plan.—Nodrizas indias.—Convento carmelita.—Aviso a medianoche.—Pueblos e iglesias antiguos.—Baño indio.—San Mateo.—Lechería.—Fertilidad.—*Molino Viejo*.—Pereza.—Ejercicios religiosos.—Hotel mexicano.—Nuevos generales.—Disturbios.—El general Bustamante.—Molestia.—Abusos en nombre de la Libertad.—Versos.—Celebración de la Independencia.

8.

La Revolución ha durado algo más de treinta y cinco días, y en ese tiempo, a pesar de que he escrito bastante, y casi siempre sobre el mismo tema, hubo tiempo de pasearnos a caballo por los alrededores de esta *hacienda*, que posee algunos muy interesantes. Procuramos disfrutar lo más que se pueda de estos últimos días de nuestra vida de campo en México. Nos fuimos el jueves, a caballo y en compañía de muchas personas, a visitar el molino de Santa Mónica, inmensa *hacienda* en donde se conserva la tradición, no sé con qué fundamento, de que perteneció en fenecidos días a *Doña* Marina por regalo que de ella le hizo Cortés. En todo caso, tiempo después fue vendida a los frailes agustinos, y luego a una familia mexicana que perdió su fortuna por negligencia o por despilfarro. Compróla el propietario actual por una

suma relativamente insignificante, y le produce una renta al año de treinta y cinco mil pesos, en promedio. Es una casona colosal y sólo una tercera parte de ella está ocupada. Las trojes, de sólida sillería, alcanzan a contener catorce mil cargas de maíz, y fueron construidas hace unos doscientos cincuenta años. De todas las *haciendas* cercanas, y aun de otras muy distantes, envían el maíz a este molino para su molienda; aquí le depositan y le venden por cuenta de sus dueños, y el de Santa Mónica percibe determinada porción como paga. Es extraño que no existan aquí, en tierras colonizadas por España, molinos de viento, los que recordando a Cervantes, son en ella tan comunes. La casa se levanta en una posición dominante, y las vistas de las montañas, en particular desde las ventanas de la parte alta, son grandiosas. En algunas de las viejas piezas vacías, hay bastantes buenas copias de pinturas antiguas, y aun las copias fueron hechas hace muchos años. *El Ángel anunciando a Isabel el nacimiento de San Juan*; la *Sagrada Familia*, de Murillo; la *Destrucción de Sodoma y Gomorra*, que es una de las mejores; en especial las figuras de Lot y su familia, que se destacan en primer término. La mujer de Lot aparece a distancia, con sus graciosas formas ya convertidas en estatua, y con la cabeza vuelta hacia la ciudad sentenciada. Busqué en todos los rincones oscuros, con la esperanza de encontrar alguna vieja y tosca pintura que representara a *Doña* Marina; pero fue en vano. Existe aquí el más sorprendente contraste entre estos palacios medio abandonados y sus actuales dueños. Hemos dispuesto de los mejores caballos de montar pertenecientes a la *hacienda*, y disfrutamos de todo, excepto del extremado ardor del sol, cuando al galope regresábamos a la casa a la hora del mediodía…

Os ofrezco un ejemplo del más notable anacronismo a propósito de Bustamante, al que se refería el otro día un juez de Tlalnepantla en los siguientes términos: «¡Pobre hombre! Todos los partidos le persiguen del mismo modo que lo fue Jesucristo por los "Jansenistas", los "Caduceos" y los "Santos Padres de la Igle-

sia"». ¡Qué curiosa *olla podrida* debe de tener ese pobre hombre en la cabeza!

En medio de la revolución nos divirtió el más pacífico de los espectáculos: la llegada de todas las nodrizas de la *Cuna*, que venían de los pueblos para recibir su mesada. Entre tantas instituciones de caridad como hay en México, ninguna me parece (a pesar de los muchos prejuicios que existen en contra de estas instituciones), tan útil como ésta. Estos infortunados niños, cuyo linaje procede de la pobreza más abyecta o del delito, les depositan en la puerta del establecimiento, en donde se les recibe sin más averiguaciones; y desde ese momento se les protege y se les cuida por las mejores y más nobles familias del país. La Junta se compone de personas de ambos sexos, pertenecientes a la mejor sociedad de México. Los hombres proporcionan el dinero; las mujeres, tiempo y solicitud. No hay número fijo de miembros, y entre ellos figuran las señoras en cuya casa estamos viviendo ahora. La *Presidenta* lo es la Marquesa Viuda de Vivanco. Cuando el niño ha estado cerca de un mes en la Cuna, se le confía a una nodriza india en uno de los pueblos inmediatos a México. Si está enfermo o delicado, se queda en el establecimiento bajo la inmediata vigilancia de la Junta. Estas nodrizas tienen una *fiadora*, persona responsable que vive en el mismo pueblo, y responde por su buena conducta. Se le pagan a cada nodriza cuatro pesos al mes, suma suficiente para decidir a una india, pobre y con familia, a que agregue un ser más a la que ya tiene. Cada señora de la Junta atiende a cierto número de niños, y hace donación de aquellos vestidos, que, aunque suyos, no han de desentonar con la manera de vestir en el pueblo. Concluida la lactancia regresa el niño a la *Cuna*, y allí permanece a cargo de la Junta, de por vida. Pero de los miles y miles que han pasado por sus manos, ni uno quizá se queda para criarse en el establecimiento. Constantemente acuden personas respetables que solicitan adoptarlos, y que, según sus inclinaciones o posibilidades, se los llevan para que les

sirvan de criados, que serán después sus favoritos, o bien les hacen hijos adoptivos; y su condición de *huérfano*, como se llama siempre a un niño expósito, le sitúa en el mismo nivel del niño más preferido de la casa. A las nodrizas que hay de guardia en la *Cuna* se les pagan ocho pesos al mes.

Más de cien nodrizas, con sus correspondientes niños, llegaron el domingo, y se sentaron en la hierba bajo la sombra de un gran fresno del patio. Las nodrizas son todas de color de bronce; los niños, casi siempre morenos; pero los había con destellos de blancura inglesa o alemana, de ojos azules y cabellos rubios, que no parecían ser producto de la tierra mexicana. No se puede ser muy exigente con estas clases en lo que toca a la limpieza; pero los niños se veían sanos y contentos. Cada nodriza tiene que presentar un papel que se le entrega para ese objeto, con su nombre, el del niño y el de la señora a quien está encomendado. Aquí va un ejemplo: «María Josefa… Niña Juanita de los Santos… Bajo la vigilancia de la *Señora Doña* Matilde Fagoaga… Entregada al cuidado de María Josefa». Pero sucedía a menudo que una nodriza había perdido el papel, o imposible que pudiera recordar otra cosa más que su propio nombre, y en cuanto a quién le había confiado el niño, o cuándo se lo dieron, esto era algo que ni remotamente podía calcular. Aparecía entonces la *fiadora, Doña* Tomasa, una señora pueblerina muy cabal, con el aire grave e importante inherente a sus funciones, y daba cuenta de la mujer que criaba y del niño, y en concertándose, caían los cobres en el regazo de la nodriza, que se marchaba con el niño, ambos muy contentos. Era un placer contemplar la bondad de las señoras con estas pobres mujeres; cómo encomiaban el cuidado que se habían tomado criando a los niños; cómo admiraban la salud y la robustez de algunos, que lo eran en su mayoría; cómo se interesaban en aquellos que se miraban pálidos o menos robustos, y qué aficionadas y orgullosas se mostraban de su carga las nodri-

zas, tan inmunes a ese tufo alquilón y mercenario de «hospital»…

Un juez del pueblo, que es visita frecuente de esta casa, hombre agradable y que todo lo sabe, nos divirtió esta tarde contándonos de como una vez había tomado la determinación de hacerse fraile, después de haber experimentado un terror súbito. Comisionado en Toluca, años ha por el Gobierno, para indagar en los recovecos de la vida política de un *Yorkino*, no encontró medio más seguro para pasar inadvertido, y al mismo tiempo adquirir la pertinente información, que aposentar se en el convento de los frailes carmelitas. Los *padres* le dieron una celda y le asistieron con mucha diligencia en sus pesquisas. Mas la primera noche, estando solo en la celda de aquel imponente y lúgubre convento, y afuera oyéndose los gemidos del viento sobre el llano, despertóle una voz profunda y sepulcral que le pareció a su oído pegada, pronunciando estas graves palabras:

> «Hermanos, en el sepulcro acaba todo lo que el mundo alaba».

Con angustiosa impresión saltó del lecho y abrió la puerta de su celda. Una lámpara moribunda alumbraba los grandes y abovedados claustros por donde se deslizaban, cual sombras, los frailes camino del coro para entonar las preces vespertinas. En la noche fría, oyendo aún las solemnes palabras como un fúnebre tañido de campana, llegó a la feliz conclusión de que todo es vanidad, prometiéndose desde el día siguiente dejar las burlerías del mundo y entrar a la santa religión haciéndose fraile carmelita para todo el resto de su vida. Pero vino la luz del nuevo día y trajo diferente consejo, los alegres rayos del sol entraron en el viejo convento, se disiparon sus ansias, y con ellas se desvanecieron sus escrúpulos de conciencia.

La vetustez de las iglesias y de los pueblos de estos contornos harían las delicias de un anticuario. En el atrio de la iglesia del pueblo de San Andrés se levanta el más bello sauce llorón que he contemplado en toda mi vida. Nos refugiamos ayer bajo su gigantesca sombra para protegernos de los ardores del sol, y allí descansamos cubiertos por su verde bóveda. Cerca de otra iglesia, tan vieja como solitaria, vimos hoy el baño usado por los indios; el *temazcalli*, construido de ladrillos, y que no ha sido perfeccionado ni ha tenido alteraciones desde su primera invención, que sólo Dios sabe en qué siglo tuvo lugar.

9. Siempre a caballo, dimos ayer en la tarde una vuelta por otra de las propiedades de esta familia, llamada San Mateo, de menores proporciones que las demás, pero una de las más bonitas que hemos visto por aquí. El camino, digamos mejor el sendero, nos llevó a través de los campos cubiertos de profusión de esplendorosos girasoles y encarnadas dalias, tan altas que llegaban a las orejas de nuestras monturas. La casa está construida al estilo de los chalés (el primero de este estilo que hemos visto aquí), con una *piazza* enfrente, grandes árboles que le proyectan sombra y con una magnífica vista desde la eminencia en donde se levanta. Tiene un aire más bien inglés que español. Le habita solamente el administrador, su mujer y un perro muy fiero.

11. Esta mañana nos levantamos a las cinco, montamos a caballo, y acompañados por el *Señor* Escandón, y junto con el administrador y el viejo jardinero, dimos nuestro último paseo en San Xavier, pues hemos de regresar a México esta misma tarde. La mañana era linda y fresca; la clásica mañana para galopar, y el campo alrededor denotaba hermosura. Llegamos primero a Le-

chería, donde los generales Bustamante y Paredes celebraron su última y singular entrevista, después de haber pasado viejas iglesias y otra *hacienda*, también perteneciente a los Fagoaga, cuyas fincas de campo parecen no tener fin. Lechería es un enorme caserón deshabitado, ocupado sólo por el administrador y su familia. Es un bello edificio, y su patio interior estaba lleno de flores; pero no teniendo jardín ni árboles cerca, tiene un aspecto más bien de soledad que debe haber perturbado el *rendez-vous* de los jefes contendientes. Está rodeado de fértiles y productivos campos de maíz. Permanecimos poco tiempo en la casa, y después de ver, con el debido respeto, el aposento en donde conferenciaron los Generales, volvimos a montar para seguir nuestro paseo. No me cabe la menor duda, dicho sea de paso, de que su encuentro no pudo ser más amistoso. No conozco otro país en que los partidos opuestos se tengan menos mala voluntad unos a otros. Tal parece que todo se les va en palabras. No puedo creer que exista ningún rencor en estos momentos entre los dos generales rivales, Bustamante y Santa Anna. Santa Anna ha usurpado la Presidencia, en parte porque la deseaba, y porque, además, si él no la hubiera deseado otro la habría pretendido; pero estoy convencida de que, si por ventura se encuentran en un salón, se darán el uno al otro un cordial *abrazo* a la mexicana, como si nada hubiera pasado.

El camino nos condujo a través de terrenos de gran belleza, todos pertenecientes a Lechería, pasando por caminos a orillas de los campos de labor, en donde el arado ha vuelto a remover tierras feraces que circundan flores silvestres y umbrosos árboles. Durante millas caminamos sobre una espesa alfombra de las más bellas flores silvestres que imaginarse puede: brillantes dalias escarlatas; alegres mirasoles, mezclados con botones púrpura y lila y color pálido como paja, a los que el jardinero daba el mismo nombre de *mirasoles*. Los convólvulos escarlata serpenteaban sus tentáculos en la tierra, o por donde pudieran enredarse; mientras

que todas esas plantas deslumbrantes, algunas de gran altura, parecían mientras nos abríamos camino entre ellas, pavonearse en sus alegres colores, al igual que campesinos vestidos de día de fiesta. También el campo estaba esmaltado de pequeñas y rampantes y vivarachas flores de amarillo brillante, con un cáliz pardo y que parece un ojo inquisidor; y este conjunto, además de formar un cuadro con variados y alegres colores, y grupos, llenaba el aire de una deliciosa fragancia.

Tuvimos al fin que abandonar estos fértiles campos y comenzar a ascender los cerros que proporcionan pastura para el ganado, aunque según se va subiendo se vuelven áridos y pedregosos. En las alturas el paisaje ofrece un aspecto desolado y monótono, pero la vista puede descansar en los distantes montes de un perfecto azul, y entonces es como si divisara la tierra prometida desde el Monte Nebo. Después de andar cuatro leguas, las últimas sobre una tierra ingrata en donde los caballos no podían afianzar los cascos, descubrimos en lo profundo de un valle un edificio viejo y tétrico, junto a un arruinado molino y unos cuantos árboles. Era el final de nuestra jornada; el *molino viejo*, otra *hacienda* perteneciente a esas ricas señoras propietarias, y muy productiva por sus buenos pastales, que se dan en las lomas circunvecinas. Nada podría ser más solitario. Hubiera podido la Magdalena dejar el desierto y terminar aquí sus días, sin hacer más llevadera su adusta soledad. La sola señal de vida es un torrente que corre en torno a un pequeño huerto de buen rendir que se ve frente a la casa, y algunos magueyes medio cubren una loma que está a sus espaldas. Con muy buen gusto han guiado unas plantas trepadoras por sobre las paredes del *mirador*. En los desolados cerros de enfrente de la casa crece una hierba raquítica, y por todas partes se deja sentir un sosiego nunca alterado; y, extraña circunstancia en este país, ¡ni una iglesia en dos leguas a la redonda! La casa tuvo capilla, pero los estofados se están cayendo; el altar está desnudo y en el suelo dejan secar el maíz. La mujer del administra-

dor, que sola permanece aquí sentada, tiene tiempo sobrado para concentrarse en sus pensamientos, y muchas oportunidades para hacer examen de conciencia. La verdad es que nos dio un opíparo almuerzo que fue devorado como si hubiésemos sido unos famélicos peregrinos, y después de la sobremesa nos despedimos.

El calor, en estos cerros sin árboles, se hizo intenso. Es sólo en ocasiones semejantes cuando uno puede darse cuenta de los padecimientos de Regulus. Regresamos por el camino carretero, una faja entre dos montículos, con rodadas, piedras y hoyancos. En las partes más desnudas de estos cerros crece un árbol que los indios llaman *huizache*; tiene parecido con el sabino y produce una baya con la que se hace tinta. El camino tiene arbustos en sus orillas; cubiertos de blancas flores muy fragantes. Galopamos para huir del sol, tan aprisa como lo podían aguantar nuestras monturas y pasamos por un bonito pueblo en el camino real, hermosa calzada muy ancha y en buen estado que conduce a Guanajuato. También atravesamos las tierras de San Mateo, y seguimos a trote largo a campo traviesa rumbo a la casa, en donde llegamos en calidad de patatas asadas…

Esta mañana tuvimos una conversación con Matilde Fagoaga acerca de los *ejercicios* religiosos, a los que tanto los hombres como las mujeres de México dedican una vez cada año varios días, durante los cuales se retiran del mundo a una casa religiosa o a un convento designados para dichos propósitos, destinados unos para hombres y otros para mujeres. En estos retiros ayunan y rezan y reciben instrucción religiosa, entregándose a la meditación. Un comerciante respetable, que en observancia de esta costumbre hizo hace poco sus días de retiro en uno de estos establecimientos religiosos, escribió, al entrar, a su dependiente principal, un joven de su confianza, dándole cuenta de que tenía el presentimiento de que no saldría con vida del convento, pues su muerte ocurriría al terminar sus ejercicios devotos; y dándole, al mismo tiempo, buenos consejos para su conducta en el futuro,

junto con sus últimas disposiciones para la marcha de sus negocios. Terminaba con estas palabras: «*¡hasta la eternidad!*». La carta produjo los más encontrados efectos en la mente del joven, y mucho más cuando el comerciante murió a los pocos días, como lo había pronosticado, y del convento le llevaron a su tumba.

12, *México, Calle de Vergara*.

Llegamos a México ayer por la tarde, y nos alojamos en una posada u hotel que administra una mujer inglesa, en donde se observa una limpieza aceptable, aunque el lugar no es muy atractivo. Hay un grupo de oficiales *pronunciados*, entre ellos el General…, que espero se vaya pronto para que podamos disponer de su sala; hay también una misteriosa pareja inglesa; un coronel herido; un caballero anciano que parece ser huésped permanente, etc. Hay *table d'hôtel*, pero no creo que las señoras asistan a ella. Nos ha sido muy penoso tener que rehusar las amables y bondadosas invitaciones que hemos recibido, insistiéndonos a que tomáramos alojamiento en casas particulares…

Aun cuando al presente el único tópico de interés es la política, creo que os ha de interesar muy poco enteraros de la composición de la *Junta de Representantes*, cuyos miembros son, en su mayoría, militares. Considerando quién los eligió, y con qué fin lo fueron, el resultado de sus deliberaciones es, como podéis suponer, conocido de antemano. Todo redunda en fortalecer el brazo militar, y todo el poder de la Junta reside en los Comandantes Generales. Ha salido una nueva hornada de generales, a fin de recompensar los distinguidos y últimos servicios de los oficiales; entre los que se cuentan cientos de coroneles. Tan sólo en la división de Paredes se han creado once generales. En el Palacio se distribuyó dinero a las tropas, con órdenes de que se

compraran nuevos uniformes, que se dice van a ser muy llamativos. Se nota un gran descontento, pero encubierto, y se murmura que aun los banqueros revolucionarios están medio arrepentidos, y se ven con caras muy largas. El único periódico de oposición es el llamado «*Un Periódico Más*», los otros son todos ministeriales.

Por el Sur han ocurrido algunas conmociones con los generales Bravo y Álvarez, quienes desean que esa parte del país sea Departamento y se nombre tal, mientras se convoca al Congreso. Algo se habló respecto a poner a Valencia a la cabeza de las tropas que han de marchar en contra de ellos; pero se han entablado negociaciones, y se espera que sobrevendrá un arreglo antes de que se llegue a un derramamiento de sangre. Se dice que se expidieron órdenes para que abandonara la República el general Almonte, y que éste contestó negándose a reconocer la autoridad de Santa Anna. Bustamante se encuentra ahora en Guadalupe, y tiene el propósito de dejar el escenario de sus desastres dentro de pocos meses. Calderón le visitó últimamente, y aun cuando apenas se recupera de las fatigas del cuerpo y del espíritu, se ve lleno de ánimo y resignado, y con la serenidad que sólo puede inspirar una conciencia tranquila y la convicción de haber cumplido con su deber en toda su plenitud.

En cuanto a lo que a nosotros se refiere, esta revolución ha sido la más inoportuna de todas las revoluciones; ella nos ha hecho toda clase de perjuicios; detuvo la venta de nuestros muebles; perturbó la marcha de nuestros negocios, trastornando todos nuestros proyectos y, probablemente, demorando nuestra salida hasta diciembre o enero. Pero en estas ocurrencias, quien más quien menos, todos deben padecer, y mientras, nos rodean los amigos y nos colman de las más cariñosas atenciones. Hemos de abandonar a México con verdadero pesar. Sólo se requiere un gobierno estable para hacer de este país uno de los primeros del mundo. Santa Anna, con su poder, puede alcanzar mucho. *Reste*

à savoir de qué manera usará de ese poder. Quizás en estos últimos años de tranquilidad, transcurridos en su finca de campo, haya podido meditar a este propósito.

Es singular cómo, cuando tratamos de evitar pequeños males, nos hundimos en los ignotos abismos de la miseria, y cuán poco nos paramos a pensar de que sería más sabio:

«… soportar aquellos
males que nos afligen,
antes de lanzarnos
a otros que desconocemos».

Todo el mundo ha oído hablar de los abusos que determinaron la primera revolución de México: de la desigualdad de la riqueza; de la degeneración de los indios; de los altos precios de los artículos extranjeros; de la Inquisición; de la ignorancia del pueblo; del pésimo estado de las escuelas; de la dificultad para obtener justicia; la influencia del clero, y de la ignorancia en que aposta se mantenía a la juventud mexicana. ¿Cuál de estos males ha sido remediado?

Los artículos extranjeros son más baratos, y la Inquisición ya no existe; mas esta institución, tan poco cristiana, ¿no había perdido gradualmente su poder ya antes del último virrey? Pero en el sagrado nombre de la «Libertad» todo abuso debe ser tolerado.

¡Oh nombre fatal, extravío del ser humano,
fantasma tan radiante y sin mesura enaltecido!
Engañosa estrella, cuyos rayos ciegan con su brillo,
aunque benéfica su influencia extiende
luz de gloria en la espada del suizo

y consagre inmortal de Washington el nombre.
¡Libertad! Cuán llorada si estás ausente,
y si en nosotros moras, tu nombre mancillamos
hasta perder tu lozanía; ¿podrá la humanidad befarte siempre?

Ni la sangre derramada en la más fiera batalla,
ni las gestas heroicas que el brazo lleve a cabo,
son fuerzas verdaderas que engendrar pueden la libertad del hombre,
frenando la tiranía y el desorden
y la locura de los muchos y de los pocos.
Tierra de vírgenes bellezas que contemplo reveladas,
¿No es esta la verdad, y por ser verdad, tan amarga?
El templo derruido, campos desolados,
henchidos de rufianes los caminos; rotunda es la respuesta.

Donde miran las arrogantes cordilleras,
desde cimas blancas de nieve eterna,
la ciudad venerable de Moctezuma,
el histórico valle y el mexicano lago,
extienden mis pensamientos su sombra melancólica
sobre lo que debería ser hermoso, alegre y grande,
cual puede en su gloria conceder Naturaleza,
pues nunca vióse otra tierra favorecida

con tan variada forma en el adorno y la riqueza.

¿Es un don el que el sol del trópico
bañe las playas con sus ardientes rayos,
hasta más allá de los abruptos y borrascosos montes,
y climas y estaciones se junten en el mismo seno?
¿Es un don llevar en las entrañas enterrado
el fulgor de un tesoro de oro y plata jamás contado?
mientras el implacable tizón de la anarquía
detiene a la medrosa industria en medio de trabajados bienes,
y la asedian el tumulto y la rapiña ensangrentada?
¡Oh sabios que queréis salvar a la humanidad!

¡Patriotas de lengua viperina y de sistemas indigestos!
¡Cuántos despotismos y tiranías concertados!
¿Y cuántos campos de mortandad habéis hollado,
vosotros, y vuestra ralea de asesinos?
No es dable al hombre hacer milagros: meditación y trabajo,
con la experiencia aunados, pueden alcanzar bienestar;
mas crear nuevos sistemas de la nada,
sólo a Aquel que con su mano hizo al mundo pertenece.
¿Y por qué a esta hora y en este día

he de recordar los crímenes del hombre o las miserias del mundo?

Más sabio es gozar mientras podamos

del canto del colibrí y del aroma de la flor de azahar,

de la frescura del agua que el surtidor de la fuente vierte,

y dejemos que las naciones logren su gloria o su desgracia,

pues ha de volver la Primavera; florecerán de nuevo los naranjos;

las plantas darán siempre flores, y los bardos en sus versos las seguirán cantando.[*]

21. Acatando el consejo de los anteriores y últimos versos, almorzamos en Tacubaya con el Ministro Francés y su familia, disfrutando de un buen rato de esparcimiento en el jardín de *Madame* de Ciprey. Y en estos momentos hemos regresado de la casa de la Marquesa de Santiago, en donde transcurrió un grato atardecer; allí nos presentaron al general Paredes, que me ha hecho muy buena impresión; es el verdadero tipo del soldado, enjuto, sencillo y rudo, y cubierto de cicatrices.

23. Calderón comió en la casa del Ministro…, y se encontró en ella con todos los primeros actores del presente drama. La reunión le resultó muy agradable. Estamos contemplando nuestra escapatoria de este hotel y de emprender una excursión a caballo a Michoacán, que nos tomará un mes o seis semanas. Mientras, visito en compañía de la *Señorita* Fagoaga cada uno de los hospitales, cárceles, colegios y casas de orates en México.

26. Hoy están celebrando su independencia. Repican a vuelo todas las campanas de todas las iglesias, comenzando por la Catedral; descargan las salvas de ordenanza los cañones; los cohetes suben por los aires; Santa Anna discursea en la Alameda; pasan tropas a galope, alborotan los niños en las calles; cantan un *Te Deum*; multitudes de hombres y mujeres se agolpan o se disgregan; las calles se llenan de carruajes y los balcones de curiosos, y se espera que en el *Paseo* no quepa un alfiler. Me he refugiado en el cuarto más tranquilo de la casa para tener lugar a despachar mis cartas antes de la salida del paquete. Concluyo ésta en el mismo punto y hora en que el dictador y su brillante séquito salen rumbo a Tacubaya.

CARTA XLVII

Ópera.—Santa Anna y su séquito.—Su presencia en el teatro.—Belisario.—Un *¡viva!* aislado.—Brillante aspecto de la sala.—Dictadura militar.—San Juan de Dios.—Hospital de Jesús.—La Casa de Cuna.—La anciana y el niño.—Otros departamentos.—La Acordada.—*Junta*.—Las mujeres en la cárcel.—Crimen capital.—*Travauxforcés*.—Niños.—Presidiarios.—*Forçats*.—Soldados jugadores.—Capilla.—Confesionario.—Hospital de Dementes.—Un francés.—Diferentes clases de locura.—Cocina.—Comida.—Monje demente.—«La cámara negra».—Soldados.—Colegio.—La pierna de Santa Anna.—Proyectos.—Todos Santos.—La *Señora* Pedraza.

4 de noviembre.

Dieron una gran *función* en la Ópera en honor de Su Excelencia. El teatro estaba brillantemente alumbrado a toda cera. De dos palcos, que tapizaron en oro y carmesí y a los que añadieron cortinajes de los mismos colores, hicieron uno para el Presidente y su séquito. En las iluminadas escaleras que conducen a los palcos primeros, se alineaban dobles filas de lacayos de librea rojo y oro. Se habían reunido muchos caballeros en el vestíbulo en espera de la llegada del héroe de la fiesta. Llegó al fin con el estilo propio de un rey: carruajes y escolta a todo galope, de gran uniforme de General y su Estado Mayor. Ya dentro del teatro, el *Se-*

ñor Roca le hizo entrega del libreto encuadernado en rojo y oro. Nos encontramos el grande hombre *en face* y, deteniéndose, nos reconoció muy amable. No ha cambiado mucho en el curso de estos dos últimos años: conserva el mismo aspecto interesante; el mismo aire de resignación retratado en su cara, con una sombra más bien de melancolía. La misma voz sosegada; su prestancia grave, pero agradable; y sólo él, rodeado de pomposos oficiales, se veía tranquilo con el porte de un caballero distinguido. El teatro lleno hasta el ahogo; palcos, platea y galerías. Hizo su entrada sin que se escuchara un aplauso. De entre las butacas una voz aislada gritó un: «¡Viva Santa Anna!», que provocó, al parecer, un movimiento casi imperceptible de desaprobación, apenas expresada en un ligero murmullo. Escogieron la ópera «Belisario», considerada *à propos* para la circunstancia; *montée* con toda propiedad: el vestuario nuevo y soberbio y las decoraciones, magníficas. Y aun Belisario salió a escena en un carro triunfal tirado por unos hermosos y blancos caballos que comenzaron a dar carcovos tan desesperadamente en un escenario demasiado pequeño, que Belisario optó, con muy buen acuerdo, terminar su aria a pie. Cantaron las dos *primas donnas* en sus respectivos papeles de esposa e hija del héroe; las dos más o menos de la misma edad y vestidas con muy buen gusto. Pero la voz de la Castellan no se adapta a esta ópera, y la música, siendo tan bella como es, fue la parte menos brillante de la representación. Los generales, con sus uniformes en rojo y oro, se veían como pavos reales alrededor de Santa Anna, que se mostraba con contento sencillo y retraído ¡como si no estuviera acostumbrado a las miradas del mundo! Los palcos eran ascuas por los diamantes, que aprovecharon la ocasión para salir todos de sus estuches. Su Excelencia no es insensible a la belleza, *tout au contraire*; aunque quizá esta noche sus pensamientos eran más guerreros que poéticos.

Acabe esto como acabe, sea cual fuere el nombre popular que quiera dársele, el Gobierno ahora no es otra cosa que una dicta-

dura militar. El *Señor…*, llama a esta revolución «la apoteosis de la vanidad hecha virtud», y debe de confesarse que en la mayoría de sus actores todo ha sido un cálculo basado en intereses personales.

10. Fuimos, con nuestras amigas de San Xavier, a visitar el Hospital de San Juan de Dios, en San Cosme. Por estar en obras, sólo le ocupan dos ancianas mujeres, que se acompañan la una a la otra en sus melancolías. El edificio es muy grande y hermoso; erigido, claro está, durante la dominación española, y reina en él una asombrosa limpieza, lo cual es digno de nota cuando ello ocurre en un edificio público de México. Hay una espaciosa sala, dividida por pilastras cuadradas, luminosa y alegre, destinada al dormitorio de los hombres, con otra sala separada para las mujeres. Los cuartos también se ven limpios, aireados y muy decentes, de manera que a uno se le olvida que está en un hospital. A este respecto, el estilo de los edificios es aquí superior al de otras partes; con estos grandes y ventilados patios con fuentes, proporcionadas galerías y aposentos grandísimos, con todas las ventanas abiertas. No existe ningún lugar en Europa en el que todo el año puedan los enfermos gozar de semejantes ventajas; pero también es cierto que son muy pocos los sitios de la Europa en donde disfruten de un clima que pueda permitirlo.

Visitamos al día siguiente otro hospital; el conocido con el nombre de Hospital de Jesús; sitio reverencial, pues aquí es donde se guardaron los restos mortales de Cortés. Y aunque salvados por una persona respetable de la profanación de las turbas en un motín, y ya no descansen en el santuario de una capilla, como antaño, existe aquí todavía, para rendirles culto, lo que ni con el tiempo ni con las revoluciones puede perecer: *su memoria*.

La disposición del edificio como hospital es más propia y hermosa que el otro. El director, un médico, nos hizo pasar primero a sus habitaciones, ya que los enfermos estaban tomando sus alimentos, y después nos enseñó todo cuanto era digno de verse. La primera gran sala que visitamos estaba ocupada casi toda por los soldados heridos durante el *pronunciamiento*. El que no había perdido un brazo había perdido una pierna, y aunque parece esmerada la atención que reciben, se veían tristes y macilentos; y me atrevo a pensar que, estén como estén, ninguno de ellos «bendice» a la revolución que les ha conducido a tales extremos y con la que nada tienen que ver, pues el soldado mexicano puede acostarse en la noche en su estera como hombre leal y amanecer otro día convertido en un *pronunciado*. Cada enfermo ocupa un cuarto por separado, o cuando menos una estancia dividida de las demás con cortinas, y en cada una de ellas hay un catre, una silla y una pequeña mesa; y al otro lado de esta gran sala están los baños de agua fría y caliente, muy bien dispuestos. Pasamos en seguida a la sala de las mujeres, que se rige bajo un plan parecido. Entre las enfermas había una infortunada niña de ocho años de edad, a la que durante el *pronunciamiento* le tocó una bala perdida, que entrando por la sien izquierda le salió por debajo del ojo derecho, dejándola con vida. La bala fue extraída, y con ella salió parte del cerebro. Se ha quedado poco menos que ciega, ya que apenas distingue más que una luz difusa. Dicen que es muy probable que viva, lo cual parece cosa imposible. Su aspecto es el de un cadáver galvanizado, y la niña debe de haber sido muy hermosa. No obstante la naturaleza de la herida, conserva el uso de la razón, y sentada sobre su cama con la cabeza vendada, fijando sus ojos que no pueden ver, contestaba con gracia y viveza a cuantas preguntas se le hacían. Daba tristeza ver en ella a uno de tantos seres inocentes cuyas vidas han de transcurrir amargas, desprovistas de alegría, a causa de esta revolución. El doctor se mostraba muy bondadoso con ella.

Un accidente por demás curioso le aconteció al *Señor* Álvaro Muñoz en este último *pronunciamiento*. Había perdido una pierna en la refriega del año de cuarenta y andaba renqueando por la calle cuando le dieron un balazo. Pudo llegar a su casa, y llamando a su esposa le contó lo que acababa de ocurrir. Quiso ella llamar en seguida a un médico, pero su marido detuvo su impulso diciéndole: «No, ahora hay que llamar a un carpintero». ¡El balazo se lo dieron en la pierna que ya era de palo!

Al final de la sala de las mujeres hay una pequeña capilla en donde dicen misa a los enfermos. No tiene otro mérito que la pintura de la Purísima que se encuentra en el altar y que fue traída de España por Cortés. Recorrimos todo el edificio; hasta una especie de anfiteatro para el examen de los cadáveres que se encuentran en la azotea, en la que vimos, además, gran cantidad de lana que sacan de los colchones de los que han muerto en el hospital, y que dejan orear al sol durante algún tiempo antes de volverla a usar. En todas partes del establecimiento nos impresionó el aseo y el orden, y la eficacia con que todo está servido. Visitamos luego la iglesia, que es muy hermosa, con una sola y amplia nave y un bello altar; cerca se levanta el modesto monumento bajo el cual se depositaron los huesos del conquistador. La sacristía está techada con un curioso artesonado de cedro que forma diversos casetones primorosamente labrados; trabajo ímprobo y de buen gusto, con influencias del estilo gótico. La cajonería de esta sacristía está pintada de azul con estofados de oro. En el centro se conserva una mesa de extraordinarias dimensiones, formada de un solo tablón, también de cedro, y por la cual han rehusado respetables cantidades en metálico.

En la tarde visitamos la *Cuna*; cuyo edificio no tiene nada de particular, pues se reduce a una casa muy grande, bien ventilada y limpia. En la puerta, en donde asisten el portero y su mujer, se deposita a los niños. Les dejaban en una *reja*, en la misma ventana de la habitación del portero; lo que ya no se hace a consecuencia

de las travesuras de los muchachos o de personas ociosas que dejaban en ella perros, gatos y otros animales muertos. Al subir las escaleras oímos que una viejita cantaba una alegre canción con voz patética por lo entrecortada, y pudimos verla antes que ella nos viera a nosotros; era una anciana pulcrísima, cosiendo y cantando, y a sus pies, en el suelo, arrullábase un chiquitín en un estado de perfecto éxtasis, y en su media lengua parecía concertar un dúo con ella. Se mostró muy contenta al ver a las señoras de la *Junta*, y nos condujo a una sala muy grande en donde un verdadero coro de nodrizas y niños ejecutaban una sinfonía en la que se confundían las voces con los arrullos, y los lloriqueos con las canciones de cuna. A lo largo de la sala había camitas pintadas de verde, y tanto las nodrizas como los niños se veían sanos y limpios. Las Fagoaga conocen a cada niño y a cada nodriza o aya, por su nombre. Algunos de los niños eran en extremo hermosos, y cuando los hubimos admirado a nuestra satisfacción, nos llevaron a la sala contigua ocupada por niñas de dos, tres y cuatro años de edad. Estaban sentadas sobre pequeñas esteras al pie de sus pequeñas camas pintadas de verde; un regimiento formado por las criaturas más bonitas y más sanas que pueden verse; en la sala, un aya estaba cosiendo. Al vemos entrar saltaron todas a un tiempo y nos rodearon con las más ruidosas expresiones de contento. Una me dijo, secreteando: «Manuelita se ha caído de cabeza y ahora le duele». Me fue imposible cerciorarme de la verdad de su dicho, pues Manuelita era, de todas, la más bulliciosa. Se me echó encima una niña y con la voz más insinuante me preguntó: «¿Me llevas tú?»; no se les esconde aún en edad tan temprana de que las escogidas por las mismas señoras de la Junta han de ser particularmente favorecidas. Nos detuvimos un buen rato admirando su apariencia de niñas sanas, felices y bien alimentadas. Pasamos a los dormitorios de los niños; pequeñines de la misma edad, sentados en fila como senadores en sesión, y aunque parezca mentira, mucho más quietos y formales que las niñas;

pero sospecho que esto se debía a timidez, pues apenas íbamos saliendo cuando les vimos retozar en grande. Las ayas parecen ser mujeres respetables y cariñosas con los niños, los que, como ya dije antes, se los llevan casi todos personas adineradas antes de que puedan darse cuenta de su desgraciada situación. Una vez adoptados, están al mismo nivel de los demás hijos de la familia; les toca su parte de hacienda, y a pesar de que nunca se hace un secreto de su condición, hacen con frecuencia tan buenos matrimonios como sus hermanos y hermanas adoptivos.

Los que se manifiestan en contra de esta institución, alegan que es acicate y favorecedora del vicio. Que el número de niños recogidos en este hospital es una prueba de cómo está extendido el vicio y la miseria, no cabe duda; mas parece dudoso que el poder encubrir el vicioso su falta, o relevar al pobre de las obligaciones de su carga, ayuda a fomentar el vicio y la vagancia. Pero aunque así fuere, son tan grandes los beneficios, que puestos en la balanza con los posibles males, el fiel ha de inclinarse del lado de esta casa de expósitos. La mujer que abandona a su hijo en la Casa de Cuna, ¿no le dejaría en condiciones mucho peores si no existiera dicha institución? Y si quiere esconder su desgracia, ¿no se ha visto muchas veces que nada detiene a una mujer en su crueldad para obtener el mismo fin? ¿El abandono de su hijo en campo raso, y hasta llegar al crimen? ¿No es más fuerte a veces la vergüenza que el mundo echa sobre ella que el mismo amor maternal? Si la causa es la pobreza, hay que confesar que la miseria ha de ser grande para inducir a la pordiosera más miserable, o a la más pobre de las indias (cuyo amor para sus hijos raya en pasión), a separarse de su retoño; y aun se sospecha de que la madre que ha dejado a su hijo en la *Cuna* se alquila en ocasiones como nodriza, con la esperanza de alcanzar la felicidad de criarle ella misma; y a mi me parece que aun siendo así, no son muchos los males que ello ocasiona.

Estos huérfanos son rescatados de la contaminación del vicio, de la pobreza y quizá de los abismos de la depravación, y al salvarles quizá la vida se evita un gran pecado. Cientos de niños inocentes quedan así al cuidado de las señoras de las primeras casas del país; y los encaminan para que lleguen a ser miembros útiles a la sociedad.

Dedicamos otro día a visitar lugares muy diferentes y más dolorosos: la *Acordada*, o cárcel pública: un edificio grande y sólido, espacioso y bien ventilado. También tiene una *Junta* compuesta de las señoras pertenecientes a las mejores familias, que se han consagrado a enseñar a las mujeres presas. Es doloroso y sobrecoge el ánimo ver a las primeras damas de México conversando familiarmente y abrazando a estas mujeres culpables de crímenes atroces; asesinas, en su mayor parte, de sus maridos, que es el crimen más frecuente entre estas encarceladas mujeres. No se ven caras feas, y probablemente ninguna de ellas premeditó su crimen. Un arranque de celos en una borrachera; pasiones violentas sin freno, que de la misma manera que estallan súbitamente se extinguen, las han llevado a un fin tan desgraciado. Entramos primero a un aposento amplio y bastante limpio en donde se encuentran separadas las mujeres de «familias más decentes» que las otras. Algunas se habían tendido en el suelo; otras se ocupaban en alguna labor; bien vestidas unas, y otras sucias y desharrapadas. Muy pocas se veían tristes; la mayoría se mostraban indiferentes y aun felices, y «ninguna» parecía estar avergonzada. Vi entre ellas algunas de las caras más bonitas que he visto en México. Una mujer del pueblo, bien encarada, con la más alegre y benévola fisonomía, y además coja, se acercó a saludar a las señoras. Inquirí cuál era su delito. «Mató a su marido y le enterró debajo del piso de ladrillos». ¡Sombras de Lavater! no deja de ser un alivio el oír que sus maridos son, generalmente, tan brutos que no merecen mejor suerte. Entre las presas está la esposa de un Gobernador de México que hizo pasar a la eternidad a su marido.

No la vimos, y nos dijeron que elude siempre el encuentro con los visitantes. Una linda mujercita, coqueta, con semblante de persona ilustrada y de gran distinción y que, por otra parte, es una parienta del Conde de la Cortina, se encuentra encarcelada por sospechas de haber envenenado a su amante. Vi entre las presas a una hermosa mujer, con un extraordinario parecido con Mr…, de Boston. No supe qué crimen ha cometido. Nos atendió una mujer que ostenta el título de *Presidenta*, la que después de algunos años de observar buena conducta vigila ahora a sus compañeras. ¡Pero que también asesinó a su marido! Acompañadas de tan distinguidas criminales, subimos al cuarto que da sobre la capilla, y en donde las señoras dan lecciones de lectura y de doctrina cristiana. Si tomamos buena cuenta del tiempo que dedican a estas tareas caritativas, junto con sus numerosas prácticas devotas, y el cuidado que requieren sus casas y familias, no puede decirse que la vida de una *señora* mexicana sea ociosa ni en estos casos pueda considerarse como inútil.

Descendimos después a las regiones profundas, donde en un galerón abovedado y húmedo, se presentan cientos de infortunadas mujeres de lo más bajo del común del pueblo, ocupadas en *travaux forcés*, y cuya descripción, ciertamente, es bien fácil. Estaban haciendo tortillas para los presos. Sucias, harapientas, de aspecto miserable bajo estas funestas bóvedas, nos sentimos, al verlas, trasportadas al purgatorio. ¡Y sólo el Cielo sabe el hedor que despedían! Una vez más tuve la experiencia de que el don del olfato en México no es de ninguna manera una bendición. Otra grandísima galera cercana, en las que unas presas limpiaban y barrían, gozaba al menos del aire fresco que le llega de un patio en donde contemplamos una triste vista: la de unos pobres niños jugando. Eran los hijos de las presas.

Al dejar la parte del edificio dedicado a las mujeres, pasamos a una galería desde la cual se dominaba un inmenso patio enlosado, con una fuente en medio; allí se apiñaban en informe mezco-

lanza centenares de presos, sin que se les tomen en cuenta la naturaleza particular de sus delitos: el salteador de medianoche con el ratero que hurta pañuelos; el famoso bandido con el reo político; el deudor con el monedero falso; y es de ese modo como el individuo joven no viciado todavía, tiene que abandonar esta cárcel contaminado y endurecido por el mal ejemplo y el lenguaje más grosero. Eran muchos los rufianes mal encarados, de rostros feroces; pero también los había de semblante amable y de buen humor, y no pude advertir en ninguno tristeza o vergüenza; al contrario, todos parecían divertirse mucho al ver a tantas señoras. Echados algunos en el suelo sin hacer nada, al lado de los que se ocupaban en hacer toquillas para los sombreros; cuentas de diferentes colores, que aquí se usan mucho; tejiendo otros pequeñas canastas para vender; mientras que los había que se paseaban solos o conversando en grupos. Es esta la primera cárcel que visito en mi vida, por lo tanto no puedo compararla con ninguna; mas el sistema empleado en ella no ha de ser el mejor, cuando no hace distinciones entre los diferentes grados del crimen. Son estos hombres los mismos *forçats* que a diario vemos encadenados, regando la Alameda o el Paseo, o reparando las calles. Cientos de presos se escaparon de la *Acordada* en el último *pronunciamiento*, probablemente los peores de entre ellos, y ahora parece que aquí está la «mitad de la ciudad». Nos mostraron las celdas para los criminales a quienes es necesario tener incomunicados a causa de su mala conducta, y vimos las habitaciones de los Directores.

Bajábamos por las escaleras y tuvimos que pasar por entre un grupo de soldados de aspecto muy sucio que estaban jugando a las cartas. El *alcalde* que nos había acompañado por toda la cárcel los dispersó furioso, pero sospecho que todo era fingimiento y deseos de impresionarnos. Fuimos después a la capilla, que habíamos visto desde arriba, y que es muy hermosa y muy bien conservada. En la sacristía hay una horrible y muy apropiada

imagen del mal ladrón. Nos enseñaron también un pequeño cuarto que estaba fuera de la capilla, y en donde se ve un confesionario. En este sitio el criminal condenado a muerte pasa los tres días que preceden a la ejecución en compañía de un *padre*, escogido para este trance. ¡De cuántas horribles confesiones, lamentaciones y desesperación no habrá sido testigo este lóbrego cuartucho! Y allí no hay otro aliño que un altar, sobre el altar un crucifijo, y una banca. Considero que esta costumbre es en extremo misericordiosa.

¡Qué alegría al abandonar este palacio de los crímenes y regresar a la frescura del aire!

Al día siguiente visitamos San Hipólito, el hospital de dementes, acompañados por el Director, un fino y anciano caballero que ha pasado muchos años en la Europa, y que tiene el aire de un *Marquis* francés del *ancien régime*. Me llenó de asombro, al entrar, la belleza solitaria y suave de estos grandes patios de losas de piedra, con naranjos y granados, ahora en plena floración, y las fuentes generosas de sus claras y embellecidas aguas. Hay algo en el ambiente que ha de apaciguar los sentidos de estas infortunadas criaturas de Dios. Paseábanse tranquilos, y la mayor parte se veían tristes; algunos se habían acostado debajo de los árboles, y otros se entretenían viendo correr el agua de las fuentes; y todos parecían dominados por el *administrador* que antes fue fraile, pues San Hipólito era un convento de esa Orden ya extinguida. Todavía no se ha introducido aquí el sistema de hacer trabajar a los locos.

Cuando entramos vimos a un caballero de aspecto más bien distinguido, alto de cuerpo y bien trajeado. Concluimos que era un extranjero que, al igual que nosotros, deseaba visitar el establecimiento. Cuál sería nuestra sorpresa verle avanzar dando grandes zancadas hacia donde nosotros estábamos y oír que nos gritaba con voz autoritaria: «¿Sabéis quién soy yo? ¡Soy el libertador de Guatemala!». Nos hizo saber el *administrador* que aquel

hombre, un francés, lo acaban de encerrar y que había permanecido desde entonces en un estado de gran excitación. Siguió haciendo un tremendo escándalo y tal parecía como si los demás locos se avergonzasen de él. Otra infeliz criatura, de fisonomía mansa y melancólica, con los brazos en alto, abrazábase a una columna, y cuando le preguntaron qué estaba haciendo, contestó: «Azúcar».

Nos condujeron al refectorio; salón grande y aireado provisto de mesas y bancas; de allí a la magnífica cocina de altas bóvedas y que recibe aire por una linternilla; cocina digna del castillo de algún barón feudal y hecha para durar hasta la consumación de los comilones y de los cocineros. ¡Monjes de San Hipólito! Cuántas humeantes manducatorias, qué dé viandas suculentas no habrán salido de estas nobilísimas cocinas camino de vuestro alindante refectorio.

Los alimentos dispuestos para sus actuales ocupantes, que preparaban dos mujeres, consistían en carne, legumbres, sopa y dulces, la carne, excelente, y los *frijoles*, muy bien sazonados. Allí nos llamó la atención un muchacho sentado con las piernas cruzadas sobre un cajón de madera; era un pobre idiota sordo y mudo desde su infancia, hermoso y de buen color. Manifestábanle las mujeres gran cariño, y su expresión era plácida y de contento, mas no hizo caso de nosotros cuando le dirigimos la palabra. ¡Extraño e insoluble problema conocer cuáles serán las ideas que pasen por el cerebro de este niño!

Cuando regresamos al refectorio, los locos, en número de noventa o cien, estaban muy tranquilos sentados en las bancas tomando su colación: usan cucharas de palo con las que limpiaban sus escudillas que también son de madera. El infeliz héroe de Guatemala, sentado en uno de los extremos de la mesa, parecía ahora más sosegado. Comenzó a inquietarse al vemos y a proferir furiosas exclamaciones; pero le contuvo su vecino, el cual dirigióse con un aire de gran superioridad a todos los comensales a

su alrededor, diciendo: «¡Está loco!», con lo que el otro, con sonrisa despreciativa y viéndonos a nosotros, dijo: «¡Me ha llamado loco!». El hombre de la columna contemplaba su sopa sosteniendo, como antes, los brazos en alto sobre la cabeza. Le suplicó el director que tomara la sopa, y lentamente bajó uno de sus brazos y, no sin repugnancia, tomó algunas cucharadas. «¿Qué cantidad de azúcar ha fabricado hoy?», le preguntó el director. «Cincuenta mil reinos», contestó el hombre.

Nos señalaron a dos locos pertenecientes a una familia muy decente, y a un anciano caballero que no fue a comer con los demás, sino que permanecía sólo en el patio en una actitud arrogante. Con sus brazos sostenía una cruz sobre el pecho; también pertenece a una de las viejas familias de aquí. Al aproximarnos, se quitó el sombrero y nos habló con mucha cortesía, y luego volviéndose hacia el director le dijo: «Y por fin ¿cuándo saldré?». «Muy pronto», le contestó el director, «puede usted ir arreglando sus baúles». Hizo una reverencia y pareció quedarse muy satisfecho, pero continuó de pie en el mismo sitio con los brazos cruzados y con su misma mirada pensativa. Nos informó el director que las dos principales causas de locura en México son el amor y la bebida (envenenamiento mental y físico) y que la locura causada por lo primero es casi, invariablemente, incurable; mientras que las víctimas de lo segundo se curan por lo general, lo cual es lógico. El pobre y anciano caballero ha perdido el seso por haberle abandonado su amante. Vimos la capilla en donde un *padre* les dice la misa a estas pobres criaturas, a los «inocentes», como aquí les llaman. No entran a la capilla por miedo a que causen confusión, pero se hincan fuera frente a una reja de hierro, y es asombroso, nos decía el *administrador*, la manera con que asisten al oficio divino, tan pacíficos y respetuosos.

Al pasar por el patio vimos a un hombre muy atareado colgando vestidos de niño; camisitas y pantaloncitos, como si quisiera que se secasen, y esto hacía hablando consigo mismo muy

aprisa y sin cesar, y dejaba cada dos minutos sus manejos para sorber a espuertas agua de la fuente. Le trajeron su pitanza allí donde él estaba (pues no pueden persuadirle que se siente con los demás), y engulló sus alimentos con la misma prontitud, mojando su pan en la fuente, sin que dejara de hablar todo el tiempo. El pobre loco de los «reinos de azúcar» regresó de comer y volviéndose a su lugar acostumbrado junto al pilar, con los brazos levantados y con la misma expresión de melancolía y desconcierto.

El director nos enseñó después la ropería; allí se ven los sombreros de palma y los burdos vestidos, así como las terribles camisas de fuerza hechas de grueso lino crudo y que parecen levitas con unas mangas de un largo prodigioso; y la *Botica* donde se guardan las medicinas, y la Secretaría en la que se llevan los registros de entradas y defunciones, y bien pocas salidas. Alrededor del patio están las celdas en donde encierran a los locos furiosos, construidas de sólida sillería. Entramos en una que se hallaba vacía y en la que habían encerrado a un fraile franciscano. Encontró el modo de medio derribar una pared para hacer un boquete y comunicarse con la celda contigua. ¡Imaginad un loco que ve aparecer la cabeza de otro loco a través de un agujero! Estaba toda la celda cubierta de cruces de todos tamaños pintadas con un pedazo de carbón. Fue preciso mudarle a una galera de la planta baja, en donde volvió a emprender su obra de destrucción. Me contó más tarde el *padre* Pinzón, confesor de los reos condenados a la última pena, y perteneciente a la misma Orden que este fraile loco, que el pobre hombre había sido comerciante y había logrado juntar cerca de cuarenta mil pesos, con los cuales iba de camino para México cuando le asaltaron los ladrones, los que no sólo lo despojaron de todo cuanto llevaba, sino que le hirieron en la cabeza. Apenas convaleciente renunció al mundo, entró al convento de San Francisco, y al cabo de cierto tiempo tuvo varios accesos de locura, y, al fin se volvió tan furioso que

el Superior se vio obligado a solicitar que le admitieran en San Hipólito.

Nos llevó el director a las galerías superiores, donde hay más celdas y en donde está el terrible *Cuarto Negro*; una celda redonda en tinieblas, de unos doce pies de circunferencia, con un pequeño intersticio para que le entre el aire. Está cubierto el piso de una gruesa capa de paja, y las paredes con mullidas colchonetas. Aquí es donde encierran a los locos furiosos cuando llegan, y aunque se arrojen al suelo o se den con la cabeza en contra de las paredes, no pueden lastimarse. Al cabo de algunos días el silencio y la obscuridad aplaca su furia, comienza a calmarse y quiere comer los alimentos que le pasan a través de una abertura en la pared. De aquí le cambian a otra celda común, con más aire y luz; pero hasta que entra en un estado de tranquilidad no es admitido en el patio con los demás.

De este horrible, aunque debo de suponer necesario, antro de sufrimiento, pasamos a las habitaciones del *administrador*, que gozan de una bonita vista de la ciudad y de los volcanes; admiramos en ellas una virgen, la más preciosa de las esculturas, cubierta con un vestido de raso blanco bordado con pequeños diamantes. Muriéndose en el piso estaba un perrito que se había caído de la *azotea*, accidente que aquí les ocurre con frecuencia a los perros. Subimos después a la *azotea* que ve al jardín de San Fernando y a nuestra última casa; también da sobre los cuarteles de soldados, que, según observaba…, son unos locos mucho más peligrosos que los encerrados en este hospital. Algunos se habían echado en el suelo y con todo y sus amarillos y sucios capotes; otros permanecían de pie en mangas de camisa y muchos se veían desnudos de cintura a cabeza. Una banda de heroicos milites de lo más sucia que puede uno imaginarse. Cuando bajamos otra vez al patio y pasé frente a la última de sus celdas, que reciben la luz por un portillo hecho en los espesos muros de piedra, unos grandes ojos negros que brillando en la obscuridad se cru-

zaron a la altura de los míos, me produjeron una turbación infinita. Pero aquellos ojos se clavaban en el vacío. Era un hombre enjuto, de rostro pálido y de larga y enmarañada barba. ¡Cuántos años de sufrimiento dejaron su huella en su frente surcada de arrugas! ¡Hubiera preferido no verle!…

Para que Kate le conociera, hice mi tercera y última visita al Colegio de las Vizcaínas. ¡Qué palacio! ¡Qué patios y qué fuentes! Recorrimos, como las veces anteriores, todo el edificio; de la *azotea* para abajo y de la portería para arriba. Muchas de las educandas que le abandonaron durante la revolución, todavía no regresan. Kate no se cansaba de admirar los grandes corredores que parecen largas calles abovedadas, y la capilla, que es, sin duda, notable por su riqueza…

Nos detuvimos, al regresar a casa, en una zapatería en donde pudimos ver la pierna de Santa Anna sobre el mostrador, que observamos con el respeto que se merece el sostén de un héroe. Con esta pierna, a la cual va ajustada una muy hermosa bota, ha de pasar revista a sus tropas el próximo domingo, poniendo por delante su pie de «veras», porque de ordinario sólo usa una simple pata de palo. El zapatero, un español, que puedo recomendar a todos los clientes como la persona más impertinente que jamás haya yo conocido, estaba discutiendo con mucha altanería con un caballero que le había traído un recado del General para que hiciera algunos cambios en la pierna, y terminó refunfuñando al salir el recadero de la zapatería: «Se la ha de poner tal y como está o pasará revista el domingo sin pierna».[*]

Hemos encargado unas *mangas* para llevarlas en nuestra proyectada excursión, y que ya está casi decidida. No se puede encontrar nada aceptable por menos de setenta u ochenta pesos. Son de tela muy resistente, con un agujero en medio para pasar por él la cabeza, con las puntas de terciopelo negro, con franjas de oro o seda y todas forradas con grueso calicó. Son calientes y

muy a propósito para montar en el campo. He visto algunas bordadas con mucha riqueza que cuestan quinientos pesos.

Ocurrió lo que había yo profetizado; ahora que estamos a punto de abandonar México hemos caído en la cuenta de que son muchos todavía los lugares que no hemos visto. Hicimos una visita, probablemente la última, a Nuestra Señora de Guadalupe, y en verdad que nunca habíamos considerado con tanta atención su templo, o permanecido durante tanto tiempo frente a cada pintura o altar, o escuchado con tanto interés todas las particularidades acerca de su erección que nos dio el Señor…, cuya autoridad en esta materia está fuera de duda.

Parece que la sacristía de la parroquia actual existía antes de 1575, y era entonces una pequeña ermita en donde se colocó la milagrosa imagen, en la que permaneció hasta principios del siglo siguiente, cuando se construyó una nueva iglesia, a donde fue trasladada la Virgen solemnemente. Ya entonces corría su fama, pues el arzobispo dispuso que de las limosnas del Santuario se sacasen anualmente seis dotes de a trescientos pesos cada uno para casar huérfanos.

Pero en 1629 sufrió México la terrible inundación que destruyó una gran parte de la ciudad, y el bondadoso arzobispo don Francisco Matizo, mientras dedicaba su tiempo y sus caudales en aliviar los sufrimientos del pueblo, dispuso, entre otros arbitrios, el traer a México la efigie de Guadalupe. Se colocó en la iglesia que servía entonces de Catedral, muy distinta en dimensiones de las que ahora ostenta tan noble edificio, y que parece haber sido la que es hoy sacristía mayor. Retiradas las aguas se la volvió a su Santuario, y cuánto creció en esa época su fama, no es fácil explicarlo. Multiplicáronse sus copias de tal manera, que probablemente hoy en día no hay una choza india, en toda la extensión del país, en la que no se vea su imagen. La piedad soltó la rienda a su generosidad: un trono de plata que pesaba más de trescientos cincuenta marcos, trabajado con esmero y costeado en la ma-

yor parte por el virrey Conde de Salvatierra, fue una de las dádivas, junto con una vidriera para proteger a la imagen, y que pasó entonces por una maravilla del arte. A fines del mismo siglo se proyectó levantar un nuevo templo, la actual Colegiata, demoliéndose la segunda iglesia, no sin que antes se construyese una iglesia provisional (que es ahora la parroquia) para pasar a ella la imagen. Se concluyó el nuevo templo en 1709, y del costo de la obra se escribe con variedad: alguno le hace montar a ochocientos mil pesos: recogidos sólo de limosnas que solía pedir, según dicen, el mismo arzobispo virrey don Juan de Ortega y Montañez. Dos caballeros de México ofrecieron para la obra, uno treinta y el otro cincuenta mil pesos.

La fábrica interior, de orden dórico, es de tres naves, divididas por ocho columnas; sobre las cuales y los muros asientan quince bóvedas. De éstas, la del centro forma la cúpula del edificio. El templo está situado de Norte a Sur, y tiene tres puertas, una al frente que mira a México, y dos a los costados. La nave central es de unos quince pies de latitud, y su longitud, de doscientos treinta. En los cuatro ángulos exteriores se elevan cuatro torres, y en medio de ellas descuella el domo. Se colocaron primero los altares. En el de en medio, destinado a la imagen, se encontraba un suntuoso tabernáculo de plata sobredorada, en el que entraron más de tres mil doscientos marcos de plata, y tuvo el costo total setenta y ocho mil y pico de pesos. Ocupaba el centro del tabernáculo un marco de oro en que se puso a la imagen, y que pesa cuatro mil cincuenta castellanos (moneda antigua española, cuyo valor equivale a la quinta parte de un marco de oro). El lienzo está resguardado y cubierto por el envés con una gran lámina de plata de gran valor. La demás riqueza del templo es correspondiente a su grandeza. Los blandones, ramilletes, crujías y otras piezas se estiman en cerca de catorce mil marcos de plata, sin contar los numerosos vasos sagrados, custodias, cálices, ornados de rica pedrería. Dos de los candiles eran de oro, con peso de

más de dos mil castellanos y una de las lámparas pesaba setecientos cincuenta marcos de plata.

Pero en 1802, habiéndose resentido sus muros y bóvedas, hubo necesidad de atender a su reparación. Sin embargo, se resolvió primero construir un nuevo altar para la imagen, cuya ejecución se encomendó al celebrado escultor Tolsá. Comenzó este artista a acopiar los mejores mármoles del país; haciendo venir de Puebla el color negro, y de las canteras del pueblo llamado San José Vizarrón, el blanco, el pardo y el rosado. También se principiaron a fundir y trabajar los adornos de bronce; pero sus crecidos costos vinieron a suspender la obra por más de veinte años hasta en 1826 en que nuevamente se puso mano a ella. La imagen fue trasladada en solemnísima procesión del Convento de Capuchinas al nuevo altar, con asistencia del pueblo innumerable. El altar mayor, cuyo costo asciende entre trescientos y cuatrocientos mil pesos, es la mitad de un hexágono cóncavo. En la línea de en medio se levantan dos pilastras de orden compuesto, de mármol blanco, y las cuales sostienen el arco. En los intercolumnios hay dos pedestales y sobre ellos descansan las imágenes de San Joaquín y Santa Ana, y en dos nichos se pusieron las de San José y San Juan Bautista. Sobre el cornisamento hay otros tres pedestales, en que están las de San Miguel, San Rafael y San Gabriel. Encima de la de San Miguel, entre un grupo de serafines y nubes, se colocó de relieve el Padre Eterno. El espacio entre el remate del altar y la bóveda se cubrió con una cortina carmesí, pintada al temple, que están descorriendo santos y ángeles. El centro del altar lo ocupa un tabernáculo de mármol rosado, en que se halla la imagen, y todos los adornos del altar son de calamina y bronce dorado.

Además de la Colegiata y parroquia hay en Guadalupe otros tres templos que son: el de las monjas Capuchinas, y los que llaman del Cerro y del Pocito; todos tan unidos entre sí, que el pueblo o ciudad, que con este título se decora, parece una verda-

dera fundación religiosa o hermandad emanada de la Basílica y de las iglesias, unidas en el culto a la Virgen, y apoyándose sobre la «Milagrosa Aparición» manifestada al bienaventurado indio Juan Diego.

Lamento no haber sabido antes de que hay en México un convento de «Monjas Indias»; y de que cada monja, cuando toma el hábito, se reviste de un soberbio traje de india como el que llevaban antiguamente las *cacicas* o señoras de la clase mas elevada.

Fui hace algunos días con la *Señorita* Fagoaga a visitar la Casa de las Locas de la calle de Canoa, construida en 1698 por la opulenta Congregación del Salvador. La institución padece al presente una gran necesidad de fondos, y de ninguna manera puede compararse con el Hospital de San Hipólito. La directora parece una buena mujer, que se ha dedicado a cumplir con sus deberes y muy bondadosa con sus pacientes, cuya violencia apacigua usando sólo la compasión y la constancia. Pero ¡qué vida de temor y sufrimiento debe de ser una situación semejante! Las asiladas se ven pobres y miserables por lo general, y es difícil que la impresión melancólica que producen pueda borrarse en mucho tiempo de la mente. Nos impresionó, en particular, una infortunada mujer, perteneciente a una familia muy principal, que con sus largos cabellos esparcidos, sus ojos brillando con fuego salvaje, se asomaba por la ventana abierta de su celdilla, en donde se han visto obligados a encerrarla, y que profiriendo las más tristes lamentaciones suplicaba a cuantos pasaban, en los términos más patéticos, que le devolvieran a su marido y a sus hijos. Una muchacha cantaba llena de alegría; dos o tres mujeres cosían, pero las más permanecían sentadas en cuclillas en el suelo con una mirada melancólica y extraviada. Las pobres son admitidas sin pago alguno, y las clases ricas pagan una moderada suma por el hospedaje.

Pero, para variar de tema, os diré que seguimos yendo a la Ópera, que ciertamente es la diversión más agradable en México,

y que casi siempre vamos al palco del Ministro francés, que es uno de los del centro. Repitieron anoche «Belisario», pero con menos lujo que en la función en honor de Santa Anna.

Esperamos salir el dieciséis; iremos en Diligencia no más allá de Toluca, donde un militar mexicano, el coronel Yniestra, nos ha prometido gentilmente encontramos con mulas y caballos. M. el Conde de Breteuil y Mr. Ward, secretario el primero de la Legación francesa y de la inglesa el segundo, han decidido acompañamos hasta Valladolid, y con tan agradables compañeros de viaje no cabe duda de que la jornada promete ser muy grata.

El domingo último fue la fiesta de Todos Santos. En la tarde de ese día nos paseamos bajo los Portales con los Ministros de Francia, *M.* y *Madame* de Ciprey, para ver las luminarias y los numerosos puestos cubiertos de ringleras de «calaveras de azúcar», enseñando los dientes y ofreciéndose a la tentación y gusto de la chiquillería. Suele ir la gente en esta ocasión muy bien vestida; pero la tarde, fría y desapacible, hizo que las señoras, que en gran número habían concurrido, se retiraran temprano a pesar de que iban muy envueltas en sus chales. Gritaban las viejas mujeres en los puestos, con perseverante y destemplada voz «¡calaveras, niñas calaveras!»; pero también había animales de pura azúcar de todas las especies y suficientes para formar un Arca de Noé.

14. Nuestra salida de aquí está fijada para pasado mañana, y no escribiré sino desde la primera parada que hagamos; y como a nuestro regreso no haremos más que pasar por México, comenzamos a despedirnos desde ahora de «casi» todos nuestros amigos. Si os contara todas las muestras de amabilidad y hospitali-

dad, y todos los cordiales ofrecimientos para servirnos que se nos hacen, y de lo llenos que se han visto nuestros cuartos (aunque no sean más que los cuartos de una posada) desde la mañana hasta la noche, os parecería que exagero. Hemos conocido últimamente a una dama que nos ha caído tan simpática, que es la causa de que ahora más que nunca tengamos que clamar en contra del sistema de *faire part* que prevalece en esta ciudad, pues debido a una equivocación de un criado nos hemos visto privados del placer de conocerla antes. Se enmendó el error a las horas mil. Es esta dama la *Señora* de Gómez Pedraza, una de las señoras más cabales e ilustradas de México, y aun cuando nuestra amistad es recientísima, confío que será duradera.

Hace dos noches fuimos con la *Señora* de Cortina a un concierto de aficionados, y yo me pregunto en qué capital de la Europa podrían juntarse tantas buenas voces que canten por afición. No quiero referirme a escuela alguna, aunque la dueña de la casa, la *Señora* Adalid, posee un método perfecto. Pero ayer pasamos una de las veladas más agradables en medio de una deliciosa reunión familiar en la casa del *Señor* Neri del Barrio. Se reducía a los miembros de la familia y era, según crea, su *jour de fête*. ¡Si toda la sociedad mexicana se pareciera a ésta, sería demasiado nuestro pesar al abandonarla! Las muchachas son bonitas y muy bien educadas: sencillas en sus maneras y gustos; la Condesa, un modelo de virtudes y dignidad. ¡Y con tanto y tan verdadero afecto y amor al hogar todos ellos! ¡Tanta tristeza y a la vez el gusto más exquisito y una sencillez patente en todo cuanto les rodea! México no puede perderse mientras existan esta clase de familias, y aunque frecuenten poco la sociedad, la influencia de sus virtudes y de sus caridades se deja sentir con creces.

Esta mañana Calderón fue recibido en audiencia por el Presidente. También visitó al general Bustamante, que aun se encuentra en Guadalupe alistándose para partir. Saldrá, probablemente, con el «Jasón», el mismo barco de guerra que nos trajo a

Veracruz, y tal vez nosotros salgamos de la República en la misma época. La Marquesa Viuda de Vivanco, que a consecuencia de su salud precaria no ha salido de casa en meses, se contaba entre los visitantes de esta mañana.

Hoy comió con nosotros el Conde la Cortina, y nos trajo, para que la viéramos, la espléndida espada con la empuñadura de brillantes y ópalos que el Congreso ofreció al general Valencia. Hermosa pieza de artesanía, que hace honor a los artífices mexicanos. Estuvo hoy el Conde como nunca, brillante y elocuente en su conversación, y sean sus teorías valederas o equivocadas, no cabe duda que son de lo mas *entrainant*.

Nuestras próximas cartas serán fechadas, probablemente, en Toluca.

CARTA XLVIII

Salida de México.—La Diligencia.—*Padre* indio.—Mujer bebedora de aguardiente.—Malos caminos.—Hermosa vista.—Escolta.—Excelente almuerzo.—La cabeza de un ladrón.—Selecta compañía.—Lerma.—Valle de *Toluca*.—*Hacienda*.—*Toluca*.—El Conde de Breteuil y Mr Ward.—El *Comandante*.—Alegre cena.—El coronel Yniestra.—Un día en Toluca.—Jornada a la «Gavia».—Calor y hambre.—Agradable morada.—Propiedad principesca.—El Pilar.—Un zorrillo.—Un lobo.—Larga jornada.—*Tortillas*.—El Conde de Breteuil.—Estado de Michoacán.—Escena boscosa.—Trojes de Angangeo.—Comodidad.

Toluca, 16.

Inútil fuera el querer describiros, con la esperanza de llevar hasta vosotros las escenas de nuestros últimos días en México, la confusión, las carreras, las visitas, el saldar cuentas, hacer los baúles, el envío del equipaje pesado a Veracruz y apartar los efectos más necesarios para nuestra excursión; especialmente ayer, en que nos rodearon las visitas y los *cargadores* desde las siete y media de la mañana hasta las once y media de la noche. Nuestros últimos visitantes fueron los Cortina y los Escandón,

On dit que el nuevo Presidente está cambiando la espada por el arado. Prefiriendo el campo a la ciudad, casi todos los domin-

gos señala el nombre de la casa en donde desea se le agasaje la próxima semana; unas veces en la villa del *Señor…*, en Tacubaya; otras en la *hacienda* del *Señor…*, en San Agustín. Hasta ahora el cuerpo diplomático no asiste a estas reuniones, pues no ha sido recibido todavía oficialmente; pero hemos sabido que se canta y se baila amén de otras diversiones, y que Su Excelencia se muestra amable y «galante» hasta más no poder.

Por filo de las seis de la mañana de hoy, varios de nuestros amigos (Señores Cañedo, M…e), (R…s), (Almonte, etc.), se habían reunido para acompañarnos a la Diligencia que, por desgracia, no pudimos tomar por entera, pues en estos días todo el mundo está en movimiento con tal de asistir a la gran feria de San Juan de los Lagos, que empieza el 5 de diciembre y cuyo camina directo pasa por Toluca. Por fortuna a la Diligencia se le había roto algo la noche anterior, y la estaban componiendo; de otra manera, hubiéramos dejada detrás de nosotros una serie de importantes adminículos, pues en la prisa de nuestra partida cada quien había olvidado en el hotel lo que más necesitaba; Calderón, su escopeta; Kate, su maletín de mano, y yo, «todo», y lo que es peor, el libro con el cual intentaba entretener las aburridas horas que hay entre México y Toluca. Corrió nuestro joven sirviente montó a caballo el *Señor…*, y con harta buena voluntad se avino a hacer viajes entre la Casa de Diligencias y el hotel, hasta que poco a poco recuperamos cuanto habíamos olvidado. Subimos al coche, y en aquellas estrecheces apenas si pudimos volver nuestras cabezas y murmurar un adiós a nuestros amigos. Rodó por fin la Diligencia estremeciéndose a través de las calles, ya encarrerada traspuso la Alameda, y el traqueteo fue por grados acomodando a cada quien en su lugar, y con ello, y un mejor arreglo de capas y *sarapes*, comenzamos a sentirnos más holgados. Un *padre*, de acusados rasgos indios, se sentaba entre Kate y yo, y haciendo *vis-à-vis* con nosotras estaba una horrible mujer con una cara de pajarraco, larguirucha y flaca de cuerpo, rojos y saltones

los ojos, los dientes tan negros como el carbón, unos garfios por dedos y con una papera enorme, y que, de vez en cuando, se echaba al coleto un trago de aguardiente. Había asimismo algunos hombres medio ocultos en sus *sarapes*. Satisfecha después de pasar revista a nuestros compañeros, requerí el *Blackwood's Magazine*; mas el camino carretero que conduce al Desierto y por el cual habíamos pasado antes a caballo, es pésimo y las mulas apenas podían con el cargado carruaje en las ásperas crestas de los cerros. Las rodadas nos lanzaban de un lado para otro y las sacudidas eran espantosas, y nos veíamos precisados en ocasiones a bajarnos, lo que no hubiera sido tan desagradable sin la perspectiva de tenerse que meter de nuevo al coche. El día y la campiña eran hermosos; pero en un vehículo cerrado el gozarles era cosa imposible, y más bien dimos las gracias cuando las ruedas se atascaron en lo hondo de una rodada y tuvimos que apearnos y caminar por un buen rato. La vista desde estas alturas ya nos era conocida, mas nunca alcanzó un efecto tan asombroso como en ese momento. La antigua ciudad, con sus torres, lagos y volcanes, recreábase en un baño de luz solar. Ninguna nube alteraba el éter; ni una exhalación sobre el lago; ni una sombra en las montañas. Todo brillaba y resplandecía inundado por la claridad de la mañana; mientras que a la izquierda, y en contraste, se destacaba la obscura mancha de los pinares cubriendo los encumbrados cerros que protegen el Desierto.

Remudamos caballos en Santa Fe, en donde encontramos la escolta que para nosotros había dispuesto el general Tornel; necesaria precaución en estos caminos infestados de ladrones. Nos detuvimos a almorzar en Cuajimalpa, cuya posada regentea un francés, de quien se dice que está haciendo una fortuna que merece, aunque fuera nada más por el excelente desayuno que nos preparó atendiendo las órdenes del Conde de Breteuil y Mr. Ward, quienes temprano por la mañana nos habían precedido a caballo. (¡Envidiable suerte!). Nos sirvieron pescado blanco del

Río Lerma, que cruza las planicies de Toluca, y sin aquel regusto a lodo que tiene con frecuencia el que procede de la Laguna de México; también nos dieron chuletas, patatas, café, etc.

En dejando la posada, que se encuentra en medio de una región formada por rocas volcánicas, el panorama va adquiriendo mayor belleza y los bosques más espesura. Es, sin embargo, más peligroso, en razón del refugio que a los caballeros del camino real les brinda la misma fragosidad de las montañas, y cuya predilección por estas agrestes soledades atestiguan las numerosas cruces que a la vista se ofrecen. Al término de un sombreado sendero hay un pequeño claro en el bosque llamado «las Cruces», en donde varias de ellas, hechas de madera, indican el lugar donde se dio la famosa batalla entre el Cura Hidalgo y el general español Trujillo. Nada podía armonizar mejor con este escenario salvaje que la cabeza del célebre ladrón Maldonado, que clavada está en un pino al pie del cual cometió su última muerte. Ya casi negra, con una mueca muda, allí permanece, para escarmiento de sus camaradas y confortación de los viajeros. Desde los diez años hasta los cincuenta de su edad, en que expió sus crímenes, siguió la honrosa profesión de salteador de caminos. El *padre* que venía con nosotros en la Diligencia, nos contó que había escuchado su última confesión. Que esta calavera de descarnada boca haya sido de un hombre, y feísimo, según dicen, bien está; pero qué extraño es imaginarse a ese mismo hombre cuando niño, sentado en la falda de una madre que debió regocijarse al verle salir a su hijo el primer diente. ¡Si ella pudiera ver sus dientes ahora! Bajo esa misma cabeza, y como si quisieran hacer alarde de su desprecio por la justicia y las leyes, los ladrones aligeraron de su equipaje a algunos viajeros no hace mucho. Los robados, empero, eran monederos falsos; clase que suele abundar en Toluca, y dos de estos ingeniosos caballeros viajaban en nuestra Diligencia (como nos pudimos enterar después) y regresaban a esa

ciudad. ¡Ellos, con la bebedora de aguardiente, formaban nuestra reducida y selecta compañía!

La escena ventanillas afuera, preferible, sin duda, a la de adentro, la pudimos contemplar a medias en cuanto enrollaron las cortinas de cuero. ¡Qué de cetros cubiertos de nobles pinos! ¡Qué hermosos pastos con los manchones de árboles dispuestos, se diría, para impresionar el ánimo como en un parque inglés! Abetos, robles, cedros y olmos. Al llegar a la población o aldea de Lerma, famosa por la manufactura de espuelas, y que se levanta en un país pantanoso, a la entrada del valle de Toluca, desaparece el peligro de toparse con los ladrones, mas con el peligro disminuye la belleza del paisaje. Pero si respiramos con más libertad fue debido a otras circunstancias: aquí se apearon del coche la papera y los ojos saltones, junto con su botella de aguardiente, librándonos de la opresiva influencia de aquella suerte de pesadilla «diurna», si es que existe semejante cosa, que nos había producido su compañía.

El valle de Toluca se extendía ahora frente a nosotros, señoreado por el volcán lejano. Los llanos alrededor se miraban fríos y melancólicos con bordos de agua transparente, y pantanos cubiertos de diversas especies de aves acuáticas. La *hacienda* de San Nicolás, cuyo dueño es el *Señor* Mier y Terán, fue lo único digno de mención que se ofreció a nuestros ojos antes de que llegáramos a Toluca. Esta *hacienda*, propiedad antaño de los frailes carmelitas, es una finca muy valiosa. No se ve un solo árbol en sus terrenos, ni tampoco en todo el valle, que en gran parte se encuentra dentro de los linderos de la heredad, pero en cambio abundan en ella los grandes campos de maguey y de maíz; y un hermoso río pasa a través de esta *hacienda*, una de las más productivas de la República. Los jornaleros son, en general, indios otomíes, una pobre y degradada tribu. Aquí despedimos a la escolta que se había ido cambiando cada seis leguas, y entramos a Toluca cerca de las cuatro, pasando la *Garita* sin las molestias del registro

del equipaje a que son sujetados la mayoría de los viajeros. Encontramos cuartos medianamente aceptables en una posada; había, por lo menos, dos o tres sillas de madera en cada cuarto, y en uno de ellos una mesa de pino. Mr. Ward y el Conde de Breteuil ya nos estaban buscando. El coronel Yniestra todavía no se había presentado.

Toluca, que se encuentra al pie del cerro llamado de San Miguel de Titucuitlaplico, es una ciudad grande e importante, antigua y tranquila, de aspecto respetable y atrayente, y casi tan triste y solitaria como Puebla. En las calles, en la plaza y en las iglesias reina la limpieza y la hermosura. Hacia el sur de la ciudad se extienden dilatadas llanuras cubiertas de ricas sementeras, y el volcán está por el mismo rumbo a unas diez leguas de distancia. Salimos en la noche a dar una vuelta por la Alameda, y pasamos bajo los *Portales*; hermosos y limpios, mucho más que los de México. Nos sentamos en una banca de piedra junto a una fuente y desde cuyo sitio se registraba una magnífica vista de los distantes montes y del volcán, a cuyas espaldas se ponía el sol en un mar de líquidas llamas que le hacían aparecer como una perla en un lecho de fundidos rubíes. La Alameda, que no ha sido objeto de muchos ornatos, se ve más bien abandonada, pero hay unos senderos que atraviesan los prados que a esta hora estaban cortando. Todo respiraba tranquilidad y el ambiente era conventual. Un aire fresco, tirando a frío pero agradable, rozaba el recién cortado césped. El volcán tiene en la cúspide y en lo que fue un horno inmenso, dos lagos de la más pura, glacial y transparente agua. Se dice que la vista desde la cima, cuyo ascenso es muy fatigoso pero que se ha llevado a cabo, es hermosísima y extensa. En el más grande de los lagos, los viajeros se han embarcado en una canoa; pero creo que nunca ha sido cruzado por la preocupación vulgar de que está encantado y de que en el centro hay un vórtice. El volcán tiene cerca de quince mil pies de altura sobre el nivel del mar, y nueve mil respecto de Toluca. No es tan alto co-

mo el Popocatépetl, pero es un volcán «respetable» para una ciudad de provincia; *muy decente*, como decía alguien al hablar de las pirámides que adornan la maravillosa caverna de Cacahuamilpa.

Pedimos que nos sirvieran de cenar en la misma posada, y nos acompañó el *Comandante* de Toluca *Don* Manuel Andrade, el mismo oficial que nos recibió cuando llegamos a México. Me es penoso hacer constar que nos sentamos a la mesa seis comensales ante un guiso de aves y unos *frijoles*, con sólo tres cuchillos y dos tenedores. Los providentes viajeros, sin embargo, habían traído un buen aloque, y si nuestra cena no fue muy elegante estuvo por lo menos muy alegre. El coronel Yniestra se presentó a eso de las diez; pero se concluyó que las monturas necesitaban descansar un día y, por lo tanto, pasaremos el día de mañana en Toluca.

17. Hemos pasado este día formando el itinerario, en el que se ha preferido el camino más agradable al más directo; paseando por la ciudad que fue capital de Estado en el sistema federalista; subiendo por los empinados caminos cortados a través de los cerros en cuyos pies descansa; admirando las iglesias y conventos, y sus anchas y bien empedradas calles, de bonitas casas pintadas de blanco y rojo. Se ha decidido que en la primera noche de nuestra peregrinación pidamos posada en la *hacienda* de «La Gavia», del ex ministro Echeverría, que se encuentra a unas diez leguas de muy mala carretera de Toluca, la que, a la vez, está a dieciséis de México. Arreglados ya todos los asuntos más importantes, y trazado el plan de nuestro viaje, estamos a punto de retirarnos a descansar con la grata contingencia de no tener que entrar en ningún vehículo, tenga dos a cuatro ruedas; sea carreta, coche o Diligencia, hasta nuestro regreso a este lugar.

La Gavia, 19.

El «levar anclas» en las primeras horas de la mañana no estuvo exento de dificultades. Distribuir la carga que tenían que llevar las mulas; en sillar los caballos: una mula coja; los baúles demasiado pesados; el cuento de nunca acabar. Levantados a las cinco de la mañana, vestidos a la luz de las velas, tomamos chocolate, y con las *mangas* ya puestas nos fuimos al corredor alto que da al *patio* para vigilar desde allí el curso de los preparativos. El coronel Andrade llegó a las siete con un soldado de a caballo para acompañarnos parte del camino, y emprendimos la marcha con la fresca de la mañana sin esperar el resto del convoy. Toluca se nos aparecía silenciosa y digna mientras pasábamos por las calles, con sus conventos y la negrura de los cerros. El camino carretero, al dejar la ciudad, era pedregoso y abrupto, y cuando llegamos a un pequeño *rancho* que está junto a una capilla antigua, hicimos alto para esperar a nuestros viajantes compañeros. El coronel Andrade nos divirtió contándonos sus campañas contra los comanches, en donde fue herido terriblemente. ¡Singular contraste el que ofrecen estos bárbaros feroces con la suavidad de los indios del interior! La raza comanche, según él, posee una gran belleza y prestancia, y sus arbitrios para guerrear y traficar son tan sobresalientes, que si no fuera por su natural indolencia, el mantener a raya sus depredaciones sería casi imposible. Mas el coronel Andrade terna necesidad de regresar a Toluca y nos dejó bajo la custodia de su soldado, y esperamos en el *rancho* cerca de media hora, hasta que apareció nuestra caravana con la larga arria de mulas y sus *mozos*. Los caballeros iban vestidos con tanta propiedad como sus criados, es decir, a la mexicana, que es el vestido más conveniente en el mundo para una jornada a caballo. El coronel Yniestra se había quedado atrás para conseguir otra mu-

la, y como hay dos caminos, tomamos, como siempre ocurre en estos casos, el peor, que nos llevó durante leguas enteras sobre un terreno quebrado, sin un árbol, sin un arbusto, ni un matojo o una flor siquiera. El sol estaba ya muy alto, y principiaba a dejarse sentir el calor con mucha fuerza. De vez en cuando veíamos alguna choza miserable, o un indio caminante nos sonreía enseñándonos la blancura de sus dientes, y no impaciente por la carga que doblaba sus espaldas, conseguía quitarse el sombrero de sobre su tupida cabellera para darnos con dulzura los buenos días; pero, por lo demás, desde Dan hasta Bersabee, desde Toluca hasta La Gavia, todo era un erial. A eso del mediodía, hubiéramos podido imaginar que cruzábamos las quemantes llanuras de la Mesopotamia, a pesar de alguna que otra repentina ráfaga de fresca brisa, que, al esparcirse por breves momentos entre nosotros, servía tan sólo para que después sintiéramos el bochorno con mayor agobio. Y una barranca sucedía a otra barranca. Los caballos trepaban hasta la cima de un despeñadero para deslizarse de grupa de otro. A las dos nos moríamos todos de hambre, y nada teníamos para aplacarla. Nabucodonosor mismo se hubiera encontrado confundido. El Conde Breteuil logró, quién sabe cómo, comprar unas *granaditas* y maíz tostado a un indio, y esto nos dejó satisfechos por un rato, e intentamos consolarnos oyendo a los arrieros que rompieron a cantar en coro canciones de su propia cosecha, mientras conducían las fatigadas mulas sobre las ardientes lomas. Cada indio que encontrábamos nos aseguraba que La Gavia estaba *«cerquita», «detrás lomita»*; y cada lomita que trasponíamos nos presentaba a la vista otra lomita, pero de la por nosotros tan deseada morada ni señales. Nunca jamás había yo visto una región más desolada, sin una sombra y tan desprovista de interés como ésta por donde va el camino (del cual nos hemos vengado, bautizándole, de mutuo consenso, con el nombre del «camino de las trescientas barrancas»). Pero, en fin, «no hay sendero que por largo que sea no tenga su vuelta», como decimos en

Escocia, y entre tres y cuatro, La Gavia estaba a la vista; un edificio extenso y de poca altura, cuya entrada nos pareció la misma puerta del Edén. El sol nos había vuelto del color de los indios «pawnee», a mí en particular, que me alcé el velo por la curiosidad que terna en ver por dónde caminaba mi caballo.

El *Señor* Echeverría y sus cuñados nos dispensaron la más cordial bienvenida, y el descanso y un excelente almuerzo nos repusieron rápidamente de nuestras fatigas. Por fortuna, Kate y yo no teníamos espejos; pero cada una hizo de la otra tan lisonjera descripción de cómo nos veíamos, que bien poco les echamos de menos.

Esta hermosa *hacienda*, que en un tiempo perteneció al Conde de Regla, cuyas posesiones deben haber sido regias, tiene treinta leguas de largo y diecisiete de ancho y dentro de sus vastos límites se dan los productos de todos los climas, desde los montes poblados de pinos al mismo nivel del volcán de Toluca, hasta las fértiles llanuras que proveen de cereales y maíz; y en las tierras bajas, los campos de caña de azúcar y otros frutos de los trópicos.

Nos retiramos muy temprano a descansar, y en despuntando el día dimos un paseo con los caballeros de la casa, y recorrimos como cinco leguas por terrenos de la *hacienda*. Era una mañana luminosa y alegre, y como nuestros solípedos estaban cansados, nos dieron de sus caballerizas caballos frescos pequeños y vigorosos, que era una delicia montar en ellos. Cruzamos hermosos bosques de pinos; seguíamos el cauce de los arroyos, y todo ofrecía un agradable contraste con la jornada del día de ayer. Iban con nosotros tres guapos muchachos, hijos de la familia, y que son los chicos más finos y a la vez más varoniles que he visto nunca; vestían, de pies a cabeza, a la mexicana, y parecían tres *rancheros* en miniatura, cabalgando por todas partes muy garbosos y sin pizca de miedo. Hubo grandes descargas cerradas, primero a los cuervos y después a los patos que en un hermoso y diminuto lago estaban; pero no vi que a ninguno de los tiradores le

abrumara el peso de las piezas cobradas. Desmontamos para subir por los cerros cubiertos de bosques cortados por precipicios, y echados bajo los pinos pasamos las horas escuchando el fluir de un arroyuelo, cuyas plateadas aguas llenan de música estas soledades; y, al modo de los soldados del *pronunciamiento*, pero con más puntería, nos estuvimos tirando unos a otros, bellotas, protegidos por los altísimos árboles que hacían las veces de parapetos. Serían las diez cuando regresamos a almorzar, y como ya llegó el coronel Yniestra, nos estamos preparando para reanudar nuestra jornada hoy en la tarde.

Angangueo, 20.

Partimos de *La Gavia* a las cuatro, y nos acompañaron sus hospitalarios dueños durante varías leguas, todas ellas pertenecientes a su principesca propiedad, y que atraviesan grandes campos de pastura, bosques de pinos y fresnos, cerros entapizados de arboledas y por donde se entreveran trasparentes y deliciosos arroyos. También pasamos por una cantera muy rica y nos enseñaron un monte, ahora una pertenencia de los indios, a quienes se lo regaló uno de los antiguos propietarios. A la vista de nuestra larga caravana compadecí a la dueña de *El Pilar*, en donde teníamos que rendir la jornada, y en cuyo sitio iba a acuartelarse semejante e inesperado regimiento. Éramos Calderón, Kate y yo y un criado; el Conde de Breteuil y Mr. Ward con sus respectivos criados, el coronel Yniestra y su gente; mulas, arrieros y más mulas y caballos de remuda, y los *mozos* todos armados; en total una partida imponente. Había ido por delante un criado para que avisara a la señora de la casa de que no tardaríamos en llegar, y fuimos recibidos del modo mas amable. La casa es muy bonita y limpia, y a pesar de estar muertos de cansancio, como se enorgulleciese la *sala* de un viejo piano, no resistí

la tentación de preludiar un vals mientras preparaban la cena. El mozo que nos sirvió a la mesa se puso de rodillas antes de retirar el servicio, y en voz alta rezó una larga oración. Acomodaron a los caballeros en una estancia, y a nosotros nos dieron otra en la cual habían dispuesto, nada menos, que una cama de cuatro barras con dosel y cortinas, la misma en que durmió *Madame* Iturbide cuando pasó por aquí camino de México para asistir a la coronación. La *Señora* M…, nos enseñó asimismo su retrato, y se expresó de ella y del Emperador con mucho fervor.

Nos hemos levantado el día de hoy a las cinco a la luz de las velas, ya que la jornada se anunciaba fatigosa, pues temamos que llegar a las Trojes de Angangueo, un distrito minero que se halla a catorce leguas de *El Pilar*. Estaba la mañana fría y húmeda; la niebla que cubría los llanos era tan espesa que apenas podíamos vemos las caras los unos a los otros, y las mangas nos parecieron entonces particularmente agradables, íbamos al trote largo por estas adustas y solitarias marismas, cuando se atravesó en el camino un *zorrillo* o *apatl*, como le llaman los indios y mencionado por Buffon con el nombre genérico de *mouffletes*. Parece una zorra de color pardo blanco, con una enorme cola que mantiene enhiesta como una pluma en el aire. Se le conoce no sólo por la belleza de su piel, sino por el horrible y pestilente olor con el que se defiende cuando le atacan, y que infesta la atmósfera por varias millas a la redonda. Haciendo caso omiso de las advertencias de los *mozos* acerca de tan singular modo de defenderse, le persiguieron los caballeros con sus escopetas y pistolas, a caballo y a pie y le tiraron sin resultado. El animal parecía a prueba de balas; daba vueltas, regateaba, cruzaba las charcas, se encubría, se detenía por un instante como si estuviera ya muerto, para volver a emprender su tortuosa carrera levantando el plumaje de su cola, que más alta que su cabeza, parecía que corría hacia atrás. Ayudábale mucho la niebla. Iba herido, sin duda, de una pata, y cuando se detuvo, indeciso, creyeron los cazadores que era pieza

cobrada; mas al minuto volvió otra vez a ondear la cola entre las charcas y los hierbales del pantano y no tuvimos duda, aunque su cuerpo no lo podíamos ver, que el zorrillo se escapaba a esa cola pegado y, afortunadamente, sin recurrir a medidas ofensivas o defensivas. Mientras se desarrollaba esta caza del *zorrillo*, nos habíamos retirado lo bastante para ponernos a salvo de algún accidental disparo salido de entre los jirones de la niebla, cuando, y como si fuera un espejismo, surgió medio velada la figura de un lobo enorme que con paso furtivo se puso cerca de nuestras monturas; gritamos para que acudieran los cazadores, pero se espantó el animal, seguramente por ser nosotros tantos, y además, acababa de desayunarse una mula perteneciente a la hacienda, según nos dijo el hijo de la propietaria de *El Pilar*, el cual, oyendo unos tiros a lo lejos montó a caballo para inquirir la causa, suponiendo que quizá estábamos extraviados en la niebla, y que los disparos eran llamadas de auxilio.

Seguimos nuestra jornada a través de estas llanuras durante cerca de tres leguas cuando salió el sol y se aligeró la niebla, y después de haber cruzado un río, entramos en el bosque cabalgando entre las sombras de los árboles en medio de una hermosa floresta en la que se revuelven honduras y descampados y refulgentes riachuelos. Mas en abandonando estos bosques y al empezar a caminar por los cerros, remontado el sol, desaparecieron los verdes de los árboles y de los prados, y si el país se mostraba aún fértil y el suelo rico, sus bellezas se habían quedado escondidas en los valles de las tierras bajas. En esto al caballo de Kate le atacó una suerte de *coup de soleil*, con escalofríos y temblor, y no quiso ir más adelante; así es que montó en otro y el suyo se lo llevó un *mozo* por un camino diferente que va a un pueblo para que allí le dieran agua. Por filo de la una empezamos a clamar por el almuerzo, pero las mulas que venían con las provisiones habían tomado otra ruta y ni siquiera se avistaban, por tanto al llegar a una choza de indios que junto a un arroyo estaba acordamos, por

unanimidad, desmontar y conseguir cuando menos algunas *tortillas* de sus moradores. Al mismo tiempo el Conde de Breteuil con verdadero espíritu filantrópico, alquiló un viejo y descolorido jamelgo que muy en paz pastaba frente a la choza, montó en el asombrado cuadrúpedo que nunca pudo prever, en sus irracionales sueños, un jinete tan gentil montado en su lomo, y se fue a galope en busca de más sólidos comestibles, mientras nosotros nos arreglamos con una india para que nos preparara las *tortillas*. Regresó el Conde al cabo de media hora con algunos huesos de carnero hervido ¡envueltos en un pañuelo!, un poco de sal y unas *tortillas* muy gruesas llamadas *gorditas*. Se le recibió con redoblados aplausos. Todo desapareció con una rapidez increíble, y reanudamos la marcha con nuevo vigor. Sobretarde entramos al Estado de Michoacán por un camino (destinado a ser el camino carretero), trazado a través de grandes bosques de pinos. Hicimos otro alto para descansar en un paraje de nombre *Las Millas*; unas cuantas chozas forman el lugar, mejor dicho, varias jaulas de madera, que se levantan a orillas del bosque. No es posible concebir nada más bello y romántico que este camino que va ascendiendo en medio de estos nobilísimos bosques, cuyos cimeros fresnos y pinos visten a las montañas hasta sus cumbres más prominentes; algunas tan altas que si se levanta la vista los árboles parecen allí matojos y arbustos; y el astro solar lanza sus dardos de luz cálida y dorada entre las extendidas ramas de esas distantes arboledas que semejan pirámides, y que se diría están tomando un baño de sol en el foco mismo de sus rayos. Y si estos bosques aparecen impenetrables y jamás hollados por el pie del hombre, una cruz solitaria con sus guirnaldas marchitas nos recuerda sin embargo, el símbolo de la vida y de la muerte; y nunca pudo encontrar el viajero tumba más verde y solitaria que en estas soledades alpestres, bajo la sombra de unos obscuros pinos en un lecho de fragantes florecillas mecidas por el aire purísimo que baja de las montañas. Las flores que crecen a la sombra de los

árboles tienen los colores más hermosos y alegres. Se ven por todas partes garbancillos azules, margaritas, dalias y muchas otras con nombres indios. Desmontábamos algunas veces para caminar por los empinados vericuetos y también para que descansaran los caballos y aun nosotros mismos. Como era inútil avivar el paso por esos caminos tan llenos de piedras, se nos echó la noche encima antes de que se avistase Angangueo y el camino, que durante un largo trecho es muy bueno, descendía ahora por una senda perpendicular entre los árboles cubierto de rocas y pedruscos, de mal paso, por donde tropezaban los caballos, y uno de ellos que después nos dimos cuenta de que había perdido la vista en un ojo y que con el otro casi no veía, cayó arrojando al jinete, sin que éste sufriera daño. Eran cerca de las ocho (estábamos a caballo desde las seis de la mañana), cuando después de cruzar un pequeño arroyo vimos el fuego de los hornos de Angangueo, una población minera al pie de unos cuantos cerros desolados. Pasamos al trote frente a las chozas en donde el resplandor de las fogatas iluminaba los rostros acobrados de los trabajadores, y seguimos el camino que bordea el valle hasta llegar a la casa de *Don* Carlos Heimbürger, un caballero polaco y el principal de una negociación minera alemana. Su casa, la más importante de Angangueo, es muy bonita, con un pórtico desde donde se domina el valle, que por la noche parece transformarse en la morada de los Cíclopes; y en el interior es la verdadera representación de la comodidad. Nos dio la bienvenida el dueño de la casa, acompañado de *Madame* B…n, una señora muy agraciada y muy cumplida, esposa de un médico que allí reside. La conocimos en México, y nos alegró renovar nuestro conocimiento en ese remoto lugar. Es necesario viajar durante catorce leguas, desde la mañana hasta la noche, para darse cuenta de cómo puede ser acogedor un saloncito con mullidos sofás rojos, el brillo de las luces, los jarrones con flores a los que salían del frío y de las tinieblas; y cuán linda y *extra*civilizada se veía la señora con su traje de noche de

raso negro, sin mencionar la excelente cena y un buen fuego, ya que en esta parte del mundo gozan de chimeneas. En un monísimo cuarto de dormir, con una alegre lumbre en la chimenea, la segunda que contemplo en funciones de dos años, es de donde os estoy refiriendo estos pormenores, y he de continuar desde nuestro próximo sitio de descanso.

CARTA XLIX

Salida de las Trojes.—Hermosa región.—Indios Tarascos.—Tajimaroa.—Condición deplorable.—Mejoría.—Mañana gélida.—Queréndaro.—Magnífica cría de caballos.—San Bartolo.—Producto.—Propietarios de la tierra.—*Colear*.—Jornada a caballo a Morelia.—Patos silvestres.—Puesta de sol.—Campana de la Catedral.—Coincho.—Los curas Morelos, Matamoros e Hidalgo.—Baños calientes.—Hermosas muchachas.—Viajeros que se mueren de hambre.—Mulas extraviadas.—Lanceros.—Noche en un pajar.—Se encuentran las mulas.—Tzintzuntzan.—El Rey Caltzontzi.—Pátzcuaro.—Cariñoso recibimiento.—Obispo.—Ladrones.—Curu.—Una noche en una troje.—Montaña.—Uruapan.—Escena encantadora.—Agradable familia.—Jorullo.

Valladolid, 25.

Era la casa tan agradable y nuestra jornada del día siguiente tan corta, que nos fue muy difícil dejar las Trojes antes de las nueve, y aun entonces lo hicimos con la esperanza de pasar aquí más tiempo a nuestro regreso y visitar las minas; los molinos para moler el mineral, las ruedas hidráulicas, etc., etc., y todavía más, recreamos con la vista maravillosa de los alrededores.

Si queréis formaros una idea de nuestro recorrido tomad un mapa de México y veréis que Michoacán, una de las más bellas y fértiles regiones del mundo, tiene por limites al norte, el río Lerma, que más adelante toma el nombre de Río Grande; confina también con el Departamento de Guanajuato y al Este y al Noroeste con el de México, y al Oeste con el de Guadalajara. Su situación es en la falda de la Cordillera de Anáhuac. Está cruzado de colinas y de hermosos valles; sus praderas regadas por varios arroyuelos, lo que es poco común bajo la zona tórrida, y su clima es templado y saludable. Los indios que habitan el Departamento son los Tarascos; los Otomíes y los Chichimecas; los primeros forman la tribu más civilizada y su lengua es muy armoniosa. Ahora viajamos en dirección al Noroeste, hacia la capital del Estado, Valladolid o Morelia, como ha sido llamada desde la Independencia, en honor del cura Morelos, uno de sus mas grandes caudillos.

Disfrutamos, durante nueve leguas, de un verdadero paseo a caballo por grandes y descubiertos campos de pastura, sin que en todo él ocurriese ningún suceso que mereciera mencionarse, a no ser una pareja de indios, hombre y mujer, que vimos al pasar; la india, sentada en el suelo, mientras que su marido permanecía de pie junto a ella. Ambos habían bebido quizá *pulque*, o bien *mezcal*, que es su extracto homeopático; mas lo cierto era que el indio no daba señales de que estuviera borracho y allí se estaba cruzado de brazos, con la cara más triste y paciente que puede uno imaginarse, en tanto que su mujer ya muy rendida por la fuerza del bebistrajo, e incapaz de ir más lejos, le miraba suplicante y le decía: «*Mátame Miguel, mátame*», conceptuándose indigna, por lo visto, de seguir viviendo.

Cerca de las cinco de la tarde avistamos el bonito pueblo y la vieja iglesia de Tajimaroa. Nos fuimos derecho al *mesón*, en el cual no encontramos más que dos cuartos vacíos y lóbregos, con piso de tierra, sin ventanas; en rigor, sólo las cuatro paredes, sin

una banca, ni una silla, ni una mesa. A pesar de que viajamos con nuestras propias camas, era el sitio tan repelente, sobre todo después de haber dejado un alojamiento tan agradable, que en volviendo la vista vieron nuestros ojos anhelantes una casita muy atractiva situada en lo alto de la colina, con su pórtico pintado, y pensamos en lo sabroso que seria poderse alojar en ella. Espoleó su caballo el coronel Yniestra, y emprendió el camino de la colina y en presentándose él mismo al dueño, le describió la suerte infeliz que nos aguardaba, con lo que amablemente concedió permiso para que cenáramos en su casa, y aun más, se avino a recibir a las señoras para que pasaran allí la noche. No terna cuartos para los caballeros, pues sólo contaba con un aposento disponible, ya que en el que ocupaba la familia estaba un inválido al cual no se le podía mover de lugar. En consecuencia, tomaron nuestros equipajes el camino de la colina; se acuartelaron los caballos, las mulas y los criados en el pueblo, y los caballeros se albergaron en la casa de un solterón: en cuanto a nosotros nos hallamos muy bien en ese agradable hospedaje. Desde el pórtico la vista era muy dilatada, y nuestro cuarto muy espacioso, con una mesa y algunas bancas a nuestra disposición. Entre tanto, el Conde de Breteuil se fue corriendo al pueblo en donde encontró huevos, gallinas y tortillas, y en regresando, él y Mr. Ward manifestaron las provisiones de viaje que consistían en vaca y lengua frías; y se pusieron a hacer mostaza y a descorchar botellas de vino, para edificación y asombro del dueño de la casa. Manifestóse también un albo mantel; artículo que quizás era el primero que había visto en su vida y que no dejaba de curiosear tomándole, posiblemente, por una sábana. Estuvo la cena muy divertida, y era de verse la habilidad de manos con que algunos se servían de sus cortaplumas, y otros de las *tortillas* que usaban como tenedores. Conquistamos el corazón del *bourgeois* enviando una taza de té a su inválido, y rogándole al mismo propietario que tomara una con nosotros, que pareció considerarla como un cocimiento raro

y medicinal. Cerca de las nueve los caballeros se fueron a sus alojamientos, y a nosotras nos hicieron las camas en el mismo gran aposento en donde habíamos cenado; asegurándonos el dueño de la casa que estaba sumamente complacido de tenernos bajo su techo, y que gustaba en un grado superlativo de nuestra compañía, añadiendo: «*Me cuadra mucho la gente decente*».

Abandonamos a Tajimaroa a las seis, después de pasar una noche más molesta a causa de la tos persistente, de la que toda la familia al parecer, estaba afligida, y de tener al inválido a un lado del cuarto y del otro al dueño de la casa. Estaba la mañana tan fría, que echamos mano de todos los *sarapes* y *mangas* disponibles. La cabalgata de este día discurrió a través de un soberbio escenario que reunía toda la variedad de monte y valle, comentes aguas y bosques; algunos particularmente bellos, poblados de altísimos y magníficos encinos; pero abundaban las tierras yermas y se veían en gran parte despobladas. Aumentóse nuestra caravana con las tropas del coronel Yniestra que habían salido de Morelia a su encuentro. La jornada resultó interminable: pasamos de largo por el pueblo de San Andrés y nos detuvimos a comer unas *tortillas* en una sórdida choza en Pueblo Viejo, rodeados por unos inditos llenos de mugre. La belleza de los árboles y de los arbustos en flor a lo largo del camino era sorprendente, y la escena tan variada que, a pesar de haber andado a caballo durante once horas bajo un sol ardiente, casi no sentíamos cansancio pues en donde hay árboles, agua y prados frescos y verdes, la mirada reposa. En este día, y en otros de los últimos de nuestra jornada, vimos una gran cantidad de pájaros azules que el común del pueblo llama *guarda-bosques*. Cerca de las cinco y media entramos a un camino sinuoso que atraviesa un vivero natural de arbustos que lleva a Queréndaro, la hermosa hacienda del *Señor* Pimentel, un senador. Llegamos cuando la familia estaba todavía en la mesa, y nos invitaron a que les acompañáramos. Fuimos después a visitar la *hacienda*, y especialmente los muy bien dispuestos esta-

blos en donde el propietario sostiene una cría de caballos famosa, e hicieron trotar algunos de sus más hermosos y fogosos ejemplares; uno de ellos se llamaba *Hilo de Oro*; otro *Pico blanco*… En un oculto patio se admiran muchas y raras flores, y por todas partes se observa el orden más perfecto.

A las nueve de la mañana siguiente dejamos Queréndaro y no tardamos en llegar a San Bartolo, una extensa y magnífica propiedad perteneciente al *Señor Don* Joaquín Gómez, de Valladolid. Uno de sus hijos y un sobrino nos hicieron los honores de la casa, pues la familia estaba ausente, y la hospitalidad que nos brindaron fue tan amable y tan desprovista de artificios que antes de terminar el día ya nos sentíamos como en nuestra propia casa. Creo que nunca el carácter mexicano se muestra más a su favor que en el campo, entre estos grandes terratenientes que proceden de viejas familias, y que viven sobre sus propias tierras entregados a proyectos agrícolas y del todo alejados de las pasiones de partido y de los intereses mezquinos de la vida de ciudad. Es cierto que aquí un hacendado hace vida de ermitaño en medio de esas soledades pocas veces alteradas, y en donde no existe sociedad alguna. Por leguas y más leguas no hay otra casa que la de su finca; y el pueblo, el más pobre y también el más cercano puede estar a una distancia de media jornada por un camino de cabras. «Es el monarca de cuanto su vista alcanza»; es un rey entre sus sirvientes y jornaleros indios; nada puede sobrepujar la independencia de su posición. Mas para gozar de esa vida montaraz, es preciso haber nacido en ella. Debe ser un consumado caballista; práctico en todos los ejercicios del campo; y si puede pasar el día a caballo recorriendo su propiedad, dirigiendo a sus trabajadores, vigilando las mejoras, administrando justicia y aliviando pesadumbres, y puede sentarse, llegada la noche, en los grandes y largos corredores para filosóficamente engolfarse en las páginas de algún autor predilecto, entonces es probable que sus manos no sientan el gran peso del tiempo.

En cuanto al «joven amo» de esta finca, levantado con el canto de la alondra, montando siempre el caballo más bronco de la *hacienda*; siempre fuera en los campos, que recorre con un tropel de seguidores, detrás de los toros a veces y otras pescando o saliendo a cazar y haciéndose él mismo las balas; de visita en un pueblo a muchas leguas de distancia; asistiendo a una corrida de toros; de constante buen humor del que se contagian cuantos le rodean; aficionado a la arriesgada diversión de *colear*, bien podría suceder que tomara la pluma en la noche para escribir con conocimiento de causa todo lo que sus ojos tan abiertos pudieron contemplar en un día de trabajo. Joven tan aparejado para la vida libre del campo, no lo había yo visto nunca.

Todo en esta hacienda respiraba la liberalidad más franca y generosa; y era un placer atestiguarlo; nada era mezquino o interesado. El *Señor…*, que a causa de un accidente se ha quedado cojo e imposibilitado, por lo tanto, de montar a caballo, o de ir muy lejos a pie, parecía ser singularmente gentil y bondadoso. La casa es una de las más lindas y acogedoras que jamás haya yo visto; pero vimos en el camino un gran edificio de piedra que está construyendo el propietario de San Bartolo para alguien de su familia, que si cumple lo que promete, cuando terminado será un palacio. El producto principal de esta *hacienda* es el *pimiento*. Hay el *pimiento dulce* y el *pimiento picante*, el fruto dulce del *capsicum* común, y el fruto del *capsicum* que da el pimiento llamado de pájaro. Los españoles dieron a todos estos pimientos el nombre de *chile*, que tomaron del nombre indio *quauhchilli*, de que los antiguos mexicanos se servían como un ingrediente tan necesario en sus comidas como lo es la sal para nosotros. En el almuerzo tuvimos una gran variedad de frutas, y *pulque*, que es particularmente bueno en estas partes. También hacen aquí gran cantidad de excelente queso.

Después de comer quisieron *colear* toros para divertirnos; una suerte favorita de los mexicanos y que se practica con la misma

pasión en todas partes de la República. Reúnen una manada de toros, fuerzan a algunos a que se salgan corriendo de la piara, y al punto, dando rienda suelta a los caballos les persiguen al galope; y el más diestro es aquel que logra alcanzar a un toro y cogerle el rabo pasándolo bajo su pierna derecha, amarrando la cola a cabeza de silla, y haciendo correr entonces su cabalgadura en ángulos divergentes con relación a la res, hace que el toro caiga en tierra. Aun chiquillos de diez años de edad participan en esta suerte. Nada tiene de extraño que los mexicanos sean semejantes «centauros»; tal parece que hombre y caballo formen un todo, ya que desde la niñez se familiarizan con semejantes peligros, simples pasatiempos para ellos. Es este lance arriesgadísimo, pues es muy frecuente que el caballo tropiece con las patas del toro, derribando éste al caballo y al jinete. Son muchas las desgracias que de ello resultan, pero lo cierto es que nadie las toma como una advertencia; y, después de todo, estas suertes, las cuales nada tienen de sangriento, ni aun de cruel, fuera del tumbo que da el toro y de la violencia que padece, de lo que se recupera bien pronto, son meros ejercicios de habilidad, pruebas de destreza varoniles y fortificantes que ayudan a conservar la superioridad física de esta raza de hombres: los *rancheros* mexicanos.

Al día siguiente nos separamos de nuestros compañeros de viaje, el Conde de Breteuil y Mr. Ward, que prosiguen su camino para asistir a la feria de San Juan, y desde allí pasarán a Tepic y aun a las mismas playas del Océano Pacífico. Disponemos, por desgracia, de poco tiempo, y no podemos aventurarnos en una expedición que nos llevaría tan lejos; pero sentimos mucho separamos de tan gratos *compagnons de voyage*. Se nos pasó la mañana recorriendo la *hacienda*; viendo cómo hacían el queso, visitando la capilla, los espléndidos graneros construidos de sillería, los grandes molinos, etc. También abrigamos la esperanza de poder pasar aquí algunos días a nuestro regreso. Por las cartas que

hemos recibido esta mañana de México, nos enteramos de que el *Señor* Gómez Pedraza se ha separado del Ministerio.

Como estábamos sólo a seis leguas a caballo de Morelia, no salimos de San Bartolo sino hasta las cuatro de la tarde, y gozamos de un ameno paseo a través de un país fértil y boscoso; era el camino muy bueno y la tarde deliciosa. Cuando se puso el sol, millones y decenas de millones de patos silvestres, levantando el vuelo sobre nuestras cabezas en ordenados escuadrones, obscurecieron el firmamento al cambiarse de paraje de un lago a otro. Morelia es muy alabada por la pureza de su atmósfera y la excesiva belleza de su cielo, y este atardecer afirmó su fama. Al trasponer el sol el horizonte, toda la parte de occidente cubrióse de miríadas de pequeñas nubes de tonos lilas y dorados, que en las más variadas y fantásticas formas flotaban sobre el brillante azul del cielo. El lila se tomó púrpura, refulgió en un rubor de rosa, para teñirse de carmesí. El azul del cielo fue tomando aquellas verdes tintas tan peculiares de los ocasos italianos. El sol, semejante a un globo flamígero, se hundió lentamente en una aureola de oro y bermellón, en tanto que el horizonte se quedaba iluminado como por la llama de un volcán. Después, el fulgente séquito de nubes se incendió brevemente de un prestado esplendor, para disolverse poco a poco, pasando por todos los colores del arco iris; desde el rojo intenso y el rosa fuerte y el sonrosado, el violeta pálido y un azul desfallecido, flotando en un cendal de plata, hasta fundirse en un gris suave que se desparramó sobre todo el cielo de Poniente. Mas en seguida se levantó la luna en un firmamento sin nubes, sereno; y oímos el lejano sonido de las campanas de la Catedral, que cada vez percibíamos mas distinto, desgranándose al fin en profundas y sonoras armonías anunciando la cercanía de una gran ciudad. Produce un efecto extraño, después de viajar durante varios días por estos contornos tan agrestes, en los que no se ve sino alguna que otra *hacienda* solitaria o la choza de un indio, entrar a una hermosa ciudad como

Morelia, que parece levantarse por arte de magia en medio del desierto y la que, sin embargo, ostenta todas las señales de su vetusta nobleza. A la luz de la luna parece un panorama de la ciudad de México; con su hermosa plaza, los *portales*, la Catedral y las anchas calles y buenas casas. Atravesamos la ciudad a caballo hasta la casa del coronel Yniestra en donde estamos alojados; pero como tenemos la intención de continuar nuestra jornada hasta sus limites más remotos sin detenernos, nos encontramos ahora, después de una noche de descanso, listos para volver a montar a caballo. Están ensillando las cabalgaduras, enrollan los *sarapes* detrás de las sillas; bajan nuestros *lits* de *voyage* para plegarlos otra vez; cargando las mulas, y en esta batahola se va mucho tiempo. A nuestro regreso esperamos permanecer aquí algunos días para ver todo lo que valga la pena de verse.

Pátzcuaro.

Acompañados de varios caballeros de Morelia que se presentaron temprano esta mañana con tal de saludar a Calderón, salimos para los baños termales de Coincho. Nos señalaron en el camino el cerro de *Las Bateas* en donde, por orden de Morelos fueron sacrificados a sangre fría doscientos españoles en venganza de la muerte de su amigo el Cura Matamoros, que hecho prisionero, fue fusilado por órdenes de Iturbide. ¡Horrible crueldad en un sacerdote católico! Es singular por demás que los grandes caudillos de la Independencia tuvieran que ser eclesiásticos; el Cura Hidalgo, su iniciador; y los Curas Morelos y Matamoros, sus jefes principales. Se dice que Hidalgo no tenía ningún plan, que no publicó manifiesto alguno, ni declaró jamás sus opiniones, pero se arrojaba sobre las ciudades a la cabeza de su gente, llevando en las banderas la imagen de la Virgen de Guadalupe, e induciendo a sus tropas a que pasaran a cuchillo a los españoles.

Morelos, que era un indio sin instrucción, pero valiente y resuelto, fue considerado como ¡el más benigno y misericordioso de estos soldados clérigos! Matamoros, tan valiente como él, poseía mayor ilustración. Fueron los dos buenos generales, y los dos hicieron mal uso del poder que les dio su posición sobre las mentes del populacho sumido en la ignorancia. Cuando Morelos se convirtió en generalísimo de las fuerzas revolucionarias, tomó un paso fatal para sus intereses y que le llevó a su última ruina. Formó un Congreso, que se instaló en Chilpancingo, compuesto de abogados y de sacerdotes; hombres ignorantes y ambiciosos que se dedicaron a publicar decretos incongruentes y leyes irrealizables, asignándose sueldos y dándose unos a otros el título de Excelencia. Se suscitaron entre ellos divisiones y disputas, y en 1814 publicaron un documento absurdo e inútil en el pueblo de Apatzingán al cual dieron el nombre de «Constitución Mexicana». Al año siguiente fue derrotado Morelos en un encuentro que tuvo lugar en los alrededores de Texmelucan, y hecho prisionero y conducido a México, fue degradado de sus funciones eclesiásticas después de un corto proceso, y fusilado en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec, que está a siete leguas de la capital. El partido revolucionario le consideró como a un mártir de la causa de la libertad, y se cuenta que murió como un verdadero héroe. El nombre de Morelia, concedido a la ciudad de Valladolid, guarda su memoria, pero ese cerro manchado de sangre es un recuerdo más duradero de su crueldad.

Se menciona una acción muy vil por parte de un español, cuyo nombre, que merece una marca infamante, se me escapa en este momento. Es el caso que los soldados de Morelos llegaron en su busca, y estando él de pie a la puerta de su casa, señaló a su hermano que estaba en su cuarto como la persona a quien buscaban, y escapó dejando que a su hermano le sacrificaran en su lugar. Recordamos, en contraste con la conducta de este miserable,

la noble acción del Principe de Polignac en circunstancias similares.

A las diez y media, y después de un placentero paseo a caballo por cerca de cinco leguas llegamos a los baños, naturales y calientes de Coincho. El sitio es más bien agreste y llama desde luego la atención. Los baños son dos grandes aposentos, con dos cuartos muy húmedos y una cocina. Cuidan de ellos un anciano inválido y sus dos hijas, muchachas de extraordinaria hermosura que aquí viven en la más completa soledad y, excepto en el verano cuando los baños se ven muy frecuentados por *canónigos* y alguno que otro caballero de Morelia, «desperdician su belleza en el aire desierto». La casa está situada al pie de unos cerros rocosos, cubiertos de arbustos, por donde bajan las aguas en riachuelos que salen de las cavidades volcánicas. Todas las corrientes que cruzan vuestro camino son calientes. Por casualidad metéis el pie en esos pequeños raudales y encontráis que el agua es de una temperatura agradabilísima. Ponen estas aguas en jarros de barro a enfriar para que pueda beberse, pero nunca es fresca y fría. Contienen ácido muriático, sin rastros de sulfatos térreos o sales metálicas. Creo que es Humboldt quien supone que en esta parte de México existe a una gran profundidad en el interior de la tierra, una hendidura con dirección de Este a Oeste por un espacio de ciento treinta y siete leguas, y a través de la cual rompiendo la costra exterior de rocas de pórfido, se abrió paso el fuego volcánico en diferentes épocas desde las costas del Golfo de México hasta el Mar del Sur. El famoso volcán de Jorullo se encuentra en este departamento, y los manantiales calientes abundan en muchas de sus partes.

Nos detuvimos para tomar un baño, y la temperatura del agua nos pareció deliciosa, más o menos la temperatura común del cuerpo humano. Los baños son más bien obscuros, pues están encerrados entre grandes muros de piedra, y la luz entra por una pequeña abertura cerca del techo. Un pájaro, que parecía un pato

silvestre, se deslizaba por el más grande de ellos, pues hizo su entrada cuando dejaron pasar el agua. Nunca habíame yo bañado en agua alguna que, como ésta, sintiera tanto salir de ella. Después de bañados, esperamos la llegada de las mulas que debían de habernos seguido a paso moderado para alcanzarnos a la hora de almorzar, y seguir después nuestra jornada hasta Pátzcuaro, ciudad distante nueve leguas de aquí.

Mas pasaron las horas y las mulas no aparecían; llegamos, por último, a la grave conclusión de que los *arrieros* habían extraviado el camino, y que no podíamos contar esa noche ni con nuestras provisiones ni con nuestras camas, pues era ya muy tarde para pensar en llegar a Pátzcuaro. En estos apuros estábamos, con los caballeros de Morelia sufriendo las consecuencias de su cortesía en habernos querido acompañar, cuando las dos damiselas de los baños, náyades de las fuentes termales, compadecidas de nuestra condición de hambrientos, acudieron a ofrecernos sus servicios. Preguntóme una de ellas si gustaría, entre tanto, de «comerme un burro». Y como un burro es un «asno», tuve que contestarle, horripilada ante semejante proposición, que prefería mucho más esperar todavía un rato antes de tomar medida tan desesperada. «Algunas gentes les llaman *pecadoras*», dijo su hermana. Con esto vinieron en nuestra ayuda los caballeros, y fueran *burros* o *pecadoras*, se mandaron traer al momento. Resultaron ser *tortillas* calientes con queso, que nos supieron a gloria. Se hacía tarde y las mulas no llegaban; al fin las señoritas y el viejo inválido salieron en último recurso afuera, y dieron con una gallina vieja que picoteaba entre los cerros; una vez muerta, limpia y desplumada, la pusieron a hervir en una cazuela; hicieron *tortillas* y nos trajeron, triunfantes, ¡el aderezado botín! Manifestóse un cortaplumas, colocaron la humeante cazuela sobre una mesa de pino que en el cuarto junto al baño estaba, y le hicimos cerco a la gallina, durísimo y viejo animal, y que debía de haber cacareado

durante quién sabe cuántas revoluciones, y en despachándola por turnos, a todo dimos fin con un confortativo trago de agua tibia.

Tratamos después de matar el tiempo escalando los cerros que están a espaldas de la casa; abriéndonos camino entre las tupidas zarzas; paseándonos por los bordes de un pequeño lago poblado de patos y otras aves que en el agua viven y con algunos árboles frutales cerca de sus orillas. Volvimos a los baños, y de las mulas, ni por sombra, y así no quedaba otro remedio que revestirse de paciencia. Nuestros amigos nos dejaron para regresar a sus casas antes de que se hiciera noche; y al rato llegaron veintitrés lanceros con un capitán que enviaba el gobernador don Pánfilo Galindo, para que nos escoltaran durante el resto de nuestra jornada. Se veían muy pintorescos, con sus lanzas y sus banderolas rojas, y le prestaron un formidable aspecto al soportal de los baños en donde reunieron sus aprestos militares; sillas, fusiles, *sarapes*, etcétera. El capitán iba acompañado de su mujer y de su hija, y también de un niño que tendría unos dos años de edad, y durante todo el tiempo que estuvieron con nosotros le llevó uno de los soldados con el más solícito cuidado en el arzón delantero de su silla.

Mientras, salió la luna, y paseábamos desconsolados frente a los baños temiendo mucho de que alguna desgracia hubiese acontecido a nuestros indefensos mozos y a sus mulas, sospechando que los primeros hubiesen sido asesinados y robadas las acémilas. Mas esto no estorbaba sin embargo, el que tratáramos de dormir aunque sólo fuera para acortarle el término a la noche; y al fin, provistos de una poca de paja, y extendida que fue en un rincón del húmedo suelo, nos echamos en él Kate y yo, con todo y nuestras *mangas*; Calderón en otro, el coronel Yniestra en el tercero. Entonces, y así acomodados, nos empeñamos en conseguir algún descanso, pero fue en vano. Entre el frío, los mosquitos y otros bichos, no pudimos siquiera cerrar los ojos, y

grande fue nuestra dicha al rayar el alba y levantarnos, sacudimos las briznas de paja, y proseguir la marcha.

Nos despedimos de las buenas muchachas y de su padre, y con la claridad del día se nos fueron abriendo los soñolientos ojos para descubrir un camino muy bonito y floreado. Cuando digo «camino», confío en que no os imaginaréis que vamos cabalgando por una pulverulenta calzada. Debo deciros con alegría, que las más de las veces somos los descubridores de nuestra propia senda. En cada uno de nosotros existe un Colón. Nos acontece tomar un atajo para, a la postre, hacer grandes rodeos.

«Por la colina y la cañada,
a través de arbustos y jarales»;

a través del valle y brincando arroyos; y esta suerte de jornadas son en sí tan sin trabas y divertidas, que con todas sus fatigas e inconvenientes, las encontramos deliciosas, cien veces preferibles aun a viajar en el más cómodo de los carruajes londinenses tirados por cuatro veloces caballos de posta, rodando a lo largo de la calzada de la Reina a un promedio de doce millas la hora.

En las primeras chozas que topamos hicimos alto para inquirir acerca de nuestras mulas. Dos mulas trajinantes, decían los campesinos, habían sido robadas esa noche y los hombres amarrados a un árbol, en el camino de abajo que conduce a Pátzcuaro. Seguimos adelante no sin cierta inquietud, y en otra choza nos dijeron que eran muchos los ladrones que se soltaron la noche anterior, y que, entre otros, habían robado, atándola de pies y manos, a una mujer. El camino se volvió desierto y aburrido; el sol quemaba con furia, y nos embargaban serios temores pensando en las vicisitudes que pudieron correr nuestros bagajes, cuando, en un apiñamiento de chozas llamado *El Correo*, dimos de buenas a primeras con lo pertinente y con lo perteneciente. Los arrieros

habían olvidado el nombre de *Coincho*, y no sabiendo a dónde ir, allí se detuvieron la noche anterior sabedores de que nuestro destino era Pátzcuaro y que no podíamos pasar por otro camino. Llegaron a buena hora y esquivaron a los ladrones.

Nos apeamos en unas chozas para almorzar, llamadas *La Puerta de Chapultepec*, en donde conseguimos algunas *tortillas* de un indio de media casta que no podía consolarse de que su mujer le hubiese abandonado por la cuarta vez para irse con «¡otro caballero!». Había hecho protesta, a pesar de haberla recibido ya tres veces, de no recibirla esta última; pero me aventuro a decir que cuando la mentada hurí se presente de nuevo lo ha de encontrar aplacado, pues salta a la vista su desamparo por verse sin mujer que atienda los menesteres de su casa.

Al dejar *Chapultepec*, sube de punto la amenidad del paisaje, y gozamos, por último, de una hermosa vista de los cerros en cuyas faldas yace la antigua ciudad de *Tzintzuntzan*, próxima a la orilla opuesta del lago de Pátzcuaro, antes la capital del reino independiente de Michoacán, ciudad importante llamada en tiempos de Cortés, *Huitzitzilla*. Fue la residencia de su monarca, el Rey Caltzontzi, aliado de Cortés, a quien asistió con sus vasallos indios en la guerra de México. Es ahora una pobre aldea india, aunque se cuenta que todavía existen en ella algunos restos del palacio del monarca. *À propos* de lo cual, hemos observado en repetidas ocasiones, desde que nos internarnos en este Estado, grandes piedras tiradas en los campos, o sirviendo de cercas, con extraños caracteres jeroglíficos en ellas labrados, que quizá sean curiosas y dignas de atención.

La vista, en acercándose a Pátzcuaro, con su hermoso lago y con el realce de sus pequeñas islas, es muy bonita. Tocaban las campanas y estaban echando cohetes en ocasión de alguna festividad; venían por el camino grupos de indios que después de guardar la fiesta con *pulque* o con *mezcal*, iban dando traspiés llenos de gran júbilo. Al rematar una cuesta descubrimos una vieja

capilla que parece un nido entre los árboles. Es aquí, según dicen, donde Su Majestad Michoacana vino al encuentro de su aliado español, cuando éste entró en la provincia.

Pátzcuaro es un primor de ciudad, pequeña y con sus tejados inclinados, situada en las orillas de un lago que lleva su nombre, y frontero al pueblecito indio de Janitzio, edificado sobre una isleta en medio del lago. Dice Calderón, que Pátzcuaro se parece a una aldea de Cataluña. Es del todo distinta a cualquiera otra ciudad mexicana. Fue grande la impresión que causamos al entrar con nuestros lanceros y mulas, y para ver a los viajeros, cansados y cubiertos de polvo, se agolparon en los balcones todos los patzcuarenses. Pasamos frente a la iglesia que ostenta la fecha de ¡1580! Llegamos hasta la casa de don Miguel Hacha (amigo del coronel Yniestra), que es una de las mejores y más grande de la ciudad. No estaba el dueño, pero su esposa nos atendió, y fuimos recibidos sin ceremonias ni cumplimientos, y su hospitalidad nos hizo sentir como en casa. Fuimos a dar una vuelta con ella a la luz de la luna a ver la Plaza y los *Portales*, por donde se pasea la gente al caer de la tarde; nos seguían un montón de chiquillos, pues aquí los extranjeros son un espectáculo poco frecuente. Nos decía la señora Hacha que la única dama extranjera que podía recordar su memoria era una francesa, con quien le ataron grandes lazos de amistad, hija de un médico francés, y cuyo marido asesinaron los ladrones.

Presentóse la mañana fría y lluviosa, y siendo nuestro alojamiento demasiado agradable para festinar nuestra salida, estuvimos todos de acuerdo en quedarnos hasta mañana y hemos pasado un día muy grato en esta hermosa casona en compañía de la señora de la casa y de su abundante prole, compuesta de unas hermosas criaturas. No nos ha sido posible visitar el lago ni las islas de los indios a causa del tiempo reinante; pero esperamos hacerlo cuando regresemos de Uruapan, que es nuestro próximo punto de destino. Nuestra huéspeda es muy agradable, expresi-

va, de buen corazón y dotada de un gran talento natural. Nunca hubiéramos creído encontrar persona de semejantes prendas en este rincón del mundo.

Vasco de Quiroga, el primer obispo de Michoacán, que murió en Uruapan, y cuya memoria todavía veneran los indios, fue enterrado en Pátzcuaro. Fue el padre y el bienhechor de estos indios tarascos, e hizo cuanto estuvo en su mano para sacarlos de su estado de degradación. No sólo les predicaba la virtud, sino que fomentó su industria, señalando a cada pueblo un ramo de comercio particular. Lo hubo que alcanzó fama por la manufactura de sillas de montar; otro por la de zapatos, un tercero por la de sus *bateas*, y así en cada ramo. Gran parte de estas útiles instituciones se han conservado hasta nuestros días y se deben a este insigne prelado, ejemplo de lo que puede llevar a cabo la bondad de un hombre tan lleno de celo como de buen juicio.

Dimos otro paseo a la luz de la luna en cuanto cesó la lluvia; prolongamos la sobremesa de una deliciosa cena, y nos fuimos a acostar deseándole las buenas noches a nuestra hostelera. Mas no dejéis que se me olvide, antes de dejar la pluma encomiar las excelencias del pescado blanco del lago, muy superior en calidad y sabor al que se suele comer en México. No cabe duda que debe de ser el mismo mencionado en las «provisiones», que, según la tradición, los correos regulares de las postas llevaban desde Tzintzuntzan hasta el palacio de Moctezuma en México, con tanta celeridad, que aun cuando la distancia es como de cien leguas ¡llegaba todavía humeante a la mesa del Emperador!

Uruapan, 30.

Fuimos a misa de seis, y en acabando nos despedimos de la señora Hacha, quien nos invitó de la manera más cordial para pasar

algunos días con ella a nuestro regreso. Eran cerca de las ocho cuando salimos de Pátzcuaro, y subimos los cerros por donde iba nuestro camino y nos paramos a contemplar el hermoso lago, con sus verdes islas, que se extendía a nuestros pies como una hoja de plata bajo el sol.

Se aumentó el número de nuestra caravana con dos desagradables personajes. Muy temprano en la mañana se supo que el famoso ladrón llamado Morales, capitán de una fuerte gavilla, había sido capturado junto con uno de sus compañeros, y se pidió permiso, aprovechando nuestra poderosa escolta, a fin de poderlos trasladar con las debidas seguridades a Uruapan, en donde les han de fusilar, pues ya están condenados a muerte. La pena de la horca no se usa en México.

Lo primero que vimos al montar a caballo fueron los dos ladrones, sujetados por las piernas a la misma cadena, con cinco de nuestros lanceros por guardas, y preparados para acompañarnos a pie. El compañero de Morales era un joven rufián, vulgar, de cara lívida, y casi desnudo; pero el capitán de ladrones era una copia de cualquiera de los bandoleros de Salvatore; su presencia, y lo salvaje de su fisonomía turbaban el ánimo. Se arropaba en una frazada oscura, llevaba un sombrero negro con el ala muy grande que medio le cubría la cara que terna del color de la muerte, mientras sus ojos se asemejaban a los del tigre o de algún otro animal de presa. Nunca había yo visto a la miseria con tan fiero rostro. Por extraño que ello parezca, comenzó su vida este hombre de pastor, más de qué modo fue inducido a abandonar sus faenas pastoriles, no lo sabemos. Por años fue el azote de la región, cometiendo robos hasta entonces jamás oídos (y de los miles de pesos que pasaron por sus manos se ignora a dónde fueron a parar); llevóse a las hijas de los campesinos a los montes, y a la cabeza de ochenta desalmados cometió los crímenes más horribles. Su último crimen fue matar a su mujer en las montañas la noche pasada, cuyas bárbaras circunstancias impiden su relato,

y, al parecer, ayudado por el miserable que ahora le acompaña. Después de cometer el crimen corrieron a esconderse en un pueblo de indios, probablemente porque éstos, por miedo, nunca delatan a los ladrones. Sin embargo, el horror que les producía era tan grande, que su odio concentrado pudo más que el miedo, y todos a la una se apoderaron de los rufianes, les ataron, y los llevaron a Pátzcuaro, donde se les juzgó en el acto condenándoles a ser pasados por las armas, sentencia que ha de cumplirse en Uruapan.

La vista de estos miserables, y la idea de cuáles podrían ser sus pensamientos ocupaba los nuestros, pues cada paso que daban les acercaba al lugar en donde iban a ser ejecutados. Y no dejábamos de imaginar, al mismo tiempo, cuáles serían sus salvajes deseos de romper las cadenas, fugarse de sus guardas y salir huyendo a través de los obscuros bosques; sobre las montañas y los ríos, de descolgarse por este escarpado precipicio, saltar por encima de la barranca, correr sobre aquella verde y risueña loma, o desaparecer en aquel tétrico bosque de pinos cuyas recónditas soledades les librarían de sus perseguidores; y después, qué desesperación la suya al sentir la pesada y resonante cadena que arrastran sus pies descalzos, al mirar las lanzas y fusiles que les rodean, y persuadidos de que si intentaran la fuga, si fueran tan locos para hacerlo, una docena de balas detendría su carrera para siempre. Mas la piedad fue vencida por el horror y la repulsión que causaba el recuerdo de sus crímenes salvajes, y aun cuando uno de nuestros compañeros insinuó que era posible que el jefe de los ladrones hubiera asesinado a su mujer en un arrebato de celos, no pudo moderar nuestra indignación ante este último crimen atroz, perpetrado en la persona de una mujer indefensa.

Pero estos pensamientos empañaron buena parte de los placeres de una jornada que fue una de las más bellas, a través de bosques agrestes en los que durante leguas y leguas no tuvimos otro encuentro que las funestas «cruces»; pero, qué vistas columbra-

das por entre los infinitos cedros, fresnos y pinos; qué verdes y brillantes se veían las dehesas en la distancia y qué arrogancia la de los enselvados montes. Era un despilfarro de belleza, si esto puede decirse, pues no se ve ni una choza, ni un solo ser viviente cruza el camino y no existen ni rastros de labor. Al salir de los bosques oímos el disparo de un fusil entre los cerros, primera manifestación de la vida humana desde que salimos de Pátzcuaro. Era la señal, nos dijo el Señor…, con que los indios acostumbran a anunciar la proximidad de una tropa armada, advirtiendo a los suyos que deben esconderse. Es raro que por estas partes los indios hablen español como los que viven en la vecindad de las ciudades. El armonioso tarasco es su lengua principal.

Después de mediodía salimos a un camino que nos llevó a un valle de una belleza imponderable, alfombrado en todo su ámbito por las más encantadoras flores silvestres, azules, blancas, de color de rosa y escarlata, y cubierto de huertos naturales en donde floreaban los arboles del melocotón y del albaricoque, y los prados se vestían con la riqueza de sus florecillas. Abajo una chispeante corriente de limpias e impetuosas aguas saltaba sobre las peñas y los cantos rodados, y el sol la convertía en un viso de plata. Hay a poca distancia unas chozas a las que les han dado el nombre de *Las Palomas*, y era tan deleitoso el sitio que nos apeamos de los caballos e hicimos una parada de media hora, y mientras nos disponían algo más que un refrigerio, pues la diligencia de la señora Hacha nos había provisto de una cesta de vituallas, subimos por aquellas breñas, emboscándonos entre los árboles cuyas frondosas ramas se bañaban en los remansos de un arroyo, y cortamos flores silvestres que serían el orgullo de cualquier jardín de la Europa.

Después de comer en una de las chozas unos pollos acompañados de *tortillas*, proseguimos nuestro viaje. En esta memorable ocasión sacaron dos cortaplumas (todavía no puedo explicarme por qué no trajeron algunos cuchillos y tenedores, a no ser que

sospechasen que nunca habrían de limpiarlos). Y esta referencia a los cuchillos, y tenedores me lleva de la mano a citar el hecho de que todos los criados de México y todo el común del pueblo, ¡comen con los dedos! Los más curiosos enrollan dos tortillas que les sirven de cuchillo y tenedor, y que, os lo puedo asegurar por experiencia propia, es mil veces preferible que nada cuando habéis aprendido a usarlas.

El camino se fue volviendo cada vez más salvaje y pintoresco, pero muy fatigoso para los caballos que subían y bajaban peñascos de mal paso, entre arboledas de fresnos y pinos, a través de las cuales nos orientábamos despacio para seguir la ruta, y ya anochecía al descender una pendiente tendida que conduce a un pequeño pueblo, mejor dicho, a un campamento llamado *Curu*. Era demasiado tarde para pensar en llegar a Uruapan o para aventurarse en la noche sobre la infinidad de precipicios de la llamada *Cuesta de Curu*, por la que teníamos que pasar. Pero ¡qué sitio este de *Curu* para que en él pernoctaran unos cristianos! Unas cuantas chozas miserables en las que ya no cabían más indios, y hasta donde registraba la vista no acertábamos a descubrir ni un solo cobertizo en donde pudiéramos descansar bajo techo. Pero la cosa no tenía remedio. El *arriero* ya había descargado las mulas, y andaba en busca de pasto para ellas y los pobres caballos. Era noche obscura, pero se difundía una deliciosa fragancia de azahares, y a tientas llegamos hasta los naranjos arrancándoles algunas ramas por vía de consolación. Descubrimos por último un viejo granero hecho de madera bajo del cual levantaron las camas de toda la compañía. Nos ingeniamos también para obtener un poco de agua hirviente y con ella hicimos té, artículo de lujo que, junto con la tetera, llevamos siempre con nosotros. Nos sentamos sobre los baúles, se consiguió y se encendió un pedazo de candela, y al cabo de no pocas dificultades pudo sostenerse derecha sobre el suelo. En el granero, hecho de troncos, pasaba el aire por todos lados, y los cerdos metían el hocico por

todas las hendiduras, gruñendo armoniosamente. Afuera, en medio del campamento, los soldados habían encendido una gran fogata, y sentados a su alrededor, tostaban maíz. Los ladrones, sentados entre ellos, encadenados, y con un soldado montando la guardia a su lado. El fuego, iluminaba el rostro lívido de Morales, que en cuclillas, envuelto en su frazada, parecía un tigre a punto de saltar; los soldados, calentándose las manos al calor de la lumbre, echados en el suelo envueltos en sus *sarapes*, o devorando su sencilla comida, y con las indias trayéndoles tortillas calientes de las chozas, formaban un cuadro tan curioso como pintoresco. En cuanto a nosotros, enrollados en nuestras *mangas*, nos acostamos en el granero, pero pasamos una noche toledana. Los cerdos gruñían, zumbaban los mosquitos, soplaba un aire frío de todos los rincones y, por fortuna, no fue hasta que se hizo de día cuando nos dimos cuenta de una horrible circunstancia: un nido de escorpiones, con sus colas entrelazadas, descansaba en el techo de troncos, y precisamente sobre nuestras cabezas. ¡Imaginad la situación del infeliz durmiente sobre cuya desgraciada cabeza hubiesen descendido *en masse*! A pesar de las fragantes flores de azahar, nos sentimos más que felices de salir temprano a la mañana siguiente.

Uruapan.

En dejando el encantador pueblo de *Curu*, comenzamos a ascender *La Cuesta*; caminamos muy despacio durante cuatro leguas por un terreno montañoso, inaccesible en apariencia, pero los caballos, con paso seguro, no obstante pisar sobre rocas sueltas y a punto de derrocarse, rara vez tropezaron. El monte de *Curu* es volcánico; es un caos de rocas, con precipicios profundísimos y masas de lava que vomitó el cráter en fuego. Y, sin embargo, de cada risco y de cada quebrada de las rocas brotan los

árboles más magníficos, revestidos de florecientes plantas parásitas; arbustos de un verde deslumbrante; flores de delicada palidez, cuyos matices amables no casan con lo salvaje del escenario. Entre el roble de las selvas y el hosco pino, el árbol de las flores blancas, el gracioso floripondio, parece impetrar refugio y protección. Yedras que asemejan madreselvas escarlatas, y con toda la variedad de los colores, penden de rama en rama, en brillantes guirnaldas y festones, adornando, pero no escondiendo, las masas de las desnudas rocas ni la amenaza de los sumideros que se entreveran por entre la desbordante vegetación. La escena es de una «horrible belleza».

Mientras seguíamos las revueltas del camino a orilla de estos precipicios, y en donde sólo cabe ir de uno en uno, se extendió nuestro orden de formación hasta una larga distancia, y los banderines rojos de las lanzas de los soldados, ya apareciendo, ya escondiéndose entre los peñascos y los árboles, ofrecían un aspecto de lo más pintoresco. Una de las veces en que quise ver a mis espaldas el espectáculo de nuestra culebreante caravana, sorprendí en los ojos de Morales una expresión tan espantosa que me quedé desconcertada, y olvidándome de sus cadenas y aun de las piedras y las rocas, fustigué a mi caballo. Él y la escena se encontraban en perfecta armonía.

Llegamos, por fin, al término de esta extraordinaria montaña selvática, y en cuanto hubieron descansado un rato los fatigados caballos en un soto de pinos y doradas acacias, nos internamos por el más encantador de los bosquecillos; una sucesión de flores y arbustos, con un tupido y lozano prado y vistas a fértiles campos de maíz bordeados de árboles frutales; una escena llena de paz y regocijo para los ojos, después de haber pasado por esas salvajes y volcánicas regiones.

Al dejar los bosques, sigue el camino a la orilla de esos campos y conduce al valle, en donde la gema de los pueblos indios, Uruapan, descansa en su tranquila belleza. Es cierto que varias de

sus calles son medianamente atractivas, y que poseen algunas buenas casas, más su orgullo reside en las cabañas de los indios, tan limpias y bien puestas todo con tan buen gusto, y escondidas entre los árboles frutales.

Atravesamos a caballo callejones que sombrean árboles que se inclinan con el peso de las naranjas, *chirimoyas, granaditas, plátanos* y toda suerte de deliciosas frutas. Hallamos, gracias a la amabilidad del *señor* Isasaga, una de las personas principales de aquí, que nos habían aderezado alojamiento en una vieja y desalhajada casa junto a la iglesia, en donde al presente nadie vive por estar ausente su dueño. Encontramos a toda la familia en extremo bondadosa y agradable; el padre, un anciano caballero de muy buena presencia y de mucha ilustración; y su esposa, hermosa todavía, aunque delicada de salud, y todas las hijas, bonitas y sencillas. Una de ellas está casada con un hermano de *Madame* Iturbide. Se deshacían en excusas por no invitamos a su propia casa, que ahora están componiendo; pero como está a unos pasos de la nuestra, hemos de pasar la mayor parte del tiempo con ellos. ¡Parece tan extraño encontrarse con gente de semejante condición en tan aislado lugar! Y sin embargo, por apacible y solitario que parezca, no ha escapado a los furores de la guerra civil, pues el sitio fue incendiado cuatro veces por los insurgentes y por los españoles. El *Señor* Isasaga, que es de Valladolid, representó un papel importante en toda la revolución, pues fue partidario y amigo personal de Hidalgo. Sus escapatorias y aventuras llenarían un volumen.

No pude resistir la tentación de echar una última mirada a los ladrones, al entrar a este hermoso sitio donde, Morales, por lo menos, habrá de ser fusilado. Me pareció que se habían convertido en dos cadáveres. Estos pobres desdichados deben de estar exhaustos, pues han venido a pie desde Pátzcuaro.

31. Es tan atractivo el lugar que hemos determinado levantar aquí nuestra tienda por algunos días. Eran nuestros propósitos seguir veinte leguas adelante para ver el volcán de Jorullo; pero como nos dicen que el camino va siempre al rayo del sol, y que el calor es punto menos que insoportable, amén de otros impedimentos, nos hemos visto precisados, no sin pesadumbre, a abandonar nuestro proyecto, lo cual era para nosotros muy tentador, como lo fue ayer el sabemos a una corta distancia de un cerro que está sólo a treinta leguas del Océano Pacífico.

En 1803, M. de Humboldt y M. Bonpland subieron al cráter de esta montaña de fuego que se formó en septiembre de 1759. Su nacimiento se anunció por terremotos que hicieron huir a todos los habitantes de los pueblos circunvecinos, y tres meses después ocurrió una terrible erupción que puso a toda la gente aterrorizada y en la mayor consternación, y que Humboldt considera como una de las más extraordinarias revoluciones físicas que jamás hayan ocurrido en la superficie del globo.

Se vieron salir llamas en un espacio de más de media legua cuadrada. Muchos pedazos de peñascos candentes fueron lanzados a alturas prodigiosas, y a través de una nube espesa de cenizas iluminada por el fuego volcánico, se fue hinchando la costra resblandecida de la tierra. Las cenizas llegaron a cubrir los techos de las casas de Querétaro, ¡que está a más de cuarenta y ocho leguas de distancia!, y los ríos de San Andrés y Cuitimba se sumieron precipitados en las grietas inflamadas. Las llamas se veían desde Pátzcuaro, y desde los cerros de Aguazarca se vio el nacimiento de esta montaña volcánica, encendido linaje de un terremoto que, desde las entrañas de la tierra, mudó totalmente de aspecto un espacio de terreno considerable.

«Y ahora, el júbilo
de las altas montañas se estremece en alpestre alegría,

como si se regocijaran viendo nacer un sismo».

Aquí la tierra devolvió el saludo y se estremeció, aunque fuera con temerosa alegría ante el nacimiento del joven volcán.

En una carta que en aquel tiempo escribió el párroco de un pueblo vecino al Obispo de Michoacán, le decía que el volcán acabó con la *hacienda* de Jorullo y aun con los árboles, que se vinieron abajo con la muchísima arena y cenizas que vomitaba la montaña. Las campos y los caminos, decía, están cubiertos de arena, las cosechas destruidas y perecido los ganados por falta de pastos y de agua, pues los animales no querían beber las que despedían los cerros por ser tan pestilentes. El río que corría cerca de su pueblo, que era antes tan escaso, se hizo tan caudaloso que se temía una inundación; las casas, iglesia y el hospital estaban para caer abrumados del peso de la arena y de las cenizas, y concluía diciendo «que todos estaban tan asquerosos por la ceniza que no parece sino que hemos salido de algún sepulcro». Las grandes erupciones del volcán continuaron hasta el año siguiente; pero han ido haciéndose progresivamente más raras, y, en el presente, han cesado del todo.

Habiendo llegado nuestra jornada a sus más distantes límites, debo poner punto final a esta carta.

CARTA L

Indumentaria de los indios.—Santos.—Música.—Miscelánea de vegetación tropical y europea.—Antiguas costumbres.—Saltos de la Tzaráracua.—Gusanos de seda.—Pintura india.—Hermosa heroína.—Salida de Uruapan.—Tziracuarátiro.—Indio locuaz.—Casa del Alcalde.—Pátzcuaro.—Vieja Iglesia.—Obra de mosaico.—El lago.—La Gruta.—Pescado frito.—Indios ricos.—Convento.—Coincho.—Obscuridad.—Morelia.—Alameda.—Catedral.—Plata.—Arte de la cera.—Colegio.—Pulgas maravillosas.

Uruapan, 31.

El vestido de las indias de Uruapan es bonito, y todas ellas nos parecieron la raza más limpia y más bien parecida que hasta ahora hemos conocido. Usan «*naguas*» que con unas rayas estrechas, blancas y azules, de hechura muy amplia y bastante largas; sobre esto cae una especie de camisa corta hecha de algodón blanco y áspero, bordada en sedas de varios colores. La llaman la *sutunaca*; cubriéndolo todo lucen un *rebozo* negro rayado de blanco y azul, terminado con hermosos flecos de seda, en que se repiten los mismos colores. Cuando, casadas, añaden un velo blanco bordado y una suerte de blusa de color de singular belleza, que es el *huipilli*, palabra que pronuncian como *güipil*. El cabello va partido y cae detrás en dos largas trenzas que se sujetan sobre la cabe-

za con un moño de cintas y flores. No ofrece este vestido diferencia alguna con el que llevan todos los días, a no ser en las mujeres de una clase más principal, que se visten de un algodón más fino y con más bordados, y una prenda suelta que lo cubre todo a semejanza del sobrepelliz de un sacerdote, y que se ponen cuando el tiempo se torna frío. La introducción de los pantalones entre los hombres es española; pero todavía usan el *maxtlatl*, o calzones con los cabos atados al frente y atrás, y el *tilmatli* o *tilma*, como le llaman ahora, especie de capita cuyas puntas se atan sobre el pecho o sobre un hombro. Fue sobre una áspera tilma, parecida a la descrita, en la que se encontró pintada la Virgen de Guadalupe.

Por ser ayer la fiesta de San Andrés, iban los indios en procesión vestidos con sus mejores galas, y fuimos a verlos en la vieja iglesia. Llevaban al Santo con muy finas vestiduras; portaban las mujeres banderitas de color y cirios encendidos, en tanto que los hombres tocaban violines, flautas y tambores. Vinieron todos con guirnaldas de flores que iban a colgar en los altares, y para estas ceras y ornamentos, sedas y oropeles, habían guardado todo su dinero. Tocaban una bonita melodía, pero dudo que fuera original. Ni melancólica ni monótona, como suele serlo, generalmente, la música de los indios; al contrario, alegre y atrevida, era, quizá, española. Un indio tocaba el órgano. Después de oír misa subimos para darle un tiento, y nos maravillamos de que con tan misérrimos medios hubiera sido posible arrancarle algo parecido a la música. En el *patio*, entre la iglesia y el curato, hay unas deslumbrantes flores escarlatas que aquí llaman *flor del pastor*, una hermosa especie de *euphorbia*, llamada, en otras partes *flor de nochebuena*.

Ayer por la tarde dimos un paseo por los alrededores de este jardín del Edén, por los bancos del río Marqués, entre una extraordinaria miscelánea de vegetación tropical y europea; las lomas cubiertas de pinos, las llamadas de caña de azúcar. Nos paseába-

mos entre los plátanos, limoneros, *chirimoyos* y naranjos; y a corta distancia, más arriba, doblaban sus ramas, que podíamos casi tocar, los fresnos y los pinos. El río, sin cansarse de correr ni de brillar, se desliza a través de este paisaje encantador, cayendo a veces en cascadas, otras pasando plácido a los pies de los montes silenciosos, entre umbrosos bosques, para formar, después, el más hermoso baño natural al derramar sus aguas en amplio remanso que tiene por lecho grandes lajas, planas y pulidas.

Aun se conservan aquí muchas de las antiguas costumbres de los indios en los matrimonios, entierros, y otras prácticas supersticiosas, aunque modificadas por las doctrinas cristianas. También conservan la misma sencillez en su indumentaria, unida, sin embargo, a la inveterada vanidad y amor para mostrar sus adornos, y que siempre les ha distinguido. La más pobre de las indias todavía ostenta un collar de rojos corales, o una docena de hileras de cuentas rojas, y sus escudillas son todavía las *gicalli*, o como los españoles las llamaron, las *jícaras*, hechas de una especie de calabaza, o, mejor dicho, de una fruta que se le parece, y producida por un pequeño árbol, cuyo fruto cortan en dos, convirtiéndose cada uno en dos platos; le vacían y le dan barniz muy durable que extraen de una tierra mineral de diferentes colores, por lo general, rojo. Les pintan por fuera flores, y en algunas las doran. Son muy bonitas, muy duraderas y de ingeniosa traza. Los hermosos colores que emplean para pintar estas *jícaras* se componen no sólo de varios productos minerales, sino también de madera, hojas, y flores de ciertas plantas, de cuyas propiedades poseen un conocimiento no desdeñable. Sus propios vestidos, que ellos mismos se hacen de algodón, son particularmente bonitos, y abundan los compuestos con harta finura.

1.º de diciembre. Salimos esta mañana muy temprano a caballo y pasamos por los callejones orlados de árboles frutales, y por

otros cubiertos de flores de extraordinaria belleza, de cuyos nombres sólo conozco el *floripundio*; nos remontamos a los bosques de pinos, que el espliego silvestre y las cintilantes flores llenan de fragancia y alegría, y entre las rocas desprendíase el río en pequeñas cascadas. Después de cabalgar por estas alturas cerca de dos leguas, llegamos a las orillas de un espléndido valle de encinos. Nos tuvimos que apear de las monturas y seguir nuestro camino a pie, bajando por una larga, empinada y resbaladiza senda, zigzagueando en rápida bajada a través de los bosques, con la perspectiva de ser recompensados de nuestros trabajos por el espectáculo del celebrado salto de la Tzaráracua. Llegados, por fin, al pie de la montaña poblada de encinos, salimos a un espacioso vallado que rodeaban soberbios peñascos, prodigiosos bastiones naturales, y seguimos a través de una espaciosa gruta de la que sale el río hirviendo y tronando para vaciarse en el valle y formar el gran salto de la Tzaráracua, que en lengua tarasca quiere decir *cedazo*. La bajada es muy fatigosa; pero vale la pena de emprender el viaje aun desde México, sólo por ver una escena tan salvaje y grandiosa. Los saltos son de cincuenta a sesenta pies de altura. Las rocas se cubren de arbustos y flores, y de cada hendedura se desprende un finísimo hilo de agua. Una hermosa flor, que parece como si estuviera formada de diminutas conchas de color de rosa, brota de entre las piedras cerca del agua. En los bosques hay culebras de cascabel, y no es raro ver alguna vez al jabalí. Las *Señoritas* Isasaga, cuando eran niñas, hace dos o tres años, andando un día por los senderos de la montaña, vieron una inmensa culebra de cascabel enroscada, y tentadas por lo llamativo de sus colores se disponían a levantarla, cuando despertando de su modorra y extendiéndose cuán larga era, se deslizó rauda delante de ellas por la vereda, sonando sus cascabeles mientras desaparecía entre los cerros.

Nos sentamos junto al salto por un largo rato, contemplando las silbantes y espumosas aguas que, hirvientes y burbujeantes, se

precipitan con tal ímpetu, que apenas puede creerse sean las mismas descendientes de aquella undosa corriente, tan mansa cuando no encuentra escollo que la frene, y era un deleite ver entre las rocas las venas de agua remedando cascadas; pero al fin, tuvimos que emprender de nuevo el penoso regreso por la resbalosa montaña. Nos acompañaron varios oficiales, entre otros, el comandante de Uruapan.

El señor Isasaga, dice que al presente están aquí muy ocupados, a incitación de un francés llamado Genould, en plantar moreras (que en este clima se dan a maravilla), para propagar el gusano de seda. Pero, sin medios de transporte, ¿en qué mercado podrán vender la seda? Muchas son las mejoras que aquí podrían llevarse a cabo, y mucho más provechosas que ésta. Tienen azúcar, granos, maíz, minerales, maderas, algodón, agua para mover las máquinas; en una palabra, toda clase de productos valiosos e importantes y que requieren todos una atención inmediata. Nuestro retomo a la casa resultó muy agradable, y mientras discurríamos por las callejuelas que conducen al pueblo, nos deteníamos a menudo para admirar asombrados las extrañas y bellísimas floraciones de los árboles, y arrancamos ramas enteras con flores cuya delicadeza y hermosura no tienen rival ni aun entre las más raras y exóticas de un invernadero inglés.

2. El tiempo esta mañana se mostró lluvioso y húmedo; mas en la tarde dimos un gran paseo y visitamos varias chozas de los indios, todas limpias, colgando de las paredes frescas esteras, cubiertos los suelos con lo mismo, y en todas ellas los utensilios de la cocina pendiendo de las paredes, con nitidez y simetría, desde los más grandes que están en uso hasta los pequeños platos y *jarritos* en miniatura, que se colocan sólo como adorno. Fuimos también a comprar *jícaras*, y a ver cómo las hacen y las pintan, lo cual es muy curioso. Las flores no las pintan, sino que las incrus-

tan. Tuvimos la buena fortuna de adquirir un buen surtido de las más bonitas, las que no pueden obtenerse en otra parte. Compramos una *sutunacua* primorosa y un rebozo negro. Las mujeres no se mostraban muy anuentes a vender sus vestidos, pues los hacen con grandes trabajos y los conservan con esmerado cuidado.

Hemos gozado de un hermoso paseo a La Magdalena, que está como a una milla del pueblo. Cada día vamos descubriendo nuevas bellezas en los alrededores. Y fue una de ellas la que vimos al entrar en un pequeño rancho en donde estaban pintando *jícaras* en una mesa, y para completar el cuadro, una mujer yacía en una cama estremeciéndose de fiebre. La belleza era una dama, propietaria de una rica hacienda distante del lugar algunas leguas, y que permanecía sentada sobre un baúl fuera de la puerta del *rancho*. Era una mujer en el apogeo de su hermosura, aquella que suele merecer, por parte de los caballeros, el epíteto de *pasée*, y quizá fue todavía más hermosa a los dieciocho años; pero podía ser ahora, el modelo para una Judit o, mejor, para una Juana de Arco, aun estando, como estaba, sentada sobre su propio equipaje. Era muy blanca, con grandes ojos negros, largas pestañas y una abundante copia de cabello negro como el azabache. Sus dientes deslumbraban, literalmente; sus labios parecían corales de un rojo subido, y su tez se encendía como el albérchigo maduro en un amanecer. El cuerpo, alto y lleno; manos pequeñas y bien formadas, y hermosos los brazos. Se puso de pie cuando llegamos y nos rogó que nos sentáramos en una banca que cerca de la puerta estaba, y sin guardar ceremonias, como estilan los viajeros al encontrarse en lejanas tierras, entablamos conversación con ella. Nos dijo su nombre y los motivos que le impelían a viajar, y empezó a contarnos una aventura que le había acontecido con unos ladrones, de la que merecía ser la heroína, como en verdad lo fue. Se deduce que viajaba con sus dos hijos, muchachos de quince y dieciséis años, cuando llegaron a este *rancho* pa-

ra pasar en él la noche, pues a estas fechas ya entendéis que los que viajan por estas partes han de confiarse a su buena suerte o a la hospitalidad para encontrar un albergue en donde dormir. Con sorpresa encontraron que los moradores del rancho se habían ido, que los perros habían hecho lo mismo, y que la casa estaba cerrada. No tuvieron otra alternativa que descansar como pudieron, entre sus equipajes y las mulas en el patio frontero a la casa. En medio de la noche fueron atacados por los ladrones. Tomaron en el acto sus fusiles los muchachos, y dispararon sin ningún resultado. En las tinieblas, creyeron sin duda los ladrones que se las habían con más gente y con más armas, y cuando ella, sacando de uno de los caballos un mosquete cargado, se disponía a entrar en acción, los cobardes rufianes, una media docena, emprendieron la fuga dejando dueños del campo a una mujer y a dos muchachos. Estaba particularmente indignada contra los rancheros, estos *malditos rancheros* como les llamaba, de quienes decía que habían sido cohechados o atemorizados para que se fueran con todo y perros.

Regresamos a casa después de dar un largo paseo en la noche en medio de los ladridos, aullidos y gruñidos de los perros, que se alborotaban según pasábamos por delante de cada una de las chozas de Uruapan.

En acabando de cenar mandaron llamar a una india muy lista, que entiende el español lo mismo que su idioma nativo, y que nos tradujo varias palabras castellanas en tarasco, cuyo sonido nos pareció muy fluido y armonioso. Mañana debemos abandonar a Uruapan y esta hospitalaria familia, cuya amabilidad y atenciones para con nosotros nunca podremos olvidar. Parece increíble que sólo les hayamos conocido por tan breve tiempo. Tenemos, sin embargo, la esperanza de volverlos a ver a nuestro paso por Valladolid, a donde intentan irse dentro de pocos días.

Ayer por la mañana, a las once salimos de Uruapan, acompañados durante parte del camino por el señor Isasaga, junto con otros caballeros, entre los cuales se encontraba el hermano de *Madame* Iturbide. Íbamos de vuelta para Morelia; pero sorteando ahora Curu y las rocas, tanto para salvar a nuestras monturas como en gracia a la variedad. A poco andar se pasan unos vastos terrenos pertenecientes a los indios. El día estaba agradable pero encapotado. Nos guió el camino, como de costumbre, a través de hermosos paisajes, monótonos para describirlos, pero, en realidad, muy variados. Aun cuando esta parte del país casi no está habitada y apenas se notan rastros de cultivo, la naturaleza ha prodigado en ella tanta hermosura, que nada hay de melancólico en su aspecto, ni se llega a sentir tristeza cabalgando, legua tras legua, al no ver en toda la jornada señales de la existencia del hombre. Se diría que estos senderos en el bosque nos han de conducir, a su tiempo, a algún lugar habitado; y el boscaje, los sotos, la dispersión misma de los árboles, parecen dispuestos, o embellecidos, cuando menos, por la mano del arte. No es posible contemplar estos valles sonrientes y floridos y creer que sitios tan amenos no tengan dueño —que nunca vienen unos niños a coger estos albaricoques—, y que las muchachas del pueblo no vengan alguna vez a cortar estas fragantes flores. Y dejando el paso a la fantasía, creemos que andan fuera en los campos, que han de venir al caer de la tarde y de que sus cabañas se esconden detrás de la ladera de la cercana colina; y es sólo al llegar a alguna choza india o a un lugarejo en donde se apiñan en la soledad unas miserables barracas cuando todo se desvanece ante la convicción de que esta variedad de montaña y llanura, de bosque y de agua, que embelesa, apenas es vista y hollada por el hombre.

Transcurrió la jornada sin sucedernos cosa de consideración, aunque apremiados por el hambre compramos pan y queso en

una pequeña taberna de madera situada a un lado del camino, y cuyos anaqueles estaban muy bien provistos de relucientes botellas de aguardiente y de mezcal. También compramos en algunas chozas indias varios racimos de *plátanos*, fruta de imponderable utilidad y base alimenticia de los pobres habitantes de los climas tropicales. Dicen que el plátano no es indígena de América, y que le trajo a Santo Domingo un fraile. Si así fuere, su país adoptivo le conviene más que su tierra natal; pero creo que son muchas las tradiciones que concurren a demostrar que ya existía en este hemisferio antes del siglo XVI, y que los españoles no hicieron más que aumentar el número de las especies indígenas. Sus cualidades nutritivas y la maravillosa facilidad con que se propaga, le convierten en una planta útilísima y el más grande incentivo posible para la indolencia. Se recolecta el fruto antes de que cumpla el año de haber sido plantado, y su dueño no tiene más que hacer sino cortar los viejos tallos y dejar un vástago que vuelve a dar tres meses después. Hay tres géneros de plátanos y se les aprovecha de diferentes maneras: frescos, desecados, fritos, etc. El plátano desecado, ramo importante del comercio de Michoacán, con su negra y arrugada cáscara, con sabor a pescado o jamón ahumado, constituye una delicia para el paladar de los indios. Es, de todos los artículos alimenticios de México, el único por el que siento una particular aversión.

Serían las cuatro cuando llegamos al pequeño pueblo de Ziracuaretiro, que no es mas que un apretujamiento de chozas con unos jardinillos bordeados por naranjos y de toda clase de árboles frutales. Con una o dos horas de luz por delante, y porque aquí teníamos que pasar la noche, nos dedicamos a explorar los alrededores, y dimos con un hermoso y sombreado sitio en una suave eminencia cubierta por un prado, y al abrigo de los bosques que la circundan. Allí permanecimos sentados y en reposo, respirando el aire que las flores de los naranjos saturaban de fragancia. Nos divirtió un indio, con cara de pícaro, a quien Calde-

rón hizo algunas preguntas, y el cual resultó ser locuaz en exceso; nos contó todos los pormenores de su *ménage*, encareciendo sobremanera su propio y ejemplar comportamiento para con su mujer, de lo que inferí que ha de darle sus buenas azotainas, ya que todos los indios creen gozar de especial privilegio para darlas; y una india que se quejaba con un *padre* de que su marido ya no le hacía caso, adujo, como la prueba más fehaciente de su abandono, el que en quince días no le había pegado. Preguntado nuestro indio si permitiría a su mujer gobernarle: «¡De ningún modo!», contestó, «eso sería como si la mula arreara al *arriero*».

Nada había que ver en el pueblo, que apenas merece ese nombre, fuera de la vieja iglesia que es bonita y que estaban barriendo dos ancianas, las que nos dijeron que rara vez se dice misa en ella, pues el *padre* reside a una gran distancia del lugar. Permitió el alcalde que nosotros y nuestra escolta ocupáramos su casa, que consistía en tres cuartos vacíos con pisos de lodo, cerca de las siete estábamos de nuevo a caballo, y otra vez *en route* para Pátzcuaro; un buen tranco de once o doce leguas. Almorzamos en el pueblo de Ajuno, en una choza muy limpia en donde nos dieron *tortillas* en abundancia, y chile, hechas por unas tortilleras muy guapas. Un grupo de mujeres iba cargando una Virgen toda cubierta de flores, y se oía el tilín de una campanilla.

Cerca de las cuatro habíamos ya subido a los cerros que dominan a Pátzcuaro. Aquí nos apearnos de nuestras monturas, y echados sobre la hierba esperamos el crepúsculo contemplando el lago, hasta que las sombras fueron opacando despacio sus aguas de plata. Poco a poco las verdes islas se volvieron más y más indistintas, y las orillas opuestas se ocultaron detrás de una calina gris que como un vaho tenue fue cubriendo pausadamente la espejeante superficie del lago. Y, montando de nuevo, nos fuimos cuesta abajo para Pátzcuaro, donde encontramos a la *Señora* Hacha, tan bien dispuesta como antes para recibirnos, y donde

tenemos la intención de quedarnos uno o dos días, pues nuestras mulas están muy lastimadas.

5. Hemos pasado un día tranquilo en Pátzcuaro, y fuimos a misa a la vieja iglesia, que es muy decente y rica en estofados. En la puerta hay un cartelón con este aviso impreso en grandes letras: «Por el amor de Dios se suplica a todos los fieles que no escupan en este lugar sagrado». Si hemos de juzgar por las observaciones de una mañana, debo decir que las clases altas de Pátzcuaro son más blancas y tienen mejor color, en general, que las de la ciudad de México, y si así es, podría atribuirse, en parte, al clima, que es más frío y húmedo, y en parte, a que hacen más ejercicio (pues aquí no existen carruajes), mientras que en México no hay familia de cierta importancia que pueda prescindir de ellos.

Estábamos muy ansiosos por ver algunas muestras de aquellos trabajos de mosaico que todos los escritores antiguos de México celebran, y que en ninguna parte como en Pátzcuaro floreció con tanta perfección. Se hacían con las más bellas y delicadas plumas, y preferían las del *picaflores*, que ellos llaman *huitzitzlin*. Pero nos dicen que ya hace más de veinte años que no vive en Pátzcuaro el último artífice de mosaico que quedaba, y aunque las monjas se emplean en imitarlos, ya no se cultivan con la pureza que supieron darle en los días de Cortés. Nos dijeron que en cada pintura se ocupaban varias personas, y que era un trabajo que requería mucha paciencia y aplicación, tanto en la mezcla de los colores como en el arreglo de las plumas. Después de haber hecho el dibujo, y tomado las medidas y las proporciones, cada artista se encargaba de una parte de la obra. Terminada la parte que a cada uno tocaba, se reunían todos para juntarlas y formar el cuadro entero. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban a la tela con una materia

glutinosa; después reunían todas las partes sobre una lámina de cobre, y las pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa que parecía la más bella de las pinturas, o, según aquellos escritores, eran aún más bellas gracias al esplendor y viveza de los colores, el oro brillante y sus matices azules y carmesíes, que las mismas obras que imitaban. Muchos de estos mosaicos fueron enviados a España y a algunos museos de la Europa y de México, pero ahora el arte casi se ha perdido del todo, y, además, ya no pertenece a una época como la nuestra, tan materialista. Nuestros antepasados disponían de más tiempo, y es posible que nuestros descendientes digan lo mismo respecto de nosotros, pero aunque así no fuere, ellos serán capaces quizá, y debido a la fuerza de las circunstancias, de

«Dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos».

Logramos ver, sin embargo, algunos mosaicos representando santos y ángeles de un dibujo muy tosco, mas de muy hermoso colorido; los suficientes para demostramos que no había exageración en lo que nos habían contado.

7. Ayer nos fuimos a las orillas del lago y nos embarcamos en una larga canoa formada en el tronco vacío de un árbol. Remaban unos indios de raza muy fea, con acusados rasgos tártaros en sus rostros. El lago estaba tranquilo y terso como un inmenso espejo, y cubierto de millares de patos silvestres, garzas blancas, grullas y flamencos, que se sumergían en las aguas como si quisieran con estas constantes inmersiones blanquear su plumaje. En el ribazo opuesto, hacia la derecha, yace la ciudad de Tzintzuntzan, y en una hermosa isla en medio del lago el pueblo de Janitzio, poblado enteramente de indios que apenas se mezclan con los moradores de la tierra firme, y que han conservado su condición de aborígenes mucho más que cualesquiera otros de los que hemos visto. Nos acompañó el Prefecto de Pátzcuaro, a quien

los indios temen y odian en igual proporción, y el que nos pareció una especie de *Mr. Bumble* indio. Después de una larga y agradable travesía a remo, desembarcamos en la isla y salió a recibirnos el *alcalde* del pueblo, un mestizo, que lucía un par de pantalones de merino de un color azul deslumbrante. Supongo que para distinguirse de sus enfrazados conciudadanos. La isla está rodeada por una cortina natural de sauces y fresnos, y el pueblo consiste en unas cuantas casas desparramadas, con unos pocos trozos de tierra cultivada, la casa del *alcalde* y una vieja iglesia.

Caminamos o, más bien, nos echamos a pecho las subidas y bajadas de la isla, que es abrupta y rocosa, y encontramos varias grandes piedras cubiertas por entero de antiguos caracteres. Impulsados por la curiosidad, nos internamos en algunas de las cuevas, en donde han encontrado ídolos, y cuando apenas habíamos entrado, caminando a tientas, en una de las más grandes, estuve a punto de caer desmayada, sofocada por un olor horrible y pestilente. Parece que esta cueva es donde duermen todos los murciélagos de la isla. ¡Que no permita el cielo que vuelva yo a entrar en la alcoba de un murciélago! Me batí en retirada tan aprisa como me fue posible, dando de barato ídolos y demás antigüedades, y le quité de la mano al atónito Prefecto el *cigarrillo* que estaba fumando, que sabiamente lo había encendido al entrar, y aspiré el humo que me pareció más aromático que las mismas violetas, después de haber padecido un hedor tan penetrante como indescriptible.

El alimento principal de estos isleños, además de las calabazas y legumbres que cultivan, es el pescado blanco, fama del lago, y mientras estábamos explorando la isla, los indios salieron con sus canoas para pescar algunos para nosotros. Los frieron en casa del *alcalde*, y ellos fueron nuestro almuerzo, que hubiera llenado de gozo el corazón de un sectario de Epicuro.

Fuimos después a visitar la iglesia, y a pesar de que las chozas son pobrísimas, es hermosa, como de costumbre. Posee, entre

otras curiosidades, una Virgen con un manto cubierto de bordados hechos por los indios. El cargo de organista tiene el privilegio de heredarlo una familia india y pasa de padres a hijos. El indio, imberbe y de larga melena que le tocó para nosotros, tiene una expresión tan dulce que más bien parece una mujer muy joven. Algunos de los indios de aquí son muy ricos, y entierran su dinero. Uno de ellos, de nombre Agustín Campos, que ha embellecido la iglesia, según reza una inscripción esculpida en una lápida del exterior del templo, es dueño de un capital de treinta mil pesos, y es muy respetado y antepone a su nombre el *Don*, y, sin embargo, la frazada con que se cubre es tan pobre como la de sus paisanos. Permanecimos varias horas en la isla, y entramos en algunas chozas donde vimos a las mujeres ocupadas en hacer *tortillas*, costumbre india que ha llegado hasta nuestros días sin ninguna variación. Cuecen primero el grano en agua con un tanto de cal, y cuanto se ablanda le quitan el hollejo; después le muelen en una piedra muy grande llamada *metate*, que los indios (que saben más) le llaman *metatl*. Usan para molerlo una mano de mortero de piedra, con la cual le trituran y le van haciendo pasar a un tazón que colocan al pie de la dicha piedra. Toman entonces un poco de esta masa, y poniéndosela en las manos le van dando palmadas hasta formar una suerte de pastelitos redondos, que tuestan luego en una como bandeja de superficie muy lisa llamada *comalli* (en México le llaman *comal*), y que se deben comer lo más calientes posible.

A nuestro regreso gozamos de una variedad. Una ligera tormenta onduló la tranquila tersura del lago, y obligó a los remeros a poner a prueba todas sus fuerzas para llevar la canoa a puerto antes de que se hiciera más violenta la borrasca.

Se nos fue la mañana paseando por Pátzcuaro, que puede enorgullecerse de poseer muchas y muy buenas casas, una plaza y unos *portales*, y rematamos en el convento de Santa Catarina. Vimos algunas de las monjas vestidas con hábitos blancos, y que,

en vez del velo, usan el rebozo negro de las indias. Son mujeres de aspecto vulgar, y sus modales distan mucho de ser amables; pero no pasamos más allá de la puerta del convento. A la vuelta nos topamos con un niño de aspecto singular. Iba en brazos, y llevaba puesto un enorme turbante de raso blanco con unas plumas muy largas a un lado, y del otro, formando contrapeso, grandes moños de cintas rosas y amarillas. También llevaba dos túnicas, una corta y la otra más larga, ambas adornadas alrededor con grandes pliegues de cintas de raso amarillo. Era manifiesta la admiración que despertaba el niño a su paso por las calles. Descansadas ya nuestras mulas, saldremos mañana para Valladolid.

Valladolid, 9.

Salimos de Pátzcuaro cerca de las siete y media de la mañana, lo cual, considerando lo largo de la jornada que nos esperaba, era más bien tarde. Sentimos en el alma tener que despedimos de la *Señora* Hacha, que ha sido tan bondadosa para con nosotros, y a la que, por cierto, no tenemos esperanzas de volver a ver. He observado que al emprender estas largas jornadas todos, al principio, guardamos silencio y, a veces, cabalgando durante horas enteras, nadie cruza una sola palabra. Hacia la mitad del día se nos comienza a destrabar la lengua, y al atardecer volvemos a sumirnos en el más profundo mutismo. Supongo que esto se debe a que a la hora prima todos tenemos mucho sueño, y que al caer la tarde comenzamos a sentirnos cansados. En resumidas cuentas: muy sociables a eso de las nueve de la mañana, ya no es posible seguir hablando después de haberlo hecho por ocho o nueve horas. Eran casi las cuatro cuando alcanzamos Coincho, donde fuimos muy bien recibidos por las damiselas de los baños, cuyo padre está ahora más impedido por su invalidez que antes. La vida que aquí llevan estas pobres muchachas es muy solitaria, y no

creo que su situación sea muy segura. Su pobreza, sin embargo, es hasta cierto punto su defensa, y no existen por estas regiones ladrones al estilo de Morales. No pudimos resistir a la tentación de detenernos para tomar un baño; así es que era ya obscuro cuando salimos para Morelia. Los caballos, que no podían ver, daban unos tremendos saltos sobre cada uno de los arroyuelos y cortaduras del camino, y tal parecía que íbamos jugando una carrera de obstáculos en la oscuridad. Se prendían nuestros vestidos en los arbustos, y se hubieran podido seguir las huellas de nuestro paso por los jirones de ropa que dejábamos atrás. Por último, tomamos un camino equivocado, a través de una loma pedregosa, que nos llevó a un pequeño y miserable poblado compuesto de unas treinta chozas, cada choza con un promedio de diez perros, según la laudable costumbre de los indios. Se lanzaron a un tiempo fuera, aullando como cien mil demonios, mordiendo las patas de los caballos, y dando saltos sobre nosotros. Entre el concierto canino, las coces de los solípedos, el estruendo de una cascada que cerca de nosotros estaba, los gritos de las gentes que nos exhortaban a que nos regresáramos y lo profundo de las tinieblas, pensé que íbamos todos a enloquecer. Pudimos, sin embargo, abrimos camino entre los perros, bajamos la loma pedregosa, brincando los caballos sobre los riachuelos que cruzaban el paso, pisando por fin el buen camino, para hacer nuestra entrada por las puertas de Morelia, sin más aventuras, entre las nueve y las diez.

Morelia, 11.

Hemos pasado unos días muy agradables en esta hermosa ciudad, viendo cuanto es digno de ser visto, y admirando, como se merecen, las anchurosas y aireadas calles, sus muy buenas casas, los bellos edificios públicos, pero, de preferencia la Catedral, el

Colegio y las iglesias. Tiene asimismo una linda plaza con espaciosos portales que ocupan tres de sus costados, mientras que al Oriente se levanta la Catedral. Hay en la *plaza* un mercado que se ve muy concurrido y con gran surtido de frutas y legumbres. Vive en esta ciudad, según dicen, una población de un poco más de quince mil almas, mas quiero creer que debe de ser mucho mayor. La vida y los alquileres de las casas son tan baratas, que una familia que apenas podría subsistir en México, puede, con los mismos medios, gozar de toda clase de comodidades en Valladolid. El clima es delicioso, y el aspecto de la ciudad ofrece un no sé qué tan alegre, que contrasta en mucho con el de Toluca. Hemos recibido la visita de varios *morelianos*, entre otros, Don Cayetano Rubio, el dueño de San Bartolo.

Fuimos una de estas tardes a la Alameda, que es una ancha calzada muy recta, empedrada con losas muy lisas, sombreadas de hermosos árboles y cerrada con un pasamanos de cantería de poca altura. Allí estaban sentadas unas señoras con las cuales nos juntamos, y había entre ellas una *Poblana* de extremada belleza y enlazada, por casamiento, con la familia Gómez. Cruza la Alameda un hermoso acueducto de sólidos sillares, con gráciles y elegantes arcos. Asistimos al *paseo*, muy amplio y también con mucha sombra, donde vimos algunos carruajes, y la misma noche salimos a pie para gozar de la música de una excelente banda militar, que toca en este sitio de vez en cuando para solaz de sus habitantes. Si la ciudad de México se enorgullece de una sociedad muy reducida, no hay que esperar que en una capital de provincia haya mucho más; por otra parte, esta ciudad tiene la pretensión de dividirse en *cliques*, y hay «gentes principales» y de «segunda clase», y «familias de nuestra misma clase», y así sucesivamente, por lo tanto, como algunas de las señoras son aficionadas a la música, una de las clases organiza un concierto, que tiene como respuesta que el bando contrario dé otro para no ser menos, y como no hay demasiadas personas con talento musical para dos

conciertos, ambas acaban por fracasar. Hay un teatro pequeño y limpio, pero en donde ahora no trabaja ninguna compañía. Algunas de las casas son tan hermosas como cualquiera de las de México; pero ninguna ciudad de este país ha decaído tanto desde la Independencia como Morelia, según los informes que nos han proporcionado personas dignas de crédito.

Tuvimos la visita del Obispo *Señor* Portugal, uno de los sujetos más distinguidos de aquí, mejor dicho de toda la República, hombre de vasta ilustración, amable y bondadoso, y su vida es un modelo de virtud y santidad. Formaba parte del Gabinete cuando Santa Anna era Presidente, y en relación con esta circunstancia nos contaron una anécdota muy divertida, de cuya veracidad no respondo, aunque quien nos la contaba, persona respetable, la cree a pies juntillas. El *Señor* Portugal, que había sido citado en su oportunidad, fue a ver al Presidente para tratarle un asunto de importancia, y apenas empezó la consulta levantóse Santa Anna y abandonó el salón. Se quedó esperando el Ministro, y el Presidente no tenía trazas de regresar. Transcurría el tiempo, y en la larga espera resolvióse, al fin, a preguntar a uno de los ayudantes de guardia cuándo volvería el Presidente. «Es difícil saberlo», dijo el oficial, «porque Su Excelencia ha ido a visitar a *Cola de plata*». «¿Y quién es Cola de plata?», preguntó el Ministro. «Uno de los gallos favoritos de Su Excelencia que fue herido esta mañana en una pelea en la que resultó vencedor, y cuyas heridas está curando el Presidente personalmente». El Ministro presentó su renuncia poco tiempo después.

Acompañados por varios de nuestros amigos, entre ellos uno de los canónigos de la Catedral, visitamos este espléndido edificio el segundo día de nuestra llegada. Su riqueza es todavía maravillosa, no obstante de que durante las guerras civiles la han desposeído de unos treinta y dos mil marcos de plata. Deslumbra el oro y la plata de su altar mayor; la balaustrada que le une con el coro y las columnas que la sostienen, son de plata pura; se cu-

bren de plata los dos púlpitos y sus escaleras, y si todos los ornamentos, que conservan muy pulcros, son numerosos y riquísimos, no parecen ni recargados ni de oropel en su conjunto, por el buen gusto en que disponen de ellos. El coro mismo es de una extraordinaria belleza, lo es también su reja de madera tallada, y una de las puertas es de plata maciza, mientras que otra es un primor de escultura en madera. La enorme pila bautismal es toda de plata, y de plata son las soberbias lámparas. Admiramos, en particular, algunas bellas pinturas, casi en su mayoría de Cabrera, y nos llamó la atención la expresión excelsa de la Virgen: mezcla de amor maternal y de temor ante la divinidad presentida en el Hijo. Se dice que cuatro de estas pinturas fueron enviadas aquí por Felipe II. Son de un tamaño colosal y pintadas de mano maestra; pero víctimas de la incuria o de la falta de aprecio, están colocadas en lugares en donde la luz no las favorece.

Nos enseñaron dos Santos que enviaron de Roma, sobrecargados de joyas falsas, pero muy bien conservados en sus respectivas urnas. Sacaron todos los vasos sagrados y los ornamentos sacerdotales, y el tesoro, para que lo examináramos a nuestro placer. La *custodia* en donde se expone el Santísimo, costó treinta y dos mil pesos, y el más rico de los paramentos, ocho mil. Hay un cordero hecho de una sola perla, con la cabeza y el vellón de plata; la perla es de gran tamaño y valor.

Con trabajo subimos por unas escaleras de caracol al campanario, y se requirió de toda la belleza y vastedad del paisaje que se desplegaba ante nosotros, para compensarnos de nuestra fatigosa ascensión. Las campanas son de cobre, y muy sonoras. El *canónigo* nos iba señalando los diferentes sitios que fueron el escenario de sangrientas batallas durante la guerra de Independencia. La facilidad para obtener bastimentos y la misma naturaleza montañosa de la región, son las causas de que esta provincia se convirtiera en el teatro de la guerra civil. Nos llevó después el *padre* a un gran aposento, una especie de oficina, alrededor de cuyas paredes

penden los retratos de todos los obispos de Michoacán. Uno de ellos tiene un parecido tan asombroso con nuestro amigo *Don* Francisco Tagle, que no nos sorprendió el saber que, en efecto, pertenecía a uno de los miembros de su familia que ocupó alguna vez la sede episcopal de Michoacán, y debajo del retrato estaba el escudo de armas de los Tagle, refiriéndose a alguna legendaria hazaña de sus antepasados. Representan a un caballero matando a una serpiente, y este es su mote: *Tagle que la serpiente mató y con la Princesa casó*.

La misma tarde visitamos a una señora poseedora de la más singular y curiosa colección de obras de cera, y algo más extraordinario todavía, todas ellas hechas con sus propias manos. La reproducción de cada fruta y legumbre está hecha con tal fidelidad, que hace imposible distinguir sus imitaciones de los productos de la naturaleza. Platos con pan, rábanos y pescado; platos con aves, chiles y huevos; canastitas llenas de las más deliciosas frutas; lechugas, frijoles, zanahorias, tomates, etc., todos copiados con la más extraordinaria exactitud. Pero es en sus figuras en donde su talento llega al máximo. Hay unos grupos por los cuales un coleccionista pagaría cualquier precio, si ella se hiciera el ánimo de vender esas obras maestras. Hay una campesina *poblana* que un ranchero lleva en su caballo, volviendo la cabeza para echarle una mirada de la más exquisita coquetería; su vestido es un primor: desde su sombrero de palma, que medio esconde su cara, hasta el lindo y grácil tobillo y su pie diminuto calzado con un breve zapato de raso, el corto y bordado refajo y su *rebozo* echado sobre la espalda; una hermosa india vendiendo pulque y aguardiente en su pequeña tienda, con toda la variedad de bebidas que en sus relucientes botellas son una tentación para los clientes; los grupos y el colorido, perfectos, y todo el arreglo interior de la tienda imitado con la más asombrosa fidelidad. Hay también una representación de algo horrible y de un realismo espantoso: es un cadáver en estado de corrupción que le hace

a uno sentir náuseas al verlo, y es inconcebible que pueda haber quien encuentre placer en ejecutarlo. En fin, apenas existe algo en la naturaleza en que su talento no se haya ejercitado.

Ayer visitamos el *Seminario*, o Colegio, un magnífico edificio muy capaz y que se conserva en muy buen estado. Nos condujo el rector por todo el establecimiento. Posee una pequeña biblioteca con libros escogidos, obras clásicas en español, alemán, francés e inglés, y una segunda biblioteca más grande conteniendo los autores griegos y latinos, obras teológicas, etc.; un gran salón con un gabinete de química y otros aparatos científicos, y una capilla muy reducida en donde se encuentra una bellísima escultura en madera: un *San Pedro*, obra de un joven natural de Valladolid, tan exquisitamente esculpida que no puede uno menos que lamentar que semejante genio se encuentra relegado aquí, sin haber tenido, por lo menos, la oportunidad de estudiar algunos años en Italia, donde, quizá, habría podido llegar a ser un segundo Canova.

Debe uno visitar estas ciudades apartadas y ver estos grandes establecimientos para darse perfecta cuenta de todo cuanto llevaron a cabo los españoles en sus colonias, y también para convencerse de la nostalgia que por los tiempos idos sienten los hombres más distinguidos de la República; de hecho, todos los que alcanzaron edad suficiente para comparar lo que fue con lo que es.

No podría yo, al hablar de las producciones naturales de Valladolid, dejar de mencionar a sus famosas pulgas. Ya nos habían alarmado con las pasmosas historias relacionadas con estos vivaces animales, y nos alegramos de hallarnos en una casa en la que se empeñaron con diligencia en desterrarlas. Pero dicen que en las posadas y en las casas de más o menos, constituyen una verdadera plaga y que se ha dado el caso de que se han llevado un pedazo de estera del suelo, y que cubren las paredes a millones. Nos han dicho que las monjas teman, o tienen, la curiosidad de

uncirlas a unos minúsculos carruajes y las enseñan en estas y otras habilidades.

En la tarde salimos a caballo al encuentro de nuestros amigos de Uruapan, cuya llegada se esperaba ayer. Montaba yo un imponente y hermoso animal perteneciente al arma de caballería, más bien digno de mayores empresas, y que muchos creían que habría de desbocarse, y otros que me tiraría al suelo, lo cual no hizo, pues era un caballo muy noble. No encontramos a nuestros amigos, pues habiendo padecido algún retraso en el camino, llegaron esta tarde. En consecuencia, hemos decidido permanecer aquí hasta mañana por la tarde, para seguir nuestro viaje pasando por San Bartolo.

CARTA LI

San Bartolo.—Misa.—Mercado.—*Rancheros*.—San Andrés.—Locura.—*Rancho*.—Casa de *Don* Carlos Heimbürger.—Escena salvaje.—Canciones alemanas.—Las Millas.—Despedida.—Tempestad.—Arco iris.—El Pilar.—La Gavia.—Toluca.—Noticias.—*Pronunciamiento* del cobre.—Regreso a México.—General Moran.—Funerales.—Nuevo teatro.—Misa del Gallo.—Santa Clara.—Santa Fe.—Prisioneros.—Año Nuevo.

Angangueo, 14.

Después de despedirnos de nuestros hospitalarios amigos de Morelia, salimos por la tarde disfrutando de un delicioso paseo a caballo hasta San Bartolo. Por fortuna, el día siguiente (domingo) era el día de la Virgen de Guadalupe, una de las mayores festividades que se celebran aquí, así es que tuvimos la oportunidad de ver a toda la gente de los diferentes pueblos que llegaba al patio al romper el día, y que pusieron su mercado enfrente de la *hacienda*. Era mucha la diversidad de mercaderías que vendían, y muy pintoresca la indumentaria de los vendedores. De todo había, desde los pastelillos, chiles, atole, nueces molidas, hasta los *rebozos* y los rosarios de cuentas. En cierto lugar del mercado unos fornidos rancheros bebían *pulque* y devoraban bocadillos; compraban, en otro, nueces y plátanos los muchachos después de muchos regateos; mujeres del campo ofrecían a precios cómodos

rebozos negros muy bonitos, y una india trataba de persuadir por todos los medios a una joven campesina para que le comprase un peine cuyo uso, al parecer, ignoraba. Le aseguraba la india que era un objeto que servía para desenredar el cabello, embellecerle y dejarlo reluciente, y queriendo darle fuerza a sus razones, peinábale a la muchacha algunas de sus enmarañadas guedejas.

Antes de almorzar fuimos a misa en la gran capilla de la *hacienda*. Nosotros y la familia asistimos al coro, mientras que la nave de la capilla estaba llena de *rancheros* acompañados de sus esposas. No es posible encontrar en ninguna otra parte una raza tan fina de hombres como estos *rancheros*: altos, fuertes, de buen cuerpo, con sus camisas bordadas, sus bastos *sarapes* y sus pantalones de color azul obscuro, bordados de oro. Después de la misa, volvió a bullir el mercado y los *rebozos* tuvieron mucha salida. Muchos les compraban los hombres para sus mujeres, o *novias*, que se habían quedado en casa; y esto me recuerda el cuento de una pobre india de un pueblo, que deseando que su marido le comprase unas enaguas en México, a donde iba a vender sus legumbres, le encareció que fueran de «color del cielo», que al amanecer, hora en que salía su marido, era de un rojo flameante. Regresó el indio en la noche, trayendo, ante su esposa indignada, unas enaguas gris obscuro, que eran del color que tenía el cielo al momento en que hizo el marido la compra.

Por la tarde paseamos a caballo a través de los campos, mientras los sirvientes y el joven amo de la casa se divertían al mismo tiempo haciendo correr a los toros y *coleándolos*. Tienen un toro enano, feo, de un amarillo sucio, que dicen está amansado, y en el que montan los mozos con toda confianza. Me persuadieron que probara esta manera tan novedosa de montar; un hombre sujetaba la cabeza del animal con una cuerda, pero me parecieron tan alarmantes e incómodos los derrotes del toro que muy pronto me dejé deslizar al suelo. Hicimos alto en una casa en donde sus dueños han amasado un pequeño capital con el producto de

sus numerosas colmenas, y nos paseamos a lo largo de las orillas de un río cuyas transparentes aguas serpentean entre verdes y hermosas arboledas.

A las seis de la mañana del día siguiente, ya estábamos de nuevo a caballo y nos despedimos de San Bartolo. Pasando antes por Indaparapeo, pueblo de cierta importancia, de tejados inclinados de tejamanil, llegamos cerca de las diez a Queréndaro. Almorzamos con el *Señor* Pimentel, y seguimos nuestra jornada en dirección a San Andrés, donde debíamos pasar la noche. Uno de nuestros caballos se había dejado caer, en ocasiones, en medio del camino, temblando y relinchando de dolor y, aparentemente moribundo, pero dos veces se recuperó de estos accesos. Mas este día, al detenernos en un arroyo para dar de beber a nuestras monturas, el desgraciado animal cayó de nuevo. Después de volver a montar, uno de los criados nos alcanzó a galope más adelante, para decirnos que el caballo, al fin, se había muerto. Cuál no sería nuestro asombro verle al poco rato en el camino y a trote largo, para juntarse con nosotros y, por lo visto, restablecido de sus achaques.

Pasamos la noche en San Andrés, en una *venta*, miserable pero limpia, compuesta de tres cuartos vacíos, una taberna y una cocina. Nuestra escolta durmió en los portales, envuelta en sus *sarapes*. Armaron nuestras camas en los cuartos abandonados, y nos dieron a cenar unos pollos y *tortillas*. Despertó nuestro interés el aire melancólico de una pobre mujer que sola, sentada en el portal estaba, sin que nadie advirtiera su presencia ni ella hiciera caso de nadie. Le hablamos y nos dimos cuenta que era una loca, que iba de pueblo en pueblo y que vivía de caridad. Parecía dulce e inofensiva; pero era la vera efigie de la miseria y se encontraba sola en el mundo, pues había perdido a toda su familia. Pero «Dios sabe templar el viento al cordero sin vellón». La vimos de nuevo en la mañana, antes de que partiéramos, cuando le daban alguna cosa de desayuno en la cocina. Nos pareció que las gentes

de la *venta* eran muy bondadosas con ella. Aquellos que moran en cómodas casas, rodeados de amigos, y todavía se quejan de su suerte, harían bien en compararla con la de esa infeliz.

Salimos esta mañana de San Andrés, y a pesar de que me tocó un caballo de trote muy brusco, el paseo no pudo ser más agradable. No sería posible concebir un paisaje más hermoso que el que gozamos el día de hoy. La conformación de algunos de los cerros es muy singular; cada uno de estos grandes cerros parecen estar compuestos de una variedad de ellos de menor tamaño y en forma piramidal. Pasamos por Tajimaroa sin detenernos, y almorzamos en un *rancho*, en donde todos los miembros de la familia se distinguían por su hermosura. El ranchero era el modelo del hombre del campo, guapo, hospitalario y bien educado; consciente de su condición y, sin embargo, sin el menor asomo de servilismo. La *rancherita*, atareada en la cocina, era tan hermosa, que nos valíamos de todos los arbitrios para poder ir a verla.

Cerca de las cuatro cruzamos otra vez las lomas y bajamos a las llanuras por las cuales habíamos dejado antes a Angangueo, atravesando un río que, por rojo, asemejaba sangre, como si en sus orillas hubiesen entablado un fiero combate y que sus víctimas se las hubiera llevado la corriente. Debe su color, no al acero bélico, sino al pacífico cobre, aunque no lo es en sus efectos, ya que, sea dicho de paso, el país entero, poco más o menos, se encuentra agitado por el asunto de la moneda de cobre.

Debéis saber que hace pocos años una ley redujo a su mitad el valor del cobre, y si lo inesperado de la medida causó grandes pérdidas a todos, para los pobres fue un desastre. El valor intrínseco del cobre, sin embargo, es tan insignificante en relación a su valor monetario, que siempre ha sido un negocio muy proficuo el falsificar las monedas de cobre, y son tantas las gentes sin principios que se han dedicado a monederos falsos, que ya casi constituye un ramo de la industria ejercido sin tapujos en toda la República. Cuando Santa Anna fue Presidente provisional, mandó

que la moneda de cobre, que ya se cotizaba al seis u ocho por ciento por debajo de la par, se llevase al banco, prometiendo de pagar los depósitos en moneda de un valor real. Naturalmente, esto causó una depredación todavía mayor; la moneda bajó hasta el setenta por ciento, produciéndose gran descontento aun mayor porque el público tenía poca fe en sus promesas, y, de hecho, el pago no pudo hacerse a su debido tiempo, pues no se contaba con suficientes máquinas para acuñar, y como los nuevos centavos en circulación, que era muy escasa, se decía que no contenían su valor real, el desastre llegó, como nunca, al colmo. Los comerciantes rehusaban recibir cobre y no había plata ni moneda menuda. Mientras tanto, en muchas de las grandes haciendas los dueños han dado vales a los trabajadores, con los que han podido comprar en las tiendas que tienen dichas fincas.

La cuantía de cobre en circulación no se puede calcular, porque casi toda es falsificada. Se supone, empero, que por lo menos es de ocho o nueve millones. Ya podéis imaginar fácilmente las fortunas que se estarán haciendo (aseguran que ya se han hecho) por los que pertenecen al partido en el poder, que compran al sesenta por ciento lo que les pagarán, gracias al favor del Gobierno, al ciento por ciento.

Transpusimos las colinas que conducen a la casa de *Don* Carlos Heimbürger, y de nuevo fuimos recibidos con la misma hospitalidad, tanto por él como por sus amigos alemanes. Nada puede causar un efecto más bello que la vista que se disfruta desde los portales de esta casa a la luz incierta de la tarde, dominándose el fondo del valle. El portal tiene una verdadera cortina de verdes enredaderas que producen la ilusión de un telón de teatro corrido a medias. A espaldas de la casa se levanta una fosca y ceñuda colina en forma de pirámide. Enfrente se abre la profundidad de un barranco que salpican las chozas de los trabajadores, y en tanto que la luna lanza sus estremecidos rayos sobre el paisaje, el azul lívido de los hornos ilumina el valle. Hay algo salvaje y dia-

bólico en la escena; y mientras aúlla el viento en torno con desgarrado fragor, parece como si contempláramos nefarios y mágicos conjuros, y después, cuán agradable es volver a la acogedora comodidad y al alegre fuego que nos brindan estos cuartos tan sencillos, pero donde nos sentimos como en casa. Esperamos pasar aquí el día de mañana para salir al día siguiente a Toluca, desde donde he de proseguir esta carta.

Toluca, 19.

Al día siguiente visitamos las labores que son iguales a las de otras partes exceptuando que aquí no usan el azogue para separar la plata del plomo, sino que practican el proceso de oxidación por medio del horno de reverberación. La gente se ve con cara de poca salud, pues la mayor parte trabaja en lo mismo y el aire está cargado de partículas de metal. Al terminar nuestra visita a los molinos y a los separos en los cuales se lleva a cabo el proceso de la oxidación, y admirar las opulencias metálicas de estas montañas, abandonamos aquella ardiente e inficionada atmósfera y subimos a los montes cubiertos de una vigorosa vegetación, en la que se levanta con nobleza el árbol y se viste de flores el arbusto, y seguimos nuestra caminata hasta llegar a una hermosa caída de agua que se precipita desde gran altura sobre las gigantescas rocas.

Es este un escenario bronco y salvaje. Las rocas se cubren de arriscados árboles: el pino, el cedro, el encino y el floreciente laurel. El río, después de atrojarse al aire y formar la cascada, corre enfurecido entre las boscosas colinas hasta llegar a las llanuras donde resbala mansamente. Transcurrió el día muy placentero, vagando entre las montañas, y regresamos para sentarnos en los portales en vigilante observación de la luna hasta que su anchu-

roso disco se dejó ver sobre el valle, y al tiempo que se volvieron más enconadas las luces azules de los hornos, se hizo más pálida su suave luz de plata.

Todos los alemanes son músicos, y los caballeros de esta casa confirman la reputación nacional. Después de cenar, y mientras ardía un fuego crepitante, cerradas puertas y ventanas y al abrigo del cierzo que silbaba en las colinas, irrumpieron para cantar en coro algunos de los más hermosos aires nacionales, en particular el *Himno del Rhin*, y nos parecía una mera ilusión el que estuviéramos en estas montaraces tierras de veneros sólo habitadas por unos pobres indios; y nos sentíamos transportados a millares de leguas de distancia, a través del Atlántico, y aun a las mismas tierras donde

> «La almenada roca de Drachenfels
> domina majestuosamente los anchos recodos del Rhin».

También nos divertimos viendo el Álbum de *Madame…'s*, y si a estos volúmenes incoloros (propiedad de las señoritas en donde los jóvenes les escriben cosas lindas), se les da el nombre de Álbumes, es preciso buscar otro nombre para un libro en el cual los más distinguidos artistas de Alemania han dejado pruebas de su talento y en donde no hay una página que no contenga algo notable y original. Nada me gustó tanto como la caprichosa ilustración de la hermosa leyenda de *Lorelei*, que nos leyó *Madame* B…'s, con gran sentimiento. Pero los intrépidos viajeros ecuestres comenzaron a sentirse demasiado cómodos, y se dieron cuenta que de prolongar su estancia en estos lugares ya no podrían soportar lo duro de los poyos, dormir en los graneros ni hacerle buena cara a los demás gajes de la vida vagabunda, y que hasta ahora sólo les habían causado risa… Huyendo de las delicias de nuestra Capua salimos el dieciséis para El Pilar.

Don Carlos Heimbürger, M. y *Madame* B…'s, etc., nos acompañaron durante siete leguas, todas al través de bosques. Otro paseo más a caballo que resultó muy agradable; el día estuvo fresco y nublado y nunca dejaron de darnos sombra los nobles árboles del bosque, Pero no habíamos llegado a Las Millas, cuando el cielo se cubrió de nubes negras y amenazantes y, por último, se deshicieron en lluvia. Nos lanzamos a todo galope, pues, además, el día estaba frío, y en la tarde arribamos a las Millas. Aquí almorzamos en el *pórtico*, que preferimos al interior de la choza; nos dieron una pródiga ración de *tortillas* y no gran cosa más, seguido de unos *tejocotes* hervidos, fruta que aquí se da en gran abundancia, y que parece una pequeña manzana. También había aquí dos muchachas indias de una belleza admirable, *dans leur genre*, horneando *tortillas*. Nos vimos precisados en este lugar a despedirnos de nuestros amables amigos alemanes y a cabalgar a través de las llanadas. Pero apenas habíamos andado la mitad del camino, cuando las nubes se volcaron en torrentes de agua y arrojaron su furia sobre nuestras respetables cabezas, de tal manera que al cabo de cinco minutos estábamos todos empapados como si hubiéramos caído en un río. Nos amparamos por corto rato bajo un solitario y frondoso árbol, pero la tormenta aumentaba en violencia y nos pareció más prudente seguir adelante a galope para llegar a El Pilar antes de que se hiciera obscuro. De repente, el más hermoso arco iris que jamás he visto se puso a sonreír entre las nubes cargadas de agua. Formaba en los cielos un arco completo y bien definido con los colores más brillantes, y se reflejaban con otro en la llanura uniéndose y mezclando sus desmayados matices con la luz del arco celestial.

Llegamos a El Pilar rendidos y mojados, con mucha necesidad del hospitalario recibimiento que nos dispensó su dueña.

A la mañana siguiente salimos temprano para La Gavia, no sin cierta tristeza, pensando en que nuestro viaje llegaba a su término. Nos habíamos adelantado varios de nosotros cuando nos

encontramos de pronto rodeados por varios hombres a caballo, bien armados y de caras sospechosas, que con el pretexto de hacernos algunas preguntas se nos acercaron demasiado, y luego se pararon y miraban alrededor desde sus caballos; mas no había peligro, pues nuestra escolta venía a corta distancia, y cuando observaron que se aproximaba dejaron de prestarnos atención. *Don* Xavier Echeverría había regresado a México, pero nos recibió muy cordialmente su cuñado Don Manuel Gorospe, y nos instó con tanta amabilidad que nos quedásemos por algunos días, que si no hubiera sido por lo limitado de nuestro tiempo hubiéramos salido hasta la mañana siguiente para Toluca, adonde llegamos anoche después de rendir nuestra jornada por diferente y más agradable camino que el de las «trescientas *barrancas*». Entramos a Toluca a la luz de la luna y encontramos a esa respetable ciudad muy agitada a propósito del cobre y con un aspecto bien diferente de aquel aire tranquilo, reposado y conventual que la distinguía hace apenas un mes. Ayer, el coronel Yniestra, que nos acompañó durante todo ese viaje, nos dejó para regresar a Michoacán, después de volvernos sanos y salvos al punto de nuestra partida.

Estamos pasando un día muy aburrido, a pesar de que esta posada es más decente y la línea de Diligencias a la cual pertenece sea mucho mejor. Nos ayudaron a matar el tiempo varias visitas, entre otras, la del comandante y la de un ayudante del general Valencia. Por primera vez desde nuestra salida hemos tenido noticias de México. Santa Anna, *dit-on*, es ahora Dictador o Rey, la diferencia está sólo en el nombre, y la pompa de que hace ostentación es mayor que la de un soberano, aunque trata, mostrándose afable, de hacerse popular. Pero, sobre todo, ha proclamado su determinación de no apoderarse de ni un palmo de los bienes de la Iglesia, cuya confiscación era la idea favorita de Paredes y de los *progresistas*. Esta resolución no ha sido dada a conocer por medio de la imprenta, probablemente con el objeto de no disgustar

a dicho partido; mas en sus declaraciones personales al Arzobispo y a los *padres* de la Profesa y en una carta al obispo de Puebla, ha manifestado que no sólo permanecerán sus bienes incólumes, sino que si llegase a abandonar el poder, desenvainaría su espada para defenderlos, pues para bien o para mal, hay que reconocer que es un católico sincero. Esto ha servido mucho para restablecer su buena reputación con el clero, y se dice que en cada convento de México, los frailes y las monjas están en estos momentos abrumando al cielo con plegarias a su intención. En una palabra, los conquistadores y los conquistados, los que están por el Progreso y los que están por la Dictadura, todos ellos, fuera de unas pocas y nobles excepciones, obran impulsados por un solo motivo: el interés personal.

Al Conde de la Cortina lo han vuelto a nombrar comandante del Batallón del Comercio, que ha sido restablecido, después de haberse pasado a los federalistas en la última revolución. Parece que el plan favorito del Presidente es contar con treinta mil hombres sobre las armas, y hay pocas dudas de que ha de conseguirlo. Han nombrado dieciséis nuevos generales, y el general Tornel ha ascendido a General de División. La Señora Valencia ha dado un baile en el que tanto ella como las otras señoras se presentaron con tal atuendo que se diría estaban ensayando en los salones de una corte. Me dijeron, de buena fuente, que el regalo que le envió Santa Anna a la esposa del comandante en jefe, el día de su santo, consistía en una caja con tres bandas de general, con la súplica de que ella misma las impusiera a los que considerase más merecedores del grado, y que la señora colocó ella misma las bandas a sus favoritos y armados caballeros en su propio *boudoir*. Y es así como el valor fue recompensado por las manos de la belleza y

> «De ese modo merecen ser coronados
> los que con las armas triunfaron».

Mientras tanto, el dueño de la posada se presenta con aspecto turbado y triste, exponiéndonos sus dudas en cuanto si le será posible damos de comer el día de hoy, porque nadie quiere vender nada ni por cobre ni por plata, y además, espera, con amargura, el *pronunciamiento* del cobre para mañana, y nos informa, por vía de aumento, que todas las tiendas están cerradas.

Puesto que no pudimos comer optamos por ir a dar un paseo, y me pareció que los *Tolucanos* presentan un fiero y agitado continente. Tratamos de ir a misa esta mañana, pero una multitud de *léperos* llenaba no sólo el interior del templo, sino todo el atrio y las calles contiguas, de manera que ni siquiera pudimos acercarnos a las puertas de la iglesia. Desgraciadamente no podemos conseguir una Diligencia hasta el 21.

Por fin nos han traído, no diría yo la cena, pero sí algo que comer.

20. Esta mañana, el mido de los cohetes y el batir de los tambores, la gritería y la confusión que se percibía fuera, anunciaron que las chusmas de Toluca se habían echado a la calle. Salí al balcón y por poco me saludan con

«Un cohete en mi ojo».

El *alcalde* dio órdenes a los comerciantes para que recibieran el cobre en pago de sus mercancías, pero muchos de ellos han declarado que sólo recibirán plata. El populacho se congregó frente a la puerta de la casa del *alcalde* lanzando gritos de «¡Viva la plata!». «¡Muera el cobre!», increpando a tan útiles metales como si fueran dos generales.

Los comerciantes han hecho circular una hoja en la que manifiestan que durante tres días, únicamente, venderán sus mercancías (por cobre con grandes ventajas para ellos, naturalmente). Los indios y las clases pobres están ahora llenando las tiendas para hacer sus compras, y les dan por su cobre la mitad de su valor. Si Santa Anna cumple su palabra, el «patriotismo» de los comerciantes deberá ser recompensado.

Calderón acaba de recibir la visita de uno de ellos, que desea justificar en México su manera de proceder.

México, 22.

Con qué alegría subimos a la Diligencia ayer por la mañana temprano. Nos acompañó el comandante de Toluca y emprendimos de nuevo el camino hacia México. Aun cuando Toluca es una hermosa ciudad, con calles limpias, anchas y aireadas y con buen empedrado, y pintoresca su situación, prevalece en ella la sensación de tristeza y abandono y de estancamiento, y esto influye sobre el ánimo, y en cuanto a las muestras que hemos visto de sus clases inferiores, no tienen, que digamos, ningún atractivo. La jornada fue más bien agradable, pues hacía fresco y la Diligencia era sólo para nosotros. Otra vez almorzamos en Cuajimalpa, y le dijimos adiós al interesante *itzcuintepotztli*, que todavía permanece colgado de su garfio, y de nuevo subimos a la eminencia desde donde la vista de México se manifiesta de súbito y, después de una breve ausencia, con todos los encantos de la novedad. Antes de llegar a Tacubaya salió a nuestro encuentro un carruaje con el *Señor* Adalid y su señora, quienes insistieron en que dejáramos la Diligencia y nos llevaron a su casa, donde ahora estamos. El dos de enero esperamos salir por última vez de la «gran ciudad del lago».

28 Diciembre. ¡Bien podemos doblar otra vez por un año caduco! ¡Otra Navidad que se nos fue! Mas en estos últimos días ha sido en vano que intentara ponerle punto final a esta carta, agobiados por los arreglos para nuestro viaje, en recibir y devolver visitas, la asistencia a la ópera, y viendo o volviendo a ver todo aquello que no habíamos visto o deseábamos ver de nuevo. Las gentes parecen determinadas a que las echemos de menos, y nos colman de bondades y atenciones que nos lisonjean ahora que no pueden originarse en ningún motivo interesado, sino al puro afecto personal. Tenemos razón de creerlas firmes y sinceras en su amistad.

Ha muerto el general Morán, llorado universalmente. Se le embalsamó según el sistema de Ganal, y sus funerales se celebraron con magnífica y no vista pompa; marchó la tropa, seguían a pie los ministros extranjeros y todo el Gabinete, los primeros de gran uniforme, y una interminable hilera de coches ocupaba toda la *calle* de San Francisco, desde la iglesia hasta la plaza. El cuerpo, vestido con el uniforme de Capitán General, fue llevado en un fastuoso ataúd, y le embalsamaron tan hábilmente que no parecía muerto, ni siquiera dormido, sino echado en actitud de reposar. Lo costoso de esta operación es probable que estorbe el que se convierta en muy común, y ciertamente son pocos los casos en que conviene realizarla. Una «dinastía real» embalsamada sería un curioso espectáculo. Seguirle el rastro a un linaje real por las facciones, desde Carlomagno hasta Carlos X, desde Alfredo hasta Guillermo IV, seria un estudio insólito. María de Escocia e Isabel, yacentes en el reposo de la muerte, pero viéndolas tal cual eran cuando vivían y odiaban siglos atrás, serían sin duda alguna, notables vestigios de la antigüedad. Un Hernán Cortés, un Washington, un Colón, un Napoleón, hombres cuya memoria, sea para el bien o para el mal, ha de sobrevivir a través del

tiempo y de lo mudable, ¡qué extraordinario y portentoso sería si pudiera uno contemplar sus rostros como estaban en vida! Pero debemos confiar que este método, que con éxito lucha con la tierra por lo que ella reclama como suyo, no ha de progresar, pues de no ser así, al cabo de algunos siglos la población embalsamada apenas dejaría espacio a los vivos; y tampoco es una idea muy agradable la perspectiva de que en el curso de las centurias pueda uno convertirse en adorno del gabinete de un anticuario, o que le conserven entre las curiosidades de un museo. Yo podría disecar pájaros y animales, y guardarles en vitrinas, pero no los restos de un hombre famoso. «Tome el polvo al polvo», y aparten los ojos de la fe su mirada de los despojos mortales para fijarla en el alma que ha vuelto al Dios que se la dio.

La *función* de las honras celebradas a la memoria del General alcanzaron el lucimiento que puede prestar a una ceremonia el boato militar y eclesiástico. Cerca del altar se levantaba un grandioso catafalco cubierto con terciopelo negro e iluminado por hachas de cera. La música era solemne e impresionante. Por órdenes de Santa Anna se le han tributado todos los honores. Con excepción del *corps diplomatique* y de los militares, todo el mundo dentro de la iglesia iba de luto riguroso…

Una de las mayores dificultades con que aquí debemos enfrentarnos para el arreglo de nuestros asuntos consiste en que es del todo imposible persuadir a ningún artesano de que debe cumplir su palabra. Fijan el día, la hora, el minuto en que han de estar con vosotros, o en que han de mandar tales o cuales mercancías. Si dudáis de su puntualidad se ofenden, y es lo más probable que no volváis a saber de ellos ni tampoco de lo que os tenían que entregar. Si no observan la puntualidad para con ellos mismos, mucho menos habrán de observarla para con vosotros; y aun cuando hemos tenido repetidas pruebas de su desidia, nos fastidian particularmente ahora cuando son tan pocos los días que faltan para nuestra salida. Mientras vivimos en México poco tu-

vimos que ver con tiendas y tenderos, pues encontramos mucho más conveniente encargar todo lo concerniente a nuestra ropa a París, y aun a los Estados Unidos. Ahora, aun cuando todo debería estar, en comparación, más caro, los «malos tiempos» han causado una gran reducción en los precios, y a pesar de que muchos artículos son caros, lo serían mucho más si no fuese por la gran cantidad de ellos que se introducen de contrabando. Es asombroso el número de tenderos franceses, sastres, sombrereros, zapatero, boticarios, etcétera, pero especialmente modistas y peluqueros franceses. Los precios de las primeras son exorbitantes, los servicios de los últimos son requeridos de preferencia por los caballeros. También hay muchas tiendas españolas, algunas alemanas y unas pocas inglesas; pero creo que predominan las francesas.

Hace poco tiempo fuimos a ver el *Monte Pío*, que está bajo la dirección del *Señor* Tagle. Cuán melancólica es la vista de esa profusión de hermosos diamantes y perlas que se encuentran guardados en sus grandes salones. Después que ha pasado cierto tiempo sin redimirles, se venden los objetos empeñados; el oro y la plata, por peso, cualquiera que sea su forma, y las joyas por su valor intrínseco. Se efectúa una venta cada semana. Nos enseñaron las joyas de la Virgen de los Remedios, que son soberbias.

Hay un pequeño teatro que abrieron últimamente, llamado Teatro de Nuevo México, en donde trabaja una compañía española, la misma que vimos hace dos años en Veracruz. Están llevándose algunos actores del Teatro Principal. Parece que se propusieron hacer reír a la gente y lo consiguieron. La noche de Navidad fuimos allí a ver al *gracioso* que, vestido de mujer, ejecuta el *Trípili*, un baile español que se acompaña con unas tonadillas. En la letra se hacían alusiones al «cobre», que fueron recibidas con grandes aplausos. En acabando el *Trípili*, un caballero del patio, no sé si mexicano o español, se levantó, y moviendo la mano como una persona que pide que le dejen hablar, requirió la aten-

ción del público y nos favoreció con algunos versos de su propia cosecha; le hicieron una reverencia los actores y el público le aplaudió. ¡Curioso rasgo de filantropía de parte de un poeta!

A la medianoche fuimos a la iglesia de Santa Clara para asistir a lo que llaman la *Misa de Gallo*, que no es pública, pues sólo se admiten personas respetables que tienen acceso al templo por una puerta falsa, ya que todas las misas de medianoche en México se celebran a puertas cerradas, en consideración al temor que inspiran las reuniones nocturnas. Como la iglesia de Santa Clara está unida al convento del mismo nombre, nos quedamos después de oír misa a ver a las monjas de hábitos blancos recibir la comunión de manos del sacerdote a través de una pequeña puerta lateral del convento que da a la iglesia. La iglesia estaba iluminada, pero detrás de la reja del convento reinaba la obscuridad y sólo podíamos distinguir la silueta de sus figuras arrodilladas, cubiertas por sus hábitos blancos y velos negros. No creo que hubiera más allá de una docena de personas en la iglesia, a más de nosotros.

Los prisioneros tejanos capturados en la expedición de Santa Fe han motivado una gran expectación últimamente. Acaba de llegar el primer grupo, después de una marcha de cerca de mil millas, y están ahora concentrados en el convento de Santiago, a unas dos millas del centro de la ciudad. Como se ha dicho que padecían mucha necesidad, y de que los despojaron de sus sombreros, zapatos y chaquetas, algunas familias mexicanas, entre ellas la de *Don* Francisco Tagle, haciendo a un lado enemistades políticas, abrieron una colecta para enviarles unas mudas de ropa y otros artículos de primera necesidad que les llevaron en persona. Me invitaron para que les acompañara a Santiago y me fui con ellos; encontramos a los voluntarios en el patio y a los oficiales en el gran vestíbulo del convento. Han recibido, hasta estos momentos, el trato que suele dárseles a los prisioneros de guerra; pero dicen que las intenciones de Santa Anna es de po-

nerles cadenas y mandarles a barrer las calles junto con los infelices presos de la Acordada. Me presentaron al coronel Cooke, quien parece tomar a broma la situación y como uno de tantos reveses de la fortuna en la guerra. Evidentemente no sospecha la suerte que le aguarda, más bien se diría que se está divirtiendo observando los hábitos de los frailes que ahora ha visto por primera vez. En general, no parecen los mexicanos concebir contra ellos sentimientos de venganza, todo lo contrario, se sienten inclinados a su favor con una mezcla de curiosidad para verles. El resto de la gente se muestra mucho más impaciente y desanimada que los oficiales. Es probable que ya no sepamos nada más acerca de la suerte de estos hombres antes de que salgamos de México.

Temamos la intención de visitar por última vez el Museo antes de nuestra salida, y *Don* José María Bustamante, un profesor de botánica y amigo nuestro, considerado como un sujeto de gran ilustración, estaba listo para recibirnos, pero a última hora no pudimos hacerlo. Debo, sin embargo, disponer del tiempo necesario para contestar vuestra pregunta referente a la población. Se supone que la República Mexicana contiene más de siete millones de habitantes, de los cuales doscientos mil corresponden a la capital. No es posible fijar exactamente el número, pues hace ya mucho tiempo que no se lleva a cabo un censo general, labor en que está empeñada una comisión presidida por el Conde de la Cortina y que pronto ha de publicar sus resultados. Todas las demás preguntas serán contestadas de *vive voix*.

Debo ahora concluir mi última carta desde este sitio, pues nos encontramos rodeados de visitantes día y noche y, a decir la verdad, lo único que puede compensar la no fingida tristeza que sentimos al separarnos de nuestros amigos de México, es el saber que si nos vamos es para reunirnos con nuestra familia. Mi próxima carta será fechada, lo más probable, en Veracruz.

CARTA LII

Último día en México.—Teatro.—Santa Anna.—El Ministro de Francia.—Partida.—La Diligencia.—Última mirada a México.—Cansancio.—Ladrones.—Escolta.—Segunda impresión.—Baños en Jalapa.—Veracruz.—Algunas noticias sobre San Juan de Ulúa.—Sitio de 1825.—Sitio de 1838.—General Bustamante.—Teatro.—Vientos del Norte.

Veracruz, 6 de enero de 1842.

Terminados nuestros arreglos para salir de México el 2 de enero, y como la Diligencia había de partir mucho antes de romper el día, decidimos no probar el descanso esa noche. Fuimos temprano a despedirnos de la Marquesa Viuda de Vivanco, recluida en su casa por sus dolencias, y cuyas bondades para nosotros han sido constantes desde que llegamos. Es muy triste despedirse de una persona de su edad, y de salud tan delicada, que hace imposible casi que nos volvamos a ver. Algunos días antes también nos despedimos de una de nuestras más antiguas amistades, la Condesa de la Cortina. El último día, además de los españoles que han sido nuestros invariables amigos y visitantes desde el primer día de nuestra llegada, tuvimos melancólicas visitas de despedida del *Señor* Gómez Pedraza y su esposa, de las familias Echevarría, Fagoaga, Cortina, Escandón, Casaflores y muchos

cuyos nombres os son desconocidos. Vino, entre otras personas, la Güera Rodríguez.

Cerca de las ocho, acompañados hasta la misma portezuela del coche por una numerosa concurrencia de señoras que se quedaron basta el último instante, entre ellas estaban Paulina Cortina y Luz Escandón, pusimos punto final a todas estas tristes despedidas, y con los Adalid y el Ministro de Francia nos fuimos al Teatro de Nuevo México. Me imagino vuestra sorpresa ante semejante *Finale*; pero era el único medio de poner término a escenas dolorosas, y defenderse del tedio en las horas que faltaban antes de que partiera la Diligencia, pues era inútil pensar en descansar o dormir aquella noche. El teatro estaba lleno a reventar; daban una pieza muy divertida de *diablerie*, llamada «La Pata de Cabra», muy mal puesta, claro está, pues sus efectos dependen de la escenografía y de la tramoya. Me supongo que ha de ser muy entretenida, mas no puedo decir que tuviéramos el ánimo dispuesto para compenetrarnos de su trama. Se encontraba en el teatro la familia del general Valencia, y como ese día había ofrecido Santa Anna una gran comida diplomática, llegaron más tarde varios oficiales y diplomáticos con uniforme de gala. Uno de los que asistió me dijo que durante toda la comida permanecieron seis coroneles detrás de la silla de Su Excelencia. Me extrañaría que un oficial francés quisiera hacer lo mismo por Luis Felipe. ¡*Vogue la galère*! Del teatro, que terminó cerca de la una, nos fuimos a la casa del Ministro de Francia en donde pasamos una media hora muy triste, y regresamos luego a la casa con un espléndido *brioche* de generosas proporciones que *Madame la Baronne* de Ciprey nos había bondadosamente preparado para nuestro viaje.

En llegando a la casa de los Adalid nos sentamos a cenar, y nunca hubo cena más melancólica que ésta en que por última vez nos sentábamos alrededor de la hospitalaria mesa de estos amigos mexicanos que fueron los primeros y que lo han seguido siendo hasta el final. Fue un gran alivio que todo concluyera, de que nos

hubiéramos despedido, de que el *Señor* Adalid, junto con otros caballeros, nos acompañaran hasta la posada, y encontrarnos ya instalados en la Diligencia, tristes, somnolientos y temblando de frío en la obscura madrugada. Todo México dormía cuando salimos camino de la garita. Aun las casas parecían vencidas por el sueño. ¡Y así terminó nuestro último día mexicano el Día de Año Nuevo!

Al encumbrar la altura desde donde se disfruta de la última vista del Valle, ya el primer albor anunciaba el día sobre la ciudad lejana; la niebla aun ceñía las blancas cúspides de los volcanes y se velaba el lago con unas rasantes nubes de vapor que se iban elevando lentamente de la superficie. ¡Y así contemplamos por vez postrera a la ciudad de México!

En el itinerario que sigue la Diligencia han introducido una novedad por demás molesta y que consiste en viajar día y noche una vez se ha dejado Puebla, de tal modo que habiendo salido de México a las cuatro de la mañana del 2 de enero llega a Veracruz el 5 en la mañana temprano, ahorrándose unas cuantas horas, pero casi matando a los viajeros. El Gobierno nos facilitó escoltas para toda la jornada, más necesarias ahora que nunca. Eran las cinco de la tarde cuando llegamos a Puebla, y volvimos a emprender la marcha a la madrugada del día siguiente.

Apenas habíamos dejado atrás la garita, y nuestra escolta, que se adelantó, estaba escondida por algún accidente del terreno, cuando a la luz incierta de la mañana distinguimos como media docena de hombres a caballo que cautelosamente se acercaban a través de los campos. Quien primero se dio cuenta de su proximidad fue una señora española que venía con nosotros y que viajaba con hilos de perlas y valiosos diamantes que ocultaba entre sus ropas, lo cual explica que se le aguzara la vista en esta ocasión: «*¡Ladrones!*», dijo ella, «*¡Ladrones!*», repetimos nosotros con diversidad de entonaciones. Espolearon ellos sus monturas, llegaron muy cerca de la Diligencia y nos reconocieron. Tenía yo

demasiado sueño para poderme asustar, y a mi vez les examiné con sólo un ojo abierto. Fustigó el cochero a los caballos, se presentó la escolta y aquellos caballeros se lanzaron de nuevo campo a través. Todo aconteció en uno o dos minutos. Los soldados de la escolta venían al trote atrás de la Diligencia, y el capitán, a galope, se puso al lado de la ventanilla, dándose ínfulas por haber «asustado a los ladrones».

Comenzaba a oscurecer al llegar a Perote; cenamos y a las once arrancó de nuevo la Diligencia. Pasamos una noche horrible, y nos sentimos felices en alboreando el día, divisar los bellos alrededores de Jalapa. Es curioso que en esta segunda vez, al regresar por el mismo camino, las casas parecen más hermosas que antes y menos bella la naturaleza. Infiero que se debe, sencillamente, a que los ojos ya se han acostumbrado, tanto con las obras de la naturaleza como con las de los hombres que caracterizan a este país. La costumbre nos ha reconciliado con estas casas que al principio parecían tristes, demasiado grandes e incómodas, y la experiencia nos ha enseñado que se adaptan precisamente a este clima de eterna primavera. Ya no es para nosotros motivo de asombro y de admiración un paisaje con flores todo el año y que nunca pierde su verdor, como cuando llegamos procedentes de un país en donde, en la misma estación, los campos están cubiertos de nieve. Además, en nuestro último viaje a través de Michoacán, hemos visto escenas más sorprendentes y hermosas que éstas. Después, la indumentaria misma, que al principio parecía tan romántica, la alta silla al estilo moro, la manga bordada de oro, el sombrero ancho que ensombrece más el acobrado rostro del hombre, el llamativo refajo y los colores del rebozo, y el largo cabello negro de las mujeres, aunque todavía pintorescos, ya no tienen el encanto de la novedad, y ya no llaman, por lo tanto, nuestra atención. También es verdad que este invierno ha sido excepcional en México, por lo riguroso, y algunas ligeras heladas han marchitado las flores de este jardín natural; y si a esto

agregamos el cansancio, una noche en claro, el zarandeo, el que sólo íbamos a disponer de una o dos horas de parada, y que aun nos quedaban por delante un día y una noche de purgatorio…

Sin embargo, cuando recorríamos los sombreados callejones entre los obscuros *chirimoyos*, los plátanos de verdes hojas y toda la variedad de árboles hermosos, entrelazados por las graciosas enredaderas, no tuvimos más remedio que confesar que es bien poco el poder del invierno en estas fértiles tierras y que, a pesar de la costumbre que todo lo nivela, un paisaje semejante nunca puede verse con indiferencia.

Ya en Jalapa, nos dimos el lujo de tomar un baño, y tuvimos que atravesar casi toda la ciudad para llegar al establecimiento de los baños públicos desde donde se goza una vista tan hermosa del bosque, del río y de la montaña, que no sabría encarecer de la manera que la vi. Los baños son propiedad de una señora que tiene una fábrica de algodón y una buena casa en la ciudad, ¡y cuán afortunada es en poseer suficientes bienes terrenales, pues nos dicen que es madre de veinte hijos! Ella misma no aparentaba arriba de treinta años. Fuimos después a desayunarnos y al rato abandonamos Jalapa.

No quiero cansaros con una segunda descripción de la misma jornada; de Plan del Río con su limpia corriente y la pequeña posada; de Puente del Rey con el majestuoso puente echado sobre el profundo precipicio, por cuyo fondo corre impetuoso el río Antigua; del traqueteo que padecimos camino a Paso de Ovejas; etc. Con decir que entre el calor sofocante, los horribles vaivenes y el cansancio pasamos una noche rayana en lo intolerable, es bastante. Al detenernos en Santa Fe, para remudar caballos, vimos, a la luz de las antorchas cercanas a las portezuelas del carruaje, que otra vez nos encontrábamos entre chozas de carrizo y palmeras. Amanecía cuando oímos el agradable rumor del oleaje, alegre anuncio de que nuestra jornada tocaba a su fin; y sin embargo, al entrar a Veracruz y apeamos de la Diligencia, nos

sentimos como prisioneros que después de encerrados por largo tiempo en una fortaleza salen consumidos y sin fuerzas e incapaces de gozar de la libertad. ¡Qué diferencia con la grata fatiga tantas veces experimentada después de una larga jornada a caballo!

Un buen desayuno y el haberse quitado el polvo del camino ejercieron su debida influencia. Estábamos en una posada, y apenas habíamos terminado de desayunar, cuando llegó *Don* Dionisio Velasco con otros caballeros y nos reprochó cariñosamente nuestra preferencia por este parador sobre su casa, y cargando con nosotros y nuestros equipajes nos llevó a su morada, fresca y hermosa, en la cual estamos ahora, y en la que una buena noche de descanso nos ha hecho olvidar todas nuestras fatigas.

Como hemos de permanecer aquí durante uno o dos días, tendremos tiempo para conocer algo más de la ciudad, que no obstante su tristeza y presente ruina, empiezo a imaginarme, en esta segunda visita, lo que ha de haber sido en los días lejanos, antes de que cayera sobre ella el azote de la guerra civil. La experiencia de dos revoluciones pasadas en México hace más fácil para nosotros concebir las proporciones de los sufrimientos que ha padecido esta infortunada ciudad durante la lucha sostenida por los españoles para conservar el Castillo, su último baluarte en este hemisferio. San Juan de Ulúa, a pesar de la miserable situación en la que ahora se encuentra, aparece como un testimonio imperecedero de las grandes obras emprendidas por los conquistadores españoles casi inmediatamente a su llegada a estas costas.

El 1582, sesenta y un años después que asentaron su planta en el suelo azteca comenzaron a construir esta fortaleza, a fin de confirmar su poder. El centro del lugar que ocupa lo forma un islote que Juan de Grijalva visitó un año antes de que Cortés llegara al continente mexicano. Habiendo encontrado allí los restos de dos infelices víctimas, y preguntando a los indios por qué sacrificaban hombres a sus ídolos, le respondieron que era orden de

los reyes de *Acolhua*; entendieron mal la respuesta, y creyeron que Ulúa era el nombre de la isla.

Se pretende que la fortaleza costó cuatro millones, y aunque esta enorme suma es, sin duda, una exageración, los gastos han de haber sido considerables si recordamos que sus cimientos están bajo el agua, y que por cerca de tres siglos han resistido los embates de las impetuosas olas que de continuo se arrojan contra ella. Muchas son las mejoras y adiciones que le han hecho al Castillo en el curso del tiempo, y en la época de los virreyes, un ingeniero, de los más capaces, le practicaba una visita cada año para cerciorarse de sus condiciones y para tomar en cuenta los mejores dispositivos de defensa para en caso de un ataque. Sin embargo, en 1603, Veracruz fue saqueada por el corsario inglés Nicolás Agramont, incitado por Lorencillo, que había sido condenado a la pena capital por una muerte que hizo en Veracruz, escapándose a Jamaica. Se llevaron seis millones de pesos, además de trescientas personas de ambos sexos, que abandonaron los piratas en la isla de sacrificios, al reembarcarse.

En 1771, el virrey, que lo era entonces el Marqués de Croix, situó un millón y medio de pesos a su gobernador para que pusiera en situación de defensa al Castillo, y los sólidos baluartes que aun permanecen atestiguan los trabajos que con ellos pudieron llevarse a cabo. El polígono exterior que mira a Veracruz tiene trescientas yardas de extensión, y el otro que ve al Norte doscientas, mientras que detrás del baluarte de Santiago existe una batería al nivel del agua, y en el frente opuesto está la batería de San Miguel. Toda la fortaleza está construida con una piedra que abunda en las islas vecinas, una especie de coral, excelente para la construcción, y que llaman *piedra múcara*.

En 1822 no le quedaba a España otro reducto que este Castillo, cuya guarnición era reforzada con frecuencia por tropas procedentes de La Habana. En la misma Veracruz vivían muchos españoles ricos e influyentes. Mandaba en la provincia Santa Anna,

bajo las órdenes de Echavarri, que era capitán general. Ambos tenían instrucciones de Iturbide relativas a la toma del Castillo. Era entonces su comandante el general español *Don* José Dávila. Sin embargo, no fue sino hasta el año siguiente, cuando Lemour sucedió a Dávila en el mando de la ciudadela, que se empezó a lanzar bombas sobre la plaza de Veracruz.

Hombres, mujeres y niños abandonaron entonces la ciudad. El comercio se trasladó a Alvarado, villa distante de aquella plaza doce leguas, mientras que aquellos a los cuales una lluvia de balas arrojaba de sus casas, se refugiaron en los quemantes arenales y en las miserables chozas de los alrededores. Muchos fueron a Jalapa, distante treinta leguas; otros, a Córdoba u Orizaba, villas igualmente distantes. Por espacio de dos años en que duraron las hostilidades, interrumpidas algunas veces, todos los ataques estaban reducidos a un cañoneo continuado de la ciudad al castillo y del castillo a la ciudad.

El nuevo comandante, general Barragán, procuraba de todos modos impedir las comunicaciones de la guarnición del Castillo con las de las costas, y estrecharlos a subsistir tan sólo de provisiones saladas, fatales en este clima ardiente y malsano. En 1825, la guarnición reducida a menos de la mitad, fue reemplazada por quinientos hombres procedentes de la península, y estos soldados, encerrados entre estas desnudas rocas, cercados por agua, expuestos a los peligros del clima, sin bastimentos y sin auxilios, pronto se vieron reducidos a la situación más precaria. Al año siguiente *Don* José Coppinger sucedió a Lemour, y se continuaron las hostilidades quizá con más vigor.

Este bizarro general, con sus valientes tropas, rodeado de enfermos y de moribundos, con una escasez de víveres más notoria cada día y que estaban además corrompidos en mucha parte, resolvió, a pesar de todo, cumplir con su deber, y se sostuvo hasta el fin. De España no llegaban auxilios. Una flota mexicana se había situado en la isla de Sacrificios y en otros puntos, para evitar

que cualquier convoy viniera en ayuda del Castillo, mientras que los vientos nortes impedían el acceso a las embarcaciones. «Los españoles», dice un furioso republicano (Zavala), «peleaban contra los dioses y contra los hombres, teniendo contra sí el hambre, las enfermedades, el fuego y balas de los enemigos, un mar embravecido cubierto de arrecifes, una atmósfera abrasadora y, sobre todo, la ignorancia de sí serían auxiliados».

Llegó entonces de México el Ministro de Hacienda Esteva e intimó la capitulación del Castillo; el General español dio un término de cierto número de días, dentro del cual, si no recibía socorros, entregaría la fortaleza evacuándola con toda su guarnición con los honores debidos. La escuadrilla española apareció dos o tres días antes de cumplirse el término; pero su comandante, al ver la superioridad del número de la mexicana, juzgó más prudente regresar a La Habana para aumentar sus fuerzas. Pero era demasiado tarde. El 15 de septiembre, el bravo general Coppinger, con las pocas tropas que le quedaban, evacuaba la fortaleza. De esta manera terminó esta lucha contra los progresos de la Independencia, pero que permanece como un ejemplo, sostenido hasta el último momento, del carácter constante y valiente que distinguía a los hijos de la vieja España.

Del último asalto que sufrió el Castillo por la escuadra francesa en 1838, nada hay que decir. Todos los periódicos, como podréis recordar, noticiaron su capitulación, que las gacetas de Francia dieron en llamar «la fortaleza de San Juan de Ulúa, la San Juan de Acre del Nuevo Mundo, a quienes nuestros marineros saludaron como la Reina de los Mares, *Vierge sans tache*», etc.

6. Acabamos de recibir la visita del general Bustamante, quien, junto con su ayudante, un hijo del general Calderón (Gobernador que fue de Jalapa), intenta salir dentro de pocos días en

el «Jasón» rumbo a La Habana. También tuvimos la visite del comandante de ese buque, el capitán Puente, que sucedió a nuestro amigo el capitán Echevarría, y que ha tenido la bondad de hacer los arreglos pertinentes para que saliéramos en la misma embarcación, ya que no se enteró a tiempo de que nuestras intenciones eran salir por Veracruz. Pero aunque nos seria muy grato regresar con el mismo barco que nos trajo, abrigamos el temor de que ello sería imposible para ellos a menos de condenar a los oficiales a grandes molestias para acomodar a tantos, pues conocemos muy bien la *carte du pays*. Es lo más probable, por lo tanto, que salgamos con el paquete inglés que se hace a la mar el ocho, pero el cual, por desgracia, da una vuelta hasta Tampico, lo que no es muy agradable en la presente estación del año.

Fuimos a misa. Se vio muy concurrida a consecuencia del deseo que todo el mundo tenía de echarle un vistazo al ex Presidente…

Debo decir, y hablo por mí, que se ha realizado un cambio en mi gusto, que no en mi opinión. La cocina veracruzana, que hace dos años me pareció detestable, la encuentro ahora deliciosa. ¡Qué pescado tan excelente! ¡Y qué *frijoles* tan incomparables! Podrá ser esto una nadería, pero después de todo, en estas naderías como en cosas de mayor alcance, cuán necesario es para el viajero revisar sus juicios en diversos periodos, a fin de corregirlos. La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal; mas si se le concede el valor de una opinión definitiva, ¡en cuantos errores se puede incurrir! Pasa lo mismo cuando juzgamos a los individuos por la fisonomía o por los modales, sin haber tenido tiempo de estudiar su carácter. Todos, más o menos, hacemos lo mismo, pero con qué frecuencia sufrimos decepciones.

7. Ayer noche fuimos al teatro. Además de nosotros, sólo había en los palcos una señora y un caballero. El patio, sin embargo, estaba lleno; pero al presente los actores no son buenos. Hemos andado todo el día, a pesar del calor, comprando algunos artículos necesarios a las modistas y a los perfumistas franceses, que, como en su mayoría se han librado de la fiebre, están muy satisfechos de quedarse aquí labrando su fortuna. Nos dirigimos después al muelle a admirar la vista más placentera que han visto nuestros ojos desde que salimos de México; el mar cubierto de barcos. Era un descanso contemplar de nuevo el intenso azul de las olas, al cabo de tan prolongada ausencia. El Comodoro mexicano…, que estaba presente, nos señaló el «Jasón» y el «Tyrian» (capitán Griffin), anclado fuera en la bahía, y nos recomendó con insistencia el último buque, como también lo hizo el cónsul inglés, con auténtico patriotismo. Le rogamos que separe cámaras para nosotros cuando vaya esta tarde a bordo a visitar al capitán…

Apenas habíamos hecho el encargo, y sin que pudiéramos ya echamos para atrás, supimos que nos habían preparado cómodo alojamiento en el «Jasón» que sale directamente para La Habana. Ahora ya es demasiado tarde, y sólo pudimos lamentar el habernos precipitado. Acaba de llegar otro barco español muy hermoso, «El Liberal», con su capitán Ruvalcaba, que acompañado del capitán Puente ha venido a vemos esta tarde. Si el viento se sostiene favorable, el paquete saldrá mañana, pero los entendidos pronostican un Norte.

Los síntomas de este terrible viento, que sopla en el Golfo de México desde el equinoccio de otoño hasta el de la primavera, son conocidos no sólo de los navegantes, sino de todos los que han vivido en esta ciudad. La señal más cierta de la tempestad es un gran movimiento en el barómetro. Al principio sopla un pequeño terral del Noroeste, sigue al Nordeste y después al Sur. Entretanto, reina un calor sofocante, y las cimas de todas las

grandes montañas aparecen sin nubes y se ofrecen a la vista como delineadas sobre un fondo azulado, al mismo tiempo que su pie se oculta entre un velo de vapor medio transparente.

Súbitamente estalla la tempestad, y todos en el mismo instante se sienten aliviados, todos, menos los pobres navegantes. El aire se vuelve fresco, nubes de arena invaden las calles, llevándose, si así puede decirse, la atmósfera pestilencial. Entonces no hay fiebre en Veracruz.

Desde este punto queda interrumpida la comunicación entre el Castillo y la ciudad y entre ésta y los buques. Las bocanadas del viento del Norte duran comúnmente tres o cuatro días, y a veces, doce. Si el Norte se pone a la brisa por el Sur, es probable que la tempestad vuelva a comenzar; si el Norte toma la vuelta del Este o del Noroeste, se puede contar con la continuación de la brisa tres o cuatro días seguidos, intervalo suficiente para que los navíos que salen del puerto puedan ganar la alta mar. Estas rachas son particularmente temidas a la altura de las costas de Tampico.

8. Zarpamos dentro de pocas horas, pues el *Norte* no se ha presentado, y esperamos, por lo tanto, zafamos de la costa antes de que comience. El «Jasón» se hace a la vela dentro de uno o dos días, a menos que se lo impida el viento. No fue sino hasta esta mañana cuando nos enteramos que era necesario proveerse de colchones y sábanas, etc., para nuestras literas. Por fortuna todos estos artículos se venden ya hechos en esta ciudad marítima. Acabamos de recibir un paquete de cartas, particularmente bien recibidas, ya que nos traen noticias de casa antes de nuestra partida. También he recibido dos agradables *compagnons de voyage* en forma de libros; «Central América», por Stephens, y «Life of

Margaret Davison», de Washington Irving, que me han sido remitidos oportunamente por Mr. Prescott…

Nuestras próximas cartas serán escritas en el mar, o en Tampico.

CARTA LIII

Salida del «Tyrian».—Norte a la altura de Tampico.—La Barra.—El río Pánuco.—El Piloto.—La playa.—Cocodrilo.—Paso *de doña* Cecilia.—Tampico.—La casa del Cónsul español.—Sociedad.—Navegación.—Riberas del Pánuco.—Inoculación extraordinaria.—*La Glorieta*.—Salida de Tampico.—Norte furioso.—Viaje.—Llegada a La Habana.

A bordo del paquete de S. M. B. «Tyrian», 15.

El 8, después de despedirnos de la familia de nuestro amigo el *Señor* Velasco y del general Bustamante, a quien esperamos ver de nuevo en La Habana, nos embarcamos en un bote con varios caballeros que nos acompañaron hasta el paquete, y no tardamos mucho en estar sobre cubierta mirando por última vez a Veracruz con sus arenales, sus *zopilotes* y su mal encarado Castillo, mientras las orillas se desvanecían a medida que le «Tyrian», sin perder tiempo, se esforzaba en zafarse de los arrecifes y de las rocas antes que llegara el *Norte*. Fue para nosotros una desilusión al darnos cuenta de que el «Tyrian», en vez de pertenecer a la nueva línea de paquetes ingleses, era el más pequeño, viejo e incómodo de la vieja línea, y destinado a que lo desmantelaran a su vuelta a Inglaterra. El capitán Griffin, que tiene todo el porte de un caballero, está muy delicado de salud, y sus padecimientos han llegado a una fase muy aguda. No había más pasajeros que

nosotros y un joven mexicano insospechable de haber tenido hasta esa fecha, relaciones con el agua salada.

En la misma mañana del día siguiente estalló el Norte y con sus potentes rugidos barrió el Océano, y se levantaron embravecidas las olas para recibir a la tempestad. ¡Nunca tuvo un viento voz tan lúgubre y salvaje! ¡De qué manera el noble barco daba bandazos, crujía y se quejaba estrechando sus viejos maderos! ¡Y cómo nos balanceábamos, aporreados, cayéndonos, dando de cabeza contra el dintel de la angosta puerta de la cámara! Caía el agua sobre las literas y arrojaba de ella a sus ocupantes. ¡Qué música horrísona en la noche, cuando el viento, como un canto fúnebre, se abatía sobre el Océano, cayendo a torrentes la lluvia, y el cielo se cubría con un negro y pavoroso tendal! ¡Qué soledad la de nuestro buque en la inmensidad de las aguas!

Mas al siguiente día creció en pujanza la tormenta, y la noche fue peor que el día. Las olas que rompían sobre cubierta entraban a las cámaras. Hubo un momento en que dimos por perdido al barco, y aun el capitán creyó que se había caído un mástil. Era un golpe de mar que rompió sobre cubierta con el estruendo de un trueno, empapando de agua a la marinería y ahogando de paso a las gallinas y a los patos, que nunca pudieron pensar, los infelices, al salir de sus holgados gallineros ingleses, que su destino era el perecer ahogados frente a las costas de Tampico. Nuestra pequeña lámpara después de girar y de columpiarse, se apagó dejando la cámara en la más completa obscuridad. Por de contado que fue imposible dormir, y por «primera» vez confieso que sentí miedo en el mar. Cuando una ola arbolada y enorme le daba de costado al barco tumbándolo hacia un lado, parecía imposible que pudiera ponerse otra vez derecho, o que lograse evitar las montañas de agua que bramando se le acercaban.

En la mañana del once el rigor de la tempestad aún no cedía. La cerrazón era espantosa. Soplaba el *Norte* con implacable furia, y el barco se balanceaba y se sacudía entre el tumulto de las espu-

mantes olas. Sumidos en las tinieblas, las noches nos parecían interminables. Como las literas estaban siempre llenas de agua, pusimos nuestros colchones en el suelo y allí nos echamos en espera del amanecer. Pero el alba no trajo consuelo. Aullaba el viento como una bestia fiera, rugiendo por su presa. Hasta ahora había logrado subir todos los días a cubierta a fuerza de agarrarme, y permaneciendo sentada en una silla sujeta con gruesas cuerdas. Pero hoy busqué refugio detrás del timonel; cuando una enorme ola se estrelló sobre el barco, dio conmigo en mi retiro, después de arrollar en su camino a varios robustos marineros, y he recibido el baño de agua con sales más completo desde que salí de Nueva York. Toda la noche nos sacudimos en medio de la tormenta y de las tinieblas.

El día trece amenguó el clamor del *Norte* y murió el viento al anochecer. El catorce viró en redondo, y a poco las costas de Tamaulipas se dibujaron indistintas a nuestra vista.

Abrió la mañana con un ligero *Norte*, pero, sin embargo, han izado la bandera del barco y echado el ancla en espera del bote del práctico. Mientras, estamos parados, esto en sentido figurado, pues el barco se mueve tanto que apenas puedo escribir sin hacer garabatos. Vemos las desoladas playas de Tampico, largas y bajas con extensos arenales, aunque hacia el Sur se perfilan con vaguedad unos bosques tétricos. Alcanzamos a distinguir la playa lejana de arena amarilla, y la blanca espuma de las olas rompiendo con furia en la barra. El día está escapotado, pero no frío. Una lluvia menuda acompaña al ligero viento del Norte. Las gaviotas vuelan en círculo alrededor del buque y espuman la cresta de las olas. El capitán se ve impaciente y angustiado y pronostica otra semana de *Nortes*. Ha habido buques, dice, que se han tenido que detener en esta costa treinta días, y algunos basta tres meses. No han hecho ningún caso de nuestra bandera de pedir práctico, lo que quiere decir que no se puede pasar la barra.

16. El barco se ha movido como un condenado toda la noche, y hoy nuestra situación sigue igual.

Tampico, 18.

Ayer por la mañana aflojó mucho el viento, y el bote del práctico vino temprano y en él se fue el capitán con sus despachos: en cuanto a nosotros, seguros de que podríamos pasar la barra sin peligro, alquilamos una lancha por cuarenta dólares, con diez marineros y un patrón, felices con la perspectiva de pisar la tierra firme, aunque fuese por un día nada más. Ya metidos en la lancha empezando los hombres a remar en dirección a la barra, nos dimos cuenta de que había mucha mar aun cuando no corría viento. Los numerosos naufragios que aquí han ocurrido le han dado a esta barra una reputación decididamente mala. Para cruzarla es menester mucha precaución, usar la sonda a cada rato, y tiempo calmado. La forman unos bancos de arena, cuyo punto septentrional cruza hacia el Sur, y en medio hay un paso que varía por lo movedizo de las arenas, de manera que los prácticos se guían principalmente por la marea.

En las dunas, un regimiento de enormes pelícanos blancos muy pensativos y con aspecto de sabios, formados en fila, parecían observar cómo pasaríamos la barra. Son muchos los marineros que al ahogarse han oído su fúnebre graznido y el batir de las alas blancas. Pero cruzamos con felicidad, y pocos minutos después el mar y la barra habían quedado atrás y subíamos por el río Pánuco, ancho y tranquilo, gozando de tan agradable cambio. Nos detuvimos frente a la casa del comandante, hombre alto y

corpulento, que vino a recibirnos hablando en inglés y resultó originario de los Estados Unidos.

Tuvimos que esperar en unas chozas a que desayunaran nuestros marinos, y en ese mismo lugar se encuentra la casa de un hombre muy conocido por estas partes, *Don* Leonardo Mata, un viejo piloto de estatura colosal y que en aquellos momentos se encontraba fuera. Nos divertimos paseando a lo largo de las orillas del río, juntando conchas bellísimas, que dejamos a guardar en la casa del viejo piloto para recogerlas a la vuelta. Un mascarón de proa y un áncora, restos de un naufragio, decoran con toda propiedad una especie de jardín junto a la casa. Embarcados de nuevo, se deslizaba la lancha entre las márgenes del río. De un lado se ven bajas y pantanosas, con grandes árboles que emergen de las aguas; del otro, aunque también bajas, se cubren de espesos bosques de maderas preciosas, como el palo de campeche, el ébano, junto con el cedro, el hule, limos, limoneros, etc. En el tronco desnudo de un árbol enorme, medio hundido en el agua, se veía un cocodrilo de aspecto bonachón, con sus fauces abiertas en una como inconsciente sonrisa, dulce y burlona, cual si estuviera cazando moscas, y a pesar de que le pasamos cerca, no se dignó darse por enterado. Una india en una canoa, moviendo su canalete, pasaba a corta distancia. En todos estos hermosos bosques de la margen derecha pululan los reptiles venenosos, y abundan especialmente las serpientes de cascabel. Las grullas y las garzas revolotean sobre la superficie del río, y los cazadores desafían el peligro de los reptiles con tal de matarlos, y lo mismo hacen con los faisanes de color de rosa y los ánsares.

Las cercanías de Tampico son muy bonitas, y como a dos millas de la población, en la orilla de los bosques, en un claro cubierto de un verde césped, hay un hermoso *ranchito* con un lindo y limpio portal. Tiene vacas y vende leche, y el sitio nos pareció el cuadro más veraz de la comodidad rural, que se presentaba ahora con repetido encanto, después de habernos acostumbrado

a la vista de la espuma del oleaje y a las molestias de un barco corriendo la tempestad. Los navegantes le llaman al lugar «*El Paso de Doña Cecilia*», lo cual me suena deliciosamente romántico. La propietaria, o sea la misma *Doña* Cecilia, que vive en esta pacífica soledad, rodeada de manglares, sin que su felicidad se vea perturbada más que por las culebras y los lagartos, se me presentaba a la imaginación como una mujer joven y bella y con el corazón destrozado; una pensativa monja laica, que huyendo de las vanidades y decepciones del mundo, se había retirado a este apartado sitio, en donde vivía como una heroína del producto de sus rebaños, ayudada de alguna «Filis de manos pulcras» para ordeñar las vacas, batir la mantequilla, mientras ella, transportada en un éxtasis, contempla las estrellas en el cielo o a las serpientes en la tierra. Y no fue sino después de llegar a Tampico, cuando tuve la mortificación de enterarme que tan interesante criatura, y encantadora reclusa, ¡tenía sesenta y ocho años y acababa de enterrar a su séptimo marido! Pero esta versión de los hechos la acepto con todas las reservas, y en lo de adelante trataré de representármela como una vieja fascinadora viviendo entre serpientes y que prepara filtros venenosos con

> «Lenguas de serpientes, gusanos ciegos, patas de lagarto y alas de búho».

Cuando os acercáis a Tampico, las primeras casas que descubre la mirada, ofrecen el aspecto de una serie de cajas de sombreros de muchos colores, azules algunas, otras blancas, que unas modistillas aburridas hubieran tirado entre los hierbales. Al dejar la lancha, y caminando a través de la población, no obstante contar con sólidos edificios de cal y canto, habría podido creerme transportada a un pueblo de la Nueva Inglaterra. Me cansaron asombro los primorosos «palacios de tejamanil», con columnatas, y el aspecto de gran limpieza y aun de alegría, nada español, cuando

yo me imaginaba a Tampico como el purgatorio de este mundo. Estas casas, según supimos después, las mandan de los Estados Unidos ya construidas. Hay algunas tiendas de muy buena apariencia, y a pesar de la falta de uniformidad en la arquitectura de las casas, me parece a mí que esta ciudad ha sido calumniada, mayormente si se toma en cuenta que fue fundada hace sólo dieciséis años. En 1825 no existían aquí más que unas cuantas chozas de los indios, y el escaso comercio se había concentrado en Pueblo Viejo, lugar situado a las orillas de la laguna, a algunas millas de distancia. Nos llevaron a la casa del Cónsul español, un edificio de piedra hermoso y ventilado, con alegre vista desde las ventanas, la primera casa de sillería construida en esta población.

Su dueño, *Don* Juan de La Lastra, el vicecónsul, está ausente, pero fuimos muy bien recibidos por el cónsul Don José de Gómez Mira. Por la tarde, todos los españoles principales de la ciudad vinieron a ver a Calderón, y aun cuando llegamos aquí ayer por la mañana como unos auténticos extranjeros, sin la menor posibilidad de encontrar personas conocidas, nos hallamos ahora rodeados de atenciones, no por inesperadas menos amables. Una sociedad, tal como se entiende, no existe ni por asomo. Los que viven aquí llegaron con la esperanza de hacer fortuna, y los pocos casados de entre ellos no quieren exponer a sus esposas a este clima malsano, a las plagas de los mosquitos y de los *jejenes*, a las fiebres intermitentes, que temen mas que a la misma fiebre amarilla, y a la falta de una sociedad femenina bastante respetable para convivir con ella. Los hombres, por lo menos los españoles, unidos por medio de una especie de club, entretienen el ocio en las noches con el juego de los naipes y el billar; pero una sociedad sin mujeres debe de ser muy aburrida. Montar a caballo y la casa constituyen sus diversiones al aire libre; y a lo largo de las márgenes del río pueden cobrarse muchas piezas, siempre y cuando el calor no sea demasiado fuerte.

Nuestro capitán, que nos visitó esta tarde acompañado de varios ingleses, espera que saldremos mañana. A causa del calor nos quedamos en casa toda la mañana escribiendo cartas, pero en la tarde paseamos por la ciudad, en donde no hay mucho que ver. Cuenta con muchas casas grandes y cómodas, construidas, por lo general, de acuerdo con las costumbres del país al que pertenece su dueño. Si no fuese por la barra, que representa un terrible obstáculo, no sólo por el peligro de cruzarla, sino por las detenciones que causa, pues hay embarcaciones que han debido estarse fuera durante varios meses, Tampico podría llegar a ser un puerto muy floreciente. Además de que el río tiene una profundidad que permite a los barcos de porte fondear cerca de la ciudad, es navegable hacia el interior por más de cuarenta leguas.

Dicen que sus orillas son de una gran belleza, lo cual es muy creíble por lo que ya hemos visto de ellas, aunque para las bellezas más arriba de Tampico con márgenes boscosas y los ranchos pintados de blanco, las grandes haciendas de ganado y la pintoresca y antigua ciudad india de Pánuco, debemos confiar en lo que nos han contado. Se describe al campo de los contornos como partes salvajes con árboles raros entrelazados con gráciles y floreadas enredaderas, agreste refugio de pájaros de plumaje brillante y hermoso; mas nuestro ardor viajero para visitar estas enmarañadas malezas, se calmó con los relatos acerca de minadas de *jejenes* y *garrapatas*, diminutos insectos que se meten debajo de la piel y producen irritación y fiebre; de nubes de mosquitos, de los horrendos caimanes que se asolean en las orillas, y lo peor de todo, las venenosas serpientes que se deslizan entre la exuberante vegetación. Los loros y las mariposas y las flores olorosas no compensan lo anterior.

Acabamos de oír una curiosa circunstancia relacionada con los reptiles venenosos, la cual llega por primera vez a mi conocimiento. Tanto aquí como a todo lo largo de la costa, la gente tiene costumbre de inocularse el veneno de la serpiente de cascabel,

lo que les hace inmunes a la mordedura de todos estos venenosos animales. A la persona que va a ser inoculada le pinchan con el diente de una serpiente, en la lengua, en ambos brazos y en varias partes del cuerpo, y se le introduce el veneno en las heridas. Sobreviene una erupción que dura por algunos días. Después, y para siempre, estas personas pueden contender impunemente con las más ponzoñosas serpientes que acuden dóciles cuando las llaman y encuentran un gran placer en domesticarlas, ¡y la mordedura de estas personas también es venenosa! No lo queréis creer, pero el hecho lo atestiguan siete u ocho comerciantes de los más respetables. Un caballero que almorzó aquí esta mañana, dice que en vano ha tratado de decidirse y someterse a esta operación, sin embargo de estar muy expuesto en el lugar en donde vive y que se ve obligado a viajar la mayor parte del tiempo por la costa, y que cuando emprende estas expediciones siempre va acompañado por uno de sus criados, un negro inoculado, que es capaz de curarlo, en caso de que le muerda una serpiente, chupándole el veneno de la herida. Vio también cómo este negro curó a un niño blanco de una mordida que, mientras estaban peleando, le dio un indio inoculado, y que era el más fuerte de los dos. Quizá podrían explicarse de la misma manera los sucedidos de los juglares orientales y de su poder sobre estos reptiles. No puedo decir que me gustaría poseer una naturaleza tan «serpentina», ni tampoco vivir entre gente cuya mordida es venenosa…

Llegamos en este momento después de un paseo a la luz de la luna por la *Glorieta*, que así le llaman a un paseo público que están haciendo y en donde hay unas cuantas bancas para los paseantes, junto a las cuales algunos individuos bienintencionados tiraron un caballo muerto, y que nos obligó a dar la vuelta a toda prisa.

Si hemos de juzgar por lo que hemos experimentado en esta casa, los alimentos aquí son buenos y abundantes. En especial nos sirvieron un pescado magnífico y una gran variedad de le-

gumbres. Mañana, *¡Ay me!*, regresaremos al buque, muy descansados, sin embargo, después de estos dos días en la costa, que han transcurrido de manera tan grata, y consolados de nuestro largo *voyage*, si reflexionamos de que de haber ido directamente a La Habana no conoceríamos ahora a Tampico, y como dice la paloma viajera de La Fontaine:

«Quinconque ne voit guére
n'a guére à dire aussi. Mon voyage depeint
nous sera d'un plaisir extrême
je dirai: j'étais là: telle chose m'a vint:
vous y croirez être vous-même».[*]

«Tyrian», 19.

Una vez más estamos a bordo de nuestra prisión flotante. Se espera un *Norte* esta tarde, pero ahora ha de soplar a nuestro favor y nos empujará hacia La Habana. Nuestros amigos españoles cerraron con broche de oro su cordial y desinteresada amabilidad, saliendo con nosotros esta mañana al romper el día en un gran bote con la bandera española desplegada, cruzando la barra y subiendo a bordo y corriendo el riesgo de volverla a cruzar, con todas las probabilidades de que el *Norte* esté en puerta. Antes de cruzar la barra nos detuvimos en la casa del «Monstruo Marino» *Don* Leonardo Mata, recogimos nuestras conchas y tuvimos la fortuna de conocerle. Es un anciano y un coloso; casi un gigante por lo alto y un Falstaff por lo ancho; de modales bruscos, pero dejando entrever cierta bondad mal desbastada. Ejerce el oficio de piloto de una manera tan despótica, exige emolumentos tan onerosos y gobierna a sus hombres con mano tan dura, apañándolo todo según le dicta el capricho, que es un sobe-

rano absoluto en su reducido reino. Es el «Tirano de Tampico». El semblante, asoleado y curtido, posee tal mezcla de rudeza y astucia, es de cuerpo tan fortísimo y áspero y sus maneras tan propias de un semisalvaje, que no puedo menos de representármelo como un tipo digno de haber llamado la atención de Walter Scott, si la suerte le hubiese puesto en su camino. Viejo y repulsivo como es, acaba de casarse con una muchacha muy linda, y en este negocio no tolera burlas. Pero hay un rasgo de ternura en el carácter del viejo tirano: el cariño que siente hacia su anciana madre, que pasa de los noventa años y que vive en Mahón, y es constante motivo de sus atenciones. En un tiempo terna la costumbre de enviarle pequeñas sumas de dinero; pero como se perdían con frecuencia, le mandó quinientos pesos de una vez por un conducto seguro. Cuentan que la anciana mujer se asustó tanto al ver tal cantidad de dinero en su pobre casa, que se le fue el sueño, y que por último, se le confió a un «amigo», que cargó con el santo y la limosna. Desde entonces le envía quince pesos cada mes, que para la anciana es como vivir en la opulencia.

Hace una o dos horas que nos despedimos de nuestros amigos; pero no esperamos zarpar sino en la tarde, pues están decargando el azogue que llevaba el barco y cargando la plata que nos llevaremos. Tres jóvenes ingleses vinieron a bordo esta mañana a visitar el buque: visita muy desagradable, pues estaban terriblemente mareados.

20. Anoche se levantó un furioso *Norte*. Las bocanadas de viento han seguido todo el día, pero como nos empujan hacia nuestro deseado paraíso y nos alejan de estas cosas peligrosas, no nos quejamos. Como de costumbre en ocasiones semejantes, me encuentro sola en cubierta sin sufrir de lo que suele postrar universalmente a la gente de tierra. Por variar me estuve sentada en la cámara agarrada de la pata de la mesa, tratando de leer a Ste-

phens, con toda la atención que me lo permitían las circunstancias. ¡Todo intento de escribir debe ser pospuesto!

30. El 21 continuó el *Norte* sin disminuir en violencia; el tempestuoso viento y las hirvientes olas luchan en el agitado seno del Océano; montañas de agua que continuamente se sucedían unas a otras, amenazaban tragamos; el barco caminaba trabajosamente, crujiendo como si estuviera a punto de soltar las cuadernas, y los sufrimientos del capitán eran tan intensos que temíamos por su vida. ¡Días horribles y noches todavía más horribles! Pero vino el buen tiempo, y por último, tuvimos el consuelo de contemplar la plácida luna sonriéndonos como un presagio de paz. La noche del 26 salió la luna llena; aparecía conturbada y su disco obscurecido por airadas nubes. Huyó de ellas, pero la mirábamos todavía turbada y desdeñosa. Una nube tétrica, negra como la noche, alcanzó a cubrirla velándola con su paño mortuorio, pero sin ensombrecer del todo su claridad. Salió después, triunfante y benévola, cabalgando serena por la altura de los cielos. De todos los que cantan alabanzas a la luna, ¿quién si no el navegante puede querer desde lo más profundo del corazón sus benditos rayos? Se dispersaron las airadas nubes, sopló un fresco viento del Norte, pero sin furia, calmado en parte por el poder de aquella luz plácida; izaron las velas ligeras y el «Tyrian» empezó a surcar las aguas a razón de ocho nudos por hora.

Al día siguiente murió el viento, para soplar de nuevo, aunque ligero, por la otra banda. Nos encontrábamos a una doscientas cincuenta millas de La Habana, pero nos separamos del rumbo derivando en dirección a Yucatán Los dos días siguientes tuvimos viento contrario, y un tiempo encantador. Estudiábamos las cartas náuticas, leíamos, nos paseábamos sobre cubierta, se jugaba a las damas, o permanecíamos sentados a la luz de la luna. El mar estaba cubierto de peces voladores y «los barcos de guerra

portugueses», como llaman los marinos a los independientes *argonautas*, navegaban desdeñosamente en sus lindas conchas como si fueran pequeños barcos de vapor. Un hombre cayó al mar, pero muy calmado el tiempo, se le salvó en seguida. Hemos navegado dando bordadas, y vamos haciendo camino rumbo a La Habana en una línea de zig-zag. Anoche salió la luna como un corazón rojo y dorado. Esta mañana, a eso de las cuatro, saltó una buena brisa fresca del Nordeste, y estamos andando nuestra derrota tan hermosamente que hay esperanzas de anclar al pie del Morro esta tarde. Por ser hoy domingo, hubo preces en cubierta, que antes no lo permitió el tiempo; los marineros se veían limpios y atentos, como lo son los marinos ingleses. Anoche cantaron «Rule Britannia», con gran entusiasmo.

La Habana, 31.

Ayer noche vimos de nuevo la hermosa bahía de La Habana y otra vez pasamos frente al Morro, y apenas se supo nuestra llegada, cuando el capitán general, *Don* Gerónimo Valdés, mandó su *falúa* para traernos a la ciudad, y aun deseaba que nos alojáramos en su palacio; pero *Don* Bernardo Hechavarría, que nos recibió de manera tan hospitalaria cuando nuestra primera visita, vino a bordo e insistió amablemente en llevarnos a su casa, donde hemos encontrado todo tan elegante y cómodo como la vez pasada, y desde la cual escribo estas cortas líneas.

En medio de nuestra alegría de pisar una vez más tierra firme, rodeados de nuestros antiguos amigos y de recibir cartas de casa, tuvimos la pena de enterarnos de la muerte de nuestra amiga la *Señora* de Gutiérrez Estrada, que había seguido a su esposo, exiliado de La Habana. ¡Qué golpe para él, para su madre y para todos sus amigos!

Enviaré esta carta en la primera oportunidad para que sepáis que hemos llegado sanos y salvos.

CARTA LIV

La Habana.—El Carnaval.—La Elssler.—La Angosta.—Ingenio del Conde de Villanueva.—El general Bustamante.—Lord Morpeth.—Salida de La Habana.—Viaje en el «Medway».—Viejos amigos.—Regreso a los Estados Unidos.

La Habana, 27 de febrero.

Ha sido muy agradable para nosotros regresar aquí como simples particulares y recibir las mismas atenciones que cuando llegamos investidos con un cargo oficial, y que ahora han sido todavía más cordiales. Llegamos en tiempo de Carnaval, y en el apogeo de los bailes de máscaras, que son curiosos de ver solo una vez, y de las óperas, comidas y toda clase de diversiones. Mas regresando tan pronto no he de entrar en detalles. El tiempo está hermoso, y esta casa, situada en la bahía, recibe, en cuanto soplan, todas las brisas del mar. La Elssler atrae aún inmensas y entusiásticas multitudes, y ahora está bailando en el Teatro de Tacón, donde se le ve mucho más favorecida que en el otro. Hemos estado almorzando en las lujosas *Quintas* de las afueras, asistido al Paseo todas las tardes en volante abierta, concurriendo a la Ópera; en fin, que hemos pasado el tiempo tan alegremente que un ligero descanso en el campo nos caería muy bien, y, en consecuencia, aceptamos con verdadero placer la invitación del Conde y de la Condesa de Fernandina para pasar unos días en La

Angosta, una de sus fincas en donde se cultiva el azúcar y el café. El general Bustamante llegó en el «Jasón» pocos días después que nosotros, ya que ellos salieron más tarde. Se angustiaron mucho por la suerte del «Tyrian» capeando las turbonadas del *Norte* frente a las costas de Tampico. Recibimos cartas de nuestros amigos mexicanos, y nos hemos enterado con gran tristeza del fallecimiento de la *Marquesa* Viuda de Vivanco, y el de la señora Hacha de Pátzcuaro, así como del asesinato de un médico español con quien tuvimos íntima amistad; le asesinaron en su lejana hacienda.

La Angosta, 13 de marzo.

Hemos gozado de quince días muy agradables en La Angosta, y también visitamos al Conde y a la Condesa de Villanueva en su plantación cercana a ésta. El general Bustamante estuvo aquí durante uno o dos días. También Lord Morpeth pasó algunos días con nosotros, así es que en total hemos disfrutado de un agradable descanso. Nos ha deleitado la elegante hospitalidad, sin ostentación, o etiqueta, que hemos encontrado aquí. Pero es tan próximo nuestro regreso que reservaré todas estas particularidades para cuando estemos juntos.

A bordo del barco de vapor «Medway», 28 de abril.

Hace ocho días que nos encontramos en este magnífico vapor, y por haber embarcado con sólo tres horas de aviso, tuvimos que despedimos a las volandas de nuestros amables amigos, por lo menos de todos los que están ahora en La Habana, pues que el Conde y la Condesa de Fernandina, y el Conde y la Condesa de

Villanueva, se encuentran todavía en el campo. *Don* Bernardo Hechavarría y su familia nos acompañaron hasta el barco en la *falúa* del Gobierno. El general Bustamante, con su joven ayudante: el *Señor* Gutiérrez de Estrada, y varios otros caballeros, al enterarse de nuestra súbita salida, vinieron en botes a despedirnos. ¡Ah, estas despedidas!

Tuvimos la agradable sorpresa de que conocíamos a todos los pasajeros. Entre ellos, nuestros distinguidos amigos los Escandón, el *padre* F…n, y Mr. G…s, todos de México; M. Duflot de Mofras, que, agregado a la Legación francesa en México regresa ahora de una Comisión en California; Mr. y Miss… de Boston, etc. Subimos a bordo en la tarde del veinte, pero no salimos de la bahía hasta la mañana del veintiuno. El día estaba hermoso, y al salir para fuera, pudimos distinguir el agitar de los pañuelos en los balcones. En este palacio flotante, con sus amplias y aireadas literas, un hermoso camarote, una compañía agradable, libros, banda de música, helados, etc., sin mencionar un detalle muy importante, un excelente y bondadoso capitán, ha transcurrido el tiempo tan gratamente como si estuviéramos en el hotel más espléndido.

El veintitrés fuimos en una pequeña lancha, y en la mitad de la noche, a Nassau, en la Nueva Providencia, para comprar algunas de estas bonitas flores hechas de concha y por las cuales es tan celebrado el lugar. Salimos de nuevo a las tres de la mañana del veinticuatro, y en ese día por ser domingo, se celebraron oficios divinos a bordo. El tiempo era magnífico, y aun con el viento contrario el «Medway» «vaporizaba» siguiendo su rumbo a razón de nueve nudos por hora.

El veinticinco fondeamos frente a Savannah. Subió a bordo un piloto y subimos el río en un bote que nos llevó a la ciudad, en donde pasamos un día agradable, y en la tarde regresamos al barco. Vino mucha gente de Savannah a ver el vapor. Al siguiente día echamos anclas frente a Charleston, y de nuevo vino un pilo-

to a bordo, pero el día anunciaba tormenta y estaba triste y sólo dos pasajeros saltaron a tierra. Hemos tenido ahora varios días de mal tiempo, viento y lluvia, y una noche una tormenta de truenos y relámpagos; sin embargo, en el camarote apenas si se siente el movimiento, y hemos estado sentados leyendo y escribiendo tan tranquilos como si estuviésemos en nuestras habitaciones de tierra firme. Después de dos años y medio de primavera y verano, sentimos mucho frío.

29. Pasamos en estos momentos los Estrechos. Una vez más las verdes orillas de la Isla del Estado están a la vista. Dejamos de verlas hace dos años y seis meses, justo cuando el invierno se preparaba para echar sobre ellas su blanca mortaja, que cubriría los variados colores, semejantes a los de un delfín, del agonizante otoño; y aquel día todo era melancolía y lágrimas. Ahora las riberas están cubiertas con el ropaje de la primavera y los prados tienen un verde de esmeralda. Ya no debo escribir más, pues hemos de llegar hoy mismo, y he de ser la portadora de mis propios despachos.

El día está radiante y hermoso. La banda toca su música más alegre. Un pequeño bote viene de la Cuarentena. ¡Dentro de unos minutos más estaremos en casa!

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abecilla (Bernardo),
Adalid, José; *Señora*,
Agramont, Nicolás,
Agreda, conde de,
Aguayo, marquesa de,
Alamán, Lucas,
Albini (Marietta),
Aldama (Felipe María),
Almonte, Juan Nepomuceno,
Alvarado, Pedro de,
Álvarez, general,
Alley de Ciprey, barón; *Madame*; *Mademoiselle*,
Amélie, doncella,
Andrade, José María; Julia; Manuel; Miguel,
Antuñano, Esteban,
Apartado, marqués del,
Arcos, marquesa de,
Argand (Aimé),
Amáiz, José,
Arrangoiz,
Arrieta, Joaquín,
Ashbumham, Mrs.,
Atienza, Pedro,
Azcárate, Lic.,

Balderas (Lucas),

Barragán, Miguel,
Barrera (Gral. Manuel); *Señora*,
Barrio (y Larrazábal), (Felipe Neri del),
Baudin, Charles,
Bayeu (Francisco),
Belaunzarán, Fr. José de Jesús,
Bellini (Vicente),
Beristáin (y Souza, José Mariano),
Bernardo Gaviño. Véase: Gaviño, Bernardo,
Blanco, José Joaquín,
Blessington, Lady,
Bolívar (Simón),
Bonpland (Aimé),
Borgia, Lucrecia,
Boz. Véase: Dickens, Carlos,
Bozetti, Alberti,
Branciforte, marqués de,
Branzantí,
Bravo, José María,
Breteuil (Ernesto), conde,
Brown (cochero),
Bucareli (virrey),
Buffon,
Bumble, Mr.,
Bustamante, Anastasio; Carlos María de; José María,
Byron, Lord,

Cabrera (Miguel),
Calderón de la Barca, Pedro,

Calderón, general,
Caltzontzi,
Calleja (Félix),
Campo, Manuel del,
Campos, Agustín; Antonio María,
Canalizo, Valentín,
Canizzaro, conde,
Canova,
Cañedo, Juan de Dios,
Carlomagno,
Carlos III; IV; V; X,
Carlyle,
Casaflores, conde; condesa,
Castellan de Giampetro, Anaide,
Castilla, señora,
Cecilia, Doña,
Cepeda y Cosío, María de Jesús,
Cervantes, Obispo,
Cervantes Saavedra, Miguel,
César Augusto,
Cesari, Adela,
Cincinato,
Ciprey, barón. Véase: Alley de Ciprey,
Clifford, Paul,
Codallos (Felipe),
Coleridge, Samuel Taylor,
Colón, Cristóbal,
Cooke, coronel,
Coppinger, José,

Cora,
Cortázar, coronel,
Cortés, Hernán; Martín,
Cortina, conde de la; condesa de la; condesa viuda; familia; Paulina,
Cosío. Véase: Cepeda y Cosío, María de Jesús,
Covo, (Juan),
Croix, marqués de,
Cuevas, Ignacio; señora,
Cumming Macleold de Macleold, William,
Cumplido, Ignacio,

Chávez, Ramón,
Childe Harold,

Dávila, José,
Delavigne, Casimiro,
Devereux, Roberto,
Dickens, Carlos,
Disraeli, Benjamín,
Dongo, Joaquín,
Duflot de Mofras, M.,
Dufoo (Domingo),

Echavarri,
Echeverría, Francisco Xavier,
Elssler,
Enríquez,
Erard,

Escandón (familia),
Escocia, María de,
Espartero (Baldomero),
Espinosa, general,
Esteva,
Estrada. Véase: Gutiérrez Estrada, José,
Estrada, Antonio; María de,

Fagoaga (familia); señoritas,
Felipe II; IV; V,
Fernandina, conde de; condesa de,
Fernando VII,
Flores, Estanislao,
Fonte, Pedro,

Galindo (General),
Galindo, Pánfilo,
Galván,
Gálvez, Bernardo de; Virreina,
Gallí, Felipe,
Gante, Fr. Pedro de,
García, Eusebio; Manuel,
Garcilazo (salteador),
Gaviño, Bernardo,
Genould (sericultor),
George IV,
Geroldt (Federico von),
Giordano, Lucas,
Godoy (Manuel),

Gómez de la Cortina, José, Véase Cortina,
Gómez (familia); Joaquín,
Gómez Farías, Valentín,
Gómez Mira, José de,
Gómez Pedraza, Manuel,
Goribar, Juan,
Gorospe, Manuel,
Gorostiza, José Eduardo; señora,
Gregorio XVI,
Griffin, capitán,
Grijalva, Juan de,
Grisi, Julia,
Guadalupe, marqués de; marquesa de,
Guerra, José Basilio; señora,
Guerrero (predicador); señora; Vicente,
Guido,
Guillermo IV,
Gutiérrez Estrada, José María,
Guyame (General),

Hacha, Miguel; señora,
Haro, Antonio; señora; señorita,
Harold, Childe, Véase: Childe, Harold,
Hechavarría (familia),
Heimbürger, Carlos,
Herbault,
Heredia, José María,
Hidalgo y Costilla, Miguel,
Hogarth (William),

Humboldt, Alejandro de,

Inglis, Alexander D.; Kate,
Irving, Washington,
Isabel (reina),
Isasaga, señor; señoritas,
Iturbide, Agustín de; *madame*,
Iturralde, padre,
Iturrigaray, virreina,

Jaramillo, Juan,
Juan Diego,
Juana de Arco,
Juvera, general,

Knox, John,
Kuhn, Eusebio,

Lambert, Daniel,
Landon, Letitia Elizabeth,
Lastra, Juan de la,
Lavater,
Lemour, Francisco,
Lombardini (Manuel María),
Londonderry, marquesa,
Lope de Vega,
López de Santa Anna, Antonio. Véase: Santa Anna,
Lorencillo,
Luis Felipe,

Lyon, P. (Juan Ignacio),

Mac Lean,
Madrid,
Mangino, *madame*,
Mairet,
Maldonado (salteador),
Malinbrán,
Malinche (La),
Manzo, Francisco,
María Cristina, Reina,
Martineau (Harriet),
Martínez del Campo, Manuel,
Martínez, Inocencia,
Mata, Leonardo,
Matamoros, Mariano,
Mercier, M.,
Mier y Terán (Gregorio),
Miranda, familia,
Mirasol, familia,
Moctezuma,
Montalvo (General),
Monteleone, duque de,
Monterrey, conde de,
Montesquieu,
Morales (Ángel Mariano); salteador,
Moran, José. Véase: Vivanco, marqués de,
Moratín,
Morelos y Pavón, José María,

Morgan, Lady,
Morpeth, Lord,
Mozart,
Mozo, Antonio,
Muñoz, Álvaro,
Murillo,
Murphy, Francisco,

Napoleón,
Neri del Barrio. Véase: Barrio y Larrazábal,
Nickleby, señora,
Noriega (Domingo),
Normoso, barón de,

O'Donojú, Juan,
Orbegoso (Juan),
Orría, Antonio,
Ortega y Montañez, Juan de,

Pablo V,
Pacheco (General),
Pakenham (Ricardo),
Paredes (y Arrillaga, Mariano),
Paso y Troncoso,
Pasta (Judith),
Pauline, Mlle.,
Paz, Príncipe de la. Véase: Godoy,
Pedraza,
Pelayo,

Penalver, conde de; familia,
Pérez Gálvez,
Pérez Palacio,
Pimentel y Heras, Carmen; José,
Pimentel, senador,
Pinzón (P. Manuel),
Plane (Juan),
Poinsett, Joel R.,
Polignac, Príncipe de,
Polvorilla, José,
Portugal, Cayetano,
Posada (y Garduño, Manuel),
Prescott, William H.,
Pry, Paul,
Puente, capitán,

Quintana Roo, Andrés,
Quintero, Baltasar,

Ramomy, John, Sir,
Ramos Arizpe, Miguel,
Regla, conde de; condesa,
Rejón, Manuel Crescencio,
Retes (Juan N. de),
Revillagigedo, conde de,
Ricci, signora de,
Río (Andrés Manuel del),
Riva Palacio (Mariano),
Roca (Joaquín),

Rodríguez (La Güera),
Rosa, Salvatore,
Rosas (salteador),
Rossi, La,
Rubio, Cayetano,
Rule, Mr.,
Ruvalcaba, capitán,

Salas (José Mariano),
Salinas, marqués,
Salvatierra, conde de,
Salvatierra, marqués,
Sampietro, signor,
Sánchez Farfán, Pedro,
Sánchez de Tagle, Francisco,
Sandoval (Gonzalo de),
San Francisco, condesa de,
San Román, marquesa de,
Santa Anna (Antonio López de),
Santa María (Miguel),
Santiago, conde de; condesa; José María de,
Santiago, marqués; marquesa de,
Santovenia, conde,
Schiller,
Scott, Walter,
Sigüenza y Góngora, Carlos de,
Spontini, signor,
Stäel, Mme.,
Stephens (John L.),

Strauss,
Sutherland, duquesa,

Tacón (general),
Tagle, Agustín; (Véase: Sánchez de Tagle, Francisco),
Tavira, Sr.,
Teo, Ricardo,
Teresa de Mier, Fray Servando,
Teufelsdroch, prof.,
Thompson,
Tolsá (Manuel),
Tomassi, signor,
Tornel (y Mendívil, José María),
Torquemada, Juan de,
Torrejón (Anastasio),
Trujillo, general,
Turpins, Dick,

Uluapa, marquesa de,
Urrea (José),

Vaccai (Nicolás),
Valdés, Gerónimo,
Valencia (Gabriel),
Valentín, José,
Valle, condesa del,
Vallière, madame La,
Vasco de Quiroga,
Vázquez, Francisco Pablo,

Vega, Juan,
Velasco (Dionisio),
Velosa, Gonzalo de,
Vellani (Jacobo),
Veraza (Rafael),
Veyra (Luis Gonzaga),
Vicario, Leona,
Victoria, Guadalupe,
Victoria, Reina,
Villafuerte,
Villanueva, conde de; condesa de,
Vivanco, familia; marqués de; marquesa; marquesa, viuda,

Wallace (Guillermo Vicente),
Ward (H. G.); señora,
Washington (George),
Watts,
Weller, Sam,
Woll, Mt.,

Ximénez,
Yáñez, Gral.,
Yniestra, coronel,

Zamora,
Zavala, Lorenzo de,
Zendejas,
Zumárraga, Fr. Juan de,

Zurutuza, Anselmo.

SUMARIO DE LAS CARTAS

Prólogo

Prefacio

Carta I

Salida del «Norma».—Última mirada a la Bahía de Nueva York.—Compañeros de viaje.—Vientos contrarios.—Apariencias engañosas.—La puesta de sol en las latitudes del Sur.—Los mares en los que navegó Colón.—Variadas ocupaciones a bordo.—Las islas de Berry.—Los bancos de las Bahamas.—Un atardecer en aguas tropicales.—Letitia Elizabeth Landon.—Pan de Matanzas.—Castillo del Morro.—Bahía de La Habana.—Llegada.—Bella mansión habanera.—Vistas y armonías

Carta II

La aristocracia de La Habana.—«Lucía de Lammermoor».—La Rossi y Montrésor.—Bergantín de guerra.—Condesa de Villanueva.—Cena en casa de Hechavarria.—Vientos del Sur.—Vista desde el Balcón.—La *Quinta* del Conde de Villanueva.—San Cristóbal.—Misa en San Felipe.—Un arpa de Erard.—Cena en casa del general Montalvo.—Un postre en La Habana.—Cumpleaños de la Reina de España.—Comida en la Intendencia.—La Pantanelli.—Teatro de Tacón.—Ferrocarril.—Curación por medio del rayo.—

Baile en casa de la condesa de Fernandina.—Última visita. —*Souvenirs*

Carta III

Salida en el «Jasón».—Capitán español y oficiales.—La vida a bordo de un barco de guerra.—*Balances*.—Pesca. —«*Le petit tambour*».—Cocoteros.—Un Norte.—Proverbio español.—El Pico de Orizaba.—Teoría y realidad.—*Norte chocolatero*.—Vientos contrarios.—Cadena de montañas.—Goleta

Carta IV

Veracruz vista de lejos.—Pilotos.—La falúa.—Saludos mutuos.—Acercándose a Veracruz.—Gentío en el muelle. —Casa de Dionisio Velasco.—Guardia de honor.—Piano alemán.—Cena.—Madona.—Aspecto de la ciudad. —*Zopilotes*.—Deliberaciones.—El general Guadalupe Victoria. —Águila de dos cabezas.—Santo lapidado.—Arpa.—Teatro.—Doña Inocencia Martínez.—Invitación del general Santa Anna

Carta V

Salida de Veracruz.—Los médanos.—Escena Oriental.—Manga de Clavo.—El general Santa Anna.—Almuerzo.—Escolta y Diligencia.—Santa fe.—Puente Nacional.—Puente dibujado por la señora Ward.—El campo en diciembre.—Don Miguel.—Primeras impresiones.—Frutas.—Plan del Río.—Músicos alemanes.—El capitán dormido.—Acercándonos a Jalapa.—Aspecto de la ciudad.—Cofre de Perote.—Flores.—Casa y roca.—Última mirada a Jalapa.—Cambio de escenario.—San Miguel de los Soldados.—Perote.—Sorprendente escena antes del amanecer.—La escolta no llega.—Un cochero yanqui.—Disputa.—Salida.—Compañía de lanceros.—Un alcalde.—Almuerzo en la Ventilla.—Pulque.—Doble escolta.—Cruces.—Tabernero

con cara de bandido.—Ojo de Agua.—Llegada a Puebla.—Trajes de las campesinas.—Nochebuena.—Una Posada.—«*Nacimiento*»

Carta VI

Salida de Puebla.—Chirimoyas.—Río Frío.—Juego indio.—La Selva Negra.—El Valle de México.—Recuerdos de Tenochtitlan.—Oficial mexicano.—Recepción.—Panorama.—Variedad en los trajes.—Vivas.—Tempestad de lluvia.—Entrada a México.—Buenavista.—La casa a la luz del día.—La vista desde las ventanas.—Visitas.—Etiqueta mexicana.—Condesa de la Cortina.—Flores en diciembre.—Serenata.—Himno patriótico

Carta VII

Mi debut en México.—Catedral.—Templos de los aztecas.—Concurso.—Piedra de los sacrificios.—Palacio.—*Léperos* impertinentes.—Visita al Presidente.—Condesa de la Cortina.—Gritos callejeros.—*Tortilleras*.—«Sartor Resartus»

Carta VIII

Preparativos para un baile.—Familia agradable.—Magníficas voces.—Teatro.—Hábito de fumar.—Castillo de Chapultepec.—El virrey Gálvez.—Los cipreses de Moctezuma.—Una virreina.—Valle de México.—Día de Año Nuevo.—Apertura del Congreso.—Visitas del Cuerpo Diplomático.—Traje de poblana. —*Función extraordinaria*.—Teatro.—Visita a la Catedral de Guadalupe.—Divina pintura.—Obispo.—Mendigos.—Huevos de mosquitos

Carta IX

Visitas de españoles.—Visita del Presidente.—Disertación.—Traje de poblana.—Bernardo el Matador.—Corrida de toros extraordinaria.—Plaza de Toros.—Fuegos artificiales.—Retrato de Calderón.—Baile de fantasía.—Vesti-

do.—Trajes de las patrocinadoras.—La Belleza en México.—Visita del doctor.—Tarjetas de *faire part*.—Marquesa de San Román.—Vestidos para las visitas formales de la mañana.—Intento de robo.—Asesinato de un cónsul.—La *Güera* Rodríguez.—El doctor Plane.—M. de Humboldt.—Anécdota.—Viejas costumbres

Carta X

San Fernando.—Casa de Pérez Gálvez.—Una mudanza.—Tamaño de las casas.—Viejo monasterio.—Puesta de sol.—Visitas de noche.—Etiqueta mexicana.—Vista por la noche desde la azotea.—Tacubaya.—Fabricación del pulque.—Órganos y nopales.—Alrededores de México.—Milagro.—Hacienda.—Vista desde la casa de la Condesa de la Cortina.—Arzobispado.—Anécdota.—Puntos de vista para comparar la belleza.—Indios.—Rancheritas.—Cordialidad mexicana.—Misas de difuntos.—San Agustín.—Manera de invitar.—Muerte de un senador.—Una equivocación

Carta XI

Calle de Tacuba.—El salto de Alvarado.—La «Noche Triste».—Venta de los bienes de un sacerdote.—El padre Lyon.—Lepra.—Pinturas.—La Anunciación.—Paseo de Bucareli.—La Viga.—Indios en canoas.—Un asesinato.—Un día de campo.—Visita al Colegio Vizcaíno.—La Jota Aragonesa.—Viejos soldados

Carta XII

La Viga durante el Carnaval.—Variedad en los coches.—Los millonarios.—Los frailes.—Baile de máscaras.—Un espectáculo alarmante.—Estudiantes de medicina.—Cena en casa del ministro de Prusia.—Paseos a caballo.—Amor de los indios para las flores.—Santa Anita.—Las Chinampas.—Su origen.—Indios en canoas.—Canción de «El Palomo».

—Riña.—Los grandes lagos.—El desagüe de Huehuetoca.—El gran mercado de Tlaltelolco

Carta XIII

Convento de San Joaquín.—México por la mañana.—Tacuba.—Prior carmelita.—Jardín de un convento.—Hacienda de Los Morales.—El Olivar.—Una guacamaya.—Colibrís.—Correspondencia.—Consagración en puerta.—Visita a Minería.—Jardín Botánico.—Arbol de las manitas.—El Museo.—Estatua ecuestre.—Academia de Pintura y Escultura.—Desilusión

Carta XIV

Domingo de Ramos.—Jueves Santo.—Variedad de trajes.—San Francisco.—Santo Domingo.—Santa Teresa.—Monjas.—Busto en piedra.—La Academia.—Procesión religiosa.—Visitas a las iglesias.—Santa Clara.—La voz de una monja.—Naranjos y rosales.—La Catedral iluminada.—Nuestro Salvador en cadenas.—Viernes Santo.—La gran plaza al anochecer.—Trajes de hombres, mujeres y niños.—Se acerca el Santísimo.—Judas.—Gran procesión.—Miserere.—La plaza a la luz de la luna.—Un paseo solitario.—Sábado de Gloria.—Baile en perspectiva.—Tertulias semanales.—Muselinas bordadas.—Una tertulia en casa

Carta XV

Carta del Arzobispo.—Visita a la «Encarnación».—Recibimiento.—Descripción.—Las novicias.—Cena en el convento.—Escena pintoresca.—Sonata en el órgano.—Intento de robo.—Alarma de los criados.—Visita a San Agustín.—Un anónimo.—La Virgen de los Remedios.—Visita a la capilla.—El *Padre*.—La Imagen.—Anécdota de una gran perla.—La mina

Carta XVI

México en mayo.—Salida de México para Santiago.—Coche de Carlos X.—Mexicanos de viaje.—General aspecto del país.—Pueblo de Santa Clara.—Casa de los ladrones.—Templos del Sol y de la Luna.—San Juan.—Posada mexicana.—Escuela.—Calaveras.—Situación difícil.—Trajes de viaje.—Zoapayuca.—Administrador militar.—Santiago.—Matadores y picadores.—Las tardes en el campo.—Bailes.—Canciones mexicanas.—Cempoala.—Plaza de Toros.—Destreza de los jinetes.—Ometusco.—Accidente.—Tulancingo.—Hermoso jardín.—Platillos mexicanos.—Frutas.—Caballos.—Juegos de prendas.—Trajes de rancheras.—Muchachas y sus admiradores.—Versos.—Conocimientos simples de medicina.—Baños indios.—Tesoros escondidos.—Anécdota

Carta XVII

Llegada a Tepenacasco.—Lago con patos silvestres.—Hacienda en ruinas.—Puesta de sol en el llano.—Manada de asnos.—Paseo al claro de luna.—Salida de Tepenacasco.—San Miguel.—Descripción.—Tempestad de truenos.—Huesca.—Jornada a Real del Monte.—Carretera inglesa.—Panorama.—Pueblo del Real.—Conde de Regla.—Casa del Director.—Desayuno a la inglesa.—Visita a las minas.—La Cascada.—La tempestad.—Soledad.—Viaje en medio de la tormenta y de las tinieblas.—Regreso a Tepenacasco.—Jornada a Zoapayuca.—Salvación milagrosa.—Toro famoso.—Regreso a México

Carta XVIII

Baile de los ingleses.—Vestidos.—Diamantes.—Minería.—Llegada de la bula papal.—Consagración del Arzobispo.—Ministros extranjeros.—Esplendor de la Catedral.—Descripción de la ceremonia

Carta XIX

Las criadas mexicanas.—Anécdotas.—Recursos.—Un portero inseguro.—*Galopinas*.—El *rebozo*.—El sarape.—Cocineras.—Criados extranjeros.—Índole de las criadas mexicanas.—Estipendios de los criados.—Monjas de Santa Teresa.—Motivos para tomar el velo

Carta XX

La entrada al convento.—Diálogo.—Una silla en la iglesia.—Llegada de la monja.—Vestido.—José María.—Concurso.—Descorren la cortina negra.—La toma de velo.—El sermón.—Un muerto en la calle.—Otra víctima.—Convento de la Encarnación.—Un himno ahogado en llanto.—Invitación.—Visita en la mañana.—La monja y su madre.—Banquete.—Despedida.—Ceremonia de la toma de velo.—Una hermosa víctima.—La última mirada.—Presentación al Obispo.—Reflexiones.—Versos

Carta XXI

San Agustín.—Apoteosis del juego.—Bellezas del pueblo.—El camino desde México.—Entrada a San Agustín.—Las casas de juego.—San Antonio.—El Pedregal.—Último día de la fiesta.—La Plaza de Gallos.—Las galleras.—La pelea de gallos.—Decoro.—Comparaciones.—Comida.—Baile en el Calvario.—Casa del general Moran.—Aspecto de las mesas de juego.—El abogado.—Baile en la Plaza de Gallos.—Regreso a México.—Reflexiones.—Conversación entre dos Ministros

Carta XXII

Condesa de la Cortina.—Gutiérrez Estrada.—Comida en casa del general Moran.—La Marquesa viuda.—Fiesta en San Antonio.—Se aproxima la temporada de las lluvias.—Diamantes y vajillas.—Gran baile.—Viaje de noche.—Terrible tempestad.—Accidentes.—*Corpus Christi*.—Traje de poblana.—Club de lectura.—Baile.—Pájaro mosca.—

Fraile franciscano.—Misiones a la Vieja y a la Nueva California.—Celo y resistencia de los misioneros.—Condición actual.—Jardinero del convento

Carta XXIII

El Presidente.—Iturbide.—Visita del Arzobispo.—El señor Cañedo.—El general Almonte.—El señor Cuevas.—Condición de un Arzobispo en México.—El señor Posada.—Su vida.—Caridad mexicana.—Figuras de cera.—Anécdotas.—Valioso regalo.—Educación.—Comparación.—Escuelas.—Oportunidades.—Talento natural.—Publicación anual.—Obsequio a las señoritas mexicanas, por el Editor.—Familias de la vieja escuela.—Indulgencia.—Modales.—Amor a la patria.—Colegios

Carta XXIV

Revolución en México.—Gómez Farías y el general Urrea.—Los federalistas.—El Presidente es hecho prisionero.—Tiroteo.—Cañonazos.—Primeras noticias.—Escapatoria.—Proclama del Gobierno.—Cañoneo.—Conde de la Cortina.—Casas abandonadas.—Condesa del Valle.—Proclama de los federalistas.—Circular de los federalistas.—Escasez de provisiones.—Explosión de una granada.—Refugiados.—Doctor Plane.—Señorita muerta de un tiro.—Gómez Farías.—Rumores.—Manifiesto de Gómez Farías.—Balas y granadas.—Visita del Ministro de Francia.—Llegada de Monsieur de Mercier.—Ataque esperado.—Escaramuzas.—Aspecto de la calle.—San Cosme.—El general Almonte.—El Conde Breteuil.—Más rumores.—Suspensión de hostilidades.—Cañoneo.—Boletín del Gobierno.—Fracaso del plan de los rebeldes.—Proclama del Presidente.—Del general Valencia.—Afecto maternal.—Informes frescos.—Familias que abandonan la ciudad.—Carta de Santa Anna.—Carta de Bustamante, escrita en el Palacio.—Pro-

posiciones.—Negativa.—Tacubaya.—Arzobispo.—Nuevas proposiciones.—Negativas.—Segunda carta de Santa Anna.—Boletín del Gobierno.—Proclamas.—Una equivocación peligrosa.—El Arzobispo visita al Presidente.—Término de la revolución.—Periódicos del Gobierno.—Circulares

Carta XXV

Plan de los federalistas.—Carta de Farías.—Firma de artículos.—Dispersión de los pronunciados.—Conclusiones.—Órdenes del general Valencia.—Del Gobernador.—Manifiesto del general Valencia.—Partida de nuestros huéspedes.—El *Cosmopolita*.—Estado del Palacio y de las calles.—Boletín de los combates.—Interior de las casas.—Salida de familias.—Conducta de las tropas.—Condesa del Valle.—Santa Anna.—El Congreso.—Anécdota.—Discusión en el Congreso.—Lepra

Carta XXVI

Visitantes.—Virgen de los Remedios.—*La Encarnación*.—Temores de las monjas.—Santa Teresa.—Temporada de lluvias.—Escena.—*Está a disposición de usted*.—Sinceridad mexicana.—Buques texanos.—Hermoso cabello.—Maestra de escuela.—Clima.—Sus efectos.—Nervios.—«*Tours de forcé*».—Aniversario.—Discurso.—Paseo.—San Ángel.—Tacubaya.—Ejército de las «Tres Garantías».—Plan de Iguala.—Un asesinato.—Cortesía india.—Embriaguez.—Señor Cañedo.—Revoluciones en México.—El Peñón.—Los baños.—El General…—Situación y panorama.—Familia india.—Las fuentes termales.—Capacidades.—Soledad.—Chapultepec.—Los Desagravios.—Penitencia en San Francisco.—Disciplinantes.—Prédica del fraile.—Oscuridad y horrores.—Salmagundi

Carta XXVII

Cumpleaños.—Amigable esquela.—Precauciones.—Tranquilidad absoluta.—El Presidente en San Agustín.—Segunda visita al Museo.—Manuscritos antiguos.—Escultura.—Busto en bronce, etc.—Frescor después de la lluvia.—Baile en la casa del Ministro francés.—Folleto.—Gutiérrez Estrada.—Su carácter.—Escondite.—Mexicalzingo.—Ministro de Hacienda.—Permiso del Arzobispo.—Pinturas.—Pintores mexicanos.—Santa Teresa.—Descripción de su interior.—Penitencias.—Tormentos.—Disciplinas, etc.—Cena.—Baladas profanas.—Monasterios.—San Francisco.—*El padre Prior*.—Soldados y frailes

Carta XXVIII

Día de muertos.—Salida de México.—*Herraderos*.—San Cristóbal.—Tunas.—*Plaza* de toros.—Echando el lazo.—Accidentes.—Almuerzo rústico.—Comida campestre.—Carne asada al horno.—Mercado indio.—Toro enterrado.—Montañas.—*Hacienda* solitaria.—Los Reyes.—Mulas marcadas con el hierro.—Regreso.—Cumpleaños de la Reina de España.—Comida diplomática

Carta XXIX

La Virgen de Covadonga.—Santo Domingo.—Adornos y música.—Daguerrotipo.—Tertulias semanales.—Llegada.—Terremoto.—El honorable Mr…—Muebles rotos.—*Días*.—Festividad de la Virgen de Guadalupe.—Día de campo en el *Desierto*.—Itzcuintepotzolli.—Posada en Cuajimalpa.—Convento en ruinas.—Sus orígenes.—*Dejeuné à la fourchette*.—Espléndido panorama.—Promesa a la Virgen.—Misa cantada.—Tacuba.—Paseo a caballo con el Prior

Carta XXX

Navidad.—Kalendas y Misa.—Interpretación de los aficionados.—Solo.—*Posadas*.—Peregrinación de la Sagrada *Familia*.—*Nacimiento*.—Reunión concurrida.—Cocineros

franceces.—Cocinera mexicana.—Gobierno doméstico.—Día de Año Nuevo.—Misa.—Suciedad de las iglesias, etc.—Comparaciones.—Oratorios.—Club inglés.—Preparativos de viaje

Carta XXXI

Salida de México.—Cuernavaca.—*Tierra caliente*.—Atlacomulco.—Naranjales.—Caña de azúcar.—Producto anual.—Testamento de Cortés.—Descripción.—Plantación de café.—Escorpiones.—Lista de reptiles venenosos.—Acapatzingo.—Dudas y dificultades.—Una resolución

Carta XXXII

Salida de Atlacomulco.—Reunión a la luz de las estrellas.—Atmósfera deliciosa.—Flores y árboles de los trópicos.—*Barrancas* imponentes.—Desayuno bajo los árboles.—Los rigores del sol.—Miacatlán.—Hospitalidad.—Hacienda productiva.—Salida de Miacatlán.—Bonita aldea.—Campanas melodiosas.—A caballo al claro de luna.—Las fogatas de las fábricas de azúcar.—Cocoyotla.—Anciano caballero.—Cena.—Naranjos y cocoteros.—La delicia del agua.—Haciendas azucareras.—Un escorpión.—Salida para la gruta.—Cabalgata matinal.—Paso peligroso

Carta XXXIII

La gruta de Cacahuamilpa.—Superstición.—Macho cabrío.—Portal.—Vestíbulo.—Formas fantásticas.—Almuerzo.—Antorchas de pino.—Nobilísima antesala.—Estalactitas y estalagmitas.—Pirámides egipcias.—Doble galería.—Hermosas formaciones.—Corredor.—Paisaje congelado.—Anfiteatro.—Mundo caótico.—Esqueleto.—Luces de cera.—Salón de los ángeles.—Retomo.—Luz lejana.—Indio.—Alcalde.—Cuautlamilpas.—Rancho.—Regreso a Cocoyotla.—Capilla.—Miacatlán.—Eclipse de luna.—Viajeros ex-

traviados.—Pueblo indio.—*El Puente*.—Regreso a Atlacomulco

Carta XXXIV

A caballo bajo la luz de las estrellas.—Temor a los ladrones.—Flora silvestre del trópico.—Imponente escolta.—Yautepec.—*Hacienda* de Cocoyoc.—Incendio.—Tres mil naranjos.—Beneficio del café.—Variedad de frutas tropicales.—Naturaleza pródiga.—Casasano.—Estanque famoso.—Excursión a Santa Clara.—Un filósofo.—Un escorpión.—Salida de Santa Clara.—*Barranca* peligrosa.—Colón.—Casa agradable.—Administrador hospitalario.—San Nicolás.—Soledad.—Fraile franciscano.—Mañana lluviosa.—Turbante rojo.—Llegada a Atlixco.—Cipreses.—Departamento de Puebla.—Volcanes.—Doña Marina.—Versos.—Popocatépetl.—Cholula.—La gran pirámide.—Llegada a Puebla

Carta XXXV

Teatro.—*Portemanteaux*.—Visitantes.—Casas de Puebla.—Bellas Artes.—Paseo.—*Don* M. Ramos Arizpe.—Obispo.—Fábricas de algodón.—*Don* Esteban Antuñano.—Banco de Avío.—Maquinaria de los Estados Unidos.—Accidentes.—Dificultades.—Naufragios.—Demoras.—Admirable perseverancia.—*La constancia Mejicana*.—Hospitalidad.—Cárcel.—El Carmen.—Pinturas.—Flores pintadas.—Ángeles.—Catedral.—Oro y joyas.—Una comedia.—Palacio del Obispo.—Falta de maestros

Carta XXXVI

Un concierto.—La Diligencia.—Salida de Puebla.—Escolta.—Vista desde las torres de Catedral.—La selva negra.—Cruces con historia.—Cuentos de crímenes.—Una alarma.—Parte de una escaramuza.—Rio Frío.—Leyes para los

salteadores.—*Su moderación*.—Regreso a México.—Baile de Carnaval.—Adelantos en el vestir

Carta XXXVII

Hombres distinguidos.—Generales Bustamante, Santa Anna y Victoria.—Anécdota.—El *Señor* Pedraza.—El *Señor* Gutiérrez Estrada.—Conde de la Cortina.—El *Señor* Gorostiza.—*Don* Carlos Bustamante.—«Mañanas de la Alameda».—*Don* Andrés Quintana Roo.—*Don* Lucas Alamán.—El general Morán.—El general Almonte.—El *Señor* Cañedo.—Los *señores* Neri del Barrio y Casaflores.—El doctor Valentín.—*Don* Francisco Tagle.—Ocho Revoluciones

Carta XXXVIII

Nuevo Ministro.—San Ar.gel.—Productiva *hacienda pulquera*.—El pueblo.—Vista de los alrededores.—Los indios.—*El Padre*.—El clima.—Semana Santa en el campo.—Representaciones dramáticas.—Coyoacán.—Los fariseos.—Imagen del Salvador.—Música y trajes.—Una procesión.—El Catolicismo entre los indios.—Extraña tradición.—Pablo V.—Contraste entre un pueblo mexicano y uno de la Nueva Inglaterra.—Afición por los fuegos artificiales.—Fernando VII.—Baile de la milicia.—*Drapeaux*

Carta XXXIX

Jueves Santo en Coyoacán.—Hernán Cortés.—Sus postreras voluntades.—Padres Camilos.—Vieja iglesia.—Procesión.—Representación del prendimiento.—Sermón del cura debajo de los árboles.—Drama religioso.—Viernes Santo.—Púlpito portátil.—Calor.—Puestos.—Procesión religiosa.—Simón Cirineo.—Trajes.—Sermón en el curato.—Segundo discurso.—Sentencia de Poncio Pilatos.—El descendimiento.—Procesión de los ángeles.—Himno funeral.—*Pésame* a la Virgen.—Sermón.—«Sweet Kitty Clover».—La música en México.—Anécdota

CARTA XL

Ascensión aerostática.—San Bartolo.—Mujer india.—Una belleza.—Castas diferentes.—Su carácter, etc.—Las de asistencia noble.—Baile del Ministro francés.—Abecilla.—Riesgos de andar sin escolta.—Partido de caza.—Un asesinato.—Robo en una hacienda.—Capitán de ladrones chasqueado.—Los Zambos.—Cartas y visitas.—La vida del campo en México

CARTA XLI

El juego.—Fiesta en San Agustín.—Desayuno en San Antonio.—Rumor.—Pelea de gallos.—Señoras.—Juego privado.—Una vaca.—El Calvario.—Sombreros.—Una comida.—Baile en la noche.—Mezcla de clases.—Mesas de cobre.—Trajes y decoraciones.—Indios banqueros de ambos sexos.—Decoro.—Hábito.—Monteros.—Jugadoras.—Robo.—Anécdota.—Apuesta.—Casa de Moneda.—Nos vamos de San Ángel.—Celebración.—Discurso.—Cruz y diploma.—Respuesta.—Representación de una espada.—Discursos y arengas.—Reflexiones

CARTA XLII

Ópera italiana.—Artistas de ambos sexos.—*Prima donna*.—*Lucia di Lammermoor*.—Algunos desencantos.—Segunda representación.—Adelantos.—*Romeo y Julieta*.—La Ricci.—La *Señora* Cesan.—La Casa de Moneda.—Moneda falsa.—Repetición de *Lucia*.—Procesión nocturna.—Una belleza española.—Público exigente.—Un poco demasiado simple.—Bordados de oro.—Santiago.—Peregrinos.—Antigua costumbre india.—Soirée.—México a la luz de la luna.—Una figura misteriosa.—El Arzobispo.—El Virrey

CARTA XLIII

Revillagigedo.—El mercader pérfido y la dama.—El Virrey, el español injusto, el indio y las onzas de oro.—Cri-

men horrible.—Detalles.—Promesa.—Familia campirana.—La mancha de sangre.—Una madre denuncia a su hijo sin saberlo.—El Virrey cumple su promesa.—Empedrado de las calles.—Severidad para con los frailes.—La doncella solitaria.—Un bofetón.—Pensión.—Concierto matutino.—Nuevo Ministro.—Calle del «Indio Triste».—Tradiciones.—Reunión de despedida.—Epitafio en una tumba

Carta XLIV

Agitación.—Tormenta.—Revolución.—*Manifiesto*.—Igual que una partida de ajedrez.—Posición de las piezas.—Aspecto de la ciudad.—Tiroteo.—Situación de los partidos.—Comparaciones.—«*Comicios*».—El pueblo.—El Congreso.—Santa Atina.—Ofrecimiento de amnistía.—El rugir del cañón.—Problema.—Tiempo de mudar de casa.—La voluntad de la Nación.—Sentimientos diferentes.—Destrucción de la casa de un juez.—La Casa de Moneda es requisada.—Preparativos.—Cañoneo.—Los *Enanos*

Carta XLV

Salida de México.—Bagaje.—San Xavier.—Hermosa *hacienda*.—Millonarios.—Señoras bien educadas.—Jardín, etc.—Tlalnepantla.—Choza india.—Mrs. Ward.—*Doña* Margarita.—*Pronunciamiento*.—Un paso en falso.—Santa Anna en Puebla.—Neutralidad.—El general Paredes.—El Presidente en Tlalnepantla.—Cansancio en las tropas.—Su marcha.—Su regreso.—Curato.—Crimen.—El general en Lechería.—El Presidente en Tlalnepantla.—Conferencia.—Regreso del Presidente y sus tropas.—El general Paredes y sus hombres.—Santa Anna en Tacubaya.—Unificación.—El Presidente en México.—Alianza de Soberanos.—Plan.—Artículos.—El Presidente se declara por el Federalismo.—Renuncia.—Resultados.—Hostilidades.—Capitulación.—Entrada triunfal.—*Te Deum*.—Nuevo Ministerio

Carta XLVI

Santa Mónica.—Solidez.—Pinturas antiguas.—Anacronismo.—Niños y nodrizas de «La Cuna».—La junta.—Fondos.—Plan.—Nodrizas indias.—Convento carmelita.—Aviso a medianoche.—Pueblos e iglesias antiguos.—Baño indio.—San Mateo.—Lechería.—Fertilidad.—*Molino Viejo*.—Pereza.—Ejercicios religiosos.—Hotel mexicano.—Nuevos generales.—Disturbios.—El general Bustamante.—Molestia.—Abusos en nombre de la Libertad.—Versos.—Celebración de la Independencia

Carta XLVII

Ópera.—Santa Anna y su séquito.—Su presencia en el teatro.—Belisario.—Un *¡viva!* aislado.—Brillante aspecto de la sala.—Dictadura militar.—San Juan de Dios.—Hospital de Jesús.—La Casa de Cuna.—La anciana y el niño.—Otros departamentos.—La Acordada.—*Junta*.—Las mujeres en la cárcel.—Crimen capital.—*Travaux forces*.—Niños.—Presidiarios.—*Forgats*.—Soldados jugadores.—Capilla.—Confesionario.—Hospital de Dementes.—Un francés.—Diferentes clases de locura.—Cocina.—Comida.—Monje demente.—«La cámara negra».—Soldados.—Colegio.—La pierna de Santa Anna.—Proyectos.—Todos Santos.—La *Señora* Pedraza

Carta XLVIII

Salida de México.—La Diligencia.—*Padre* indio.—Mujer bebedora de aguardiente.—Malos caminos.—Hermosa vista.—Escolta.—Excelente almuerzo.—La cabeza de un ladrón.—Selecta compañía.—Lerma.—Valle de Toluca.—*Hacienda*.—Toluca.—El Conde de Breteuil y Mr. Ward.—El *comandante*.—Alegre cena.—El coronel Yniestra.—Un día en Toluca.—Jornada a la «Gavia».—Calor y hambre.—Agradable morada.—Propiedad principesca.—El Pilar.—

Un zorrillo.—Un lobo.—Larga jornada.—*Tortillas*.—El Conde de Breteuil.—Estado de Michoacán.—Escena boscosa.—Trojes de Angangueo.—Comodidad

Carta XLIX

Salida de las Trojes.—Hermosa región.—Indios Tarascos.—Tajimaroa.—Condición deplorable.—Mejoría.—Mañana gélida.—Queréndaro.—Magnífica cría de caballos.—San Bartolo.—Producto.—Propietarios de la tierra.—*Colear*.—Jornada a caballo a Morelia.—Patos silvestres.—Puesta de sol.—Campana de la Catedral.—Coincho.—Los curas Morelos, Matamoros e Hidalgo.—Baños calientes.—Hermosas muchachas.—Viajeros que se mueren de hambre.—Mulas extraviadas.—Lanceros.—Noche en un pajar.—Se encuentran las mulas.—Tzintzuntzan.—El Rey Caltzontzi.—Pátzcuaro.—Cariñoso recibimiento.—Obispo.—Ladrones.—Curu.—Una noche en una troje.—Montaña.—Uruapan.—Escena encantadora.—Agradable familia.—Jorullo

Carta L

Indumentaria de los indios.—Santos.—Música.—Miscelánea de vegetación tropical y europea.—Antiguas costumbres.—Saltos de la Tzaráracua.—Gusanos de seda.—Pintura india.—Hermosa heroína.—Salida de Uruapan.—Tziracuarátiro.—Indio locuaz.—Casa del alcalde.—Pátzcuaro.—Vieja iglesia.—Obra de mosaico.—El Lago.—La Gruta.—Pescado frito.—Indios ricos.—Convento.—Coincho.—Obscuridad.—Morelia.—Alameda.—Catedral.—Plata.—Arte de cera.—Colegio.—Pulgas maravillosas

Carta LI

San Bartolo.—Misa.—Mercado.—*Rancheros*.—San Andrés.—Locura.—Rancho.—Casa de *Don* Carlos Heimbürger.—Escena salvaje.—Canciones alemanas.—Las millas.—

Despedida.—Tempestad.—Arco iris.—El Pilar.—La Gavia.—Toluca.—Noticias.—*Pronunciamiento* del cobre.—Regreso a México.—General Moran.—Funerales.—Nuevo teatro.—Misa de Gallo.—Santa Clara.—Santa Fe.—Prisioneros.—Año Nuevo

CARTA LII

Último día en México.—Teatro.—Santa Anna.—El Ministro de Francia.—Partida.—La Diligencia.—Una última mirada a México.—Cansancio.—Ladrones.—Escolta.—Segunda impresión.—Baños en Jalapa.—Veracruz.—Algunas noticias sobre San Juan de Ulúa.—Sitio de 1825.—Sitio de 1838.—General Bustamante.—Teatro.—Vientos del Norte

CARTA LIII

Salida del «Tyrian».—Norte a la altura de Tampico.—La Barra.—El río Pánuco.—El piloto.—La playa.—Cocodrilo.—*Paso de Doña Cecilia*.—Tampico.—La casa del Cónsul español.—Sociedad.—Navegación.—Riberas del Pánuco.—Inoculación extraordinaria.—La *Glorieta*.—Salida de Tampico.—Norte furioso.—Viaje.—Llegada a La Habana

CARTA LIV

La Habana.—El Carnaval.—La Elssler.—La Angosta.—*Ingenio* del Conde Villanueva.—El general Bustamante.—Lord Morpeth.—Salida de La Habana.—Viaje en el «Medway».—Viejos amigos.—Regreso a los Estados Unidos

NOTAS

[1] Nombrado en virtud del Tratado de Paz y Amistad concertado entre México y España, y adonde ésta reconocía la Independencia; firmado en Madrid el 28 de diciembre de 1836. <<

[2] *Life in Mexico during a Residence of Two Years in That Country. By Mme. C. de la B. In Two Volumes. Boston: Charles C. Little and James Brown. 1843*. Y en Londres, sólo con la variante: *Madame* por *Mme*. Con el siguiente pie de imprenta: *London: Chapman and Hall, 186, Strand. 1843*. (En un vol.). Los editores londinenses son los mismos de Carlos Dickens, pues los buenos oficios del famoso novelista fueron requeridos para lograr la edición inglesa, como puede verse en la carta que le dirigió Prescott desde Boston: «Espero que al recibir esta carta no exclame usted "he aquí algunos de los óptimos frutos de mi visita a estos molestos Yanquees". Pero debo pedirle un favor. Una amiga mía, *Madame* Calderón de La Barca, está a punto de publicar un relato de su residencia de dos años en México y Cuba, en una serie de cartas dirigidas a distintos amigos. Las publica, en parte, siguiendo mi consejo. Es mujer de mucho talento, y sus descripciones de ese país y de su pueblo están tan llenas de colorido… que le insté para que recogiera sus cartas dispersas y las diera a las prensas… Para poner punto final a mi historia: el favor que deseo pedirle es el de que me permita enviarle el manuscrito y que usted se lo proponga a un editor solvente de Londres para que se publique en

los mejores términos que él pueda ofrecer, y así aparezca simultáneamente con la edición de aquí, que será, probablemente, el próximo enero o febrero…». Boston, 31 de agosto de 1842. *Wolcott*, p. 315. <<

[3] «El nombre de la bella autora se esconde bajo sus iniciales, por ser, en opinión de "*su caro sposo*", contrario a las reglas de la etiqueta diplomática, etc., el que el nombre de la esposa del Embajador (*sic*) se ostentase al frente de una obra que exhibe al mundo oficial y al país en el cual fueron residentes. Piensa que quizá no fuera bien visto en España. En consecuencia, sus editores de aquí han consentido en insertar un corto Prefacio firmado por mí, declarando que las cartas han sido publicadas por recomendación mía, etc. Los editores pueden hacer uso del Prefacio para presentar la obra, si es que creen que mi nombre valga algo en este caso. Así se hará aquí. De todas maneras se sabrá en seguida quién es la autora de la obra. Usted ya lo sabe, y también Lord Morpeth, quien está relacionado personalmente con los "Calderón"… Así pues, los editores contarán con el prestigio de su nombre y posición, ya conocidos, sin necesidad de estamparlo en la portada —la ausencia del cual me proporciona la única excusa para el Prefacio». Carta de Prescott a Carlos Dickens. Boston, 1 dic., 1842. *Op. cit.*, p. 323. <<

[4] Citada por el *Athenaeum* de Londres, como «la esposa de un embajador español», y como «Madame Calderón», en la *Edinburg Review*, a poco de aparecer el libro; y en *The Quarterly Review*, de Londres, también se da su nombre. <<

[5] De don Pedro Calderón de la Barca, cuyo título, traducido al inglés, reza: *Life is a Dream*. <<

[6] *Life in México. Abridged from the original. London: Simms and M'Inlyre, Paternoster Row; and Donegall Street. Belfast, 1852*. <<

[7] El famoso hispanista George Ticknor, de quien tendremos ocasión de referirnos más adelante, y el poeta Longfellow, entre

los principales. <<

[8] «Madame Calderon's Life in Mexico». En *Biographical and Critical Miscellanies…, New Edition. Boston, 1856*, pp. 340-360. No hemos podido manejar la 1.ª edición de 1843. <<

[8 bis] «… honróme con su amistad en los últimos días de su permanencia en México…». *El Gabinete Mexicano*, I, p. 215. <<

[9] *Un año en el Hospital de San Lázaro. Novela en forma de cartas*. Publicada por primera vez en *El Registro Yucateco*, Mérida de Yucatán, 1845-1846. <<

[10] Luis Martínez de Castro. Su obra literaria se encuentra dispersa en las Revistas de la época. Tradujo la carta IX de LA VIDA EN MÉXICO para *El Liceo Mexicano*... México, 1844, t. I, p, 308. Fue herido en la defensa de Churubusco, y falleció el 26 de agosto de 1847, a los veintiocho años de su edad, a consecuencia de sus heridas. <<

[11] *Le Mexique, Souvenirs D'un Voyageur par Isidore Lowerstern, Auteur de les Etats Unis et la Havane. Paris. Leipsick, 1843*. (París, Imp. Panckoucke, rue des Poitevins, 14). El artículo de Martínez de Castro tiene por título: *Isidoro Lowerstern y sus memorias sobre México*, firmado, según acostumbraba el autor, con uno de sus seudónimos. En este caso: «Mala Espina y Bien Pica». Puede leerse en *El Liceo Mexicano*, t. I, p. 18. <<

[12] «Un viaje a Veracruz». En *Museo Mexicano*, t. II, México, 1844. <<

[13] *Revistas Literarias de México*. Ed. de «La Iberia», México, 1868, p. 16. <<

[14] «Introducción» al *Viaje a Oriente por Luis Malanco. Segunda ed. México*. (1891 ?). Estas son las únicas referencias mexicanas que podemos presentar, cuando menos de cierta enjundia, en los años que corren desde 1844 a los setentas. Si ello no obedece a deficiencias en la investigación, digamos que la escasez de la cosecha se explica, en parte, por ej hecho de que LA VIDA EN MÉXICO no pudo leerse en español sino hasta el año de 1920. <<

[15] *Viage a Méjico. Traducido del francés. Méjico. Imprenta de Ignacio Cumplido. 1844*, p. 6. <<

[16] *Le Mexique. Paris. Henry Plon, Editeur, 1857*, p. 542, nota 64. <<

[17] Véase como ejemplo el libro del ministro plenipotenciario norteamericano, Mr. Waddy Thompson, que puede servir de resumen de los demás: *Recollections of Mexico. New York, 1846*, en el cual el autor le pone al cap. X este colofón: «I reserve for an-

other chapter the other great superstition peculiarly Mexican, which, is no degree less absurd and ridiculous than of our Lady of Remedies». Y nos abstenemos de reproducir lo que Mr. Thompson dice en el «otro capítulo», pues de hacerlo ofenderíamos el buen gusto de nuestros lectores. <<

[17 bis] Se nos ha perdido la referencia de esta definición. Pero su validez para aquellos tiempos ¿no la confirma un párrafo de una carta escrita nada menos que por Prescott y refiriéndose precisamente a México? Helo aquí: «¿Ha visto usted —le dice a don Pascual de Gayangos—, la traducción mexicana publicada por Cumplido de la "Conquista de México"? El volumen tercero está totalmente lleno de láminas, copias de antiguos monumentos, con su explicación correspondiente. ¡Este es el país que vamos a civilizar! Por más fuera de razón y de toda moral que sea esta guerra, tendrá usted que admitir, yo creo, que nuestras gentes están peleando muy bien. Son, en su mayoría, soldados bisoños sacados del Sur y del Este; pero nuestra población, especialmente la del Este, está formada por una clase temeraria que pasa sobre cualquier obstáculo. Son los pioneros de la civilización, y parece serles indiferente el luchar con un oso o con un búfalo, con el indio o con el mexicano. Son hombres endurecidos que van a abrir brecha en las salvajes vastedades del Este, y prepararlas para un cultivo más refinado…». (Carta fechada en Boston, el 15 de junio de 1847. *Wolcott*, p. 648). <<

[18] *A Visit to Mexico, by the West India Islands, Yucatan and United States, with Observations and Adventures on the Way By Wm. Parish Robertson. Author of «Letters on Paraguay». Etc., In Two volumes. London: Published for the Author, 1858*, t. II, pp. 452-453. <<

[19] *El Puchero: or, A Mixed Dish From Mexico, Embracing General Scott's Campaing, With Sketches of Military Life, in Field and Camp, of the character of the country, Manners and Ways of the people, etc., By Richard M'Sherry, M. D., U. S. N., Late Acting Surgeon of Regiment of Marines. Philadelphia: Lippincott, Grambo & Co. Successors to Griegg, Elliot & Co., 1850*, p. 140. <<

[20] V. Carta XVIII, p. 133. <<

[21] *Pátzcuaro. Texto de Manuel Toussaint. Dibujos de los Alumnos de la Escuela de Arquitectura. México. Imprenta Universitaria, 1942*, pp. 86-87. <<

[22] «Orbe», núm. 8, 25 de oct. México, 1940. <<

[23] Nos basamos en el acta de defunción de la Marquesa, que aquí se publica por primera vez, en donde se hace constar que falleció a los setenta y seis años de edad. De ser exacto el dato, habría nacido en 1806. Baerlin dice que fue en 1804, y aunque no exhibe documento fehaciente, esta última fecha nos parece más verosímil. <<

[24] 4Don Santiago Fernández Jiménez, que desde Francia, en donde reside, tuvo la gentileza de enviarnos una nota biográfica acerca de la familia de nuestra autora. <<

[25] Célebre cárcel de Londres, en donde se enviaba a los perseguidos por deudas. <<

[26] Sydney Smith (1771-1845). V. *The Letters of…*, II. 622. <<

[27] Ticknor: *Life…*, II, 188. <<

[28] «… en el núm. 5 de Chesnut Street, al lado de la antigua casa de Mrs. Inglis». De una carta inédita de don Ángel Calderón de la Barca, Washington, 13 de mayo de 1848. (Darmouth College). <<

[29] Por su «Historia de la Literatura Española», publicada en Nueva York en 1849 y todavía útil en nuestros días en la traducción al castellano, enriquecida con adiciones y notas críticas de don Pascual de Gayangos y don Enrique de Vedia. (Madrid, 1851). <<

[30] «I remember as if it were yesterday, my first meeting with him at your house…». De una carta inédita de la señora Calderón de la Barca, dirigida a George Ticknor, después de la muerte de Prescott, acaecida el 28 de enero de 1859. (Fechada en Zarauz el 14 de julio de 1859. Darmouth College). <<

[30 bis] «Conseguí (escribir) valiéndome de una máquina como la que usan los ciegos, la que me permitía trasladar mis pensamientos al papel sin la ayuda de la vista, y me servía igualmente en la luz y en las tinieblas. Los caracteres formados de este modo se parecían bastante a unos jeroglíficos; pero mi secretario llegó a estar diestro en descifrarlos…». Prólogo a la *Historia de la Conquista del Perú…* Traducida por Joaquín García Icazbalceta. 2.ª ed. México, 1850, p. XVIII. <<

[31] Lo reconoce el mismo Prescott: «… acervo (las cartas escritas por la señora Calderón de la Barca), de óptimas enseñanzas y amenidades, y de las cuales tanto me he aprovechado…». En el *Prefacio* a *Life in Mexico* (pág. LXIX). <<

[32] Se ha escrito repetidas veces que el libro de la señora Calderón de la Barca se benefició mucho con la previa aparición de la *Historia de la Conquista de México*. Nada más inexacto: *Life in Mexico* salió, un año antes, a pocos días de diferencia, que la obra de Prescott. En los primeros días de enero estaba ya de venta en las librerías de Norteamérica (ª), y a mediados del citado mes sale la edición londinense, según se puede comprobar con la nota de los editores, suscrita en Londres a 16 de enero de 1843, en donde manifiestan que gracias al Sr. Prescott, quien les favoreció con uno de los primeros ejemplares de las *Cartas*, no habían perdido

tiempo en presentarlas al público inglés. Y, a mayor abundamiento, Prescott cita en su *Conquista* a la Calderón varias veces.

En cambio, el primer tomo de la *Conquista de México* no aparece en Norteamérica sino hasta el 6 de diciembre de 1843 (b), y el tercero y último, el 22 del mismo mes. He aquí el testimonio de Prescott: «At length the Harpers are delivered of the "Conquest of Mexico", the third and last volume having been published yesterday. They prefered to bring it out a volume at a time…». (Carta a Robert Walsh, Boston, 23 de diciembre, 1843, *Wolcott*, p. 420). La edición de Londres se anticipó a la norteamericana en unos cuantos días.

La Conquista de México fue uno de los éxitos editoriales más extraordinarios de aquella época, y aún en nuestros días significaría un caso con pocos precedentes para una obra histórica. En Norteamérica, los editores Harpers vendieron 4,000 ejemplares en cuatro meses, «a prodigious sale for such a work», dice Prescott en carta a F. Catherwood, de abril, 1844 (*Id.*, p. 462). Sucedió lo mismo en Inglaterra y en otras capitales de Europa, en donde se publica la obra en su idioma original. No tardó en traducirse a casi todas las lenguas. Primero al español, y antes que en España, en México, en donde en 1844, en verdadera competencia editorial, aparecen dos traducciones: la de José M.ª González de la Vega con notas de don Lucas Alamán, ed. de V. García Torres, en dos vols., y la de don Joaquín Navarro, que enriquece con pertinentes disertaciones históricas don J. Fernando Ramírez, editada por el benemérito Ignacio Cumplido en tres vols.

El triunfo personal del autor fue incontestable, y reconocido por sus más eminentes colegas, y le honran las Academias y Sociedades científicas y literarias de entonces. Podemos decir con razón, y a más de un siglo de distancia, que todavía «la obra de lectura más grata sobre la conquista de México es la del historiador norteamericano Guillermo H. Prescott…». (c) No le fue a la

zaga el éxito económico. A fines de 1844 había recibido unos once mil dólares por sus derechos de autor sobre las ediciones americanas e inglesas, solamente.

(a) «Aquí se ha vendido muy bien…» le decía Prescott a Carlos Dickens. (Carta de 30 de enero de 1843. *Wolcott*, p. 329). Y cuando Calderón de la Barca visitó a los editores de Londres, Chapman & Hall, éstos le dijeron que *Life in Mexico* se había vendido en Inglaterra *remarkably well*. (*Idem*., p. 369).

(b) «… the "Conquest of México" was published on the 6th December, 1843». Ticknor, *Life… of Prescott*, p. 191.

(c) Ramón Iglesia: En *Cronistas e Historiadores…*, p. 18, n. 5. <<

[32 bis] «Siendo yo Ministro Plenipotenciario de España en esos Estados Unidos, tuvo Prescott la bondad de venir a verme en Nueva York. Desde la primera entrevista contraímos una amistad fraternal…». De una carta inédita de don A. Calderón de la Barca, dirigida a Ticknor. Madrid, 25 de mayo de 1859. (Darmouth College). <<

[33] La Constitución de 1837, resultante del llamado Motín de la Granja. <<

[34] Ticknor, *Life… of Prescott*, p. 153. <<

[35] Empezó la guerra de la Independencia en España, el año de 1808. Los anotadores de *Relaciones Diplomáticas Hispano-Mexicanas*, I, p. 323, n. 28, fijan la fecha de su nacimiento en 1790. La creemos más acertada. La de 1794 nos ha sido proporcionada por el señor don Santiago Fernández Jiménez. <<

[36] Tradujo la *Historia Universal* de Johann von Müller; *Fabiola*, de Wiseman, y *Oberón*, de Wieland. <<

[37] Pudo llegar a fines de 1836, después de caer Mendizábal y al encargarse de formar Gobierno don Francisco Juárez Istúriz, del partido *moderado*. <<

[38] En *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos*. Por Justo Sierra (O'Reilly), II, p. 170 *passim*. <<

[39] O treinta y cuatro. V. la nota núm. 23 de la pág. XV. <<

[40] James Buchanan (1791-1868). Secretario de Estado de 1845 a 1849, con Polk, tenía entonces miras anexionistas respecto a Cuba. Fue Presidente de los Estados Unidos (1857-1861). <<

[41] *Op. cit*. Antes de Sierra mereció también los elogios de Bustamante en *El Gabinete*..., I, p. 215. <<

[*] «Después de comer... Astaburugua estuvo a verme y por él supe que acababa de morir en Baltimore la madre (política) del señor Calderón; díjole su esposa, de resultas de una quemada que sufrió, habiendo prendido fuego la cofia de velos que llevaba». *Segundo libro del Diario*, p. 99. <<

[42] *Op. cit*. <<

[43] Carta fechada en Boston el 28 de febrero de 1844. Se deduce, por el contexto, que Prescott vio el retrato en casa ajena. Si no fue en la misma casa de la madre de Frances, bien podría ser que lo viera en el taller del pintor Joseph Amee (1816-1872), que le estaba empezando su retrato. <<

[44] Cuando recibimos copia del retrato de la señora Calderón de la Barca, tuvimos el honor de mostrárselo a los señores Taylor, entonces embajadores de la Gran Bretaña en México, ahora Sir and Lady Taylor. Al verlo, la Señora Embajadora exclamó: «What a scotish face!». <<

[45] «... Argáiz, mi sucesor e íntimo amigo...». Carta de A. C. B. a Prescott, 2 de agosto, 1839. *Wolcott*, p. 84.. Quizá su

mismo sucesor le trajo los despachos de la nueva representación en México. <<

[46] «Le he escrito largo y tendido a Mamá durante la travesía y desde Liverpool…». *Wolcott*, p. 361. <<

[47] Carta fechada en *Spyeland, near Edinburgh*, el 1.° de junio de 1843. El «Hibernia», de 1400 toneladas, pertenecía a la *Cunard* y fue botado al agua el mismo año de 1843. Fue el primer barco de la citada Compañía que zarpó del Hudson, el 1.° de enero de 1848, después de hacerlo de Boston. En 1850 fue adquirido por España para convertirlo en una fragata de guerra. V. *Gibbs*, p. 61. <<

[48] Carta de 16 de junio de 1843. *Wolcott*, p. 369. <<

[48 bis] Una sola vez compara el cielo de Madrid con el de México. En cuanto a los sucesos políticos españoles, quedan resumidos en el siguiente párrafo: «… la historia de nuestro régimen constitucional es la historia de los pronunciamientos militares; y al frente de cada movimiento, popular o no, que haya tenido alguna eficacia, encontramos el nombre de algún general; y aun por mucho tiempo estos nombres son la misma cosa que los nombres de los partidos: Espartero, para los progresistas; Narváez, para los moderados; O'Donnell para la unión constitucional. Después la revolución se llama Prim, Topete y Serrano; y la restauración se habrá de llamar Martínez Campos. Sólo la República no lleva nombre de general; y tal parece que por haber querido escapar a esta especie de fatalidad ibérica tuviera tan mala y corta vida, y fuera a morir a manos del general Pavía». Juan Maragall en «Escrits en Prosa», II, pp. 261-262. (*Obres Completes*… Barcelona, 1912). <<

[48 ter] «Parroquia de Santa María. (Su puerta principal en la plazuela de los Consejos… con otra a la plazuela de Sta. María…). Es la matriz o mayor de las iglesias de Madrid, y sin duda la más antigua». Madoz, *Diccionario*, X, 708. <<

[49] La de su esposo y Kate, sobrina de la Señora C. B., que les acompañó en su viaje a Europa. <<

[50] Se aprovechaba la señora Calderón de la Barca de su amistad con Washington Irving, entonces Ministro en España, para enviar su correspondencia en la valija de la Legación Norteamericana. <<

[51] Carta fechada en Madrid el 8 de octubre de 1843. *Op. cit.*, p. 391. <<

[52] *Idem* de fecha 17 de noviembre de 1843. *Op. cit.*, p. 409. <<

[53] *«(horrid Spanish costum!)»* en la misma carta anterior. <<

[54] Carta fechada en Madrid el 8 de enero de 1844. *Op. cit.*, p. 430. <<

[55] *Idem* fechada en El Escorial el 8 de marzo de 1844. *Op. cit.*, p. 449. <<

[56] Desde Niágara Falls, el 24 de julio de 1844. En *Letters…*, p. 82. <<

[57] Boston, el 30 de julio de 1844. *Wolcott*, p. 487. <<

[58] De este artículo escrito por Elizabeth Rigby en 1845 nos hemos de ocupar más adelante. <<

[59] Desde Pepperell, el 27 de agosto de 1845. *Wolcott*, p. 550. <<

[60] Boston, 29 de octubre de 1845. *Prescott Unpublished Letters…*, p. 68. <<

[61] Boston, 12 de abril de 1849. *Op. cit.*, p. 87. <<

[62] Boston, 29 de abril de 1850. *Op. cit.*, p. 94. <<

[63] La escena de recibir en cama la visita de Calderón de la Barca, no deja de ser graciosa. Pero ¿no le producirían cierta desazón a don Justo Sierra O'Reilly las palabras del Ministro español? ¿Y estaría enterado don Ángel, de que, su amigo yucateco, que amilanado por el frío de Washington le escucharía saliéndole apenas la cara por encima del embozo, escribía memoriales al Secretario de Estado de Norteamérica, Mr. Buchanan, en donde se podían leer cosas como estas?: «En la guerra actual (Yucatán) ha demostrado y sostenido su carácter de neutral;…Yucatán se negó resueltamente a contribuir con hombres y dinero para ayudar a México durante la lucha… Un tratado de paz en el cual no esté Yucatán libertado de la furia de los mandarines de México, con motivo de su conducta en la actual guerra, o no se le deje en libertad de pedir su admisión como un estado libre y soberano en la gran Confederación de los Estados Unidos, hecho que desea ardientemente por ser muy ventajoso para él…».[a] ¿Se pondrían en fiel las balanzas poniendo en el platillo opuesto la guerra «de

castas», que convertía entonces a la Península en una hoguera, amén de otros antecedentes bien conocidos en cuanto a los procedimientos del Centro para con Yucatán?

(a) Documentos publicados por don Héctor Pérez Martínez en *Justo Sierra O'Reilly, Diario de Nuestro Viaje a los Estados Unidos…*, pp. 90-91. <<

[64] Desde Stanford, le contestaba don Ángel una carta a Ticknor:

«Mi querido Don Jorge: He tenido mucho gusto en recibir la amable carta de usted del 6 en este instante. Acepto los amistosos sentimientos que en ella me expresa usted, pero no la enhorabuena: porque ni he soñado en desear el puesto a que soy llamado, ni lo deseo, ni me creo remotamente apto para él, dado que he estado tan largo tiempo ausente del teatro político al que me hacen ir a representar, y porque mis gustos y mis hábitos están ya amoldados y sólo encuentro placer en el reposo físico y moral.

»Sea lo que quiera en todos tiempos, en alta o más probablemente inferior posición *quo me cumque rapit tempestas*, no se apartarán jamás de mi memoria mis excelentes buenos amigos de Boston, entre los cuales usted es uno de los primeros. En todas circunstancias recibir cartas de usted me causará suma satisfacción; en todas será ésta mayor si puedo ser en algo agradable a usted o a sus amigos. En ese caso, tráteme usted con franqueza: a la española.

»Estando muy ocupado con las últimas disposiciones (pues nos embarcamos el 13 en el *Wáshington*), no puedo, por más que lo quisiera, ser más largo.

»Creo que queda usted, como voy yo, convencido de nuestra mutua simpatía, y obrará en consecuencia. Fanny envía a usted y a las señoras sus afectuosos (saludos). Hágame el favor de darle los míos y de recordarme a la memoria de Prescott. De usted afmo. amigo, *A. Calderón de la Barca*». (Fechada el 9 de agosto de 1853. Inédita. Darmouth College). <<

[65] De 1750 toneladas, perteneciente a la *Ocean Steam Navigation Co*. De Nueva York a Bremerhaven, con escala en Cowes. <<

[66] El Ministerio de Lersundi tuvo de vida desde el 14 de abril al 19 de septiembre de 1853. El de don Luis José Sartorius, conde de San Luis, del 19 de septiembre de 1853 al 17 de julio de 1854. <<

[67] Existe una agria referencia de Calderón de la Barca, como ministro, en las *Memorias* de don Buenaventura Vivó, entonces representante de México en Madrid. Santa Anna le había dado instrucciones para gestionar un Tratado de alianza defensiva y ofensiva entre México y España: «Al efecto pedí una conferencia al señor Calderón de la Barca… Empero ¡quién lo creyera!, el Ministro de Estado del Gabinete San Luis, el primer secretario de S. M. C., si bien se dignó escuchar con la debida atención todas mis gestiones al objeto que me movía, no se dignó darlas la menor apreciación, y empleando grande estudio en eludirlas, me habló S. E. de literatura, de física y de química… Si por este personaje se tuviese que juzgar a los demás hombres de Estado de España, triste idea se tendría de ellos. Felizmente el señor Calderón es una de esas excepciones que jamás faltan a las reglas generales». (p. 56). <<

[68] Todo lo que vamos a decir en adelante se basa en el libro de la señora Calderón de la Barca: *The Attaché in Madrid*, que cubre precisamente el tiempo en que su esposo fue Ministro de Estado. <<

[69] Mr. Pierre Soulé, nacido en Francia, de donde los disturbios en los primeros años del reinado de Luis Felipe le obligaron a emigrar a Norteamérica. Ejerció la abogacía en Nueva Orleáns y fue senador demócrata por Luisiana «… Su acento del mediodía de la Francia quitaba al idioma inglés su aspereza natural… insoportable a veces en la pronunciación norteamericana. Sus modales se diferenciaban de los que crea el hábito de mascar tabaco, y su fisonomía meridional, sus ojos centelleantes y su cabellera mitológica daba a su aspecto un no sé qué de novedad…». Vivó, *Memorias*, p. 133 *passim*. Se declaró en favor de la anexión

de la Isla de Cuba. Era opinión general en Madrid de que el nombramiento de don Ángel Calderón de la Barca obedecía, en parte, al deseo de establecer una especie de contrapeso al de Soulé, pues se suponía que su larga residencia en América le capacitaba para contrarrestar las intrigas anexionistas del nuevo representante norteamericano. <<

[70] María Cristina. Nació el 5 de enero y murió el 10 del mismo mes de 1854. <<

[71] Se estrenó en Madrid el 18 de octubre de 1853, y en México en 1857. <<

[72] Aplaudida zarzuela con música de Cristóbal Oudry y Segura. Se estrenó en el *Circo* el 16 de abril de 1852. Se dio por primera vez en México el 14 de febrero de 1854. <<

[72 bis] María Manuela Kirckpatrick. De origen escocés. Fue condesa de Montijo al casarse. Muy partidaria de Narváez, con lo cual pudo favorecer a su amigo Calderón. Amiga y consejera de Próspero Mérimée. Dicen que a instancias suyas Mérimée escribió *Don Pèdre*, y que fue ella quien le contó las aventuras de *Carmen*. Por Mérimée conoció a Stendhal, y le recibía en su salón de París, en donde el autor de *La Cartuja de Parma* les contaba a las dos hijas de la Condesa (Paca, casada después con el duque de Alba, y Eugenia), las campañas de Napoleón. En los incendios de la Comuna se quemó la casa de Mérimée con todo su contenido. Corrió la voz de que los incendiarios procedieron *obedeciendo órdenes*, pues se dijo alguna vez que la Emperatriz Eugenia era hija de Mérimée. La especie queda desvirtuada por una carta del escritor a Stendhal, en donde le confiesa que su amistad con la condesa de Montijo había sido puramente intelectual, y que nunca hubo «question de chair» entre ellos dos. Fuere lo que fuere, Mérimée no podía ser el padre de la Emperatriz, ya que conoció a la condesa después de 1830 y la Emperatriz nació en

1826. *Vide* Rebell, *Les Inspiratrices de Balzac, Stendhal, Merimée. París, 1902*. <<

[73] Ópera de Donizetti. Estrenada en Viena el 5 de junio de 1843, y en México el 5 de junio de 1852. <<

[73 bis] Carta a Ticknor. Madrid, 25 de mayo, 1859 (inédita). (Darmouth College). <<

[73 ter] El lector curioso encontrará en la novela de don José María Pereda, «Pedro Sánchez», unas páginas magníficas acerca de los sucesos de 1854. <<

[74] Al celebrarse el cumpleaños de doña Isabel con un baile en Palacio, se picó O'Donnell al ver las distinciones de que era objeto Narváez de parte de la Reina durante un rigodón. Este fue el origen de la crisis. <<

[75] «… Entre los preparativos para pasar temporada en este lugar (Zarauz), visitas de *adieu*, cambiándonos de casa en Madrid, yendo a Aranjuez a despedirnos de la Reina, a Carabanchel para hacer lo mismo con la Montijo, etc., etc.…, éste es el primer rato disponible que tengo para escribirle. Me siento muy a gusto en esta playa tan tranquila, después de la vida agitada que a fuerza llevamos en Madrid. No es, por cierto, la ciudad que escogeríamos para residir, si no fuera por el Senado y la pensión de ex ministro que nos obligan a permanecer todavía en España, y desde el momento en que debemos de vivir en este país, estoy de acuerdo con el proverbio que dice: "Corte o Cortijo"; y aquí en invierno el campo es un sueño irrealizable». Carta de la C. de la B. a Ticknor; fechada en Zarauz el 4 de julio de 1859 (inédita, Darmouth Col.). Zarauz se encuentra a la orilla del mar Cantábrico. Es una de las mejores playas de dicha costa. Está actualmente a 26 km, por carretera, de San Sebastián. En esa época Zarauz era ya famoso como lugar de veraneo. <<

[76] Según Baerlein y el señor don Santiago Fernández Ramírez, quien nos informa, además, que C. de la B. falleció a consecuencia de un ántrax en la nuca. Era, al morir, Caballero pensionado de la Orden de Carlos III; Comendador de la Orden de

Isabel la Católica y de la Napolitana de Constantino. Que murió en San Sebastián, parece confirmarlo la circunstancia de que los restos de su esposa fueran trasladados de Madrid a aquella ciudad para darles cristiana sepultura al lado de los de su esposo. <<

[77] Isabel Francisca de Borbón (1851-1931), Princesa de Asturias. Infanta de España. Hija de Isabel II y hermana mayor de Alfonso XII. La señora Calderón de la Barca la vio por primera vez en 1854, y consigna el hecho en su libro el *Attaché en Madrid*: «Estaba acompañada (Isabel II) solamente por el Rey (y) la pequeña princesa de Asturias y su aya… la princesa es rubia, con un semblante muy dulce, muy alta para su edad, que no llega a los dos años, y extraordinariamente inteligente. Alargó su manita para que se la besáramos, con el aire de una reina en miniatura». <<

[78] Cayetano, Príncipe de Borbón-Dos Sicilias, hermano de Francisco II, rey de Nápoles. En España le llamaron: *Indigenti*. <<

[79] Padecía epilepsia y murió trágicamente. «… así terminó la horrible pesadilla de aquel matrimonio que, nacido sin amor, sólo vivió entre zozobras». Ana de Sagrera, en *La Reina Mercedes*, p. 157. <<

[79 bis] Y también en su interés por México: «… la gran Infanta doña Isabel… nos tendió la mano, que besamos respetuosos. Desde aquel día la popular princesa Doña Isabel fue nuestra amiga; llegó a saber nuestros nombres, y la Sección predilecta de toda la Exposición (de 1892), fue para ella la de México». Galindo y Villa, *Polvo de Historia*, pp. 85-86. <<

[80] Citada por Ana de Sagrera, *op. cit.*, p. 275. <<

[81] María Cristina de Habsburgo y Lorena, Archiduquesa de Austria (1858-1929). Regente de España desde la muerte de Alfonso XII, ocurrida en 1885, hasta la mayoría de edad de Alfonso XIII. <<

[82] En la *Certificación en Extracto de Acta de Defunción*, que tenemos a la vista, expedida en Madrid el 29 de mayo de 1958, se dice: «Certifico: que según consta del acta reseñada al margen… *Doña Francisca Erskinc (sic) Inglis Stein,* nacida en *Edimburgo, Escocia, de setenta y seis años de edad* e hija de *Guillermo* y de *Juana, de estado viuda de don Ángel Calderón de la Barca, no quedando hijos*. Falleció en el *Real Palacio, Escalera de Cáceres*, el día *seis de febrero de mil ochocientos ochenta y dos*».

El acta viene a rectificar la fecha de su muerte, que ocurrió el 6 de febrero y no el 3, como se había dicho hasta ahora.

Y he aquí los comentarios de la prensa de Madrid:

«Esta tarde a las dos ha fallecido, víctima de una pulmonía, la marquesa de Calderón, dama que ha sido de S. A. R. la infanta doña Isabel. Dicha ilustre dama gozaba de grandes simpatías por su bello carácter y sus virtudes». *La Correspondencia de España*. Edición de la noche de, hoy 6 de febrero de 1882.

»Ayer falleció en esta corte la señora marquesa de Calderón, virtuosa dama de la aristocracia y aya que había sido de S. A. R. la infanta doña María Isabel. A la hora en que SS. MM. tuvieron noticia de esta desgracia, era ya tarde para suspender el sarao anunciado, porque no había tiempo para avisar a los invitados. Por eso se realizó el baile, aunque sin asistencia de S. A. R. la infanta Isabel, que permaneció en sus habitaciones profundamente afectada por la pérdida de su constante servidora y cariñosa amiga. Acompañamos en su justo dolor a la familia de la señora marquesa de Calderón». *La Época*, martes 7 de febrero de 1882. Y el día 8: «El cadáver de la señora marquesa de Calderón ha sido em-

balsamado y ha salido para San Sebastián». (*La correspondencia de España*).

En la misma columna en donde aparece la anterior gacetilla se lee lo siguiente: «Ayer tarde tuvo la honra de ser recibida en audiencia particular por su alteza real la infanta doña Isabel, la aplaudida tiple del teatro de la Zarzuela doña Dolores Franco de Salas, la cual tuvo el honor de invitarla para la función de su beneficio, que, como tenemos anunciado, tendrá lugar el viernes próximo». La vida en Palacio seguía su curso. <<

[83] Carta a Carlos Dickens, fechada en Boston, 31 de agosto 1842. *Wolcott*, p. 315. Según Baerlein, colaboró en un libro de texto impreso en Boston, intitulado: *The Child's Own Book of American Geography*. <<

[84] «Qué de cuadros se evocan recordando las sencillas narraciones de Cortés; y con qué fuerza vienen a la memoria cuando, después de tres siglos, contemplamos la ciudad de los palacios fundada sobre las ruinas de la capital india». Carta VI, p. 37. Encontramos aquí la expresión atribuida a Humboldt. La señora C. de la B., la copia del escritor inglés Latrobe, verdadero autor de ella, como lo hizo notar hace tiempo nuestro distinguido amigo, el señor marqués de San Francisco. El texto original de Latrobe dice así: «… *the luxurious City of Palaces wich has risen from the clay-built ruins of Tenochtitlan*…». *The Rambler in Mexico. By Charles Joseph Latrobe… New York… 1836…* p. 84. <<

[85] Los pasajes de Clavijero, de Humboldt, de Mora, de Zavala y otros, que copió la autora, se reproducen de los textos originales sin retraducirlos, y así queda advertido en cada caso en la edición anotada de la «Vida en México». Sucede lo mismo con casi todos los documentos oficiales que figuran en las cartas en donde se describen las revoluciones de 1840 y 41. Y aprovechamos la oportunidad para señalar que a la señora Calderón de la Barca no le fue posible, antes de llegar a México, ni durante su

estancia en el país, leer a Prescott, como se ha dicho en alguna parte, por la sencilla razón de que la *Historia de la Conquista* se publicó un año después de que lo fuera *La Vida en México*, como queda demostrado en la nota 32 de este Prólogo. Lo mismo sucede respecto a los libros de Alamán (*Disertaciones*, 1844-1849; *Historia*, 1849-1852); a Bernal Díaz es posible que le conociera en las traducciones inglesas de 1800 o de 1824. La *Historia* de fray Diego Duran no pudo llegar a sus manos porque Ramírez publicó el primer tomo el año de 1867. En cuanto a la *Crónica* de Alva Ixtlilxóchitl (publicada en México por Chavero en 1892), dudamos que tuviera acceso a la colección de Ternaux Compans, o al voluminoso Kingsborough, y tampoco creemos que consultase la publicada en 1829, por Bustamante, bajo el título de «Horribles Crueldades». <<

[85 bis] «Para entender mejor muchos aspectos de la historia política y social de México, habría que recordar la opinión que de su patria han tenido los mexicanos de las distintas épocas». Luis González y González. *El Optimismo Nacionalista como factor de la Independencia de México*. En *Estudios de Historiografía Americana*, Méx., 1948, p. 155. <<

[86] *El Omnibus*, México, t. I, núm. 102, y t. II, núm. 22 (1853). <<

[86 bis] *El Farol. Periódico Semanario de la Puebla… Prospecto… Imp. Liberal de Moreno Hermanos*. <<

[86 ter] *Manifiesto del Origen, Causas, Progresos y Estado de la Revolución del Imperio Mejicano con relación a la Antigua España, por… José María Tornel… Puebla… 1821. En la oficina de D. Pedro de la Rosa*. <<

[86 quater] *Oración Pronunciada por el Coronel… el día 16 de septiembre de 1827… México, 1827. Imp. del Águila…* Citada en *Bibliografía Americana, núm. 5. Catálogo de Libros Mexicanos… Librería de Porrúa Hnos. y Cía. Rep. Argentina y Justo Sierra. México, 1949.* <<

[87] *Sermón predicado en la Santa Iglesia Metropolitana de México el día 21 de julio de 1822, por… D. Antonio Joaquín Pérez Martínez… Obispo de Puebla… con motivo de la solemne coronación del Señor D. Agustín de Iturbide… Puebla, 1839. Impreso por Juan N. del Valle, calle del Espejo, núm. 6.* <<

[88] Mora, *Obras sueltas*, II, 37. <<

[88 bis] Bustamante, *Mañanas de la Alameda*, I, 40-41. <<

[89] *Diario de un Escribiente de Legación… México, 1925* (*Árch. Hist. Dipl. Mex.*, núm. 16), p. 68. Véase para el pesimismo de Zavala el excelente prólogo de don Jorge Flores D., en *Lorenzo de Zavala y su Misión Diplomática en Francia (1834-1835). Méx. 1951 (Arch. Hist. Dipl. Mex. 2.ª serie,* núm. 8), p. 114. <<

[90] Mora, *ibíd.*, I, CLXXXIV. <<

[91] «Noticia Histórica del Señor D. Agustín de Iturbide». En *Calendario de M. Lara*, Méx., 1839. <<

[92] En. *Montiel y Duarte*, III, p. 136. <<

[93] *Discurso que pronunció el Exmo. Señor General D…., individuo del Supremo Poder Conservador, en la Alameda de la ciudad de México, en el día del solemne aniversario de la Independencia. México. Impreso por I. Cumplido, 1840.* Tornel, general y empedernido santanista; político, escritor y tribuno. El del «bello decir», según Bustamante al mencionarlo en uno de sus libros (a), y un «ladronazo» cuando le nombra en su *Diario* (b). Mora le llamó antes, y en letras de molde, «bullanguero», «lacayo», y reñido con el concepto del honor (c), y un diplomático inglés tuvo que calificarlo como «el genio diabólico de México» (d).

(a) *Apuntes para la Hist. del Gob. del Gral.... Santa-Anna, Méx. 1845*, p. 239.

(b) *Diario Inédito*. (Lunes 28 de abril, 1840) (Bibl. Públ. Zacatecas, Zac.).

(c) *Obras sueltas*, I, CCLXVIII; CCLXXXIX.

(d) En Rives, *The United States and México*... N. York, 1913, II, p. 518.

(El diplomático era Bankhead, ministro en México en 1847). <<

[94] Mariano Otero, *Ensayo*, México, 1842, pp. 3-4. <<

[95] En *Discurso pronunciado ante el Congreso… por… D. José Herrera, al prestar juramento para entrar al ejercicio de la Presidencia Constitucional de la República… México, 1845*. <<

[96] Prefacio a las *Obras del Abate Thorel, traducidas del francés por J. M. A. y S. México, 1846*. <<

[97] *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año 1847*. México… 1848 (Suscrito por *Varios mexicanos*), pp. 21-23. <<

[98] *Op. cit.*, p. 42. <<

[98 bis] *Op. cit.*, p. 56. <<

[99] *Calendario Pintoresco de R. Rafael para 1849*, p. 17. <<

[100] *Año 1849. Decimocuarto Calendario de 1. Cumplido* (pp. 65-66, con una lámina). <<

[101] Luis de la Rosa. Carta a D. J. L. Mora. En *Docs.*, de Genaro García, VI, pp. 106-107. Sería curioso conocer la respuesta del doctor Mora. <<

[102] Lucas Alamán. *Historia*, I, XII. <<

[103] Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo (Nájera). En Alamán, *Docs. Diversos…* México, 1947, IV, 60. <<

[104] *Discurso que en la Distribución de Premios del Colegio de la Purísima Concepción de Guanajuato pronunció en la noche del 21 de noviembre de 1849, el diputado de aquel Estado, Presbítero Joaquín Ladrón de Guevara… México. Imp. de Cumplido, 1853.* <<

[105] Mariano Otero. Carta a D.J.L. Mora. En *Docs.*, de Genaro García, VI, p.141. <<

[105 bis] *El Congreso del E. de Querétaro a sus Comitentes. México, 1849.* <<

[106] Guillermo Prieto, *Rentas Generales…* México, 1850, p.439. <<

[107] *Ibíd. Op. cit.*, p.342. <<

[108] Francisco Zarco, «La Patria», en *Presente Amistoso…* México, Cumplido, 1852, p.196. <<

[109] *Mañanas de la Alameda*, I, 2. <<

[110] *Los Conventos suprimidos en Méjico por Don Manuel Ramírez de Aparicio. México, 1861*, p.345. <<

[111] *Discurso pronunciado en el Teatro Nacional de México la noche del 15 de setiembre de 1861. Por el Ciudadano Ignacio M. Altamirano.* En *Discursos Pronunciados en las Funciones Cívicas del Año de 1861… México… 1861*, p.5. ¿Lo dicho por Altamirano, no será influencia de Humboldt? «Cuando los españoles hicieron la conquista de México, encontraron ya el pueblo en aquel estado de abyección que en todas partes acompaña el despotismo y la feudalidad». *Ensayo*, I, 139. Signo de la época pre-romántica esta repulsa a todo lo que oliera a Edad Media. Debió ser muy gustado el siguiente párrafo: «El Americano, más dichoso, no ha participado de los tiempos de la antigüedad harto ponderados; no ha pasado por la Edad Media, que es la vergüenza de la civilización; su historia principia con los tiempos modernos». *Compendio de la Historia de los Estados Unidos de América; Puesta en Castellano, por un Indio de la Ciudad de la Paz. París, 1825*, p.III. <<

[112] *Los Bandidos de Río Frío*, IV, 268. (Col. de Escritores Mexicanos, núm. 16. Editorial Porrúa, S.A. México, 1945). La confusión viene de lejos. ¿Vendrán al caso unas observaciones de Fr. Bernardino de Sahagún? Figuran en el «Libro Décimo» de su «Historia». Y merecen citarse antes unas palabras del P. Garibay, al comentar el citado «Libro»: «No sé por qué los que pretenden indagar "sobre el mexicano" no han entrado por estos terrenos. Son los mismos que hay que recorrer para conocer al mexicano hodierno, aquellos que iba andando el mexicano antiguo». Y Sahagún decía: «… no me maravillo tanto de las tachas y dislates de los naturales de esta tierra, porque los españoles que en ella habitan, y mucho más los que en ella nacen, cobran estas malas inclinaciones…; en el aspecto parecen españoles, y en las condiciones no lo son; los que son naturales españoles, si no tienen mucho aviso, a pocos años andados de su llegada a esta tierra se hacen otros…». *Historia General de las Cosas de la Nueva España, Editorial Porrúa, S.A. México, 1956, 111*, p. 160. <<

[113] Gilberto Loyo. *Las deficiencias cuantitativas de la población de México y de una política demográfica nacional. Primera Edición. Roma. Tipografía del Senato del Dott. Giovanni Bardi. Salita de'Crescenzi, 16 1932*, p. 24. <<

[113 bis] Francisco González Pineda. En *El Mexicano. Su dinámica psicosocial*. México, 1959, p. 145. <<

[113 ter] Ángel M.ª Garibay K. En «Introducción al Libro Décimo» de la *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, de Fr. Bérnardino de Sahagún. (Editorial Porrúa, S. A., México, 1956). III, 94. <<

[114] Y tan no lo son, que de resucitar la señora Calderón de la Barca le saldría al paso un nuevo *Diablo Cojudo*, quien, sin hacerla subir a las torres de Catedral para levantar ante sus ojos lo «hojaldrado del pastelón» de México, le pondría en cambio en las manos un libro intitulado: *La región más transparente*, documento extraordinario para el estudio del pesimismo en estos tiempos. Sin licencias para ejercer de crítico literario, se nos ocurre, sin embargo, que una novela puede ser, a veces, lo que fue la cúpula a sus inventores los romanos: les servía para cubrir el templo y también para que debajo de ella corrieran las aguas negras de la cloaca *maxima*. En la segunda línea de la primera página de la obra citada, cuyo autor es don Carlos Fuentes, de hacen la salva al lector estas palabras: *En México no hay tragedia: todo se vuelve afrenta*. Admira en un escritor joven semejante pesimismo, pero, ¡qué ingenio excepcional, y qué fuerza en la descripción, incluso cuando reconstruye un pasado que no ha vivido! ¡Cuántos pasajes de vitalidad apocalíptica! ¡Y aquel párrafo de la página 101!

Sírvale, en descargo de descubrir tanta lepra, su propia angustia entreverada en la novela, y sentida por «la carne más viva del mundo, la más auténtica en su amor y su odio y sus dolores y sus alegrías». Y esto hace subir de punto la desolación del libro. <<

[115] Carta XIII, p. 91. <<

[116] Carta XL, p. 276. <<

[117] Carta XLIX, pp. 355-356. <<

[118] Carta XXXVIII, p. 268. <<

[118 bis] «Desde que se consumó la independencia, y aun desde que se estableció la libertad de la prensa, se hizo la moda, entre todos los oradores y escritores mexicanos, declamar contra la conquista, y como si una gran parte de la población no procediese de aquel origen, el más acerbo declamador pasaba por el mejor patriota, y se sembraban a manos llenas unas semillas que Dios quiera no produzcan amargos y abundantes frutos». Lucas Alamán en *Noticia de la vida y escritos del… Padre Fray Manuel… Nájera… México, Imp. de Ignacio Cumplido… 1854*, p. 15. <<

[118 ter] «… (el) Sr. Otero, uno de esos jóvenes de la generación nueva, que son a un tiempo la esperanza y la gloria de la patria». J. M. Tornel en *Discurso pronunciado… en la sesión del 12 de octubre de 1842. México, 1842*. <<

[119] «Discurso pronunciado en la solemnidad del 16 de Septiembre de 1841 en la ciudad de Guadalajara». En *Obras del Sr. Lic. D. Mariano Otero… México, 1859*, pp. 3-25. Doce años después de haberse pronunciado este discurso, escribía José Fernando Ramírez: «La vecindad de una nación fuerte, rica, floreciente y que cree en proporciones sin ejemplo en la historia de las emigraciones, es ya un grave peligro, sólo porque ella es fuerte, floreciente y rica. Esa nación profesa y practica los principios democráticos en una forma que no alcanzó la ciencia de los políticos antiguos, y que todavía no pueden deslindar ni la ciencia ni la observación de los modernos. Esta es una adición a aquel peligro.

»En fin, esa nación, incomprensible en su existencia civil, lo es más todavía en su vida política y en su ser moral, porque ni toda aquella ciencia de los antiguos o de los modernos, bastan para explicar las aberraciones infinitas que allí se presentan como simples efectos orgánicos de un estado perfectamente normal. Las protestas amistosas de su gobierno, saludadas por los Víctores de sus ciudadanos, organizados en bandas piráticas; las solemnes promesas de protección y auxilio para ayudarnos a mantener la integridad de nuestro territorio contra todo intento extranjero, adunadas con la simultánea invasión de todas nuestras fronteras; las seguridades juradas de la más inviolable fe a la religión de los tratados, enmendados por las líneas de interesadas operaciones geodésicas; y, en fin, los fervientes votos por la prosperidad de México, y las generosas ofertas para ayudarlo en su decadente situación, al lado de reclamaciones quiméricas y de contiendas suscitadas por el mero interés privado de cuatro especuladores, son contradicciones que ningún entendimiento puede comprender, que ninguna ciencia basta a conciliar y que completan el tremendo cuadro de los riesgos que la prudencia y el patriotismo deben prevenir». En *Memorias. Negociaciones y Documentos, para servir a la historia de las diferencias entre México y los Estados Unidos…*

por el Istmo de Tehuantetpec… México. Imprenta de Ignacio Cumplido, 1853, pp. 942-943. Tomado de *Bibliografía Americana Núm. 5. Catálogo de Libros Mexicanos… Librería de Porrúa Hnos. y Cía. Rep. Argentina y Justo Sierra. México, 1949*. (Núm. 8301 a). <<

[120] «Sr. Pedraza: ¿Pero D. Mariano, no escribí a Ud. que se viniera a casa y aquí se le asistiría?

»—Sí, señor, dijo la señora, porque somos sus admiradores, porque su discurso del 16 de Septiembre nos encantó, y D. Manuel lo leyó aquí a sus amigos llenando a Ud. de elogios.

»Otero no hallaba qué hacer, ni dónde poner los ojos con aquellas descargas de alabanzas, hasta que volvió su brazo y ocultó en él su semblante como cualquier labriego». En *Memorias de mis Tiempos… 1906*, II, 132. <<

[121] *The Military Heroes of the War with México… By Charles I. Peterson. Third Edition. Philadelphia, 1849*, p. 127. <<

[122] Manuel Payno. *Memorias e Impresiones de un Viaje a Inglaterra y Escocia… México, Imp. de Ignacio Cumplido… 1853*, p. 209. <<

[123] *Viage a los Estados Unidos del Norte de América… París… 1834*, p. 105. <<

[124] Carta X, p. 68. <<

[125] Carta XXVI, pp. 196-197. (El versículo citado es el del «Libro de Josué», cap. IX, 21). Es curioso cotejar lo que dice la señora Calderón de la Barca, con lo que dijeron unos indios en el siglo XVI por boca de fray Gerónimo de Mendieta: «¿En qué razón o ley cabe, que los que somos nietos y biznietos, legítimos sucesores de los que fueron señores naturales de esta tierra, y algunos de reyes como fueron los de México, Tezcuco y Tlacuba, aprendamos oficios mecánicos para podernos sustentar, por no tener quien nos labre la tierra de pan, y que las nietas y biznietas de esos mesmos señores y reyes anden por los mercados grangeando alguna miseria de que puedan vivir, y ellas mesmas se

amasen sus tortillas… y vayan por el cántaro de agua si han de beber…?». *Historia Eclesiástica Indiana… México, 1870*, p. 521. <<

[126] Salvador Novo en *Jalisco Michoacán 12 días… México, 1933*, p. 19. Señalemos una concesión de la C. de la B. al exotismo, y no recordamos otra. Es la siguiente: «Las indias de pura raza que en estos días llenan la ciudad y las iglesias, son todas muy feas… Y no obstante, con sus hijos en las espaldas deambulando con su trote suave, completan el efecto general del *coup-d'oeil*». Carta XIV, p. 97. <<

[127] Carta XL, p. 277. <<

[128] Carta XL, p. 277. El párrafo de Humboldt dice así: «… sin oponer (los indígenas) sino la astucia encubierta bajo el velo de las apariencias más engañosas de la apatía y la estupidez». *Ensayos*, I. 182. <<

[129] Carta XIII, p. 94. Humboldt: «... deberían reunirse los restos de la escultura mexicana... Sería una cosa muy curiosa colocar... estas obras de un pueblo semibárbaro, habitante de los Andes mexicanos, al lado...». *Ensayo*, I. 228. <<

[130] «Carácter, costumbres y condición de los Indios en el Departamento de Yucatán». Escrito por don Gerónimo Castillo. En *El Liceo Mexicano, I, México, 1844*, p. 49. <<

[131] *Consideraciones... México, 1848*, p. 7. <<

[132] *Indagaciones sobre, el origen, vicisitudes y estado que guardan actualmente las Rentas Generales... Imp. de Ignacio Cumplido, México, 1850*, p. 386. Indicio del concepto que se tenía de los indios es el siguiente anuncio: «*Cerveza superior*. No siendo la mayor parte de la cerveza que se vende.... en México, más que agua puerca, de cebada corrompida, que repugnan hasta los indios y borrachos...». *El Omnibus*, México, 16 octubre, 1852. <<

[133] A. García Cubas, al referirse a la población de México y a los censos efectuados desde 1793 hasta 1857. En *Atlas Geográfico, Estadístico e Histórico de la República Mexicana. México, 1858*. <<

[134] D. H. Lawrence en *Mañanas en México. Traducción por Octavio G. Barreda. 1942. Letras de México*, p. 86. <<

[135] En *Historia... de las cosas de Nueva España... México, 1829*. II, 211 nota. <<

[136] En *Diario Histórico... Zacatecas, 1896*, I, 149. <<

[137] *Carapan. Bosquejo de una experiencia. Lima, 1936*, p. 1. <<

[138] Alfonso Caso en *Indigenismo... México, 1958*, p. 99. <<

[139] V.: Daniel Moreno. *Los Factores Demográficos… México, 1958*, p. 187. <<

[140] Jorge Carrión. Citado por Daniel Moreno, *op. cit.*, p. 179. <<

[141] En «Los Tres Indios», por Ángel M.ª Garibay K. *El Universal*, México, D. F. Lunes 12 de mayo de 1958. <<

[142] *Op. cit.*, p. 304. <<

[143] Malón de Chaide. *La Conversión de la Magdalena* (Clásicos Castellanos), Madrid, 1930. II, 123-124. <<

[144] Carta LII, p. 389. <<

[145] Su autora, Elizabeth Rigby (1809-1893), publicó el artículo en el número correspondiente a junio y septiembre de 1845. Acusa a la señora Calderón de la Barca de falta de sensibilidad, de poco femenina, y aun de que su manera de ver las cosas está reñida con las verdaderas normas inglesas. Reconoce, sin embargo, la fuerza de observación de nuestra escritora, y otros méritos de la obra. En el fondo existe el complejo de una *basbleu*, ya victoriana, excelente escritora, muy mordaz, y que pone el grito en el cielo ante la naturalidad de buena ley de las descripciones de las corridas de toros que figuran en *Life in Mexico*. <<

[146] Recuérdese lo dicho por Sierra O'Reilly: «No sé yo si se habrá arrepentido de ciertos golpes dados en ese cuadro de México: lo que puedo afirmar es que no le gusta mucho que se hagan alusiones a su libro y evita la ocasión de hablar de él». *Op. cit*. <<

[*] *True Cross*, en el original. <<

[*] El Gobierno Mexicano ha intervenido desde entonces, y está trabajando en un reglamento en virtud del cual se hace necesario que todo médico, antes de ejercer, posea un determinado grado de conocimientos y haya residido algún tiempo en la ciudad; también se ocupa de fijar una cierta suma para la asistencia médica. <<

[*] Se reproducen las dos coplas, traducidas al inglés por la señora de Calderón de la Barca. <<

[*] Una bebida hecha con la semilla de la planta del mismo nombre. <<

[*] Aquí la traducción al Inglés de la letra del *Aforrado*. Buscando la asonancia, la señora Calderón de la Barca cambia café por *té*, y pide perdón por esa licencia poética. <<

[*] Aun para las de verdadera vocación, no dejaría de hacer mella en su ánimo la siguiente descripción de la vida de convento: «¿Acaso crees que en los conventos se pasa mala vida? —dice don Tadeo a su hija Carlota—. No, hija, todo lo contrario: cuantas están allí están contentas, sin echar menos la calle para nada. ¿Qué te podrá faltar en el convento?, allí tendrás tu celda muy compuesta, tus macetas, tus pajaritos y cuantas golosinas apetezcas. No te faltará un peso que gastar con libertad, ni amigas con quien amistarte. Tampoco carecerás de diversión, pues en los conventos tienen sus días de recreo, sus rejas, sus visitas y azoteas: hacen también sus máscaras y mogigangas, sus comedias, sus jamaicas… En fin, no extrañan la calle para nada». J.J. Fernández de Lizardi, *La Quijotita y su Prima*.—*(Nota del traductor)*. <<

[1] Traducción libre. <<

[*] Desempeña ahora, septiembre de 1842, una vez más el mismo puesto bajo el Gobierno del general Santa Anna. <<

[*] Traducción libre. <<

[*] Boston, noviembre, *1842*.—*A propos des borres*, copio el siguiente párrafo de un periódico de La Habana:

«México, 28 de septiembre.—Ayer fue sepultado con toda pompa y solemnidad, en el cementerio de Santa Paula, el pie que Su Excelencia el Presidente Santa Anna, perdió en la acción de 5 de diciembre de 1838.—Fue depositado en un monumento eri-

gido para este fin, y don Ignacio Sierra y Rosso pronunció una oración fúnebre alusiva al acto». <<

[*] Nada puede decir quien nada ha visto.
Pintándole mi viaje darte espero
un placer infinito y verdadero.
Diré: allí estuve, y me pasó tal cosa,
y pensarás mirarla con tus ojos. <<

ÍNDICE

La vida en México	2
Prólogo	8
Prefacio	72
La vida en México	73
Carta primera	74
Carta II	89
Carta III	98
Carta IV	108
Carta V	118
Carta VI	139
Carta VII	155
Carta VIII	165
Carta IX	178
Carta X	196
Carta XI	213
Carta XII	226
Carta XIII	240
Carta XIV	248
Carta XV	265
Carta XVI	277
Carta XVII	301
Carta XVIII	315

Carta XIX 323
Carta XX 337
Carta XXI 352
Carta XXII 362
Carta XXIII 374
Carta XXIV 386
Carta XXV 415
Carta XXVI 425
Carta XXVII 442
Carta XXVIII 457
Carta XXIX 467
Carta XXX 476
Carta XXXI 485
Carta XXXII 495
Carta XXXIII 504
Carta XXXIV 517
Carta XXXV 531
Carta XXXVI 540
Carta XXXVII 549
Carta XXXVIII 557
Carta XXXIX 567
Carta XL 577
Carta XLI 590
Carta XLII 608
Carta XLIII 620

Carta XLIV 637
Carta XLV 649
Carta XLVI 668
Carta XLVII 684
Carta XLVIII 707
Carta XLIX 723
Carta L 749
Carta LI 771
Carta LII 788
Carta LIII 801
Carta LIV 815
Índice alfabético 819
Sumario de las cartas 834
Notas 852